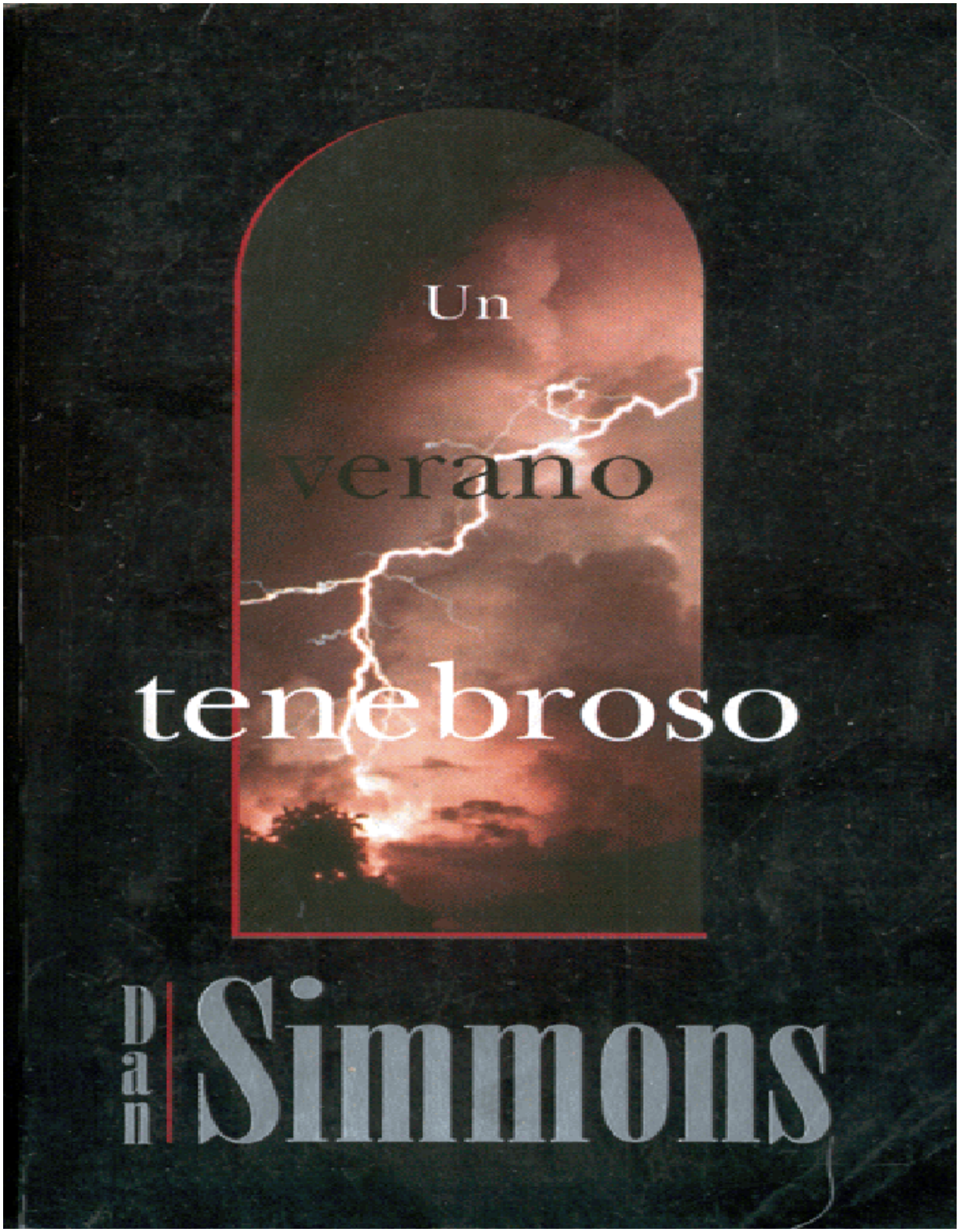
UN VERANO TENEBROSO

Dan Simmons



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

La Old Central School se mantenía todavía en pie, guardando firmemente en su interior sus secretos y silencios. Polvo de yeso acumulado durante ochenta y cuatro años flotaba en los escasos rayos de luz de sol, mientras el recuerdo de más de ocho decenios de barnizados Surgía de los oscuros suelos y escaleras para impregnar el aire atrapado con el olor a caoba de los ataúdes. Las paredes de Old Central eran tan gruesas que parecían absorber los ruidos mientras las altas ventanas, con sus cristales combados y deformados por los años y la gravedad teñían el aire del color sepia del cansancio.

El tiempo pasaba más despacio en Old Central, si es que pasaba. Las pisadas resonaban en los corredores y en las escaleras, pero su sonido parecía amortiguado y sin la menor sincronía con cualquier movimiento entre las sombras.

La piedra angular de Old Central había sido puesta en 1876, el año en que el general Custer y sus hombres habían sido aniquilados cerca del río Little Bighorn, muy hacia el oeste, el año en que fue exhibido el primer teléfono en el Centenario de la Nación, en Filadelfia, muy hacia el este. Old Central School se alzaba en Illinois, a medio camino entre los dos acontecimientos, pero muy alejada de las corrientes de la Historia.

En la primavera de 1960, la Old Central School había llegado a parecerse a algunos de los antiguos maestros que habían enseñado en ella: demasiado viejos para continuar, pero demasiado orgullosos para retirarse, manteniéndose tiesos por el hábito y por una simple negativa a encorvarse. Estéril y solterona, Old Central tomaba prestados a hijos de otra gente a lo largo de las décadas.

Había niñas que jugaban con muñecas en la oscuridad de las aulas y los pasillos, y más tarde morían al dar a luz. Había chicos que corrían gritando por los corredores, se quedaban castigados en las silenciosas aulas, en la creciente oscuridad de las tardes de invierno, y eran enterrados en lugares nunca mencionados en sus lecciones de geografía: San Juan Hill, Belleau Wood, Okinawa, Omaha Beach, Pork Chop Hill, e Inchon.

Al principio, Old Central había estado rodeada de agradables árboles jóvenes, con los olmos más próximos sombreando las aulas más bajas en los cálidos días de mayo y septiembre. Pero con los años murieron los árboles más cercanos, y los gigantescos olmos que rodeaban Old Central como centinelas silenciosos se calcificaron y volvieron esqueléticos con la edad y las enfermedades. Unos pocos fueron talados y quitados de allí, pero la mayoría permanecieron, con las sombras de sus ramas desnudas alargándose a través de los patios de recreo y los campos de deporte, como manos nudosas que buscasen a tientas la propia Old Central.

Los visitantes de la pequeña población de Elm Haven que salían de la Hard Road y caminaban las dos manzanas necesarias para ver Old Central, a menudo confundían el edificio con un desmesurado palacio de justicia o con alguna casa consistorial fuera de lugar y a quien la vanidad hubiese dado absurdas dimensiones. A fin de cuentas, ¿qué función podía desempeñar, en un pueblo decadente de mil ochocientos habitantes, este enorme edificio de tres plantas que por Sí solo constituía una manzana? Entonces los viajeros veían los aparatos del patio de recreo y se daban cuenta de que estaban contemplando un colegio. Un colegio chocante, con su vistoso campanario de bronce y cobre teñido de verde por el cardenillo sobre su negro e inclinado tejado a más de quince metros del suelo; sus arcos románicos richardsonianos de piedra, enroscándose como serpientes sobre ventanas de tres metros y medio de altura; sus otras ventanas redondas u ovaladas, con cristales de colores, sugiriendo alguna absurda mezcla de catedral y escuela; sus buhardillas con tejado de dos aguas alzándose como pequeños castillos sobre los aleros de la tercera planta; sus extrañas volutas parecidas a rollos convertidos en piedra sobre puertas escondidas y ventanas que parecían cegadas, y lo más impresionante para el visitante, su enorme y en cierto modo amenazador tamaño. Old Central, con sus tres hileras de ventanas en una altura de cuatro pisos, sus

salientes aleros y sus desvanes con tejados de dos aguas, su tejado de cuatro aguas y su escabroso campanario, parecía una escuela demasiado grande para un pueblo tan modesto.

Si el viajero tenía algún conocimiento de arquitectura, se detendría en la tranquila calle asfaltada, se apearía del coche, se quedaría boquiabierto y haría una foto.

Pero incluso mientras hacía la foto, advertiría que las altas ventanas eran grandes agujeros negros, como destinados a absorber luz más que a dejarla entrar o reflejarla, y que los toques de románico richardsoniano, de Segundo Imperio o de estilo italiano, estaban como injertados en una arquitectura brutal y común que podía ser calificada de escuela gótica del Medio Oeste, y que la impresión final no era de un edificio chocante ni siquiera de una verdadera curiosidad arquitectónica, sino sólo de una desmesurada y esquizofrénica masa de ladrillos y de piedra, rematada por un campanario evidentemente diseñado por un loco.

Unos pocos visitantes, ignorando o desafiando una creciente sensación de inquietud, podían hacer investigaciones en el lugar o incluso ir hasta Oak Hill, la sede del condado, para examinar datos sobre Old Central. Entonces se encontrarían con que el colegio había sido parte de un gran plan concebido ochenta y pico de años antes para construir cinco grandes escuelas en el condado: Nordeste, Noroeste, Central, Sudeste y Sudoeste. De éstas, Old Central había sido la primera y la única que se había construido.

En la década de 1870, Elm Haven había sido más importante que ahora, en 1960, gracias en gran parte al ferrocarril, actualmente en desuso, y a una mayor afluencia de inmigrantes traídos hacia el sur desde Chicago por urbanistas ambiciosos. De una población de 28.000 habitantes en 1875, el condado había pasado a menos de 12.000 en el censo de 1960, la mayoría de ellos agricultores. Elm Haven se había jactado de tener 4.300 habitantes en 1875, y Judge Ashley, el millonario que estaba detrás de los planes de urbanización y de la construcción de Old Central, había pronosticado que el pueblo superaría pronto a Peoria en población y rivalizaría algún día con Chicago.

El arquitecto Judge Ashley había traído de algún lugar del Este a un tal Solon Spencer Alden, había estudiado a Henry Hobson Richardson y a R. M. Hunt, y su pesadilla arquitectónica resultante reflejaba los elementos más oscuros del renacimiento románico, sin el sentido de grandeza o de utilidad pública que aquellos edificios románicos podían ofrecer.

Judge Ashley había insistido, y Elm Haven había aceptado, que la escuela fuese construida para recibir a las ulteriores y más numerosas generaciones de colegiales que serían atraídos a Creve Coeur County. Así, pues, el edificio no sólo había tenido clases de primera enseñanza sino también aulas de enseñanza media en la tercera planta, utilizadas únicamente hasta la Gran Guerra, y secciones que se pretendía que fuesen utilizadas como biblioteca del pueblo y que incluso sirviesen para albergar una universidad autónoma cuando ésta fuese necesaria

Ninguna universidad llegó a instalarse en Creve Coeur County ni en Elm Haven. La gran mansión de Judge Ashley, en el extremo de Broad Avenue, fue destruida por un incendio después de que su hijo se declarase en quiebra debido a la recesión de 1919. Old Central siguió siendo escuela elemental a lo largo de los años, y cada vez fueron menos los niños que asistían a ella al ausentarse gente de la zona y construirse otras escuelas elementales agrupadas en otras zonas del condado.

El instituto de segunda enseñanza a que estaba destinada la tercera planta resultó inútil cuando se inauguró el verdadero instituto en Oak Hill, en 1920. Sus aulas amuebladas fueron cerradas en favor de las telarañas y la oscuridad. La biblioteca del pueblo fue trasladada a la abovedada sección elemental en 1939; la parte superior de las estanterías quedó casi vacía, mirando desde arriba a los pocos estudiantes que quedaban y que se movían por los oscuros pasillos, las escaleras demasiado anchas y las catacumbas del sótano, como refugiados en alguna ciudad de un pasado incomprensible y largo tiempo abandonada.

Por último, en el otoño de 1959, el nuevo Concejo Municipal y el Distrito Escolar de Creve Coeur County decidieron que Old Central había dejado de ser útil, que la monstruosidad arquitectónica incluso en su decadente estado era demasiado difícil de calentar y mantener, y

Librodot

que los últimos 134 alumnos de Elm Haven de primera enseñanza serían trasladados a la nueva escuela próxima a Oak Hill, en el otoño de 1960.

Pero en la primavera de 1960, en el último día de clase, sólo unas horas antes de verse obligada al retiro definitivo, la Old Central School seguía todavía en pie, conservando firmemente sus secretos y silencios.

2

Dale Stewart estaba sentado en su clase de sexto curso de Old Central y tenía la seguridad, aunque no lo decía, de que el último día de colegio era el peor castigo que habían inventado los adultos para los chicos.

El tiempo había transcurrido más lentamente que cuando estaba esperando en la antesala del dentista, peor que cuando había tenido dificultades con mamá y tenía que esperar a que papá llegase a casa antes de recibir el castigo, peor que...

Una mala cosa, pues.

El reloj de pared, encima de la cabeza teñida de azul de la vieja Double-Butt[1], indicaba las 2.43 de la tarde. El calendario, también colgado de la pared, le informó de que era miércoles 1 de junio de 1960, el último día de colegio, el último día en que Dale y sus compañeros tendrían que sufrir el tedio de estar encerrados en las entrañas de Old Central; pero a todos los efectos, el tiempo parecía haberse detenido tan completamente que Dale tenía la impresión de ser un insecto aprisionado en ámbar, como la araña en la piedra amarillenta que el padre Cavanaugh había prestado a Mike.

No había nada que hacer. Ni siquiera deberes escolares. Los de sexto curso habían devuelto sus libros de texto alquilados a la una y media de aquella tarde; la señora Doubbet había comprobado los libros, examinándolos meticulosamente por si se había producido algún desperfecto, aunque Dale no veía cómo podía distinguir en los deteriorados textos los desperfectos de este año de los sufridos en años anteriores. Cuando estuvo hecha la comprobación y no quedó en la clase más que el desnudo tablero de anuncios y los despejados pupitres, la vieja Double-Butt había sugerido, soñolienta, que leyesen, aunque los libros de la biblioteca de la escuela habían sido devueltos el viernes anterior, so pena de no recibir el boletín de notas final.

Dale habría traído uno de sus libros de casa para leerlo, tal vez el de Tarzán que había dejado abierto sobre la mesa de la cocina al mediodía, cuando había ido a casa a comer, o quizás uno de los de ciencia ficción del Consejo Americano de Educación que estaba leyendo, pero aunque leía varios libros a la semana, nunca pensaba que el colegio fuese lugar adecuado para hacerlo. El colegio era un lugar para hacer deberes, escuchar a los maestros y dar respuestas tan sencillas que un chimpancé hubiese podido sacarlas de los libros de texto.

Así pues, Dale y los otros veintiséis alumnos de sexto estaban sentados bajo el calor y la fuerte humedad del verano, mientras nubes de tormenta oscurecían el cielo en el exterior y el aire sombrío de Old Central se hacía más oscuro, el verano parecía retroceder al inmovilizarse las agujas del reloj, y la mohosa densidad del interior de Old Central los envolvía como una manta.

Dale ocupaba el cuarto pupitre de la derecha de la segunda fila. Desde donde se hallaba sentado podía ver, más allá de la entrada del guardarropa, el oscuro pasillo, y de refilón la puerta de la clase de quinto donde su mejor amigo, Mike O'Rourke, esperaba también que terminase el año escolar. Mike era de la misma edad que Dale, en realidad tenía un mes más, pero se había visto obligado a repetir el cuarto curso, y por esta razón los amigos habían sido separados por el abismo de todo un curso escolar durante los dos últimos años. Pero Mike había tomado su fracaso en aprobar el cuarto curso con el mismo aplomo que mostraba ante la

[1] Apodo puesto por los colegiales a la señora Doublet. Double-Butt significa «trasero doble» o «culo gordo». (N. del T.)

mayoría de las situaciones; bromeaba acerca de ello, seguía siendo un líder en el campo de deporte y en el grupo de amigos de Dale, y no tenía rencor a la señora Grossaint, la vieja bruja que le había suspendido..., por pura maldad, según pensaba Dale.

En la clase había algunos otros íntimos amigos de Dale: Jim Harlen, en el primer pupitre de la primera fila, donde la señora Doubbet podía controlarlo. Harlen ganduleaba ahora con la cabeza apoyada en las manos, mirando alrededor del aula, en la danza de hiperactividad que Dale sentía también pero que no se atrevía a exhibir. Harlen vio que Dale le estaba observando y le hizo una mueca, con una boca tan elástica como Silly Putty. La vieja Double-Butt carraspeó, y Harlen volvió a su actitud sumisa.

En la fila más próxima a las ventanas estaban Chuck Sperling y Digger Taylor, compañeros, líderes y políticos de la clase. Unos pelmazos. Dale no veía mucho a Chuck ni a Digger fuera del colegio, salvo durante los partidos y los entrenamientos de la Pequeña Liga. Detrás de Digger se sentaba Gerry Daysinger, con una camiseta de manga corta, gris y rota. Todos llevaban camisetas de manga corta y tejanos fuera del colegio, pero sólo los más pobres, como Gerry y los hermanos de Cordie Cooke, los llevaban dentro de la escuela.

Detrás de Gerry se sentaba Cordie Cooke, con su cara de luna, plácida y con una expresión que iba un poco más allá de la estupidez. Su cara gorda e inexpresiva estaba vuelta hacia la ventana, pero sus ojos incoloros parecían no ver nada. Estaba mascando chicle –siempre mascaba chicle-, pero la señora Doubbet no parecía advertirlo ni la reñía por ello. Si Harlen o uno de los otros bobos de la clase hubiese mascado chicle con tanta regularidad, la señora D. probablemente le habría suspendido por ello, pero en Cordie Cooke parecía un estado natural. Dale no conocía la palabra bovina, pero con frecuencia se imaginaba a Cordie como una vaca mascando su bolo alimenticio.

Detrás de Cordie, en el último pupitre de la hilera de la ventana, en un contraste casi chocante, se sentaba Michelle Staffney. Michelle estaba inmaculada, con una camisa de un verde claro y una planchada falda marrón. Su pelo rojo captaba la luz, e incluso desde el otro lado de la clase Dale podía ver las pecas que salpicaban su piel blanca, casi traslúcida.

Michelle levantó la mirada de su libro cuando Dale la observó fijamente, y aunque no sonrió, el más débil atisbo de reconocimiento bastó para hacer palpitar el corazón del muchacho de once años.

No todos los amigos de Dale se hallaban en esta clase. Kevin Grumbacher estaba en quinto, como le correspondía, porque era nueve meses menor que Dale. El hermano de éste, Lawrence, estaba en la clase de tercero de la señora Howe, en la primera planta.

Duane McBride, también amigo de Dale, estaba aquí. Duane, dos veces más pesado que el segundo gordinflón de la clase, llenaba el asiento del tercer pupitre de la hilera central. Estaba atareado, como siempre, escribiendo algo en una gastada libreta que siempre llevaba consigo. Sus desgreñados cabellos castaños se alzaban en mechones, y se ajustaba las gafas con un movimiento automático, mientras miraba ceñudo lo que estaba escribiendo y volvía al trabajo. A pesar de la temperatura de más de treinta grados, Duane llevaba la misma gruesa camisa de franela y los mismos holgados pantalones de pana que había usado durante todo el invierno. Dale no recordaba haber visto nunca a Duane con tejanos o camiseta de manga corta, aunque el grueso muchacho era campesino. Dale, Mike, Kevin, Jim y la mayoría de la clase eran chicos de ciudad... y Duane tenía que hacer faenas.

Dale rebulló en su asiento. Eran las 2.49 de la tarde. La jornada escolar terminaba, por alguna razón abstrusa en la que tal vez tenía que ver algo el horario de los autobuses, a las 3.15.

Dale contempló el retrato de George Washington en la pared de enfrente y se preguntó, por milésima vez aquel año, por qué colgaban las autoridades escolares una litografía de una pintura inacabada. Contempló el techo, a cuatro metros y medio del suelo, y las ventanas de tres de altura en la pared más lejana. Observó las cajas de libros sobre los estantes vacíos y se preguntó qué pasaría con los textos. ¿Serían enviados a la nueva escuela? ¿Serían quemados? Probablemente harían esto último, porque Dale no podía imaginarse unos libros tan viejos y

mohosos en la nueva escuela que le habían mostrado sus padres, cuando pasaron en coche por delante de ella.

Las 2.50 de la tarde. Faltaban veinticinco minutos para que empezase realmente el verano, para que imperase la libertad.

Dale contempló a la vieja Double-Butt. Este nombre no se utilizaba con malicia ni burla; ella siempre había sido la vieja Double-Butt. Durante treinta y ocho años, la señora Doubbet y la señora Duggan habían compartido la enseñanza del sexto curso, al principio en clases contiguas y después, cuando el número de estudiantes disminuyó, aproximadamente cuando nació Dale, compartiendo también la misma clase: la señora Doubbet enseñaba lectura, redacción y ciencias sociales por la mañana, y la señora Duggan, matemáticas, ciencias naturales, ortografía y caligrafía por la tarde.

La pareja había sido como los Mutt y Jeff, los serios Abbott y Costello de Old Central -la señora Duggan, delgada, alta y nerviosa, y la señora Doubbet bajita, gorda y lenta, con su tono y timbre de voz casi opuestos, y sus vidas entrelazadas-, viviendo en viejas y contiguas casas victorianas en Broad Avenue, asistiendo a la misma iglesia, a los mismos cursos en Peoria, haciendo las vacaciones juntas en Florida, dos personas incompletas que unían de alguna manera sus virtudes y sus defectos para crear una individualidad bien definida.

Pero en este último curso de dominio de Old Central, la señora Duggan había caído enferma precisamente antes del Día de Acción de Gracias. Cáncer, había dicho en voz baja la señora O'Rourke a la madre de Dale, creyendo que los muchachos no la oirían. La señora Duggan no había vuelto a clase después de las vacaciones de Navidad, y la señora Doubbet, no queriendo que alguna entrometida llenase las horas de la tarde, confirmando así la gravedad de la enfermedad de la señora Duggan, había enseñado las asignaturas que despreciaba, «sólo hasta que regrese Kora», mientras cuidaba a su amiga, primero en la alta casa de color de rosa de Broad y después en el hospital, hasta que una mañana ni siquiera la vieja Double-Butt compareció, pusieron una maestra sustituta en el sexto curso, por primera vez en cuatro décadas, y circuló el rumor en el patio de recreo de que la señora Duggan había muerto. Fue en la víspera del Día de San Valentín. El funeral se celebró en Davenport, y ningún alumno asistió a él.

Tampoco habrían asistido si se hubiese celebrado aquí, en Elm Haven.

La señora Doubbet regresó dos días más tarde.

Dale miró a la vieja profesora y sintió una especie de compasión. La señora Doubbet seguía estando gorda, pero la gordura pendía ahora de ella como un abrigo de talla mayor que la suya. Cuando se movía, la parte inferior de los brazos oscilaba y temblaba como papel de seda pendiendo de los huesos. Sus ojos se habían oscurecido y hundido tanto en las cuencas que parecían amoratados. Estaba contemplando fijamente la ventana, con una expresión tan impotente y vacía como la de Cordie Cooke. Sus cabellos azules parecían desgreñados y amarillentos en las raíces, y el vestido le sentaba de una manera extraña, como si lo hubiese abrochado mal en alguna parte. Flotaba a su alrededor un mal olor que a Dale le recordaba el de la señora Duggan poco antes de la Navidad.

Dale suspiró y cambió de posición. Las 2.52 de la tarde.

Hubo un ligerísimo movimiento en el oscuro pasillo, un movimiento furtivo y un débil resplandor, y Dale reconoció a Tubby Cooke, el gordo e idiota hermano de Cordie, que cruzaba el rellano. Tubby estaba mirando hacia la clase, tratando de llamar la atención a su hermana sin que lo advirtiese la vieja Double-Butt. Pero era inútil. Cordie estaba hipnotizada por el cielo que veía a través de la ventana, y no se habría fijado en su hermano aunque éste le hubiese arrojado un ladrillo. Dale saludó brevemente con la cabeza a Tubby. El voluminoso alumno de cuarto, envuelto en su delantal, le hizo una higa, levantó algo que podía ser un permiso para ir al lavabo, y desapareció en las sombras.

Dale rebulló en su asiento. De vez en cuando Tubby jugaba con él y sus amigos, a pesar de que los Cooke vivían en una de las barracas de cartón alquitranado próximas a la vía del tren y cerca del elevador de grano. Tubby era gordo, feo, estúpido y sucio, y decía más palabrotas

que cualquier alumno de cuarto, pero esto no impedía necesariamente que formase parte del grupo de muchachos ciudadanos de la llamada Patrulla de la Bici, aunque generalmente rehuía a Dale y a sus amigos.

Dale se preguntó por un instante qué se propondría aquel estúpido, y después volvió a mirar el reloj. No eran más que las 2.52.

Insectos en ámbar.

Tubby Cooke renunció a llamar la atención a su hermana y se dirigió a la escalera antes de que la vieja Double-Butt o una de las otras maestras se diesen cuenta de que estaba en el rellano. Tubby tenía un permiso de la señora Grossaint para ir al lavabo, pero esto no impediría que alguna de las viejas lo enviase de nuevo a su clase si lo pillaba rondando por los pasillos.

Tubby bajó por la ancha escalera, observando la madera gastada por generaciones de muchachos que habían pasado por allí, y llegó apresuradamente al descansillo de debajo de la ventana circular. La luz que penetraba por ésta era roja y pálida debido a la tormenta que se estaba fraguando en el exterior. Tubby pasó por debajo de las hileras de estantes vacíos de la que había sido biblioteca municipal instalada en el rellano y el estrecho entresuelo, pero en realidad no los vio. Aquellos estantes permanecían vacíos desde que Tubby había ingresado en la escuela.

Tenía prisa. Quedaba menos de media hora de colegio y quería llegar a los lavabos de muchachos antes de que terminase la jornada y cerrasen para siempre aquel maldito y viejo establecimiento.

Había más luz en la primera planta, y el zumbido de actividad de los tres primeros cursos hacía que el ambiente pareciese aquí más humano, a pesar de la oscura escalera que conducía a las sombrías plantas superiores. Tubby cruzó apresuradamente el espacio descubierto, antes de que le viese algún maestro, atravesó una puerta y bajó corriendo por la escalera del sótano.

Era extraño que el estúpido colegio no tuviese retretes en la primera ni en la segunda planta. Sólo los había en el sótano, y allí eran demasiados: lavabos de los cursos primarios e intermedios; el retrete cerrado contiguo a la habitación rotulada como SALA DE PROFESORES; el pequeño lavabo junto a la habitación de la caldera, donde orinaba Van Syke cuando tenía necesidad de hacerlo, e incluso habitaciones que podían haber sido otros retretes en los pasillos no utilizados que se sumían en la oscuridad.

Tubby sabía, como los otros muchachos, que allí había escalones que llevaban más abajo del sótano; pero al igual que los otros chicos, nunca había bajado por ellos ni pensaba hacerlo. ¡Ni siquiera había luces! Nadie, salvo Van Syke y tal vez el director Roon, sabían lo que había allá abajo.

Probablemente más lavabos, pensó Tubby.

Fue al retrete de los cursos intermedios, el marcado como BOY'S. Este rótulo había sido siempre igual desde que alguien podía recordarlo -el padre de Tubby le había dicho que ya era así cuando él estudiaba en Old Central-, y la única razón de que Tubby o su viejo supiesen que aquello, el apóstrofe, estaba mal colocado, era que la vieja señora Duggan, del sexto curso, se quejaba de que aquello era una sandez. Ya se había lamentado de ello cuando el padre de Tubby era un muchacho. Bueno, la vieja señora Duggan ahora estaba muerta, muerta y pudriéndose en el Cementerio del Calvario, más allá de la Taberna del Arbol Negro donde el padre de Tubby pasaba la mayoría de los días, y Tubby se preguntaba por qué la vieja no había cambiado la maldita palabra si tanto le fastidiaba. Había tenido casi cien años para bajar allí y pintar un rótulo negro. Tubby sospechaba que le gustaba criticar y quejarse de aquello, que hacía que se sintiese inteligente y que otras personas, como Tubby y su padre, pareciesen estúpidos.

Tubby caminó apresuradamente por el oscuro y serpenteante pasillo hacia el lavabo de BOY'S. Las paredes de ladrillos habían sido pintadas de verde y de marrón hacía décadas; el

bajo techo estaba festoneado de tuberías, extintores y telarañas, y uno tenía la impresión de que caminaba por este largo y estrecho túnel en dirección a alguna tumba o algo parecido. Como en la película de la momia, que Tubby había visto cuando el amigo de su hermana mayor les había introducido, a él y a Cordie, en el cine al aire libre de Peoria, escondiéndoles en el portaequipajes de su coche, el último verano. Había sido una buena película, pero a Tubby le habría gustado más si no hubiese tenido que escuchar desde el asiento de atrás los besuqueos y jadeos de Maureen, su hermana mayor, con aquel chico granujiento llamado Berk. Maureen estaba ahora embarazada y vivía con Berk, más allá del vertedero cerca del que moraba Tubby, pero éste no creía que ella y el idiota de Berk estuviesen casados.

Cordie había estado vuelta hacia atrás en el asiento de delante durante la proyección de las dos películas, observando a los encandilados Maureen y Berk.

Tubby se detuvo ahora en la entrada del lavabo de BOY'S, escuchando por si se oía a alguien aquí abajo. A veces el viejo Van Syke sorprendía a los muchachos aquí, y si estaban enredando como Tubby pensaba hacer, o a veces incluso aunque no hiciesen nada, Van Syke les daba un coscorrón o un cruel pellizco en el brazo. No hacía daño a todos los muchachos, ni a las mocosas ricas como la hija del doctor Staffney, Michelle, sino sólo a chiquillos como Tubby, Gerry Daysinger u otros parecidos; hijos de padres que no apreciaban a Van Syke, o le tenían miedo.

Muchos chiquillos tenían miedo a Van Syke. Tubby se preguntaba si muchos padres se lo tendrían también.

Se puso a escuchar, no oyó nada y entró casi de puntillas en el lavabo.

La habitación era larga y oscura, de techo bajo. No había ventanas y sólo funcionaba una bombilla. Los urinarios eran antiguos y parecían hechos de alguna piedra lisa o de algo parecido. Continuamente goteaba agua en ellos. Los siete retretes estaban muy estropeados y llenos de inscripciones. El nombre de Tubby podía verse tallado en dos de ellos, las iniciales de su padre estaban en el del extremo, y todos, salvo uno, habían perdido las puertas. Pero era más allá de los lavabos y los urinarios, más allá de los retretes, en la zona más oscura y próxima a la pared de piedra del fondo, donde Tubby tenía algo que hacer.

La pared exterior era de piedra. La pared opuesta, donde estaban los urinarios, era de roñosos ladrillos. Pero la interior, la que estaba más allá de los retretes, era de una especie de yeso. Tubby se detuvo allí y sonrió.

Había un agujero en esta pared, un agujero que empezaba a quince o veinte centímetros sobre el frío suelo de piedra -¿cómo podía haber otro sótano debajo de un suelo de piedra?- y tenía casi un metro de altura. Tubby pudo ver polvo reciente de yeso sobre el suelo y listones podridos que destacaban como costillas descubiertas.

Otros muchachos habían estado trabajando en esto desde que Tubby había bajado aquella mañana. Nada tenía que objetar. Podían hacer parte del trabajo, con tal de que Tubby pudiese dar el toque final a la tarea.

Se agachó y miró por el agujero. Era lo bastante grande como para que pudiese introducir el brazo, y así lo hizo, tocando una pared de ladrillos o de piedra a una distancia de unos tres palmos. Había espacio a su izquierda y a su derecha, y Tubby palpó a uno y otro lado, preguntándose por qué habría levantado alguien esta nueva pared estando todavía allí la vieja.

Se encogió de hombros y empezó a dar patadas. El ruido era fuerte, el yeso se rompía, los listones se partían y trozos de pared y nubes de polvo saltaban por el aire en todas direcciones, pero Tubby estaba seguro de que nadie le oiría. La maldita escuela tenía paredes más gruesas que una fortaleza.

Van Syke rondaba por estas habitaciones del sótano como si viviese allí -tal vez vive aquí, pensó Tubby, porque nadie le ha visto vivir en otra parte-, pero el enigmático guardián, con sus manos sucias y sus dientes amarillos, no había sido visto por los chiquillos desde hacía días, y era evidente que no le importaba un bledo si alguno de los chicos -Boy's, pensó Tubby- daba patadas en una pared del retrete intermedio. ¿Por qué había de importarle?

Dentro de un día o dos cerrarían definitivamente esta enorme y vieja mierda de colegio. Y después lo derribarían. ¿Por qué había de importarle a Van Syke?

Tubby pateaba ahora con una furia que raras veces mostraba, poniendo en ello toda la frustración de cinco años de sufrimiento, incluso en el jardín de infancia, y de ser llamado «estudiante lento» en esta maldita basura de colegio. Cinco años de ser un «problema de comportamiento», de tener que estar sentado allí, cerca de viejas mujeronas como la señora Grossaint, la señora Howe y la señora Harris, con su pupitre arrimado a la mesa de ellas para no «perderle de vista», teniendo que oler su peste a viejas y escuchar sus voces de viejas y aguantar sus normas de vejestorios.

Tubby siguió dando patadas a la pared, sintiendo que ésta cedía rápidamente al agrandarse el agujero, hasta que de pronto cayó yeso sobre sus bambas, se derrumbó un trozo de pared y se encontró delante de un auténtico agujero. Un agujero grande. ¡Una maldita cueva!

Tubby estaba gordo, pero este agujero era tan grande que casi podía pasar por él. ¡Podía hacerlo! Había caído todo un trozo de pared, y el agujero parecía la escotilla de un submarino. Tubby se volvió de lado, metió el brazo y el hombro izquierdos en la abertura, con la cabeza todavía fuera del agujero, y apareció una amplia sonrisa en su semblante. Introdujo el pie izquierdo en el hueco entre la pared simulada y la vieja que había detrás. ¡Había un maldito pasadizo secreto!

Tubby se agachó y entró en el agujero, tirando de la pierna derecha hasta que sólo quedaron fuera la cabeza y parte de los hombros. Se agachó más y gruñó un poco cuando acabó de entrar en aquella fría oscuridad.

«Cordie o mi viejo se cagarían si viniesen aquí y me viesen ahora.» Desde luego, Cordie no entraría en el retrete de los chicos. ¿O tal vez sí? Tubby sabía que su hermana mayor era bastante rara. Hacía un par de años, cuando estaba en cuarto, Cordie había seguido a Chuck Sperling, el brillante jugador de béisbol de la Pequeña Liga, estrella de la pista y tonto de remate, al río Spoon, donde estaba pescando a solas, le había acechado durante media mañana y entonces se le había echado encima, derribándole y sentándose sobre su estómago, y le había amenazado con golpearle la cabeza con una piedra si no le enseñaba el pito.

Según Cordie lo había sacado, llorando y escupiendo sangre, y se lo había enseñado. Tubby estaba bastante seguro de que no lo había dicho a nadie más, y totalmente seguro de que Sperling no se lo iba a decir a nadie.

Tubby se echó atrás en la pequeña cueva, sintiendo el polvo de yeso en los cortos cabellos, y sonrió mirando hacia el retrete débilmente iluminado. Saldría de repente de allí y le daría un susto de muerte al primer chico que entrase a echar una meada.

Esperó dos o tres minutos pero no vino nadie. Una vez se había oído como unos pies que se arrastraban o un repiqueteo en el pasillo principal del sótano, pero el ruido no se había acercado y no había comparecido nadie. El único sonido era el constante goteo de agua en los urinarios y un suave gorgoteo en las cañerías de arriba, como si la maldita escuela estuviese hablando consigo misma.

«Esto es como un pasadizo secreto», pensó de nuevo Tubby, volviendo la cabeza hacia la izquierda para mirar el estrecho pasillo entre las dos paredes. Estaba oscuro y olía como el suelo de debajo del porche principal de su casa, donde solía jugar y esconderse de su madre y del viejo cuando era más pequeño. El mismo olor a moho, penetrante y corrompido.

Entonces, precisamente cuando empezaba a sentirse un poco agarrotado y temeroso en aquel pequeño espacio, vio una luz en el extremo del pasadizo. Era aproximadamente donde tenía que estar el final de los servicios y de la parte exterior, tal vez un poco más lejos. Se dio cuenta de que en realidad no era una luz sino una especie de resplandor parecido a la suave luz verdosa que emitían por la noche algunos hongos y setas podridas en el bosque, cuando él y su viejo salían a cazar mapaches.

Sintió frío en el cuello. Empezó a salir del agujero pero entonces comprendió de qué debía ser aquella luz y sonrió. El lavabo de las chicas -esta vez el que había pintado el rótulo

GIRLS' había puesto bien el apóstrofe-, que estaba al lado, debía de tener una abertura. Tubby se imaginó atisbando por el agujero o la rendija que dejaba pasar aquella luz.

Con un poco de suerte podría ver a alguna niña meando. Tal vez incluso a Michelle Staffney, Darlene Hansen o una de las engreídas zorras de sexto, con las bragas caídas alrededor de los tobillos y su coñito al aire.

Tubby sintió que le palpitaba el corazón y que la sangre circulaba por el resto de su cuerpo, y empezó a caminar de lado, arrastrando los pies, apartándose del agujero ~ adentrándose en el estrecho pasillo.

Jadeando, pestañeando por culpa de las telarañas y del polvo, y oliendo el penetrante olor a tierra de debajo del porche que le rodeaba, se deslizó hacia el resplandor, apartándose de la luz.

Cuando empezó aquel chillido, Dale y los demás estaban alineados en la clase para recibir las notas y ser despedidos. Al principio fue tan fuerte que Dale pensó que era un trueno, extrañamente estridente, de la tormenta que todavía oscurecía el cielo más allá de las ventanas. Pero era demasiado agudo y duraba demasiado para ser parte de la tormenta, aunque no parecía nada humano.

Al principio el ruido pareció proceder de arriba, de lo alto de la escalera que conducía a la oscura planta que había sido proyectada para enseñanza media; pero entonces pareció resonar en las paredes, en la planta baja, incluso en las tuberías y en el radiador metálico. Y continuó sin parar. Dale y su hermano Lawrence habían estado en la finca de tío Henry y tía Lena el otoño pasado, para la matanza del cerdo, que había sido colgado cabeza abajo de una viga del granero y degollado encima de un cubo de hojalata para recoger la sangre. Aquel ruido se parecía un poco: el mismo chillido en voz de falsete, un chirrido parecido al de las uñas al rascar una pizarra, seguido de un grito más profundo, más pleno, que terminaba con una especie de gorgoteo. Pero entonces empezó de nuevo. Y otra vez.

La señora Doubbet se quedó inmóvil cuando iba a dar las notas a Joe Allen, el primer alumno de la fila. Se volvió hacia la puerta y la miró fijamente cuando cesó el terrible ruido, como si esperase que lo que había lanzado el grito apareciese allí. Dale pensó que en la expresión de la vieja se combinaba el terror con algo más. Tal vez expectación.

Una forma oscura apareció en la penumbra de la puerta, y la clase, todavía alineada por orden alfabético para recibir las notas, lanzó un suspiro de alivio colectivo.

Era el doctor Roon, el director, con su traje oscuro y a finas rayas y sus lisos cabellos negros confundiéndose con la oscuridad del rellano; su cara delgada parecía flotar allí, incorpórea y desaprobadora. Dale miró la piel sonrosada del hombre y pensó no por primera vez: «Como la piel de una rata recién nacida.»

El doctor Roon carraspeó y saludó con la cabeza a la vieja Double-Butt, que no se había movido de su sitio, con las notas medio tendidas hacia Joe Allen, los ojos muy abiertos y la piel tan pálida que el colorete y otros afeites parecían manchas de tizas de colores sobre pergamino blanco.

El doctor Roon miró el reloj.

-Son... oh... las tres y cuarto. ¿Está la clase dispuesta para la partida?

La señora Doubbet consiguió asentir con la cabeza. Su mano derecha apretaba con tanta fuerza las notas de Joe que Dale casi esperó oír el chasquido de los huesos de sus dedos al romperse.

-Ah... sí -dijo el doctor Roon, y miró a los veintisiete alumnos como si fuesen intrusos en un edificio de su propiedad-. Bueno, muchachos y muchachas, pensé que debía explicaros lo que ha sido... ese extraño ruido que acabáis de oír. El señor Van Syke me ha informado de que lo ha producido simplemente la caldera al ser probada.

Jim Harlen se volvió, y Dale tuvo la seguridad de que iba a hacer una mueca graciosa, lo cual habría sido un desastre para Dale, que estaba tan tenso que casi soltó una carcajada. No

quería en modo alguno tener que quedarse después de terminada la clase. Pero Harlen abrió los ojos en una expresión más escéptica que divertida y se volvió de nuevo de cara al doctor Roon.

- ... de todos modos, quería aprovechar esta oportunidad para desearos a todos unas agradables vacaciones de verano -iba diciendo Roon- y pediros que recordéis lo privilegiados que habéis sido por recibir parte de vuestra educación en Old Central School. Aunque es demasiado pronto para saber cuál será el destino final de este hermoso y viejo edificio, debemos confiar en que las autoridades docentes, en su sabiduría, considerarán adecuado preservarlo para futuras generaciones de colegiales como vosotros.

Dale pudo ver que Cordie Cooke, que estaba mucho más adelante que él en la fila, seguía mirando hacia las ventanas por encima del hombro izquierdo y pellizcándose distraídamente la nariz.

El doctor Roon no pareció advertirlo. Se aclaró la garganta, como preparándose para pronunciar otro discurso, miró de nuevo el reloj y dijo simplemente:

-Muy bien. Señora Doubbet, tenga la bondad de distribuir las notas del trimestre a los niños.

El hombrecillo saludó con la cabeza, se volvió, y se desvaneció en las sombras.

La vieja Double-Butt pestañeó una vez, pareció recordar dónde estaba y entregó las notas a Joe Allen. Este no se entretuvo en mirarlas sino que se apresuró a hacer cola en la puerta. Niños de otros cursos estaban ya bajando la escalera en filas. Dale siempre había visto que en los programas de televisión y en las películas sobre la vida escolar, los muchachos corrían como locos cuando eran despedidos o cuando una campana señalaba el final de un período; pero su experiencia en Old Central era que todo el mundo marchaba siempre en filas y que los últimos segundos del último minuto del último día de colegio seguían siendo iguales.

La fila iba desfilando por delante de la señora Doubbet, y Dale cogió el boletín de sus notas dentro del sobre de color castaño y percibió un agrio olor a sudor y polvos de talco alrededor de su maestra cuando pasó por delante de ella para incorporarse a la otra fila. Entonces recibió sus notas Pauline Zauer, se formaron las filas en la puerta -ahora no por orden alfabético sino de chicos y chicas, con los que debían coger el autobús en los primeros lugares de cada fila, y detrás los que se quedaban en el pueblo- y la señora Doubbet salió al frente de ellos, cruzó los brazos como para hacer un último comentario o advertencia, se detuvo y después, silenciosamente, les indicó con un ademán que siguiesen a los alumnos de quinto de la señora Shrives, que desaparecía escalera abajo.

Joe Allen encabezaba la marcha.

Fuera, Dale respiró el aire húmedo, casi bailando en la súbita y alegre libertad. El colegio se alzaba a sus espaldas como una muralla gigantesca, pero en el paseo enarenado y en los herbosos campos de deporte, los chicos rebullían excitados, recogían sus bicicletas de los sitios donde las guardaban o corrían en busca de los autocares cuyos conductores les gritaban que se diesen prisa, y en general celebraban el acontecimiento moviéndose ruidosamente. Dale agitó la mano para despedirse de Duane McBride, que estaba siendo empujado para subir a un autocar, y entonces vio un grupo de chicos de tercero todavía reunidos como una bandada de codornices cerca de donde estaban las bicicletas. El hermano de Dale, Lawrence, galopó por el paseo, sonriendo ampliamente debajo de las gruesas gafas y balanceando la cartera vacía de los libros al separarse de sus compañeros de tercero y correr al encuentro de Dale.

-¡Libres! -gritó Dale, y lanzó a Lawrence al aire.

Mike O'Rourke, Kevin Grumbacher y Jim Harlen se acercaron.

-¿Habéis oído aquel ruido cuando la señora Shrives nos estaba poniendo en fila? -preguntó Kevin.

-¿Qué creéis que fue? -preguntó Lawrence cuando el grupo empezó a andar a través del herboso campo de béisbol.

Mike hizo una mueca.

-Yo creo que fue Old Central devorando a algún alumno de tercero -dijo, y frotó la cabeza rapada de Lawrence con los nudillos.

Lawrence se echó a reír y se apartó.

-¿De verdad?

Jim Harlen se dobló hacia delante, presentando el culo al viejo colegio.

-Creo que fue la vieja Double-Butt que se tiró un pedo -dijo, acompañando sus palabras del sonido correspondiente.

-¡Eh! -gritó Dale, dando una patada en el culo a Jim Harlen y señalando con la cabeza a su hermano-. Ten cuidado, Harlen.

Lawrence se estaba revolcando en la hierba, muerto de risa.

Los autocares del colegio se alejaron rugiendo y bajando por calles diferentes. El patio de la escuela se estaba vaciando rápidamente, y los chiquillos corrían bajo los altos olmos como para adelantarse a la tormenta.

Dale se detuvo en el borde del campo de béisbol, al otro lado de la calle, delante de su casa, y se volvió a mirar las negras nubes que se acumulaban detrás de Old Central. El aire húmedo estaba inmóvil y callado, como solía hacer antes de un tornado, pero el muchacho estaba seguro de que el frente tempestuoso casi había pasado. Hacia el sur se veía una franja de cielo azul, sobre los árboles. Mientras el grupo estaba observando, se levantó la brisa, se agitaron las hojas de los árboles que rodeaban la manzana, y el olor veraniego de hierba recién segada y de flores y de follaje llenó el aire.

-Mirad -dijo Dale.

-¿No es Cordie Cooke? -preguntó Mike.

-Sí.

La niña estaba fuera de la entrada norte de la escuela, con los brazos cruzados y pataleando. Parecía más regordeta y tonta que nunca, con un vestido que le iba grande y que casi arrastraba sobre la grava. Dos de los más pequeños Cooke, los gemelos, que estaban en primero, se hallaban detrás de ella, con los delantales colgando. Los Cooke vivían lo bastante lejos del pueblo como para que un autocar de la escuela los llevase a casa, pero ninguno se dirigía hacia el elevador de grano y el vertedero, de manera que ella y SUS tres hermanos iban andando por la vía del tren. Ahora estaba gritando algo al edificio del colegio.

El doctor Roon apareció en la puerta y agitó una mano sonrosada para alejar a la niña. Unas manchas blancas en las altas ventanas superiores podían ser caras de maestros mirando hacia fuera. El rostro del señor Van Syke apareció por detrás del director en el oscuro portal.

Roon gritó algo más, dio media vuelta y cerró la alta puerta. Cordie Cooke se agachó, cogió una piedra y la arrojó contra la escuela. La piedra rebotó en la ventana de la puerta principal.

-¡Caramba! -exclamó Kevin.

La puerta se abrió de golpe y apareció Van Syke, en el momento en que Cordie agarraba a sus dos hermanos pequeños de la mano y corría por el paseo y después por Depot Street en dirección a la vía del tren. Se movía muy deprisa, a pesar de su gordura. Uno de sus hermanos tropezó al cruzar la Tercera Avenida, pero Cordie le sostuvo en el aire hasta que los pies volvieron a encontrar el pavimento. Van Syke corrió hasta el límite de los terrenos de la escuela y se detuvo, con los largos dedos arañando el aire.

-¡Caramba! -repitió Kevin.

-Vamos -dijo Dale-. Larguémonos de aquí. Mi madre me dijo

que habría limonada para todos cuando saliésemos del colegio.

El grupo de muchachos se alejó de la escuela con gritos de alegría, avanzó rápidamente por debajo de los olmos, cruzó saltando el combado asfalto de Depot Street y corrió hacia la libertad y el verano.

3

Pocos acontecimientos en la vida del ser humano, al menos del ser humano varón, son tan libres, tan exuberantes, tan infinitamente expansivos y tan llenos de posibilidades como el primer día de verano, cuando se tienen once años. El verano se presenta como un gran banquete, y los días están llenos de un tiempo rico y lento en el que paladear cada uno de los platos.

Al despertar en aquella primera y deliciosa mañana de verano, Dale Stewart permaneció en la cama durante un momento en aquel breve crepúsculo de conciencia, saboreando ya la diferencia incluso antes de darse cuenta de lo que era: ningún despertador ni grito de la madre para despertarles, a él y a su hermano Lawrence; ninguna niebla gris y fría al otro lado de las ventanas, y ningún colegio, más gris y más frío, esperándoles a las ocho y media; ningún fuerte coro de voces adultas diciéndoles lo que tenían que hacer, las páginas del libro que tenían que abrir y las cosas que tenían que pensar. No; esta mañana cantaban los pájaros, el aire cálido y delicioso del verano penetraba a través de las persianas; se oía el ruido de un cortacésped calle abajo, de algún jubilado madrugador que empezaba las tareas cotidianas en el jardín, y ya era visible, a través de las cortinas, la cálida y deliciosa bendición del sol que se proyectaba sobre la cama de Dale y de Lawrence, como si se hubiese levantado la barrera del gris año escolar y el mundo se hubiese llenado nuevamente de colores.

Dale se volvió a un lado y vio que su hermano tenía los ojos abiertos y miraba fijamente las negras pupilas de cristal de su oso de felpa. Lawrence esbozó una de sus amplias y alegres sonrisas, y los dos chicos se levantaron, despojándose a toda prisa de los pijamas. Luego se pusieron los tejanos y las camisetas de manga corta que esperaban en sillas próximas, se calzaron calcetines blancos y limpios, y las bambas menos limpias. Bajaron a saltos la escalera para tomar un ligero desayuno, riendo con su madre sobre tonterías, salieron en busca de sus bicicletas, rodaron calle abajo y se alejaron, adentrándose en el verano.

Tres horas más tarde los hermanos estaban en el cuarto trastero de Mike O'Rourke, tumbados con sus amigos en el sofá reventado y sin patas, en los sillones de tapicería desgarrada y en el atestado suelo de su club extraoficial. Estaban allí Mike, Kevin, Jim Harlen e incluso Duane McBride, que había venido de su granja mientras su padre hacía compras en el almacén de la cooperativa, y todos parecían incapaces de elegir entre la asombrosa gama de alternativas que se les ofrecían.

-Podríamos ir al río Stone o al estanque de Hartley's -dijo Kevin-. Y nadar.

-¡Huy! -dijo Mike.

Estaba tumbado en el sofá, con las piernas encima del respaldo, la espalda sobre los cojines de muelles y apoyando la cabeza en un guante de catcher tirado en el suelo. Disparaba contra un segador que estaba en el techo, con una cinta de goma que recobraba después de cada rebote. Hasta ahora había tenido buen cuidado de no alcanzar al insecto, pero éste corría de un lado a otro con cierta agitación. Cada vez que llegaba cerca de una grieta o de un madero estrecho donde podía esconderse, Mike disparaba la cinta de goma y hacía que corriese en dirección contraria.

-No quiero ir a nadar -dijo-. Las serpientes de agua estarán inquietas por la tormenta que cayó anoche.

Dale y Lawrence intercambiaron una mirada. Mike tenía miedo de las serpientes; que ellos supiesen, eran lo único que temía su amigo.

-Juguemos a béisbol -dijo Kevin.

-No -dijo Harlen desde el sillón donde estaba leyendo un cómic de Superman-. No me he traído el guante y tendría que ir a buscarlo a casa.

Así como el resto de los muchachos, a excepción de Duane, vivían a poca distancia los unos de los otros, Jim Harlen habitaba en el extremo más lejano de Depot Street, cerca de las vías que conducían al vertedero y a las míseras chabolas donde vivía Cordie Cooke. La casa de Harlen estaba muy bien, era una vieja y blanca casa de campo que había sido engullida por

Librodot

el pueblo hacía decenios; pero muchos de sus vecinos eran extraños. J. P. Congden, el chiflado juez de paz, vivía a sólo dos casas de distancia de Harlen, y el hijo de J. P., C. J., era el peor bruto del pueblo. A los muchachos no les gustaba jugar en la casa de Harlen, ni siquiera pasar por allí si podían evitarlo, y comprendían que Jim no quisiera volver allí en busca de sus cosas.

-Vayamos al bosque -sugirió Dale-. Podríamos explorar Gipsy Lane.

Todos se agitaron inquietos. No había ningún motivo especial para vetar la sugerencia, pero la pereza había hecho presa en ellos. Mike disparó la cinta de goma y el segador se escurrió del lugar del impacto.

-Nos llevaría mucho tiempo -dijo Kevin-. Yo tengo que estar en casa a la hora de comer.

Todos sonrieron pero no dijeron nada. Conocían perfectamente la voz de la madre de Kevin cuando abría la puerta y gritaba «¡KeVIIIN!», con voz de falsete. Y conocían también la rapidez con que Kevin dejaba lo que estaba haciendo y corría hacia la casa blanca de encima de la colina baja, cerca de la vivienda más antigua de Dale y Lawrence.

-¿Qué quieres hacer tú, Duane? -preguntó Mike.

O'Rourke era el líder nato, que siempre sondeaba a todos antes de decidir.

El niño campesino grandullón, con su extraño corte de pelo, sus holgados pantalones de pana y su plácido aspecto, estaba mascando algo que no era chicle, y su expresión era casi la de un niño retrasado. Dale sabía lo engañosa que era su torpe apariencia, y todos los muchachos también se daban cuenta, porque Duane McBride era tan listo que los otros sólo podían intuir lo que pensaba. Era tan listo que ni siquiera tenía que mostrarlo en el colegio; prefería que los maestros se retorciesen contrariados ante las correctas pero sencillas respuestas del corpulento muchacho, o se rascasen la cabeza ante sus irónicas contestaciones que lindaban con la impertinencia.

A Duane no le interesaba el colegio. Le interesaban cosas que los otros chicos no comprendían.

Duane dejó de masticar y señaló con la cabeza hacia la vieja radio RCA Victor que estaba en el rincón.

-Me gustaría escuchar la radio.

Dio tres pasos vacilantes en dirección al aparato, se puso torpemente en cuclillas delante de él y empezó a girar el disco.

Dale le miró fijamente. La radio era muy grande, de más de un metro de altura, e imponente con sus diferentes esferas selectoras. La de arriba estaba marcada como NACIONAL y comprendía Ciudad de México a 49 megahertzios, Hong Kong, Londres, Madrid, Río y otras ciudades a 40 Mh, las siniestras ciudades de Berlín, Tokio y Pittsburg a 31 Mh, y París, sola y misteriosa en la parte baja del dial, a 19 Mh Pero la caja estaba vacía, no quedaba nada dentro de ella. Duane se agachó y manejó cuidadosamente los discos, con la cabeza ladeada y alerta al menor sonido.

Jim Harlen fue el primero en captar su intención. Se deslizó detrás del aparato y tiró de él hacia el rincón. de manera que quedó completamente escondido.

-Probaré la banda doméstica. -Hizo girar el disco de en medio, entre INTERNACIONAL y SIRVICIO ESPECIAL-. Aquí abajo pone Chicago -dijo como para sí.

Sonó un zumbido dentro del aparato, como si las lámparas se estuviesen calentando, y después unos parásitos al mover el disco. Unas breves notas de barítono fueron interrumpidas por el locutor a media frase; sonaron fragmentos de música de rock and roll, y después más parásitos, zumbidos y un partido de béisbol: ¡el Chicago White Sox!

-¡Vuelve atrás! ¡Atrás! ¡Atrás contra la pared derecha de Comiskey Park! ¡Salta para pillar la pelota! ¡Sube por la pared! Ve a...

-Bah, aquí no hay nada -murmuró Duane-. Probaré la banda Internacional. Ta-ta-ta..., ya lo tengo... Berlín.

-Ach du lieber der fershtugginer bola ist op und fuera -dijo la voz de Harlen, cambiando instantáneamente del acento excitado de Chicago a un gutural conjunto de sílabas teutónicas-.

Der Furhcr ist nicht satisfecho. Nein! Nein! Er ist gerflugt und vertunken und der veilige plsstolfen!

-Aquí no hay nada -murmuró Duane-. Probaré París.

Pero la voz de falsete y el francés estrafalario de dentro del aparato se perdieron entre las risas y las carcajadas del gallinero. El último disparo de Mike O'Rourke con la cinta de goma erró la puntería y el segador se metió en una rendija del techo. Dale se arrastró hacia la radio, dispuesto a probar algunas emisoras, mientras Lawrence se revolcaba por el suelo. Kevin cruzó los brazos y frunció los labios, mientras Mike le golpeaba en las costillas con la bamba.

Se había roto el encanto. Los muchachos podían hacer todo lo que quisieran.

Horas más tarde, después de la comida, en el largo y dulce crepúsculo de una tarde de verano, Dale, Lawrence, Kevin y Harlen detuvieron sus bicicletas en la esquina próxima a la casa de mike.

-¡Y-oh-ki! -gritó Lawrence.

-¡Ki-oh-y!

La respuesta llegó desde las sombras de debajo de los olmos, y Mike rodó, yendo a su encuentro, haciendo resbalar el neumático de atrás en la gravilla y girando en la misma dirección en la que miraban todos.

Era la Patrulla de la Bici, constituida dos años antes por los cinco muchachos, cuando los mayores estaban en el cuarto curso y los más pequeños creían todavía en Santa Claus. Ahora ya no la llamaban Patrulla de la Bici, porque les cohibía el nombre y eran demasiado mayores para simular que patrullaban por Elm Haven para ayudar a los afligidos y proteger a los inocentes de los malhechores, pero todavía creían en la Patrulla de la Bici. Creían con la simple aceptación de la realidad del ahora que antaño les había mantenido despiertos en la víspera de Navidad, con el pulso acelerado y la boca seca.

Se detuvieron un momento allí, en la calle tranquila. La Primera Avenida continuaba más allá de la casa de Mike, hacia el campo, hacia el norte, donde estaba la torre del agua a menos de medio kilómetro, y giraba después hacia el este, hasta que desaparecía en la bruma de la tarde sobre los campos, cerca del horizonte donde los bosques, Gipsy Lane y la Taberna del Arbol Negro esperaban invisibles.

El cielo era una suave y bruñida capa gris que se desvanecía entre la puesta de sol y la noche, y el trigo de los campos no había alcanzado todavía la altura de las rodillas de un niño de once años. Dale contempló los campos que se extendían hacia el este, más allá de los horizontes de árboles diluidos por la distancia, y se imaginó a Peoria allí, a sesenta kilómetros más allá de los montes, valles y bosques, reposando en su propio valle fluvial y resplandeciendo con mil luces. Pero allí no había resplandor sino sólo un horizonte cada vez más oscuro, y en realidad no podía imaginarse la ciudad. Oía en cambio el suave susurro y murmullo del maíz. No soplaba viento. Tal vez era el sonido que hacía el maíz al crecer, abriéndose paso hacia arriba para convertirse en la muralla que pronto rodearía Elm Haven y la aislaría del mundo.

-Vamos -dijo Mike a media voz, levantándose sobre los pedales, inclinándose encima del manillar y levantando un surtidor de gravilla al arrancar.

Dale, Lawrence, Kevin y Harlen le siguieron.

Pedalearon hacia el sur por la Primera Avenida, bajo la luz suave y gris, a la sombra de los olmos, y salieron rápidamente al despejado crepúsculo, con los campos bajos a su izquierda y las casas oscuras a su derecha. Dejaron atrás School Street, la silueta de la casa de Donna Lou Perry, que resplandecía a una manzana hacia el oeste, y Church Street y su largo paseo de olmos y robles. Y entonces se hallaron en Hard Road, la carretera 151A y, reduciendo la velocidad por la fuerza de la costumbre, torcieron a la derecha y entraron en la vacía pero aún caliente calzada de la calle mayor, de dos direcciones.

Pedalearon furiosamente, subiendo a la acera después de la primera manzana para dejar pasar un viejo Buick. Ahora iban hacia el oeste, en dirección al resplandor del cielo, y las fachadas de las casas, en las dos manzanas de Main Street, brillaban bajo la luz menguante. Una camioneta de reparto salió del aparcamiento en diagonal de delante de la Taberna de Carl, en el lado sur de la calle, y zigzagueó en su dirección por la Hard Road. Dale reconoció al conductor de la vieja GM como el padre de Duane McBride. El conductor estaba borracho.

-¡Luces! -gritaron los cinco muchachos al cruzarse con él.

Pero la camioneta continuó con las luces de delante y de atrás apagadas, y describió una amplia curva hacia la Primera Avenida detrás de ellos.

Los chicos saltaron de la acera elevada a la vacía Hard Road y continuaron hacia el oeste, más allá de la Segunda Avenida y de la Tercera, más allá del banco y de la cooperativa a su derecha, y del Parkside Café y el Bandstand Park, ahora oscuros y tranquilos bajo los olmos, a su izquierda. Parecía una noche de sábado pero era jueves. Ningún espectáculo gratuito llenaba de luz y de ruido el parque. Todavía no. Pero sería pronto.

Mike aulló y giró a la izquierda por Broad Avenue a lo largo de la orilla norte del pequeño parque, dejando atrás el comercio de tractores y las pequeñas casas arracimadas allí. Estaba oscureciendo rápidamente. Detrás de ellos, las altas farolas parpadeaban a lo largo de Main Street, iluminando las dos manzanas del centro de la ciudad. Broad

Avenue era un túnel que se oscurecía rápidamente bajo los olmos, a sus espaldas, y un túnel todavía más oscuro delante de ellos.

-¡Tocad la escalera! -gritó Mike.

-¡No! -chilló Kevin.

Mike lo proponía siempre; Kevin siempre se oponía. Y siempre lo hacían.

Otra manzana hacia el sur, en una parte del pueblo que los muchachos sólo visitaban durante estas patrullas crepusculares. Más allá de la larga calle sin salida, de casas nuevas, donde vivían Digger Taylor y Chuck Sperling. Más allá del final oficial de Broad Avenue. Subiendo por el camino particular de Ashley Mansion.

Los matojos proliferaban en la calzada llena de baches. Ramas sin podar pendían bajas o salían de la espesura a ambos lados, con grave peligro para el ciclista distraído. Y había mucha oscuridad en aquel paseo que era más bien un túnel.

Como siempre, Dale bajó la cabeza y pedaleó furiosamente para permanecer cerca de Mike. Lawrence jadeaba para no perder terreno con su bici más pequeña, y aguantaba, como siempre. Harlen y Kevin sólo se daban a conocer por el ruido de las ruedas sobre la grava detrás de ellos.

Salieron a una zona despejada próxima a las ruinas de la vieja casa. Un pilar captaba la luz gris sobre las zarzas y los matorrales. Las piedras de los quemados cimientos estaban negras. Mike rodó por el paseo circular, giró a la derecha, como si fuese a trepar por la escalinata cubierta de hierbajos y saltar dentro del arruinado sótano, y entonces dio una palmada a la piedra plana del porche y siguió pedaleando.

Dale hizo lo mismo. Lawrence lo intentó y falló, pero no volvió atrás. Kevin y Harlen pasaron de largo, levantando gravilla.

Alrededor del amplio círculo del paseo cubierto de hierba, las ruedas crujían y resbalaban en los baches y sobre la grava. Dale advirtió que la oscuridad era mucho mayor cuando la fronda de verano cerraba el paso a la luz. Detrás de él, la Ashley Mansion se convirtió en un oscuro revoltijo, en un lugar secreto de vigas quemadas y suelos hundidos. Le gustaba más de esta manera, misteriosa y ligeramente amenazadora como ahora, que triste y abandonada como a la luz del día.

Salieron de aquel camino negro como la noche, formaron en fila de a cinco en Broad Street y rodaron cuesta abajo, dejando atrás la nueva sección de Bandstand Park. Recobraron aliento y pedalearon rápidamente para cruzar Hard Road entre un camión que se dirigía al oeste y otro que iba hacia el este. Los faros del que marchaba hacia el oeste deslumbraron a Harlen y a Kevin, y Dale miró atrás a tiempo de ver cómo Jim le hacía una higa al camionero.

Un claxon sonó detrás de ellos cuando subían por Broad Avenue, con las bicis casi silenciosas sobre el asfalto y bajo los frondosos olmos, aspirando el aroma de la hierba recién segada en los anchos prados de césped que se extendían desde la calle hasta las grandes casas. Rodando hacia el norte, pasaron por delante de la oficina de Correos, de la pequeña biblioteca blanca y del edificio, también blanco pero más grande, de la iglesia presbiteriana a la que iban Dale y Lawrence. Más al norte pasaron por delante de una larga manzana de casas altas. La sombra de las hojas oscilaba encima y debajo de las farolas. La vieja casa de la señora Doubbet tenía una sola luz encendida en la segunda planta, y la de la señora Duggan no tenía ninguna.

Llegaron a Depot Street y se detuvieron en el cruce lleno de grava, respirando suavemente. Era noche cerrada. Volaban murciélagos sobre sus cabezas. El cielo proyectaba pálidos dibujos a través del oscuro follaje encima de ellos. Dale entrecerró los ojos y vio la primera estrella en el este.

-Hasta mañana -dijo Harlen, e hizo girar la bici hacia el oeste para subir por Depot Street.

Los demás se quedaron mirando hasta que se hubo perdido de vista bajo los robles y los álamos que oscurecían la calle y se hubo extinguido el ruido de su pedaleo.

-Vamos -murmuró Kevin-. Mi madre estará furiosa.

Mike hizo un guiño a Dale bajo la pálida luz, y Dale pudo sentir la ligereza y la energía de sus brazos y piernas, una carga casi eléctrica de potencial en su cuerpo. Verano. Dio un golpe afectuoso en el hombro de su hermano.

-Déjate de tonterías -dijo Lawrence.

Mike arrancó y pedaleó hacia el este por Depot. La calle no tenía luces, y el último resplandor del cielo pintaba pálidas formas en la calzada, unas sombras que eran rápidamente borradas por las de las hojas movedizas.

Pasaron a toda prisa por delante de Old Central, sin hablar, pero todos miraron hacia la derecha para observar la escuela, un tanto escondida por los olmos moribundos, y con la masa del viejo edificio oscureciendo el cielo.

Kevin fue el primero en separarse de los demás, girando a la izquierda y subiendo por el camino de entrada de su casa. No se veía a su madre, pero la puerta interior estaba abierta, señal inequívoca de que le había estado llamando.

Mike se detuvo en el cruce de Depot y la Segunda Avenida, con el oscuro patio de recreo de la escuela abarcando toda una manzana detrás de ellos.

-¿Mañana? -preguntó.

-Sí -dijeron Dale y Lawrence al unísono.

Mike asintió con la cabeza y se marchó.

Dale y Lawrence dejaron sus bicicletas en el pequeño porche abierto. Podían ver a su madre trajinando en la cocina iluminada. Estaba cocinando algo y tenía el rostro colorado.

-Escucha -dijo Lawrence, agarrando fuertemente la mano de su hermano mayor.

Al otro lado de la calle, en la oscuridad que envolvía Old Central, sonaba un rumor sibilante, como de voces que hablasen apresuradamente en una habitación contigua.

-Seguro que es alguna tele que... -empezó a decir Dale; pero entonces oyó un ruido de cristales al romperse y un grito rápidamente sofocado.

Permanecieron un minuto allí, pero se había levantado viento y el susurro de las hojas del frondoso roble del camino de entrada no permitió oír nada más.

-Vamos -dijo Dale, cogiendo la mano de su hermano.

Y los dos salieron a la luz.

4

Duane McBride esperó en Bandstand Park a que el viejo estuviese lo bastante borracho para que le echasen de la taberna de Carl. Eran más de las ocho y media cuando salió tambaleándose, se plantó oscilando en el bordillo, sacudió el puño lanzando maldiciones

contra Dom Steagle, el dueño de Carl's -no había habido ningún Carl desde 1943-, y después subió a la camioneta. Lanzó unas cuantas maldiciones cuando se le cayeron las llaves al suelo, unas cuantas más al encontrarlas, e intentó infructuosamente poner el motor en marcha. Duane se acercó enseguida. Sabía que el viejo estaba lo bastante borracho para olvidarse de que él le había acompañado cuando había venido al pueblo hacía casi diez horas, «para comprar unas pocas cosas en la cooperativa».

-Duanie -dijo, mirando de soslayo a su hijo-. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Duane no respondió, dejando que el viejo recobrase la memoria.

-Ah, sí -dijo éste al fin-. ¿Has visto a tus amigos?

-Sí, papá.

Duane se había separado de Dale y de los demás al atardecer, cuando habían ido a jugar un partido en el campo de deportes del pueblo. Siempre cabía la posibilidad de que el viejo se mantuviese lo bastante sereno para volver a casa antes de que le echase Dom.

-Sube, pequeño.

El viejo pronunciaba las palabras con el cuidado minucioso y el acento sureño de Boston que sólo empleaba cuando estaba muy borracho.

-No, gracias, papá. Subiré a la parte de atrás si no te importa.

El viejo se encogió de hombros, accionó de nuevo el arranque y esta vez consiguió poner el motor en marcha. Duane saltó a la parte de atrás, junto a las piezas de tractor que habían recogido por la mañana. Metió la libreta y el lápiz en el bolsillo de la camisa y se acurrucó sobre el suelo de metal de la camioneta, mirando por encima del costado y esperando que el viejo no destrozase la nueva GM de segunda mano, como había hecho con las dos últimas camionetas usadas que habían tenido.

Duane había visto a Dale y a los otros que pedaleaban en Main bajo la pálida luz; pero no creía que hasta entonces hubiesen visto este vehículo, por lo que se escondió mientras el viejo se cruzaba con ellos. Duane oyó que gritaban «¡Luces!», pero el viejo no les prestó atención o no les oyó. La camioneta chirrió al doblar la esquina de la Primera Avenida, y Duane se incorporó a tiempo de ver la vieja casa de ladrillos del lado éste; los chicos del pueblo la llamaban la Casa del Esclavo, aunque la mayoría no sabían por qué.

Duane sí que lo sabía. Era la antigua casa Thompson y había sido apeadero del Ferrocarril Subterráneo en la década de 1850. Duane se había interesado en el camino de fuga de los esclavos cuando se hallaba en el tercer curso, y había hecho algunas investigaciones en la biblioteca municipal de Oak Hill. Además del de Thompson, había habido otros dos apeaderos de aquel ferrocarril en Creve Coeur County, uno de ellos, una vieja casa de campo de madera perteneciente a una familia de cuáqueros en el valle del río Spoon, en dirección a Peoria, que se había incendiado antes de la Segunda Guerra Mundial. Pero el otro había pertenecido a la familia de un condiscípulo de Duane en la clase de tercero, y un sábado Duane había ido allí en bicicleta -trece kilómetros de ida y otros tantos de vuelta- sólo para ver el lugar. Duane había mostrado al muchacho y a su familia el cuarto secreto situado detrás del armario y debajo de la escalera. Y después había vuelto pedaleando a casa. El viejo no había bebido aquel sábado, y Duane se había ahorrado una paliza.

Pasaron zumbando por delante de la casa de Mike O'Rourke y del campo de béisbol del norte del pueblo, y giraron hacia el este en la torre de las aguas. Duane saltó de un lado a otro sobre el suelo de la camioneta al pasar por un tramo cubierto de grava. Se acurrucó y cerró los ojos al volar gravilla y polvo a su alrededor, haciéndole cosquillas en el cuello bajo la gruesa camisa a cuadros y metiéndose entre sus cabellos y entre sus dientes.

El viejo no se salió de la calzada aunque casi pasó de largo en el cruce de la Carretera Seis del condado. La camioneta frenó, patinó, se inclinó y se enderezó, y entonces se detuvieron en la atestada zona de aparcamiento de la Taberna del Arbol Negro.

-Solamente estaré un minuto, Duanie. -El viejo dio una palmada en el brazo de Duane-. Sólo voy a saludar un momento a los muchachos antes de que nos vayamos a casa para trabajar en el tractor.

-De acuerdo, papá.

Duane se acurrucó más sobre el suelo de la camioneta, apoyó la cabeza en la parte de atrás de la cabina y sacó la gastada libreta y el lápiz. Ahora era noche cerrada; se veían estrellas más allá de los árboles de detrás de la taberna, pero a través de la puerta persiana se filtraba luz suficiente para que Duane pudiese leer si entrecerraba los ojos.

La libreta era gruesa, deformada por el sudor y manchada de polvo, y las páginas estaban casi llenas de la menuda escritura de Duane. Había casi cincuenta libretas parecidas en el escondrijo secreto de su habitación, en el sótano de la casa.

Duane McBride había decidido ser escritor desde que tenía seis años. La lectura -había leído libros enteros desde que tenía cuatro años- había sido siempre otro mundo para él. No una evasión, porque raras veces trataba de evadirse -los escritores tenían que enfrentarse al mundo si querían observarlo como era debido-, pero en todo caso otro mundo. Un mundo lleno de voces poderosas que expresaban pensamientos aún más poderosos.

Duane siempre agradecería al viejo que compartiese con él los libros y la afición a la lectura. Su madre había muerto antes de que él fuese lo bastante mayor para conocerla de veras, y los años siguientes habían sido duros, con la finca yéndose al diablo, el viejo emborrachándose, y ocasionales palizas y abandonos, pero también había habido tiempos buenos: el transcurso normal de los días, cuando el viejo decidía no beber; el ciclo fácil de trabajo duro en los veranos, aunque se retrasase; las largas veladas con el tío Art, como tres solteros asando bistecs en el patio de atrás y hablando de todo lo que había bajo las estrellas, incluidas las propias estrellas.

El padre de Duane había abandonado los estudios en Harvard pero había conseguido el título de ingeniero en la Universidad de Illinois antes de volver para cuidar de la finca de su madre. El tío Art había sido viajero y poeta; marino mercante un año, profesor de colegios particulares en Panamá, Uruguay u Orlando el año siguiente. Incluso cuando bebía demasiado, su charla era interesante para el tercer soltero del grupo, el joven Duane, que absorbía la información con el apetito insaciable del alumno superdotado.

Nadie en Elm Haven ni entre el profesorado de Creve Coeur County consideraba superdotado a Duane McBride. Sencillamente, este término no existía en el Illinois rural de 1960. Era un chico gordo. Era raro. Los maestros le habían descrito a menudo, en informes y en las escasas reuniones entre padres y profesores, como desaliñado, indiferente y distraído. Pero no indisciplinado. Sólo decepcionante. Duane no era aplicado.

Cuando se enfrentaba con sus maestros, Duane se disculpaba, sonreía y divagaba con las ideas y proyectos personales que le embargaban en aquel momento. La escuela no era un problema, ni siquiera un verdadero estorbo, porque le gustaba la idea de escuela; era simplemente una distracción de sus estudios y de su preparación para convertirse en escritor.

Y habría sido una mera distracción si en Old Central no hubiese habido algo que le preocupaba. No eran los muchachos. Ni siquiera el director o los maestros, por torpes y provincianos que pareciesen. Era algo más.

Duane bizqueó bajo la pálida luz y abrió la libreta de las páginas correspondientes al día anterior, el último de colegio:

«Los otros parecen no advertir el olor de aquí, y si lo advierten no hablan de ello: un olor a frialdad, a alacena cerrada, un débil olor a algo corrompido, como aquella vez que murió una vaquilla detrás de la estancia del sur y el viejo y yo no la encontramos en una semana.

»La luz es extraña en Old Central. Espesa. Como aquella vez que el viejo me llevó a un hotel abandonado de Davenport donde iba a recoger todo aquel material y a ganar una fortuna. Luz espesa. Filtrada a través de polvo, cortinas gruesas y recuerdos de una gloria pasada. Y también del mismo olor a humedad, irremediable. ¿Recuerdas los rayos de luz desde una alta ventana sobre el suelo de madera de aquel salón de baile abandonado, y que eran como las ventanas de cristales de colores de encima de la escalera de Old Central?

»No. Más bien una impresión de... ¿mal presagio? ¿De maldad? Demasiado melodramático. Una impresión de alerta en ambos lugares. Esto y el sonido de ratas

deslizándose por las paredes. Me pregunto por qué nadie más habla del ruido de las ratas en Old Central. No creo que el personal de sanidad del condado se entusiasmase demasiado con una escuela elemental con ratas, excrementos de rata por todas partes, ratas corriendo sobre las tuberías del sótano donde están los retretes. Recuerdo cuando estudiaba segundo en Old Central y bajé allí...»

Duane pasó a las notas que había tomado aquella tarde en Bandstand Park.

«Dale, Lawrence (nunca Larry), Mike, Kevin y Jim. ¿Cómo describir los guisantes de una misma vaina?

»Dale, Lawrence, Mike, Kevin y Jim. (¿Por qué todo el mundo le llama Jim "Harlen"?) Tengo la impresión de que incluso su madre lo llama así. Desde luego ella ya no se llama Harlen. Recuperó su apellido de soltera al divorciarse. ¿A quién más conozco en E. H. que se haya divorciado? A nadie, no cuento a la esposa del tío Art, a la que nunca conocí y a la que probablemente ni él recuerda, porque era china y el matrimonio duró sólo dos días (veintidós años antes de que yo naciese).

»Dale, Lawrence, Mike, Kevin y Jim.

»¿Cómo comparar a los guisantes de una misma vaina? Por el corte de pelo.

»Dale luce el corte de pelo típico de Elm Haven, el que hace el viejo Friers en su tétrica peluquería (con el signo del gremio: sangre cayendo en espiral. Tal vez había vampiros en la Edad Media). Pero el corte de pelo de Dale es un poco más largo por delante, y casi le hace flequillo. Dale no presta atención a su pelo. (Salvo aquella vez en que se lo cortó su madre, cuando estábamos en tercero, y le dejó aquellos claros, como archipiélagos de calvas, y Dale no se quitaba la gorra de Cub Scout, ni siquiera en clase.)

»Lawrence lleva el pelo más corto, pegado sobre la frente con fijador. Hace juego con sus gafas y sus dientes de conejo, y le da un aire aún más flaco a su cara. Me pregunto cómo serán los cortes de pelo en el futuro. Digamos en 1975. Una cosa es segura: no serán como en las películas de ciencia ficción, donde los actores de hoy aparecen con trajes brillantes y máscaras de calaveras. ¿Se llevarán largos los cabellos como en los tiempos de T. Jefferson? ¿O lisos y con raya en medio como el viejo en sus antiguas fotos de Harvard? Una cosa es segura: todos miraremos entonces nuestras fotos de ahora y pensaremos que parecíamos geeks.»

Duane hizo una pausa, se quitó las gafas y pensó en el origen de la palabra *geek*. Sabía que significaba el tipo que en un número circense de poca monta cortaba con los dientes la cabeza de un pollo. Tío Art había empleado esta palabra, y tío Art entendía de palabras, pero ¿cuál era la etimología?

Duane se cortaba él mismo el pelo. Cuando se acordaba. Lo dejaba largo sobre el cráneo, mucho más largo de lo que era normal en los muchachos en los años sesenta, pero muy corto sobre las orejas. Y no se peinaba. Ahora debía de tener el pelo sucio por el polvo del trayecto desde Elm Haven. Duane abrió de nuevo la libreta.

«Mike: el mismo corte de pelo al cepillo, probablemente de manos de su madre o de una de sus hermanas porque no tienen dinero para la peluquería, pero por alguna razón le queda mejor que el de O'Rourke. Más largo por delante pero no erizado, y tampoco con flequillo. Nunca me había fijado, pero Mike tiene las pestañas largas como las chicas. Sus ojos son extraños, de un azul grisáceo que se advierte desde lejos. Sus hermanas probablemente serían capaces de matar por tener los ojos como él. Pero no es amariconado, afeminado (¿especial?), sino guapo a su manera. Una especie de senador Kennedy, aunque no se le parece en absoluto, todo hay que decirlo. (No me gusta cuando Mailer u otro describe a un personaje diciendo que se parece a un actor o algo así. Es por pereza.)

»El cabello de Kevin Grumbacher parece erizarse sobre su cara de conejo. Hace juego con su nuez de Adán, sus pecas, su sonrisa nerviosa y su aire de ansiosa consternación. Siempre esperando que su mamá lo llame.

»El pelo de Jim (de Harlen) no está exactamente cortado al cepillo, aunque sí muy corto. Es como un mechón sobre su cara casi cuadrada. Jim Harlen me recuerda aquel actor a quien vimos el verano pasado en una sesión gratuita, en la película *Mr. Roberts*, el hombre que

Librodot

representaba al Alférez Pulver. Jack Lemmon. (Vaya, ya estamos de nuevo. Describes a los personajes de tus libros como si se pareciesen a estrellas de cine; así será más fácil el reparto cuando vendas los derechos a Hollywood) Pero Harlen se parece al Alférez Pulver. La misma boca. Los mismos gestos nerviosos, graciosos. La misma charla tensa, sarcástica. ¿El mismo corte de pelo? ¿A quién importa esto?

»O'Rourke es una especie de líder tranquilo, como Henry Fonda en aquella película. Tal vez Jim Harlen representa también su personaje de aquel filme. Quizá todos imitamos a personajes que vimos en las sesiones gratuitas el verano pasado y no nos damos cuenta de ello...»

Duane cerró la libreta, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Estaba cansado, aunque no había hecho nada en todo el día. Y hambriento. Trató de recordar lo que había comido para desayunar, pero renunció. Cuando los demás se habían marchado para comer, él se había quedado en el cuarto de los trastos, tomando notas, pensando.

Duane estaba cansado de pensar.

Saltó de la camioneta y se dirigió hacia la orilla del bosque. Centelleaban luciérnagas en la oscuridad. Duane podía oír las ranas y las cigarras que cantaban alrededor del agua, en el barranco, a sus pies. La ladera de detrás de la Taberna del Arbol Negro estaba llena de basura y de chatarra, sombras negras sobre un fondo más negro, y Duane se desabrochó el pantalón y orinó en la oscuridad, oyendo caer el líquido sobre algo metálico. Una fuerte risotada sonó a través de la ventana iluminada y Duane pudo distinguir la voz de su padre, dominando todas las demás y preparándose para sorprenderles con la gracia de otro chiste.

A Duane le gustaban los chistes del viejo, pero no cuando bebía. Los graciosos chascarrillos se hacían maliciosos y sombríos, matizados de cinismo. Duane sabía que el viejo se consideraba un fracasado. Fracasado como estudiante de Harvard, como ingeniero, como agricultor, como inventor, como próspero hombre de negocios, como marido, como padre. Duane estaba generalmente de acuerdo con la valoración del viejo, aunque pensaba que el jurado tal vez aún estaba deliberando sobre la última acusación.

Duane volvió a la camioneta y subió a la cabina, dejando la puerta abierta para que saliese el olor a whisky. Sabía que fuera quien fuese el que se encargara del bar esta noche, echaría al viejo de allí antes de que se pusiese violento. Y sabía que metería al viejo en la parte de atrás de la camioneta para que no pudiese agarrar el volante, y que él, Duane, que había cumplido once años en marzo último, estudiante notable con un cociente intelectual de 160 según el tío Art, que le había llevado a la Universidad de Illinois hacía dos inviernos para ser examinado sabía Dios por qué razón, conduciría al viejo a casa, le metería en la cama, prepararía la cena e iría al granero para ver si las piezas se adaptaban al John Deere.

Más tarde, mucho más tarde, Duane fue despertado por un murmullo en el oído.

Aunque medio dormido, sabía que estaba en casa -había llevado al viejo en la camioneta sobre las dos colinas, más allá del cementerio y de la casa de Henry, el tío de Dale, y después, por la carretera Seis del condado, hasta la casa de campo. Había metido al viejo en la cama y había montado el nuevo distribuidor antes de cocinar una hamburguesa-, pero le sorprendía que se hubiese dormido con el auricular de la radio murmurando todavía en su oído.

Duane dormía en el sótano, en un rincón que había aislado con una manta colgada y varias cajas. La cosa no era tan triste como parecía. La segunda planta estaba demasiado fría y vacía en invierno, y el viejo había desistido de dormir en la habitación que había compartido con la madre de Duane.

El viejo dormía ahora en el salón, y Duane disponía del sótano; aquí abajo se estaba caliente cerca del horno, incluso cuando soplaba el viento sobre los rastrojos en lo más crudo del invierno; había una ducha, en vez de la bañera de la segunda planta, y Duane había bajado una cama, un tocador, su material de laboratorio y de cámara oscura, su banco de trabajo y sus aparatos electrónicos.

Librodot

Duane escuchaba la radio por la noche hasta muy tarde, desde que tenía tres años. El viejo también lo había hecho, pero hacía algunos años que había renunciado a ello.

Duane tenía radios de galena y auriculares comprados en la tienda, aparatos Heath y consolas reconstruidas, una radio de onda corta e incluso un nuevo modelo de transistor. Tío Art había sugerido que Duane se hiciese radioaficionado, pero esto no le interesaba. No quería transmitir; quería escuchar.

Y escuchar es lo que hacía, hasta altas horas de la noche, en las sombras de su sótano, con hilos de antena colgados en todas partes, conectados con cañerías y saliendo por las ventanas. Duane escuchaba emisoras de Peoria, de Des Moines, de Chicago, y desde luego las grandes emisoras de Cleveland y Kansas City; pero disfrutaba sobre todo con las más lejanas, los murmullos de Carolina del Norte, Arkansas, Toledo, Toronto, y en ocasiones, cuando la capa de iones era la adecuada y las manchas solares estaban tranquilas, el parloteo en español o en el tono lento de Alabama, casi tan extranjero como aquél, o las llamadas de una estación de California o un programa de Quebec.

Duane escuchaba deportes, cerrando los ojos en la oscuridad de Illinois e imaginándose los campos de béisbol iluminados, donde la hierba era tan verde como roja era la sangre, y escuchaba música; le gustaba la clásica, adoraba la Big Band, aunque le entusiasmaba el jazz. Pero sobre todo escuchaba los programas de preguntas y respuestas en que pacientes e invisibles locutores esperaban que oyentes sin rostro llamasen para hacer sus vacilantes pero fervientes comentarios.

A veces se imaginaba que era el único tripulante de una nave espacial situada a años luz de la Tierra, incapaz de dar media vuelta, condenada a no volver jamás, incluso imposibilitada de alcanzar su destino en el tiempo de una vida humana, pero todavía conectada por este arco expansivo de radiación electromagnética, elevándose ahora a través de capas superpuestas de viejos programas de radio, viajando hacia atrás en el tiempo como viajaba él hacia delante en el espacio, escuchando voces de personas muertas hacía mucho tiempo, moviéndose hacia atrás en dirección a Marconi, y después silencio.

Alguien estaba murmurando su nombre.

Duane se incorporó en la oscuridad y se dio cuenta de que los auriculares aún se hallaban en su sitio. Había estado probando el nuevo modelo Heath antes de quedarse dormido.

La voz sonó de nuevo. Probablemente era femenina, pero parecía extrañamente asexuada. El tono estaba debilitado por la distancia, pero era tan claro como las estrellas que había visto al venir desde el granero a medianoche.

Ella... ello... le llamaba por su nombre.

-Duane... Duane..., venimos a buscarte, querido.

Duane se sentó en la cama y apretó con más fuerza los auriculares en sus oídos. La voz no parecía llegar a través de ellos. Parecía venir más bien de debajo de la cama, de la oscuridad de encima de las tuberías de la calefacción, de las paredes de ladrillos.

-Vendremos, querido Duane. Vendremos pronto.

Nadie llamaba «querido» a Duane. Ni siquiera en broma. No tenía idea de si su madre lo había hecho cuando estaba viva. Duane pasó la mano por el cordón del auricular y localizó el enchufe frío sobre la manta, donde lo había dejado después de apagar el receptor.

-Vendremos pronto, querido Duane -murmuró la voz, apremiante, a su oído-. Espéranos, querido.

Duane se inclinó en la oscuridad, buscó el cordón colgante y encendió la luz.

Los auriculares no estaban enchufados. El receptor estaba apagado. Ninguna radio estaba encendida.

-Espéranos, querido.

5

Dale olió la Muerte antes de verla.

Era el viernes, tres de junio, el segundo día de verano de los chicos, y todos éstos habían estado jugando a béisbol desde después del desayuno -a media tarde estaban cubiertos de polvo, que se había puesto fangoso por el sudor-, cuando Dale olió la Muerte que venía.

-¡Dios mío! -exclamó Jim Harlen desde su sitio entre la primera base y la segunda-. ¿Qué es aquello?

Dale estaba acercándose a la base del bateador, pero retrocedió y señaló.

El olor venía del este, junto con la brisa que soplaba en el camino de tierra que conectaba el campo de béisbol de la ciudad con la Primera Avenida. Era un olor de muerte, de corrupción, el hedor de animales muertos en la carretera, de gases producidos por las bacterias en hinchados vientres muertos, y se estaba acercando.

-¡Uffff! -dijo Donna Lou Perry desde el montículo del pitcher.

Retuvo la pelota en la mano derecha, se llevó el guante a la boca y la nariz, y se volvió a mirar en la dirección que indicaba Dale.

El camión de recogida de animales muertos giró lentamente desde la Primera Avenida y rodó por los cien metros de camino de tierra en dirección a ellos. La cabina era de un rojo escandaloso y el suelo del camión detrás de aquélla estaba resguardado por sólidos listones. Dale pudo ver cuatro patas sobresaliendo rígidas hacia arriba -tal vez de una vaca o de un caballo, era difícil saberlo a aquella distancia-, con el cuerpo arrojado evidentemente entre otros y las pezuñas señalando hacia el cielo como una caricatura de un animal muerto.

Pero esto no era una caricatura.

-Huy, descansemos un poco -dijo Mike desde su posición de catcher detrás de la base del bateador. Se tapó la boca y la nariz con la camiseta al hacerse más fuerte el hedor.

Dale se alejó otro paso de la base, con los ojos húmedos y el estómago revuelto. El camión llegó al final del camino de tierra y se detuvo en la herbosa zona de aparcamiento detrás de las gradas a su derecha. El aire pareció espesarse alrededor de los muchachos, y el hedor de animales muertos se cerró sobre la cara de Dale como una mano.

Kevin llegó corriendo desde la tercera base.

-¿Es Van Syke?

Lawrence se levantó del banco y se acercó a Dale, y los dos miraron bizqueando hacia el camión, con las viseras de sus gorras de béisbol bajadas.

-No lo sé -dijo Dale-. No puedo ver lo que hay en la cabina, con este maldito resplandor. Pero Van Syke suele conducir ese camión en verano, ¿no?

Gerry Daysinger había estado esperando detrás de Dale. Ahora sostuvo el bate como un fusil e hizo una mueca.

-Sí, casi siempre lo conduce Van Syke.

Dale miró al muchacho bajito. Todos sabían que el padre de Gerry conducía a veces aquel camión o segaba la hierba del cementerio, pequeños trabajos de los que se solía cuidar Van Syke. Nadie había visto nunca al señor Van Syke con un amigo, pero el padre de Gerry iba algunas veces con él.

Como si leyese sus pensamientos, Daysinger dijo:

-Es Van Syke. Mi viejo está hoy en Oak Hill, trabajando en una obra.

Donna Lou vino del montículo, tapándose todavía con el guante la parte inferior de la cara.

-¡Qué querrá?

Mike O'Rourke, se encogió de hombros.

-No veo nada muerto por aquí, ¿y vosotros?

-Sólo a Harlen -dijo Gerry, arrojando un terrón a Jim cuando éste vino para incorporarse al grupo.

El camión permanecía allí, a diez metros de distancia, con el parabrisas opaco a causa del reflejo de la luz, y las gruesas capas de pintura de la cabina como sangre coagulada. Entre los listones del lado, Dale podía ver pellejos grises y negros, otra pezuña cerca de la puerta de atrás del vehículo, y algo grande, castaño e hinchado precisamente detrás de la cabina. Las

cuatro patas levantadas hacia el cielo pertenecían a una vaca. Dale bajó más la visera de su gorra y pudo ver huesos blancos asomando en la corrompida piel. Había en el aire un zumbido de moscas que revoloteaban sobre el camión como una nube azul.

-¿Qué querrá? -volvió a preguntar Donna Lou.

Hacía años que la alumna de sexto andaba por ahí con los muchachos de la Patrulla de la Bici -era la mejor pitcher de sus equipos-, pero este verano Dale había advertido que era mucho más alta... y que tenía curvas debajo de la camiseta de manga corta.

-Vayamos a preguntárselo -dijo Mike.

Tiró su guante y echó a andar en dirección a la abertura de la valla.

Dale sintió que le daba un salto el corazón. No le gustaba Van Syke. Cuando pensaba en él -incluso en el contexto de la escuela, con los profesores o el doctor Roon gritando a lo lejos-, se imaginaba los largos dedos como patas de araña y con las uñas sucias, las arrugas del cogote colorado también sucias de polvo, y aquellos enormes dientes amarillos como los de las ratas del vertedero.

Y la idea de acercarse más a aquel camión, a aquel olor, hizo que se le revolviese de nuevo el estómago.

Mike llegó a la valla y pasó por la estrecha abertura.

-¡Eh, esperad un momento! -gritó Harlen-. ¡Mirad!

Alguien bajaba en bicicleta por el camino de tierra; la bici entró en el campo de la derecha y cruzó el cuadro interior, levantando terrones. Dale vio que era una bicicleta de muchacha y que la montaba Sandra Whittaker, la amiga de Donna Lou.

-¡Uffff! -dijo Sandy, deteniendo la bici cerca del grupo de muchachos-. ¿Quién se ha muerto?

-Acaban de llegar los primos muertos de Mike -dijo Harlen-. Precisamente él iba ahora a darles un abrazo.

Sandy miró de arriba abajo a Harlen y le hizo un gesto de rechazo, sacudiendo las trenzas.

-Traigo noticias. ¡Ocurre algo raro!

-¿Qué? -dijo Lawrence, y se ajustó las gafas.

La voz del alumno de tercero era tensa.

-J. P., Barney y todos están en Old Central. También están Cordie y la estrafalaria de su mamaíta. Y Roon. Todo el mundo. Están buscando al estúpido hermano de Cordie.

-¿A Tubby? -dijo Gerry Daysinger. Se frotó la mocosa nariz con la mano y se enjugó ésta en la camiseta gris-. Yo creía que se había escapado el miércoles.

-Sí -dijo jadeando Sandy, dirigiéndose ahora a Donna Lou-, pero Cordie cree que todavía está en la escuela. Extraño, ¿no?

-Vayamos allá -dijo Harlen, corriendo hacia la hilera de bicicletas, cerca de la primera base.

Los otros le siguieron, apartando las bicis de la valla, colgando los guantes de béisbol de los manillares o de los bates colocados sobre el hombro.

-¡Eh! -gritó Mike desde el otro lado de la valla-. ¿Y qué hay de Van Syke?

-Le das un beso de nuestra parte -gritó Harlen, y empezó a pedalear por el camino de tierra.

Dale, Lawrence y Kevin lo siguieron. Dale pedaleaba con fuerza, fingiéndose excitado por la noticia de Sandy. Era capaz de cualquier cosa con tal de alejarse de aquel olor a muerte y del silencioso camión.

Mike esperó un momento, mientras los demás huían levantando polvo. Daysinger no tenía bicicleta, pero había montado en la barra de la de Grumbacher, y las largas piernas de Kevin subían y bajaban al pedalear con fuerza. Donna Lou miró hacia Mike, y después montó en su bici blanca y verde mar, arrojó el guante en la cesta y salió de allí con Sandy.

Mike se quedó solo en el campo de béisbol, con el terrible hedor de animales muertos y el silencioso camión. Se quedó plantado allí, justo detrás de la valla, y miró fijamente hacia el vehículo. El termómetro alcanzaría por lo menos los treinta y tres grados, y el sol era tan

fuerte que el sudor se deslizaba por su cuello polvoriento y sus mejillas. ¿Cómo podía soportarlo Van Syke dentro de aquella cabina y con las ventanillas cerradas?

Mike se quedó allí, mientras la pandilla de muchachos llegaba a la Primera Avenida y torcía a la derecha por la calle asfaltada. Sandy y Donna Lou fueron las últimas en perderse de vista detrás de la hilera de olmos.

Zumbaban las moscas. Algo en la parte de atrás del camión se movió con un ruido suave y líquido, y el hedor se hizo casi visible en el aire espeso. Mike sintió que le empezaba a crecer el pánico, como le ocurría a altas horas de la noche cuando oía ruidos en la habitación de su abuela, debajo de la de él, y pensaba que era su alma que rascaba por liberarse, o cuando estaba demasiado tiempo arrodillado en la misa solemne, medio hipnotizado por el incienso, la letanía y su propia somnolencia, pensando en sus pecados, en el terrible fuego del infierno y en las cosas viscosas que le esperaban allí...

Dio cinco pasos más en dirección al camión. Unos saltamontes se alejaron dando brincos sobre la hierba seca. A través del resplandeciente parabrisas apenas se divisaba una sombra.

Mike se detuvo e hizo una higa al camión y a sus ocupantes, vivos y muertos.

Después se volvió despacio y pasó de nuevo por la abertura de la valla de estacas y alambre, haciendo esfuerzos por no echar a correr, aunque esperando oír la portezuela de la cabina al cerrarse de golpe y unas pisadas rápidas y fuertes detrás de él.

Pero sólo sonaba el zumbido de las moscas. Después, suavemente, inconfundiblemente, brotó de la caja del camión un débil maullido que se convirtió en un gemido infantil. Mike se quedó paralizado cuando deslizaba su guante sobre el manillar.

No había error posible. Una criatura estaba llorando en aquella cuna de muerte, llena de víctimas de la carretera recogidas del asfalto; perros muertos y destripados, reses hinchadas y caballos de ojos blancos, cerditos aplastados, y despojos putrefactos de una docena de granjas.

El llanto creció en intensidad y en estridencia y se convirtió en un quejido que justificaba perfectamente la súbita punzada de terror de Mike; después se fue extinguiendo en una especie de gorgoteo, como si algo estuviese allí alimentándose. Mamando.

Mike apartó con piernas temblorosas su bicicleta de la valla. Pedaleó por delante de la primera base, entró en el camino de tierra y se dirigió a la Primera Avenida.

No se detuvo.

No miró atrás.

Vieron los coches y la agitación desde una manzana de distancia. El Chevy negro mate de J. P. Congden estaba aparcado delante de la escuela, junto al coche de la policía y a un viejo trasto azul que Dale supuso que pertenecía a la madre de Cordie Cooke. Cordie estaba allí, con el mismo vestido sin forma que había usado durante todo el último mes en la escuela, y la mujer gorda y de cara de luna que estaba junto a ella tenía que ser su madre.

El doctor Roon y la señora Doubbet se hallaban al pie de la escalera de la entrada norte, como cerrando el paso. El juez de paz y el policía del pueblo, Barney, estaban plantados entre los dos grupos como árbitros.

Dale y los otros se detuvieron en el campo herboso, a unos ocho metros del grupo de adultos, ni demasiado cerca para que pudiesen echarles de allí, ni demasiado lejos para poder oír. Dale miró a Mike cuando éste llegó pedaleando y se detuvo. El rostro de su amigo estaba pálido.

-¡Y yo digo que Terence no vino a casa el miércoles! -gritó la señora Cooke.

La cara gorda de la mujer tenía un color marrón y unas arrugas que a Dale le hicieron pensar en el guante de catcher de Mike. Sus ojos tenían la misma mirada gris, desvaída, desesperanzada de su condiscípula Cordie.

-¿Terence? -murmuró Jim Harlen, e hizo una mueca.

Librodot

-Sí, señora -dijo Barney, plantado todavía entre la gorda y el director y maestro del colegio-. El doctor Roon lo comprende. Pero ellos están seguros de que salió de la escuela. Tenemos que descubrir adónde fue después.

-¡Tonterías! -gritó la señora Cooke-. Mi Cordelia dice que no le vio cruzar el patio, y mi Terence no se habría marchado de la escuela sin permiso. Es un buen chico. Y yo le habría zurrado la badana si lo hubiese hecho.

Kevin se volvió hacia Dale y arqueó una ceja. Dale no apartó la vista del grupo de excitados adultos.

-Bueno, señora Cooke -le dijo el bajo, calvo y mezquino juez de paz-, todos sabemos que Tubby... hum... Terence tenía malos modales y...

La señora Cooke se volvió contra el hombrecillo.

-Cállese, J. P. Congden. Todo el mundo sabe que su chico C. J. es el más pequeño y ruin imbécil que se ha visto por aquí con una navaja. No me hable de los modales de mi Terence. -Volvió la cabeza para mirar al flaco policía a quien todos llamaban Barney, y señaló con uno de sus dedos romos al doctor Roon y a la vieja Double-Butt-. Agente, esas personas están ocultando algo.

Barney hizo un ademán con las manos, extendiendo las palmas hacia fuera.

-Vamos, vamos, señora Cooke. Usted sabe que han buscado en todas partes. La señora Doubbet vio salir a Terence del colegio aquella tarde, antes de que despidieran a los niños y...

-¡Y yo digo que una mierda! -gritó la madre de Cordie.

Cordie miró por encima del hombro, vio al grupo de muchachos y se los quedó mirando sin expresión en el semblante.

La señora Doubbet pareció salir de su atolondramiento.

-Nadie puede hablarme así. He sido maestra en este distrito desde hace casi cuarenta años y...

-¡Me importa un bledo el tiempo que lleve usted enseñando! -gritó la señora Cooke.

-Mamá, está mintiendo -dijo Cordie, tirando del vestido tosco de su madre-. Yo miraba por la ventana y no vi a Tubby en ninguna parte. La vieja Double-Butt ni siquiera estaba mirando.

-Un momento, jovencita -empezó a decir el doctor Roon. Sus largos dedos jugaron con la cadena del reloj cruzada en su chaleco-. Comprendemos que estés trastornada por la... ausencia temporal de tu hermano, pero no podemos permitir que...

-¡Díganme dónde está mi chico! -gritó la señora Cooke, adelantándose al juez de paz, como tratando de poner las pequeñas y gordas manos sobre el director.

-¡Eh, eh! -exclamó J. P. Congden, dando un paso atrás.

Barney se plantó de nuevo entre los dos, dijo rápidamente algo a la madre de Cordie, en un tono que los chicos no pudieron oír, y después se dirigió en voz baja al doctor Roon.

-Estoy de acuerdo en que deberíamos continuar la discusión... en... en privado -fue la respuesta en tono sepulcral del doctor Roon.

Barney asintió con la cabeza, dijo algo más, y el grupo entró en Old Central. Cordie miró por encima del hombro a Dale y a los otros, pero ahora no había hostilidad en su cara; sólo tristeza y algo que podía ser miedo.

-Convendría que... que el señor Cooke se reuniese con nosotros -dijo el doctor Roon al entrar en el edificio.

-Se ha encontrado mal durante toda la semana -dijo la madre de Cordie, en voz monótona y cansada.

-Ha estado borracho como una cuba durante toda la semana –dijo Jim Harlen, en una aceptable imitación del acento de Oklahoma de la señora Cooke. Entrecerró los ojos, mirando el sol y el ahora vacío aparcamiento-. Bueno, se está haciendo tarde y le prometí a mi madre que segaría el césped. Me parece que aquí la diversión ha terminado.

Lawrence se volvió a subir las gafas sobre la nariz.

-¿Dónde creéis que fue Tubby?

Harlen se inclinó sobre el alumno de tercero, torció la cara en una horrorosa mueca y dobló los dedos como garras.

-Alguien lo pilló, cabezota. ¡Y esta noche te pillará a ti!

Y se inclinó más, goteando saliva en su mentón.

-¡Basta ya! -dijo Dale, poniéndose entre Harlen y su hermano.

-¡Basta ya! -le imitó Harlen, con voz de falsete-. ¡No molestes a mi hermanito! -dijo con tono remilgado, haciendo una pirueta y moviendo las muñecas y los dedos.

Dale no dijo nada.

-Sería mejor que fueses a segar el césped -dijo Mike en tono un poco cortante.

Harlen miró a O'Rourke, vaciló y dijo:

-Sí. Hasta la vista, bobos.

Y se alejó pedaleando por Depot Street.

-¿Lo habéis visto? Ya os dije que era extraño -dijo Sandy, y se marchó con Donna Lou.

-¡Hasta mañana! -gritó Donna por encima del hombro cuando llegaron a la hilera de olmos centinelas del lado sudeste del patio de recreo.

Dale agitó la mano.

-Bah, no va a ocurrir nada -dijo Gerry Daysinger-. Me voy a casa a beber una limonada.

Y salió corriendo en dirección a su casa de madera y cartón alquitranado sobre bloques de escoria al otro lado de School Street.

-¡Ke-VIIINNN!

La estridente llamada sonó como el grito de Johnny Weissmuller en el papel de Tarzán. La cabeza y los hombros de la señora Grumbacher apenas eran visibles en la puerta de la entrada.

Kevin no perdió tiempo en despedirse. Hizo girar su bici y se largó.

La sombra de Old Central se extendía casi hasta la Segunda Avenida, amortiguando el color de los campos de juegos, que eran verdes donde tocaba el sol, y sombreando los troncos de tres grandes olmos.

J. P. Congden salió unos minutos después, gritó algo ofensivo a los muchachos y arrancó, levantando una nube de gravilla.

-Mi papá dice que utiliza ese Chevy como trampa para multar a la gente por exceso de velocidad -dijo Mike.

-¿Cómo? -dijo Lawrence.

Mike se sentó en la hierba y arrancó un tallo.

-J. P. se esconde en el camino de la vaquería de la colina, donde la Hard Road desciende para cruzar el río Spoon. Cuando pasa algún coche, sale zumbando tras él. Si el conductor acelera, enciende la luz de encima de su coche y le detiene por exceso de velocidad. Le lleva a su casa y le pone una multa de veinticinco dólares. Y si por el contrario no acelera...

-¿Qué?

-Se pone delante de él antes de llegar al puente, reduce la marcha y le detiene por adelantarle a menos de treinta metros del puente.

Lawrence chupó una hierba y sacudió la cabeza.

-¡Qué cabrón!

-¡Eh! -dijo Dale-. Cuidado con lo que dices. Si mamá te oye hablar de esta manera...

-¡Mirad! -dijo Lawrence, levantándose de un salto y corriendo hacia una ondulación de tierra en el suelo-. ¿Qué es eso?

Los otros dos muchachos se acercaron a mirar.

-Una topera -dijo Dale.

Mike sacudió la cabeza.

-Demasiado grande.

-Seguramente cavaron una zanja para instalar una nueva tubería de desagüe o algo así, y ha quedado esa elevación -dijo Dale. Señaló-. Mirad. Allí hay otra. Las dos van hacia la escuela.

Mike se acercó a la otra ondulación de tierra y la siguió hasta que desapareció debajo de la acera, cerca del colegio. Chupó la brizna de hierba.

-Es muy raro que pongan tuberías nuevas.

-¿Por qué? -dijo Lawrence.

Mike señaló hacia el lado sombreado de la escuela.

-Van a echarla abajo. Dentro de un par de días, cuando hayan sacado todos los trastos, entablarán las ventanas. Y si...

Mike se interrumpió, miró hacia los aleros, entrecerrando los ojos, y se echó atrás.

Dale se acercó a él.

-¿Qué es?

Mike señaló.

-Allá arriba. ¿Ves la ventana del centro del piso donde tenía que ir el instituto?

Dale se protegió los ojos con la mano.

-Sí. ¿Qué?

-Alguien estaba mirando -dijo Lawrence-. Vi una cara blanca, pero se fue.

-Era Van Syke -dijo Mike.

Dale miró por encima del hombro, más allá de su casa, hacia los campos de detrás de ella. La sombra de los árboles y la distancia le impedían ver si el camión de recogida de animales estaba todavía junto al campo de béisbol.

Al fin salieron la señora Cooke, Cordie, Barney y la vieja Double-Butt. Intercambiaron unas palabras, que los chicos no pudieron oír, y se marcharon en diferentes direcciones. Sólo permaneció allí el coche del doctor Roon, y antes de que se hiciese de noche, exactamente antes de que a Dale y Lawrence les llamaran para la cena, salió el doctor Roon, cerró la puerta del colegio y se alejó en su Buick, que parecía un coche fúnebre.

Dale siguió observando desde la puerta de su casa hasta que su madre lo llamó para la cena; pero Van Syke no salió.

Volvió a mirar después de cenar. La luz de la tarde sólo tocaba las copas de los árboles y la oxidada cúpula verde. Todo lo demás estaba a oscuras.

6

El sábado por la mañana, primer sábado del verano, Mike O'Rourke se levantó al amanecer. Entró en el oscuro salón para ver cómo estaba Memo -que casi despierta-, y cuando vio el pálido brillo de la piel y el pestañeo de un ojo entre el revoltijo de mantas y pañuelos, supo que aún estaba viva. La besó, percibiendo un ligerísimo olor a podredumbre parecido al que brotaba del camión el día anterior, y se dirigió a la cocina.

Su padre se había levantado ya y se estaba afeitando sobre el grifo de agua fría del fregadero; entraba a las siete de la mañana en la fábrica de cerveza Pabst, de Peoria, y la ciudad se hallaba a más de una hora en coche. El padre de Mike era corpulento: metro ochenta de estatura, pero más de ciento treinta kilos de peso, la mayor parte acumulado en una panza grande y redonda que le mantenía apartado del fregadero al afeitarse. Sus cabellos rojos se habían ido cayendo hasta quedar reducidos a poco más que una pelusa anaranjada encima de las orejas, pero su frente estaba tostada por el sol, de trabajar en el jardín los fines de semana, y los capilares rotos de las mejillas y de la nariz contribuían al tono rubicundo de su tez. Se afeitaba con la antigua navaja que había pertenecido a su abuelo. Se interrumpió, con un dedo en la estirada mejilla y la navaja a punto, para saludar con la cabeza a su hijo que se dirigía al retrete exterior.

Mike se había dado cuenta últimamente de que su familia era la única de Elm Haven que todavía tenía que utilizar un retrete exterior. Había otros -como el de la señora Moon, detrás de su vieja casa de madera, y el de Gerry Daysinger detrás del cuarto de las herramientas-, pero éstos no eran más que vestigios del pasado. Los O'Rourke sí utilizaban su retrete exterior. Hacía años que la madre de Mike hablaba de instalar cañerías para el agua, además de la bomba de encima del fregadero; pero el padre había argumentado siempre que era demasiado caro porque el pueblo no tenía red de alcantarillado y las fosas sépticas costaban

una fortuna. Mike sospechaba que su padre no quería un lavabo interior. Con las cuatro hermanas y la madre de Mike siempre hablando, hablando y hablando en la pequeña casa, el padre de Mike decía a menudo que aquel retrete era el único lugar donde encontraba verdadera paz y tranquilidad.

Mike regresó por el caminito enlosado que serpenteaba entre el jardín de su madre y el huerto de su padre, levantó la mirada para ver los estorninos que revoloteaban entre las altas hojas que captaban las primeras luces del amanecer, cruzó el pequeño porche de atrás Y se lavó las manos en el fregadero de la cocina que su madre acababa de dejar libre. Entonces se dirigió a la alacena, cogió el bloc y el lápiz del colegio y se sentó a la mesa.

-Vas a llegar tarde para los periódicos -dijo su padre, que estaba tomando café de pie junto al mármol de la cocina y mirando el huerto a través de la ventana.

El reloj de la pared indicaba las 5.08.

-No, no llegaré tarde -dijo Mike.

A las cinco y cuarto dejaban los periódicos delante del banco contiguo a la cooperativa de Main Street, donde trabajaba la madre de Mike. Nunca se había retrasado para recogerlos.

-¿Qué estás escribiendo? -preguntó su padre, que parecía haber centrado su atención en el café.

-Unas notas para Dale y los compañeros.

Su padre asintió con la cabeza, como si realmente no le hubiera oído, y volvió a mirar el huerto.

-La lluvia del otro día le ha ido bien al maíz.

-Hasta luego, papá.

Mike guardó las notas en el bolsillo de los tejanos, se caló una gorra de béisbol, y dio una palmada en el hombro de su padre. Afuera, montó en su vieja bicicleta y al llegar a la Primera Avenida se puso a pedalear a toda velocidad.

En cuanto hubiese terminado su trayecto de la mañana en busca de los periódicos, iría a la iglesia de San Malaquías, en el lado oeste de la ciudad y cerca de la vía del ferrocarril, y actuaría de monaguillo en la misa del padre Cavanaugh, como hacía todos los días del año. Había sido monaguillo desde los siete años, y aunque otros niños llegaban y se iban, el padre C. decía que ninguno era tanto de fiar como Mike, ni pronunciaba el latín con tanto cuidado y devoción. Algunas veces el trabajo era duro, sobre todo en invierno, cuando había nevado mucho y no podía usar la bici para ir por el pueblo. Entonces a veces llegaba corriendo a San Malaquías, se ponía la pequeña sotana y el sobrepelliz sin quitarse la chaqueta ni cambiarse los zapatos, y ayudaba a misa con nieve derritiéndose en las suelas de su calzado; y entonces, si sólo estaban allí los habituales feligreses de las siete y media -la señora Moon, la señora Shaugnessy, la señorita Ashbow y el señor Kane-, Mike pedía permiso al padre C., inmediatamente después de la comunión, y salía corriendo para llegar al colegio antes de que tocase la última campana.

Pero con frecuencia llegaba tarde. La señora Shrives ni siquiera le hablaba cuando entraba; se limitaba a mirarle severamente y señalaba con la cabeza hacia el despacho del director. Mike esperaba allí a que el doctor Roon tuviese tiempo para reñirle o castigarle con la palmeta que guardaba en el cajón inferior izquierdo de su mesa. Los palmetazos ya no le preocupaban, pero le fastidiaba tener que estarse sentado en el despacho y perderse la clase de lectura, y sobre todo la de matemáticas.

Mike apartó de la mente la idea del colegio y se sentó en la alta acera, delante del banco, esperando la camioneta que traía el periódico de la mañana de Peoria. Era verano.

La idea del verano, el calor en la cara, la realidad del olor a pavimento caliente y a mieses húmedas, llenaban de energía el espíritu de Mike y henchían su pecho, incluso mientras desempaquetaba los periódicos y los doblaba, pegando notas en algunos e introduciéndolos en el compartimiento especial de su bolsa de reparto, y también mientras circulaba de mañana por las calles, arrojando periódicos y gritando los buenos días a las mujeres que recogían las botellas de leche y a los hombres que subían en los coches para ir al trabajo. Y la realidad de

Librodot

ello, la gravedad disminuida del verano, continuó alentándole, hasta el momento de apoyar su bici en la pared de San Malaquías y entrar corriendo en el fresco interior, sombreado y perfumado de incienso, de su lugar predilecto en el mundo.

Dale se despertó tarde, después de las ocho, y continuó en la cama durante un buen rato. La luz y la sombra de las hojas del olmo gigante llenaban la ventana.

Un aire cálido penetraba a través de las cortinas. Lawrence ya se había levantado; Dale podía oír el sonido de las películas de dibujos animados en el cuarto de estar, señal de que su hermano estaría viendo a Heckle y Jeckle, y a Ruff y Reddy.

Dale se levantó, hizo su cama y la de Lawrence, se puso los calzoncillos, los tejanos, una camiseta de manga corta, calcetines limpios y bambas, y bajó a desayunar.

Su madre había preparado su torta predilecta de cereales y pasas. Estaba muy animada, hablando de las películas que por la noche se iban a proyectar en el espectáculo gratuito. El padre de Dale todavía estaba de viaje -su territorio de ventas abarcaba dos estados-, pero llegaría a casa a altas horas de la noche.

Desde el cuarto de estar, Lawrence le gritó a Dale que se diese prisa porque se estaba perdiendo a Ruff y Reddy.

-¡Es un programa para niños pequeños! -le respondió Dale-. ,No me interesa!

Pero comió más deprisa.

-Ah, esto estaba con el periódico esta mañana -dijo su madre, dejando la nota junto al tazón.

Dale sonrió al ver el papel barato del Block del Gran Jefe y reconoció la cuidadosa caligrafía y las faltas de ortografía de Mike:

REUNION DE TODOS EN LA CUEBA
A LAS NUEBE Y MEDIA
M

Dale sacó del tazón el último trozo de tarta y se preguntó qué podía ser tan importante para que se tuviesen que reunir todos allí. La cueva estaba reservada para acontecimientos especiales: secretos asuntos urgentes, reuniones extraordinarias de la Patrulla de la Bici cuando eran más pequeños para preocuparse por aquellas cosas.

-Bueno, ¿verdad que no es realmente una cueva, Dale? –preguntó su madre en tono ligeramente preocupada.

-Pero mamá, si ya sabes que no es más que aquella vieja alcantarilla de más allá del Arbol Negro.

-Está bien, pero acuérdate de que me prometiste segar el césped del Jardín antes de que la señora Sebert venga a visitarnos esta tarde.

El padre de Duane McBride no estaba suscrito al periódico de Peoria -no leía ningún periódico salvo *The New York Times*, y sólo de tarde en tarde-, por lo que Duane no recibió una de las notas de Mike. El teléfono sonó alrededor de las nueve de la mañana. Duane esperó -era una línea telefónica compartida entre varios abonados, un timbrazo significaba que la llamada era para los Johnson, sus vecinos más próximos; dos, que era la línea de Duane, y tres, que llamaban a Swede Olafson, de la misma calle, más abajo.

El teléfono sonó dos veces, se detuvo y sonó otras dos veces.

-Duane -dijo la voz de Dale Stewart-. Pensé que habrías salido para hacer tus recados.

-Ya los he hecho -dijo Duane.

-¿Está tu padre en casa?

-Ha ido a Peoria a comprar algunas cosas.

Hubo una pausa. Duane sabía que Dale no ignoraba que muy a menudo su padre no volvía de sus «compras» del sábado hasta altas horas de la noche del domingo.

-Mira, tenemos una reunión en la Cueva a las nueve y media. Mike tiene que decirnos algo.

-¿Quiénes vamos a ir?

Duane miró su libreta. Había estado trabajando en sus apuntes desde después del desayuno. Había empezado este trabajo particular en abril y la libreta estaba llena de tachaduras, correcciones, párrafos y páginas enteras suprimidos, anotaciones garrapateadas en los estrechos márgenes. Sabía que este ejercicio iba a ser tan imperfecto como todos los demás.

-Ya sabes -dijo Dale-, Mike, Kevin, Harlen y tal vez Daysinger. No sé. He recibido hace un rato la nota junto al periódico.

-¿Y Lawrence?

Duane miró el mar de maíz que se alzaba, ahora casi hasta la altura de las rodillas, a ambos lados del largo camino enarenado de su casa. Cuando estaba viva, su madre había prohibido que se plantase algo más alto que habas en las ocho hectáreas de delante de la casa. «Cuando crece el maíz, hace que me sienta demasiado aislada -había dicho al tío Art-. Me da claustrofobia.» El viejo la había complacido y había plantado habas. Pero Duane no podía recordar un tiempo en que el verano no significase la lenta separación de su finca del mundo que les rodeaba. «Alto hasta la cintura el cuatro de julio», decía un viejo dicho sobre el maíz; pero en esta parte de Illinois, el cuatro de julio llegaba generalmente a la altura del hombro de Duane. Y más allá de aquella fecha del verano, no era tanto lo que crecía el maíz como lo que se encogía la casa de campo. Duane ni siquiera podía ver el camino vecinal en el que terminaba el de la casa, a menos que subiese al segundo piso para mirar por encima del maíz. Y ni él ni su viejo subían ya al segundo piso.

-¿Qué quieres saber de Lawrence? -preguntó Dale.

-¿Vendrá?

-Claro que vendrá. Ya sabes que siempre va con nosotros.

Duane sonrió.

-No quería que te olvidases de tu hermanito -dijo.

Sonó un ruido apremiante en la línea.

-Bueno, Duane, ¿vendrás o no?

Duane pensó en el trabajo que tenía que hacer en la finca aquel día. Tendría suerte si terminaba antes de anochecer, aunque empezase enseguida.

-Estoy muy atareado, Dale. ¿No sabes lo que pretende Mike?

-Bueno, no estoy seguro, pero creo que tiene algo que ver con Old Central. Tubby Cooke ha desaparecido. Ya lo sabes.

Duane hizo una pausa.

-Allí estaré. Las nueve y media, ¿eh? Si salgo ahora podré llegar a eso de las diez.

-¡Oh! -dijo Dale, y su voz adquirió un tono metálico-. ¿Aún no tienes bici?

-Si Dios hubiese querido que tuviese una bici -dijo Duane-, habría tenido que nacer apellidándome Jchwinn. Nos veremos allí

Colgó antes de que Dale pudiese replicar.

Duane bajó a buscar su libreta con sus apuntes sobre Old Central, se caló una gorra con la palabra GATO en ella y salió a llamar a su perro. Witt acudió enseguida. El nombre se pronunciaba «Vit» y era una abreviatura de Wittgenstein, un filósofo sobre el que discutían incesantemente su padre y el tío Art. El viejo collie estaba casi ciego y se movía despacio debido a la artritis, pero se dio cuenta de que Duane pensaba ir a alguna parte y se acercó a él agitando la cola, esperanzado para indicarle que estaba dispuesto a participar en la expedición.

-¡Huy! -dijo Duane, temiendo que con aquel calor la caminata resultara demasiado fatigosa para su viejo amigo-. Hoy te quedarás aquí, UIT, Guardando la casa. Yo volveré a la hora de la comida.

El collie consiguió dar a sus ojos, nublados por las cataratas, una expresión dolida y suplicante. Duane le acarició, le llevó de nuevo al granero y se aseguró de que el cuenco estuviese lleno de agua.

-Mantén bien a raya a los ladrones y a los monstruos del maíz, Uitt.

El collie se resignó, con un suspiro canino, y se tendió sobre la capa de paja que le servía de cama.

El día era caluroso cuando Duane descendió por el camino de entrada de la casa hacia la carretera Seis del condado. Se arremangó las mangas de la camisa de franela a cuadros y pensó en Old Central y en Henry James. Acababa de leer *The Turn of the Screw* y ahora pensó en la hacienda llamada Bly, en la sutil sugerencia de James de que una casa podía resonar con tanta malignidad que creaba «fantasmas» para perseguir a los niños Miles y Flora.

El viejo estaba alcoholizado y era un fracasado, pero también era un ateo convencido y un ferviente racionalista, y había criado a su hijo de esta manera. Desde siempre, Duane había considerado el universo como un complejo mecanismo sujeto a leyes lógicas: unas leyes que solo eran parcial y defectuosamente comprendidas por las pobres inteligencias humanas, pero leyes al fin y al cabo.

Abrió la libreta y encontró el pasaje sobre Old Central. «... una impresión de... ¿mal presagio? ¿De maldad? Demasiado melodramático.

Una impresión de alerta...» Duane suspiró, arrancó la hoja y la guardó en un bolsillo del pantalón de pana.

Llegó a la carretera Seis y torció hacia el sur. La luz del sol resplandecía sobre la gravilla blanca de la calzada y tostaba los antebrazos descubiertos de Duane. Detrás de él, en los campos a cada lado del camino de su casa, los insectos zumbaban y revoloteaban entre el maíz.

Dale, Lawrence, Kevin y Jim Harlen fueron juntos en bicicleta a la Cueva.

-¿Por qué diablos tenemos que reunirnos tan lejos? -gruñó malhumorado Harlen.

Su bicicleta era más pequeña que la de los otros, de cuarenta y cinco centímetros, y tenía que pedalear mucho más fuerte para no quedarse atrás.

Pasaron por delante de la casa de O'Rourke, sombreada por sus frondosos árboles, siguieron hacia el norte, en dirección a la torre del agua, y después hacia el este por la ancha carretera cubierta de gravilla; Kevin, Dale y Lawrence por la apisonada rodera de la izquierda, y Harlen por la derecha. No había tráfico, viento, ni el menor ruido, salvo el de la respiración de los muchachos y el crujido de la grava bajo los neumáticos. Había un kilómetro y medio hasta la Seis del condado. Más allá de los campos y hacia el nordeste del cruce de carreteras, empezaban los montes y los espesos bosques. Si hubiesen continuado por la carretera desde la torre del agua, se habrían adentrado en el terreno montañoso entre Elm Haven y una población casi abandonada llamada Jubilee College.

La Seis seguía hacia el sur durante dos kilómetros y medio, conectando con la 151A, la Hard Road que cruzaba Elm Haven; pero aquel atajo era poco más que rodadas polvorientas que cruzaban los campos, intransitables durante la mayor parte del invierno y de la primavera.

Torcieron hacia el norte, pasaron por delante de la Taberna del Arbol Negro y rodaron a toda velocidad por la primera y empinada cuesta abajo, casi de pie sobre los pedales. Los árboles formaban una bóveda sobre la estrecha carretera, sumiéndola en una oscura sombra. La primera vez que Dale había oído La leyenda de la hondonada dormida, cuando la leyó en clase la señora Grossaint, maestra de cuarto, se había imaginado este lugar con un puente cubierto debajo.

Pero aquí no había ningún puente cubierto sino sólo una baranda de madera carcomida a ambos lados de la carretera. Los muchachos se detuvieron al final de la cuesta y caminaron, con las bicis de la mano, por un estrecho sendero, entre la maleza del lado oeste de la carretera. La maleza les llegaba hasta más arriba de la cintura y estaba cubierta del polvo que

Librodot

levantaban los coches al pasar. Vallas de alambre espinoso separaban el oscuro bosque del espeso follaje a lo largo de la orilla de la carretera. Escondieron las bicicletas debajo de matorrales, asegurándose de que no pudiesen verse desde la carretera, y continuaron descendiendo por el sendero hacia la fresca ribera del riachuelo.

En el fondo, el camino casi no podía verse al pasar por debajo de los altos matojos y de los árboles enanos, serpenteando junto al estrecho arroyo. Dale condujo a los otros al interior de la Cueva.

Pero no era propiamente una cueva. Por alguna razón, el condado había tendido allí un conducto subterráneo prefabricado de cemento debajo de la carretera, en vez de utilizar las tuberías de acero ondulado de setenta y cinco centímetros que solían usarse en todas partes. Tal vez habían esperado inundaciones de primavera; tal vez tenían un conducto de cemento que no sabían cómo emplear. En cualquier caso aquello era muy grande, tenía un metro ochenta de diámetro, y había un surco de treinta y cinco centímetros en su base por el que fluía el agua del arroyo, de manera que los chicos podían reclinarse en el fondo curvo del conducto y estirar las piernas sin mojarse. Incluso en los días más cálidos se estaba fresco en la cueva; la entrada se hallaba casi tapada por enredaderas y hierbajos, y el ruido de los coches que pasaban por la carretera, a tres metros por encima de ellos, hacía que su escondrijo pareciese mucho más oculto.

Más allá del extremo de la cueva se había formado una pequeña charca de desagüe. En verano sólo tenía unos dos metros y medio de ancho por la mitad de profundidad; pero resultaba de una belleza sorprendente, con el agua goteando desde el conducto, como una cascada en miniatura, y la superficie casi negra por la sombra de los árboles.

Mike había llamado Arroyo de los Cadáveres al riachuelo que la alimentaba, porque la pequeña charca contenía con frecuencia animales muertos en la carretera y arrojados a ella. Dale recordaba que había encontrado cuerpos de zarigüeyas, mapaches, gatos, erizos, y en una ocasión un gran perro pastor alemán. Recordaba que había estado tumbado en el borde de la Cueva, con los codos apoyados en el cemento frío, contemplando al perro a través de más de un metro de agua perfectamente clara. El pastor alemán tenía abiertos los negros ojos y parecía mirar a su vez a Dale, y la única prueba de que el animal estaba muerto, aparte del hecho de yacer en el fondo de una charca, era un pequeño rastro de una especie de gravilla blanca que brotaba de su hocico abierto, como si hubiese vomitado piedras.

Mike les estaba esperando en la Cueva. Un minuto más tarde Duane McBride se reunió con ellos, resoplando y jadeando al bajar por el sendero, con el semblante rojo bajo la gorra. Pestañeó en la súbita oscuridad de la alcantarilla.

-Ah, una reunión de la Sociedad de la Almeja y la Sopa de Pescado Tanatopsis -dijo, resoplando todavía un poco.

-¿Eh? -dijo Jim Harlen.

-Olvídalo -dijo Duane.

Se sentó cansado y se enjugó la cara con el faldón de la camisa de franela.

Lawrence estaba pinchando una enorme telaraña con un palo que había encontrado. Se volvió en redondo cuando Mike empezó a hablar.

-Tengo una idea.

-Alto, parad las prensas -dijo Harlen-. Un nuevo titular de primera página para el periódico de mañana.

-Cállate -dijo Mike, pero sin irritación-. Todos estabais ayer en la escuela cuando Cordie y su madre fueron en busca de Tubby.

-Yo no estaba -dijo Duane.

-Sí. -Mike asintió con la cabeza-. Cuéntale lo que pasó, Dale.

Dale explicó la discusión entre la señora Cooke y el doctor Roon y J. P. Congden.

-La vieja Double-Butt también estaba allí -concluyó-. Dijo que había visto marchar a Tubby. La madre de Cordie dijo que era mentira.

Duane arqueó una ceja.

-Entonces, ¿qué piensas tú, O'Rourke? -preguntó Harlen, que estaba construyendo una pequeña presa en el surco del fondo de la alcantarilla con ramitas y hojas. El agua estaba ya subiendo y encharcándose en el cemento.

Lawrence apartó las bambas antes de que se mojasen.

-¿Quieres que le demos un beso a Cordie para que no se sienta desgraciada? -preguntó Harlen.

-No -dijo Mike-. Quiero encontrar a Tubby.

Kevin había estado arrojando piedras en la charca. Ahora se detuvo. Su camiseta de manga corta, recién lavada, parecía muy blanca en la penumbra.

-¿Cómo vamos a hacerlo, si Congden y Barney han fracasado? Y además, ¿por qué nosotros?

-Debería hacerlo la Patrulla de la Bici -dijo Mike-. Es el tipo de cosa que queríamos hacer cuando formamos el club. Y podemos hacerlo, porque podemos ir a sitios y ver cosas que están vedadas a Barney y a Congden.

-No lo entiendo -dijo Lawrence-. ¿Cómo vamos a encontrar a Tubby, si se escapó?

Harlen se inclinó hacia delante e hizo ademán de agarrar la nariz de Lawrence.

-Te utilizaremos como sabueso, mocoso. Te daremos un par de calcetines viejos y sucios de Tubby y podrás oler su rastro. ¿De acuerdo?

-Cállate, Harlen--dijo Dale.

-No serás tú quien me haga callar -dijo Jim Harlen, arrojando un poco de agua a la cara de Dale.

-Callaos los dos -dijo Mike. Y prosiguió, como si no le hubiesen interrumpido-. Lo que haremos será seguir a Roon, a la vieja Double-Butt, a Van Syke y a los otros, y descubrir si le hicieron algo a Tubby.

Duane estaba jugando a la cuna con un cordel que había encontrado en su bolsillo.

-¿Por qué tenían que hacerle algo a Tubby Cooke?

Mike se encogió de hombros.

-No lo sé. Tal vez porque son malos. ¿No te parecen extraños?

Duane no sonrió.

-Creo que muchas personas son extrañas, pero esto no les da motivos para andar por ahí secuestrando a niños gordos.

-Si se los diese -dijo Harlen-, estarías perdido.

Duane sonrió, pero se volvió ligeramente en dirección al otro chico. Harlen era un palmo y medio más bajo que Duane y pesaba aproximadamente la mitad que éste.

-*Et tu, Brute?* -dijo Duane.

-¿Qué quiere decir esto? -preguntó Harlen, entrecerrando los ojos.

Duane volvió al juego de la cuna.

-Es lo que dijo César cuando Bruto le preguntó si había comido alguna hamburguesa de Harlen aquel día.

-Bueno -dijo Dale-, decidamos esto. Yo tengo que ir a segar el césped.

-Y yo tengo que ayudar a mi padre a limpiar el depósito del camión de la leche esta tarde -dijo Kevin-. Decidamos.

-Decidamos ¿qué? -dijo Harlen-. ¿Si vamos a seguir a Roon y a Double-Butt para ver si mataron y se comieron a Tubby Cooke?

-Sí -dijo Mike-. O si saben lo que le pasó y lo están encubriendo por alguna razón.

-¿Quieres tú seguir a Van Syke? -preguntó Harlen a Mike-. Ese tipo es el único de los extraños personajes de Old Central que está lo bastante majareta como para matar a un niño. Y nos mataría a nosotros si descubriese que le seguíamos.

-Yo me encargaré de Van Syke -dijo Mike-. ¿Quién quiere seguir a Roon?

-Yo -dijo Kevin-. Nunca va a ninguna parte, salvo al colegio y a la habitación que tiene alquilada; no creo que sea difícil seguirle.

-¿Y quién se encarga de la señora Doubbet? -preguntó Mike.

-¡Yo! -dijeron Harlen y Dale al mismo tiempo.

Mike señaló a Harlen.

-Ocúpate tú de ella. Pero procura que no se dé cuenta de que la estás siguiendo.

-Me confundiré con los árboles.

Lawrence derribó la presa de Harlen con su palo.

-¿Qué haremos Dale y yo?

-Alguien debería vigilar a Cordie y a su familia -dijo Mike-. Tubby podría volver mientras nos estuviésemos moviendo por ahí y no nos enteraríamos.

-¡Oh! -dijo Dale-. Viven lejos, junto al vertedero.

-No tenéis que ir cada hora. Sólo echarles un vistazo cada día o cada dos días, observar si Cordie viene al pueblo, y cosas por el estilo.

-Está bien.

-¿Y qué hará Duane? -dijo Kevin.

Mike arrojó una piedra a la charca y miró a los ojos al chico más corpulento.

-¿Qué quieres hacer, Duane?

El cordel de Duane parecía ahora la telaraña de Lawrence por su complejidad. Suspiró y se sumió en una intrincada figura con la cuerda.

-Lo que vosotros queréis hacer es realmente una locura. Queréis saber si Old Central está de algún modo detrás de esto. Por tanto, yo seguiré a Old Central.

-¿Crees que podrás con esto, bola de sebo? -preguntó Harlen.

Había ido hasta el borde de la alcantarilla y estaba orinando en la oscura charca.

-¿Qué quieres decir con eso de seguir a Old Central? –preguntó Mike.

Duane se frotó la nariz y se ajustó las gafas.

-Estoy de acuerdo en que hay algo extraño en esa escuela. Lo investigaré. Buscaré alguna información sobre antecedentes. Tal vez pueda averiguar también algo sobre Roon y los demás.

-Roon es un vampiro -dijo Harlen, sacudiendo las últimas gotas y subiendo la cremallera del pantalón-. Van Syke es un hombre lobo

-¿Y la vieja Double-Butt? -preguntó Lawrence.

-Es una vieja puta que pone muchos deberes.

-¡Eh! -dijo Mike-. Cuida tu lenguaje delante del peque.

-Yo no soy un peque -dijo Lawrence.

Mike dijo a Duane:

-¿Dónde encontrarás esa información?

El muchachote se encogió de hombros.

-Casi no hay nada en lo que llaman biblioteca en Elm Haven, pero trataré de encontrar algo en Oak Hill.

Mike asintió con la cabeza.

-Está bien, podemos volver a reunirnos dentro de un par de días

Se interrumpió. Uno o dos coches habían pasado por la carretera mientras ellos hablaban, arrojando gravilla entre las hojas y levantando nubes de polvo al pasar; pero ahora el zumbido fue tan fuerte que pareció que un semirremolque rodase sobre sus cabezas. El camión se detuvo con un chirrido de frenos.

-¡Shhhh! -susurró Mike, y los seis se tumbaron de barriga al suelo como si así pudiesen esconderse más.

Harlen se retiró de la salida.

Se oyó el ruido de un motor en punto muerto y luego el de una puerta de camión al abrirse, al tiempo que descendía un hedor espantoso que envolvía como un gas invisible pero letal.

-¡Maldita sea! -murmuró Harlen-. El camión de recogida de animales.

-Cállate -susurró Mike, y Jim obedeció.

Unas botas crujieron sobre la gravilla encima de ellos. Después, silencio, mientras Van Syke o quien fuera se plantaba sobre la orilla de la carretera, directamente encima de la charca.

Dale cogió el palo que había dejado caer Lawrence y lo levantó como una delgada cachiporra. La cara de Mike estaba blanca como la leche. Kevin miró a los otros a su alrededor, moviendo la nuez. Duane cruzó las manos entre las rodillas y esperó.

Algo pesado se deslizó entre las hojas y cayó con un chasquido dentro de la charca, salpicando de agua a Harlen.

-¡Mierda! -exclamó éste, e iba a decir algo más cuando Mike le tapó la boca con la mano.

Crujió de nuevo la gravilla y después se oyó un ruido de maleza al partirse, como si Van Syke empezase a bajar la cuesta.

Se escuchó el motor de otro coche, al bajar un automóvil o una camioneta por la pendiente del cementerio del Calvario. Luego, el chirrido de unos frenos y el sonido de un claxon.

-No puede pasar -murmuró Kevin.

Mike asintió con la cabeza. Las pisadas entre los matorrales se detuvieron y volvieron atrás. Una portezuela se cerró de golpe y el camión subió cuesta arriba, hacia la Taberna del Arbol Negro, con un chirrido de cambio de marchas. El coche que iba detrás de él hizo sonar de nuevo el claxon. Poco después volvió a reinar el silencio y casi desapareció el hedor. Casi.

Mike se levantó y caminó hasta el borde de la alcantarilla.

-¡Maldición! -murmuró.

Mike casi nunca maldecía.

Los otros se agruparon en el extremo del conducto subterráneo.

-¿Qué diablos es? -susurró Kevin.

Se tapó la cara con la camiseta para librarse del olor que parecía surgir del agua oscura.

Dale miró por encima del hombro de Kevin. Las ondas y el fango revuelto se estaban posando; el agua no era del todo clara pero podía distinguir una carne blanca, un vientre hinchado, unos brazos delgados, unos dedos y unos ojos castaños muertos que parecían mirar a través del agua.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Harlen-. Es un bebé. Ha arrojado un bebé muerto aquí.

Duane cogió el palo de Dale, se tumbó de bruces, metió el brazo dentro del agua y pinchó aquella cosa muerta, haciendo que se volviese. Se movieron pelos en los brazos del cadáver y los dedos parecieron agitarse. Duane hizo que la cabeza casi subiese hasta la superficie.

Los otros muchachos se echaron atrás. Lawrence se marchó al otro extremo de la alcantarilla, gimiendo ligeramente, a punto de llorar.

-No es un bebé -dijo Duane-. Por lo menos no es un bebé humano. Me parece un macaco de la India.

Harlen estiró el cuello para mirar, pero sin acercarse más.

-Si es un mono, ¿dónde está la piel?

-Pelos -dijo distraídamente Duane. Utilizó otro palo para dar una vuelta a aquella cosa. La espalda emergió en la superficie del agua y pudieron ver claramente la cola. También era lampiña-. No sé cómo habrá perdido el pelo. Tal vez estaba enfermo. Tal vez alguien lo coció.

-Lo coció -repitió Mike, contemplando la charca con una expresión de asco infinito.

Duane soltó aquella cosa y todos observaron cómo se posaba de nuevo en el fondo. Los dedos se movieron, como señalándolos o despidiéndose de ellos.

Harlen tamborileó en el techo de cemento, con un ritmo tenso.

-Oye, Mikey, ¿todavía quieres encargarte de Van Syke?

Mike no se volvió.

-Sí -dijo.

-Salgamos de aquí -dijo Kevin.

Salieron a gatas, aplastando hierbajos en su prisa por llegar a las bicicletas, y estuvieron vacilando un momento allí antes de pedalear cuesta arriba. El hedor flotaba todavía en el aire.

-¿Y si vuelve? -murmuró Harlen, diciendo lo que Dale estaba pensando.

-Dejaremos las bicis entre las matas -dijo Mike-. Echaremos a correr a través del bosque. Iremos a casa de tío Henry y de tía Lena.

-¿Y Si vuelve cuando estemos en la carretera de la ciudad? -preguntó Lawrence.

Su voz era temblorosa.

-Nos meteremos en los campos de maíz -dijo Dale. Tocó a su hermano pequeño en el hombro-. Mira, Van Syke no va detrás de nosotros. Solo ha venido a arrojar aquel mono muerto en el riachuelo.

-Bueno, pero vayámonos de aquí -dijo Kevin, y todos montaron en sus bicicletas, dispuestos a subir por la empinada cuesta.

-Esperad un momento -dijo Dale. Duane McBride acababa de subir a la carretera. El corpulento muchacho estaba colorado y resoplaba; su asma era audible. Dale hizo girar su bici-. ¡Estás bien?

Duane hizo un ademán.

-Muy bien.

-¿Quieres que vayamos contigo a la granja?

Duane les hizo una mueca.

-¿Y os quedaréis allí, cogiéndome la mano, hasta que mi padre vuelva a casa después de medianoche o mañana?

Dale vaciló. Estaba pensando que Duane debería ir a casa con él, que deberían permanecer todos juntos. Entonces se dio cuenta de lo tonta que era esta idea.

-Me pondré en contacto con vosotros cuando descubra algo sobre Old Central -dijo Duane.

Agitó una mano, se volvió y empezó a subir trabajosamente la primera de las dos empinadas cuestas que se interponían entre él y el camino de su casa.

Dale le despidió con la mano y se reunió con los otros para la fatigosa subida de su propia cuesta. Más allá del camino que conducía a la Taberna del Arbol Negro, la carretera era llana, como sólo pueden serlo las carreteras de Illinois. Pedalearon con fuerza, y la torre del agua se hizo visible en cuanto abandonaron la carretera Seis del condado y pasaron a la de Jubilee College.

No se cruzaron con ningún coche ni camión antes de llegar a Elm Haven.

7

El cine gratuito empezaba al anochecer, pero la gente comenzó a llegar al Bandstand Park cuando la luz del sol todavía iluminaba Main Street, como un gato leonado, reacio a abandonar el cálido pavimento. Familias campesinas aparcaban sus camionetas y *breaks* a lo largo de una zona enarenada del lado del parque correspondiente a Broad Avenue, para tener una vista mejor cuando proyectasen la película sobre la pared del Parkside Café; entonces merendaban sobre la hierba o se sentaban en el quiosco de música y charlaban con gente del pueblo a quienes hacía tiempo que no veían. La mayoría de los que vivían en la localidad llegaban cuando el sol se había puesto y los murciélagos empezaban a volar en el cielo oscurecido. Broad Avenue parecía, bajo la bóveda de los olmos, un túnel sombrío que se abría a la más iluminada y ancha Main Street y terminaba en la brillante promesa del parque, con su luz, su ruido y sus risas.

El espectáculo gratuito era una tradición que se remontaba a los primeros días de la Segunda Guerra Mundial, cuando el cine más próximo, Ewalts Palace, de Oak Hill, había cerrado porque el hijo de los Ewalt, Walt, que era el único operador, se había alistado en la Infantería de Marina. Peoria era el otro lugar más próximo donde había cine, pero el viaje de sesenta y cinco kilómetros era demasiado largo para la mayoría de la gente debido al racionamiento de gasolina. Entonces el viejo señor Ashley-Montague trajo un proyector de Peoria cada sábado por la noche de aquel verano de 1942. Se exhibieron noticiarios, anuncios de bonos de guerra, cintas de dibujos y películas de largo metraje en Bandstand Park,

proyectando imágenes de seis metros de altura sobre la blanca pantalla colocada en la pared del Parkside Café.

En realidad los Ashley-Montague no habían vivido en Elm Haven desde la semana en que fue incendiada su mansión y el abuelo del actual señor Ashley-Montague se había suicidado en 1919. Pero miembros varones de la familia la visitaban en ocasiones, hacían donativos para causas de la comunidad, y en general velaban por la pequeña población como terratenientes de la Vieja Inglaterra, protegiendo a un pueblo que había crecido dentro de su propiedad. Y dieciocho veranos después de que el hijo del último Ashley-Montague de Elm Haven trajese su primer espectáculo gratuito del sábado por la noche en junio de 1942, su hijo continuó la tradición.

Ahora, en la cuarta noche de junio del verano de 1960, el largo Lincoln del señor Ashley-Montague se detuvo en el lugar que siempre se le reservaba al oeste del quiosco de música. El señor Taylor, el señor Sperling y otros miembros del concejo municipal le ayudaron a transportar el pesado proyector hasta su plataforma de madera en el quiosco. Las familias se instalaron sobre sus mantas y los bancos del parque. Los niños revoltosos fueron obligados a bajar de las ramas inferiores de los árboles y a salir de sus escondrijos de debajo del quiosco. Los padres montaron sus sillas plegables en la parte de atrás de las camionetas y repartieron bolsas de palomitas de maíz, y se hizo en el parque el silencio que precedía al espectáculo, al oscurecerse el cielo sobre los olmos e iluminarse el rectángulo de lona en la pared del Parkside Café.

Dale y Lawrence salieron tarde, esperando que su padre llegase a casa a tiempo para que toda la familia pudiese ir al cine gratuito. No fue así, pero un poco después de las ocho y media llamó por la línea del Estado para decir que estaba en camino y que no lo esperasen. La madre dio a cada uno una bolsa de papel castaño llena de palomitas de maíz que había preparado, una moneda de diez centavos para que tomasen un refresco en el Parkside, y les dijo que volviesen a casa en cuanto terminase la película.

No cogieron las bicis. Normalmente ninguno de los dos iba a pie a ninguna parte si podían evitarlo; pero ir andando al cine gratuito era una tradición que se remontaba a cuando Lawrence era demasiado pequeño para tener una bicicleta y Dale le conducía al parque, llevándole de la mano al cruzar las calles silenciosas.

Ahora estaban silenciosas. El resplandor del cielo de la tarde se había desvanecido pero aún no habían aparecido las estrellas, y los huecos entre los olmos eran oscurecidos por las nubes. El aire era denso, perfumado por el olor del césped recién segado y de las flores. Los grillos iniciaron la sinfonía nocturna en los oscuros jardines y los espesos setos, y un búho probó su voz en el álamo muerto de detrás de la casa de la señora Moon. Old Central era una masa negra en el centro de sus campos de juego abandonados, y los muchachos se apresuraron en la Segunda Avenida, al pasar por delante de la escuela, y torcieron hacia el oeste por Church Street.

Había faroles en cada esquina, pero los largos espacios intermedios estaban a oscuras debajo de los árboles. Dale quería correr para no perderse la película de dibujos, pero Lawrence tenía miedo de tropezar en las piedras desiguales de la acera y que se le cayesen las palomitas de maíz; fueron caminando rápidamente bajo la sombra de las hojas, con los árboles susurrando encima de ellos. Las grandes casas antiguas a lo largo de Church Street estaban a oscuras o iluminadas tan sólo por el resplandor blanco y azul de los televisores a través de las ventanas saledizas y de las puertas con persianas. Unos cuantos cigarrillos brillaban en los porches, pero estaba demasiado oscuro para ver a la gente que había allí. En la esquina de la Tercera y Church, donde el doctor Roon tenía habitaciones alquiladas en el segundo piso de la vieja pensión de la señora Samson, Dale y Lawrence cruzaron corriendo la calle, trotaron al pasar por delante del oscuro edificio de ladrillos que contenía la pista de patinaje cerrada durante el verano, y torcieron a la izquierda hacia Broad.

-Parece la víspera de Todos los Santos -dijo Lawrence con su vocecilla-. Como si hubiese gente disfrazada en la sombra, donde no podemos verla. Como si esto fuese mi cesta de los regalos, pero no hubiese nadie en casa y...

-Cállate -dijo Dale.

Podía oír ahora la música del cine, alegre y metálica: una película de dibujos de Warner Brothers. El túnel de olmos de Broad había quedado detrás de ellos; sólo brillaban unas pocas luces en las grandes casas victorianas apartadas de la calle. La primera iglesia presbiteriana, que era la de la familia Stewart, resplandecía pálida y vacía en la esquina de enfrente de la oficina de Correos.

-¿Qué es eso? -murmuró Lawrence, deteniéndose y sujetando con fuerza su bolsa de palomitas de maíz.

-Nada. ¿Qué? -dijo Dale, deteniéndose como su hermano.

Hubo un susurro, como un chirrido en la oscuridad, entre los olmos y encima de ellos.

-No es nada -dijo Dale, tirando de Lawrence-. Pájaros. -Lawrence no quiso moverse y Dale se detuvo para escuchar de nuevo-. Murciélagos.

Entonces Dale pudo verlos: unas formas oscuras que revoloteaban los huecos más claros entre las hojas, unas sombras aladas visibles sobre el blanco de la iglesia, al revolotear de un lado a otro.

-No son más que murciélagos.

Tiró de la mano de Lawrence, pero éste no quiso moverse.

-Escucha -murmuró.

Dale pensó en darle un puntapié en la culera de sus Levi's, o en agarrarle por una de sus grandes orejas y arrastrarle a lo largo de la última manzana hasta el cine gratuito. Pero en lugar de hacer eso se puso a escuchar.

El susurro de las hojas. Las locas escalas de la banda sonora de una película de dibujos, amortiguadas por la distancia y el aire húmedo. El correoso batir de alas. Voces.

En lugar del gorjeo casi ultrasónico de los murciélagos explorando su camino, el sonido que predominaba en la oscuridad que les rodeaba era de vocecillas agudas. Gritos. Chillidos. Maldiciones. Palabrotas. La mayoría de los sonidos no llegaban a formar realmente palabras sino que eran como sílabas enloquecedoras, audibles, pero no del todo claras, de una conversación a gritos en una habitación contigua. Pero dos de esos sonidos sí que eran claros.

Dale y Lawrence permanecieron petrificados en la acera, sujetando sus bolsas de palomitas de maíz y mirando hacia lo alto, mientras los murciélagos chillaban sus nombres con consonantes que sonaban como dientes royendo pizarras. Lejos, muy lejos, la voz amplificada de Porky Pig decía: «¡Esto es todo, amigos!»

-¡Corramos! -murmuró Dale.

Jim Harlen tenía órdenes de no ir al cine gratuito; su madre se había ido a Peoria para otra cita, y aunque decía que él era lo bastante mayor para quedarse solo en casa no le permitía salir de ella. Harlen preparó la cama con su muñeco de ventrílocuo vuelto de cara a la pared y unos abultados tejanos para alargar las piernas debajo de la colcha, por si ella volvía a casa antes que él y quería comprobar si estaba allí. Pero no lo haría. Nunca volvía a casa antes de la una o las dos de la madrugada.

Harlen cogió un par de Butterfingers de la alacena, como tentempié durante la película; sacó la bicicleta del cobertizo y pedaleó por Depot Street. Había estado viendo *Gunsmoke* por la tele y se había hecho de noche antes de lo que había calculado. No quería perderse la película de dibujos.

Las calles estaban vacías. Harlen sabía que todos los que eran lo bastante mayores para poder conducir, pero lo bastante jóvenes para no ser tan estúpidos como para quedarse a ver a Lawrence Welk, o el cine gratuito, habían salido hacía horas con destino a Peoria o a

Librodot

Galesurg. Desde luego él estaba seguro de que no se quedaría en Elm Haven los sábados por la noche cuando fuese mayor.

En cualquier caso, Jim Harlen no pensaba permanecer mucho más tiempo en Elm Haven. O su madre se casaría con uno de esos tipos con quienes se citaba -probablemente algún mecánico que gastaba todo su dinero en trajes- y Harlen se trasladaría a Peoria, o huiría de casa dentro de uno o dos años. Harlen envidiaba a Tubby Cooke. El gordinflón había sido tan brillante como la bombilla de 25 vatios que la madre de Harlen tenía encendida en el porche de atrás, pero también lo bastante listo para largarse de Elm Haven. Desde luego, Harlen no había tenido que aguantar los palos que probablemente Tubby había recibido, teniendo en cuenta lo borracho que casi siempre estaba su padre y lo estúpida que parecía su madre, pero tenía sus propios problemas.

Aborrecía que su madre hubiese adoptado su apellido de soltera, dejando que él conservase el de su padre cuando ni siquiera le era permitido mencionarlo en presencia de ella. Aborrecía que ella se marchase todos los viernes y sábados, llevando aquellas blusas escotadas de campesina y los atractivos vestidos negros que causaban una impresión extraña en él... como si su madre fuese una de esas mujeres de las revistas que él escondía en el fondo de su armario. Aborrecía que ella fumase, dejando señales de pintalabios alrededor de las colillas de los cigarrillos en los ceniceros, haciendo que se imaginase las mismas manchas en las mejillas... o en los cuerpos de aquellos tipos a quienes Harlen no conocía siquiera. Aborrecía cuando ella había bebido demasiado y trataba de disimularlo, portándose como una perfecta dama; pero él siempre lo advertía en su dicción exacta, en sus lentos movimientos y en su manera de mostrarse empalagosa y de abrazarlo.

Aborrecía a su madre. Si no hubiese sido tan... -la mente de Harlen esquivaba la palabra «puta»- si hubiese sido una esposa mejor, su padre no habría empezado a citarse con la secretaria con quien se había fugado.

Harlen descendió por Broad Avenue, pedaleando con fuerza y enjugándose los ojos, furiosamente, con la manga. Algo blanco, moviéndose entre las grandes y viejas casas del lado izquierdo de la calle hizo que mirase, volviese a mirar y detuviese después su bici sobre la grava.

Alguien se estaba moviendo en el callejón entre los anchos patios. Harlen captó nuevamente la imagen de un cuerpo bajo y grueso, unos brazos pálidos y un vestido claro, antes de que el personaje desapareciese en la oscuridad del callejón. «Pero si es la vieja Double-Butt...» El callejón discurría entre su grande y vieja casa y la rosada mansión victoriana, ahora cerrada, que había pertenecido a la señora Duggan.

«¿Qué diablos está haciendo la vieja Double-Butt, caminando a hurtadillas por el callejón?» Harlen estuvo a punto de borrar esto de su mente y dirigirse al cine gratuito, pero entonces recordó que él estaba encargado de seguir a la maestra.

«Esto es una mierda. O'Rourke es un imbécil si se imagina que voy a seguir continuamente a ese viejo dinosaurio por el pueblo. No veo que el ni ninguno de los otros sigan a los suyos esta tarde. Mike es muy bueno dando órdenes, y a todos esos idiotas les encanta hacer lo que él dice, pero yo soy demasiado mayor para esas tonterías »

Pero ¿qué estaba haciendo la señora D. en el callejón después de anochecer?

«Sacando la basura, bobo.»

Pero el camión de la basura no pasaría hasta el martes Y ella no llevaba nada. En realidad, iba muy bien vestida, probablemente con aquel elegante traje de color de rosa que había llevado el último día antes de las vacaciones de Navidad. Y no es que la vieja arpía les hubiese ofrecido una verdadera fiesta: sólo treinta minutos para hacer regalos a las personas cuyo apellido habían sacado al azar

«¿Adónde diablos va?»

¿No se sorprendería O'Rourke si fuese Jim Harlen el único de la dichosa Patrulla de la Bici que realmente descubriese algo sobre la gente que habían acordado seguir? Quizá lo que

estaba haciendo la vieja Double-Butt con el doctor Roon o con el horripilante Van Syke, mientras todo el mundo estaba en el cine gratuito.

La idea le repugnó en cierto modo.

Pedaleó a través de la calle, dejó caer la bicicleta detrás de los arbustos del lado del callejón correspondiente a la señora Duggan y miró desde detrás de aquéllos. El pálido bulto apenas era visible casi al final del callejón, donde éste desembocaba en la Tercera Avenida

Harlen permaneció un segundo agazapado allí; pensó que la bicicleta haría demasiado ruido sobre la escoria y la grava, y echó a andar, pasando de sombra en sombra, manteniéndose cerca de las altas vallas y evitando los cubos de basura para no hacer ruido. Pensó en los perros que ladraban y recordó que el único que podía estar en un traspatio en estos andurriales era Dexter, que pertenecía a los Gibson, pero Dexter era viejo y le trataban como a un cachorro. Probablemente estaría dentro de casa, mirando con ellos a Lawrence Welk.

La vieja Double-Butt cruzó la Tercera Avenida, pasó por delante de la pensión donde Roon tenía su apartamento en la tercera planta, y se dirigió al patio de recreo del lado sur de Old Central.

«¡Mierda! Sólo va a buscar algo al colegio.» Entonces recordó que esto era imposible.

Cuando aquella tarde habían vuelto al pueblo después de la desagradable excursión a la Cueva, él, Dale y los otros habían advertido que alguien había cerrado con tablas las ventanas de la primera planta de Old Central, probablemente para protegerlas de muchachos como Harlen, que aborrecían la escuela, y también que tanto la puerta del norte como la del sur estaban cerradas con cadenas y candados. La señora Doubbet -Harlen la había visto claramente a la luz del farol de la esquina- desapareció en la sombra de la base de la escalera de incendios, y Harlen se escondió detrás de un álamo al otro lado de la calle. Incluso desde dos manzanas de distancia podía oír la música que indicaba el comienzo de la película principal en el cine gratuito.

Entonces sonó un ruido de tacones en peldaños de metal y Harlen percibió unos brazos pálidos, al subir la maestra por la escalera de incendios hasta el segundo piso. Una puerta se abrió chirriando allá arriba.

«Tiene una maldita llave.»

Harlen trató de pensar en por qué iría la vieja Double-Butt a Old Central de noche, un sábado, en verano, y después de que la escuela hubiese sido cerrada para una posible demolición.

«Bueno, eso es que se lo monta con el doctor Roon.»

Harlen trató de imaginarse a la señora Doubbet tendida sobre su mesa de roble, mientras el doctor Roon la penetraba. Pero su imaginación no valía para tanto. Después de todo, no había visto realizar el acto sexual a nadie...; incluso las revistas que guardaba en el armario únicamente mostraban a las chicas solas, jugando con sus tetas, actuando como si estuviesen dispuestas para el coito.

Harlen sintió que le palpitaba el corazón mientras esperaba que se encendiese una luz allí arriba, en el segundo piso. Pero no se encendía.

Dio una vuelta alrededor del colegio, manteniéndose muy cerca del edificio, para que ella no pudiese verle si miraba por una de las ventanas.

Ninguna luz.

Espera. Había un resplandor allí, en el lado noroeste, una ligera fosforescencia que procedía de las ventanas altas de la sala de la esquina. La antigua clase de la señora Doubbet. La clase de Harlen el año pasado.

¿Cómo podría ver él lo que pasaba? Las puertas de la planta baja estaban cerradas con candados; las ventanas del sótano, protegidas con rejas de metal. Pensó en subir por la escalera de incendios y pasar por la puerta que acababa de cruzar la vieja Double-Butt. Entonces imaginó que se encontraba con ella en la escalera de incendios o, peor aún, en el oscuro pasillo de arriba; pero abandonó rápidamente esta idea.

Harlen permaneció un momento allí, observando cómo pasaba el resplandor de una ventana a otra como si la vieja mujerona llevase una jarra transparente llena de luciérnagas alrededor del aula. Desde una distancia de tres manzanas, llegó un sonido de carcajadas; esta noche la película debía de ser cómica.

Harlen miró hacia la esquina de la escuela. Había un contenedor de basura que le permitiría subir a una estrecha cornisa a un metro ochenta encima de la acera. Una cañería de desagüe con soportes de metal le llevaría hasta otra cornisa emplazada sobre las ventanas de la primera planta y a la moldura de piedra de la esquina del edificio; lo único que tendría que hacer sería continuar subiendo por la tubería de desagüe entre el marco de piedra de la ventana, trepando como mejor pudiese metiendo los zapatos en los surcos de aquella moldura y haciendo contracción, para subir a la cornisa que se extendía alrededor del segundo piso a pocos palmos debajo de las ventanas.

La cornisa tenía unos quince centímetros de ancho; lo sabía muy bien porque la había contemplado a menudo a través de la ventana del aula, e incluso había dado de comer a las palomas que se posaban en ella, con migajas que sacaba del bolsillo, cuando le castigaban a quedarse. No era lo bastante ancha para andar por ella alrededor del colegio o hacer algo parecido, pero sí lo suficiente para conservar el equilibrio mientras se agarraba a las tuberías de desagüe. Sólo tendría que encaramarse unos tres palmos y levantar la cabeza para mirar por la ventana, la ventana donde brillaba, se apagaba y volvía a brillar el débil resplandor.

Harlen subió sobre el contenedor de basura y se detuvo para mirar hacia arriba. Era una altura de dos pisos..., bastante más de seis metros, el suelo estaba allí, casi todo él embaldosado o cubierto de grava

-Bueno -murmuró Harlen-, adelante. Me gustaría ver si tú eres capaz de hacer esto, O'Rourke.

Empezó a trepar.

Mike O'Rourke estaba al cuidado de su abuela la noche del cine gratuito. Sus padres habían ido al baile de los Caballeros de Colón en el Silverleaf Dance Emporium, un viejo edificio bajo la sombra de árboles de hojas de plata, a veinte kilómetros Hard Road abajo, en dirección a Peoria, y Mike se había quedado en casa con sus hermanas y Memo. Técnicamente, su hermana mayor, Mary, que tenía diecisiete años, quedaba al mando de la casa; pero su amigo se había presentado diez minutos después de que el señor y la señora O'Rourke se hubiesen marchado. Mary tenía prohibido salir de noche cuando sus padres estaban fuera, y ahora estaba castigada a no hacerlo en un mes debido a recientes infracciones cuya naturaleza Mike no tenía interés en conocer, pero cuando su granujiento galán compareció con su Chevi del 54, se largó con él, haciendo jurar a sus hermanas que mantendrían el secreto y amenazando con matar a Mike si éste se chivaba. Mike se encogió de hombros; con esto podría chantajear a Mary algún día, si le hacía falta.

Entonces quedó Margaret, de quince años, al cuidado de la casa, pero diez minutos después de marcharse Mary, tres muchachos del Instituto y dos amigas de Peg[2], todos ellos demasiado jóvenes para conducir coches, llamaron desde el oscuro patio de atrás, y Peg se marchó con ellos al cine gratuito. Las dos chicas sabían que sus padres no volvían a casa hasta mucho después de medianoche, los días en que había baile.

Oficialmente esto dejaba a Bonnie, de trece años, al frente de la casa; pero Bonnie nunca se encargaba de nada. Mike pensaba a veces que ningún nombre había sido tan mal aplicado[3]. Así como el resto de los hijos O'Rourke, incluso Mike, habían heredado unos bellos ojos y una gracia irlandesa en sus facciones, Bonnie estaba demasiado rolliza, tenía los ojos castaños apagados y todavía más apagados los cabellos del mismo color, una tez cetrina moteada ahora con los primeros estragos del acné, y una actitud agria que reflejaba el peor aspecto de su

[2] Peg es un diminutivo de Margaret. (N. del T)
[3] Bonnie significa «linda», «guapa». (N. del T.)

madre cuando estaba serena y la acritud de su padre cuando estaba borracho. Bonnie se había dirigido al dormitorio que compartía con Kathleen, de siete años, encerrado en ella a la pequeña y rehusado abrir la puerta incluso cuando Kathleen empezó a llorar.

Kathleen era la más bonita de las niñas O'Rourke. Pelirroja, de ojos azules, con una tez sonrosada y pecosa y una sonrisa seductora que hacía que el padre de Mike contase historias sobre las muchachas campesinas de una Irlanda que nunca había visitado. Kathleen era hermosa. Era también ligeramente retrasada, y a los siete años aún asistía al jardín de infancia. A veces le costaba tanto entender las cosas, que Mike se iba al retrete exterior para contener las lágrimas a solas. Todas las mañanas, al ayudar a misa al padre Cavanaugh, Mike rezaba una oración para que Dios reparase el defecto de su hermana menor. Pero hasta ahora Dios no lo había hecho, y el retraso de Kathleen se hacía cada vez más manifiesto a medida que los compañeros de su edad iban haciendo progresos en cuentas y lectura.

Mike tranquilizó a Kathleen, le preparó un estofado para la cena, la metió en la cama de Mary bajo el alero y bajó a cuidar de Memo.

Mike tenía nueve años cuando Memo había sufrido su primer ataque. Recordaba la confusión de la casa cuando la anciana dejó de ser una presencia verbal en la cocina y se convirtió de pronto en la dama moribunda del salón. Memo era la madre de su madre, y aunque Mike no conocía la palabra matriarca, recordaba su definición funcional: la vieja de delantal con topos, siempre en la cocina o cosiendo en su salón, resolviendo problemas y tomando decisiones, con la voz de fuerte acento irlandés de Mary Margaret Houlihan filtrándose a través de la reja de la calefacción, en el suelo de la habitación de Mike, cuando sacaba a la madre de éste de una de sus depresiones o reñía a su padre cuando se había pasado otra velada bebiendo con sus amigos.

Fue Memo quien salvó económicamente a la familia cuando a John O’rrourke le suspendieron de su empleo en Pabst durante un año, cuando Mike tenía seis; recordaba las largas conversaciones en la mesa de la cocina, cuando su padre protestaba por tratarse de los ahorros de toda la vida de Memo, y ella insistía en prestárselos. Y había sido Memo quien había salvado físicamente a Mike y a Kathleen, cuando él tenía ocho años y Kathleen cuatro, y aquel perro rabioso había bajado por Depot Street. Mike había advertido algo raro en aquel animal y se había echado atrás, gritando a Kathleen que no se acercase Pero su hermana adoraba a los perros; no comprendía que pudiese hacerle daño, y había corrido hacia el animal, que gruñía y echaba espuma por la boca. Kathleen estaba a menos de un metro del perro y éste la miraba fieramente y se preparaba para atacar; lo único que pudo hacer Mike fue chillar con una voz aguda y estridente que ni a él le sonaba como la suya.

Entonces había aparecido Memo con su delantal de lunares revoloteando y una escoba en la mano derecha, y se había soltado del pañuelo los cabellos rojos que empezaban a hacerse grises. Había apartado a Kathleen con una mano y golpeado tan fuerte con la escoba que había levantado al perro sobre sus cuatro patas y lo había dejado tumbado en medio de la calle. Memo había empujado a Kathleen hacia Mike y le había ordenado que la llevase a casa, con una voz tranquila pero autoritaria, y después se había vuelto en el momento en que se levantaba el perro y atacaba de nuevo. Mike había mirado por encima del hombro mientras corría, y nunca olvidaría la imagen de Memo plantada allí, con las piernas separadas, el pañuelo colgando alrededor del cuello... y esperando, esperando... El policía Barney dijo mas tarde que nunca había visto matar a un perro con una escoba, y menos a un perro rabioso, pero que la señora Houlihan casi había decapitado al monstruo.

Era la palabra que había empleado Barney: monstruo. Después de aquello, Mike había estado seguro de que Memo podía más que cualquier monstruo que rondase por la noche.

Pero entonces, menos de un año más tarde, Memo había quedado postrada. El primer ataque había sido muy fuerte y la había paralizado cortando la energía que movía los músculos de su siempre animado semblante. El doctor Viskes había dicho que era cuestión de semanas, tal vez de días. Pero Memo había sobrevivido aquel verano. Mike recordaba lo

Librodot

extraño que había sido transformar el salón, centro de inagotable actividad de Memo, en cuarto de enferma para ella. Lo mismo que el resto de la familia, Mike había esperado el fin.

Ella había sobrevivido aquel verano. En otoño comunicaba lo que quería por medio de un sistema de pestañeos convencionales. En Navidad había podido hablar, aunque sólo la familia comprendía sus palabras. En Pascua había triunfado lo bastante en la batalla con su cuerpo como para poder usar la mano derecha y empezar a incorporarse en el cuarto de estar. Tres días después de Pascua había sufrido el segundo ataque, y un mes más tarde el tercero.

Durante el último año y medio, Memo había sido poco mas que un cadáver que respiraba en el salón, amarillo y fláccido el semblante, dobladas las muñecas como las garras de un ave muerta. No podía moverse, no podía controlar sus funciones corporales y no tenía manera de comunicar con el mundo, salvo con las pestañas. Pero seguía viviendo.

Mike entró en el salón cuando estaba oscureciendo rápidamente en el exterior. Encendió la lámpara de petróleo -la casa tenía electricidad pero Memo siempre había preferido las lámparas de petróleo en su habitación del piso de arriba, y ellos habían mantenido la tradición- y se acercó a la cama alta donde yacía su abuela.

Estaba tumbada sobre el costado derecho, de cara a él, como solía estarlo menos cuando la volvían cuidadosamente cada día para reducir las inevitables llagas. Su cara estaba surcada por un laberinto de arrugas y la piel parecía amarillenta, cerosa..., no humana. Los ojos miraban fijamente, sin expresión, ligeramente abultados por alguna terrible presión interna o por la mera frustración de no poder comunicar los pensamientos que había detrás de ellos. Babeaba, y Mike cogió una de las toallas limpias colocadas sobre los pies de la cama y le enjugó delicadamente la boca.

Se aseguró de que no necesitaba que le cambiasen la ropa -no se suponía que compartiese este trabajo con sus hermanas, pero como observaba a Memo más que todas ellas juntas, los intestinos y la vejiga de su abuela no tenían secretos para él-, vio que estaba seca y limpia, y se sentó en la silla baja para cogerle la mano.

-Hoy ha hecho un día estupendo, Memo -murmuró. No sabía por qué hablaba en voz baja en su presencia, pero observó que los otros también lo hacían. Incluso su madre-. Un día de auténtico verano.

Mike miró a su alrededor. Gruesas cortinas cubrían la ventana. Las mesas estaban llenas de frascos de medicamentos, y encima de las otras superficies había fotos en negro y en sepia de episodios de su vida cuando estaba viva. ¿Cuanto tiempo había pasado desde la última vez que pudo dirigir la mirada a una de sus fotografías?

Había una vieja Vitrola en el rincón, y Mike puso uno de los discos predilectos de ella: Caruso cantando *El Barbero de Sevilla*. La fuerte voz y los agudos llenaron la estancia. Memo no reaccionó, ni siquiera con un pestañeo, pero Mike creía que todavía podía oírlo. Enjugó saliva de su barbilla y de las comisuras de sus labios, la acomodó mejor sobre la almohada y se sentó de nuevo en el taburete, sin soltarle la mano, que parecía seca y muerta. Había sido Memo quien había contado a Mike «La pata del mono» una víspera de todos los Santos, cuando él era pequeño, y se había asustado tanto que habían tenido que dejarle la luz encendida por la noche durante seis meses.

«¿Qué ocurriría -se preguntó- si desease algo estrechando la mano de Memo?» Mike sacudió la cabeza, borrando de ella la desagradable idea y rezando una Avemaría como penitencia.

-Mamá y papá están en el Silverleaf -murmuró, tratando de parecer alegre. El canto era ahora suave, con más chirridos que voz humana-. Mary y Peg están en el cine. Dale ha dicho que esta noche dan *La máquina del tiempo*. Dice que se trata de un hombre que viaja hacia el futuro.

Mike se interrumpió y observó cuidadosamente a Memo, creyendo que esta se había movido un poco: un ligero e involuntario movimiento de la cadera y de la ropa de la cama.

Oyó un sonido ligero, como de una ventosidad. Habló rápidamente para disimular su confusión

-Una idea fantástica, ¿verdad, Memo? ¡Viajar hacia el futuro! Dale dice que la gente podrá hacerlo algún día, pero Kevin cree que es imposible. Kev dice que no es como viajar en el espacio como han hecho los rusos con el Sputnik... ¿Recuerdas cuando tú y yo lo vimos hace un par de años? Yo dije que quizás enviarían un hombre la próxima vez, y tu dijiste que te gustaría ir.

»Bueno, de todos modos Kev dice que es imposible ir hacia delante o hacia atrás en el tiempo. Dice que son demasiadas para... -Se esforzó en encontrar la palabra. Le fastidiaba parecer un tonto delante de Memo; Memo era la única de la familia que no había creído que fuera tonto por suspender el cuarto curso-. Para... paradojas. Algo así como lo que ocurriría Si uno retrocediese en el tiempo y matase...

Mike calló cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo. Su abuelo, el marido de Memo, había muerto hacía treinta y dos años en el elevador de grano, al ceder una puerta metálica y caer encima de él once toneladas de trigo mientras estaba limpiando el contenedor principal. Mike había oído contar a su padre y a otros hombres que el viejo Devin Houlihan había nadado en el torbellino ascendente de grano como un perro en una inundación, hasta que se había asfixiado. La autopsia había mostrado que sus pulmones estaban llenos de polvo como dos sacos repletos de granzas.

Mike miró la mano de Memo. Le acarició los dedos, pensando en una tarde de otoño, cuando tenía seis o siete años y Memo había estado meciéndose en este mismo salón y hablándole mientras cosía. «Michael, tu abuelo murió cuando la Muerte vino a buscarle. El hombre de la capa negra entró en aquel elevador de grano y se llevó a mi Devin de la mano. Pero él luchó, oh, sí, ¡vaya si luchó! Y esto es precisamente lo que yo haré, Michael, cuando el hombre de la capa negra trate de entrar aquí. No le dejaré. No sin luchar con él. No, Michael, no sin luchar con él.»

Después de aquello, Mike se había imaginado la Muerte como un hombre envuelto en una capa negra, y a Memo golpeándole como había hecho con el perro rabioso. Ahora bajó la cara y la miró a los ojos, como si la mera proximidad pudiese establecer un contacto. Podía ver su propia cara reflejada allí, deformada por las lentes de las pupilas de ella y por el parpadeo de la lámpara de petróleo.

-No le dejaré entrar, Memo -susurró Mike, y vio que su aliento agitaba la pelusa pálida de la mejilla de ella-. No le dejaré entrar, a menos que tú me digas que lo haga.

Entre la cortina y la pared podía ver la oscuridad que oprimía el cristal de la ventana. Arriba crujió una tabla al asentarse la casa. Fuera, algo arañó la ventana.

Terminó el disco y la aguja rascó los surcos vacíos, como una uña rascando una pizarra; pero Mike continuó sentado allí, con la cara cerca de la de Memo y una mano apretando firmemente la de ella.

Los murciélagos parecían algo ridículo, lejano y ya medio olvidado, mientras Dale Stewart, sentado al lado de su hermano en el Bandstand Park, observaba *La máquina del tiempo*. Había oído decir que la película podía ser ésta -el señor Ashley-Montague traía con frecuencia películas terminadas de proyectar pocos días antes en el cine que poseía en Peoria- y se había muerto de ganas por verla desde que el año anterior había leído el Classic Comic.

La brisa agitó los árboles del parque mientras Rod Taylor salvaba a Yvette Mimieux de ahogarse en el río y el apático Eloi observaba con rostro inexpresivo. Lawrence se sentó sobre las rodillas, como hacía siempre que estaba entusiasmado, y masticó las últimas palomitas de maíz, echando un trago de tanto en tanto de la botella de Dr. Peper que habían comprado en el Parkside Café. Lawrence abrió los ojos como platos al ver cómo descendía Rod Taylor al mundo subterráneo de los Morlocks, y se arrimó más a su hermano mayor

-No temas -murmuró Dale-. Tienen miedo a la luz y el hombre lleva cerillas.

En la pantalla, los ojos de los Morlocks brillaban amarillos, como las luciérnagas en los arbustos del extremo sur del parque. Rod Taylor encendió una cerilla y los monstruos se echaron atrás, cubriéndose los ojos con los antebrazos azules. Las hojas continuaban susurrando y Dale miró hacia arriba, advirtiendo que las estrellas habían sido tapadas por las nubes. Confió en que la película no tuviese que dejar de proyectarse por culpa de la lluvia.

El señor Ashley-Montague había traído dos altavoces adicionales además del que iba con el proyector portátil, pero el sonido era todavía más metálico de lo que habría sido en un verdadero cine. Los gritos de Rod Taylor y los alaridos de los enfurecidos Morlocks se mezclaban con el susurro de las hojas agitadas por el viento Y el aleteo correoso de las oscuras sombras que volaban entre los árboles del parque.

Lawrence se acercó más a su hermano, manchándose los Levi's con la hierba y olvidándose de masticar las palomitas de maíz. Se había quitado la gorra de béisbol y estaba mordiendo la visera, como hacía a menudo cuando estaba nervioso.

-Todo va bien -murmuró Dale, golpeando suavemente el hombro de su hermano con el puño-. Sacará a Weena de las cuevas.

Las imágenes en colores continuaron bailando mientras arreciaba el viento.

Duane estaba en la cocina comiendo un tardío bocadillo, cuando oyó que llegaba la camioneta al camino de entrada.

Normalmente no la habría oído desde el sótano y con la radio encendida, pero la puerta de tela metálica se hallaba abierta y las ventanas levantadas, y todo estaba en silencio, salvo por los incesantes sonidos veraniegos de los grillos y las ranas de zarzal cerca del estanque, y el ocasional chasquido de la puerta metálica automática de la artesa del

cerdo.

«El viejo vuelve temprano a casa», pensó, e inmediatamente se dio cuenta de que el ruido del motor era diferente. Era una camioneta más grande, o al menos un motor más potente.

Duane se agachó y miró a través de la tela metálica. Dentro de pocas semanas, el maíz taparía toda la vista del camino desde la casa pero ahora aún podía ver a una treintena de metros. No apareció ninguna camioneta. No oyó el crujido previsto de la grava.

Duane frunció el entrecejo, dio un bocado a la morcilla y salió por la puerta de tela metálica al pasadizo entre la casa y el granero para ver mejor el camino de entrada. A veces entraba gente por allí, pero no con frecuencia. Y el ruido había sido sin duda alguna del motor de una camioneta; el tío Art no quería conducir camionetas, decía que ya era bastante mala la vida en el campo para encima tener que aceptar la forma de locomoción más fea inventada por Detroit, y el motor que había oído Duane no era el del Cadillac de tío Art.

Se quedó plantado en la cálida oscuridad, comiendo su bocadillo y mirando hacia el camino. El cielo estaba oscuro, era un techo amorfo de nubes, y los campos de maíz estaban envueltos en el silencio sedoso que precede a la tormenta. Las luciérnagas centelleaban a lo largo de las zanjas y contra la negrura de los manzanos silvestres junto al camino que llevaba a la carretera Seis.

Había un camión grande, con las luces apagadas y estacionado inmóvil cerca de la entrada del camino, a cien metros de distancia. Duane no podía ver los detalles, pero el tamaño de aquel vehículo era como una cuña oscura en una abertura que hubiese debido ser mayor.

Duane esperó unos momentos, terminando su bocadillo y tratando de decidir si conocía a alguien con un camión de aquellas dimensiones dispuesto a visitarles un sábado por la noche. No conocía a nadie.

«¿Será alguien que trae borracho al viejo?» Había ocurrido otras veces. Pero no tan temprano.

Muy hacia el sur brilló un relámpago, demasiado lejos para que pudiese oírse el trueno. La breve iluminación no había mostrado a Duane ningún detalle del camión, sino sólo que la oscura forma estaba todavía allí. Algo rozó el muslo de Duane.

-Quieto, Wittgenstein -murmuró, hincando una rodilla y rodeando con un brazo el cuello del viejo collie. El perro estaba temblando y emitía un sonido gutural que no llegaba a ser un gruñido-. Silencio -murmuró, acariciando y sujetando la delgada cabeza del perro, que no dejó de temblar.

«Si han bajado del camión, ahora ya casi podrían estar aquí», pensó Duane, y luego se preguntó quiénes podían ser.

-Vamos, Witt -dijo en voz baja.

Sujetando al collie por el collar, volvió a entrar en la casa, apagó todas las luces y se metió en el cuarto lleno de trastos que el viejo llamaba su estudio. Encontró la llave en un cajón de la mesa, se dirigió al comedor y abrió el armario de las armas. Vaciló sólo un momento antes de dejar en su sitio la escopeta del calibre 30-06 y la del 12, y cogió la del 16.

En la cocina, Wittgenstein se puso a gemir y rascó el linóleo con las uñas.

-Silencio, Witt -dijo Duane en voz baja-. No pasa nada, no pasa nada, muchacho.

Miró la recámara para asegurarse de que estaba vacía, la cerró y abrió de nuevo, levantándola y sosteniendo el cargador vacío contra la pálida luz que se filtraba a través de las cortinas, y abrió el cajón de abajo. Los proyectiles estaban allí, en la caja amarilla, y Duane se agachó junto a la mesa del comedor para cargar cinco cartuchos y guardar otros tres en el bolsillo de la camisa de franela.

Wittgenstein se puso a ladrar. Duane le encerró en la cocina, abrió la ventana de tela metálica del comedor, salió al oscuro patio lateral y dio lentamente la vuelta alrededor de la casa.

El resplandor de la luz de la entrada iluminó el espacio de delante de ésta y los primeros cien metros del camino. Duane se agachó y esperó. El corazón le latía más deprisa que de costumbre, y respiró hondo y despacio hasta que los latidos volvieron a ser normales.

Había cesado el ruido de los grillos y de otros insectos. El aire estaba absolutamente inmóvil y las miles de cañas de maíz no se movían. Volvió a brillar un relámpago hacia el sur. Esta vez el trueno fue audible quince segundos más tarde.

Duane esperó, respirando suavemente por la boca y con el dedo pulgar en el seguro del arma. La escopeta olía a aceite. Wittgenstein había dejado de ladrar, pero Duane podía oír las uñas del collie sobre el linóleo al Ir de una a otra puerta cerrada en la cocina.

Duane esperó.

Unos cinco minutos más tarde zumbó el motor del camión, que arrancó haciendo crujir la grava.

Duane pasó rápidamente al borde del campo de maíz, se agachó y fue hasta la primera fila, desde donde podía ver el camino de entrada.

Todavía sin luces, el camión retrocedió hasta la Seis, se detuvo un momento y después se dirigió hacia el sur, hacia el cementerio, la Taberna del Arbol Negro y Elm Haven.

Duane sacó la cabeza del maizal, pero no vio luces traseras al alejarse el ruido por la carretera Seis. Volvió a encogerse entre el maíz y permaneció agazapado allí, respirando suavemente, sosteniendo la escopeta de calibre 16 sobre las rodillas y escuchando.

Veinte minutos más tarde empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Duane esperó tres o cuatro minutos más y entonces salió de entre el maíz, caminó cerca de los campos para que no se recortase su silueta contra el cielo, dio una vuelta completa a la casa y al granero –los gorriones del granero estaban callados y los cerdos gruñían y hozaban normalmente en la pocilga- y entró por la puerta de la cocina. Wittgenstein agitó la cola como un cachorro, mirando con ojos miopes a Duane y a la escopeta, y yendo del muchacho a la puerta y de la puerta al muchacho.

-Bueno -dijo Duane, sacando los proyectiles uno a uno y alineándolos sobre el mantel a cuadros de la mesa de la cocina-, esta noche no vamos a ir de caza, tonto. Pero vas a tener una comida especial, y después pasarás la noche abajo conmigo.

Se dirigió a la alacena y la cola de Witt marcó un ritmo más rápido contra el linóleo.

Fuera llovía menos después del chaparrón inicial, pero el viento sacudía el maíz y azotaba los manzanos silvestres.

Jim Harlen descubrió que la escalada no era tan fácil como había pensado, sobre todo con el viento arreciando y levantando polvo del enarenado patio de recreo y el aparcamiento del colegio. Se detuvo a mitad de su ascensión para enjugarse los ojos.

Bueno, al menos el ruido que hacía el viento, sacudiéndolo todo, amortiguaría los sonidos que podía hacer él al trepar por la maldita cañería.

Estaba entre el primer piso y el segundo, casi seis metros por encima del contenedor de basura, cuando se dio cuenta de lo estúpida que era su maniobra. ¿Qué iba a hacer si se presentaban Van Syke, Roon u otra persona? Probablemente Barney. Trató de imaginarse lo que diría su madre cuando volviese de su cita y se encontrase con que su único hijo estaba en el calabozo de J. P. Congden, esperando ser llevado a la cárcel de Oak Hill.

Harlen sonrió ligeramente. Esto haría que su madre se fijase en él. Acabó de trepar por los últimos palmos de la tubería de desagüe, encontró la cornisa del segundo piso con la rodilla derecha y descansó allí, con la mejilla apretada contra los ladrillos. El viento tiraba de su camiseta de manga corta. Delante de él veía brillar entre las hojas de los olmos la luz del farol de la esquina de School Street y la Tercera Avenida. Había subido mucho.

A Harlen no le asustaba la altura. Había ganado a O'Rourke y a Stewart y a todos los demás al trepar por el gran roble de detrás del jardín de Congden el pasado otoño. En realidad, había llegado tan arriba que los otros le habían gritado que bajase; pero él había insistido en subir hasta la última rama, una rama tan delgada que no parecía que pudiese sostener a una paloma sin romperse, y mirar desde lo alto del roble el mar de copas de árboles que era Elm Haven. Esto era un juego de niños comparado con aquello.

Pero Harlen miró hacia abajo y lamentó haberlo hecho. Salvo por la tubería de desagüe y la moldura de la esquina, no había nada entre él y el metálico contenedor de basura y la acera de hormigón a seis metros debajo de él.

Cerró los ojos, concentrándose en encontrar el equilibrio sobre la estrecha cornisa, y los abrió para mirar hacia la ventana.

Esta no estaba a tres palmos de distancia... sino que más bien eran seis. Tendría que soltar la maldita tubería para llegar hasta allí.

Y el resplandor se había extinguido. Estaba casi seguro de ello. Harlen se imaginó súbitamente a la vieja Double-Butt saliendo de detrás de la esquina del colegio, mirando hacia arriba en la oscuridad y gritando: «¡Jim Harlen! ¡Baja de ahí inmediatamente!»

Y entonces, ¿qué? ¿Anularía su aprobado del sexto curso? ¿Le privaría de las vacaciones de verano?

Harlen sonrió, respiró hondo, cargó todo su peso sobre las rodillas y se deslizó a lo largo de la cornisa, con los brazos extendidos sobre la pared de ladrillos, sostenido solamente por la fricción y por diez centímetros de cornisa.

La mano derecha encontró el antepecho de la ventana y los dedos agarraron la extraña moldura de debajo del alféizar. Estaba seguro. Estaba bien.

Permaneció un momento en aquella posición, con la cabeza agachada y la mejilla pegada a los ladrillos. Lo único que tenía que hacer era levantar la cabeza y mirar dentro de la estancia

En aquel instante, una parte de su mente le dijo que no lo hiciese.

«Deja esto. Vete al cine y vuelve a casa antes de que regrese mamá.»

El viento agitó las hojas debajo de él y le arrojó más polvo a los ojos. Harlen miró hacia la tubería de desagüe. Volver atrás no era problema; descender sería mucho más fácil que subir. Harlen pensó en Gerry Daysinger o en uno de los otros muchachos llamándole gallina.

«No tienen que saber que he estado aquí arriba.»

«Entonces, ¿por qué has trepado aquí, imbécil?»

Librodot

Harlen pensó en contarlo a O'Rourke y a los otros, adornando un poco el relato, si la vieja Double-Butt sólo había ido a recoger su tiza predilecta o algo parecido. Se imaginó la cara de asombro de aquellos maricas cuando les contase su ascensión y que había visto a la vieja Double-Butt y a Roon haciendo aquello sobre la mesa del aula...

Harlen levantó la cabeza y miró por la ventana.

La señora Doubbet no estaba en su mesa del fondo de la sala sino en la mesita de trabajo de este extremo del aula, a menos de un metro de él. No había luces encendidas, pero una pálida fosforescencia llenaba la estancia con la luz enfermiza de madera pudriéndose en un bosque oscuro.

La señora Doubbet no estaba sola. La fosforescencia procedía de una forma junto a ella, que también estaba sentada junto a la pequeña mesa, a poca distancia de donde Harlen apretaba la cara contra el cristal.

Él la reconoció enseguida.

La señora Duggan, ex compañera de enseñanza de la señora Doubbet, siempre había estado delgada. Durante los meses en que el cáncer había hecho estragos en ella hasta que dejó de enseñar antes de la Navidad, había adelgazado todavía más. Harlen recordaba que sus brazos parecían poco más que huesos envueltos en una piel pecosa. Nadie de la clase había visto a la señora Duggan durante las últimas semanas antes de su muerte en febrero, ni en el entierro; pero la mamá de Sandy Whittaker la había visitado en su casa y en la funeraria, y había dicho a Sandy que al final la pobre señora había quedado reducida a piel y huesos.

Harlen la reconoció al momento.

Miró una vez a la vieja Double-Butt, que estaba inclinada hacia delante, sonriendo ampliamente y prestando toda su atención a su compañera, y entonces volvió a mirar a la señora Duggan.

Sandy había dicho que la señora Duggan había sido enterrada con su mejor vestido de seda, el verde que había llevado para la fiesta de Navidad en su último día de enseñanza. Ahora también llevaba este vestido. Se había estropeado en algunos sitios y la fosforescencia se traslucía a través de él.

Los cabellos de la anciana estaban todavía cuidadosamente peinados hacia atrás, sujetos con unas horquillas de concha que Harlen había observado en clase; pero había perdido mucho pelo, dejando al descubierto la blanquecina piel del cráneo en algunos sitios. Había agujeros en el cuero cabelludo, como en el vestido de seda.

Desde aquella distancia de menos de un metro, Harlen podía ver la mano de la señora Duggan sobre la mesa: los largos dedos, el holgado anillo de oro, el suave resplandor de los huesos.

La señora Doubbet se acercó más al cadáver de su amiga y dijo algo. Parecía desconcertada; después miró hacia la ventana delante de la que estaba acurrucado Harlen, con las rodillas apretadas contra la cornisa.

Harlen se dio cuenta, en el último instante, de que debía de ser visible, de que el resplandor iluminaría su cara detrás del cristal, como iluminaba los tendones descubiertos que relucían como fideos a través de grietas en la muñeca de la señora Duggan, y las oscuras colonias de moho bajo la piel traslúcida. Lo que quedaba de la piel.

Por el rabillo del ojo pudo ver que la vieja Double-Butt se había vuelto para mirarle, pero él no apartó la mirada del cogote de la señora Duggan, donde se encogía la piel apergaminada y eran visibles las vértebras, que se movían como piedras blancas debajo de la tela podrida.

La señora Duggan se volvió también y lo miró. Desde tres palmos donde había estado la sonrisa fosforescente, brotó de la oscura cuenca de sus ojos un grupo de gusanos cuando la mujer se inclinó hacia delante como para saludarlo.

Harlen se irguió y se volvió para correr, sin acordarse de que estaba en una estrecha cornisa a seis metros de altura sobre la piedra y el hormigón de la acera. Pero se habría echado a correr aunque se hubiese encontrado en la rama del roble.

No gritó al caer.

8

A Mike le gustaba el ritual de la misa. Este domingo, como todos los domingos a excepción de fiestas especiales, ayudó al padre Cavanaugh en la misa ordinaria de las siete y media y después se quedó para actuar como primer monaguillo en la solemne de las diez. Desde luego asistía más gente en la primera porque la mayoría de los católicos de Elm Haven sólo aguantaban la media hora más de la misa mayor cuando no tenían más remedio.

Mike siempre guardaba un par de zapatos de color marrón en el cuarto que el padre Cavanaugh llamaba presbiterio; al viejo padre Harrison no le importaba que sus monaguillos llevasen bambas debajo del sobrepelliz, pero el padre C. decía que ayudar a preparar la Eucaristía exigía más respeto. El padre de Mike había refunfuñado al pensar en el gasto. Mike no había tenido nunca un par de zapatos de vestir -su padre decía que ya era bastante duro ataviar a cuatro hijas-, pero en definitiva no había podido discutir el respeto debido a Dios. Mike sólo llevaba aquellos zapatos en San Malaquías, y únicamente cuando ayudaba a misa.

A Mike le gustaban todos los aspectos del servicio religioso, que iba acrecentándose cuanto más lo practicaba. Cuando empezó a hacer de monaguillo, casi cuatro años atrás, el padre Harrison no era muy exigente con los pocos muchachos dispuestos a ayudarle; sólo les pedía que fuesen puntuales. Al igual que los otros chicos, Mike había aprendido los movimientos y murmurado las respuestas en latín, sin prestar realmente atención a las traducciones que figuraban en la hoja plastificada encima del reclinatorio, sin pensar realmente en el milagro que estaba a punto de realizarse, cuando llevaba las botellitas de vino y de agua al sacerdote para la comunión. Había sido un deber que había aceptado porque era católico y esto lo hacían los buenos chicos católicos... aunque los otros muchachos católicos de Elm Haven parecían tener excusas para no hacerlo.

Pero entonces, hacía un poco más de un año, el padre Harrison se había retirado -o había sido retirado, porque el viejo sacerdote había empezado a dar señales de senectud y de alcoholismo y sus sermones eran cada vez más extravagantes-, y la llegada del padre Cavanaugh lo había cambiado todo para Mike.

En muchos aspectos, el padre C. era todo lo contrario del padre H. a pesar de que ambos fuesen sacerdotes. El padre Harrison era viejo e irlandés, de cabellos grises y mejillas sonrosadas, titubeante en su pensamiento, en sus discursos y en sus actitudes. Había realizado tantas veces el ritual de la misa y con tan poca asistencia, que daba la impresión de que para él no tuviera un significado más especial que el de afeitarse. En realidad, el padre Harrison había vivido para las visitas y las comidas a las que era invitado; incluso las visitas a los enfermos o a los moribundos se habían convertido en un pretexto para que el viejo sacerdote se sentase, hablase, tomase café, contase historias y recordase a gente del lugar que había muerto hacía tiempo. Mike había acompañado al padre H. en algunas de estas visitas; con frecuencia, el enfermo tomaba la comunión y el padre H. pensaba que llevar consigo un monaguillo daba cierta impresión de ceremonia al sencillo ritual. Mike estaba siempre como ausente durante estas visitas.

En cambio el padre Cavanaugh era joven, de pelo negro –Mike sabía que se afeitaba dos veces al día y que, a las cinco de la tarde, se traslucía una sombra a través de su piel morena-, increíblemente intenso. El padre C. se preocupaba de la misa, decía que era una invitación de Cristo a reunirnos con Él en la Ultima Cena, y hacía que los monaguillos se preocupasen también. O al menos los que continuaban ayudando.

Mike era uno de los pocos que seguían ayudando con regularidad. El padre C. era muy exigente: el monaguillo tenía que comprender lo que decía, no murmurar simplemente frases en latín. Mike había asistido a una clase de catecismo especial que el padre C. dio los miércoles por la tarde durante seis meses para enseñar tanto los rudimentos del latín como el contexto histórico de la propia misa. Entonces los monaguillos tuvieron que participar, prestar realmente atención a lo que hacían. El padre C. tenía un genio muy vivo y lo haría sentir a cualquier muchacho que se mostrase apático o remiso en sus deberes.

El padre Harrison había sido aficionado a la comida y todavía más a la bebida -todo el mundo en la parroquia e incluso en el condado había conocido el problema del cura con el alcohol-, pero el padre C. nunca bebía, salvo en la comunión, y parecía considerar la comida como un mal necesario. Observaba una actitud parecida en lo tocante a las visitas; el padre Harrison había hablado de todo y de todos, y a veces se había pasado toda una tarde hablando de las cosechas y del tiempo en el Parkside con agricultores retirados mientras que el padre C. quería hablar de Dios. Incluso sus visitas a los enfermos y a los moribundos eran como incursiones de comandos jesuíticos, interrogatorios espirituales del último momento para aquéllos que estaban a punto de presentarse en el Examen Final y Definitivo.

El único vicio del padre C., que supiese Mike, era el tabaco; el joven sacerdote fumaba como un carretero, y cuando no fumaba parecía que lo estaba deseando, pero a Mike esto no le parecía mal. Sus padres fumaban. Y los padres de todos sus amigos también fumaban, salvo los de Kevin Grumbacher, que eran alemanes y extraños, y el hecho de que el padre C. fumase le hacía más interesante.

En este primer domingo de auténtico verano, Mike ayudó en las dos misas de la mañana, gozando con la frescura de la iglesia y el murmullo hipnótico de los feligreses al decir las respuestas. Mike pronunciaba cuidadosamente las suyas, con precisión, ni demasiado fuerte ni demasiado bajo, articulando el latín como le había enseñado el padre C. durante aquellas largas lecciones de la tarde en la rectoría.

«Agnus Dei qui tollis peccata mundi... miserere nobis... Kyne eletson, Kyrie eleison, Kyrie eleison...»

A Mike le gustaba. Mientras una parte de él estaba totalmente absorta en preparar el milagro de la Eucaristía, otra parte vagaba libremente, como si realmente pudiese abandonar su cuerpo, estar con Memo en su habitación oscura; sólo que ahora Memo podía hablar de nuevo y conversarían como cuando él era pequeño, y ella le contaría historias del Viejo País. O flotar sobre los campos y los bosques, más allá del cementerio del Calvario y de la Cueva, volando libre como un cuervo con mente humana, mirando desde arriba las copas de los árboles y los riachuelos, y los montes con minas a cielo abierto, y a los que los muchachos llamaban Montañas del Macho Cabrío, cerniéndose serenamente sobre las borrosas rodadas de Gypsy Lane, al serpentear la vieja carretera entre los bosques y los pastos.

Entonces terminó la comunión -Mike esperaba siempre a la misa mayor del domingo para comulgar-, se rezaron las últimas oraciones, se dieron las respuestas, y se encerraron las hostias en el sagrario de encima del altar. El padre Cavanaugh dio la bendición a los feligreses y precedió a los que salían del santuario. Mike se dirigió a la pequeña habitación que empleaban para cambiarse, dejando la casulla y el sobrepelliz a un lado para que los lavase el ama de llaves del padre C., y colocó cuidadosamente sus lustrosos zapatos en el fondo del armario de cedro. Entró el padre Cavanaugh. Había cambiado su casulla negra por unos pantalones caqui, una camisa azul de trabajo y una chaqueta deportiva de pana. A Mike le chocaba siempre ver al sacerdote sin su uniforme.

-Lo has hecho bien, como siempre, Michael.

A pesar de su campechanía en otras cuestiones, el cura nunca le llamaba Mike.

-Gracias, padre. -Mike trató de pensar algo más para decir, algo para alargar aquel momento a solas con el único hombre a quien admiraba-. Hoy no ha habido mucha gente en la segunda misa

El padre C. había encendido un cigarrillo y el olor del humo llenó la habitación. Se situó junto a la estrecha ventana y miró hacia la vacía zona de aparcamiento.

-Bueno, casi nunca hay mucha. -Se volvió a mirar a Mike-. ¿Asistió hoy aquella pequeña amistad tuya, Michael?

Michael conocía a pocos chicos católicos de su edad.

-Ya sabes... Michelle... ¿y que más?... Staffney.

Mike se puso rojo como un tomate. El nunca había hablado al padre C. de Michelle. Lo cierto es que nunca había hablado a nadie de ella, pero siempre miraba a ver si estaba entre los

feligreses. Pocas veces acudía porque sus padres y ella solían ir a la catedral de Santa María, en Peoria; pero en las raras ocasiones en que estaba allí la pelirroja, a Mike le costaba mucho concentrarse.

-Ni siquiera voy a la misma clase que Michelle Staffnev -dijo, tratando de hablar con naturalidad.

Estaba pensando: «Si esa rata de Donnie Elson le ha dicho algo al padre C. sobre ella, le haré papilla.»

El padre Cavanaugh asintió con la cabeza y sonrió. Era una sonrisa amable, sin sombra de burla en ella, pero Mike se ruborizó de nuevo. Bajó la cabeza, como si pusiese toda su energía en atar los cordones de sus bambas.

-Un error por mi parte -dijo el padre C. Aplastó el cigarrillo en un cenicero de encima de la mesa y buscó otro en el bolsillo-. Tú y tus amigos, ¿tenéis algún plan para esta tarde?

Mike se encogió de hombros. Había pensado ir por ahí con Dale y los otros, y después empezar su vigilancia de Van Syke. Se puso de nuevo colorado, pensando en lo tonto que era su juego de pequeños espías.

-Bueno -dijo-, no hay nada decidido.

-Yo pensaba ir a visitar a la señora Clancy a eso de las cinco –dijo el padre C.-. Creo recordar que su marido pobló el estanque de su finca antes de morir en la pasada primavera. Creo que no le importaría que llevásemos nuestras cañas de pescar y viésemos cómo están los peces. ¿Quieres venir?

Mike asintió con la cabeza, sintiendo alzarse el gozo en su interior, como la imagen del Espíritu Santo en forma de paloma en la pared oeste de la iglesia.

-Bueno, te recogeré con el Papamóvil a eso de las cinco menos cuarto.

Mike asintió de nuevo. El padre C. llamaba siempre Papamóvil al coche de la parroquia, un Lincoln negro. Al principio este nombre había escandalizado a Mike, pero entonces se dio cuenta de que probablemente el padre C. no haría esta broma con nadie más. Incluso podía verse en dificultades si Mike repetía la palabra a alguien, pues Mike se imaginaba a dos cardenales del Vaticano apareciendo de pronto en un helicóptero, interrogando al padre C. en la rectoría y llevándoselo con grilletes en los pies; de manera que la broma era en realidad una prueba de confianza, una manera de decir: «Los dos somos hombres de mundo, querido Michael.»

Mike se despidió agitando la mano y salió de la iglesia a la luz de un sol de mediodía de domingo.

Duane trabajó la mayor parte del día, reparando el John Deere, rociando la maleza a lo largo de la zanja, trasladando las vacas de los pastos del oeste al campo situado entre el granero y los maizales, y por último recorriendo las hileras, aunque era demasiado pronto para desherbar.

El viejo había vuelto a casa alrededor de las tres de la madrugada. Duane había dejado abierta una de las ventanas del sótano, aunque no estaba protegida con tela metálica, para poder oír el vehículo cuando llegase.

El viejo estaba borracho, pero no hasta el punto de caerse. Entró lanzando maldiciones y se preparó un bocadillo en la cocina, sin dejar de maldecir y de gritar. Duane y Wittgenstein permanecieron en el sótano, con el viejo collie gimiendo incluso mientras golpeaba con la cola el suelo de cemento.

Cuando al viejo no le duraba la resaca los domingos por la mañana solía jugar al ajedrez con Duane hasta casi el mediodía. Pero este domingo no hubo ajedrez.

Mediada la tarde Duane volvió de recorrer los campos y encontró al viejo en la tumbona al pie del álamo, en el jardín del sur. Junto a él había un ejemplar de la edición dominical de *The New York Times*, tirado sobre la hierba.

-Olvidé que había recogido esto la noche pasada en Peoria -murmuró el viejo.

Se frotó las mejillas. No se había afeitado en dos días y la incipiente barba gris casi parecía de plata bajo aquella luz del atardecer. Duane se dejó caer sobre el césped y hojeó el periódico en busca de la crítica de libros.

-¿Es el periódico del domingo pasado?

-¿Qué diablos esperabas? -gruñó el viejo-. ¿Que fuese el periódico de hoy?

Duane se encogió de hombros y empezó a leer la crítica principal. Se refería a *Auge y caída del Tercer Reich*, de Shirer, y otros libros que guardaban relación con la captura de Adolf Eichmann en Buenos Aires, la semana anterior.

El viejo carraspeó.

-No pensaba..., bueno... no pensaba volver tan tarde anoche. Un imbécil profesor de Bradley empezó a discutir conmigo sobre Marx en una pequeña taberna de Adams Street, y yo..., bueno, ¿todo bien por allí...

Duane asintió con la cabeza, sin mirarle.

-¿Aquel soldado pasó aquí la noche, o qué?

Duane soltó el periódico.

-¿Qué soldado?

El viejo se frotó de nuevo la mejilla y el cuello, esforzándose visiblemente en separar la fantasía del recuerdo.

-Bueno, recuerdo que transporté a un soldado. Le recogí cerca del puerto del río Spoon. -Se frotó la mejilla una vez más-. Generalmente no me detengo para recoger a los que hacen autoestop..., ya lo sabes, pero empezaba a llover... -Se interrumpió y miró atrás hacia la casa y el granero, como si el soldado pudiese estar todavía sentado en la camioneta-. si, ahora lo recuerdo más claramente. Él no dijo nada durante todo el trayecto. Sólo asintió con la cabeza cuando le pregunté si acababan de licenciarle. Lo malo es que yo sabía que había algo anormal en su manera de vestir, pero estaba demasiado... bueno... demasiado cansado para advertir lo que era.

-¿Qué era lo anormal? -preguntó Duane.

-Su uniforme. No era un uniforme moderno. Ni siquiera una guerrera al estilo de Eisenhower. Era grueso y de lana..., de lana marrón, y llevaba un sombrero de campaña de ala ancha, Y polainas

-¿Polainas? -dijo Duane-. ¿Como las que llevaban los soldados de Infantería en la Primera Guerra Mundial?

-Sí -dijo el viejo. Se mordió la uña del índice como solía hacer cuando consideraba un nuevo invento o una manera de hacerse rápidamente rico-. En realidad, todo lo que llevaba aquel soldado era de la Gran Guerra: polainas, botas claveteadas, el viejo sombrero de campaña, e incluso un cinturón Sam Browne. Era realmente joven, pero no podía ser un verdadero soldado... Debía de llevar un uniforme de su abuelo o venir de algún baile de disfraces. -El viejo miró fijamente a Duane-. ¿Se ha quedado a desayunar?

Duane sacudió la cabeza.

-No vino contigo anoche. Debiste dejarle en alguna parte.

El viejo se concentró un momento y después sacudió vigorosamente la cabeza.

-Estoy seguro de que estaba conmigo en la camioneta cuando la metí en el camino de entrada. Recuerdo que estaba tan silencioso que pensé que me había olvidado de él. Iba a ofrecerle un bocadillo y dejarle dormir en el sofá. -El viejo miró a Duane. Tenía los ojos enrojecidos-. Sé que estaba todavía conmigo cuando llegué por el camino, Duanie.

Duane asintió con la cabeza.

-Bueno, no le oí llegar contigo. Tal vez se marchó a la ciudad.

El viejo miró por encima del maizal hacia la carretera Seis.

-¿En medio de una noche como aquélla? Además, creo recordar que dijo que vivía cerca de aquí.

-¿No acabas de decir que no había hablado?

El viejo se mordió la uña.

-No lo hizo... No recuerdo que dijera nada... Bueno, en fin, dejemos eso.

Volvió a su lectura de la sección financiera.

Duane terminó con la crítica y volvió a la casa. Witt salió del granero, visiblemente descansado después de una de sus frecuentes siestas y dispuesto a ir a cualquier parte con Duane.

-Hola, muchacho -dijo Duane-. ¿Has visto a un soldado de Infantería de la Primera Guerra Mundial rondando alrededor del granero?

Witt gimoteó ligeramente y ladeó la cabeza, sin saber lo que le preguntaban. Duane le frotó la cabeza detrás de las orejas. Se acercó a la camioneta y abrió la portezuela del lado correspondiente al pasajero. La caliente cabina olía a whisky y a calcetines sucios. Había una depresión en el vinilo del asiento del pasajero, como si alguien invisible estuviese sentado allí; pero aquella depresión había estado ahí desde que poseían la camioneta. Duane hurgó debajo del asiento, comprobó las tablas del suelo y miró en la guantera. Muchos desperdicios: trapos, mapas, algunos libros en rústica del viejo, varias botellas vacías de whisky, una llave inglesa, latas de cerveza e incluso un proyectil de escopeta; pero ninguna clave. Ninguna baqueta o máuser dejados accidentalmente allí; ningún esquema de trincheras alrededor del Somme, ni ningún mapa del bosque de Belleau.

Duane sonrió y volvió al jardín para leer el periódico y jugar con Witt.

Se hizo de noche antes de que Mike y el padre Cavanaugh diesen por terminada su expedición de pesca. La señora Clancy, que se estaba muriendo de manías tanto como de vejez, no había querido que hubiese nadie más en la casa mientras el padre C. la oía en confesión; Mike estuvo esperando junto al estanque, tratando de hacer saltar piedras sobre el agua y lamentando haberse saltado la comida. Había pocas cosas capaces de hacerle prescindir de la comida del domingo, pero ayudar al padre C. resultó ser una de ellas. Cuando el cura le preguntó «Has comido ya, ¿verdad?», Mike asintió con la cabeza. Incluiría esto en su próxima confesión bajo la categoría general de «Varias veces no he dicho la verdad a los adultos, padre». Cuando Mike se hizo mayor comprendió la verdadera razón de que los curas no pudiesen casarse: ¿Quién querría vivir con alguien con quien tuviese que confesarse regularmente?

El padre C. se reunió con él junto al estanque a las siete de la tarde. Había traído los avíos de pescar del portaequipajes del Papamóvil y parecía más temprano, con el sol de junio bajo pero todavía por encima de los árboles. Pescaron durante más de una hora y sólo Mike capturo algo, un par de peces luna que volvió a arrojar al agua, pero sostuvieron una conversación tan rica que al muchacho le empezó a dar vueltas la cabeza: la naturaleza de la Trinidad; lo que era criarse en el sur de Chicago, cuando el padre C. era más joven; cómo eran las bandas callejeras; por qué todo había sido creado, pero sólo Dios podía ser; por qué los viejos volvían a integrarse en la Iglesia. El padre C. Le explico, o trató de hacerlo, la apuesta de Pascal, y otra docena de cuestiones. A Mike le encantaba hablar de estas cosas con el sacerdote, hablar con Dale, Duane y algunos otros muchachos realmente inteligentes podía ser divertido, porque tenían algunas ideas extrañas, pero el padre C. había vivido. Conocía no sólo los misterios del latín y de la Iglesia sino también el aspecto duro y cínico de la vida de Chicago que Mike jamás se había imaginado.

Las sombras de los árboles se habían extendido sobre la herbosa orilla y adentrado mucho en el estanque, cuando el padre C. miró su reloj y exclamó:

-¡Dios mío, Michael, se ha hecho muy tarde! La señora McCafferty estará preocupada.

La señora McCafferty era el ama de llaves de la rectoría. Había cuidado del padre Harrison como una hermana que tratase de evitar conflictos a un hermano díscolo, y mimaba al padre C. como si fuese su hijo.

Guardaron los avíos y emprendieron el regreso a la ciudad. Al dirigirse hacia el sur por la Seis, levantando una nube de polvo detrás del Papamóvil sobre la carretera cubierta de

gravilla, Mike atisbó la casa de Duane McBride a la derecha y la del tío de Dale, Henry, a la izquierda, antes de bajar la empinada cuesta y subir de nuevo para pasar por delante del cementerio del Calvario. Mike vio que el camposanto estaba vacío y dorado bajo la luz del atardecer; advirtió que no había ningún coche en la zona herbosa junto a la carretera, y recordó de pronto que tenía que espiar a Van Syke. Pidió al padre C. que se detuviese, y el sacerdote aparcó el Papamóvil en la zona cubierta de hierba, entre la carretera y la verja negra de hierro forjado.

-¿Qué sucede? -preguntó el padre C.

Mike pensó deprisa.

-Yo... prometí a Memo que hoy visitaría la tumba del abuelo... para ver si han cortado la hierba, si aún están allí las flores que dejamos la semana pasada... en fin, todas esas cosas.

Otra mentira de la que tendría que confesarse.

-Te espero -dijo el cura.

Mike se puso colorado y se volvió a mirar el cementerio para que el padre C. no viese su rubor. Confió en que el sacerdote no hubiera advertido en su voz que estaba mintiendo.

-Bueno, preferiría estar solo durante un rato. Quiero rezar un poco.

«Muy bien, Mike, esto tiene sentido. Quieres rezar unas oraciones y por esto pides a un cura que se largue. ¿Es pecado mortal mentir sobre la oración?»

-Además, a lo mejor tendré que cortar algunas flores en el bosque y tardaré un rato.

El padre Cavanaugh miró por encima de la carretera hacia el oeste, hacia el sol que se cernía como una pelota baja sobre los campos de maíz.

-Casi ha anochecido, Michael.

-Llegaré a casa antes de que sea de noche. Palabra.

-Pero hay al menos un kilómetro y medio hasta la ciudad.

El sacerdote parecía dudar, como si sospechase alguna travesura pero no se imaginase lo que podía ser.

-No hay problema, padre. Los chicos siempre hacemos autoestop o montamos en la bicicleta de alguien. Jugamos mucho en estos bosques.

-Pero no vas a meterte en el bosque después de anochecer, ¿no es cierto?

-No -dijo Mike-. Sólo haré lo que prometí a Memo y me iré a casa. Me gusta andar.

«¿Tendría el padre C. miedo a la oscuridad?» Rechazó la idea. Durante un segundo consideró la posibilidad de no mentir, de contarle al cura su impresión de que algo andaba mal en Old Central, algo relacionado con la desaparición de Tubby Cooke, y todo lo referente a su intención de examinar la caseta de herramientas de detrás del cementerio, donde se decía que algunas veces dormía Van Syke. Pero entonces rechazó también esta idea: no quería que el padre Cavanaugh pensara que estaba chiflado.

-¿Estás seguro? -dijo el padre C.-. Tus padres creerán que estás conmigo.

-Saben lo que le prometí a Memo -dijo Mike, mintiendo con más facilidad-. Estaré en casa antes de que sea de noche.

El padre Cavanaugh asintió con la cabeza y se inclinó para abrirle la portezuela.

-Muy bien, Michael. Gracias por acompañarme a pescar y por la conversación. Mañana, ¿en la primera misa?

Era una pregunta retórica. Mike ayudaba siempre en la primera misa.

-Desde luego -dijo, cerrando la pesada portezuela e inclinándose hacia delante para hablar a través de la ventanilla abierta-. Gracias por... -Se interrumpió, al no saber por qué daba las gracias al cura. «¿Por hablarme, siendo un hombre mayor?»-. Gracias por prestarme la caña de pescar.

-Está a tu disposición -dijo el padre C.-. La próxima vez iremos al río Spoon. Allí sí que hay peces.

Saludó con dos dedos, puso de nuevo el Papamóvil en la calzada y desapareció bajando la primera cuesta hacia el sur. Mike se quedó allí un momento, pestañeando para quitarse el polvo de los ojos y sintiendo como se apartaban los saltamontes de sus piernas en la hierba

Librodot

baja. Entonces se volvió y miró hacia el cementerio. Su sombra se confundió con la que proyectaba la verja de hierro. «Magnífico. Pero ¿y si Van Syke está aquí?» No creía que el a ratos guardián y a ratos cuidador del cementerio estuviese allí. El aire estaba inmóvil, impregnado del olor a maíz y a polvo de una húmeda tarde de junio. Y el lugar parecía, sonaba y daba la sensación de vacío. Echó atrás la barra de la puerta de peatones y entró, Consciente de que su sombra saltaba delante de él, de que las altas lápidas proyectaban también sus propias sombras, sobre todo del silencio que reinaba después de horas de conversación.

Se detuvo junto a la tumba del abuelo; estaba aproximadamente en medio del cementerio de una hectárea y media, a tres lápidas a la izquierda del camino de hierba y grava que separaba las hileras de tumbas. Los O'Rourke estaban agrupados en este sitio; la familia de su madre, más cerca de la verja del otro lado, y la sepultura del abuelo era la que se hallaba más cerca de la carretera. Había aquí un amplio espacio herboso que Mike sabía que estaba reservado para sus padres. Y para sus hermanas. Y para él.

Las flores estaban allí, marchitas y muertas pero todavía allí, desde el lunes pasado, Día de los Caídos, y también la pequeña bandera de Estados Unidos que había colocado la Legión Americana. Cambiaban las banderas cada Día de los Caídos, y Mike sabía en parte la estación en que se hallaba por lo descolorida que estaba la bandera en la tumba del abuelo. Éste se había alistado durante la Primera Guerra Mundial, pero nunca había ido a ultramar sino que sólo había pasado catorce meses en un campamento de Georgia. Cuando era muy pequeño, Mike había escuchado los relatos de Memo de las aventuras en ultramar de los amigos del abuelo, durante la Gran Guerra, y había sacado la clara impresión de que al abuelo le hubiese gustado intervenir directamente en la acción; ésa era una de las pocas frustraciones del viejo.

Los colores de la bandera eran vivos: rojo de sangre y blanco reluciente sobre la hierba verde. La luz baja, horizontal, hacía que todo pareciese más brillante y bello. En alguna parte de la finca del tío de Dale, en una colina a unos cuatrocientos metros de distancia, mugió una vaca, y el mugido sonó muy claro en el aire silencioso.

Mike agachó la cabeza y rezó una oración. A lo mejor no había necesidad de confesarse de sus pequeñas mentiras. Entonces se santiguó y echó a andar por el camino en dirección al fondo del cementerio y la barraca de Van Syke.

En realidad no era la barraca de Van Syke sino simplemente el viejo cuarto de herramientas que había estado en el cementerio durante muchísimos años. Estaba cerca de la verja de atrás, frente a una franja donde se había segado la hierba, lejos de la última hilera de tumbas, aunque Mike pensaba que algún día crecería el cementerio a su alrededor, y la densa luz del sol se proyectaba sobre la pared del oeste como mantequilla extendida sobre piedra.

Mike advirtió que el candado estaba en la puerta y pasó por delante de ésta como si se encaminase a los bosques y las minas a cielo abierto de los montes mucho más allá del cementerio, destino acostumbrado de los muchachos cuando atajaban por aquí, y después volvió atrás, entrando en la oscura sombra del lado oeste del pequeño edificio. Saltaron ciegamente saltamontes entre la hierba que pisaba con sus bambas y crujieron ramas secas bajo sus pies.

Había una ventana en este lado, la única que tenía la barraca, y era pequeña y estaba a la altura del cuello de Mike. Este se acercó más, se protegió los ojos y miró al interior.

Nada. La ventana estaba demasiado sucia, y el interior demasiado oscuro.

Silbando y con las manos en los bolsillos, dio una vuelta alrededor del pequeño edificio. Miró varias veces por encima del hombro, para asegurarse de que nadie bajaba por el camino. La carretera había estado desierta desde que se había marchado el padre C. El cementerio estaba tranquilo. Más allá de la carretera, el sol se había puesto con la lenta elegancia carmesí exclusiva de los ocasos de Illinois. Pero el cielo vacío estaba todavía teñido por la luz de la tarde de junio, que se desvanecía ahora hacia un verdadero crepúsculo y la noche de verano.

Mike inspeccionó la cerradura. Era un sólido candado Yale, pero la chapa de metal se fijaba al marco de la puerta que era de madera carcomida. Siguió silbando suavemente y tiró

de la chapa una y otra vez hasta que uno y después dos de los tres mohosos tornillos saltaron de la jamba. El último precisó la ayuda de la navaja, pero por fin saltó también. Mike miró a su alrededor, para asegurarse de que había alguna piedra cerca de allí para clavar de nuevo los tornillos cuando fuese hora de marcharse, y entró en la barraca.

Estaba a oscuras. El aire olía a suelo húmedo y también a agrio.

Mike cerró la puerta a su espalda, dejando una rendija para que entrase la luz y pudiese oír si algún coche se acercaba a la verja de la entrada, y pestañeó un momento para adaptar los ojos a la oscuridad.

Van Syke no estaba allí, esto era lo importante, y Mike se había asegurado de ello antes de entrar. Tampoco había muchas cosas: unas cuantas palas y azadas, que le parecieron herramientas propias de un cementerio; unos estantes con paquetes de abonos y jarras de un líquido oscuro; algunas barras de hierro labradas y oxidadas, evidentemente parte de la verja anterior, amontonadas en un rincón; algunas piezas para el tractor con el que se segaba el terreno; un par de cajas pequeñas, una de las cuales tenía adosada una linterna y parecía haber sido empleada como mesa; algunas gruesas tiras de lona que de momento le intrigaron hasta que se dio cuenta de que debían usarse para bajar los ataúdes dentro de la fosa, y directamente debajo de la mugrienta ventana, un catre a ras del suelo.

Mike observó el catre. Olía intensamente a moho y había encima de él una manta que no olía mucho mejor. Pero había sido usado recientemente como cama; un número del miércoles del *Peoria Journal Star* estaba arrugado sobre él y contra la pared, y la manta medio caída en el suelo, como si alguien la hubiese apartado a toda prisa.

Mike se arrodilló junto al catre y levantó el periódico. Debajo de él había una revista con hojas lisas y relucientes mezcladas con otras de papel más barato. Mike la cogió, empezó a hojearla y la tiró inmediatamente.

Las páginas relucientes contenían fotos en blanco y negro de mujeres desnudas. Mike había visto mujeres desnudas con anterioridad -tenía cuatro hermanas- e incluso había visto revistas con mujeres desnudas en ellas: Gerry Daysinger le había mostrado una vez una publicación nudista. Pero nunca había visto fotografías como éstas.

Las mujeres yacían con las piernas abiertas y mostrando sus partes íntimas. Las fotografías nudistas habían sido retocadas, sin vello en el pubis, sólo con una modesta suavidad entre las piernas; pero estas fotos lo mostraban todo. El vello, las rajas, los labios abiertos, sostenidos a menudo por las propias damas; uñas pintadas reteniendo la abertura de sus partes más secretas. Otras mujeres estaban de rodillas, de espaldas a la máquina, de modo que podía verse el orificio del culo y las partes más velludas. Otras jugaban con los pechos.

Mike sintió que su rubor se desvanecía; pero, en el mismo instante, como si la sangre tuviese que fluir a alguna parte, sintió también que se endurecía su pene. Sin levantar la revista de nuevo, hojeó las páginas.

Más mujeres.

Más piernas abiertas.

Mike no se había imaginado nunca que hubiese mujeres capaces de hacer esto delante de alguien con una cámara. ¿Y si sus familias veían alguna vez estas fotografías?

Sintió que su erección comprimía el miembro contra los tejanos. Mike se había tocado con anterioridad, incluso se había masturbado hasta producirse el clímax que le había sorprendido tanto la primera vez, hacía un año; pero el padre Harrison le había explicado prolijamente las consecuencias, tanto espirituales como físicas de la masturbación, y Mike no tenía intención de volverse loco ni de contraer la clase especial de acné que padecían siempre los que se masturbaban, revelando así su comportamiento a todo el mundo. Además, Mike había confesado este pecado particular las pocas veces que lo había cometido, pero una cosa era confesarlo a alguien como el padre Harrison en la oscuridad y sufrir una buena reprimenda, y otra, completamente distinta, referirla al padre Cavanaugh. Antes que confesar este pecado al padre C., prefería volverse ateo o ir al infierno. Y si lo cometía y no lo confesaba..., bueno, el

Librodot

padre Harrison había descrito el castigo que esperaba en el infierno a los pecadores depravados.

Mike suspiró, dejó la revista donde la había encontrado, la cubrió con el periódico y se puso en pie. Bajaría trotando la colina y subiría a paso vivo la siguiente; esto le libraría de los malos pensamientos y de la dureza que sentía contra la bragueta.

La manta resbaló del catre al levantarse, y un fuerte olor llenó la estancia.

Mike se echó hacia atrás pero se acercó de nuevo, levantando la manta.

Un hedor a tierra removida, y a algo peor, brotó de debajo del catre. Mike contuvo el aliento durante un segundo, y después lo levantó y lo apoyó contra un cajón. Había un agujero de más de tres palmos de diámetro perfectamente redondo, como una boca de cloaca abierta en una calle de la ciudad. Pero los bordes eran de tierra apisonada. Mike se puso a cuatro patas y miró al interior.

El olor era muy malo. Mike había ido una vez a un matadero cerca de Oak Hill, y este hedor era parecido al de la habitación donde arrojaban las entrañas y otros pedazos invendibles de los animales. El olor a sangre era el mismo, pero aquí se mezclaba con el aroma penetrante de la tierra, produciendo otro tan fuerte que a Mike le dio vueltas la cabeza. Se tambaleó un momento y cerró los ojos.

Cuando los abrió, captó un ligero movimiento en el fondo del agujero, como si algo se hubiese apartado de la luz. Mike pestañeó. Los bordes del hoyo eran extraños, de un rojo vivo, aunque el suelo del lugar no era de arcilla, y estriados, con surcos regulares. Esto le recordó algo, aunque de momento no pudo saber qué era. Después lo recordó.

Dale Stewart tenía la Enciclopedia ilustrada Compton's. A los muchachos les gustaba mirar la parte referente al cuerpo humano, que tenía láminas transparentes. Una de las ilustraciones correspondía al sistema digestivo, con cortes transversales coloreados.

Los lados del agujero parecían un corte del intestino humano. Rojo y en carne viva.

Mientras Mike observaba, los bordes rojos y surcados parecieron moverse ligeramente, contrayéndose y relajándose. El olor del agujero era cada vez más insoportable.

Mike se arrastró hacia atrás a cuatro patas, respirando superficialmente. Se oía un ruido como de rascadura en alguna parte. «¿Eran ratas del exterior, o algo allá abajo?»

Mike se imaginó de pronto un túnel en el cementerio, que conectase las tumbas. Se imaginó a Van Syke metiéndose de cabeza en este agujero, desapareciendo por esta especie de intestino en las profundas entrañas de la tierra. Van Syke arrastrándose como una serpiente, deslizándose y perdiéndose de vista un minuto antes, cuando oyó silbar a

Mike.

«¿Van Syke... o algo peor?»

Mike se estremeció. A través de la sucia ventana se veía que ya había oscurecido en el exterior, aunque una luz pálida se filtraba por la rendija de la puerta.

Mike volvió a poner el catre en su sitio, asegurándose de que el diario y la revista estuviesen como los había encontrado, y volvió a colocar la manta de manera que tapase el agujero. Se dio cuenta de que ésta no era necesaria para ocultarlo. «Esto está tan oscuro que, posiblemente, nadie advertiría el agujero si no lo delatase el mal olor.»

Se hallaba todavía de rodillas cuando se imaginó que una mano y un brazo blancos y viscosos salían de la oscuridad debajo del catre para agarrarle de la muñeca o del tobillo.

Su excitación sexual se había desvanecido completamente. Creyó que iba a vomitar. Cerró los ojos, abrió la boca para no sentir tanto el mal olor y se concentró en rezar una avemaría y un padrenuestro.

No le sirvió de nada.

Le pareció oír unas pisadas furtivas sobre la hierba cortada del exterior.

Abrió bruscamente la puerta y se lanzó fuera, sin preocuparse de que pudiera chocar con alguien, impaciente sólo por alejarse del agujero, por alejarse de allí.

El cementerio estaba desierto. El cielo era más oscuro; una estrella se cernía en el este sobre la línea de los árboles; también se había oscurecido el bosque, pero aún había algo de

luz del crepúsculo estival. Un pájaro negro y de alas rojas estaba posado sobre una alta lápida a veinte metros de distancia y parecía mirar fijamente a Mike.

Éste iba a marcharse rápidamente, pero entonces se acordó del candado. Vaciló, se dio cuenta de que se estaba portando como un idiota, y entonces volvió atrás y empezó a clavar los tornillos. El último tenía que ser enroscado, y Mike observó que le temblaba ligeramente la mano al utilizar la navaja para hacerlo.

«Si algo sale de aquel agujero, ¿cómo puede salir de la barraca? Tal vez se desliza por la ventana.»

«Cállate, estúpido.» Le resbaló la hoja de la navaja y se hizo un corte en el dedo meñique. Mike hizo caso omiso del corte, concentrado en enroscar el último tornillo y sin reparar en las gotas de sangre que caían sobre el marco de madera de la puerta.

«Ya está.» No era perfecto. Un examen minucioso revelaría que la plancha había sido arrancada y colocada de nuevo. ¿Y qué? Mike se volvió y echó a andar por el camino.

Todavía no había tráfico en la Seis. Mike trotó cuesta abajo, lamentando que las sombras del fondo fuesen tan oscuras. Parecía plena noche en los espesos bosques de ambos lados.

La Taberna del Arbol Negro estaba cerrada y a oscuras -no se podía servir alcohol en domingo- y era extraño ver el pequeño edificio sin vehículos aparcados delante de él. Mike redujo la marcha al subir la cuesta y pasar por delante del camino de entrada del Arbol Negro. Los bosques continuaban a su izquierda, Gypsy Lane estaba por allí en alguna parte, pero ahora se extendían los maizales a su derecha y había mucha más luz aquí arriba. Podía ver el cruce de Jubilee College Road a unos doscientos metros delante de él; cuando estuviera allí, la torre del agua de Elm Haven sería visible a poco más de un kilómetro al oeste.

Mike había reducido todavía más la marcha, maldiciendo en silencio su cobardía, cuando oyó crujir la grava detrás de él. No era un coche sino el suave ruido de unas pisadas.

Sin detenerse, se volvió para caminar de espalda, levantando inconscientemente los puños.

«Otro chico», pensó al ver la sombra que se separaba de la oscuridad de debajo de los árboles en la carretera, en lo alto de la cuesta. No reconoció al muchacho, pero vio el anticuado sombrero de Boy Scout y el uniforme. El chico estaba a unos quince metros detrás de él.

Entonces se dio cuenta de que no era un muchacho. Era un hombre de algo más de veinte años, y el uniforme no era de Boy Scout sino de soldado, como los que había visto Mike en viejas fotografías. La cara del hombre parecía cerosa, suave y de extrañas facciones bajo la pálida luz.

-¡Eh! -gritó Mike, agitando la mano.

No conocía al soldado, pero no por ello dejaba de sentir alivio. Cuando oyó las pisadas detrás de él, se imaginó a Van Syke siguiéndole en la carretera.

El joven soldado no correspondió a su saludo. Mike no podía ver sus ojos, pero era casi como si aquel tipo estuviese ciego. No corría pero caminaba deprisa, en una especie de marcha sobre piernas rígidas, con bastante rapidez para haber acortado ya la distancia entre los dos. Ahora estaba a unos diez metros, y Mike podía ver claramente los botones de metal del uniforme marrón y las extrañas vendas caqui alrededor de las piernas. Las botas claveteadas hacían crujir la grava. Mike trató nuevamente de ver su cara, pero el sombrero de ala ancha proyectaba oscuras sombras sobre ella, a pesar de la pálida luz

El joven marchaba tan rápidamente que Mike tuvo la clara impresión de que estaba tratando de alcanzarle, de que se apresuraba para reducir la distancia.

«¡A la mierda!», pensó Mike, vagamente consciente de que tendría que confesar otra palabrota al padre C.

Se volvió y empezó a bajar corriendo por Jubilee College Road, hacia la lejana mancha de árboles de Elm Haven.

El hermano pequeño de Dale, Lawrence, tenía mucho miedo a la oscuridad.

Librodot

Pero por lo que Dale sabía, su hermano de ocho años, no tenía miedo a nada más. Subía a sitios que nadie, salvo tal vez Jim Harlen, pensaría en escalar. Lawrence tenía un valor físico que hacía que se lanzase contra muchachos peleones mucho más altos que él, con la cabeza gacha y golpeando con los puños, aunque estuviese recibiendo una paliza que habría hecho llorar a chicos mayores. A Lawrence le gustaban las proezas temerarias: saltaba con su bici desde la rampa más alta que podían construir, y cuando llegaba el momento, en el atrevido ejercicio en el patio de atrás, de que alguien se tendiese delante de la rampa para que los otros saltasen con sus bicis por encima de él, Lawrence era el único que se ofrecía voluntario para ello. Jugaba al fútbol contra muchachos mucho más corpulentos que él, y le divertía que le metiesen en una caja de cartón y le arrojasen rodando por la ladera surcada de minas a cielo abierto de las Billy Goat Mountains. A veces Dale estaba seguro de que algún día Lawrence se podía matar por falta de miedo.

Pero tenía miedo a la oscuridad.

Temía sobre todo la oscuridad del pasillo en lo alto de la escalera de su casa, y todavía más la de su dormitorio.

La casa de los Stewart, que habían alquilado hacía cinco años, cuando habían llegado de Chicago, era vieja. El interruptor al pie de la escalera encendía las bombillas de la pequeña lámpara del vestíbulo de entrada, pero dejaba el rellano de encima de aquéllas sumido en la oscuridad. Para llegar a la habitación de los muchachos, había que cruzar el rellano en aquella penumbra. Pero lo peor para Lawrence era que en la pared de su habitación no había interruptor. Para encender la bombilla del centro de la estancia, los chicos tenían que caminar a oscuras, buscar a tientas el cordón que colgaba en el aire, y tirar de él. Lawrence aborrecía esta operación y suplicaba a Dale que subiese a encenderle la luz.

Una vez que se estaban quedando dormidos con la luz encendida, Dale le había preguntado por qué tenía tanto miedo a encender la luz, qué era exactamente lo que temía. Era su habitación. Al principio Lawrence no le quiso responder, pero por fin dijo con voz soñolienta:

-Alguien podría estar aquí. Esperando.

-¿Alguien? -había murmurado Dale-. ¿Quién?

-No lo sé -había contestado Lawrence-. Alguien. A veces pienso que entraré en la habitación y buscaré a tientas el cordón de la luz, ya sabes que es difícil encontrarlo, y en vez del cordón tocaré una cara.

Dale había sentido un escalofrío.

-Ya sabes -prosiguió Lawrence-, la cara de un hombre alto, pero no una cara perfectamente humana..., y estaré aquí en la oscuridad, tocándola, y sus dientes serán resbaladizos y fríos, y sentiré que sus ojos están abiertos como los de un muerto... y...

-Cállate -había susurrado Dale.

Incluso con la luz encendida, Lawrence tenía miedo de las cosas de la habitación. La casa era lo bastante vieja para no tener armarios empotrados -el padre de Dale había dicho que la gente solía tener entonces grandes guardarropas-, pero los anteriores dueños o inquilinos habían incorporado uno de aquellos armarios a la habitación de los muchachos. Era una cosa tosca, apenas más que una caja de tablas de pino pintadas que se alzaba desde el suelo en un rincón, y Lawrence decía que le parecía un ataúd puesto de pie. A Dale también le recordaba un ataúd, pero no lo confesaba. Lawrence no sería nunca el primero en abrir la puerta del armario, ni siquiera durante el día. Dale sólo podía imaginarse lo que creía su hermano que podía estar esperándole.

Pero Lawrence tenía miedo, sobre todo, de lo que podía haber debajo de la cama.

Lawrence se arrodillaba para rezar sus oraciones, si su madre estaba en la habitación; pero cuando los dos chicos estaban solos allí, se ponía rápidamente el pijama y saltaba sobre la cama, desde lo bastante lejos para que no pudiese alcanzarle nada de lo que hubiese debajo de ella, y entonces practicaba el rito de sujetar las mantas y las sábanas para que nada pudiese tirar de él desde debajo de la cama. Si estaba leyendo una historieta u otra cosa y se le caía al

Librodot

suelo, pedía a Dale que la recogiese, y si éste no lo hacía se quedaba en el suelo hasta la mañana siguiente.

Dale había discutido con su hermano durante años.

-Mira, tonto -decía-, sólo hay polvo debajo de tu cama.

-Podría haber un agujero -había respondido Lawrence una vez.

-¿Un agujero?

-Sí, como un túnel o algo parecido. Algo esperando allí para agarrarme.

La voz de Lawrence se había hecho muy débil. Dale se había echado a reír.

-Estamos en el segundo piso, tonto. No puede haber un agujero o un túnel en un segundo piso. Además, el suelo es de madera sólida. -Se había inclinado y golpeado el suelo con los nudillos-. Mira si es sólida.

Lawrence había cerrado los ojos, como si temiese que saliese una mano de allí y agarrase la muñeca de Dale.

Éste había desistido de convencer a Lawrence de que no había nada que temer. Dale no tenía miedo de la oscuridad de arriba; su miedo se centraba en el sótano, sobre todo en la carbonera a la que tenía que bajar para recoger carbón cada noche de invierno; pero nunca se lo había contado a Lawrence ni a nadie. A Dale le gustaba el verano porque no tenía que bajar al sótano. En cambio, Lawrence tenía miedo a la oscuridad durante todo el año.

En esta primera noche de domingo de las vacaciones de verano, Lawrence pidió a Dale que subiese a encenderle la luz. Dale suspiró, cerró el libro de Tarzán que estaba leyendo y subió con su hermano.

No había caras en la oscuridad. Nada salió de debajo de la cama. Cuando Dale abrió la puerta del armario para colgar la camisa a rayas de su hermano, nada saltó de allí ni tiró de él. Lawrence se puso su pijama de Zorro, y Dale se dio cuenta de que también tenía sueño, aunque todavía no eran las nueve. Se puso el pijama azul, arrojó la ropa sucia en el cesto y se metió en la cama para leer una historieta sobre Tarzán y la ciudad perdida de Opar. Oyeron pisadas y su padre se plantó en la puerta. Llevaba puestas las gafas de leer, que le daban un aspecto más viejo y serio que de costumbre.

-Hola, papá -dijo Lawrence desde la cama.

Acababa de poner fin a su rito de sujetarlo todo bien y asegurarse de que no quedaba nada suelto que pudiese caer y tentar a las criaturas de debajo de la cama.

-Hola, fieras. Ya veo que esta noche os habéis acostado temprano, ¿eh?

-Iba a leer un rato -dijo Dale, y de pronto comprendió que sucedía algo. Su padre no solía subir a darles las buenas noches, y ahora había una tensión alrededor de sus ojos y de su boca-. ¿Qué pasa, papá?

Su padre entró y se quitó las gafas como si acabase de darse cuenta de que las llevaba puestas. Se sentó en la cama de Lawrence y apoyó la mano izquierda en la de Dale.

-¿Habéis oído el teléfono?

-Yo sí -dijo Dale.

-Y yo también -dijo Lawrence.

-Era la señora Grumbacher... -empezó a decir su padre. Jugaba nerviosamente con las gafas, desplegándolas y plegándolas de nuevo. Entonces se detuvo y las guardó en el bolsillo-. La señora Grumbacher ha telefoneado para decir que hoy había visto a la señorita Jensen en Oak Hill.

-La señorita Jensen -dijo Lawrence-. ¿Quieres decir la mamá de Jim Harlen?

Lawrence nunca había comprendido por qué la madre de Harlen tenía un apellido diferente... y por qué podía ser una «señorita» y tener un hijo.

-Cállate -le dijo Dale.

-Sí -dijo su padre, y dio unas palmadas en la pierna de Lawrence, debajo de la manta-. La mamá de Jim. Dijo a la señora Grumbacher que Jim había tenido un accidente.

Dale sintió que su corazón daba un salto y se encogía después. Kevin y él habían ido a buscar a Harlen aquella tarde -Mike no había acudido y no eran bastantes para jugar al

Librodot

béisbol-, pero su casa estaba cerrada y a oscuras. Pensaron que como era domingo habrían salido para ir a ver a algún pariente o amigo.

-Un accidente -repitió Dale al cabo de un momento-. ¿Está muerto?

Dale tuvo intuitivamente la seguridad de que Jim estaba muerto.

Su padre pestañeó.

-¿Muerto? No, hombre; Jim no está muerto. Pero fue una lesión grave. Todavía estaba inconsciente en el hospital de Oak Hill cuando la señora Grumbacher habló con su mamá.

-¿Qué sucedió? -preguntó Dale, y su voz sonó seca, áspera.

Su padre se frotó la mejilla.

-No están seguros. Parece que Jim estaba trepando en el colegio...

-¿En Old Central? -farfulló Dale.

-Sí; trepaba por la pared del colegio y se cayó. La señora Moon le encontró esta mañana. Estaba buscando periódicos y botes de hojalata en el contenedor de basura que hay junto a la escuela... Bueno, Jim se había caído allí la noche pasada o a primera hora de la mañana, y estaba inconsciente.

-¿Está muy grave? -preguntó Dale.

Su padre pareció meditar un momento la respuesta. Dio unas palmadas en las piernas de los dos chicos, debajo de las mantas.

-La señora Grumbacher dice que la señorita Jensen le ha dicho que se pondrá bien. Pero todavía está inconsciente; dice que recibió un golpe en la cabeza y que sufrió una conmoción bastante seria...

-¿Qué es una conmoción? -preguntó Lawrence, con los ojos muy abiertos.

-Es como si te machacasen el cerebro o te rompiesen el cráneo -murmuró Dale-. Ahora calla y deja hablar a papá.

Su padre sonrió ligeramente.

-Está todavía inconsciente, pero no del todo en coma. Los médicos dicen que esto es normal cuando se ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza. Supongo que también tiene algunas costillas rotas y una fractura múltiple en uno de los brazos. La señora G. no ha dicho en cuál. Por lo visto Jim cayó desde bastante altura y dio contra el borde del contenedor. Si no hubiese habido algo blando allí para amortiguar la caída..., bueno...

Lawrence se puso a lloriquear.

-Habría sido como el gatito de Mike al que aplastaron en Hard Road el verano pasado, ¿verdad, papá?

Dale dio un golpe a su hermano en el brazo. Antes de que su padre pudiese regañarle, dijo:

-¿Podremos ir a verle a Oak Hill, papá?

El padre sacó las gafas del bolsillo.

-Claro. No creo que haya ningún inconveniente. Pero dentro de unos días, naturalmente. Jim tiene que recobrar el conocimiento y ellos asegurarse de que se pondrá bien. Si empeorase o no volviese en sí, tendrían que trasladarle a un hospital de Peoria... -Se levantó y dio unas palmadas en la pierna de Lawrence por última vez-. Pero iremos a verle esta semana, si se encuentra mejor. Y ahora no estéis demasiado rato leyendo, ¿eh?

Se dirigió a la puerta.

-¡Papá! -dijo Lawrence-. ¿Cómo es que la mamá de Harlen no sabía que había salido por la noche? ¿Cómo es que nadie le buscó hasta esta mañana?

La cara de su padre sólo mostró un instante de cólera. Y no contra Lawrence.

-No lo sé. Tal vez su mamá pensó que estaba durmiendo en casa. O tal vez Jim salió de su casa y se encaramó en la escuela esta mañana.

-No lo creo -dijo Dale-. De todos los chicos que conozco, Harlen es el que se levanta más tarde. Tuvo que ser anoche. Estoy seguro.

Dale pensó en el cine gratuito, en los relámpagos y las primeras gotas de lluvia que habían enviado a todo el mundo a sus coches o a refugiarse debajo de los árboles durante algunos minutos, mientras Rod Taylor luchaba contra los Morlocks, y en la segunda película, que

hubo que interrumpir a causa de la lluvia. Él y Lawrence habían vuelto andando, con una de las hermanas de Mike y su estúpido amiguito.

«¿Qué pretendía Harlen al escalar Old Central?»

-Papá -dijo-, ¿sabes por qué parte del colegio subía Harlen?

Su padre frunció el entrecejo.

-Bueno, cayó en el contenedor de basura que está cerca de la zona de aparcamiento; por lo tanto, supongo que fue por la esquina de este lado. Es donde estaba tu clase este año, ¿no?

-Sí -dijo Dale.

Se estaba imaginando el sitio por el que habría trepado Harlen. Probablemente por la tubería de desagüe y quizá por las piedras salientes de la esquina; sin duda por la cornisa de fuera de la clase.

«Desde luego no era una subida fácil. ¿Por qué diablos había ido Harlen por allí?»

Su padre pareció expresar con palabras el pensamiento de Dale.

-¿Sabéis alguno de vosotros por qué Jim intentaba subir por allí hasta su clase?

Lawrence sacudió la cabeza. Estaba abrazando al raído oso panda al que llamaba «Teddy». Dale sacudió también la cabeza

-No, papá. No tiene sentido.

Su padre hizo una señal de asentimiento.

-Mañana por la noche y el martes estaré de viaje, pero telefonearé para saber cómo estáis... y cómo sigue vuestro amigo. Si queréis, podremos ir a visitar a Jim a finales de la semana.

Los dos chicos asintieron con la cabeza.

Más tarde Dale trató de leer, pero las aventuras de Tarzán en la ciudad perdida le parecieron bastante tontas. Cuando al fin se levantó para apagar la luz, Lawrence extendió la mano sobre el espacio vacío entre las dos camas. Generalmente Lawrence quería que su hermano le cogiese la mano al quedarse dormido -era el único riesgo que se atrevía a correr de que algo le agarrase-, pero casi siempre Dale le decía que no. Hoy cogió la mano de su hermano.

Las cortinas de las dos ventanas estaban descorridas. Las sombras de las hojas dibujaban siluetas en los tabiques. Dale podía oír los grillos y el susurro de las hojas. No podía ver Old Central desde este ángulo, pero sí el pálido resplandor del único farol, cerca de la entrada norte.

Dale cerró los ojos, pero en cuanto trató de dormirse se imaginó a Harlen yaciendo allí, en aquel contenedor de basura, entre tablas rotas y otros desperdicios. Se imaginó a Van Syke, a Roon y a los demás reunidos alrededor del contenedor, mirando hacia el muchacho inconsciente y sonriendo, con sus dientes de rata y sus ojos de araña.

Dale se despertó de pronto. Lawrence estaba durmiendo, abrazando todavía a Teddy y roncando suavemente. Había una fina raya de humedad en la almohada, debajo de su boca.

Dale permaneció tumbado en silencio, casi sin atreverse a respirar. No soltó la mano de Lawrence.

9

Duane McBride se despertó el lunes antes del amanecer y pensó, durante un instante de confusión, que tenía que hacer sus deberes e ir a esperar el autocar del colegio en el extremo del camino. Entonces recordó que era lunes, el primer lunes de las vacaciones de verano, y que nunca tendría que volver a Old Central. Fue como si le quitaran un peso de encima, y subió despacio la escalera.

Había una nota del viejo: se había marchado temprano para desayunar con algunos amigos en el Parkside Café, pero volvería temprano a casa por la tarde.

Duane hizo las tareas de la mañana. Al recoger los huevos en el gallinero, se acordó de cuando era muy pequeño y le aterrorizaban las belicosas gallinas; pero era un buen recuerdo

porque era uno de los pocos que tenía de su madre, aunque casi lo único que recordaba era un delantal con topos y una voz cálida.

Después de desayunar un par de aquellos huevos, cinco lonchas de tocino, una tostada, un picadillo y una rosquilla de chocolate, sonó el teléfono cuando Duane iba a salir de nuevo para limpiar el depósito de agua en los pastos de atrás e instalar en él una polea nueva. Era Dale Stewart. Duane escuchó en silencio la noticia sobre Jim Harlen. Después de esperar durante unos instantes una respuesta que no se produjo, Dale siguió diciendo que Mike O'Rourke quería celebrar una reunión general en su gallinero a las diez de la mañana.

-¿Por qué no en mi gallinero? -replicó Duane.

-Porque en el tuyo hay gallinas. Además, todos tendríamos que ir en bicicleta hasta tu casa.

-Yo no tengo bicicleta -dijo Duane-. Tendré que hacer todo el camino andando. ¿Por qué no nos reunimos en el escondrijo secreto de la alcantarilla?

-¿En la Cueva? -preguntó Dale.

Duane percibió una vacilación en la voz del muchacho de once años. Duane tampoco tenía un interés particular en volver a la alcantarilla.

-Bueno, de acuerdo -dijo-. Estaré allí a las diez

Después de colgar permaneció un momento sentado en la cocina, pensando en que tendría que trabajar el doble por la tarde. Pero al final se encogió de hombros, cogió un palo de caramelo para que le diese fuerzas para la excursión, y salió de casa. Witt fue a su encuentro en el patio, meneando la cola, y esta vez Duane no tuvo valor para dejar al perro allí. Había nubes altas que mitigaban un poco el calor -estaban a menos de treinta grados- y pensó que a Witt le gustaría hacer un poco de ejercicio.

Duane volvió a entrar en casa, se llenó los bolsillos del pantalón de bizcochos para perros, cogió un segundo palo de caramelo para el almuerzo, y los dos echaron a andar por el camino. Duane no pensó un momento en ello pero, vistos desde lejos, él y su perro formaban una extraña pareja: Duane, con su andadura desgarbada, medio contoneándose, y Wittgenstein cojeando por culpa de la artritis, apoyando cuidadosamente las patas en el suelo, como un cuadrúpedo descalzo sobre grava caliente, y mirando con ojos miopes cosas que podía oler pero no ver del todo.

La sombra, al pie de las colinas, fue un alivio; pero Duane sudaba copiosamente bajo la camisa de franela a cuadros cuando subió la pendiente hacia la Taberna del Arbol Negro, donde ya había unos cuantos vehículos. La camioneta de su padre era uno de ellos, pero Duane sospechó que el «desayuno» se había trasladado ya desde el Parkside Café a la Taberna de Carl en la ciudad.

Las nubes empezaron a levantarse cuando el muchacho y el perro torcieron hacia el oeste en la Jubilee College Road, y la lejana torre del agua rieló con las ondas de calor.

Duane miró los campos de maíz en ambos lados, comparándolos con los de su propia finca -el maíz era aquí unos centímetros más alto- y observando las señales amarillas a lo largo de la valla de alambre espinoso para distinguir las diferentes clases y los híbridos. La luz del sol era ahora como un elemento sólido que gravitaba sobre su cara y sus hombros, y Duane se maldijo por haberse olvidado de la gorra. Witt iba de un lado a otro, husmeando en ocasiones algún olor interesante y caminando ciegamente sobre las matas cubiertas de polvo de la orilla de la carretera. Generalmente la valla ponía fin a sus investigaciones, y el collie volvía cojeando donde le esperaba pacientemente Duane.

Estaban a menos de medio kilómetro de la torre del agua y en una curva de la carretera cuando llegó el camión. Lo olió casi en el mismo instante de oírlo; tenía que ser el camión de recogida de animales muertos.

Witt levantó la cabeza, tratando ciegamente de descubrir el origen del olor y del ruido, y Duane le agarró del collar y le obligó a pasar a un lado de la carretera cubierta de grava. Duane odiaba que pasaran camiones cuando él caminaba por allí; el polvo permanecía pegado durante horas a sus ojos, su boca y sus cabellos. Si pasaban demasiados vehículos, incluso tendría que bañarse uno de estos días.

De pie sobre los hierbajos de la orilla, Duane advirtió lo deprisa que se acercaba el camión. Tenía que ser el de recogida de animales muertos; ¿cuántos camiones había con la cabina pintada de rojo y listones altos en la parte de atrás? El parabrisas reflejaba como un espejo el resplandor del cielo. El vehículo se acercaba a unos ochenta o noventa kilómetros por hora y además no lo hacía por el centro o la derecha de la carretera como la mayoría de los automóviles. Duane pensó en la gravilla que levantaban las ruedas y tiró de Witt hacia atrás, hasta la orilla poco profunda de la cuneta.

El camión avanzó directamente hacia Duane y su perro a unos ochenta por hora, golpeando las hierbas con el fuerte parachoques.

Duane no se lo pensó un momento. Se agachó, levantó a Witt de un tirón, y saltó sobre la cuneta, casi chocando con la valla de alambre espinoso. Sujetó a duras penas al aterrorizado collie, y el camión pasó a menos de un metro de ellos, levantando polvo, hierbas y grava de la orilla de la carretera a su alrededor.

Duane pudo ver los cuerpos de varias vacas, un caballo, dos cerdos y lo que parecía ser un perro en la parte de atrás, cuando el camión volvió a la calzada y siguió rodando en medio de una nube de polvo.

-¡Hijo de puta! -gritó Duane, plantándose sobre la grava pero llevando todavía en brazos al viejo y aterrorizado perro.

Como tenía las manos ocupadas y no podía esgrimir un puño, escupió detrás del camión. La saliva tenía color de polvo.

El camión llegó a la torre del agua y torció a la izquierda, y se oyó claramente el chirrido de los neumáticos al rodar sobre el asfalto.

-¡Cabrón! -exclamó Duane. Raras veces maldecía; pero ahora sintió necesidad de hacerlo-. ¡Cerdo, hijo de puta!

Witt se retorcía en brazos de Duane, que de pronto se dio cuenta de lo asustado que estaba el viejo perro y de lo fuerte que palpitaba su corazón. Podía sentir sus latidos sobre los brazos. Dejó a Witt en el suelo de la carretera lleno de baches y le calmó con largas y lentas caricias, palabras amables.

-No pasa nada, Witt, no pasa nada -susurró-. Ese estúpido analfabeto no nos ha hecho ningún daño ¿verdad?

El tono apaciguador fue calmando al perro, pero aún podían percibirse los latidos de su corazón. En realidad Duane no había visto a Van Syke al volante; no pudo fijarse en la cabina del camión porque estaba demasiado ocupado en levantar a Witt y retroceder hasta el alambre de espino, pero estaba seguro de que el camión iba conducido por el loco guardián y recogedor de animales muertos. Bueno, todo el mundo sabría pronto lo ocurrido. Una cosa era asustar a un puñado de chiquillos arrojando un mono muerto en el arroyo, y otra completamente distinta tratar de matar a uno de ellos.

Pronto se dio cuenta de que Van Syke o quien hubiera sido había tratado de matarle. No había sido una broma. No había sido una advertencia insensata. El camión se había dirigido contra ellos, y sólo su velocidad y la certidumbre de volcar si rodaba por la cuneta con tanta rapidez habían impedido que el conductor lo desviase los cuatro palmos necesarios para alcanzarles. «Alguien habría pasado por aquí y encontrado mi cadáver entre las hierbas -pensó Duane-. Y el de Witt. Nunca habrían sabido quién lo había hecho. Sólo habrían pensado en un chiquillo descuidado y en un conductor que se había dado a la fuga.» Duane recordó el alambre de espino y se tocó la espalda. Cuando retiró la mano, estaba manchada de sangre. Peor aún, había dos grandes desgarrones en su camisa que habría que coser.

Duane Siguió acariciando a Witt, pero ahora estaba más tembloroso que el perro. Hurgó en el bolsillo con su mano libre y encontró un bizcocho para Witt, y el bastón de caramelo para él.

El camión zumbó al dar la vuelta alrededor de la torre del agua.

Duane miró fijamente, con el caramelo en la boca y sin masticarlo. Era el mismo camión; podía ver claramente la cabina roja y el fuerte parachoques delante de la nube de polvo. Se

movía más despacio, a cincuenta por hora Lo bastante para convertirles a Witt y a él en víctimas de la carretera, si se consideraban las tres toneladas que transportaban aquellas ruedas

-¡Mierda! -exclamó Duane.

Witt tiró del collar que sujetaba Duane.

Arrastró al perro hacia el lado izquierdo de la carretera, como buscando los campos del lado sur. La cuneta estaba llena de hierbas pero en aquel tramo era muy poco profunda, casi plana. No constituía un obstáculo para un vehículo.

El camión giró a la derecha, llenando el lado de Duane de la carretera. Había cubierto la mitad de la distancia y Duane pudo distinguir la silueta del conductor en la cabina.

El hombre era alto, pero estaba inclinado hacia delante, absorto en la conducción... o en la persecución.

Duane agarró el collar de Witt y arrastró al aterrorizado collie a través de la carretera; el animal tenía las patas rígidas, y la gravilla resbalaba debajo de ellas, pero Duane tiró de él hasta meterlo en la cuneta.

El camión torció a la izquierda, saliendo de la calzada, saltando a través de la cuneta y casi rozando la valla con las ruedas. Las hierbas se doblaron debajo del parachoques de delante y una nube de polvo llenó el aire.

Duane miró por encima del hombro, esperando inútilmente que llegase otro coche en dirección contraria, que interviniese algún adulto, para despertar de aquella pesadilla.

El camión estaba ahora a menos de treinta metros de distancia y parecía acelerar.

Duane se dio cuenta de que no podría volver a cruzar a tiempo la carretera con Witt, y aunque pudiese hacerlo, el camión les alcanzaría mientras intentase encaramarse en la valla.

Wittgenstein ladró y se estremeció, mordiendo la muñeca de Duane en su frenesí. Durante una fracción de segundo, éste pensó en soltar al collie, dejando que se defendiese solo; pero entonces comprendió que Witt no tendría la menor posibilidad de salvación. Incluso con la adrenalina producida por el pánico, las articulaciones del viejo perro eran demasiado rígidas, y su vista excesivamente defectuosa.

El camión estaba a veinte metros y se acercaba. Su rueda delantera izquierda chocó con un poste carcomido de la valla y lo arrancó del suelo. Los alambres zumbaron como un arpa destrozada.

Duane se agachó, levantó a Witt, y en un limpio movimiento lo arrojó por encima de la valla y lo más lejos posible. Witt aterrizó detrás de tres hileras de plantas de maíz, se deslizó de lado y se esforzó en ponerse de pie.

Duane no podía esperar más. Se agarró a un delgado poste y trepó por él. Toda la valla osciló y se hundió. El alambre espinoso arañó la mano izquierda de Duane. Su pie era demasiado grande para el trozo de alambre en que se había apoyado, y su bamba quedó enganchada en él.

El camión pareció llenar el mundo con su rugido, el polvo que levantaba y una pared desconchada de metal pintado de rojo. El conductor ya no era visible debido al brillo cegador producido por el parabrisas. El vehículo estaba ahora a menos de diez metros y avanzaba a saltos y arrancando postes del suelo.

Duane abandonó la bamba a su suerte, sacó el pie de ella, se encaramó, sintiendo los arañazos del alambre espinoso en el vientre, y cayó pesadamente en el suelo blando del borde del campo y rodó entre el maíz, jadeando para recobrar el aliento.

El camión no le alcanzó, pero derribó el poste por el que había trepado e hizo saltar alambres, hierba y grava a su alrededor.

Duane se puso de rodillas sobre la gruesa capa de marga del campo. Estaba aturdido. Tenía desgarrada la camisa de franela y sobre el pantalón de pana le goteaba sangre de los arañazos en el vientre. Tenía las manos destrozadas.

El camión volvió saltando a la calzada. Duane pudo ver las luces de frenado brillando como ojos rojos entre la nube de polvo.

Duane se volvió y vio que Witt estaba tumbado a dos hileras de distancia, todavía aturdido, y entonces miró de nuevo atrás. El camión giró hacia su izquierda lentamente, pesadamente, hundiendo el morro en la cuneta. Las ruedas de atrás giraron, lanzando gravilla como perdigones. Duane oyó que las piedras golpeaban el maíz en el campo de enfrente. El camión dio marcha atrás, saltó sobre la cuneta poco profunda del otro lado de la carretera, puso el largo capó en dirección a Duane y avanzó.

Tambaleándose, serpenteando, Duane apartó los tallos de las plantas para acercarse a Witt, levantó al derrengado perro y siguió andando, adentrándose más y más en el maizal. El maíz no le llegaba a la cintura. La cola de Witt se arrastraba entre las panojas. No había más que este maíz bajo en dos kilómetros hacia el norte, y después otra valla y unos cuantos árboles.

Duane siguió avanzando, sin mirar atrás, ni siquiera cuando oyó que el camión saltaba en la cuneta y que la valla se rompía, cayendo por segunda vez, y que las plantas eran aplastadas por el parachoques y las ruedas.

«Ha llovido hace un par de días», pensaba Duane, mientras caminaba con dificultad y a paso de tortuga. Witt le pesaba mucho, reposando en sus brazos. Sólo el ligero jadeo y el movimiento de las costillas mostraban que estaba vivo. «Ha llovido hace sólo un par de días. Los dos centímetros de encima son de polvo, pero debajo... tiene que haber barro. Por favor, Dios mío, haz que haya barro.»

El camión estaba ahora en el mismo campo que él. Duane oía el zumbido del diferencial y el chirrido de las marchas. Era como si un animal enorme, enloquecido, le persiguiese. El olor a reses muertas era muy fuerte.

Duane siguió andando. Se preguntaba si se detendría para enfrentarse a aquello, saltando a un lado en el último segundo, como un ágil matador. Si, trataría de ponerse detrás de aquella maldita máquina, encontraría una piedra y la arrojaría contra el parabrisas.

El no era ágil. Y no podía hurtar el cuerpo con Witt en brazos. Siguió caminando trabajosamente.

El camión estaba a doce metros detrás de él, después a seis, después a cinco. Duane trataba de correr, pero sólo conseguía caminar a largas zancadas. El maíz le azotaba al pasar y el polen le llenaba de polvo el pelo. Se dio cuenta de que las dos últimas hileras que acababa de cruzar estaban separadas y mojadas; había allí una tosca zanja de riego. Siguió caminando.

Detrás de él, el zumbido del motor y de las ruedas sobre polvo se hizo más agudo y se convirtió después en un chirrido.

Duane miró atrás. El camión estaba en un ángulo extraño, con las ruedas de atrás girando furiosamente. Barro y plantas destrozadas volaban en un arco detrás de él.

Duane siguió avanzando, apartando a un lado con los pies los tallos que amenazaban con arañar los ojos de Witt. Cuando volvió a mirar atrás, el camión estaba a treinta metros detrás de él, todavía en un ángulo extraño, pero balanceándose ahora hacia atrás y hacia delante. Atascado en el barro.

Duane fijó la mirada en la línea de campos que se extendían hacia el norte, y siguió avanzando. Más allá de aquella valla estaban los pastos de Johnson... y más allá, hacia el norte y el este, los bosques que llegaban hasta la Taberna del Arbol Negro. Allí había colinas. Y una profunda hondonada por la que discurría el riachuelo.

«Otras diez hileras y miraré hacia atrás.»

Sudaba copiosamente y sentía que el sudor se mezclaba con la sangre y el polvo, causándole una terrible picazón entre las paletillas. UIT se agitó una vez, movió las patas como hacía desde pequeño cuando soñaba que cazaba conejos o algo así. Y entonces se relajó, como si quisiera que su dueño hiciese todo el trabajo.

«Ocho hileras. Nueve.» Duane apartó el maíz de una patada y miró atrás.

El camión se había desatascado y se movía de nuevo. Pero hacia atrás. Se estaba retirando del campo, a saltos y sacudidas. Pero sin duda en marcha atrás.

Librodot

Duane no se detuvo. Continuó dando bandazos en dirección a la valla, que ahora estaba a menos de treinta metros de él, mientras oía el chirrido de las ruedas, el zumbido del diferencial y el crujido de la grava al acelerar el camión.

«Por aquí no puede pasar. No puede alcanzarme. Podré ir hasta nuestros pastos si avanzo por el bosque, lejos de las carreteras y los caminos.»

Duane llegó a la valla, depositó suavemente a Witt al otro lado y perdió un poco más de piel al pasar sobre el alambre espinoso, antes de permitirse un momento de descanso.

Se puso en cuclillas junto a su perro, con las muñecas sobre las rodillas arañadas, jadeando ruidosamente y oyendo los latidos de su propio corazón. Levantó la cabeza y miró atrás.

La torre del agua se veía claramente. Otro medio kilómetro hacia el sur y podría ver los árboles oscuros de Elm Haven. La carretera estaba desierta. No se oía el menor ruido. Sólo una nube de polvo que se estaba posando lentamente y la destrozada valla al otro lado del campo daban fe de que Duane no había soñado todo aquello.

Se agachó al lado de Witt y le acarició el costado. El collie no se movió. Tenía los ojos vidriosos. Duane acercó la mejilla a las costillas del perro y contuvo el aliento para que su respiración no amortiguase cualquier otro sonido.

No oyó ningún latido. Probablemente el corazón de Witt se había parado incluso antes de que cruzasen la primera valla. Sólo el afán del viejo collie de permanecer junto a su dueño había hecho que siguiese respirando y debatiéndose durante tanto rato.

Duane tocó la estrecha cabeza de su viejo amigo, le acarició la fina piel y trató de cerrarle los ojos. Pero los párpados no quisieron bajarse.

Duane se arrodilló. Sentía un fuerte dolor en el pecho y en la garganta que nada tenía que ver con los cortes o las contusiones. Se debía a una terrible emoción, que no podía contener ni desahogar en lágrimas. Amenazaba con sofocarle cuando boqueaba para respirar, levantando la cara al cielo ahora azul.

Arrodillado allí, golpeando el suelo con las ensangrentadas manos Duane prometió a Witt y al Dios en quien no creía que alguien pagaría por aquello.

Mike O'Rourke y Kevin Grumbacher fueron los únicos que asistieron a la reunión de la Patrulla de la Bici que había convocado Mike. Kevin estaba nervioso, paseando de un lado a otro del gallinero y jugueteando con una cinta de goma; pero Mike sólo se encogió de hombros. Se daba cuenta de que Dale y los otros tenían cosas mejores que hacer que acudir a tontas reuniones en una mañana de verano.

-Levantaremos la sesión, Kev -dijo, tumbado en el desvencijado sofá-. Hablaré con los muchachos cuando me encuentre con ellos.

Kevin se detuvo e iba a decir algo, pero guardó silencio cuando Dale y Lawrence entraron de golpe por la pequeña puerta.

Era evidente que algo le había ocurrido a Dale: tenía los ojos enloquecidos y los cabellos revueltos. Lawrence también estaba inquieto

-¿Qué? -dijo Mike.

Dale se agarró a la jamba de la puerta y jadeó unos instantes para recobrar aliento.

-Duane acaba de telefonear... Van Syke ha tratado de matarlo.

Mike y Kevin le miraron fríamente.

-Es verdad -jadeó Dale-. Me llamó cuando la poli iba para allá. Tuvo que telefonear a la Taberna de Carl para que su padre volviese a casa, y entonces llamó a Barney, y pensó que tal vez vendría Van Syke mientras él estaba esperando en casa; pero Van Syke no se presentó y su padre volvió a casa, aunque en realidad no le cree. Pero el perro está muerto... Van Syke no lo mató exactamente, pero en cierto modo sí porque...

-Para -dijo Mike.

Dale se interrumpió.

Mike se levantó del sofá.

-Empieza por el principio, tal como cuentas las cosas cuando acampamos. Primero de todo, si Duane está bien, y cómo trató Van Syke de matarlo

Dale se dejó caer en el sofá del que acababa de levantarse Mike. Lawrence encontró un cojín en el suelo. Kevin permaneció de pie en el sitio donde había interrumpido su paseo, inmóvil, salvo por el movimiento de las manos al formar inconscientemente intrincadas formas con la cinta de goma.

-Está bien -dijo Dale, y esperó unos segundos-. Duane acaba de llamarme. Hace media hora aproximadamente, Van Syke..., él cree que era Van Syke, aunque en realidad ni le vio..., bueno, alguien que iba en el camión de la basura de Van Syke trató de atropellarlo en la Jubilee College Road, no muy lejos de la torre del agua.

-¡Dios mío! -dijo Kevin en voz baja.

Mike le impuso silencio con una mirada.

Dale asintió con la cabeza. Tenía los ojos ligeramente desenfocados al concentrarse en lo que estaba diciendo, para que todos comprendiesen su verdadero significado.

-Duane dijo que el camión trató de atropellarlo en la carretera, y que después derribó la valla y lo persiguió dentro del campo. Dice que entonces se murió el perro..., de un ataque de miedo.

-¿Witt? -dijo Lawrence.

Había dolor en la voz del chiquillo. Cada vez que Dale y él iban de visita a la casa de Duane, Lawrence jugaba durante horas con el viejo collie.

Dale asintió de nuevo con la cabeza.

-Duane tenía que cruzar el campo de los Johnson, el de Corpse Creek, y el bosque para ir a su casa. Y lo extraño es...

-¿Qué? -dijo Mike a media voz.

-Lo extraño es que Duane dijo que había llevado el perro hasta su casa. No lo dejó en el campo donde había muerto para ir a buscarlo después.

Lawrence asintió con la cabeza, como si lo comprendiese perfectamente.

-¿Es esto todo lo que dijo? -le apremió Mike-. ¿Dijo por qué podía quererlo matar Van Syke?

Dale sacudió la cabeza.

-Dijo que lo único que hacía era dar un paseo por allí. Yo llamé para informarle de la reunión. Me explicó que aquello no era una broma..., como cuando J. P. Congden o uno de esos cabro... –Dale miró a su hermano menor-. Bueno, que no era como cuando uno de esos viejos estúpidos dan un golpe de volante para asustarte. Duane me aseguró que fuera quien fuese el que conducía el camión de la basura, realmente estaba tratando de matarlo a él y a Witt.

Mike asintió, visiblemente sumido en sus pensamientos.

Dale se alisó los mechones con los dedos.

-Tenía que quedarse allí, porque esperaban a Barney.

Kevin estropeó la cuna que estaba haciendo con la cinta de goma entre los dedos.

-¿Y te llamó desde su casa?

-Sí.

Kevin miró a Mike.

-¿Tiene todo esto algo que ver con el asunto del que querías hablarnos?

El chico más alto salió de su ensimismamiento.

-Tal vez. -Miró hacia el sitio donde estaban tiradas las bicicletas-. Vamos.

-¿Adónde? -preguntó Lawrence

Había estado mordiendo la visera de su gorra de lana, algo que solía hacer siempre que estaba nervioso o distraído. Mike sonrió ligeramente.

-¿Dónde creéis que va Duane a llevar a Barney y a su padre? Si el camión le persiguió dentro del campo de maíz, tiene que haber muchas huellas de neumáticos y otras cosas parecidas.

Los cuatro muchachos corrieron en busca de sus bicis.

Barney estaba allí. Su Pontiac verde, con las desvaídas letras doradas anunciando POL CÍA en la portezuela, estaba aparcado en la orilla de la carretera, al igual que la camioneta del padre de Duane y el Chevy negro de J. P. Congden. Duane y su padre estaban en el boquete donde había sido derribada la valla, y Duane hablaba a media voz y señalaba en ocasiones las profundas huellas de ruedas en el campo. Barney asentía con la cabeza y tomaba notas en una libretita. J. P. fumaba un puro y echaba chispas por los ojos, como si Duane fuese el sospechoso de todo aquello. Dale y los otros muchachos detuvieron sus bicicletas a diez metros de distancia del grupo que estaba en el campo.

Congden volvió la espalda a Duane, escupió en la hierba y gritó a los chicos que se marchasen. Mike y sus compañeros asintieron con la cabeza y se quedaron donde estaban.

El padre de Duane decía:

-... y quiero que vayas allá y lo detengas, Howard. -El verdadero nombre de Barney era Howard Sills-. Ese maldito idiota trató de matar a mi hijo.

Barney hizo un ademán de asentimiento y tomó una nota.

-En realidad, Martin, no tenemos ninguna prueba de que fuera Karl van Syke...

Mike miró a Dale, Kevin y Lawrence, y éstos le devolvieron la mirada. Nunca habían oído el nombre de pila de Van Syke.

-... y tu hijo ha dicho que no había podido verlo claramente -terminó rápidamente Barney, apresurándose a hacerlo antes de que el señor McBride estallase de nuevo.

El padre de Duane se estaba poniendo colorado, a punto de explotar, cuando J. P. Congden se pasó el puro de un lado a otro de la boca y dijo:

-No era Karl.

Barney se ladeó la gorra y arqueó una ceja en dirección al juez de paz. Desde diez metros de distancia, Dale pensó: «Barney no se parece en nada al Barney del show.» El sheriff Howard Sills era bajo y calvo y tenía la actitud encogida y la mirada asombrada de Don Knotts, pero realmente no se parecía al policía de *The Andy Griffith Show*. Pero todo el mundo le llamaba Barney.

-¿Cómo sabes que no era Karl? -preguntó Barney al gordo.

Congden volvió a cambiar de sitio el puro y miró de soslayo a Duane y a su padre, como si fuesen esa clase de basura blanca con la que un juez de paz no debía perder el tiempo.

-Lo sé porque estuve con Karl toda la mañana -dijo. Se quitó el puro de la boca, escupió de nuevo y sonrió. Sus dientes eran aproximadamente del color del puro largo y barato-. Karl y yo estuvimos en el río Spoon, pescando un poco debajo del puente de la carretera.

Barney asintió con la cabeza.

-Van Syke suele conducir el camión de la basura -dijo con voz monótona-. He preguntado a Billy Daysinger y me ha dicho que no lo ha conducido desde el verano pasado.

Congden se encogió de hombros y escupió de nuevo.

-Karl me ha dicho esta mañana que alguien robó el camión la noche pasada del lugar donde estaba aparcado, cerca de la fábrica de sebo.

Mike O'Rourke miró a los otros muchachos. La fábrica de sebo era una antigua y deteriorada construcción al norte de los elevadores de grano abandonados, en el camino del vertedero. Era el sitio donde llevaban todas las reses y los animales muertos en la carretera. El olor persistía y a veces llegaba hasta la casa de Harlen, en el límite noroeste de la población.

Barney se rascó el pequeño mentón.

-¿Por qué tú o Karl no informasteis de esto, J. P.?

Congden se encogió de hombros, visiblemente contrariado. «Los pocos pelos que aún tiene se le erizan detrás de las orejas como los de una comadreja -pensó Dale-, y la piel del cráneo no está quemada por el sol y sólo resplandece como el vientre de una carpa.»

Librodot

-Ya he dicho que estaba ocupado -dijo el juez de paz-. Además me imaginé que era una broma de alguno de esos dichosos muchachos. ¿Cómo sabemos que no lo hicieron esos pequeños truhanes?

Señaló al grupo de muchachos con sus bicicletas.

Barney les miró, impasible.

Congden levantó la voz, apuntando a Duane con el pulgar.

-¿Y quién sabe si este chico no participó en ello? ¿Quién sabe si no anduvo tonteando por ahí con sus amigos? Haciéndonos perder el tiempo para que parezca que no fueron ellos los que se desmandaron y derribaron la valla de Summerson y todo eso.

El padre de Duane avanzó unos pasos sobre trozos de alambre espinoso. Tenía la cara más morada que roja.

-¡Maldito seas, Congden, capitalista embustero! Sabes que mi hijo... que ninguno de estos muchachos... fue el causante de esto. Alguien trató de matar a Duane, de atropellarle aquí, y supongo que estáis encubriendo a ese australopiteco infrahumano de Van Syke, porque los dos robasteis el camión. Es como cuando estafas a los infractores por «exceso de velocidad», multándolos para poder tener dinero para cerveza, estúpido...

Barney se colocó entre los dos hombres y puso una mano en el hombro de McBride. El apretón en el hombro debió de ser más fuerte de lo que parecía, porque el padre de Duane palideció, dejó de hablar y se volvió.

-¡Bah, que se vaya al carajo! -dijo el juez de paz, y echó a andar hacia su coche.

-Dile a Karl que venga a verme -dijo Barney.

Congden ni siquiera asintió con la cabeza al cerrar de golpe la portezuela del Chevy negro y hacer girar la llave de contacto. El ajustado motor rugió al cobrar vida, y el vehículo del juez de paz despidió grava a seis metros detrás de él, al arrancar.

Para volver a la ciudad Los muchachos tuvieron que desplazarse rápidamente a la cuneta con sus bicis para no ser atropellados.

El señor McBride estuvo hablando durante unos minutos, señalando hacia el campo, gritando en ocasiones y bajando al fin la voz, en un agitado murmullo, mientras Barney tomaba notas. Duane permanecía unos palmos dentro del campo, con los brazos cruzados y los ojos impasibles detrás de los gruesos cristales de sus gafas. Cuando el padre de Duane y el sheriff volvieron a la carretera para hablar, los muchachos dejaron sus bicis sobre la hierba polvorienta y cruzaron apresuradamente el boquete de la valla.

-¿Estás bien? -preguntó Dale.

Quería tocar al alto muchacho y apoyar el brazo en el hombro de Duane, pero el protocolo no lo permitía.

Duane asintió con la cabeza.

-¿Mató realmente a Witt? -preguntó Lawrence.

La voz del niño de ocho años era vacilante.

Duane asintió de nuevo.

-El corazón de Witt se paró -dijo-. Era muy viejo.

-¿Pero trataron de atropellarte? -preguntó Kevin.

Duane afirmó con la cabeza.

Su padre le estaba llamando. Duane descruzó los brazos y dijo en voz baja a los muchachos:

-Algo está pasando. Hablaremos más tarde, si me es posible.

Pasó por el boquete de la valla y fue a reunirse con su padre. Barney habló un momento con él, y por fin apoyó una mano en su hombro. Los chicos pudieron oír que decía: «Siento lo del perro, muchacho.» Entonces pareció que advertía algo al padre de Duane. El policía subió por fin a su Pontiac y se marchó lentamente por la carretera cubierta de grava, para no envolver a los muchachos en una nube de polvo.

Duane y su padre permanecieron un momento allí, mirando hacia el campo, y entonces subieron a la camioneta, maniobraron varias veces para darle la vuelta y se dirigieron por la

Librodot

Jubilee College Road hacia la carretera Seis del condado. Duane no agitó la mano para despedirse.

Los cuatro muchachos se quedaron un momento en el campo, pataleando en las profundas y fangosas rodadas y en la ringlera de maíz aplastado. Miraron a su alrededor, como si el fantasma del collie de Duane pudiese venir corriendo entre el maíz que les llegaba a la cintura.

-¡Eh! -dijo Kevin al fin, mirando en todas direcciones. Los campos estaban en silencio. El cielo se había nublado de nuevo. No había el menor movimiento ni el menor ruido-. ¿Y si vuelve el camión de la basura?

Unos segundos después habían montado en sus bicis y pedaleaban en dirección a la ciudad, levantando una estela de gravilla. Dale redujo la velocidad para que Lawrence no se retrasara, pero la pequeña bici del niño de ocho años adelantó casi como una exhalación a la de Dale, después a la de Kevin, y por último al viejo y rojo cacharro de Mike.

Hasta que estuvieron a salvo bajo los inmóviles olmos y robles de Elm Haven no aflojaron la marcha, jadeando y mirando hacia atrás, con los brazos colgando y las manos fuera de los manillares al descender por Depot Street y pasar por delante de la casa de Dale y de Old Central. Dejaron que las bicis remontasen la cuesta a lo largo del camino de entrada de la casa de Kevin y rodaron sobre la hierba fresca, conteniendo todavía el aliento y con los cabellos sudorosos.

-Eh -jadeó Lawrence cuando pudo hablar-, ¿qué es un capitalista?

10

El atentado contra la vida de Duane McBride fue el tema de una acalorada discusión durante más de media hora; pero después los muchachos perdieron su interés por el tema y fueron a jugar a béisbol. Mike aplazó la reunión de la Patrulla de la Bici hasta después de que terminara el juego o de que al fin viniese Duane a la ciudad.

El campo de béisbol de la ciudad estaba detrás de las casas de Kevin y de Dale, y para llegar allí la mayoría de los muchachos saltaban la valla de los Stewart, donde el grueso poste tenía un travesaño en diagonal. Esto convertía el camino de entrada de los Stewart y el lado occidental de su largo patio en una vía pública para los muchachos, cosa que a Dale y a Lawrence les parecía muy bien porque su casa se convertía en constante lugar de reunión para los muchachos de todo el pueblo. Tampoco era un inconveniente que la madre de Dale fuese una de las pocas mujeres a quienes no importaba la presencia de montones de muchachos; en realidad, incluso les obsequiaba con bocadillos, refrescos y otras golosinas.

Este día el partido empezó con pocos jugadores: Kevin y Dale contra Mike y Lawrence durante la primera hora, turnándose el lanzador; pero a la hora de comer se les unieron Gerry Daysinger y Bob McKown, Donna Lou Perry y Sandy Whittaker (Sandy bateaba bien pero lanzaba como una chica; sin embargo era amiga de Donna Lou, y ambos equipos querían a Donna Lou). Después comparecieron algunos de los chicos del barrio más lujoso de la población: Chuck Sperling, Digger Taylor, Bill y Barry Fussner, y Tom Castanatti. Otros muchachos habían oído el ruido o visto la muchedumbre, y a primera hora de la tarde estaban en el tercer partido y jugando con equipos completos y jugadores turnándose en el banquillo.

Chuck Sperling quería ser capitán -siempre quería serlo; su padre dirigía el único equipo de Pequeña Liga de Elm Haven, de modo que Chuck podía ser capitán además de lanzador, aunque no lanzaba tan bien como Sandy Whittaker-, pero fue derrotado. Mike fue primer capitán cuando eligieron para el cuarto partido, y Castanatti, un muchacho rollizo y tranquilo que tenía el mejor bate de la ciudad -era un buen bateador, pero sobre todo poseía el mejor bate, un hermoso Louisville Slugger de fresno que le había dado a su padre un amigo del equipo White Sox de Chicago-, fue el segundo elegido.

Mike escogió en primer lugar a Donna Lou, y a nadie le importó. Había sido la mejor lanzadora de la ciudad desde que todos podían recordar. Y si la Pequeña Liga hubiese

permitido que participasen las muchachas, la mayoría de los chicos del equipo, o al menos los que no temían al padre de Chuck Sperling, le habrían pedido que la dejase lanzar para que pudiesen ganar algún partido.

La selección de equipos hizo que, más o menos, el norte de la población, el barrio de Dale, que era el más pobre, jugase contra el sur, y aunque los uniformes eran iguales, tejanos y camiseta blanca de manga corta, podían distinguirse unos de otros por los guantes: Sperling y sus compañeros del sur jugaban con guantes de béisbol nuevos y relativamente grandes, mientras que Mike y los suyos lo hacían con guantes que ya habían usado sus padres. Los viejos no tenían realmente bolsas; parecían más bien guantes ordinarios -a diferencia de las almohadilladas maravillas de cuero que usaban Sperling y Taylor- y al atrapar las pelotas rápidas les dolían las manos; pero a los chicos no les importaba. Era parte del juego, como los arañazos y las contusiones que sufrían al pasar un día en el campo de béisbol. Ninguno de los chicos jugaba nunca a *softball*, salvo cuando la señora Doubbet o alguna otra vieja bruja insistía en ello en el colegio, e incluso entonces pasaban al juego duro prohibido en cuanto volvía la espalda la maestra.

Pero ahora nadie pensó en las maestras cuando apareció la señora Stewart con una cesta de bocadillos de salchichón y de cacahuetes con mantequilla y gelatina, y una nevera de refrescos; los muchachos hicieron una pausa, aunque sólo estaban en el segundo *inning* y volvieron al juego.

El cielo seguía estando gris, aunque hacía una temperatura de unos treinta y cinco grados y la incómoda humedad resultaba molesta. Pero esto no constituía un obstáculo para los muchachos. Gritaban y jugaban, bateaban y corrían, se agitaban en los bancos, volvían al campo y discutían sobre los turnos o los que habían mantenido demasiado tiempo su posición; pero en general, estaban más bien avenidos que la mayoría de los equipos de la Pequeña Liga. Se gastaban bromas, como cuando Sperling insistió en lanzar y cedió en cinco carreras en el cuarto *inning*, y eran frecuentes las chanzas, pero los chicos y las dos muchachas se tomaban en serio el béisbol y lo jugaban con la muda concentración y perfección de un poema.

Era el rico sur contra el norte de la baja clase media, aunque ninguno de los chicos se daba cuenta de ello, y empezaron los del norte. Castanatti bateó bien y consiguió cuatro de las seis carreras de su equipo en el primer juego, pero Donna Lou burló a la mayoría de los otros bateadores, y Mike, Dale y Gerry Daysinger tuvieron un buen día, marcando al menos cuatro carreras cada uno. Al final del segundo juego, el equipo de Mike había ganado por 15 a 6 y 21 a 4. Entonces cambiaron de jugadores y empezaron el tercer juego.

Probablemente no habría ocurrido nada si Digger Taylor, McKown y otros dos muchachos no hubiesen acabado jugando todo este tiempo en el equipo de Donna Lou. Eran tres *innings*, ella había lanzado en veintiún *innings* seguidos y tenía el brazo tan fuerte como siempre cuando eliminó a Chuck Spérling por milésima vez, y el equipo de Mike trotó hacia el banco. Lawrence fue el primero en levantarse, y los demás se reclinaron contra los alambres de la valla del fondo y alargaron las piernas: diez elementos iguales con tejanos desvaídos y camiseta blanca de manga corta. Sandy se había cansado de jugar y había abandonado cuando llegaron Becky Cramer y dos de sus amigos: Donna Lou era la única chica que quedaba.

-Es una lástima que no podamos distinguir los equipos -dijo Digger Taylor.

Mike se enjugó el polvoriento sudor de la frente con la camiseta.

-¿Qué quieres decir?

Taylor se encogió de hombros.

-Quiero decir que es una lástima que todos parezcamos iguales. Los dos equipos, naturalmente.

Kevin carraspeó y escupió con su característico estilo remilgado.

-¿Crees que necesitamos uniformes o algo parecido?

La idea era descabellada. El equipo de la Pequeña Liga de la ciudad tenía sólo camisetas sin numerar, y la insignia se desvanecía después de una docena de lavados.

-No -dijo Taylor-. Sólo pensaba en camisetas y pieles.

-Ah, sí -dijo Bob McKown, un muchacho que vivía en una destartalada casa de cartón alquitranado próxima a la destartalada casa de cartón alquitranado de Daysinger-. De todos modos, tengo demasiado calor. -Se quitó la camiseta de manga corta-. ¡Eh, Larry! -gritó a Lawrence-. ¡Ahora somos de la misma piel! ¡Quítate la camiseta o vete del campo!

Lawrence miró con irritación al muchacho mayor por haber empleado el nombre prohibido, pero se quitó la camiseta de talla siete y salió a batear. La flaca y pequeña espina dorsal sobresalía de la pálida piel de la espalda, como escamas de un estegosaurio en miniatura.

-¡Sí que hace calor! -gritó uno de los gemelos Fussner, y ambos se quitaron las camisetas.

Los dos tenían barriguitas abultadas.

McKown se golpeó el pecho desnudo y se volvió a Kevin, que estaba sentado a su lado.

-¿Te quitas la camiseta o te pasas al otro bando?

Kevin se encogió de hombros y se quitó la camiseta, doblándola junto a él en el banco. Tenía unas pecas pálidas en el pecho hundido

Daysinger fue el siguiente, y dio la nota al arrojar su camisa sobre la valla de atrás. Se quedó enganchada en lo alto, a cuatro metros de altura, y los muchachos del campo se mondaron de risa. Un chico de diez años llamado Michael Shoop, que era un alborotador en el colegio y un desastre en el campo de béisbol, estaba sentado junto a él; se despojó de la camiseta gris y consiguió colgarla junto a la de Daysinger en lo alto de la valla. Fue el primer buen lanzamiento que le había visto hacer Dale en todo el día.

Mike O'Rourke fue el siguiente. Pareció ligeramente disgustado, pero se quitó la camiseta. Tenía la piel tostada y los músculos bien marcados.

Dale Stewart fue el siguiente. Se había quitado ya la gorra de lana y agarrado el borde inferior de su camiseta antes de darse cuenta de quién venía después. Se detuvo un momento. Donna Lou era la última del banco. No le miraba; no parecía mirar a nadie. Llevaba unas bambas sucias, tejanos descoloridos y camiseta blanca de manga corta. Aunque la camiseta era más holgada que la mayoría de las de ellos, Dale percibió las curvas a través de ella. El cuerpo de Donna Lou se había desarrollado durante el invierno -el verano anterior la camiseta estaba tirante y lisa como las otras del equipo- y aunque no eran precisamente voluminosos, los pechos se notaban de pronto.

Dale vaciló un segundo. No sabía exactamente por qué, ya que la camiseta de Donna Lou no era su problema, pero tenía la impresión de que algo no andaba del todo bien. Había jugado a béisbol con Mike, Kevin, Harlen, Lawrence y ella en todos estos años, no con aquellos pelmazos que ahora estaban en el banco Y en el campo

-¿De qué tienes miedo? -le gritó Chuck Sperling desde la primera base, donde había sido degradado-. ¿Tienes algo que ocultar, Stewart?

-¡Sí, vamos! -gritó Digger Taylor, desde el otro extremo del banco-. Somos los pieles, Stewart.

-Cállate -dijo Dale.

Pero sintió el calor del rubor en las mejillas y detrás de las orejas. En parte para disimularlo, se quitó la camiseta. El aire era cálido, pero sentía la piel fría y pegajosa. Se volvió a mirar a Donna Lou Perry.

Ésta miró al fin a los demás. Lawrence había bateado y ahora se detuvo junto al extremo del banco. Era todo costillas y polvo, con las muñecas y el cuello cómicamente más oscuros que el torso, cuando se detuvo con el bate sobre el hombro y el ceño fruncido ante el súbito silencio. Nadie se levantó para entrar en el círculo. Ninguno de los del campo hizo el menor ruido. El banco estaba en silencio, con todas las cabezas vueltas hacia Donna Lou. Estaban sentados allí Taylor, Kevin, Bill, Barry, McKown, Daysinger, Michael Shoop, Mike y Dale, nueve juegos de tejanos, bambas y torsos desnudos.

-Vamos -dijo Digger Taylor a media voz. Había algo extraño en su tono-. Somos pieles, Perry. Quítate eso.

Donna Lou le miró fijamente.

Librodot

-Sí -dijo Daysinger. Dio un codazo a Bob McKown-. Vamos, Donna Lou. ¿Estás o no con el equipo?

Llegó una ráfaga de viento desde el centro del campo y levantó una nubecilla de polvo más allá de Castanatti, en el montículo del lanzador. El no se movió. Nadie dijo nada en el campo.

-Vamos -dijo Michael Shoop, con aquella voz que parecía el zumbido de un insecto-, date prisa, antes de que te sancionen por pérdida de tiempo.

Nadie le corrigió observando que confundía el reglamento del fútbol con el del béisbol. Nadie dijo nada. Dale estaba tan cerca de Donna Lou que su codo casi tocaba el de ella -lo había tocado sin advertirlo un momento antes-, y de pronto la miró a los ojos y se dio cuenta de que eran azules y se estaban llenando de lágrimas. Tampoco ella decía nada; sólo estaba sentada allí, con su viejo guante de primera base todavía en la mano derecha, y con la izquierda -la que usaba para lanzar- contraída en un puño débil en el centro de aquél.

-Vamos, Perry, date prisa -dijo Digger. Ahora su voz tenía otro tono, más duro, más malicioso-. Quítatela. No nos importa lo que haya debajo. Ahora somos pieles. O estás con nosotros o te vas del equipo.

Donna Lou siguió sentada allí durante unos instantes de un silencio tan profundo que Dale podía oír el susurro de los maizales al norte de ellos. En alguna parte, muy arriba, un halcón lanzó un grito suave. Dale pudo ver las pecas en el puente de la naricita de Donna Lou, el sudor de su frente, a la sombra de la gorra de lana azul, y los ojos.... muy azules y muy brillantes que le miraban, al igual que a Mike y a Kevin. Dale percibió una pregunta o una súplica en aquella mirada, pero no supo exactamente qué era.

Digger Taylor iba a decir algo más, pero cerró la boca al levantarse la muchacha.

Donna Lou permaneció allí de pie un segundo; después fue a buscar su pelota y su bate donde los había dejado, junto a la valla. Y se marchó. Sin mirar atrás.

-¡Mierda! -dijo Chuck Sperling desde la primera base, y dirigió una sonrisa afectada a su amigo Taylor.

-Sí -dijo Digger con una sonrisa-. Pensé que hoy íbamos a ver unas lindas tetitas.

Michael Shoop y los gemelos Fussner se echaron a reír.

Lawrence miró a su alrededor, frunciendo el ceño y sin acabar de comprender.

-¿Ha terminado el partido?

Junto a Dale, Mike se levantó y se puso la camiseta.

-Sí -dijo, con un tono de voz cansado y de disgusto-. Ha terminado.

Cogió el guante, el bate y la pelota y se dirigió hacia la valla de detrás de la casa de Dale.

Dale se quedó allí sentado, con una sensación extraña, de excitación y de tristeza al mismo tiempo, como si se hubiese quedado sin aliento. Sentía también como si hubiese ocurrido algo importante que le había pasado inadvertido, algo que había pasado de largo junto a él y junto a Lawrence, pero que le había producido una impresión otoñal, de terminación, como cuando acababa la feria de los Viejos Colonos en agosto y seguía adelante, dejando tan sólo la temida reanudación del curso escolar. Sintió un poco de ganas de reír y un poco de ganas de llorar, sin saber cuál era la causa de ambas emociones.

-¡Marica! -gritó Digger Taylor a Mike.

Mike no se volvió. Arrojó sus trastos por encima de la valla, se agarró al poste, saltó con facilidad por encima del vallado, recogió sus cosas y cruzó el patio para desaparecer en la sombra de los olmos cerca del camino de entrada de la casa de Dale.

Dale permaneció sentado, esperando una pausa entre los *innings* para decirle a Lawrence que tenían que irse a casa, aunque todavía no era la hora de comer. El cielo se había puesto de un gris más oscuro y monótono, ocultando el horizonte en una neblina y absorbiendo la luz de la tarde. El juego prosiguió.

Anochecía cuando vino Duane.

Librodot

Dale había comido ya y estaba tumbado en su cama, en el piso de arriba, leyendo una vieja historieta de Scrooge McDuck bajo la luz menguante, dándose apenas cuenta de la llegada del crepúsculo y del rico aroma de césped recién segado en la brisa, cuando Mike le llamó desde el jardín de delante.

-¡Oooeee!

Dale saltó de la cama e hizo bocina con las manos.

-¡Eeeooo!

Bajó corriendo la escalera, cruzó la puerta de la entrada y saltó sobre los cuatro escalones del porche.

Mike estaba plantado allí, con las manos en los bolsillos.

-Duane está en el gallinero.

Mike no había traído su bici, por lo que Dale dejó la suya en el patio lateral. Ambos bajaron trotando por Depot Street.

-¿Dónde está Lawrence? -preguntó Mike, mientras corría.

Respiraba con naturalidad.

-Fue a dar un paseo con mamá y la señora Moon.

Mike asintió con la cabeza. La señora Moon tenía ochenta y seis años, pero todavía le gustaba dar un paseo al anochecer. La mayoría de las personas del barrio se turnaban para acompañarla cuando su hija, la señorita Moon, la bibliotecaria, no podía hacerlo.

El jardín de atrás de la casa de Mike era una masa de sombras proyectadas por los grandes robles y olmos a lo largo de la calle, y los manzanos de detrás de la casa. Centelleaban luciérnagas en el borde del jardín de veinte áreas del señor O'Rourke. El gallinero resplandecía blanco en la penumbra, con la puerta formando un rectángulo

Negro. Dale entró antes que Mike y dejó que sus ojos se adaptasen a la oscuridad.

Duane estaba allí, junto al vacío aparato de radio. Kevin yacía en el sofá y su camiseta blanca resplandecía de un modo extraño. Dale miró a su alrededor buscando a Harlen, antes de recordar que su amigo estaba en el hospital.

Dale se inclinó para recobrar aliento, mientras Mike se plantaba en el centro de la habitación.

-Es mejor que Lawrence no esté aquí -dijo Mike-. Lo que tiene que contar Duane es bastante misterioso.

-¿Estás bien? -preguntó Dale al robusto muchacho-. ¿Cómo has venido a la ciudad?

-El viejo ha venido para ir a la taberna de Carl -dijo Duane, ajustándose las gafas. Parecía todavía más distraído que de costumbre-. Es la pura verdad -siguió diciendo-. El camión de la basura hoy ha tratado de matarme.

Su voz era suave y tranquila como de costumbre, pero a Dale le pareció advertir en ella una ligera tensión.

-Siento lo de Witt -dijo Dale-. Lawrence también lo siente.

Duane asintió de nuevo con la cabeza.

-Cuéntales lo del soldado -dijo Mike.

Duane les contó el regreso de su padre en la noche del sábado, o mejor dicho, en la madrugada del domingo, cuando había recogido en la carretera a un joven de extraño uniforme, que hacía autoestop.

Kevin cruzó las manos detrás de la cabeza.

-Bueno, ¿y qué hay de misterioso en esto?

Mike dijo que el mismo joven le había seguido por jubile College Road la noche anterior.

-Era como un fantasma -concluyó-. Yo empecé a correr..., soy un corredor bastante bueno..., pero no sé cómo, aquel hombre casi mantenía la distancia andando. Por fin le adelanté en quince o veinte metros, pero cuando me volví, junto a la torre del agua, no pude verle por ninguna parte.

-¿Estaba oscuro? -preguntó Dale.

-Aproximadamente como ahora. No tanto como para que no pudiese verle un momento antes. Incluso retrocedí hasta el recodo de la carretera, pero ésta estaba desierta en todo el trecho por el que yo había venido.

Kevin empezó a tararear el tema musical del nuevo programa de televisión llamado *The Twilight Zone*.

Dale se sentó en el desvencijado sillón de debajo de la estrecha ventana.1

-El hombre se debió de esconder en el campo, entre el maíz.

-Sí -dijo Mike-, pero ¿por qué? ¿Qué estaba haciendo?

Les habló del agujero que había visto en el cuarto de herramientas detrás del cementerio del Calvario.

Kevin se incorporó.

-¿Forzaste la puerta?

-Sí. Pero ésa no es la cuestión.

Kevin silbó entre dientes.

-Lo será, si Congden o Barney se enteran.

Mike se metió de nuevo las manos en los bolsillos. Parecía tan distraído como Duane y mucho más malhumorado que él.

-Barney es un buen hombre, pero Congden me parece un cretino. Ya le habéis visto hoy con el padre de Duane. A mí me parece que mentía en lo de Van Syke.

Dale se inclinó hacia delante.

-¿Que mentía? ¿Por qué?

-Porque está con ellos -dijo Mike-. O les ayuda.

-¿Con quiénes? -preguntó Kevin.

Mike se dirigió a la puerta y miró al exterior, sin sacar las manos de los bolsillos. La oscuridad de fuera era algo menos densa que la de dentro y recortaba su silueta en el umbral.

-Con ellos -dijo-. Con el doctor Roon. Y Van Syke. Y probablemente con la vieja Double-Butt. Con los autores de todo esto.

-Y el soldado -dijo Dale.

Duane carraspeó.

-El uniforme era igual que el que llevaban los *doughboys* durante la Primera Guerra Mundial.

-¿Qué es un *doughboy*? -preguntó Mike.

Dale y Duane le dijeron que era un soldado de Infantería.

-¿Y cuándo fue aquella guerra? -preguntó Mike, aunque ya lo sabía por los relatos de Memo.

Duane se lo dijo.

Mike se volvió en la puerta y golpeó la jamba.

-Magnífico. ¿Y qué está haciendo por aquí un tipo vestido como un soldado de la Primera Guerra Mundial?

-Tal vez dando un paseo cerca del lugar donde reside -dijo Kevin, en tono burlón.

-¿Y cuál es? -preguntó Dale.

-El cementerio.

Kevin había pretendido hacer una broma, pero la oscuridad era demasiado densa y la muerte del perro de Duane demasiado reciente. Nadie dijo nada durante un rato.

Por fin, Mike rompió el silencio.

-¿Sabéis algo acerca de Harlen?

-Sí -dijo Kevin-. Mamá estuvo en Oak Hill esta tarde y vio a su madre. Estaba comiendo en el drugstore de delante del hospital y dijo a mamá que Harlen todavía está inconsciente. Tiene el brazo hecho polvo y muchas fracturas conminutas.

-¿Tan grave está? -preguntó Dale, dándose cuenta mientras hablaba de lo estúpida que era su pregunta.

Librodot

Mike asintió con la cabeza. Tenía más medallas de primeros auxilios en los Boys Scouts que todos los que conocía Dale.

-Fractura conminuta quiere decir que el hueso se rompe en varios trozos. Es probable que atravesase también la piel.

-Ah, sí -dijo Kevin, y Dale se sintió un poco mareado al pensarlo.

-La conmoción es probablemente lo más grave -siguió diciendo Mike-. Si Harlen está todavía inconsciente, debe de estar realmente mal.

Hubo otro silencio. Un ratón o una musaraña hicieron un ruidito de carreras debajo de las tablas. La habitación estaba ahora tan oscura que Dale sólo podía ver las siluetas de los otros chicos, con la camiseta de Kevin reluciendo como nunca y la oscura camisa de Duane siendo una sombra más entre las sombras, y ahora había más luciérnagas visibles delante de la puerta y de las ventanas, brillando como ascuas en la oscuridad. Como ojos.

-Mañana iré a Oak Hill -dijo al fin Duane-. Veré cómo está Jim y os informaré del resultado.

La camiseta de manga corta de Kevin se movió en la penumbra.

-Podríamos ir todos.

-No -dijo Duane-. Vosotros tenéis cosas que hacer aquí, ¿no os acordáis? ¿Has seguido tú a Roon?

La última pregunta iba dirigida a Kev.

-He estado ocupado -gruñó Grumbacher.

-Bueno -dijo Duane-, todos lo hemos estado. Pero creo que deberíamos hacer lo que convinimos en la Cueva el sábado. Están ocurriendo cosas muy extrañas.

-Tal vez Harlen vio alguna cosa -dijo Dale-. Le encontraron en el contenedor de basura de detrás de Old Central. Tal vez estaba siguiendo a la vieja Double-Butt o algo así.

-Tal vez -convino Duane-. Mañana trataré de averiguarlo. Mientras tanto, sería conveniente que alguien vigilase a la señora Doubbet hasta que Jim se recobre.

-Yo lo haré -dijo Dale, sorprendiéndose él mismo al ofrecerse como voluntario.

La sombra de Mike dijo desde la puerta:

-Yo no encontré a Van Syke en el cementerio, pero lo pillaré mañana.

-Ten cuidado -dijo Duane-. Yo no le vi bien en el camión, pero estoy casi seguro de que era él quien lo conducía.

Los muchachos pidieron más detalles del reciente desastre. Duane lo resumió lo mejor que pudo.

-Ahora tengo que irme -dijo al fin-. No quiero que el viejo beba demasiado en casa de Carl.

Los otros tres rebulleron inquietos, alegrándose de la oscuridad.

-¿Puedo contar todo esto a Lawrence? -preguntó Dale.

-Sí -dijo Mike-. Pero no le asustes demasiado.

Dale asintió con la cabeza. La sesión había terminado y todos eran esperados en alguna otra parte, aunque nadie parecía querer marcharse de allí. Uno de los gatos de los O'Rourke entró, saltó sobre las rodillas de Dale y se enroscó, ronroneando.

Kevin suspiró.

-Nada de esta mierda tiene sentido.

Kevin casi nunca empleaba palabrotas.

Los otros no dijeron nada, reunidos allí unos momentos más en la oscuridad. Todos estaban de acuerdo en guardar silencio.

Aquella noche, Mike O'Rourke permaneció despierto en la cama, contando las luciérnagas a través de la ventana. El sueño era como un túnel, y no tenía intención de meterse en él.

Algo se movió en el jardín debajo del tilo. Mike se inclinó hacia delante, acercando la nariz al visillo y tratando de ver algo entre las hojas y los aleros del pequeño porche de la entrada.

Alguien había salido de la espesa sombra del árbol de cerca de la ventana de Memo, dirigiéndose hacia la carretera. Mike aguzó el oído para percibir las pisadas sobre el asfalto o el crujido de la grava en los bordes; pero lo único que oyó fue el sedoso susurro de las panojas de maíz.

Sólo había sido un vistazo, pero Mike había visto la sombra redonda de la copa de un sombrero. Demasiado redonda para ser un sombrero de cowboy. Más bien parecía de Boy Scout.

O el de campaña que había dicho Duane que llevaba el soldado al que había llamado doughboy.

Mike seguía en la cama junto a la ventana, palpitándole todavía el corazón, combatiendo el sueño como a un enemigo al que había que tener a raya.

11

El martes, después del trabajo de la mañana, Duane McBride decidió ir a la biblioteca. El viejo estaba despierto y sereno, y con el malhumor que solía traer consigo aquella combinación. Duane entró en su taller para decirle que iba a salir.

-¿Has hecho todas las tareas? -gruñó su padre.

Estaba trabajando en el modelo más nuevo de su «máquina de aprender». El taller del viejo había sido años atrás el comedor de la familia; pero desde que Duane y su padre comían en la cocina –cuando lo hacían juntos, que era en raras ocasiones-, el viejo había convertido el comedor en taller. Media docena de puertas sobre caballetes hacían las veces de mesas macizas, la mayoría de las cuales estaban llenas de variaciones sobre la máquina de aprender u otros prototipos.

El viejo era un verdadero inventor; tenía cinco patentes registradas, aunque sólo una de ellas, la alarma automática del buzón de correo, le había proporcionado algún dinero. La mayoría de sus inventos eran tan poco prácticos como la máquina de aprender en la que ahora estaba trabajando: una maciza caja de metal con manivelas, una pantalla, botones, rendijas para introducir tarjetas, y luces variadas. Aquel aparato revolucionaría la educación. Cuando estuviese debidamente programado con rollos del adecuado material de preguntas y las necesarias tarjetas perforadas de respuestas, la máquina podría proporcionar horas de instrucción sobre materias a elegir y de enseñanza privada. El problema, según había observado repetidamente Duane, estaba en que cada máquina de aprender costaría casi mil dólares, con el necesario material impreso, y en que era un procedimiento mecánico.

Duane había argüido largamente que los ordenadores harían algún día este trabajo, pero su padre aborrecía la electrónica tanto como la adoraba él. «¿Sabes lo grande que tendría que ser un ordenador para realizar las más sencillas tareas de enseñanza autónoma?», preguntaba su padre. «Tan grande como Texas», respondía Duane. «Y cada hora se necesitarían todas las Cataratas del Niágara para enfriarlo.» Aunque enseguida añadía: «Pero esto se hará con tubos al vacío, papá. Ahora se hacen cosas extraordinarias con los transistores y los resistores.»

El viejo gruñía y volvía a su trabajo sobre un nuevo modelo de máquina de aprender. Duane tenía que admitir que estas máquinas eran divertidas -había seguido todo un curso de ciencia política en una de ellas cuando tenía ocho años-, pero eran feas e imponentes. Sólo se había vendido una, hacía casi cuatro años, al Distrito Escolar de Primfield, y el tío Art conocía al encargado de compras. Mientras tanto, los modelos seguían llenando las mesas del taller y ocupando espacio en los pasillos y en las habitaciones vacías del piso de arriba.

Duane se imaginaba esto como un pasatiempo; el proyecto de máquina de aprender de movimiento continuo no era tan nocivo como el centro comercial rural de servicio en las veinticuatro horas del día que había tratado de explotar el viejo a mediados de los años cincuenta. Había habido dos tiendas en el «centro comercial»: una quincallería y el múltiple OmniMart del viejo, que vendía principalmente pan y leche; pero el viejo había sido el único encargado de las entregas, recibiendo llamadas en su casa a altas horas de la noche y viajando

en cualquier momento por carreteras de tierra y de grava, para llevar una hogaza de pan a las cuatro de la mañana a alguna vieja dama de Knox County que quería que cargase el importe en la tarjeta de crédito de OmniMart.

El tío Art, que había dirigido la quincallería, se alegró tanto como Duane de la extinción de aquella empresa. El viejo aún sostenía que había tenido razón en lo referente a los «centros comerciales» -¡sólo había que mirar el Centro Sherwood de nueve pisos, en Peoria!-, pero se había adelantado a su tiempo. El viejo predecía que, algún día, los centros comerciales serían enormes establecimientos, docenas de tiendas especializadas bajo un solo techo de cristal, como las galerías que había visto en Italia después de la guerra. La mayoría de la gente le escuchaba y preguntaba «¿Por qué?», con expresión desconcertada; pero Duane y el tío Art habían aprendido a asentir con la cabeza y a guardar silencio.

-¿Has hecho las tareas? -repitió el viejo.

Duane se distrajo por un momento de su contemplación de las máquinas de aprender.

-Sí. Pensaba ir a la biblioteca.

El viejo le miró y dejó que sus gafas de trabajo resbalasen sobre la nariz.

-¿A la biblioteca? ¿Por qué hoy? ¿No fuiste el sábado?

-Sí. Pero me olvidé de mirar si tenían un manual de reparaciones de motores pequeños.

El viejo frunció el entrecejo. La bomba del viejo molino necesitaba una reparación.

-Creí que ya lo sabías todo sobre esta materia.

Duane se encogió de hombros.

-Aquel motor es viejo. Lo instalaron antes de la electrificación rural. Si he de hacer algo que no sea cambiar las correas y los cepillos, voy a necesitar un manual.

El viejo desenfocó la mirada y Duane pudo imaginar lo que estaba pensando: le había impresionado que el camión tratase de matar a su chico el día anterior -cuando había enterrado a Witt por la tarde, a Duane le había parecido ver lágrimas en los ojos del viejo..., aunque el viento soplaba fuerte y levantaba arena que podía haberlos irritado-, pero por otra parte no podía tener encerrado a Duane en casa durante todo el verano, ni hacer que le acompañase siempre en la camioneta.

-¿Puedes ir allí sin seguir la carretera?

-Sí, es fácil -dijo Duane-. Atajaré a través de los pastos del sur y caminaré por la orilla de los campos de Johnson.

El viejo volvió a mirar la serie de mecanismos y poleas que estaba montando.

-Está bien. Pero vuelve a casa antes de la hora de cenar, ¿entendido?

Duane asintió con la cabeza. Preparó un par de bocadillos de morcilla ahumada en la cocina y los metió en una bolsa grasienta. Se colgó del cinturón un termo de café por el asa de la taza, se aseguró de que llevaba la libreta y la pluma en el bolsillo, y salió rápidamente. Había dado cuatro pasos en dirección al granero para despedirse de Witt, cuando recordó lo sucedido. Se ajustó las gafas y cruzó la verja, encaminándose hacia el pasto del sur, tal como había dicho al viejo.

Iría por los campos de Johnson hacia el oeste, hasta la vía del ferrocarril. En esto no había engañado a su padre. Pero tampoco le había dicho exactamente la verdad: la biblioteca a la que se encaminaba no era la pequeña de Elm Haven, que estaba a menos de tres kilómetros y medio de distancia, sino la de Oak Hill, que estaba a más de trece yendo por caminos vecinales y a más de dieciséis si iba por donde pensaba ir.

Duane caminó contoneándose, como solía hacer para andar largas distancias, con el termo golpeando su pierna izquierda a cada dos pasos y con las bambas negras asustando a los saltamontes entre las altas hierbas.

Brillaba el sol y hasta ahora era la mañana más caliente del verano. Duane desabrochó los dos botones de arriba de su camisa de franela y pensó en silbar una tonadilla mientras andaba.

Decidió no hacerlo.

La mejor manera de ir a Oak Hill desde la casa de Duane habría sido dirigirse hacia el norte por la Seis del condado, hasta el cruce con la carretera sin número y cubierta de grava

Librodot

que pasaba por el norte de la finca Barminton, y seguir por ésta hacia el oeste hasta su confluencia con la 626, mas conocida como Oak Hill Road, y entonces caminar por ella siete kilómetros hasta la ciudad. Pero esto significaba ir por carreteras.

Cruzó rápidamente la primera al norte de Elm Haven -era la carretera de grava que se dirigía al sur para convertirse en la Primera Avenida- y entonces atajó a través del bosque de silos de metal que se alzaba al norte de los campos de deportes de la población. Una hilera de pinos que se extendía hacia el oeste desde la torre del agua le tapaba la vista, de manera que no pudo saber si sus amigos estaban jugando a béisbol aquel día.

Al oeste de allí, anduvo de nuevo hacia el norte, para evitar la ciudad y la parte alta de Broad Avenue.

Al terminar Catton Road tenía que seguir un estrecho camino entre arbustos hasta la vía del ferrocarril pero no podía imaginarse al camión de la basura abriéndose paso entre las ramas y los matorrales que allí había. Se dio cuenta de que estaba a sólo unos pocos cientos de metros de la fábrica de sebo, que era el sitio del que había dicho Congden que había sido «robado» el camión, pero el bosque era aquí tan espeso que Duane no podía ver siquiera el tejado metálico (el terraplén del ferrocarril era un alivio después de todo aquello) y Duane redujo el paso para descolgar el termo y tomar café. No se detuvo para beber, y se salpicó la camisa y los pantalones. Bueno, los pantalones eran casi del mismo color.

Olió el aroma fétido del basurero antes de verlo, y en el mismo instante vio el sórdido apiñamiento de casas junto a la entrada sur de aquél. Cordie vivía en una ellas, si se podía llamar casas a aquella serie de barracones de escoria y cartón alquitranado, pero Duane sabía que una de ellas era. Algo se movió entre los matorrales de la línea férrea; pero aunque Duane miró por encima no vio nada.

Podía ser un animal.

Caminó rápido, con las montañas de basura y los montones de desperdicio claramente visibles a través de la línea de los árboles, y cruzando después el bajo puente sobre lo que a cinco kilómetros de allí, se convertiría en el Arroyo de los Cadáveres. Tuvo suerte; el viento soplaba desde el norte, de manera que, una vez dejado atrás el vertedero, era como si no hubiese existido.

Desde allí sólo tenía que andar once kilómetros a través de los campos y bosques de Creve Coeur County, y Duane los hizo en poco más de dos horas.

Oak Hill era más de tres veces mayor que Elm Haven, con una población de casi 5.500 habitantes. Tenía un pequeño hospital y también una biblioteca mayor que un gallinero, una pequeña fábrica en las afueras, un juzgado de condado y un barrio suburbano: tenía de todo.

Duane se apartó de la vía al torcer el terraplén del ferrocarril hacia el este para esquivar la población. No le importó caminar por las calles flanqueadas de árboles de Oak Hill, aunque cada vez que un coche o un camión doblaba una esquina detrás de él miraba rápidamente por encima del hombro y echaba también una ojeada a los portales de los que pudiese alejarse corriendo.

Se detuvo en el jardín de delante del juzgado, a la sombra de un roble y de un cañón de bronce, para comer sus bocadillos de morcilla y terminar el café. Tenía calor. La temperatura no bajaría de los treinta y cinco grados, pero la camisa de franela no se pegaba a su cuerpo.

Cuando hubo terminado, se colgó el termo del cinturón y se dirigió al hospital, que estaba en el lado sur de la plaza.

La señora se apellidaba Alnutt, según la placa verde distintiva, y su mesa estaba plantada firmemente en medio del único pasillo que conducía a las salas, y la mujer era implacable.

-No puedes entrar -dijo en su tono áspero de vieja solterona. El olor a polvos de talco y a piel vieja llegó hasta Duane impulsado por el ventilador del techo-. Eres demasiado pequeño.

Duane asintió con la cabeza.

-Sí, señora. Pero Jimmy es mi único primo y su mamá dijo que podía venir a verle.

La señorita Alnutt sacudió la cabeza en lo que podía ser un gesto de despedida.

-Eres demasiado pequeño. Nadie de menos de dieciséis años puede entrar en el ala de los pacientes. Sin excepción. -Le miró a través de las gafas de media luna-. Además, no se permite entrar comida ni bebida de fuera en las habitaciones de los enfermos.

Duane miró su termo y lo soltó rápidamente del cinturón.

-Sí, señora. Puedo dejarlo aquí. Yo sólo quiero ver a mi primo durante un minuto o dos; le prometo que sólo le echaré una mirada y volveré enseguida.

La señorita Alnutt hizo un vivo movimiento con la muñeca surcada de arrugas.

La primera vez había preguntado por Harlen. Ahora dijo a la mujer si podía ocupar el teléfono. Se lo señaló.

-Gracias, señora -y se volvió para dirigirse al vestíbulo. El único teléfono de pago estaba en el pasillo de la sala de espera. El único teléfono que había visto en el vestíbulo estaba sobre la mesa de recepción, a veinte pasos más allá de aquel pasillo y al otro lado de la mujer.

No la mandaron llamar por un botones. Una de las enfermeras del vestíbulo se acercó a la señorita Alnutt, le murmuró algo al oído y la acompañó cuando ésta salió corriendo a otra parte.

Duane pasó junto a la mesa ahora vacía, entró en la sala de pacientes, y por segunda vez aquel día resistió el impulso de silbar.

Después de desayunar, Dale Stewart cogió los prismáticos de su Padre y salió por Depot Street hacia la estación y después siguiendo la línea férrea.

Dale sentía que todo aquel lado del pueblo le ponía los pelos de punta: Congden vivía por ahí, cerca de la casa de Harlen. Los bosques próximos al vertedero aún eran peores.

La destartalada casa de J. P. Congden estaba en la misma manzana que la de arlen, pero el Chevy negro no se hallaba donde solía estar aparcado, ~ nada se movía en el herboso patio de atrás. Dale no tenía miedo al juez de paz, aunque el viejo tipo le había atemorizado bastante ayer; pero temía al hijo delincuente juvenil de J. P.. C. J. Todos los muchachos de la población tenían miedo a C. J. y la mayoría de los chicos podía reprochárselo.

Congden era como un prototipo de historieta de lo que tenía que ser el matón de una ciudad pequeña: corte de pelo a un estilo que parecía como si una enfermedad tropical estuviese royéndolo, camiseta con una quemadura de cigarrillo en la manga corta, delgado pero musculoso, con manos grandes y ruines; pantalón mugriento, ceñido tan abajo que los muchachos que le veían caminar casi esperaban que asomase en cualquier momento el miembro por encima del cinturón; botas de mecánico gruesas y claveteadas, que arrancaban chispas del cemento cuando caminaba arrastrando los pies. Una cajita de rapé en el bolsillo de atrás y una navaja plegada en el de delante... En una ocasión, Dale había comentado a Kevin que C. J. Congden debía de tener algún Manual de Matón por el que guiarse.

Pero Dale no gastaba bromas sobre C. J. cuando podían oírle o repetirlas. Cuando los Stewart se trasladaron a Elm Haven desde Peoria, hacía cuatro años, Dale ingresó en el tercer curso y Lawrence en el primero. Dale cometió el error de llamar la atención a C. J. Congden tenía entonces doce años y todavía estudiaba quinto, pero rondaba por los patios de recreo de los niños como un tiburón entre bancos de peces

Después de la segunda paliza en el patio de recreo, Dale había pedido ayuda a su padre. Su padre le había dicho que todos los matones eran cobardes; que si se les plantaba cara se echaban atrás. Al día Siguiente, Dale le había plantado cara a C. J.

Aquel día, Dale había perdido dos de sus dientes de leche y se le habían aflojado varios de los permanentes. Durante tres días le sangró a ratos la nariz, y aún tenía una cicatriz en la cadera, donde C. J. le había dado una patada después de caer él y retorcerse en el suelo. Desde aquel día, Dale no había confiado tanto en los consejos de su padre.

Dale probó el soborno. Congden aceptaba los dulces y el dinero del almuerzo, y seguía atizándole. Entonces trató de ser uno de sus partidarios, llegando al extremo de pavonearse en

el patio de recreo como uno más de su pandilla de aduladores. Congden le daba una paliza al menos una vez a la semana, por cuestión de principios.

Para empeorar las cosas, el único auténtico amigo de Congden, Archie Kreck, iba a la clase de Dale. Archie habría sido el matón del pueblo si Congden no hubiese existido: vestía igual que éste, llevaba las botas claveteadas, era bajo, vigoroso y ruin; parecía un poco el hermano gemelo malo de Mickey Rooney, y tenía un ojo de cristal.

Nadie sabía cómo había perdido Archie su ojo natural. En el patio de recreo circulaba el rumor de que C. J. Congden se lo había saltado con una navaja, como parte de una extraña iniciación, cuando Archie tenía sólo seis o siete años... Pero el ojo de cristal, que era el izquierdo, se empleaba sólo para producir efecto. A veces, cuando la señora Howe recitaba una lección de geografía, Archie se sacaba aquel ojo, lo colocaba en la ranura de los lápices, en la parte delantera de su pupitre, y fingía dormitar mientras su ojo vigilaba.

Dale se había reído la primera vez que había visto esto, pero Archie había esperado a que el director terminase con él, y cuando Dale se dirigía al retrete de los chicos (o BOY'S, según el rótulo de Old Central), había saltado sobre él. Archie había sujetado la cara de Dale dentro del urinario mientras fluía el agua cinco veces, invitándole a que se riese de nuevo. Aquel día, al terminar las clases, Archie y C. J. le estaban esperando juntos en la orilla del patio de recreo. Dale nunca había corrido tan rápido, volando por el callejón de detrás de la casa de la señora Moon, cruzando el gallinero de Mike, volviendo atrás por el jardín de Grayson, atravesando después la calle a toda velocidad hasta su casa, y llegando a la puerta dos segundos antes que los dos dobermans humanos con botas de mecánico

Le habían atrapado dos días más tarde y molido a patadas. A pesar de lo que dicen los padres y las madres no comprenden, no hay manera de librarse de los brutos. Y éstos dos eran de primera clase.

Dale se alegró de haber dejado atrás la casa de Congden: C. J. no tenía coche propio y su padre no le dejaba conducir el potente Chevy, pero Dale le había visto conducir muchos coches de sus «amigos». Fue maravilloso cuando el matón del pueblo empezó a conducir; de este modo no andaba por las calles.

La casa de Harlen estaba tres puertas más abajo, exactamente a cien metros de la vieja estación. Dale detuvo su bici delante del pórtico y llamó a la puerta; pero la casa parecía cerrada y silenciosa, y nadie acudió a abrir. Todavía mirando calle abajo, para asegurarse de que no apareciesen de pronto C. J. y Archie, Dale remolcó su bici calle abajo. El estuche de cuero de los prismáticos de su padre rebotaba sobre su pecho al caminar.

Había dos maneras de llegar a la casa de Cordie Cooke: empujar la bicicleta sobre el terraplén del ferrocarril y a través de los matorrales hasta la carretera cubierta de grava que conducía al vertedero, o dejar la bici en alguna parte y caminar por la vía.

A Dale no le gustaba dejar su bici en esta parte de la población (una vez Lawrence había echado la suya en falta durante dos semanas, hasta que Harlen la había encontrado en el huerto de detrás de la casa de Congden), pero también recordaba el juego de pillapilla de Duane con el camión.

Dale dejó la bicicleta entre los matorrales de detrás de la estación, cubriéndola con ramas para ocultarla completamente. Miró con los prismáticos para asegurarse de que C. J. no estaba acechando en alguna parte, y caminó cautelosamente por el oeste del terraplén hasta que hubo pasado por delante del elevador de grano. Entonces cogió una rama y caminó por la vía de la derecha, silbando y arrojando piedras a los campos. No le preocupaban los trenes: aquella línea se utilizaba raras veces; en ocasiones transcurrían semanas entre el paso de dos trenes de mercancías, según Harlen, que vivía cerca de la vía férrea. Más allá de Catton Road desaparecían los árboles, a excepción de los álamos de la orilla del riachuelo, y de ocasionales arboledas entre los campos. Dale empezó a preguntarse qué iba a hacer. ¿Y si alguien le sorprendía observando la casa de los Cooke con los gemelos? ¿Estaba esto prohibido por la ley? ¿Y si le pillaba el padre borracho de Cordie, o se daba de manos a boca con uno de los otros tiparracos que vivían cerca del vertedero? ¿Y si rompía los prismáticos?

Librodot

Dale sacudió los matojos con el palo y siguió andando, sujetando el estuche de cuero con una mano.

«Esto es una locura.»

Vio el tejado de la fábrica de sebo a la izquierda, pero ningún camión de la basura rojo salió de entre los arbustos para atropellarle. Entonces percibió el olor del vertedero y vio la barraca de Cordie entre los árboles.

Dale se apartó del terraplén y descendió por un terreno fangoso cubierto de hierba, adentrándose en el arbolado más espeso. La casa distaba casi cien metros, por lo que se sentía bastante seguro en el bosque. Nadie podía verle desde la carretera del vertedero o desde la vía férrea a su espalda. Sería difícil que alguien se le echase encima sin que él lo advirtiese debido a las ramas secas de su alrededor. Se instaló en un sector cerrado, entre dos árboles y un frondoso arbusto, enfocó los gemelos a la casa de Cordie, y esperó.

La casa de Cordie era una porquería. Era tan pequeña que costaba creer que cuatro adultos (dos tíos de ella vivían allí) y un puñado de chiquillos pudiesen habitar en ella. La casa hacía que la choza de Daysinger y la ratonera de Congden pareciesen palacios.

Tres viejas barracas estaban en la hondonada próxima a la verja del vertedero. La de Cordie era la peor, y todas eran horribles. Se alzaban sobre bloques de escoria, pero la de ella parecía haberse caído y la parte de atrás estaba inclinada de lado como una barca varada después de una tormenta. La hierba crecía espesa y verde en la orilla del bosque y junto al riachuelo, a treinta metros detrás de la casa, pero el patio era de tierra apisonada humedecida sólo por unos hondos charcos de fango. Había chatarra desparramada por todas partes.

Como a la mayoría de los chicos, a Dale le gustaba la chatarra. Si el vertedero no hubiese tenido tantas ratas y vecinos como los Cooke y los Congden, él y los otros muchachos habrían frecuentado este lugar para jugar, cavar, explorar y recoger trastos viejos. Tal como estaba la situación, la Patrulla de la Bici pasaba más tiempo buscando cosas tiradas en las calles y callejones de la población los días de recogida que en cualquier otra actividad. Los trastos viejos estaban limpios. La gente siempre tiraba las cosas más limpias. Una vez, Dale y Lawrence habían encontrado un casco de tanquista, almohadillado, de cuero auténtico y con una inscripción en alemán en su interior, y Lawrence lo había empleado desde entonces en los partidos de fútbol. En otra ocasión, Dale y Mike habían encontrado un gran lavabo que habían llevado al gallinero de Mike, antes de que la señora O'Rourke les ordenase a gritos que se lo llevasen de allí.

Los trastos viejos eran limpios. Pero no éstos. Detrás de la casa de Cordie había muelles oxidados, retretes rotos -aunque Dale estaba seguro de que Cordie había dicho una vez que tenían un retrete exterior-; parabrisas de automóvil con trozos de cristal roto asomando entre las matas; herrumbrosos accesorios de automóvil, que parecían órganos de algún robot monstruoso; cientos de botes de hojalata, con las afiladas tapas levantadas como hojas de sierras circulares; triciclos rotos que parecían haber sido aplastados por un camión al pasar varias veces por encima de ellos; muñecas tiradas, con moho en la sonrosada carne de plástico y ojos muertos mirando al cielo. Dale pasó al menos diez minutos inspeccionando el terreno lleno de trastos de detrás de la casa de Cordie, antes de bajar los prismáticos y frotarse los ojos. «¡Qué diablos hacen con toda esa basura!»

Dale descubrió que espiar era un trabajo muy aburrido. Al cabo de media hora tenía las piernas entumecidas, se deslizaban insectos sobre él, el calor le producía dolor de cabeza, y lo único que había visto era la madre de Cordie descolgando la ropa lavada de la cuerda -las sábanas parecían grises y manchadas- y gritando a los dos pequeños y mugrientos Cooke, que se estaban salpicando el uno al otro en el charco de barro más hondo, mientras se pellizcaban la nariz y enjugaban los dedos con los pantalones cortos.

No había señal de Cordie. Ni de nada de lo que estaba buscando. Pero ¿qué estaba buscando? Bueno, Mike podía encargarse de esto, si quería vigilar a Cordie Cooke.

Dale estaba a punto de dar por terminada su tarea cuando oyó pisadas en el terraplén de la vía férrea. Se agachó y cubrió los prismáticos con una mano, para que no brillase el sol en las

lentes, y trató de ver de quien se trataba. Vio unos pantalones de pana entre las hojas, y unas piernas que caminaban con un contoneo que le era familiar.

«¿Qué diablos está haciendo Duane aquí?»

Dale corrió para cambiar de posición, haciendo ruido en los matorrales, pero la vía férrea trazaba una curva y se perdía de vista a treinta metros hacia el norte, y cuando Dale llegó a un lugar desde el que podía ver algo, no había ya nada que ver

Empezó a retroceder hacia su puesto de observación, pero un movimiento de algo gris entre los árboles de delante de él hizo que se pusiese a cubierto y utilizase los gemelos.

Cordie caminaba resueltamente entre los árboles, en dirección a la vía férrea. Llevaba una escopeta de dos cañones.

Dale sintió que le flaqueaban las rodillas. ¿Y si ella le había visto? Cordie estaba loca; esto no era un insulto, sino solamente un hecho. El año anterior, en el quinto curso, había un nuevo profesor de música, un tal señor Aleo de Chicago, que a ella no le gustaba, y Cordie le escribió una carta diciendo que iba a azuzar a sus perros contra él y que le arrancaría los brazos y las piernas y otras cosas. Había leído la carta a los de su clase en el patio de recreo, antes de entrar para dársela a él.

Probablemente fue lo de las «otras cosas» que serían arrancadas lo que le valió el suspenso. El señor Aleo dimitió de Elm Haven y volvió a Evansville antes de que terminase el año escolar.

Cordie estaba loca. Esto era cierto. Si había visto a Dale, podía darle fácilmente caza para asesinarle.

Dale se tumbó de bruces entre las hierbas, tratando de no respirar, tratando de no pensar siquiera, ya que creía que los locos eran telepáticos.

Cordie no miró hacia la derecha ni hacia la izquierda al caminar entre los árboles y subir al terraplén, a unos quince metros más al sur del sitio por el que había bajado Dale, y empezó a andar en dirección a la ciudad. La escopeta era mayor que ella, y la llevaba sobre un hombro como hubiese podido hacerlo un soldado enano.

Dale esperó hasta que se perdió de vista, y entonces empezó a seguirla, teniendo buen cuidado de que ella no pudiese verle. Estaban a medio camino del pueblo, entre la fábrica de sebo y el elevador de grano abandonado, y Cordie caminaba todavía a unos sesenta metros delante de él, sin mirar nunca atrás ni a ningún lado, pasando de una traviesa a otra como un muñeco de cuerda con un sucio vestido gris, cuando de pronto él llegó a un recodo y ella se perdió de vista.

Dale vaciló, observó la vía férrea y el bosque de enfrente con los prismáticos, y levantó cautelosamente la cabeza para ver si ella había entrado en el bosque del lado este de la vía.

Una voz conocida dijo detrás de él:

-¡Oh, si es el maldito niño Stewart! ¿Te has perdido, mocoso?

Dale se volvió despacio, sosteniendo todavía los gemelos de su padre.

C. J. y Archie estaban allí, a menos de tres metros de él. Había estado tan atento a que Cordie no le viese ni oyese, que nunca había mirado atrás.

Archie iba descamisado, con un pañuelo rojo atado alrededor de la frente del que sobresalían los cabellos grasientos. Tenía la cara gorda congestionada, y el ojo de cristal brillaba bajo la luz de la mañana avanzada C. J. estaba con un pie sobre la vía y el otro sobre la carbonilla del lado derecho. Su actitud le hizo pensar en un cazador blanco granujiento en un safari. A ello contribuía el rifle que sostenía sobre el antebrazo.

«¡Dios mío!», pensó Dale. Sintió de pronto tan débiles las piernas que no creyó que pudiese correr si tenía oportunidad de hacerlo. «¿Qué es esto? ¿El Día Nacional de la Caza?» Se imaginó que lo había dicho en voz alta, tan tonto sonaba aquello. Se imaginó que C. J. y Archie se reían, que tal vez uno de ellos le daba palmadas en la espalda y que los dos se volvían en redondo, dirigiéndose al vertedero para cazar ratas.

-¿De qué coño te ríes, mocoso? -gritó C. J. Congden, hijo único del juez de paz de Elm Haven.

Levantó el rifle y apuntó directamente a la cara de Dale desde tres metros de distancia. Se oyó un chasquido, al ser soltado el seguro o tal vez levantado el percutor.

Dale trató de cerrar los ojos, pero ni siquiera esto pudo conseguir. Se dio cuenta de que estaba resguardando los prismáticos para que la bala no los rompiese al clavarse en su pecho. Sintió una necesidad tan fuerte de esconderse detrás de algo como la de orinar cuando uno va no puede aguantar más..., pero sólo podía esconderse detrás de sí mismo.

La pierna derecha de Dale empezó a vibrar ligeramente. El corazón le palpitaba con tal fuerza que parecía haberle dejado sordo; C. J. decía algo, pero no podía oírlo.

Congden avanzó dos pasos y apoyó la boca del cañón en el cuello de Dale Stewart.

Duane McBride encontró con bastante facilidad la habitación de Jim Harlen. Era una habitación doble, pero la cortina estaba descorrida y no había nadie en la segunda cama. La fuerte luz de junio entraba a raudales por la ventana y pintaba un rectángulo blanco en el suelo embaldosado.

Harlen estaba durmiendo. Duane observó el corredor vacío y cerró la puerta en el momento en que el ruido de los zapatos de una enfermera se acercó a la esquina.

Duane se acercó más y vaciló. No había estado seguro de lo que iba a ver; tal vez a Harlen en una tienda de oxígeno, con las facciones deformadas por el plástico transparente, casi rodeado enteramente de altas bombonas, tal como había estado el abuelo de Duane poco antes de morir, hacía dos años; pero Jim estaba durmiendo tranquilamente debajo de una sábana almidonada y una manta fina, sólo el brazo izquierdo escayolado y una blanca corona de vendas alrededor del cráneo, para dar testimonio de sus lesiones. Duane se quedó plantado allí hasta que se alejó el crujido de los zapatos en el pasillo, y entonces se acercó más a la cama.

Harlen abrió rápidamente los ojos, como un búho al despertar, y dijo:

-Hola, McBride.

Duane casi dio un salto atrás. Pestañeó y dijo:

-Hola, Harlen. ¿Estás bien?

Harlen trató de sonreír y Duane observó lo delgados y exangües que parecían los labios del chico.

-Sí, estoy bien -dijo Harlen-. Me despierto con un terrible dolor de cabeza y tengo el brazo hecho papilla. Por lo demás, estoy perfectamente.

Duane asintió con la cabeza.

-Creíamos que estabas... -Y se interrumpió, no queriendo decir «en coma».

-¿Muerto? -dijo Harlen.

Duane sacudió la cabeza.

-Inconsciente.

Harlen cerró los ojos como si volviese a caer en estado comatoso. Entonces los abrió de par en par y frunció el ceño, como tratando de enfocar la mirada.

-Supongo que lo estuve. Quiero decir inconsciente. Me desperté hace unas horas, con este horrible dolor de cabeza, y vi a mi madre sentada en el borde de la cama. De momento pensé que era un domingo por la mañana. Durante unos minutos ni siquiera supe dónde me encontraba.

Miró a su alrededor, como si todavía no estuviese seguro.

-¿Dónde está ahora tu madre, Jim?

-Ha ido al otro lado de la plaza a comer y a telefonear a su jefe.

Harlen hablaba despacio, como si cada palabra le doliese.

-Entonces, ¿estás bien? -preguntó de nuevo Duane.

-Sí, creo que sí. Esta mañana vinieron un montón de médicos, alumbrándome los ojos con linternas y haciéndome contar hasta cincuenta y cosas así. Incluso me preguntaron si podía decirles quién era.

-¿Y pudiste?

-Claro. Les dije que era Dwight Eisenhower de la Mierda.

Harlen sonrió, a pesar del dolor.

Duane asintió con la cabeza. No tenía mucho tiempo.

-¿Te acuerdas de cómo te hiciste daño, Jim? ¿Qué pasó?

Harlen le miró fijamente, y Duane advirtió lo grandes que eran sus pupilas. Ahora le temblaban los labios, como si se esforzase en conservar su sonrisa.

-No -dijo al fin.

-¿No recuerdas que estuviste en Old Central?

Harlen cerró los ojos y su voz casi fue como un gemido.

-No recuerdo absolutamente nada -dijo-. Al menos de después de nuestra estúpida reunión en la Cueva.

-La Cueva -repitió Duane-. Quieres decir el sábado, en la alcantarilla.

-Sí.

-¿Te acuerdas del sábado por la tarde? ¿Después de la reunión en la alcantarilla?

Harlen abrió los ojos, y había irritación en ellos.

-Ya te he dicho que no, gordinflón.

Duane asintió con la cabeza.

-Cuando te encontraron, el domingo por la mañana, estabas en el contenedor de basura de Old Central...

-Sí, mi madre me lo dijo. Y se echó a llorar al decírmelo, como si hubiese sido por su culpa.

-¿Pero no sabes cómo fuiste a parar allí?

Duane oyó que llamaban a un médico por el intercomunicador del pasillo.

-No. No recuerdo nada del sábado por la noche. Por lo que yo sé, igual pudisteis tú y O'Rourke y unos cuantos de los otros cabrones sacarme a rastras de la cama, golpearme con una tabla y arrojarme allí .

Duane miró la maciza escayola del brazo de Harlen.

-La madre de Kevin dice que la tuya dice que tu bici estaba en Broad Avenue, cerca de la casa de la vieja Double-Butt.

-¿Sí? Ella no me dijo nada de eso.

La voz de Harlen sonaba monótona, indiferente, desprovista de curiosidad.

Duane pasó los dedos por el suave borde de la manta.

-¿No crees que pudiste dejarla allí porque estabas siguiendo a la señora Doubbet a alguna parte? ¿Quizás al colegio?

Harlen levantó la mano izquierda para taparse de nuevo los ojos. Las uñas aparecían roídas hasta la carne.

-Mira, McBride, ya te he dicho que no sé absolutamente nada. Así que déjame en paz, ¿de acuerdo? Ni siquiera tendrías que estar aquí, ¿verdad?

Duane dio unas palmadas en el hombro de Harlen, a través de la arrugada camisa de hospital.

-Todos queríamos saber cómo estabas -dijo-. Mike, Dale, y los otros quieren venir a verte cuando te encuentres mejor.

--Sí, Si.

La voz de Harlen estaba amortiguada por la palma de la mano sobre la parte inferior de su cara. Tocó las vendas con los dedos.

-Se alegrarán de saber que estás bien. -Duane miró hacia el pasillo, donde sonaban pisadas de nuevo: tal vez personal del hospital que volvía al trabajo después de la comida-. ¿Quieres que te traigamos algo?

-A Michelle Staffney desnuda -dijo Harlen, sin apartar la mano de la cara.

-Muy bien -dijo Duane, dirigiéndose a la puerta. En este momento, el pasillo estaba desierto-. Hasta pronto, gilipollas.

Esta frase había estado de moda entre los chicos cuando iban a cuarto.

Harlen suspiró.

-¿McBride?

-Sí.

-Podrías hacer una cosa. -El intercomunicador sonó en el pasillo. Al otro lado de la ventana, alguien puso en marcha un cortacéspedes. Duane esperó-. Enciende la luz -dijo Harlen-. ¿Quieres?

Duane bizqueó bajo la brillante luz de sol que llenaba ya la habitación, pero accionó el interruptor. El resplandor adicional no se notó en la iluminada estancia.

-Gracias -dijo Harlen.

-¿Puedes ver bien, Jim? -preguntó Duane, a media voz.

-Sí. -Harlen bajó la mano y miró a Duane con una expresión indescifrable-. Sólo es que..., bueno..., si vuelvo a dormirme, no quiero despertarme a oscuras, ¿sabes?

Duane asintió con la cabeza, esperó un momento, no se le ocurrió decir nada más, agitó la mano en dirección a Harlen y se deslizó por el pasillo, dirigiéndose a la salida.

Dale Stewart miró del cañón del rifle a la cara granujienta de C. J. Congden y pensó: «¡Voy a morir!» Era una idea nueva, que pareció congelar toda la escena a su alrededor en un solo bloque de impresiones: Congden, Archie Kreck, el calor del sol en la cara de Dale, las hojas sombreadas y el cielo azul encima y detrás de C. J., el calor reflejado por la carbonilla y los raíles, el acero azul del cañón del rifle y el ligero pero en cierto modo mareante olor a aceite que exhalaba el arma; todo esto combinado para sellar el momento en el tiempo con la misma seguridad con que el bloque de ámbar de Mike había capturado una araña un millón de años atrás.

-Te he hecho una maldita pregunta, estúpido -rugió C. J.

Dale creyó oír la voz de Congden desde muy, muy lejos. El pulso latía aún con fuerza en sus oídos. Aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo para no rendirse al vértigo que le estaba asaltando, consiguió decir:

-¿Eh?

Congden dijo, despectivamente:

-Te he preguntado de qué coño te ríes.

Se llevó la culata del rifle al hombro, sin dejar que el cañón perdiese contacto con la base del cuello de Dale.

-Yo no me río.

Dale oyó el temblor de su propia voz y se dio cuenta de que hubiese debido avergonzarse de ello, pero esto era secundario. El corazón parecía querer saltar de su pecho. Parecía como si la tierra temblase ligeramente, y Dale tenía que concentrarse en mantener el equilibrio.

-¿Ah, no? -gritó Archie Kreck.

La cara del segundo matón estaba ligeramente vuelta de perfil, y Dale pudo ver que el ojo de cristal era ligeramente más grande que el verdadero.

-Tú calla -dijo C. J. Levantó el cañón, de manera que dejó de apretar el cuello de Dale (éste sintió dolor en el lugar donde le había apretado, e imaginó que le habría quedado allí un círculo rojo), y lo apuntó directamente a la cara del chico-. Todavía te ríes, cara de culo. ¿Te gustaría que hiciese un agujero en tu estúpida sonrisa?

Dale sacudió la cabeza, pero no pudo dejar de sonreír. Sentía aquella sonrisa, que era un rictus que no podía dominar. La pierna derecha temblaba ahora visiblemente, y sentía llena la vejiga de la orina. Se esforzó en conservar el equilibrio y en no mojarse los pantalones.

La boca del rifle estaba a poco más de un palmo de su cara. Era increíble lo grande que era. El negro agujero parecía llenar todo el cielo y apagar la luz del sol; Dale observó que el rifle era del calibre 22, de ésos que se abrían por la recámara para cargar un cartucho cada vez, bueno para disparar contra las ratas en el vertedero, que probablemente era donde se dirigían estas otras dos ratas, y se imaginó el proyectil del 22 en la base del cañón, esperando que

Librodot

cayese el percutor para enviar la bala de plomo a través de sus dientes, su lengua, su paladar y su cerebro. Trató de recordar el daño que causaba una bala del 22 en el cerebro de un animal, pero lo único que le vino a la memoria, de las lecciones de su padre cuando le preparaba para ir de caza juntos, fue que la bala del 22 largo tenía un alcance de un kilómetro y medio.

Contuvo su impulso de preguntar a C. J. si el rifle estaba cargado con un cartucho del 22 largo.

-¿Te gustaría, cabezota? -preguntó de nuevo C. J., apuntando el cañón como eligiendo exactamente el diente contra el que quería disparar.

Dale sacudió de nuevo la cabeza. Tenía los brazos colgando junto a los costados y pensó que tal vez sería buena idea levantarlos; pero parecían no querer moverse.

-¡Dispara! ¡Dispara, C. J.! -La voz de Archie temblaba de excitación o de infantilismo o de ambas cosas a la vez-. ¡Mata a este pequeño mamón!

-Cállate -dijo Congden. Miró a Dale con los ojos entrecerrados-. Tú eres ese jodido Stewart, ¿no?

Dale asintió con la cabeza. Su miedo a C. J. a lo largo de los años y su rabia y frustración después de las palizas, le habían puesto en una relación tan íntima con el bruto que pensó que era increíble que Congden no supiese su nombre.

C. J. le miró de nuevo de soslayo.

-¿Vas a decirme por qué coño nos espiabas y te reías de nosotros, o quieres que apriete el gatillo?

La pregunta era demasiado complicada para Dale en este momento, y sacudió nuevamente la cabeza. Parecía que lo más importante era responder a la pregunta de si quería que apretase el gatillo.

-Está bien, cabezota, tú lo has querido -dijo C. J., tomando evidentemente el gesto de Dale como una negativa a hablar.

Levantó el percutor del rifle con un chasquido audible y apoyó la mejilla en la culata.

Dale dejó de respirar. Tenía el pecho paralizado. Quería taparse la cara con las manos, pero se imaginó la bala atravesando las palmas antes de destrozarle la boca. Dale comprendió por primera vez lo que era la muerte: era no andar más lejos por la vía del ferrocarril, no cenar esta noche, no ver a su madre ni *Sea Hunt* en la tele. Era no poder siquiera cortar el césped el domingo próximo ni ayudar a su padre a rastrillar las hojas cuando llegase el otoño.

Era no tener ninguna alternativa a yacer muerto sobre la carbonilla junto a la vía férrea, dejando que los pájaros picoteasen sus ojos como bayas y que las hormigas correteasen por su lengua. No había elección, ni toma de decisiones, ni futuro. Era como estar atascado por toda la eternidad.

-Adiós -dijo Congden.

-Tira del gatillo y haré añicos tu maldita calabaza -dijo una voz desde detrás de Dale.

Congden y Archie saltaron como si alguien les hubiese asustado en una habitación a oscuras. C. J. miró a su izquierda, pero no bajó el rifle.

Todavía sin respirar, Dale descubrió que podía mover un poco la cabeza hacia la derecha para ver quién estaba allí.

Cordie Cooke había salido del bosque y estaba plantada con un pie todavía entre los matorrales y el otro sobre la carbonilla de la vía férrea. Tenía levantada y firmemente apoyada la escopeta de dos cañones en el pequeño hombro, apuntando a C. J. Cogden.

-Cooke putilla... -empezó a decir Archie Kreck, con su voz estridente y entrecortada.

-Cállate -dijo C. J. La voz del muchacho mayor era bastante tranquila-. ¿Qué crees que estás haciendo, Cordie?

-Estoy apuntando la escopeta del doce de papá contra tu cara llena de granos, imbécil.

La voz de Cordie era estridente y áspera como siempre, como la rascadura de una tiza seca sobre una vieja pizarra, pero absolutamente firme.

-Baja la escopeta, estúpida -dijo C. J.-. Esto no tiene nada que ver contigo.

-Baja tú la tuya -dijo Cordie-. Déjala en el suelo y lárgate de aquí .

Librodot

C. J. la miró de nuevo, como calculando lo que tardarían en volver su arma en dirección a ella. En aquel instante, por mucho que agradeciese la intervención de Cordie, Dale deseó fervientemente que C. J. la apuntase a ella. Cualquier cosa era mejor que tener aquel cañón delante de su propia cara.

-¿Qué te importa a ti si mato a este pequeño mamón? –preguntó C. J., en tono dialogante.

La boca del cañón estaba todavía a un palmo de la cara de Dale

-Baja el rifle, Congden. -La voz de Cordie sonaba como en clase; pensó Dale, en las raras ocasiones en que hablaba: suave, indiferente, vagamente aburrida-. Déjala en el suelo y lárgate. Podrás volver a recogerla cuando yo me haya ido. No la tocaré.

-Voy a matarle a él y después te mataré a ti, putilla -gritó C. J.

Ahora estaba furioso.

Las pústulas y los granos de su cara flaca se pusieron lívidos, y después rojos de nuevo.

-Es un Remington de un solo disparo, Congden -dijo Cordie

Dale la miró de nuevo. Ella tenía el dedo índice doblado sobre los dos gatillos de la vieja escopeta. Parecía un arma grande y pesada, con los cañones coloreados por algo que podía ser herrumbre y con la culata astillada por los años. Pero Dale no tuvo duda de que estaba cargada. Se preguntó tontamente si las postas le alcanzarían cuando volasen la cabeza de C. J.

-Entonces te mataré primero a ti -gruñó C. J.

Pero no desvió el cañón en dirección a ella.

Dale vio que se contraían los músculos de los brazos del matón y se dio cuenta de que Congden tenía tanto miedo como él.

-Vé a por ella, Archie -ordenó C. J.

Kreck vaciló, volviendo la cabeza al emplear su único ojo para captar la situación, y entonces asintió, metió una mano en el bolsillo de los tejanos caídos, sacó una navaja, abrió la hoja de trece centímetros y empezó a deslizarse por la vía en dirección a Cordie.

-Si pasa del segundo raíl, date por muerto -le dijo ella a Congden.

-¡Alto! -gritó C. J.

Era una orden dada en general, casi un grito; pero fue Archie el que se detuvo. Miró a su jefe, esperando instrucciones.

-Échate atrás, imbécil -dijo C. J. a su mejor amigo.

Archie retrocedió hasta el otro lado del primer raíl.

Dale se dio cuenta de que estaba respirando de nuevo. Volvía a transcurrir el tiempo, más despacio que de costumbre, pero transcurría indefectiblemente, y se preguntó qué tenía que hacer. Había visto un número infinito de películas de cowboys donde Sugarfoot o Bronco Lane u otro protagonista eran apuntados con un rifle, de esta manera, y luchaban y se lo quitaban al malo del filme. Sería bastante fácil: el cañón estaba todavía a un palmo de la cara de Dale y, ahora, Congden prestaba toda su atención a Cordie. Lo único que tenía que hacer era agarrar el arma y retorcerla. Pero se dio cuenta de que en este momento le sería más fácil andar por el aire que hacer un movimiento.

-Vamos -dijo Cordie, con su voz monótona y cansada-. Haz funcionar tu estúpida mente, Congden. Mi dedo se está cansando.

Los músculos de la mejilla de CJ. se pusieron tensos. Dale pudo ver que el sudor goteaba en la nariz y la barbilla del matón.

-Me las pagarás, Cordie. Te esperaré y te haré verdadero daño. De ésta no te librarás.

Cordie pareció encogerse de hombros, aunque los cañones de su escopeta no se movieron.

-Si me haces algo que no me mate, C. J., debes saber que iré tras de ti con la escopeta del doce de papá. El año pasado solté los perros contra el señor Aleo. No me importaría matarte.

Dale conocía el episodio del profesor de música y los perros. Todos los de la ciudad lo conocían. Cordie había sido expulsada del colegio durante diez semanas. Cuando volvió, el señor Aleo había salido para Chicago.

-¡Maldita seas! -dijo C. J. Y bajó despacio el rifle, dejándolo cuidadosamente sobre las traviesas. Caminó hacia atrás-. Y tú, Stewart, estúpido, no creas que me olvidaré de ti.

C. J. se apartó del rifle e hizo una seña con la cabeza a Archie. Todavía empuñando la navaja, Archie se reunió con él y los dos retrocedieron por la vía férrea, se volvieron al llegar a la espesura y se metieron rápidamente entre los árboles.

Dale se quedó unos instantes allí, contemplando el rifle a sus pies, como Si éste pudiese levantarse de pronto en el aire y amenazarle de nuevo. Al ver que no lo hacía, sintió que la tierra recobraba su fuerza de gravedad acostumbrada. Estuvo a punto de caerse, recobró el equilibrio, se tambaleó unos pasos y se sentó sobre el raíl recalentado. Le temblaban las rodillas.

Cordie esperó a que C. J. y Archie hubiesen desaparecido completamente en el bosquecillo, y entonces se movió de manera que la escopeta apuntó hacia Dale. No exactamente a él, sino en su dirección

Dale no lo advirtió. Estaba demasiado atareado observando a Cordie con una percepción agudizada por grandes cantidades de adrenalina. Cordie era baja y rechoncha; llevaba el mismo vestido sucio gris y holgado con que había ido a menudo al colegio; calzaba bambas mugrientas, con el dedo gordo del pie derecho asomando a través de la puntera; las uñas y los codos estaban también sucios, los cabellos colgaban en lacios y grasientos mechones, y la cara era plana, fofa, de luna, con unos ojos menudos, unos labios finos y una nariz pequeña comprimidos en el centro de aquélla, como si hubiesen sido concebidos para una cara mucho más delgada.

Pero, en aquel momento era el ser más hermoso que jamás había visto Dale.

-¿Por qué me estabas siguiendo, Stewart?

Dale vio que su propia voz era insegura, pero aun así trató de responder.

-Yo no...

-No quieras dármela con queso -dijo ella, y la escopeta se volvió un poco más en dirección a él-. Te he visto allí, con tus pequeños gemelos de espía, mirando hacia mi casa. Después me has seguido, como si yo no pudiese verte y oírte con toda claridad. ¡Responde!

Dale estaba demasiado aturdido para intentar mentir.

-Te estaba siguiendo porque... algunos de nosotros tratamos de encontrar a Tubby.

-¿Qué queréis de Tubby?

Cuando Cordie entrecerraba los ojos, era como si realmente no los tuviese.

Dale se dio cuenta de que su pulso ya no llenaba completamente sus oídos.

-No queremos nada de él. Sólo pretendemos... encontrarlo. Saber si está bien.

Cordie abrió la recámara de la escopeta y apoyó ésta en el gordezuelo brazo derecho.

-¿Y crees que yo tengo algo que ver con esto?

Dale sacudió la cabeza.

-No. Sólo quería ver lo que pasaba en tu casa.

-¿Por qué te interesa Tubby?

«No me interesa», pensó Dale. Pero dijo:

-Bueno, creo que ocurre algo raro. El doctor Roon y la señora Doubbet y aquellos tipos no dicen la verdad.

Cordie escupió y acertó en el raíl.

-Antes has hablado en plural. ¿Quién más está tratando de encontrar a Tubby?

Dale miró la escopeta. Ahora creía más que nunca que Cordie Cooke estaba más loca que una cabra.

-Algunos amigos.

-¡Ya! Deben de ser O'Rourke, Grumbacher, Harlen y todos esos maricas con quienes andas por ahí.

Dale pestañeó. No pensaba que Cordie se hubiese fijado nunca en los chicos con quienes iba.

La muchacha se acercó a él, levantó el Remington del suelo, abrió la recámara, extrajo un cartucho del 22, lo arrojó hacia el bosque y dejó el arma sobre la hierba.

-Vamos -dijo-, marchémonos de aquí antes de que ese par de gilipollas se den valor el uno al otro.

Dale se puso en pie y se apresuró a seguirla cuando echó a andar en dirección al pueblo. Después de caminar cincuenta metros por la vía, ella se metió entre los árboles y se dirigió hacia los campos de más allá.

-Si estáis buscando a Tubby -dijo ella, sin mirar a Dale-, ¿por qué has venido a observar mi casa, que es el único sitio donde no puede estar?

Dale se encogió de hombros.

-¿Tú sabes dónde está?

Cordie le miró con disgusto.

-Si lo supiese, ¿tú crees que le estaría buscando como lo estoy haciendo?

Dale respiró hondo.

-¿Tienes alguna idea de lo que le sucedió?

-Sí.

Dale esperó veinte pasos, pero ella no dijo más.

-¿Qué? -insistió él.

-Alguien o algo de aquella maldita escuela lo mató.

Dale se sintió de nuevo sin aliento. A pesar de todo el interés de la Patrulla de la Bici por encontrar a Tubby, ninguno de ellos había pensado que el chico estuviese muerto. Probablemente se había escapado. Tal vez le habían secuestrado. Dale nunca había pensado realmente que su compañero estuviese muerto. Con el recuerdo del cañón del rifle todavía fresco en su memoria y en sus vísceras, la palabra había adquirido un nuevo significado. No dijo nada.

Llegaron a Catton Road, cerca de donde otro camino discurría hacia el sur para convertirse en la Broad Avenue.

-Será mejor que te largues -dijo Cordie-. Ni tú ni tus compañeros Boy Scouts debéis poneros en mi camino para encontrar a mi hermano, ¿entendido?

Dale asintió con la cabeza. Miró la escopeta

-¿Vas a ir con eso a la ciudad?

Cordie consideró la pregunta con el silencioso desdén que evidentemente creía que se merecía.

-¿Qué vas a hacer con eso? -preguntó Dale.

-Encontrar a Van Syke o a alguno de los otros puercos. Hacer que me digan donde está Tubby.

Dale tragó saliva.

-Te meterán en la cárcel.

Cordie se encogió de hombros, apartó unos mechones de cabellos grasientos de los ojos, se volvió y se dirigió al pueblo.

Dale se quedó plantado, mirándola fijamente. La personita del holgado vestido gris estaba ya casi a la sombra de los olmos del principio de Road Avenue, cuando él gritó de pronto:

-¡Eh, gracias!

Cordie Cooke no se detuvo ni miró atrás.

12

Después de ver a Jim Harlen, Duane se sentó unos minutos a la sombra en la plaza, bebiendo café del termo y pensando. No conocía lo suficiente a Jim para saber si decía la verdad cuando afirmaba que no recordaba nada de lo sucedido el sábado por la noche. Y si no decía la verdad, ¿por qué mentía? Duane bebió un poco de café y consideró tres posibilidades:

a) Algo había asustado tanto a Harlen que no quería... o no podía hablar de ello.

b) Alguien le había dicho que no hablase y lo había amenazado para que le obedeciese.

c) Harlen estaba protegiendo a alguien.

Duane terminó el café, enroscó la tapa del termo y decidió que la última posibilidad era la menos probable. La primera parecía ser la más verosímil, aunque nada indicaba, salvo la intuición de Duane, que Jim Harlen hubiese mentido. Cualquier lesión en la cabeza, lo bastante grave como para dejar a alguien inconsciente durante más de veinticuatro horas, podía hacer que aquella persona no recordase cómo se había producido aquello.

Duane decidió que lo mejor era presumir que Jim no recordaba lo ocurrido. Tal vez más tarde...

Cruzó la plaza, hacia la biblioteca, y dudó antes de entrar. Lo que esperaba descubrir allí, ¿ayudaría a O'Rourke y compañía a encontrar algo sobre Tubby, Van Syke, la lesión de Harlen, el peligro que había corrido él mismo o todo lo demás? ¿Por qué la biblioteca? ¿Por qué buscar la historia de Old Central, cuando era evidente que un ataque de locura individual, o probablemente sólo la perversidad de Van Syke, estaban detrás de aquellos sucesos, aparentemente casuales?

Duane sabía por qué iba a la biblioteca. Se había formado buscando cosas allí, respondiendo a los muchos misterios privados que surgían en la mente de un muchacho demasiado listo para su propio bien. La biblioteca era una fuente de información indiscutible

Tenía que haber muchos enigmas intelectuales que no podían resolverse con una visita, o muchas visitas, a una buena biblioteca; pero Duane McBride aún no había encontrado uno de ellos

Además, pensó, todo este misterio, esta tempestad en un vaso de agua, había empezado porque tanto él como los otros muchachos tenían una mala impresión de Old Central. Era algo que había preocupado a Duane y a los otros mucho antes de que desapareciese Tubby Cooke. Esta investigación se hacía con retraso.

Duane suspiró, dejó el termo detrás de un arbusto junto a la escalinata de la biblioteca y entró.

Tardó más horas de lo que había esperado, pero consiguió encontrar la mayor parte de lo que buscaba.

La biblioteca de Oak Hill sólo tenía una máquina de microfilm y pocas cosas registradas en fichas de microfilm. Para la historia de Elm Haven, y de Old Central en particular, tuvo que acudir a los estantes de libros publicados y encuadernados en el país y conservados allí por la Sociedad Histórica del Condado de Creve Coeur. Duane sabía que la Sociedad Histórica había sido en realidad un solo hombre, el doctor Paul Priestmann, ex profesor de la Universidad de Bradley e historiador local que había muerto hacía menos de un año, pero que las damas que habían recogido el dinero para publicar los libros del doctor Priestmann, el último de ellos póstumo, mantenían viva la Sociedad, aunque sólo fuese de nombre.

Old Central había representado un papel importante en la historia de Elm Haven, y en Creve Coeur County, según descubrió Duane, que necesitó la mitad de su libreta para anotar lo que más le interesaba. Lamentaba que cada vez que visitaba esta biblioteca no tuviese una de esas máquinas fotocopiadoras que empezaban a utilizarse en los negocios. Habría hecho mucho más fácil el trabajo de recoger información de los libros de consulta.

Duane miró las páginas ilustradas con viejas fotografías que había insertado el doctor Priestmann para ilustrar la construcción de Old Central -que en 1876 no era más que Central School-, Y después más páginas, con las fotos de color sepia, tomadas con la formalidad de la primitiva y lenta fotografía, mostrando las ceremonias inaugurales de finales del verano de 1876, el Picnic de los Antiguos Colonos celebrado en el jardín de la escuela en agosto de aquel año, el primer curso que ingresó en la Central -29 estudiantes que debían encontrarse perdidos en el enorme edificio-, y las ceremonias en la estación de ferrocarril de Elm Haven cuando llegó la campana a principios de aquel verano.

El pie en grandes letras bajo la última foto decía: «El señor y la señora Ashley y el Alcalde Wilson reciben la Campana Borgia para la nueva escuela.» Y debajo, en letras más pequeñas:

Librodot

«Una campana histórica para coronar la ciudadela del saber de Elm Haven y orgullo del Condado.»

Duane hizo una pausa. El campanario de Old Central había estado entablado y cerrado desde que él podía recordar. Nunca había oído mencionar una campana, y menos algo llamado Campana Borgia.

Duane se inclinó más sobre la página. En la vieja fotografía, la campana estaba todavía en su caja, en el vagón de mercancías descubierto, parcialmente en la sombra, pero visiblemente grande: era casi dos veces más alta que los dos hombres que, subidos en el vagón, se estrechaban la mano en el centro de la imagen. El hombre mejor vestido, con bigote y acompañado de una elegante dama, era probablemente el señor Ashley; el otro, más bajo, con barba y sombrero hongo, debía de ser el alcalde Wilson. La base de la campana parecía tener unos dos metros y medio de diámetro. Aunque la antigua foto era de poca calidad y no se apreciaban muchos detalles -un carruaje al otro lado de la vía parecía enganchado a dos caballos fantasmas porque el tiempo de exposición era demasiado lento para captar sus movimientos-, Duane utilizó sus gafas como cristales de aumento para distinguir unas volutas de metal o alguna clase de inscripción en una franja que rodeaba la campana a unos dos tercios de su altura.

Se echó atrás en su silla y trató de calcular lo que debía de pesar una campana de tres o tres metros y medio de altura, y dos y medio de diámetro. Sus matemáticas no llegaban a tanto, pero la simple idea de que hubiese estado colgando de maderas carcomidas sobre su cabeza y las de los otros chicos, durante los últimos años, le puso la piel de gallina. «Seguramente ya no estará allí.»

Duane se pasó bastante tiempo examinando los libros de la Sociedad Histórica, y una hora entera en el polvoriento «archivo», una habitación larga y estrecha, contigua a la que servía de comedor a la señora Frazier y los otros empleados de la biblioteca, revisando los altos volúmenes que contenían viejos ejemplares del *Oak Hill Sentinel Times-Call*, el periódico local al que el padre de Duane llamaba invariablemente *Sentimental Times-Crawl*.

Los artículos periodísticos del verano de 1876 eran los más informativos, y concentraban con su recargado e hiperbólico estilo victoriano la historia de la «Campana Borgia». Por lo visto el señor y la señora Ashley habían descubierto el artefacto en un almacén de las afueras de Roma durante su luna de miel y *Grand Tour* de Europa. Habían comprobado su autenticidad por medio de historiadores locales Y foráneos y la habían comprado por seiscientos dólares para convertirla en la *pièce de résistance* de la escuela, a cuya construcción había contribuido generosamente la familia Ashley.

Duane llenó rápidamente toda una libreta y tuvo que emplear la que llevaba de repuesto. La historia del envío de la Campana Borgia desde Roma a Elm Haven ocupaba al menos cinco artículos periodísticos y varias páginas del libro del doctor Priestmann: la campana, al menos en la sensacionalista prosa de los corresponsales victorianos parecía traer mala suerte a todos y a todo lo relacionado con ella. Después de que los Ashley compraran la campana y concertaran su envío a Estados Unidos, el almacén donde había estado guardada quedó destruido por un incendio y mató a tres personas, que por lo visto vivían en el viejo edificio. La mayoría de los artículos anónimos y no catalogados del almacén quedaron destruidos, pero la Campana Borgia si bien había sido encontrada cubierta de hollín se hallaba intacta. El carguero que llevaba la campana a Nueva York, un barco británico, el *H.M.S. Erebus*, estuvo a punto de naufragar durante una tormenta, rara en aquella estación, cerca de las Islas Canarias. El carguero averiado fue remolcado a puerto y su cargamento trasladado, pero no antes de que se ahogasen cinco tripulantes, otro resultase muerto en un súbito desplazamiento de la carga en la bodega, y el capitán fuese destituido.

Ningún desastre pareció acompañar a la campana mientras estuvo almacenada durante un mes en Nueva York; pero una confusión en el etiquetado casi hizo que la cosa se perdiese allí. Unos abogados de la familia Ashley en Nueva York descubrieron el paradero del histórico objeto, la campana fue recibida con gran ceremonia en el Museo de Historia Natural de Nueva

York, a la que asistieron Mark Twain, P.T. Barnum y el primer John D. Rockefeller, y después fue cargada en un tren de mercancías con destino a Peoria. Entonces pareció continuar la mala suerte: el tren descarriló cerca de Johnstown, Pennsylvania, y el que lo sustituyó se vio afectado por el derrumbamiento de un puente en las afueras de Richmond, Indiana. Los relatos de prensa eran confusos, pero por lo visto no se produjeron víctimas en ninguno de los dos accidentes.

La campana llegó al fin a Elm Haven el 14 de julio de 1876, y fue colgada en el reforzado campanario varias semanas más tarde. Aquel verano, la Feria de los Viejos Colonos dedicó numerosas ceremonias a la campana, para una de las cuales llegaron historiadores y personajes de Peoria y de Chicago en vagones especiales del ferrocarril.

Evidentemente, la campana estuvo instalada en el campanario a tiempo para el comienzo del curso escolar, el 3 de septiembre de aquel año, pues una fotografía en el reportaje sobre la apertura de los colegios de Creve Coeur County mostraba la Old Central en una ciudad extrañamente desprovista de árboles, sobre este pie: «Una campana histórica llama a los colegiales a una nueva era de conocimientos.»

Duane se retrepó en su silla del archivo, se enjugó el sudor de la frente con el faldón de la camisa de franela, cerró el volumen de periódicos rígidamente encuadernados y lamentó que no fuese verdad la excusa que había dado a la señora Frazier por su trabajo allí: que había proyectado escribir un artículo sobre Old Central y su campana.

Pero nadie parecía recordar que la campana estuviese allí. Después de otra hora y media de estudio, Duane había encontrado sólo otras tres referencias, y en ninguna de ellas se mencionaba como la Campana Borgia. El libro del doctor Priestmann reproducía citas anteriores en las que se mencionaba la Campana Borgia, pero en ninguna parte se refería el historiador local a ella como tal. La referencia más aproximada que pudo encontrar Duane fue un párrafo en el que se mencionaba «la maciza campana, que se dice que data del siglo XV y que posiblemente tiene esta antigüedad, que compraron el señor Charles Catón Ashley y su esposa para el Condado durante su viaje por Europa en el invierno de 1875».

Sólo después de hojear cuatro volúmenes de la Sociedad Histórica se dio cuenta de que faltaba un libro. El volumen correspondiente a 1875-1885 estaba intacto, pero se componía principalmente de fotografías y grabados. El doctor Priestmann había escrito un relato más detallado y erudito de los otros años de la década bajo el título general de *Monografías, documentación y fuentes principales*, con las fechas indicadas entre paréntesis; faltaba el de 1876.

Duane fue a hablar con la señora Frazier.

-Discúlpeme, señora, pero ¿podría usted decirme dónde guarda ahora la Sociedad Histórica sus restantes documentos?

La bibliotecaria sonrió y se quitó las gafas, que quedaron colgando de su cadena de abalorios.

-Sí, querido. Debes saber que el doctor Priestmann murió...

Duane asintió con la cabeza y prestó atención.

-Bueno, como ni la señora Cadberry ni la señora Esterhazy, las damas responsables de la recaudación de fondos para la Sociedad, como ninguna de ellas deseaba o podía continuar la investigación del doctor Priestmann, donaron sus documentos y otros volúmenes.

Duane asintió de nuevo.

-¿A Bradley?

Era lógico que los papeles del viejo erudito fuesen a parar a la universidad en que se había graduado y en la que había pasado muchos años enseñando. La señora Frazier pareció sorprendida.

-Pues no, querido. Los papeles fueron a parar a la familia que había subvencionado realmente el estudio del doctor Priestmann durante todos aquellos años. Creo que esto se había acordado previamente.

-La familia... -empezó a decir Duane.

-La familia Ashley-Montague -dijo la señora Frazier-. Si eres de Elm Haven, o vives cerca de allí, sin duda habrás oído hablar de los Ashley-Montague.

Duane asintió con la cabeza, le dio las gracias, se aseguró de que todos los libros estuviesen en su sitio y de que había guardado las libretas en el bolsillo, y fue a buscar el termo. Le sorprendió lo tarde que se había hecho. La sombra de los árboles se habían alargado y se extendían sobre el jardín del Juzgado y la calle principal. Pasaban algunos coches por la carretera, con los neumáticos chirriando sobre el hormigón que se enfriaba, y repicando en las junturas alquitranadas del pavimento; pero el centro propiamente dicho de la ciudad se estaba vaciando al atardecer.

Duane pensó en volver al hospital para hablar de nuevo con Jim pero era casi la hora de cenar e imaginó que la madre de Harlen estaría allí. Además, tardaría de dos a tres horas en volver a casa por el largo camino, y el viejo estaría inquieto si no había vuelto cuando se hiciera de noche.

Silbando y pensando en la Campana Borgia, que pendía como un secreto olvidado en el campanario cerrado de Old Central, Duane se encaminó hacia la vía férrea para regresar a casa.

Mike desistió.

El lunes por la tarde y durante todo el martes había intentado encontrar a Karl Van Syke para seguirle; pero no había podido dar con él. Había rondado alrededor de Old Central, había visto al doctor Roon poco después de las ocho y media de la mañana del martes. Una hora mas tarde, una brigada de obreros con una grúa empezó a clavar tablas en las ventanas de la segunda y de la tercera plantas. Mike siguió rondando cerca de la puerta del colegio hasta que Roon le echó de allí a media mañana. Pero no había ni rastro de Van Syke. Mike inspeccionó los lugares donde generalmente se le podía ver. En la céntrica Taberna de Carl había tres o cuatro de los borrachos habituales, incluido el padre de Duane McBride, según Mike lamentó comprobar, pero Van Syke no estaba en ella. Mike utilizó el teléfono de la cooperativa para llamar a la Taberna del Arbol Negro, pero el hombre del bar dijo que no había visto a Van Syke desde hacía semanas y preguntó quién llamaba. Mike colgó a toda prisa. Subió por Depot Street y observó la casa de J. P. Congden, porque sabía que Van Syke y el gordo juez de paz estaban muchas veces juntos; pero no vio el Chevy negro y la casa parecía vacía.

Mike pensó en andar por la vía férrea y echar un vistazo a la vieja fábrica de sebo, pero tenía la seguridad de que Van Syke no se encontraría allí. Durante un rato permaneció tumbado entre las altas matas próximas al campo de béisbol, chupando una brizna de hierba y observando el pequeño tráfico que salía de la Primera Avenida, más allá de la torre del agua, en su mayoría polvorientas camionetas de agricultores y grandes coches viejos. Pero ningún camión de la basura con Van Syke al volante.

Mike suspiró y se tumbó sobre la espalda, mirando al cielo. Sabía que debería ir al cementerio del Calvario y observar la barraca. Pero no podía hacerlo. Así de sencillo. El recuerdo de aquella barraca, del soldado y de la figura de la noche pasada en el patio gravitaba sobre el pecho de Mike como un enorme peso.

Se volvió y vio el cromado camión de la leche del padre de Kevin Grumbacher que venía de Jubilee College Road. Aún no era mediodía y el señor Grumbacher casi había terminado su trabajo cotidiano de recoger la leche de todas las vaquerías del condado. Mike sabía que el camión se dirigiría ahora a la vaquería de Cahill, a veintidós kilómetros al este, precisamente al principio del valle del río Spoon, y que entonces el señor G. habría terminado su jornada; sólo tendría que volver a su casa, lavar el camión y llenar de nuevo el depósito en el surtidor de gasolina que había en el lado oeste de su vivienda.

Al volverse sobre el costado izquierdo, Mike pudo ver la nueva casa de los Grumbacher bajo los olmos, junto a la grande y vieja mansión victoriana de Dale. El señor G. había comprado la vieja y abandonada casa de la señora Carmichael en Depot Street hacía unos

cinco años, poco antes de que la familia de Dale se trasladase a Elm Haven. Los Grumbacher derribaron el viejo caserón y levantaron la única casa de estilo rancho del sector antiguo de la ciudad. El propio señor Grumbacher había empleado un bulldozer para elevar el nivel del suelo de manera que el del bajo edificio estuviese más alto que las ventanas del lado este de la casa de Dale.

Mike había encontrado siempre graciosa la casa de Kev, las pocas veces que había estado en ella. Tenía aire acondicionado, la única con aire acondicionado que había visto, salvo el cine de Ewalts en Oak Hill, y olía de un modo raro. A rancio, pero no exactamente a rancio. Era como si el fresco olor del hormigón y las tablas de pino y la alfombra nueva llenase aún la casa después de cuatro años de vivir gente en ella. Desde luego, a Mike nunca le parecía que alguien viviese allí: el cuarto de estar de los Grumbacher tenía una alfombra de plástico en el suelo, y fundas de plástico ondulado sobre los caros sillones y el sofá; la cocina era brillante e inmaculada, tenía la primera máquina lavaplatos y mostrador para comer que Mike había visto en una casa, y el comedor parecía como si la señora G. barnizase la larga mesa de cerezo todas las mañanas.

Las pocas veces que Mike y los otros muchachos tenían permiso para jugar en la casa de Kevin, iban directamente al sótano, que por alguna razón Kev llamaba «cuarto del naufragio». En el sótano había una mesa de ping-pong y una tele (Kev decía que tenían otros dos televisores arriba), y una complicada instalación de un tren eléctrico ocupaba la mitad de la habitación de atrás. A Mike le habría gustado jugar con los trenes, pero Kev no podía tocar los controles a menos que su padre estuviese allí, y el señor G. dormía casi todas las tardes. Había también un depósito de acero galvanizado para agua en la habitación de atrás, con el metal tan limpio y brillante como el resto de la casa; Kevin decía que su padre lo había instalado allí para que pudiesen jugar los dos con barcas motorizadas que construían en sus ratos perdidos. Pero Mike, Dale y los otros chicos sólo podían observar las embarcaciones, mas no tocarlas ni manejar los aparatos de control por radio.

La pandilla no pasaba mucho tiempo en casa de Kev.

Mike se puso en pie y echó a andar en dirección a la valla de atrás de Dale. Sabía que estaba pensando en tonterías, tratando de no pensar en el soldado.

Dale y Kevin estaban tumbados en la herbosa pendiente entre los caminos de entrada de los Grumbacher y los Stewart, observando cómo Lawrence hacía volar un planeador de madera de balsa. Los dos chicos mayores disparaban gravilla del camino de entrada de Dale, tratando de derribar el avión. Lawrence tenía que hacerlo bajar deprisa, antes de que le alcanzasen los misiles.

Mike agarró un poco de grava y se tumbó de espaldas junto a los dos. El truco parecía estar en alcanzar el aparato sin levantar la cabeza de la hierba. Lawrence lanzaba el juguete y maniobraba con él. Volaban piedras. El planeador rizó el rizo, voló hacia el gran roble que proyectaba ramas sobre el dormitorio de Dale en el piso alto, y después aterrizó intacto en el camino. Los tres recogieron más municiones, mientras Lawrence recuperaba el avión y enderezaba las alas y la cola.

-Están cayendo piedras en el jardín del lado de tu casa -dijo Mike a Dale-. Vais a tener problemas cuando cortéis el césped.

-Le he dicho a mi madre que las recogeremos cuando hayamos terminado -observó Dale, echando el brazo atrás.

Lawrence levantó mucho el avión. Todos fallaron el blanco en el primer ataque tierra-aire, imitando inconscientemente cada chico el ruido del cañón o del misil al disparar. Mike acertó al segundo lanzamiento, golpeando el ala derecha y haciendo que el planeador cayese en picado sobre la hierba. Los otros tres hicieron ruidos de motor fuera de control y del avión al estrellarse e incendiarse. Lawrence desprendió el ala rota y corrió hacia un montón de piezas de recambio próximo al viejo vertedero.

-No he podido encontrar a Van Syke -dijo Mike, como si se estuviese confesando.

Librodot

Kev estaba amontonando piedras de tamaño adecuado sobre la hierba, junto a él. Sus padres nunca le habrían permitido arrojar piedras en su jardín.

-Bueno -dijo-, pues yo he encontrado a Roon esta mañana, pero lo único que hace es vigilar cómo cierran con tablas las ventanas.

Mike miró hacia Old Central. Parecía diferente con las tres plantas -cuatro si se contaban las ventanas del sótano- entabladas, y Mike sólo podía ver que habían quitado los postigos, cerrado con tablas las ventanas y colocado de nuevo los postigos. El colegio tenía un aspecto misterioso, como cegado de una manera extraña. No sólo las pequeñas ventanas de la buhardilla, situadas en el inclinado tejado, tenían cristales, y pocos muchachos de los que conocía Mike podían alcanzarlas lanzando piedras. El campanario había estado siempre cerrado con tablas.

-Tal vez eso de seguir a la gente no sea tan buena idea –dijo Mike.

Lawrence estaba fijando con cinta adhesiva partes del nuevo avión, «blindándolo», dijo.

-Esta mañana yo pensé que no era una buena idea -dijo Dale.

Los otros dos muchachos dejaron de jugar con sus municiones, mientras Dale les explicaba lo que le había sucedido en la vía del ferrocarril.

-¡Caramba! -murmuró Kevin-. Eso es un delito.

-¿Qué hizo Cordie después? -preguntó Mike, tratando de imaginar que alguien le estaba apuntando con un rifle. C. J. Congden se había metido con él un par de veces, cuando estaban en los cursos inferiores; pero Mike había reaccionado siempre tan duro, tan deprisa y con tanta furia, que los dos matones de la ciudad tendían a dejarle en paz. Mike miró hacia el colegio-. ¿Vino y disparó contra el doctor Roon?

-Si lo ha hecho, no me he enterado -dijo Dale.

-Tal vez empleó un silenciador -dijo Mike.

Kev hizo una mueca.

-Idiota. Las escopetas no pueden llevar silenciadores.

-Lo dije en broma, Grump-backer.

-Groom-bokker-le corrigió Kevin de malhumor.

No le gustaba que bromeasen con su apellido. En la ciudad, todos le llamaban Grum-backer.

-Como quieras -dijo Mike, con una súbita sonrisa. Arrojó delicadamente una piedra contra la rodilla de Dale-. Bueno, ¿qué pasó después?

-Nada -dijo Dale. Algo en su voz indicaba que lamentaba haberlo dicho a los otros-. Estoy vigilando a C. J.

-¿Se lo has dicho a tu madre?

-No. ¿Cómo le iba a explicar que había cogido los gemelos de mi padre para espiar la casa de Cordie Cooke?

Mike hizo otra mueca y asintió con la cabeza. Ser un mirón era una cosa; y hacerlo en casa de Cordie Cooke era otra cosa muy distinta.

-Si viene a por ti, te ayudaré -dijo a Dale-. Congden es malo, pero idiota. Y Archie Kreck es todavía más idiota que él. Si te peleas con Archie y te pones en el lado donde no ve, la lucha no tiene color

Dale asintió, pero parecía triste. Mike sabía que su amigo no era bueno peleando. Ésta era una de las razones de que le apreciase. Dale murmuró algo.

-¿Qué? -dijo Mike.

Lawrence estaba diciendo algo al mismo tiempo desde el extremo del camino.

-He dicho que ni siquiera volví atrás para recoger mi bici -repitió

Mike reconoció el tono de voz que él empleaba para confesar sus pecados más graves.

-¿Dónde está?

-La escondí detrás de la vieja estación.

Mike asintió con la cabeza. Para recoger la bici, Dale tendría que volver a pasar por el barrio de Congden.

-Yo iré a buscarla -dijo.

Dale le miró con una especie de mezcla de alivio, confusión y cólera. La cólera, pensó Mike, era por sentirse aliviado.

-¿Por qué? ¿Por qué tienes que ir tú? La bici es mía.

Mike se encogió de hombros, descubrió que todavía llevaba una hierba del campo y chupó el tallo.

-A mí me da igual. Pero voy a pasar por allí para ir más tarde a la iglesia, y no me cuesta nada cogerla. Congden no va a por mí. Además, si a mi me hubiesen apuntado hoy con un rifle, no querría exponerme otra vez. Iré después de comer porque tendré que hacer un recado para el padre C.

«Otra mentira -pensó Mike-. ¿Tendré que confesarme de esto?» Le pareció que no.

Esta vez Dale puso tal expresión de alivio que para disimular tuvo que mirar hacia abajo, como si estuviese contando las piedras del montón.

-Está bien -dijo débilmente. Y más débilmente aún-: Gracias.

Lawrence estaba a unos seis metros de distancia, sosteniendo el avión «blindado».

-¿Estáis listos, cabezotas, o vais a pasar todo el día charlando?

-Listos -dijo Dale.

-¡Lanza! -gritó Kevin.

-¡Allá va! -chilló Mike.

Volaron los proyectiles.

El viejo no estaba en casa cuando llegó Duane, poco antes de que se pusiera el sol, y el chico volvió a cruzar los campos en dirección a la tumba de Wittgenstein.

Witt había llevado siempre su postre y los huesos que le regalaban a este sector llano y herboso de los pastos del este, enterrándolos en el suelo blando de la cima de la colina, sobre el arroyo. Por esto Duane lo había enterrado allí.

Más allá de los pastos y de los maizales, hacia el oeste, el sol pendía en el horizonte, en uno de esos densos y espléndidos ocasos sin los que a Duane le parecía imposible vivir. El aire que le rodeaba era de un gris azulado al terminar el día, y el sonido viajaba con la lenta facilidad del pensamiento. Duane podía oír las pisadas cansinas y el resuello de las vacas que venían de los más lejanos pastizales, a pesar de que estaban todavía ocultas detrás de la colina del norte. El humo flotaba espeso en el aire, donde el viejo señor Jonson había estado quemando maleza a lo largo de su valla, a más de un kilómetro y medio hacia el sur, y la tarde sabía a polvo, a cansancio y al dulce incienso de aquel humo.

Duane se sentó junto a la pequeña tumba de Witt, mientras se ponía el sol y la tarde se convertía lentamente en noche. Venus apareció primero, resplandeciendo sobre el horizonte oriental como uno de los ovnis que Duane solía esperar de noche en el campo, con Witt yaciendo pacientemente a su lado. Entonces se hicieron visibles otras estrellas en el cielo, alejadas de cualquier luz desparramada. El aire empezó a enfriarse despacio, como a regañadientes, con la humedad pegando todavía la camisa al ancho torso de Duane; pero en definitiva se disipó el calor del día y se enfrió el suelo bajo su mano. Acarició la grava por última vez y volvió lentamente a casa, observando lo diferente que resultaba caminar solo entre la alta hierba, a retrasar el paso para acomodarlo a la andadura de un collie viejo y medio ciego.

«La Campana Borgia.» Habría querido hablar de ella al viejo, pero su padre no estaría de humor para esto, si se había pasado la tarde en la taberna de Carl o en la del Arbol Negro.

Duane se preparó la cena, friendo costillas de cerdo en la gran sartén y cortando patatas y cebollas con dedos ágiles, mientras conectaba la radio y escuchaba durante un rato el WHO de Des Moines. Las noticias de la hora eran las mismas de siempre: la China Nacionalista seguía quejándose ante la ONU de que la China Roja hubiese bombardeado Quemoy la semana anterior, pero ningún país de la ONU parecía desear otra Corea; los teatros de

Librodot

Broadway seguían cerrados por la huelga de actores; los partidarios del senador John Kennedy decían que el futuro candidato pronunciaría la semana próxima un importante discurso sobre política exterior en Washington; pero Ike parecía estar en primer plano, en perjuicio de todos los posibles candidatos, al proyectar un importante viaje a Extremo Oriente; Estados Unidos exigían que Garv Powers fuese devuelto por los rusos, mientras Argentina pedía a Israel que devolviese al secuestrado Adolf Eichmann. Los deportes incluían el anuncio de una prohibición de las tribunas improvisadas en la carrera de 500 de Indianápolis, como la que se había hundido este año el Día de los Caídos, matando a un par de personas y lesionando a un centenar. Se hablaba del inminente combate de desquite entre Floyd Patterson e Ingemar Johansson

Duane subió el volumen y escuchó, mientras comía solo en la larga mesa. Le gustaba el boxeo. Le gustaría escribir un día un relato sobre esto. Tal vez algo referente a los negros... Los negros alcanzando la Igualdad gracias a sus combates en el ring. Duane había oído hablar al viejo y a tío Art sobre Jackie Johnson, hacía años, y el recuerdo se había fijado en su memoria como el argumento de una novela interesante. «Podría ser una buena novela -pensó Duane-, si supiese escribirla.» Y sabía bastante sobre boxeo, los negros, Jackie Johnson, la vida y todo lo demás para escribirla.

«La Campana Borgia.» Duane acabó de cenar, lavó los platos y la taza de café, Junto con los del desayuno del viejo, los guardó en la alacena y dio una vuelta por la casa.

Todo estaba a oscuras, a excepción de la cocina, y la vieja casa parecía mas arruinada y misteriosa que de costumbre. El piso de arriba, con el dormitorio vacío del viejo y la habitación de Duane sin utilizar, parecía un pesado peso sobre él. «¿La Campana Borgia, colgada en Old Central todos estos años, encima de nosotros?» Duane sacudió la cabeza y encendió una luz del comedor.

La máquina de aprender estaba allí, en toda su gloria polvorienta.

Otros inventos llenaban las mesas de trabajo y el suelo. El único que estaba conectado o funcionaba era el aparato contestador del teléfono que había construido el viejo hacía un par de inviernos, por resentimiento al no recibir llamadas: una sencilla combinación de piezas de teléfono y una pequeña grabadora, conectada al aparato, contestaba e invitaba a la persona que llamaba a dejar un mensaje.

Casi todos los que llamaban, a excepción del tío Art, colgaban, irritados o confusos, al ser contestados por una máquina; pero a veces el viejo podía saber quién había llamado por las maldiciones o las palabrotas grabadas en la cinta. Además, al padre de Duane le gustaba la irritación que causaba. Incluso a la compañía telefónica. Ésta había visitado dos veces la vivienda, amenazando con cancelar el servicio si el señor McBride no dejaba de quebrantar la ley alterando aparatos y conexiones de la compañía, amén de violar los reglamentos federales al grabar conversaciones de personas sin su autorización.

El viejo había replicado que las conversaciones eran suyas, que la gente le telefoneaba a él, que la legislación federal exigía que la persona supiese que sus palabras serían grabadas, cosa que él advertía en su cinta, y que además la compañía telefónica era un maldito monopolio capitalista que podía meterse sus amenazas y aparatos en el culo.

Pero las amenazas habían impedido que el viejo tratase de comercializar sus mecanismos de contestación, lo que él llamaba sus «ayudantes telefónicos». Duane se alegraba de seguir teniendo teléfono.

Duane había perfeccionado el invento del viejo en los últimos meses, de manera que se encendía una luz cuando se registraba algún mensaje. Ahora quería conseguir que se encendiesen luces de diferentes colores cuando la cinta reconociera las diferentes voces: verde para el tío Art, azul para Dale o alguno de sus amigos, rojo vivo para el hombre de la compañía telefónica, etcétera; pero aunque el problema de reconocimiento de la voz no había sido demasiado difícil de resolver (Duane había conectado un generador de tono reconstruido a un circuito de identificación fundado en viejas grabaciones de los que llamaban, y había hecho después un sencillo esquema para un feedback a la batería de luces de los que

llamaban), las piezas habían sido demasiado caras y se había limitado a tener una luz que se encendiese a cada llamada.

Ahora la luz estaba apagada. No había ningún mensaje. Raras veces los había.

Duane se dirigió a la puerta de tela metálica y miró al exterior, hacia el farol próximo al granero. El arco voltaico iluminaba el extremo del camino de entrada y las dependencias exteriores, pero hacía que los campos de más allá pareciesen todavía más oscuros. Esta noche los grillos y las ranas se mostraban muy ruidosos.

Duane estuvo un minuto plantado en la puerta, pensando en cómo podría conseguir que el tío Art le llevase en coche a la Universidad de Bradley el día siguiente. Pero antes de volver al comedor para telefonearle, hizo algo que nunca había hecho: echó la pequeña aldaba en la puerta de tela metálica y se aseguró de que la de la entrada principal, que raras veces se utilizaba, estuviese cerrada

Esto significaba que tendría que permanecer levantado hasta que volviese el viejo, para abrirle; pero no le importaba. Nunca cerraban las puertas, ni siquiera en las raras ocasiones en que Duane y el viejo iban con el tío Art a pasar un fin de semana a Peoria o a Chicago. Sencillamente, no se les ocurría hacerlo.

Pero Duane no quería que las puertas estuviesen abiertas durante esta noche.

Dio un golpecito en el pequeño gancho para introducirlo en la delgada madera, se dio cuenta de que podría abrirse desde fuera con un fuerte tirón o una patada en la puerta, se burló de su propia tontería y fue a telefonear a tío Art.

El pequeño dormitorio de Mike estaba encima de lo que había sido salón, pero que ahora se había convertido en habitación de Memo. El piso alto no tenía calefacción directa sino sólo unas rejas de metal que permitían que el aire caliente subiese a las habitaciones superiores. Una de estas rejas se hallaba junto a la cama de Mike, que podía ver en el techo el débil resplandor de la lamparita de petróleo que ardía durante toda la noche en la habitación de Memo. La madre de Mike iba varias veces cada noche a ver cómo estaba Memo, y la pálida luz se lo hacía más fácil. Mike sabía que si se ponía de rodillas y miraba a través de la reja, podría ver en la cama el oscuro bulto que era Memo. Pero era incapaz de hacerlo; sería como espiarla.

Pero a veces estaba seguro de que percibía los pensamientos y los sueños de Memo a través de la reja. No eran palabras ni imágenes, pero llegaban hasta él como suspiros oídos a medias, ráfagas alternativas de cálido amor o el soplo frío de la angustia. Mike permanecía a menudo despierto en la cama de su habitación de techo bajo, y se preguntaba si, en el caso de que muriera Memo por la noche y él estuviera allí, sentiría pasar su alma a través de la reja y detenerse para envolverle en su calor, como solía hacer su cuerpo cuando él era pequeño y ella se detenía para observarle y arroparle, con la llama de su pequeña lámpara de petróleo parpadeando y silbando ligeramente en su tubo de cristal.

Mike seguía tumbado en su cama, observando las sombras de las hojas que se agitaban en el techo inclinado. No tenía ganas de dormir. Había estado bostezando toda la tarde y le habían escocido los ojos por la falta de sueño de la noche pasada, pero ahora que reinaban la oscuridad y la noche cerrada tenía miedo de cerrar los ojos. Trataba de permanecer despierto, imaginando conversaciones con el padre C., soñando en los días en que su madre todavía le sonreía y le estrechaba contra su pecho, cuando la voz de ella era menos afilada para todos y su lengua vertía ironía irlandesa pero menos amargura, y por último, soñando sólo en Michele Staffney, imaginándose sus cabellos rojos, tan suaves y hermosos como los de su hermana Kathleen, pero orlando unos ojos inteligentes y una boca expresiva en vez de la mirada lenta y las facciones flojas de su hermana.

Mike estaba a punto de dormirse cuando sintió el soplo de un aire frío que le hizo mantenerse completamente despierto.

Librodot

Hacía calor en la habitación, aunque la pequeña ventana estaba abierta. El calor de todo el día se había acumulado en el piso alto y no había una ventilación que lo dispersase. Pero el aire que había soplado junto a Mike había sido tan frío como las corrientes que pasaban por la pequeña habitación en las noches de enero, y había traído consigo un olor a carne fría y sangre congelada que Mike asociaba con los frigoríficos donde guardaban la carne de ternera en la cooperativa.

Mike saltó de la cama y se arrodilló junto a la reja. La luz de la lámpara oscilaba locamente, como si hubiese estallado una tormenta en la pequeña habitación. El frío le envolvió como si unas manos heladas le atenazasen las muñecas, los tobillos y el cuello. Esperó ver entrar corriendo a su madre en la estancia, sujetándose la bata y con los cabellos desgreñados, para ver qué pasaba; pero la casa estaba tranquila y en Silencio, salvo por los fuertes ronquidos de su padre en la habitación de atrás.

El frío fue retirándose a través de la reja, pero de pronto surgió con la fuerza de un vendaval de enero a través de unas ventanas abiertas. La lámpara de petróleo parpadeó por última vez y se apagó. A Mike le pareció oír un gemido en el rincón oscuro donde yacía Memo.

Se puso en pie de un salto, cogió un bate del rincón y bajó corriendo la escalera, con sus pies descalzos sin hacer apenas ruido en los peldaños de madera.

La puerta de Memo se dejaba siempre entreabierta, pero ahora estaba herméticamente cerrada.

Casi esperaba que la puerta estaría cerrada por dentro, cosa imposible si Memo estaba sola. Mike permaneció agazapado unos momentos fuera de la habitación, con los dedos contra la puerta, como un bombero que comprobase el calor de las llamas detrás de la madera, aunque era algo de frío lo que sentía en las puntas de los dedos, y entonces abrió la puerta de par en par y entró rápidamente, con el bate de béisbol sobre el hombro y dispuesto a golpear con él. Había bastante luz en la habitación para ver que parecía vacía, salvo por el bulto oscuro que era Memo y por el acostumbrado montón de fotografías enmarcadas sobre todas las superficies, los frascos de medicamentos, el carrito de hospital que habían comprado, la mecedora ahora inútil, el sillón predilecto del abuelo en un rincón, el viejo aparato de radio Philco que todavía funcionaba..., todos los trastos de costumbre.

Pero, allí de pie sobre las puntas de los pies y con el bate a punto Mike tenía la seguridad de que Memo y él no estaban solos. El aire frío soplaba y ondulaba a su alrededor, como un torbellino helado y maloliente.

Mike había limpiado una vez una nevera llena de trozos de pollo y de carne picada en casa de la señora Moon, después de diez días sin corriente eléctrica. Esto olía de un modo parecido, pero era más frío y repugnante.

Mike levantó el bate cuando el aire sopló sobre su cara y se arremolinó a su alrededor. Unas uñas frías rascaron su estómago y su espalda donde no estaban cubiertos por el pijama; una sensación como de labios fríos resiguió su cogote, y sintió un aliento hediondo en la mejilla, como si una cara invisible estuviese a pocos centímetros de la suya, exhalando el olor a podredumbre de la tumba

Mike lanzó una maldición y golpeó la oscuridad con el bate. El viento se agitó a su alrededor; casi podía oír un tenebroso zumbido, como si alguien le murmurase algo al oído. Los papeles sueltos que había en la habitación no se habían movido. Fuera no se escuchaba el menor ruido, salvo el débil susurro del maíz en los campos del otro lado de la calle.

Mike reprimió una segunda maldición pero golpeó de nuevo con el bate, sujetándolo con ambas manos, plantado en medio de la habitación con una pose que era de bateador y de pugilista al mismo tiempo.

El viento oscuro pareció retirarse al rincón más lejano; Mike dio un paso hacia él, miró por encima del hombro y vio la cara de Memo, pálida entre el montón de ropa oscura, y se echó atrás para que aquello, fuera lo que fuese, no pudiese pasar a su alrededor para acercarse a ella.

Se agachó delante de Memo sintiendo ahora su aliento seco en la espalda, sabiendo que al menos aún estaba viva, tratando de resguardarla del frío con el calor de su propio cuerpo.

Hubo un susurro final y un remolino de aire, casi como una risa suave, y el frío salió por la ventana abierta como agua negra que se vertiera de un tubo de desagüe.

De pronto se encendió la lámpara, y la llama sibilante y las sombras danzarinas proyectadas por la luz dorada sobresaltaron a Mike, que se incorporó de un salto, con el corazón en la garganta. Se quedó plantado allí, con el bate levantado, esperando todavía.

El frío se había ido. Por la ventana abierta penetraba solo la cálida brisa de junio y los sonidos, repetidos de repente, de los grillos y las hojas.

Mike se volvió y se acurrucó Junto a Memo, que tenía los ojos abiertos de par en par; los iris parecían completamente negros y húmedos bajo la luz. Mike se inclinó hacia delante; le tranquilizaron las rápidas exhalaciones y tocó la mejilla de su abuela con la mano que tenía libre.

-¿Estás bien, Memo?

A veces ella parecía comprender y pestañeaba para contestar: un pestañeo significaba «sí», y dos pestañeos «no». Pero estos días lo más frecuente era que no hubiese respuesta.

Un pestañeo. Sí.

-¿Había algo aquí?

Un pestañeo.

-¿Era... real?

Un pestañeo.

Mike respiró hondo. Era como hablar con una momia, salvo por los pestañeos, e incluso éstos parecían irreales bajo la media luna. Habría dado todo lo que tenía o lo que podía ganar en su vida para que Memo pudiese hablarle en aquel momento. Aunque sólo fuese por un minuto.

Carraspeó de pronto, embargado por la emoción.

-¿Era algo malo?

Un pestañeo.

-¿Era como... como un fantasma?

Dos pestañeos. No.

Mike la miró a los ojos. Entre las respuestas, no pestañeaba en absoluto. Era como interrogar a un cadáver.

Mike sacudió la cabeza, para librarse de la traidora idea.

-¿Era... era la Muerte?

Un pestañeo. Sí.

Cuando ella hubo respondido y cerrado los ojos, Mike se inclinó hacia delante para asegurarse de que todavía respiraba, y entonces le tocó de nuevo la mejilla con la palma de la mano.

-Está bien, Memo -le murmuró al oído-. Estoy aquí. Esta noche no volverá. Duerme.

Estuvo acurrucado cerca de ella hasta que la agitada y entrecortada respiración pareció normalizarse. Después fue en busca del sillón del abuelo y lo arrastró hasta cerca de la cama -aunque la mecedora habría sido más fácil de transportar, él prefería el sillón del abuelo- y se sentó en él, con el bate de béisbol todavía sobre el hombro, y el sillón y él entre Memo y la ventana.

Aquella noche, más temprano y a una manzana y media al oeste de la casa de Mike, Lawrence y Dale se preparaban para irse a la cama.

Habían estado viendo *Sea Hunt* con Lloyd Bridges a las nueve y media -su única excepción a la norma de acostarse a las nueve-, y habían subido a la planta superior. Dale fue el primero en entrar en la oscura habitación y en buscar a tientas el cordón de la luz. Aunque eran las diez, un débil resplandor del crepúsculo de cerca del solsticio penetraba aún por las ventanas.

Librodot

Tumbados en sus camas gemelas, con una separación de sólo un par de palmos, Dale y su hermano pequeño se pusieron a hablar en voz baja durante unos momentos.

-¿Cómo es que no te asusta la oscuridad? -preguntó Lawrence.

Estaba abrazado a su oso panda. El oso, al que Lawrence insistía en llamar Teddy a pesar de que Dale no paraba de decirle que era un panda y no un oso teddy o de felpa, había sido ganado hacía años en la atracción de la carrera de monos del Riverview Park de Chicago, y tenía un aspecto fatal: era tuerto, casi no le quedaba nada de la oreja izquierda, la piel de la panza se había desgastado en seis años de apretones, y la raya negra de la boca se había torcido para dar a Teddy un aire burlón y afectado.

-¿Asustarme la oscuridad? -dijo Dale-. Aquí no hay oscuridad. La lamparilla de noche está encendida.

-Ya sabes lo que quiero decir.

Dale sabía lo que su hermano quería decir. Y sabía lo duro que era para Lawrence confesar su miedo. Durante el día, el niño de ocho años no tenía miedo a nada. De noche solía pedir a Dale que le cogiese la mano para poder dormir.

-No lo sé -dijo Dale-. Soy mayor. Cuando se es mayor no se tiene miedo a la oscuridad.

Lawrence guardó silencio durante un minuto. Abajo, las pisadas de su madre apenas eran audibles al ir de la cocina al comedor. Dejaron de oírse al llegar a la alfombra del cuarto de estar. El padre no había vuelto aún de su viaje de ventas.

-Pero tú tenías miedo -dijo Lawrence, sólo preguntando a media voz.

«No era tan gallina como tú», fue la primera respuesta que se le ocurrió, pero no quiso molestar a su hermano.

-Sí -murmuró-. Un poco. A veces.

-¿De la oscuridad?

-Sí.

-¿De entrar y tener que buscar el cordón de la lámpara?

-Cuando yo era pequeño y estaba en el piso de Chicago, mi habitación, bueno, nuestra habitación, no tenía un cordón para la lámpara. Había un interruptor en la pared.

Lawrence acercó la mejilla a Teddy.

-Ojalá aún viviésemos allí.

-No -murmuró Dale, cruzando las manos detrás de la cabeza y observando cómo se movían las sombras de las hojas en el techo-. Esta casa es un millón de veces mejor. Y Elm Haven es mucho más divertido que Chicago. Teníamos que ir al Garfield Park cuando queríamos jugar, y nos tenía que acompañar alguna persona mayor.

-Me parece recordarlo -murmuró Lawrence, que sólo tenía cuatro años cuando se trasladaron. El tono de su voz volvió a ser insistente-. Pero ¿tenías miedo a la oscuridad?

-SI.

En realidad, Dale no recordaba haber tenido miedo a la oscuridad en el piso, pero no quería que Lawrence se sintiese como un cobarde.

-'Y del armario?

-Entonces teníamos un armario muy grande -dijo Dale, mirando hacia el rincón donde había uno de madera de pino pintado de amarillo.

-Pero ¿te daba miedo?

-No lo sé. No me acuerdo. ¿Por qué tienes miedo a éste?

Lawrence tardó en responder. Pareció encogerse más bajo la ropa de la cama.

-A veces se oyen ruidos en él -murmuró después de un rato.

-En esta vieja casa hay ratones, tonto. Ya sabes que mamá y papá siempre están poniendo ratoneras.

Dale aborrecía tener que inspeccionar las ratoneras. Por la noche oía con frecuencia carreras en las paredes, incluso aquí, en la segunda planta.

-No son ratones.

No había vacilación en la voz de Lawrence, aunque parecía soñoliento.

-¿Cómo lo sabes? -A su pesar, Dale sintió un escalofrío por lo que acababa de decir su hermano-. ¿Cómo sabes que no son los ratones? ¿Qué te imaginas que es? ¿Algún monstruo?

-No son ratones -murmuró Lawrence, a punto de dormirse-. Es lo mismo que está a veces debajo de la cama.

-No hay nada debajo de la cama -gruñó Dale, cansado de la conversación-. Excepto pelusa.

En vez de seguir hablando, Lawrence extendió la mano en el corto espacio entre las camas.

-¡Por favor!

Su voz era confusa por el sueño. La manga sólo le cubría la mitad del antebrazo porque se le había quedado demasiado pequeño su pijama predilecto, pero se negaba a llevar otro.

A veces Dale se negaba a sostener la mano de su hermano; después de todo, los dos eran demasiado mayores para esto. Pero esta noche era diferente. Dale se dio cuenta de que también él necesitaba tranquilizarse.

-Buenas noches -murmuró, sin esperar respuesta-. Que tengas bellos sueños.

-Me alegro de que esto no te asuste -le respondió Lawrence.

Su voz parecía venir de otro mundo, filtrada por el velo del sueño.

Dale sostuvo con la mano izquierda la de Lawrence, sintiendo lo pequeños que parecían todavía los dedos de su hermano. Cuando cerró los ojos, vio el cañón del 22 de C. J. Congden apuntándole a la cara y se despertó enseguida, con el corazón palpitante.

Dale sabía que aún había cosas oscuras que le asustaban. Pero éstos eran miedos reales, amenazas reales. Durante las próximas semanas tendría que tener más cuidado en mantenerse alejado de C. J. y de Archie.

En aquel momento se dio cuenta de que el juego a que habían estado jugando al buscar a Tubby Cooke y seguir a Roon y a los otros por ahí había terminado. Era una tontería y alguien podría salir malparado.

No había misterios en Elm Haven, nada de aventuras de Nancy Drew o Joe Hardy, con pasadizos secretos y pruebas ingeniosas, sino sólo un puñado de cretinos como C. J. y su padre, que podían causar auténtico daño si uno se interponía en su camino. Jim Harlen probablemente se había roto el brazo y el coco por andar espiando estúpidamente por aquellos andurriales. Además aquella tarde había tenido la impresión de que Mike y Kevin también se estaban cansando de todo aquel juego.

Mucho más tarde, Lawrence suspiró y se dio la vuelta en sueños, sujetando todavía a Teddy pero soltando la mano de Dale. Éste se volvió sobre el costado derecho, empezando a adormilarse. Más allá de los postigos de las dos ventanas, susurraban las hojas del alto roble y los grillos cantaban sus tontas tonadas entre la hierba. El último resplandor de la tarde se había extinguido hacía tiempo en la ventana, pero unas cuantas luciérnagas enviaban señales entre la negrura de las sombras.

Al adormecerse, le pareció oír a su madre planchando abajo, en la cocina. Durante un rato no se oyó nada en la habitación, salvo la respiración regular de los dos muchachos. Fuera, una lechuza o una paloma emitió sonidos guturales. Después, más cerca, en el armario del rincón, algo escarbó y arañó, se detuvo, y después rascó por última vez antes de guardar silencio.

13

Duane McBride había convencido a su tío Art de que el miércoles sería un buen día para ir a la biblioteca de la Universidad -Art había gastado en libros la mayor parte de su dinero durante años, pero de vez en cuando todavía le gustaba visitar una «biblioteca decente»- y salieron poco después de las ocho de la mañana.

Lo que tío Art no había gastado en libros lo había invertido en su coche, un Cadillac de un año, y Duane no hacía más que maravillarse de aquel vehículo, que por su tamaño parecía un acorazado. Tenía todos los adelantos tecnológicos conocidos en Detroit, incluido un amortiguador automático de los faros, con un sensor en forma de disparador de rayos que

Librodot

surgía de los guardabarros; parecía un invento del padre de Duane. El tío Art conducía con tres dedos sobre el volante, reclinado su voluminoso cuerpo en los cojines de su asiento.

Duane apreciaba a su tío. Art tenía una de esas caras coloradas y redondas que combinaba a la perfección con una boca que siempre parecía estar a punto de sonreír, dando la impresión de que le divertía algo que se había dicho o que iba a decirse. Generalmente, esto era verdad en el tío Art.

Art McBride era un ironista. Si el padre de Duane había caído en la amargura y el desengaño al no conseguir salir adelante, el tío Art había cultivado una resignación irónica que había impregnado de humor. El padre de Duane tendía a ver conspiraciones e intrigas en el Gobierno, en la Compañía Telefónica, en la Administración de Veteranos, en las familias más eminentes de Elm Haven, mientras el tío Art creía que la mayoría de los individuos y todas las burocracias eran demasiado estúpidos para urdir una conspiración.

Cada hermano había fracasado a su manera. El padre de Duane había visto fracasar su negocio por defectos de planificación, de tiempo y de técnicas de dirección que nunca comprendían la eficacia en toda la energía de maníaco que invertía en ellas. Además, el viejo insultaba invariablemente a todos los individuos u organizaciones indispensables para el éxito de su empresa. En cambio el tío Art sólo se había metido unas pocas veces en negocios, había gastado sus ganancias en tres esposas, todas ellas fallecidas, y tenía el convencimiento de que los negocios no se habían hecho para él. Art trabajaba en la fábrica de tractores oruga próxima a Peoria cuando necesitaba dinero. Aunque se había graduado en ingeniería y en ciencias empresariales, prefería la producción en cadena.

Duane pensaba que la tendencia a una resignación irónica y la capacidad de asumir responsabilidades no se avenían necesariamente demasiado.

-¿Qué conocimiento esotérico estás buscando en la biblioteca de Bradley? -preguntó el tío Art.

Duane se subió las gafas sobre la nariz con un dedo.

-Sólo una cosa que quería saber y no pude encontrar en Oak Hill.

-¿Has mirado en la biblioteca de Elm Haven? Es el más grande depositario de conocimientos desde la Biblioteca de Alejandría

Duane sonrió. La «biblioteca» de una habitación de Broad Avenue era motivo de bromas entre ellos desde hacía tiempo. Tenía unos cuatrocientos volúmenes. La biblioteca del tío Art tenía más de tres mil. Duane habría buscado allí información sobre la Campana Borgia, pero conocía lo bastante aquella biblioteca como para saber que Art tenía muy poco sobre la era de los Borgia.

-¿He dicho depositario de conocimientos? -siguió diciendo el tío Art-. Hubiese debido decir supositorio. Es buena cosa para cualquiera que esté sin trabajo.

-Sí -dijo Duane.

El tío Art estaba buena parte del año sin trabajo porque escaseaba la demanda de trabajadores en cadena, pero no parecía importarle.

-En serio, ¿qué estás buscando?

Tío Art apagó el acondicionador de aire y apretó un botón para bajar el cristal de la ventanilla. Entró aire cálido y húmedo. Art se pasó una mano por los cortos cabellos; Duane recordó, por las pocas veces que el tío Art se había dejado crecer el pelo, que éste era blanco y lustroso, ondulado y espeso. Generalmente lo llevaba al cepillo, como ahora. Duane recordó también que cuando él era pequeño y tío Art volvió de uno de sus largos viajes, después de la muerte de su tercera esposa, había confundido a su barbudo tío con Santa Claus.

Duane suspiró.

-Estoy buscando algo sobre los Borgia.

El tío Art pestañeó, interesado.

-¿Los Borgia? ¿Lucrecia, Rodrigo, César... y toda aquella pandilla?

-Sí -dijo Duane, incorporándose sobre los cojines-. ¿Sabes mucho sobre ellos? ¿Has oído hablar alguna vez de una campana que tenían?

-No. No sé mucho sobre los Borgia. Sólo los chismes acostumbrados sobre envenenamientos, incestos y malos papas. Me interesan más los Médicis. Esta sí que es una familia digna de estudio.

Duane asintió con la cabeza. Habían estado viajando hacia el sudeste por la Hard Road -considerada sólo como la carretera del Estado- desde Elm Haven, y ahora descendían al valle del río Spoon. Las empinadas laderas distaban aproximadamente un kilómetro y medio la una de la otra y los árboles eran aquí tan espesos que ocultaban la carretera; después se abría en un fondo tan rico y de un suelo tan negro, debido a las frecuentes inundaciones, que el maíz crecía un palmo y medio más alto que el de los campos que rodeaban Elm Haven. Las únicas construcciones visibles eran unos pocos graneros y el puente metálico de la carretera sobre el río. En el puente, una estrecha pasarela conducía a una torre de acero ondulado, en forma de silo y de no más de un metro veinte de diámetro, que se apoyaba en una base de hormigón, nueve metros más abajo. Duane sabía que sólo había en ella una escalera de caracol por la que se bajaba a un almacén de la carretera a nivel del río.

-¿Recuerdas cuando papá y tú me amenazabais con dejarme aquí si no dejaba de hacer preguntas durante el viaje a Peoria? -dijo Duane, señalando la torre de metal ondulado-. Solíais decir que la torre era una prisión para niños charlatanes. Y decíais que me recogeríais al volver a casa.

El tío Art asintió con la cabeza y encendió un cigarrillo con el encendedor del coche. Entrecerró los ojos azules para mirar hacia los espejismos que fluctuaban en la estrecha carretera, delante de ellos.

-Una advertencia que todavía está vigente, muchacho. Una pregunta más, y vas a pasar más tiempo que Thomas More en una torre cárcel.

-Thomas ¿qué? -preguntó Duane.

Le estaba dando cuerda al tío Art. Ambos eran grandes fans de Thomas More.

-¡Ése sí que es un hombre! -empezó tío Art, lanzándose a uno de sus monólogos.

Llegaron a la autopista 150 y torcieron al este en dirección a la pequeña población de Kickapoo, y después a Peoria. Duane se retrepó en los mullidos cojines del Cadillac y pensó en la Campana Borgia.

Dale, Mike, Kevin y Lawrence habían salido aquella mañana del pueblo, poco después de desayunar, dirigiéndose hacia el este por las boscosas colinas de detrás del cementerio del Calvario. Condujeron las bicis a través del propio cementerio -Mike miró hacia la puerta cerrada con candado de la barraca, pero sin decir nada a los otros muchachos- y las dejaron junto a la valla de atrás. Cruzaron los pastos, entraron en el espeso bosque, y a menos de medio kilómetro llegaron a una cantera a la que llamaban Montañas del Macho Cabrío. Aquí treparon y gritaron y arrojaron terrones durante una hora, antes de desnudarse y bañarse en la única charca poco profunda que allí había.

Gerry Daysinger, Bob McKown, Bill y Barry Fussner, Chuck Sperling, Digger Taylor y un par de muchachos más llegaron a eso de las diez, precisamente cuando Dale y los demás se estaban vistiendo. Los gemelos Fussner empezaron a gritar, y los restantes invasores comenzaron a arrojar terrones (Mike, Dale y los otros habían tenido la precaución de pasar al lado este de la cantera antes de bañarse) y ambos bandos intercambiaron insultos y terrones sobre el agua hasta que los recién llegados se dividieron en dos grupos y empezaron a correr alrededor de los bordes cubiertos de hierba de los peñascos.

-Intentan pillarnos por los flancos -dijo Mike, abrochándose los tejanos.

Kevin lanzó un terrón que cayó a diez metros del peñasco del norte. Daysinger lanzó un insulto y siguió corriendo por el borde del peñasco, deteniéndose de vez en cuando para coger una piedra del suelo y arrojarla.

Dale ayudó a Lawrence a ponerse las bambas. Lanzó un terrón, no una piedra, y tuvo la satisfacción de ver que Chuck Sperling tenía que agacharse.

Terrones y piedras llovían ahora a su alrededor, cayendo en el agua de la pequeña laguna o sobre los montones de polvo de detrás de ellos. Los invasores habían alcanzado el lado opuesto de la cantera y se acercaban desde el norte y el sur.

Pero el bosque comenzaba a seis metros más allá de la cantera y se extendía durante kilómetros.

-Recuerda -dijo Mike- que si te pillan tienes que sujetarte contra el suelo antes de que te hagan prisionero. Si te desprendes, puedes seguir corriendo.

-Sí -dijo Kevin, mirando hacia el bosque-. Vamos allá, ¿no?

Mike agarró de la camiseta al otro muchacho.

-Pero si te capturan, no les digas dónde están los campamentos ni cuáles son las contraseñas. ¿De acuerdo?

Kevin puso cara de disgusto. Jim Harlen les había fallado una vez -todavía no podían usar el que había sido Campamento Cinco debido a aquello-, pero ninguno se había chivado nunca, aunque una vez la cosa había terminado a puñetazos entre Dale y Digger Taylor.

Los atacantes se habían acercado lo suficiente para pensar que su maniobra de tenaza podía dar resultado. Silbaban terrones en el aire y caían entre la maleza. Lawrence apuntó y lanzó uno lo bastante fuerte contra Gerry Daysinger, a unos treinta pasos de distancia, para que el muchacho mayor cayese de culo en el suelo y soltase una sarta de maldiciones.

-¡Campamento Tres! -gritó Mike, para indicarles dónde debían tratar de reunirse dentro de media hora, después de haber burlado a los atacantes-. ¡En marcha!

Dale trató de no perder a Lawrence mientras corrían entre los matorrales del espeso bosque; Kevin y Mike giraron hacia el sur en dirección a Gypsy Lane y el barranco por el que fluía el Arroyo de los Cadáveres al pie de los acantilados de pizarra, y Dale y su hermano corrieron hacia el riachuelo que discurría al norte del cementerio y el oculto estanque que se encontraba a lo largo de la linde sur de la propiedad de su tío Henry y de su tía Lena.

Detrás de ellos, los gemelos Fussner, McKown y los otros gritaban y ladraban como perros raposeros en una cacería. Pero el bosque tenía aquí mucha vegetación nueva, arbolitos, arbustos, matojos y zumaques, y todos tenían demasiado trabajo en correr y perseguir o correr y huir para perder tiempo lanzando terrones.

Siempre corriendo y tirando en ocasiones de Lawrence para desviarse de algún viejo sendero o subir una cuesta, Dale trataba de mantenerse lejos de sus perseguidores mientras se imaginaba un mapa y buscaba la manera de volver al Campamento Tres sin darse de manos a boca con la pandilla perseguidora.

Resonaban en las colinas los gritos de captura y de agresión.

La biblioteca de la Universidad de Bradley no era la mejor –porque estaba especializada en educación, ingeniería y ciencias empresariales-, pero Duane la conocía y pronto encontró alguna información sobre el tema que le interesaba. Pasó del fichero a los estantes, al catálogo, a los microfilmes y de nuevo a los estantes, mientras el tío Art, sentado en uno de los sillones de la sala principal, repasaba diversos diarios y revistas de los últimos dos meses.

En realidad no había mucho material sobre los Borgia, y menos aún sobre la campana. Duane tuvo que desbrozar todos los datos superficiales antes de encontrar la primera clave.

Fue una pequeña nota en un largo pasaje sobre la coronación de los Papas:

> Fue un escándalo para los italianos y una sorpresa incluso para sus parientes españoles cuando Su Excelencia Don Alfonso de Borja, arzobispo de Valencia, cardenal de Quattro Coronati, fue elegido papa a los setenta y siete años en el Cónclave de 1455. Pocos discutieron que las cualidades principales del cardenal fueran su edad avanzada y su delicado estado de salud; el Cónclave necesitaba un papa de transición y nadie dudaba de que Borgia, como los italianos habían suavizado el tosco apellido español, sería precisamente el Sumo Pontífice.

> Como papa Calixto III, Borgia pareció encontrar una renovada energía en su posición y procedió a consolidar el poder papal y a lanzar una nueva Cruzada, que resultó ser la última, contra el dominio de Constantinopla por los turcos.
>
> Para celebrar su papado y la gloria de la Casa Borgia, Calixto III encargó una gran campana, que debía forjarse con metal extraído de los fabulosos montes de Aragón. Se forjó la campana. Según la leyenda, el hierro fue extraído de la famosa Piedra Estrella Coronati, posiblemente un meteorito, pero realmente una fuente de material de la más alta calidad para los metalistas de Valencia y de Toledo durante varias generaciones. Fue exhibida en Valencia en 1457 y enviada a Roma con una majestuosa comitiva que se entretuvo para otras exhibiciones en todas las ciudades importantes de los reinos de Aragón y de Castilla. Y resultó que se entretuvo demasiado.
>
> La campana triunfal de Calixto III llegó a Roma el 7 de agosto de 1458. Pero el papa de ochenta años no pudo admirarla; había muerto la noche anterior en sus habitaciones privadas.

Duane buscó en el índice y leyó por encima el resto del libro; pero no volvía a mencionar la campana de Calixto III. Hizo una rápida excursión al fichero y volvió con notas para encontrar libros que mencionaban al sobrino Rodrigo del papa Calixto.

Había mucha información sobre Rodrigo. Duane escribió rápidamente, contento de haber traído varias libretitas.

El cardenal de veintisiete años, Rodrigo Borgia, había sido el principal inspirador del Cónclave de 1458. Ni remotamente candidato al papado, el joven Borgia había influido ingeniosamente en la elección del próximo pontífice consiguiendo apoyo para el obispo Aeneas Silvius Piccolomini, que salió del Cónclave como papa Pío II. Pío II no olvidó la ayuda del joven cardenal cuando la había necesitado, y el antiguo Piccolomini se aseguró de que los años siguientes fuesen prósperos para el joven Rodrigo Borgia.

Pero no se mencionaba ninguna campana. Duane leyó rápidamente dos libros y hojeó un tercero antes de encontrar la clave siguiente. Era un relato escrito por el propio Piccolomini. El papa Pío II parecía haber sido un cronista nato, más historiador que teólogo. Sus notas sobre el cónclave de 1458, prohibidas por las normas y la tradición, mostraban con gran detalle cómo había inducido a Rodrigo Borgia a apoyarle y lo importante que había sido su apoyo. Y en un pasaje referente al Domingo de Ramos de 1462, o sea cuatro años más tarde, Pío II describía una magnífica procesión celebrada en honor de la llegada de la cabeza de San Andrés a Roma. Duane sonrió al leer esto: una celebración por la llegada de una cabeza. El pasaje era bastante elocuente:

> Todos los cardenales que vivían a lo largo del trayecto habían adornado magníficamente sus casas, pero todos eran superados en gastos, esfuerzo e ingenio por Rodrigo, el vicecanciller. Su enorme e imponente mansión, que había construido donde había estado la antigua casa de la moneda, estaba cubierta de ricos y maravillosos tapices, y además había levantado un magnífico dosel del que pendían muchas y variadas maravillas. Sobre el dosel, enmarcada por un complicado y decorativo trabajo en madera, pendía la gran campana encargada por el hermano del vicecanciller, Nuestro predecesor. A pesar de su novedad, se decía que la campana había sido talismán y fuente de poder para la Casa Borgia.
>
> La procesión se detuvo delante de la fortaleza del vicecanciller, un lugar de dulces canciones y sonidos, o un gran palacio resplandeciente de oro, como dicen que era el de Nerón. Rodrigo había adornado no sólo su propia casa para Nuestra celebración, sino también las próximas, de manera que toda la plaza parecía una especie de parque rebosante de bulliciosos festejos.

> Ofrecimos bendecir la casa de Rodrigo y la campana, pero el vicecanciller declaró que la campana había sido consagrada a su manera dos años antes, cuando fue construido el palacio. Perplejos, continuamos con Nuestra preciosa reliquia a través de las devotas y alegres calles.

Duane sacudió la cabeza, se subió las gafas y sonrió. La idea de que aquella campana se encontraba olvidada en el cerrado campanario de Old Central le parecía inverosímil.

Comprobó sus notas, revisó los estantes, sacó algunos otros libros y volvió a su mesa de estudio. Había más.

El Campamento Tres estaba en una ladera a menos de medio kilómetro al nordeste del cementerio. El bosque era allí espeso, con las ramas de los árboles a un metro y medio del suelo en muchos lugares y la maleza dificultando el paso, salvo en los pocos senderos que habían abierto el ganado y los cazadores a través de la espesura. El Campamento Tres parecía un bosquecillo más de arbustos visto desde todos los ángulos, con múltiples troncos del grueso de la muñeca de un niño y una maraña de ramas en lo alto que casi se confundían con el dosel de hojas de los árboles. Pero si uno se ponía de rodillas en el sitio adecuado y se arrastraba en el laberinto de zarzas y tallos en la dirección exacta, aparecía la entrada a un lugar realmente maravilloso.

Dale y Lawrence fueron los primeros en llegar, jadeando y mirando por encima del hombro, oyendo los gritos de McKown y de los otros a tan sólo cien metros detrás de ellos. Se aseguraron de que nadie les veía, se pusieron a cuatro patas sobre la herbosa ladera y se arrastraron al interior del Campamento Tres.

El interior era tan sólido y seguro como una choza de techo abovedado, de dos metros y medio de diámetro en un círculo casi perfecto; la pared de arbustos permitía mirar al exterior por algunas rendijas, pero hacía completamente invisibles a sus ocupantes desde fuera. Algún capricho de la naturaleza, debido tal vez a los arbustos que parecían haber montado allí una empalizada, hacía que el suelo fuese casi nivelado pese a que el resto de la ladera era bastante empinado. En el círculo crecía una hierba baja y suave que proporcionaba una superficie tan lisa como el césped de un golf en miniatura.

Dale se había escondido una vez en el Campamento Tres durante una fuerte tormenta de verano y había quedado tan seco como si hubiese estado en su habitación. Un invierno de nieve, él, Lawrence y Mike habían caminado a través del bosque y habían encontrado el Campamento Tres con algún esfuerzo porque los árboles Y arbustos parecían completamente distintos sin su follaje, pero se habían arrastrado al interior y habían visto que casi no había nieve en él y que la empalizada circundante los ocultaba tan bien como siempre.

Ahora él y su hermano estaban tumbados allí, jadeando lo más silenciosamente posible y escuchando los gritos excitados de McKown y de los otros que corrían entre los árboles.

-¡Vinieron por aquí! -dijo la voz de Chuck Sperling.

Estaba en el viejo sendero que pasaba a seis metros del Campamento Tres. De pronto se oyó un rumor y unos chasquidos en el exterior; Dale y Lawrence levantaron como lanzas los palos que llevaban y Mike O'Rourke se deslizó por el bajo túnel. Mike tenía la cara colorada y los ojos azules brillantes. En la sien izquierda llevaba una fina línea de sangre producida por alguna rama. Sonreía ampliamente.

-¿Dónde es...? -empezó a decir Lawrence.

Mike le tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza.

-Ahí fuera -murmuró.

Los tres muchachos se tumbaron de bruces sobre la hierba, con las caras pegadas a los tallos de los arbustos.

-¡Maldita sea! -dijo Digger Taylor desde menos de un metro y medio cuesta arriba-. Yo vi a O'Rourke que venía por aquí.

-¡Barry! -Ahora era la voz de Chuck Sperling, que gritaba fuera de la espesura-. ¿Les ves por ahí abajo?

-No -gritó el más gordo de los gemelos Fussner-. Nadie ha bajado por el sendero.

-¡Mierda! -dijo Digger-. Yo lo vi. Y esos estúpidos de Steward también corrían en esta dirección.

En el Campamento Tres, Lawrence cerró un puño y empezó a levantarse. Dale tiró de su hermano hacia abajo, aunque uno podía ponerse en pie dentro del círculo sin ser visto. Dale impuso silencio con un ademán, pero no pudo contener una sonrisa al ver lo colorado que se ponía Lawrence. Aquel fuerte rubor era señal segura de que su hermano estaba a punto de bajar la cabeza y embestir a alguien. Lo había visto bastante a menudo.

-Tal vez volvieron cuesta arriba hacia el cementerio o dieron vuelta hacia la mina a cielo abierto.

Era la voz de Gerry Daysinger, a menos de cinco metros del Campamento.

-Miremos primero por aquí -ordenó Sperling en el tono de superioridad que empleaba en la Pequeña Liga, porque su padre era el entrenador.

Mike, Dale y Lawrence sostenían sus palos como rifles, mientras escuchaban los golpes que los muchachos daban en la maleza de la ladera, buscando detrás de troncos caídos y hurgando entre los arbustos.

Alguien introdujo realmente un palo en el lado sur del Campamento Tres; pero era como pinchar una pared maciza. A menos que uno conociese los recovecos del lado este y se deslizase por un agujero más estrecho que una tubería de cloaca, no tenía manera de encontrar la entrada.

O por lo menos así lo esperaban ansiosamente los muchachos en el Campamento Tres.

Sonaron gritos en el sendero, más arriba.

-Han pillado a Kev -murmuró Lawrence, y Dale asintió con la cabeza y le impuso silencio de nuevo.

El ruido de botas y de bambas se alejó en el sendero. Se oyeron gritos. Mike se sentó en el suelo y sacudió la hierba y los restos de polvo de su camiseta a rayas.

-¿Crees que Kev nos delatará? -preguntó Dale.

Mike sonrió.

-No. Quizá les muestre el Campamento Cinco o la Cueva. Pero no el Campamento Tres.

-Ellos ya saben dónde está el Campamento Cinco desde el verano pasado -dijo Lawrence en voz baja, ahora que ya no tenía necesidad de hacerlo-. Y no utilizamos la Cueva.

Mike se limitó a hacer un guiño.

Permanecieron tumbados durante otra media hora, cansados después de dos horas de carrera por el monte y de la descarga de adrenalina originada por la persecución. Compararon situaciones apuradas, lamentaron la captura de Kevin -sería un prisionero si no se pasaba a ellos para ayudarles en la caza- y sacaron cosas de los bolsillos para comer. Ninguno había traído una auténtica ración; pero Mike había guardado una manzana en el bolsillo del tejano. Dale tenía una barra de Hershey de almendra que se había derretido y sobre la que se había sentado repetidamente, y Lawrence traía una cajita Pez en la que quedaban algunos caramelos. Comieron lo que llevaban con satisfacción, y se tumbaron para contemplar los pequeños fragmentos de luz de sol y de cielo visible entre el casi macizo techo de ramas.

Estaban discutiendo si debían marcharse para montar una emboscada cerca de la cantera, cuando de pronto Mike les impuso silencio y señaló cuesta arriba.

Dale se tendió de bruces, acercando la cara a los troncos de los arbustos, tratando de encontrar una de las pocas posiciones desde las que pudiese atisbar el sendero.

Vio unas botas. Unas botas de hombre, grandes y de color marrón. Durante unos instantes pensó que aquel tipo llevaba unas vendas sucias de barro, pero entonces se dio cuenta de que eran lo que le había dicho Duane que usaban los soldados. ¿Cómo lo había llamado? «Polainas.» Había alguien plantado a menos de dos metros del Campamento Tres, que llevaba

Librodot

botas y polainas. Dale sólo podía ver un trozo de pernera de lana marrón abombada por encima de aquellas envolturas que parecían vendas.

-¿Qué...? -murmuró Lawrence, esforzándose en ver.

Dale se volvió y le tapó la boca. Lawrence se liberó Y le dio un golpe, pero guardó silencio.

Cuando Dale miró de nuevo, las botas habían desaparecido. Mike le dio una palmada en el hombro y señaló con la cabeza hacia la pared este del círculo.

Unas pisadas aplastaron hojas y rompieron ramitas delante mismo de la entrada secreta.

Duane estaba encontrando más de lo que realmente quería saber sobre los Borgia.

Leía rápidamente y por encima, como acostumbraba a hacer cuando trataba de acumular una gran cantidad de información en su cerebro en el menor tiempo posible. Esto le producía una sensación extraña; Duane lo comparaba con el efecto producido por uno de sus aparatos de radio de confección casera cuando estaba mal sintonizado y captaba varias emisoras al mismo tiempo. Esta clase de aprendizaje a gran velocidad le fatigaba y mareaba un poco; pero no tenía alternativa. El tío Art no se iba a pasar todo el día en la biblioteca.

Lo primero que aprendió fue que casi todo lo que sabía sobre los Borgia por el «acervo común» estaba equivocado o tergiversado. Se detuvo un momento, chupando la varilla de las gafas y sin mirar a ninguna parte, reconociendo que este hecho inicial de inseguridad en el conocimiento general afectaba a la mayor parte de las cosas serias que había aprendido en los últimos años. Nada era tan sencillo como pretendían los idiotas. Se preguntó si esto sería una ley fundamental del universo. En tal caso, le horrorizaba pensar en los años que tendría que pasar tratando de desaprender antes de poder empezar a aprender de veras. Examinó los estantes del sótano, los miles y miles de libros, y se desanimó al pensar que nunca podría leerlos todos, que nunca podría comparar las opiniones, los hechos y los puntos de vista contrapuestos que contenía aquel sótano, y mucho menos en todas las bibliotecas de Princeton, Yale, Harvard y todas las otras universidades que quería visitar y en las que quería aprender.

Salió de su ensimismamiento, puso las gafas en su sitio y repasó las notas que había tomado. Primero: más que culpable, Lucrecia Borgia parecía ser víctima de la mala fama en todas las leyendas que habían llegado a conocimiento de Duane: nada de un anillo con veneno para acabar con los amantes y los invitados a una cena; nada de banquetes con cadáveres amontonados como haces de leña al servirse el postre. No; Lucrecia aparecía como víctima de historiadores malévolos. Duane miró algunos de los volúmenes amontonados sobre su mesa: la *Historia de Italia* de Guicciardini, *El Príncipe* de Maquiavelo y sus *Discursos* y extractos de *La Historia de Florencia y las Cosas de Italia*, los Comentarios de Piccolomini-Pío, el libro de Gregorovius sobre Lucrecia, el *Liber Notarum* de Burchard, con sus notas sobre las trivialidades de la corte papal durante aquel período. Pero nada más sobre la campana.

Entonces, cediendo a una corazonada, examinó las fuentes originales sobre Benvenuto Cellini, uno de los personajes históricos predilectos de su padre, aunque Duane sabía que el turbulento artista había nacido en 1500, ocho años después de que Rodrigo Borgia se convirtiese en el papa Alejandro VI.

En una ocasión, Cellini escribió sobre su encarcelamiento en el castillo de Sant Angelo, la enorme e imponente masa de piedra que había construido Adriano como mausoleo de la familia mil cuatrocientos años antes. El papa Alejandro VI, Rodrigo Borgia, había hecho fortificar y reformar el inmenso sepulcro como lugar de residencia. Habitaciones y recintos de piedra, que sólo habían conocido cadáveres, oscuridad y deterioro durante más de mil años, se habían convertido en hogar y fortaleza del papa Borgia.

Cellini había escrito sobre esto:

> Fui encerrado en un sombrío calabozo por debajo del nivel de un jardín encharcado y que estaba lleno de arañas y de gusanos venenosos. Me arrojaron un horrible colchón de tosco cáñamo, no me dieron de cenar y cerraron cuatro puertas tras de mí. Durante una hora y media cada día, recibía un poco de luz tenue que penetraba en aquella terrible caverna a través de una abertura muy estrecha. El resto del día y de la noche, moraba en la oscuridad. Y ésta era una de las celdas menos espantosas. Por mis desdichados compañeros tuve noticia de las almas condenadas que pasaron sus últimos días en los pozos más viles, las profundas mazmorras instaladas en el fondo del hueco donde estaba la infame Campana del malvado papa Borgia. Circuló por Roma y las provincias el rumor de que esta campana había sido fundida con metal maligno, consagrada con malas acciones y colgada, incluso ahora, como signo manifiesto del pacto entre el antiguo papa y el mismo Diablo. Cada uno de los que estábamos en aquellas celdas, acurrucados en una agua rancia y comiendo mendrugos asquerosos, sabíamos que el toque de aquella campana anunciaría el fin del mundo. Confieso que había veces en que de buen grado habría escuchado aquel toque.

Duane tomó rápidamente notas. Su curiosidad iba en aumento. No volvía a mencionarse la campana en la autobiografía o las notas de Cellini, pero un pasaje anterior sobre el artista Pinturicchio, evidentemente más contemporáneo del papa Borgia que el propio Cellini, parecía revelador:

> Por orden y en interés de su papa...

Duane comprobó para estar seguro de que este papa era Alejandro, o sea Rodrigo Borgia. Lo era.

> Por orden y en interés de su papa, este pequeño artista sordo y bajito...

Duane releyó rápidamente unas hojas para asegurarse de que Cellini hablaba del Pinturicchio, el artista de Borgia. Así era.

> ... mezquino y de apariencia tal cual era, empezó a pintar los murales que llenaron la Torre Borgia con sorprendente efecto, culminando en el Salón de los Siete Misterios de los tenebrosos Apartamentos Borgia.

Duane suspendió la lectura del pasaje de Cellini para consultar sobre la Torre Borgia. Una guía de las construcciones vaticanas decía que era la maciza torre que el papa Alejandro VI había ordenado añadir al palacio del Vaticano. Una adición anterior del papa Sixto había sido un oscuro y aireado almacén llamado Capilla Sixtina. El papa Inocencio había preferido una agradable casa de verano en el fondo de los jardines del Vaticano. Borgia construyó una torre. Una nota, en un volumen sobre arquitectura de 1886, mencionaba que la Torre Borgia había sido diseñada con un macizo campanario en lo alto de la fortaleza en forma de columna; pero nadie, salvo el papa y sus hijos ilegítimos, podían ascender a aquella altura de la torre a través de un laberinto de puertas cerradas y pasillos.

Duane volvió a las notas de Cellini:

> Pinturicchio, por orden del pontífice, descendió a la Ciudad Muerta, debajo de la Ciudad, en busca de inspiración y modelos para los murales de la Vivienda Borgia. No eran las catacumbas cristianas, con sus huesos santificados, sino las excavaciones al azar de la Roma pagana, en toda su gloria decadente.

> Se decía que el Pinturicchio llevaba aprendices y colegas curiosos en aquellas expediciones subterráneas: imaginaos la luz de las antorchas a lo largo de aquellos túneles llenos de despojos de los césares, las entradas en las cámaras, los pasillos, las moradas, las calles enteras de muertos romanos, yaciendo como arterias olvidadas debajo de los callejones llenos de hierba de nuestra ciudad viviente pero reducida; imaginaos las exclamaciones cuando el Pinturicchio, después de espantar a las ratas gigantescas y a las bandadas de murciélagos que se alimentaban de desechos y de oscuridad, levantó su antorcha para iluminar las decoraciones paganas de hombres que habían muerto hacía quince siglos y más.
>
> Este hombrecillo e impío artista llevó aquellos dibujos e imágenes paganas a las dependencias del papa Borgia en su Torre. Dentro de las cámaras secretas más privadas del papa corrompido, prevalecieron estas imágenes paganas, cubriendo paredes, arcos, techos e incluso la maciza campana de hierro que se decía que era talismán del Borgia en lo alto de la Torre.
>
> Los ignorantes aún las siguen llamando pinturas «grotescas» porque fueron encontradas y copiadas en profanas cavernas subterráneas, o grotte, en la oscuridad de debajo de Roma.

El tío Art se inclinó sobre el hombro de Duane y dijo:

-Qué, ¿ya nos podemos marchar?

El muchacho se sobresaltó, se acomodó las gafas sobre la nariz y se sonó.

-Espera un momento.

Mientras el tío Art miraba con impaciencia los estantes próximos, Duane hojeó los últimos volúmenes. Sólo encontró otra mención de la campana, que de nuevo estaba relacionada con el arte de aquel insignificante pintor de murales llamado Pinturicchio.

> Pero en la cámara que conducía del Salón de los Siete Misterios a la escalera cerrada que ascendía a la torre de la campana donde sólo podían subir los Borgia, el pintor había reproducido la esencia de los murales enterrados y olvidados que había estudiado a la luz de las antorchas mientras goteaba agua de la piedra rota. En lo que más tarde sería llamado Salón de los Santos, debido a los siete grandes murales que allí había, el Pinturicchio había terminado su encargo llenando todos los espacios entre las pinturas, todos los arcos, rincones y columnas, con cientos -algunos expertos dicen miles- de imágenes de toros.
>
> El misterio no es que apareciesen toros en su obra o en este lugar oculto; el toro era el emblema de la familia Borgia; el benévolo buey había sido, desde hacía tiempo, metáfora de la procesión papal.
>
> Pero estos toros, repetidos casi hasta el infinito en los oscuros pasillos, grutas y entrada a la escalera prohibida sobre el Salón de los Siete Misterios, no eran ninguno de aquellos emblemas.
>
> No era el símbolo noble de los Borgia, ni el buey pacífico. En estas dependencias había sido reproducida innumerables veces la estilizada pero inconfundible figura del toro del sacrificio de Osiris, el dios egipcio que imperaba en el reino de los muertos.

Duane cerró el libro y se quitó las gafas.

-¿Listo ya? -preguntó el tío Art.

Duane asintió con la cabeza.

-Podríamos probar en aquel McDonald's de War Memorial Drive, donde sirven a los clientes en los coches. Las hamburguesas cuestan veinticinco centavos, pero son bastante buenas.

Duane asintió con la cabeza, mientras seguía pensando, y siguió al tío Art fuera del sótano y a la luz del día.

Las pisadas fuera del Campamento Tres se habían detenido. No habían retrocedido ni se habían alejado; simplemente se habían detenido. Mike, Dale y Lawrence esperaban agachados junto a la baja entrada, casi sin atreverse a respirar para no hacer ruido. Los sonidos del bosque sonaban muy claros: una ardilla chillando contra alguien o algo cuesta arriba, en dirección a la propiedad del tío Henry de Dale; algún grito ocasional de la pandilla de Chuck Sperling, ahora bastante lejos, probablemente al sur de la cantera; el graznido de los cuervos en las copas de los árboles de la otra colina, cerca del cementerio del Calvario. Pero ningún ruido desde detrás del círculo de arbustos, donde debía de estar esperando el soldado invisible.

Dale se deslizó atrás, hacia su anterior punto de observación, pero no vio nada.

De pronto sonó un ruido precipitado en el exterior, unas pisadas que repicaban en el sendero. Susurraron hojas, y los arbustos del lado este del Campamento Tres se agitaron al forzar alguien la estrecha abertura. Dale saltó a un lado y levantó el palo. Mike hizo lo mismo en el otro lado. Lawrence se agachó, con la estaca preparada.

Se levantaron unas ramas, se agitaron las hojas, y Kevin Grumbacher entró a rastras en el herboso círculo.

Dale y Mike se miraron, bajaron los palos defensivos y respiraron con fuerza.

Kevin les hizo un guiño.

-¿Qué ibais a hacer? ¿Romperme la cabeza?

-Creíamos que eran ellos -dijo Lawrence, bajando el palo con expresión de disgusto.

A Lawrence le gustaba la pelea.

Dale pestañeó, y entonces se dio cuenta de que los otros no habían visto las botas ni las polainas del hombre. Mike y Lawrence pensaban probablemente que el ruido en el exterior había sido causado por la banda de Sperling.

-¿Vienes solo? -preguntó Mike, agachándose para mirar a lo largo del túnel de ramas.

-Claro que vengo solo. Si no viniera solo, no habría vuelto.

Lawrence miró con ceño al chico mayor.

-No les has hablado del Campamento, ¿verdad?

Kevin dirigió una mirada de disgusto al hermano de Dale y se dirigió a Mike.

-Dijeron que me aceptarían en su bando si les decía dónde teníamos los escondites. Me negué. Entonces el imbécil de Fussner me ató los brazos a la espalda con una cuerda para tender la ropa y me llevaron con ellos como si fuese su esclavo o algo parecido.

Kev extendió los brazos para mostrar las señales rojas en las muñecas y los brazos.

-¿Cómo pudiste escapar? -preguntó Dale.

Kevin sonrió, con los grandes dientes, los cabellos cortados al cepillo y la nuez de Adán subiendo y bajando, en una divertida imagen del muchacho satisfecho de sí mismo.

-Cuando empezaron a perseguirnos por aquí, Fussner no pudo seguir tirando de mí. El estúpido me ató a un árbol y corrió sendero arriba para ver hacia dónde iban los otros. Como aún tenía los dedos libres, me eché atrás y pude desatar la cuerda.

-Quedaos aquí -murmuró Mike y se deslizó por la abertura sin tocar una rama.

Los otros tres permanecieron sentados en silencio durante varios minutos, Kev frotándose las muñecas y Lawrence comiendo algunos Milk Duds que había traído consigo. Dale, mientras, esperaba un grito, una pelea, alguna señal del hombre al que había visto a través de los arbustos.

Mike volvió a entrar.

-Se han marchado. He oído sus voces por allá, por la Seis del Condado. Parece que Sperling y Digger se marchan a casa.

Librodot

-Sí -dijo Kevin-. Se estaban cansando de esto. Dijeron que tenían cosas mejores que hacer en casa. Daysinger quería que se quedasen. Los Fussner querían ir con Sperling.

Mike asintió con la cabeza.

-Daysinger y McKown se quedarán por ahí, esperando a que salgamos para tendernos una emboscada. -Con el palo dibujó un mapa en un trozo de suelo sin hierbas cerca de la entrada-. Estoy seguro de que Gerry volverá a la cantera donde hay montones de terrones, para poder vernos si volvemos desde los pastos del tío de Dale o desde los bosques y Gypsy Lane hacia aquí. Probablemente él y Bob se ocultarán en esta tierra alta... -Marcó los senderos, las charcas de la cantera, y un montículo en el lado oeste de los montones de grava-. Hay una especie de hoyo en la cima de la colina más alta, ¿os acordáis?

-Acampamos allí hace un par de veranos -dijo Dale.

Lawrence sacudió la cabeza.

-Yo no me acuerdo.

Dale le dio un codazo.

-Eras demasiado pequeño para pasar con nosotros una noche fuera de casa. -Miró de nuevo a Mike-. Continúa.

Mike trazó unas rayas en la tierra, mostrando un camino desde el Campamento Tres, por encima de la colina, a través de los bosques y los pastos de más allá del cementerio, y subiendo por detrás de la montaña de grava donde imaginaba que esperarían Daysinger y McKown.

-Mirarán en estas tres direcciones -dijo, dibujando unas flechas hacia el sur, el este y el oeste-. Pero si nos escondemos en los pinares de la vertiente sur, podremos subir hasta ellos sin que nos vean.

Kevin frunció el entrecejo, mirando el mapa.

-Los últimos quince metros estaremos al descubierto. Aquella cima sólo es de tierra.

-Cierto -dijo Mike, sin dejar de sonreír-. Tendremos que andar en total silencio. Pero recordad que los huecos en su pequeño fuerte se hallan todos en la otra dirección. Si no hacemos ruido, estaremos encima y detrás de ellos antes de que se den cuenta de nada.

Dale sintió crecer su entusiasmo.

-Y podremos recoger terrones mientras subamos. Tendremos muchas municiones.

Kevin seguía con el ceño fruncido.

-Si nos pillan en campo abierto, estaremos perdidos. Quiero decir que han estado arrojando piedras.

-Si lo hacen -dijo Mike- también nosotros podremos arrojarlas. -Les miró-. ¿Quién está conmigo?

-¡Yo! -votó Lawrence, casi gritando.

Su cara resplandecía de entusiasmo.

-Sí -dijo Dale, estudiando todavía el mapa y pensando cómo había concebido Mike el complicado plan casi sin vacilación.

Cada palmo del camino que había dibujado entre el Campamento Tres y la colina de tierra quedaba perfectamente disimulado. Dale había recorrido estos bosques durante años, pero no se le habría ocurrido utilizar el hoyo de detrás del cementerio como refugio.

-Sí -dijo otra vez-. Hagamos lo que dices.

Kevin se encogió de hombros.

-Con tal de que no me hagan otra vez prisionero...

Mike les hizo un guiño, cerró un puño y luego se agachó para meterse en la abertura. Los otros le siguieron, haciendo el menor ruido posible.

-Pareces preocupado, chico -dijo el tío Art cuando volvían a casa. Estaban descendiendo al valle del río Spoon. El cielo se hallaba despejado y el calor de junio parecía haber aumentado después de las horas que habían pasado en la biblioteca con aire acondicionado y sin

humedad. El tío Art había bajado las ventanillas, aunque el acondicionador de aire del Caddy zumbaba al mismo tiempo que el que entraba a ráfagas por ellas. Miró a Duane-. ¿Puedo ayudarte en algo?

Duane vaciló. Por alguna razón, no parecía adecuado contárselo todo a tío Art. Pero ¿por qué? Lo único que hacía era buscar alguna información antigua acerca de Old Central. Pasaron zumbando por el puente sobre el río Spoon. Duane miró el agua oscura de allá abajo, serpenteando hacia el norte bajo las altas ramas, y después miró de nuevo a su tío. «¿Por qué no?»

Duane le habló de los artículos periodísticos. De la Campana Borgia. De los escritos de Cellini que había encontrado en la biblioteca. Cuando terminó, se sintió extrañamente cansado y confuso, como si hubiese explicado algo vergonzoso sobre sí mismo. Pero al mismo tiempo se sentía aliviado.

El tío Art se puso a silbar y de momento no dijo nada, tamborileando con los dedos sobre el volante. Sus ojos azules parecían enfocar algo que no era la Hard Road. Llegaron a la carretera sin asfaltar que torcía hacia el norte, en dirección a la Seis del Condado. El tío Art giró a la derecha, reduciendo la marcha para que el Cadillac no levantase piedras contra el chasis o saltase con demasiada violencia en los baches.

-¿Crees que esa campana todavía estará allí? -preguntó al fin-. ¿Crees que aún estará en el colegio?

Duane se ajustó las gafas.

-No lo sé. Nunca había oído hablar de ella. ¿Y tú?

El tío Art sacudió la cabeza.

-En todos los años que he vivido aquí no he oído nada. Desde luego ha sido desde después de la guerra. Era la familia de tu madre la que tenía raigambre en la región. De todas maneras, habría oído algo si esa campana hubiese sido de conocimiento general.

Llegaron a la confluencia de la Seis con la Jubilee College Road, y el tío Art detuvo el coche. Su casa estaba a cinco kilómetros al este por la empedrada Jubilee College Road, pero tenía que llevar a Duane a la suya. Al frente y a su izquierda, la Taberna del Arbol Negro apenas resultaba visible debajo de los olmos y los robles. Ya había unas cuantas camionetas aparcadas aunque todavía era temprano por la tarde. Duane desvió la mirada antes de saber si la camioneta del viejo estaba entre ellas.

-¿Sabes una cosa? -dijo el tío Art-. Preguntaré por esa campana en el pueblo a algunos de esos vejestorios a los que conozco, y también veré si hay algo sobre la leyenda de esa maldita campana en mi casa. ¿De acuerdo?

Duane se animó.

-¿Crees que puedes tener algo sobre ella?

El tío Art se encogió de hombros.

-Tal vez tenga más de mito que de metal. Pero siempre me han interesado las cosas sobrenaturales; me gusta desacreditarlas. Así que echaré un vistazo a mis libros de consulta: Crowley y otras obras parecidas. ¿Te parece bien?

-¡Magnífico! -dijo Duane.

Era como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

Miró antes de bajar la primera cuesta. ¡La camioneta de su padre no estaba en la Taberna del Arbol Negro! Tal vez fuera un buen día. Más allá del cementerio, Duane vio un montón de bicicletas cerca de la valla de atrás: podían ser de Dale y de los otros chicos, y si se apeaba ahora los encontraría en el bosque. Pero sacudió la cabeza. Ya había robado demasiado tiempo a sus quehaceres.

El viejo estaba en casa y sereno, y trabajaba en su huerto que ocupaba una extensión de treinta áreas. Tenía la cara tostada por el sol y parecía tener ampollas en las manos, pero estaba de buen humor y el tío Art se quedó a tomar una cerveza mientras Duane bebía una RC Cola y escuchaba su conversación. El tío Art no mencionó en ningún momento la campana.

Después de marcharse su tío, Duane se arremangó las mangas de la camisa de franela y salió a desherbar, escardar y trabajar los surcos con el viejo. Lo hicieron en amigable silencio durante una hora o dos y después fueron a lavarse para la cena. El viejo se entretuvo con una de sus nuevas máquinas mientras Duane cocinaba las hamburguesas y el arroz y preparaba el café.

Hablaron de política durante la cena. El viejo se refirió a su trabajo en pro de Adlai Stevenson en las anteriores elecciones.

-No sé qué decir de Kennedy -dijo-. Seguro que obtendrá la nominación. Yo no he confiado nunca en los millonarios, aunque sería buena cosa que fuese elegido un católico. Acabaría con una de las discriminaciones del país.

Refirió la infructuosa campaña de Alfred E. Smith en 1928.

Duane había leído algo sobre aquello pero escuchó y asintió con la cabeza, contento de estar con el viejo cuando permanecía sereno y no estaba irritado contra alguien.

-Así que un católico tiene pocas probabilidades de ser elegido -concluyó el viejo.

Siguió sentado un momento, asintió con la cabeza, como confirmando que no había ningún punto flaco en su análisis, y se puso en pie para recoger la mesa, enjuagar los platos bajo el grifo y dejarlos a un lado para lavarlos después.

Duane miró al exterior. Eran más de las cinco, todavía temprano pero la sombra del álamo de detrás de la casa ya se estaba proyectando en la ventana. Hizo la pregunta que había tenido toda la tarde, tratando de mantener la voz natural.

-¿Vas a salir esta noche?

El viejo se detuvo cuando estaba llenando el fregadero. El vapor le había enturbiado las gafas. Se las quitó y las enjugó con el faldón de la camisa, como considerando la pregunta.

-Supongo que no -dijo al fin-. Tengo algunas cosas que hacer en el taller y pensé que podríamos terminar aquella partida de ajedrez que se está cubriendo de polvo.

Duane asintió con la cabeza.

-Será mejor que vuelva a mis deberes -dijo, terminando el café y dejando la taza sobre el tablero.

Estaba ya en el granero, con el cubo del forraje en la mano, cuando se permitió esbozar una sonrisa.

El ataque por sorpresa fue un éxito total.

Aunque los últimos diez metros habían sido bastante difíciles, al tener que subir arrastrándose sobre la panza por la polvorienta pendiente, sin nada que les protegiese si McKown o Daysinger miraban por encima de sus murallas, Mike, Kev, Lawrence y Dale se habían salido con la suya, a pesar de unas ahogadas risitas nerviosas por parte de Lawrence, y cuando llegaron a la cima sorprendieron a Gerry y a Bob mirando en otra dirección, con sus municiones de terrones amontonados a dos metros detrás de ellos.

Mike fue el primero en lanzar un proyectil y alcanzó a Bob McKown en la espalda, encima mismo de la cintura. Entonces los seis chicos se enzarzaron en un combate desde cerca, lanzándose terrones al tiempo que trataban de protegerse la cara, y después agarrándose y luchando alrededor del borde de la cónica colina. Kevin, Daysinger y Dale fueron los primeros en caer, rodando por la pendiente de diez metros. Kevin fue el primero en levantarse y correr hacia la fortaleza y las municiones, pero McKown le atacó con una lluvia de terrones hasta que Mike derribó al chico más bajo desde atrás, y les tocó entonces a ellos rodar por la pendiente entre una nube de polvo.

Durante unos quince minutos, aquello fue la guerra del Rey de la Colina, con los defensores de las tierras altas que eran arrojados cuesta abajo y luego trataban de encaramarse para recobrarlas generalmente bajo una granizada de terrones. Después de ser destronados, Daysinger y McKown se retiraron al borde de la charca de la cantera, disparando desde lejos.

Pero la fiebre del Rey de la Colina hizo que estallase una guerra civil entre la tropa de Mike, y muy pronto cada uno luchó por su propia cuenta.

Dale recibió un terrón en pleno pecho y se quedó unos minutos sentado y jadeando mientras se desarrollaba la acción a su alrededor. Entonces Mike chocó con una piedra medio enterrada al rodar cuesta abajo y se hizo una herida en la frente; el corte no era profundo, pero le manó mucha sangre. Daysinger asomó la cabeza en la cumbre y un terrón arrojado desde corta distancia le dio en la boca. Se retiró, lanzando maldiciones, al pie de la colina y caminó de un lado a otro tapándose la boca con las manos durante un par de minutos, hasta que estuvo seguro de no haber perdido ningún diente. Entonces sacudió el polvo del cortado labio inferior y atacó de nuevo, con la barbilla sucia de barro y sangre. Kevin estaba detrás de su antiguo caudillo cuando Mike se volvió en redondo para arrojar un terrón, y Kev lo recibió en la frente. La acción se interrumpió un momento mientras los chicos que estaban en la cima observaron con curiosidad; pero Grumbacher aprovechó el incidente para producir un efecto cómico, bizqueando, tambaleándose en círculos cada vez más pequeños, hasta que se le doblaron las piernas y se dejó caer de espaldas cuesta abajo, con las piernas rígidas como un cadáver. Los otros chicos rieron y aplaudieron, sin dejar de arrojarle terrones.

Lawrence fue quien llevó el juego a su esencia más pura.

Durante un minuto lleno de emoción fue el único que se mantuvo en la cima mientras todos los belicosos muchachos mayores que él se sentían destronados. Lawrence se irguió en la fortaleza, levantó los brazos sobre la cabeza y gritó:

-¡Yo soy el Rey!

Hubo un momento de respetuoso silencio, seguido de tres salvas de terrones. Al menos seis o siete proyectiles dieron en el blanco. Lawrence había vuelto la cabeza en el último segundo, pero su mugrienta ropa empezó a despedir polvo al ser alcanzado en la espalda y las piernas con una especie de fuego de ametralladora que le hizo saltar también la gorra de béisbol de la cabeza.

-¡Eh! -gritó Dale, haciendo un ademán de alto el fuego a los demás.

Lawrence se había quedado petrificado en la posición que tenía al ser alcanzado, y Dale sabía que si empezaba a llorar eso significaría que realmente le habían hecho daño.

Lawrence hizo una lenta y graciosa pirueta, envuelto todavía en el polvo levantado a su alrededor por los impactos, y después cayó hacia delante.

En realidad no cayó hacia delante; se arrojó al aire con la gracia de cisne moribundo de un doble de cowboy en una escena peligrosa, terminando con una voltereta antes de chocar con la vertiente e incorporándose después para otro salto mortal. Tenía abiertos los brazos y las piernas, fláccidos, ablandados por la muerte. Los otros muchachos se echaron atrás cuando saltó aquel cuerpo volante entre ellos, rodando hasta el borde de la charca y deteniéndose, con un brazo doblado sobre el agua.

-¡Bravo! -dijo Kevin.

Todos lanzaron gritos de aprobación.

Lawrence se levantó, se sacudió el polvo de la ropa y del pelo al cepillo e hizo una profunda reverencia.

A partir de entonces y durante las dos horas siguientes, mientras se extinguía la tarde en el bosque, fueron muriendo los muchachos. Se turnaban en la cima mientras los otros arrojaban terrones. Cada vez que uno era alcanzado, empezaba a morirse.

La muerte de Kevin era innegablemente cómica, en su rigidez. Parecía un actor anciano que tuviese que tumbarse en el suelo después de recibir un tiro. Generalmente conservaba la gorra en su sitio al caer. Daysinger y McCown eran los que gritaban mejor, marchando hacia su fatal destino entre gemidos, alaridos y gruñidos. Mike caía con una gracia singular y era el que más tiempo conservaba su posición al pie de la colina. Ni siquiera una segunda lluvia de terrones podía hacerle mover contra su voluntad. Dale mereció la aprobación general lanzándose el primero de cara a la muerte, perdiendo piel de la nariz al abrir un surco cuesta abajo con la cabeza.

Pero fue Lawrence quien retuvo la corona.

Su *coup de grace* definitivo consistió en tambalearse hacia atrás y perderse de vista durante medio minuto, mientras los otros chicos empezaban a murmurar preguntándose dónde estaría, y aparecer de pronto sobre la cumbre, saltando a toda velocidad. Dale lanzó una exclamación ahogada, y sintió el corazón en la garganta cuando su hermano pequeño saltó al espacio, a diez metros encima de él. Su primer pensamiento fue: «Dios mío, se va a matar.» Y el segundo e inmediato: «Mamá me va a matar.»

Lawrence no se mató. No del todo. El salto fue tremendo, fuerte y lo bastante largo para llevarle dentro de la charca de la cantera -no dio en el duro borde por muy pocos centímetros-, y a consecuencia del golpe lanzó agua sobre McKown y Kevin.

Este extremo de la charca era el menos profundo, apenas un metro y medio en este punto, y Dale se imaginó a su hermano pequeño hundiendo la cabecita puntiaguda en el lodo del fondo. Dale se había quitado la camiseta de manga corta, con intención de saltar para salvarle, sintiendo ciertas náuseas al pensar que tendría que hacer la respiración boca a boca al pequeño desgraciado para reanimarle, cuando Lawrence emergió a la superficie, mostrando los dientes en una amplia sonrisa.

Esta vez, el aplauso fue real.

Todos tenían que intentar lo que Kev llamó el Salto de la Muerte. Dale lo ejecutó después de tres falsas salidas y sólo porque no podía volverse atrás con los otros observándole desde abajo. ¡La charca estaba tan lejos! Incluso con las largas piernas de un alumno de sexto, había que correr rápidamente cuesta arriba, al cruzar la cima, y tomar el impulso adecuado en el borde de ésta para poder salvar la dura orilla del estanque. Dale no lo había intentado nunca, y tampoco lo habría hecho ninguno de los otros si no hubiesen visto que era posible. Dale sintió nacer una envidiosa admiración por su hermano menor en el fondo de su mente, aunque se sorprendió a sí mismo cuando consiguió ejecutar el salto en el cuarto intento.

Dale Stewart voló durante unos pocos segundos, pareciendo cernerse a ocho metros sobre las cabezas de sus amigos, todavía al nivel de la cima de su pequeña colina, con la charca a una distancia imposible más allá del fangoso suelo endurecido por el sol. Entonces la fuerza de la gravedad se acordó de él, y cayó agitando los brazos Y las piernas como si quisiera pedalear en el aire..., seguro de que no lo conseguiría..., después absolutamente seguro de no lograrlo... y luego consiguiéndolo por centímetros y sintiendo que el agua verde y tibia del estanque de la cantera le envolvía y le llenaba la nariz; estiró las dobladas piernas para tomar impulso en el cenagoso fondo, y salió de nuevo al aire y a la luz, chillando de puro entusiasmo, mientras los otros muchachos gritaban y aplaudían.

Kevin fue el último en saltar. Los otros muchachos tuvieron que esperar durante diez minutos mientras él carraspeaba, vacilaba, observaba el viento, se ataba una y otra vez los cordones de las bambas y subía la rampa para lanzarse al fin desde la cima como una bala de cañón. Su salto fue el más largo de todos y cayó al agua a más de un metro de la orilla, con las piernas juntas y tapándose la nariz con los dedos. Kev había sido el único en tomar la precaución de quitarse los tejanos y la camiseta de manga corta, quedándose en calzoncillos y bambas para el salto.

Salió a la superficie sonriendo. Los otros aplaudieron y le arrojaron al agua los tejanos, la camiseta y los calcetines. Kevin salió gruñendo en alemán y apenas si observó cómo Lawrence hacía su sexta zambullida, esta vez con un salto mortal antes de caer al agua.

Como ya estaban mojados, los chicos corrieron alrededor de la cantera con las empapadas bambas y fueron a nadar con entusiasmo, sumergiéndose en la parte más honda de la charca desde unas peñas de dos metros y medio de altura. No era donde solían nadar porque generalmente la presencia de demasiadas serpientes de agua y la preocupación de los padres por la «cantera insondable», les hacía preferir que alguien les llevase hasta el estanque de Hartley, en Oak Hill Road, por lo que todavía les pareció más delicioso aquel baño de primera hora de la tarde.

Después se secaron en la orilla durante cosa de una hora -Dale se durmió y se despertó sobresaltado- y formaron equipos para jugar de nuevo al escondite en el bosque. Mike sonrió al grupo de muchachos vestidos con prendas que se habían arrugado de un modo extraño al secarse.

-¿Quién viene conmigo?

Lawrence y McKown fueron con él. Dale, Gerry y Kev les dieron cinco minutos de ventaja -contando hasta trescientos como hace el Boy Scout- antes de meterse en el bosque para buscarlos. Dale sabía que, por acuerdo tácito, Mike y Lawrence no utilizarían uno de sus campamentos secretos.

Se persiguieron entre los árboles y en los pastos durante otra hora y media, cambiando los equipos según les parecía, deteniéndose para beber de la botella de agua que había traído McKown y rellenado en la charca, aunque su color verdoso no gustaba a Kevin, y acabando por volver juntos hacia el lado sur de la cantera y los primeros ochocientos metros de Gypsy Lane.

Sus bicis estaban donde las habían dejado, junto a la valla de atrás. El sol era una bulbosa esfera roja suspendida sobre los campos de maíz del viejo Johnson en el oeste. El aire estaba denso con la neblina del atardecer, el polen, el polvo y la humedad; pero el cielo parecía infinito y traslúcido al disponerse el azul a volverse más oscuro con el crepúsculo.

-¡Maricón el que pase el último por delante de la Taberna del Arbol Negro! -dijo Gerry Daysinger, arrancando y pedaleando sobre la dura rodada de la carretera empedrada al hundirse ésta en la sombra del pie del monte.

Los otros gritaron y trataron de alcanzarle, rodando cuesta abajo a gran velocidad en la penumbra, sintiendo el aire fresco de encima del barranco al azotar sus cabellos cortados al cepillo, y levantándose después para pedalear con más fuerza al subir por la pendiente. Si hubiese aparecido un coche en la cuesta de delante de la Taberna del Arbol Negro, los muchachos habrían tenido que salir de las roderas hacia el lado donde la capa de grava era más gruesa, y casi con seguridad se habrían arañado las rodillas y se habrían rasgado alguna prenda. Pero no les importaba. Pedaleaban con fuerza, gritando menos para ahorrar el aliento en los últimos veinte metros, y jadeando y resoplando todos ellos al alcanzar el llano próximo al camino de entrada de la taberna.

Mike ganó. Miró atrás y sonrió, antes de agachar la cabeza y seguir la carrera hacia Jubilee College Road, a unos cientos de metros de distancia.

Se relajaron al torcer hacia el oeste en dirección a Elm Haven, rodando ahora los seis en dos filas de a tres. Lawrence fue el primero en levantar las manos del manillar y echarse atrás con los brazos cruzados y sin dejar de pedalear.

Después le imitaron todos, deslizándose entre las altas paredes de maíz.

Dale ni siquiera miró de soslayo al pasar por delante del lugar donde había sido reparada la valla después del intento de atropello de Duane McBride. Todavía se veían las roderas del camión en la cuneta, y el maíz estaba aplastado en una extensión de varios metros más allá de la valla. Pero Dale miraba hacia el oeste, en dirección al lugar donde el sol coronaba la baja línea de árboles de Elm Haven.

Dale estaba cansado, dolorido por una docena de contusiones y por la tensión de los músculos, con los brazos y las piernas arañados, con picor en la piel por los rígidos tejanos, deshidratado hasta el punto de dolerle la cabeza y tener los labios agrietados, y hambriento por no haber comido de verdad desde el desayuno, trece horas antes. Pero se sentía perfectamente.

Parecía como si se hubiese desvanecido toda la impresión de malos sueños y de agobiante oscuridad que había sentido desde el cierre del colegio.

El terror de C. J. y del rifle había dejado de existir. Dale se alegraba de que Mike, él y los demás hubiesen decidido tácitamente olvidar toda aquella cuestión de Tubby y Old Central.

El verano se dejaba sentir con toda su intensidad.

Los seis muchachos agarraron los manillares de las bicis al pasar de la carretera empedrada al más fresco pero todavía blando asfalto del principio de la Primera Avenida. Dale pudo ver los árboles de delante de la casa de Mike en la encrucijada, calle abajo, y la parte de atrás de su casa al otro lado de los amplios maizales y del campo de béisbol del Parque de la ciudad.

McKown y Daysinger saludaron con la mano y se adelantaron pedaleando, afanosos de llegar a dondequiera que fuesen. Dale, Kev, Mike y Lawrence se deslizaron cuesta abajo durante los últimos cincuenta metros, hacia la relativa oscuridad de debajo de los primeros árboles.

Dale se sintió feliz al despedirse de Mike y pedalear fácilmente por Depot Street hacia su casa. Así era como debía ser el verano. Así era.

Dale no había estado nunca tan equivocado.

14

El padre de Duane estuvo sereno durante el resto de la semana. No era exactamente un récord, pero hizo que toda la primera semana de vacaciones de verano fuese mucho más feliz para Duane.

El jueves, nueve de junio y día siguiente al de la excursión a la biblioteca de la Universidad de Bradley, el tío Art había dejado un mensaje por teléfono diciendo que estaba investigando sobre la campana de Duane, que no se preocupase porque encontraría algo sobre ella. Más tarde, por la noche, había hablado directamente por teléfono con Duane y le había dicho que ni el alcalde de Elm Haven, Ross Catton, ni ninguna de las personas con quienes se había puesto en contacto recordaban nada sobre una campana. Incluso había preguntado a la señorita Moon, la bibliotecaria, la cual había preguntado a su madre y le había telefoneado después. La señorita Moon dijo que su madre sólo había sacudido la cabeza, pero que se había mostrado muy inquieta al oír la pregunta. Desde luego, añadió, eran muchas las cosas que entonces la agitaban.

Aquella misma noche el viejo llegó a casa después de ir a la cooperativa; Duane había estado conteniendo el aliento hasta saber si la cooperativa había sido su verdadero destino, pero el viejo llegó sereno, y mientras guardaban la harina y las latas de conservas, dijo:

-Ah, he oído decir a la señora O'Rourke que una de tus compañeras de la escuela fue detenida ayer.

Duane interrumpió lo que estaba haciendo, con una pesada lata de judías en la mano derecha. Con la otra mano se subió las gafas.

-¿Eh?

El viejo asintió con la cabeza, mordisqueándose los labios y rascándose la mejilla como solía hacer cuando estaba sereno y un poco dolido.

-Una tal Cordie. La señora O'Rourke dijo que iba un curso delante de su hijo Mike. -Miró a Duane-. Así que debe ser de tu curso.

Duane asintió con la cabeza.

-Bueno -siguió diciendo su padre-, no puede decirse que fue exactamente detenida. Barney la sorprendió andando por la población con una escopeta cargada. Se la quitó y llevó a la chica a su casa. Ella no quiso decir lo que estaba haciendo, sólo que tenía algo que ver con su hermano Tubby. -Se rascó la mejilla y pareció sorprendido al darse cuenta de que se había afeitado-. ¿No se llama Tubby el muchacho que se escapó hace un par de semanas?

-Si.

Duane siguió descargando la caja de latas en conserva.

-¿Tienes alguna idea de por qué estaba su hermana acechando en la ciudad con una escopeta?

Duane hizo una nueva pausa.

-¿A quién estaba acechando?

El viejo encogió los hombros.

-Nellie O'Rourke dijo que el director..., ¿cómo se llama...?, el señor Roon, llamó a Barney para hacer la denuncia. Le dijo que la niña estaba rondando con una escopeta alrededor del colegio y delante de su apartamento alquilado. ¿Por qué tenía que hacer una chiquilla una cosa así?

Duane asintió con la cabeza. Al darse cuenta de la curiosidad del viejo y de que parecía esperar algún comentario de su hijo, Duane acabó de colocar las latas en los estantes de la alacena, se volvió y dijo:

-Cordie es una buena chica, pero está un poco chiflada.

El viejo se quedó un momento plantado allí, asintió con la cabeza como si aceptase la respuesta, y se dirigió a su taller.

El viernes, a la salida del sol, Duane volvió a pie a Oak Hill para poder estar de vuelta en casa a media mañana. Quería comparar los datos de los libros y los periódicos de allí con las notas que había tomado en Bradley, pero no había nada nuevo. El artículo de *The New York Times* sobre la fiesta de 1876 en honor a la campana era interesante -una prueba evidente de que la cosa había existido fuera de Elm Haven-, pero no pudo encontrar más referencias. Trató de que la bibliotecaria le diese el número de teléfono de los Ashley-Montague, argumentando que no podía terminar su trabajo escolar sin consultar los libros de la Sociedad Histórica que habían sido legados a la familia; pero la señora Frazier le dijo que no tenía idea de cuál era su número -los teléfonos de las familias ricas no figuraban nunca en el listín, al menos el de los Ashley-Montague, según había podido comprobar Duane-, y después le dio una afectuosa palmada en la cabeza y dijo:

-No es saludable hacer trabajos escolares en verano. Vete por ahí, busca un lugar fresco y ponte a jugar. Sinceramente, creo que tu madre aún debería estar vistiéndote... imagínate, con esta temperatura de treinta y cinco grados que hoy tenemos.

-Sí, señora -le había respondido Duane, ajustándose las gafas y saliendo.

Llegó a casa a tiempo para ayudar al viejo a cargar cuatro cerdos y llevarlos al mercado de Oak Hill. Duane suspiró al pensar que había caminado cuatro horas y visto el mismo paisaje que observaba ahora en diez minutos de viajar en la camioneta. La próxima vez preguntaría lo que pensaba hacer su padre antes de emprender un viaje a pie.

El sábado, el cine gratuito, segundo de aquel verano, ofrecía *Hércules*, una vieja película que sin duda había retirado el señor Ashley-Montague de uno de los programas del cine al aire libre de Peoria. Duane iba raras veces al cine gratuito por la misma razón de que el viejo y él poseían un aparato de televisión pero nunca lo encendían, pero sobre todo porque encontraba que los libros y los programas de radio eran más agradables a la imaginación que las películas y lo que daban por la tele.

Pero a Duane le gustaban las películas italianas de hombres musculosos. Y había algo en el doblaje que le divertía: las bocas de los actores moviéndose como locas durante dos minutos, y después unas pocas sílabas brotando de la banda sonora. También había leído en alguna parte que un hombre solo, en un estudio romano, hacía todos los efectos de sonido de esas películas -pisadas, choques de espadas, cascos de caballo, erupciones de volcanes, absolutamente todo- y esta idea le encantaba.

Pero no era ésta la razón de que entrase a pie en la ciudad el sábado por la noche. Duane quería hablar con el señor Ashley-Montague, y éste era el único lugar donde sabía que podría encontrarlo.

Habría pedido a su padre que le llevase, pero el viejo había empezado a manipular una de sus máquinas de aprender después de la cena, y Duane no quería tentar al Destino sugiriendo un viaje que les obligaría a pasar por delante de la taberna de Carl.

El viejo no levantó la mirada de lo que estaba soldando cuando Duane le dijo adónde iba.

-Está bien -respondió, con el semblante oscurecido por las volutas de humo que brotaban del circuito-, pero no vuelvas a pie de noche.

-De acuerdo -dijo Duane, pero preguntándose cómo pensaba el viejo que iba a volver a casa.

Resultó que no tuvo que andar durante todo el camino. Acababa de pasar por delante de la casa del tío de Dale Stewart, cuando salió una camioneta del camino de entrada, llevando al tío Henry y a la tía Lena.

-¿Adónde vas, muchacho?

El tío Henry sabía el nombre de Duane, pero llamaba «muchacho» a todos los varones de menos de cuarenta años.

-A la ciudad, señor.

-¿Al cine gratuito?

-Sí, señor.

-Sube, muchacho.

La tía Lena mantuvo abierta la portezuela de la vieja International mientras subía Duane. Allí se estaba muy estrecho.

-Puedo ir en la parte de atrás -ofreció Duane, dándose cuenta de que ocupaba la mitad del tapizado asiento.

-Tonterías -dijo el tío Henry-. Así el ambiente es más acogedor. ¡Sujétate bien!

La camioneta empezó a rodar por las montañas rusas de la primera colina, traqueteando en la oscuridad y trepando hacia la cima de la colina del cementerio del Calvario.

-Circula por la derecha, Henry -dijo tía Lena.

Duane se imaginó que la anciana decía esto cada vez que pasaban por aquí, o sea cada vez que iban a la ciudad o a casi cualquier otra parte, ¿y cuántas veces habría sido en más de sesenta años? ¿Quizás un millón?

El tío Henry asintió cortésmente con la cabeza y se mantuvo exactamente donde estaba, en el centro de la carretera. No iba a ceder las rodadas a nadie. Aquí arriba había más luz, aunque hacía veinte minutos que se había puesto el sol. La camioneta traqueteó más fuerte en las roderas, parecidas a los surcos de una tabla de lavar, cerca de la cima, y entonces se adentró en la oscuridad de debajo de los árboles próximos al Arroyo de los Cadáveres. Las luciérnagas brillaban en la negrura del bosque a ambos lados. Las hierbas que crecían a lo largo de la orilla se habían cubierto de polvo durante el día y tenían el aspecto de haber sufrido alguna mutación albina. Duane se alegró de que alguien se hubiese ofrecido a llevarle.

Mientras circulaban en dirección a la torre del agua, Duane miró de reojo a Henry y a Lena Nyquist. Tenían unos setenta y cinco años. Duane sabía que en realidad eran tíos abuelos de Dale por parte de la madre de éste, pero en Creve Coeur County todos les llamaban tío Henry y tía Lena. Resultaban una pareja atractiva, al librarse como buenos escandinavos de los peores efectos devastadores de la vejez. Tía Lena tenía los cabellos blancos, pero espesos y largos, y su cara de mejillas sonrosadas conservaban cierta firmeza a pesar de las arrugas. Sus ojos eran muy brillantes. Tío Henry había perdido parte del pelo pero todavía le colgaba un mechón sobre la frente que le daba un aire de muchacho travieso a punto de ser detenido por la policía. Duane sabía por su padre que el tío Henry era un caballero a la antigua usanza, que sin embargo le gustaba contar chistes verdes mientras tomaba una cerveza.

-¿No es ahí donde estuvieron a punto de atropellarte? –preguntó tío Henry, señalando hacia un lugar del campo donde aún eran visibles las señales.

-Sí, señor -dijo Duane.

-Mantén las dos manos sobre el volante, Henry -dijo con firmeza tía Lena.

-¿Pillaron al tipo que lo hizo?

Duane respiró hondo.

-No, señor.

El tío Henry resopló.

Librodot

-Apostaría cinco contra uno a que fue aquel maldito Karl van Syke. El hijo de... -El viejo captó la mirada admonitoria de su esposa-. El hijo de mala madre nunca valió para nada, y mucho menos para guardián de colegio y cuidador del cementerio. Bueno, nosotros podemos verlo durante todo el invierno y gran parte de la primavera, y ese... ese Van Syke nunca está allí. El lugar se llenaría de hierbajos y sería una porquería si no fuera por los que vienen de San Malaquías a ayudar todos los meses.

Duane asintió con la cabeza, pero prefirió no decir nada.

-Cállate, Henry -dijo suavemente tía Lena-. Al joven Duane no le gusta que hables mal del señor Van Syke. -Se volvió a Duane y le tocó la mejilla con una mano tosca y arrugada-. Sentimos mucho lo de tu perro, Duane. Recuerdo que ayudé a tu padre a elegirlo entre la camada del perro de Vira Whittakér antes de que tú nacieses. El cachorro fue un regalo para tu madre.

Duane asintió nuevamente y desvió la mirada hacia el campo municipal de béisbol a su derecha, observándolo fijamente, como si nunca lo hubiese visto con anterioridad.

Main Street estaba llena de gente. Los coches se situaban ya en diagonal en la zona de aparcamiento, y las familias se dirigían al Bandstand Park con sus cestas y mantas. Había algunos hombres sentados en el alto bordillo de delante de la taberna de Carl, sosteniendo botellas de Pabst en sus manos enrojecidas y hablando a gritos. Tío Henry tuvo que aparcar cerca de la cooperativa debido a la muchedumbre. El viejo gruñó, diciendo que aborrecía sentarse en las sillas plegables que habían traído; prefería quedarse en la camioneta e imaginarse que era uno de esos cines donde se veían las películas desde el coche.

Duane les dio las gracias y se dirigió apresuradamente al parque. Ya era demasiado tarde para poder estar mucho tiempo a solas con el señor Ashley-Montague antes de que empezase la película; pero quería hablar con el aunque sólo fuera un minuto.

Dale y Lawrence no habían proyectado ir al cine gratuito, pero su padre estaba en casa -se había tomado el sábado libre, lo cual era una rareza-, *Gunsmoke* y todos los programas de la noche eran reposiciones, y el matrimonio quería ir al cine. Cogieron una manta y una bolsa grande de palomitas de maíz y caminaron hacia el centro de la ciudad bajo la suave luz del crepúsculo. Dale observó que unos cuantos murciélagos volaban sobre los árboles; pero no eran más que murciélagos. El miedo de la semana anterior parecía un sueño malo y lejano.

Había más gente que de costumbre en el espectáculo. Las zonas herbosas, al este del quiosco de música y delante de la pantalla, estaban casi llenas de mantas, por lo que Lawrence se adelantó corriendo para buscar un sitio cerca de un viejo roble. Dale buscó con la mirada a Mike pero recordó que esta noche cuidaba de su abuela, como hacía la mayoría de los sábados. Kevin y su familia nunca venían al cine gratuito: tenían un televisor en color, uno de los dos únicos que había en la población. La familia de Chuck Sperling tenía el otro.

Al hacerse el silencio, después de anochecer del todo y antes de empezar la primera película de dibujos animados, Dale vio a Duane McBride que subía la escalera del quiosco de música. Murmuró algo a sus padres y corrió a través del parque, saltando sobre piernas extendidas y una pareja de adolescentes tendidos sobre su manta. Subió al escalón superior del quiosco de música, que estaba generalmente reservado al señor Ashley-Montague y al operador que trajese consigo, para saludar a Duane; pero vio que el grandullón estaba hablando con el millonario Junto al proyector. Dale se apoyó en la barandilla, no dijo nada y escuchó.

-... y de qué te serviría este libro, si existiese? -decía el señor Ashley-Montague.

Junto a él, un joven con corbata de lazo había acabado de conectar los altavoces y estaba colocando la bobina de la corta película de dibujos animados. Duane abultaba mucho al lado del benefactor de la población.

-Como le he dicho, estoy redactando un trabajo sobre la historia de Old Central School.

El señor Ashley-Montague dijo:

-El colegio está cerrado durante el verano, hijo -y se volvió a su ayudante.

Hizo una señal con la cabeza y se iluminó la pantalla del lado del Parkside Café. La multitud sentada sobre el césped o en sus vehículos siguió a gritos la cuenta atrás desde el diez hasta el uno, antes de que diera comienzo una cinta de dibujos animados de Tom y Jerry. El ayudante enfocó la imagen y ajustó el volumen del sonido.

-Por favor, señor -dijo Duane McBride, acercándose un paso al millonario-. Le prometo que devolveré los libros en perfecto estado. Sólo los necesito para terminar mi investigación.

El señor Ashley-Montague se sentó en la silla de jardín que su ayudante había preparado para él. Dale no había estado nunca tan cerca de aquel hombre; siempre se había imaginado al señor A.-M. como un joven, pero a la luz del lado del proyector y a la que reflejaba la pantalla, pudo ver que el millonario tenía unos cuarenta años. Tal vez más. Su corbata de lazo y la manera un tanto afectada de vestir le hacía parecer mayor. Esta noche llevaba un traje blanco de hilo que casi resplandecía en la oscuridad.

-¿Investigación? -dijo el señor Ashley-Montague, riendo entre dientes-. ¿Qué edad tienes, hijo? ¿Catorce años?

-Dentro de tres semanas cumplo doce -dijo Duane.

Dale no sabía que el cumpleaños de su amigo fuese en julio.

-Doce -dijo el señor Ashley-Montague-. A los doce años no se investiga, amigo. Busca en la biblioteca lo que necesites para tu trabajo escolar.

-He buscado en la biblioteca, señor -dijo Duane, y Dale advirtió que a pesar de que utilizara la palabra «señor» no había verdadera deferencia en la voz de Duane. Era como si un adulto estuviese hablando a otro-. Allí no había los datos necesarios. La bibliotecaria de Oak Hill me dijo que el resto de los materiales de la Sociedad Histórica del condado le habían sido confiados a usted. Supongo que los documentos de la Sociedad Histórica son todavía de uso público... y lo único que pido son unas pocas horas para buscar los temas relacionados con Old Central.

El señor Ashley-Montague cruzó los brazos y observó la pantalla, donde Tom estaba dándole una paliza a Jerry. O tal vez era Jerry quien daba una paliza a Tom... Dale nunca estaba seguro de cuál era el nombre del gato y cuál el del ratón. Por fin, el hombre, que ya se había sentado, dijo:

-¿Y cuál es exactamente el tema de tu trabajo?

Duane respiró hondo.

-La campana Porsha -dijo al fin.

O fue lo que Dale creyó que decía. En aquel instante, una explosión de ruido de la película de Tom y Jerry casi ahogó las palabras.

El señor Ashley-Montague se levantó de un salto de la silla, agarró los brazos de Duane, los soltó y se echó atrás, como confuso.

-No hay tal cosa -oyó Dale que decía el hombre, bajo el estruendo de los altavoces.

Duane dijo algo que se perdió al estallar un enorme petardo debajo del gato. Incluso el señor Ashley-Montague tuvo que inclinarse hacia delante para oírle.

-... había una campana -estaba diciendo el millonario cuando Dale pudo oír de nuevo-, pero fue quitada de allí hace años. Hace décadas. Creo que antes de la Primera Guerra Mundial. Era falsa, desde luego. Mi abuelo fue... defraudado, creo que ésta es la palabra. Engañado. Estafado.

-Bueno, esto es lo que necesito para terminar mi ensayo –dijo Duane-. En otro caso, tendré que decir que el paradero actual de la campana es un misterio.

El señor Ashley-Montague paseó arriba y abajo junto al proyector. La película de dibujos había terminado y el ayudante estaba preparando rápidamente su breve documental de la 20th Century sobre la expansión del comunismo, comentado por Walter Cronkite. Dale levantó la mirada y vio al reportero de negros cabellos sentado a una mesa. La corta película era en blanco y negro; Dale la había visto en el colegio el año pasado, en una sesión especial. De pronto un mapa de Europa y Asia empezó a teñirse de negro al extenderse la amenaza

comunista. Unas flechas penetraban en la Europa del Este, en China y en otros lugares cuyo nombre Dale no conocía exactamente.

-No hay ningún misterio -saltó el señor Ashley-Montague-. Ahora lo recuerdo. La campana del abuelo fue descolgada y guardada en alguna parte a finales de siglo. Creo que ni siquiera se podía tocar con ella debido a las grietas que tenía. Fue sacada del sitio donde la guardaban y fundida. El metal se utilizó para fines militares en la Gran Guerra.

Una vez dicho esto se volvió de espaldas y se sentó de nuevo, como dando por terminada la conversación.

-Sería estupendo si pudiese citar esto del libro y tal vez fotografiar un par de viejas ilustraciones para mi ensayo -dijo Duane.

El millonario suspiró, como en respuesta a la creciente extensión del dominio comunista en la pantalla. La voz de Walter Cronkite retumbó tan fuerte como la película de Tom y Jerry.

-Jovencito, no hay tal libro. Lo que me dio el doctor Priestmann no fue más que un montón de papeles heterogéneos, desordenados y anónimos Varias carpetas, si no recuerdo mal. Te aseguro que no los guardé.

-¿Podría decirme a quién se los...? -empezó a preguntar Duane.

-¡No se los di a nadie! -dijo el señor Ashley-Montague casi a voz en grito-. Los quemé. Yo había patrocinado los estudios del profesor, pero de nada me sirvieron. Te aseguro que no hay ningún misterio con el que puedas terminar tu ensayo. Cítame a mí, joven. La campana fue un error, uno de los muchos trastos que trajo el abuelo de su viaje de luna de miel por Europa. Fue retirada de Old Central al terminar el siglo, guardada en un almacén, creo que en Chicago, y fundida para hacer balas o algo parecido en 1917, cuando entramos en la guerra. Bueno, esto es todo.

El documental de la 20th Century había terminado, el operador estaba colocando rápidamente el primer rollo grande de *Hércules*, y varias cabezas se volvieron para mirar al quiosco de la música donde retumbaba la voz del señor Ashley-Montague en el relativo silencio de la sala.

-Si sólo pudiese... -empezó Duane.

-No hay «sólo» que valga -cortó el millonario-. Se acabó la conversación, jovencito. La campana no existe. Y esto es todo.

Señaló hacia la escalera del quiosco con un gesto de muñeca que a Dale le pareció bastante femenino. Otro ademán hizo que se acercase el ayudante -estaba a punto de empezar la película con una cuenta atrás voceada por el público- y Duane se encontró delante de un hombre de un metro ochenta con las mangas arremangadas. Por lo que Dale sabía, el ayudante podía ser un mayordomo, un guardaespaldas o un acomodador de uno de los cines del señor A.-M.

Duane se encogió de hombros, dio media vuelta y bajó la escalera mucho más despacio de lo que habría hecho Dale si un adulto le hubiese echado a cajas destempladas. Incluso dándose cuenta de que pasaba inadvertido en el rincón de atrás del quiosco, envuelto en la oscuridad, Dale saltó sobre la barandilla y fue a dar en la hierba, un metro y medio más abajo, casi chocando con el tío Henry y la tía Lena al aterrizar.

Corrió para alcanzar a Duane, pero el grandullón había salido ya del parque y caminaba por Broad Avenue, con las manos en los bolsillos, silbando una tonadilla y encaminándose sin duda a las ruinas de la vieja casa Ashley, a dos manzanas hacia el sur. Dale ya no tenía miedo a la noche; esta tontería pertenecía al pasado, pero en realidad no tenía ganas de pasear con aquella oscuridad por debajo de los olmos. Además, la música y el diálogo doblado sonaban con fuerza detrás de él, y quería ver *Hércules*.

Volvió al parque, pensando que si no hablaba con Duane más tarde esta noche... bueno..., lo haría otro día. No había prisa. Estaban en verano.

Duane caminó hacia el oeste por Broad Avenue, demasiado agitado para prestar atención a la película de Hércules. Las hojas proyectaban densas sombras en la calle. Los faroles a lo largo de los callejones que se dirigían hacia el sur eran oscurecidos por las ramas y las hojas. Hacia el norte había una sola hilera de casas pequeñas, con sus sencillos jardines confundiéndose los unos con los otros y convirtiéndose en maleza donde las vías del ferrocarril torcían un poco hacia el sur y se adentraban en los campos de maíz donde terminaba la calle. Sólo la vieja casa de Ashley-Montague, que la gente aún llamaba Mansión Ashley, se alzaba en el último callejón oscuro.

Duane contempló el curvo paseo de entrada, convertido en túnel por las altas ramas y los arbustos desatendidos. Quedaba poco del edificio salvo los chamuscados restos de dos columnas, tres chimeneas y unas cuantas vigas ennegrecidas y derrumbadas en el sótano infestado de ratas. Duane sabía que Dale y los otros muchachos solían jugar bajando en bicicleta por aquel paseo, pasando por delante del porche principal e inclinándose para tocar las columnas o los escalones sin desmontar ni reducir la marcha. Pero ahora estaba muy oscuro; ni siquiera las luciérnagas iluminaban las espesas zarzas del paseo circular. El ruido, la luz y el público del cine gratuito habían quedado a dos manzanas detrás de él, pero los árboles intermedios los hacían más lejanos.

Duane no tenía miedo a la oscuridad. En absoluto. Pero esta noche tampoco tenía interés en andar por aquel pasillo. Silbando torció hacia el sur por un camino enarenado para salir a las nuevas calles donde vivía Chuck Sperling.

Detrás de él, en la parte del paseo más oscura y llena de matorrales, algo se agitó, movió unas ramas y se deslizó alrededor de una fuente largo tiempo olvidada entre la mala hierba y las ruinas.

15

El domingo, doce de junio, fue un día cálido y brumoso, con una capa de nubes que convertía el cielo en un cuenco gris invertido. La temperatura era de veintiocho grados a las ocho de la mañana, y de treinta y cinco al mediodía. El viejo se levantó temprano y se marchó al campo, por lo que Duane dejó la lectura de *The New York Times* para después de hacer algún trabajo.

Estaba recorriendo las hileras de alubias de detrás del granero y arrancando los tallos de maíz que empezaban a invadirlas, cuando vio penetrar el coche en el largo camino de entrada. Al principio creyó que era el del tío Art, pero entonces se dio cuenta de que era un coche blanco más pequeño. Después vio la bombilla roja en el techo.

Duane salió del campo, enjugándose la cara con el faldón de su camisa desabrochada. No era el coche de policía de Barney; en la portezuela del conductor figuraba en letras verdes la inscripción SHERIFF DE CREVE COEUR COUNTY. Un hombre de cara flaca y curtida, y ojos ocultos por unas gafas de sol de aviador, dijo:

-Niño, ¿está el señor McBride?

Duane asintió con la cabeza, caminó hasta el borde del huerto de alubias, se llevó los dedos a la boca y silbó con fuerza. Pudo ver la lejana silueta de su padre que se detenía, miraba hacia arriba y venía en su dirección. Duane casi esperó que Wittgenstein saliese cojeando del granero. El sheriff se había apeado del coche. A Duane le pareció un hombre alto, de al menos un metro noventa de estatura. Tal vez más. Llevaba puesto un sombrero de ala ancha de sheriff de condado, y esto, unido a la estatura del hombre, su cara chupada, las gafas de sol, el cinturón con revólver y las botas de cuero, a Duane le hizo pensar en un cartel de reclutamiento. El efecto sólo quedaba un poco empañado por el sudor que empapaba la camisa caqui debajo de las axilas.

-¿Algo malo? -preguntó Duane, pensando que tal vez el señor Ashley-Montague había lanzado al policía contra él.

Librodot

El millonario se había mostrado muy disgustado la noche pasada y no estaba en el cine gratuito cuando volvió para que el tío Henry y la tía Lena le llevasen en el coche.

El sheriff asintió con la cabeza.

-Lo siento, pero así es, hijo.

Duane se quedó plantado allí, con el sudor goteando de su barbilla, hasta que llegó el viejo.

-¿El señor McBride? -dijo el sheriff.

El viejo asintió con la cabeza y se pasó un pañuelo por la cara sudorosa, dejando un surco terroso sobre el pelo gris.

-Soy yo. Ahora bien, si se trata de esa maldita cuestión del teléfono, ya le dije a Ma Bell...

-No, señor. Ha habido un accidente.

El viejo se quedó petrificado, como si le hubiesen dado una bofetada.

Duane observó la cara de su padre y vio en ella un segundo de vacilación, y después el impacto de la certidumbre. Sólo una persona podía llevar el nombre del viejo en una tarjeta en la cartera para un caso de accidente.

-Art -dijo el viejo. No era una pregunta-. ¿Está muerto?

-Sí, señor.

El sheriff se ajustó las gafas de sol casi en el mismo instante en que Duane tocaba con el dedo medio la montura de las suyas.

-¿Cómo?

Los ojos del viejo parecían enfocados en algo de los campos de detrás del sheriff. O en nada.

-Un accidente de automóvil. Hace aproximadamente una hora.

-¿Dónde?

El viejo movía ligeramente la cabeza arriba y abajo, como si recibiese una noticia esperada. Duane conocía aquel movimiento de cuando escuchaban los noticiarios de la radio o el viejo hablaba de corrupción en la política.

-En Jubilee College Road -dijo el sheriff, con voz firme pero no tan monótona como la del viejo-. Stone Creek Bridge. A unos tres kilómetros de...

-Sé dónde está el puente -le interrumpió el viejo-. Art y yo solíamos ir a nadar allí. -Enfocó un poco la mirada y se volvió hacia Duane como si fuese a decirle algo, a hacer algo. Pero en vez de esto se volvió de nuevo al sheriff-. ¿Dónde está?

-Estaban levantando el cadáver cuando me marché de allí -dijo el sheriff-. Si quiere le llevaré.

El viejo asintió con la cabeza y se sentó al lado del sheriff en el coche. Duane corrió y saltó a la parte de atrás.

«Esto no es real», pensó, mientras pasaban por delante de la casa del tío Henry y tía Lena, llegaban a la primera colina, al menos a ciento diez por hora, y dejaban atrás el cementerio. Duane casi se dio de cabeza contra el techo al descender el coche hacia los bosques. «También a nosotros nos va a matar.» El veloz coche del sheriff arrojaba polvo y grava a diez metros dentro de los bosques. En los lados de la carretera, mientras subían hacia la Taberna del Arbol Negro, las hierbas, los arbustos y las ramas de los árboles eran de un blanco grisáceo, como si estuviesen cubiertos de yeso molido. Duane sabía que no era más que polvo de anteriores vehículos, pero el follaje gris y el cielo gris le hacían pensar en el Hades, en las sombras de los muertos que esperaban allí en una nada gris, en la escena que le había leído el tío Art, cuando él era muy pequeño, sobre el descenso de Ulises al Hades para desafiar a aquellas sombras y encontrarse con las de su madre y sus antiguos aliados muertos.

El sheriff no redujo la marcha ante la señal de Stop en la intersección de la Seis y la Jubilee College Road, sino que giró, derrapando pero sin perder la dirección, hacia la carretera de grava fuertemente apisonada. Duane se dio cuenta de que la luz del techo centelleaba, aunque no sonaba la sirena. Se preguntó a qué venía aquella prisa. Delante de él, el viejo tenía la espalda perfectamente recta y la cabeza inclinada hacia delante, moviéndose sólo con los virajes del coche.

Rodaron tres kilómetros hacia el este. Duane miró sobre los campos a su izquierda para ver dónde empezaba el extenso bosque que ocultaba Gipsy Lane. Había campos de maíz a ambos lados, salvo las arboledas al pie de las colinas.

Duane contó las depresiones, sabiendo que en el cuarto y pequeño valle estaba el Stone Creek.

Descendieron por cuarta vez. El sheriff dio un frenazo y aparcó el coche en el lado izquierdo de la carretera, en sentido contrario al tráfico. Pero no había tráfico. En la tierra llana y en la ladera escasamente boscosa de la colina reinaba un silencio de mañana de domingo.

Duane observó los otros vehículos aparcados a lo largo del borde de la carretera y cerca del puente de hormigón: un camión de remolque, el feo Chevy negro de J. P. Congden, un coche oscuro y de asientos posteriores fijos que no reconoció, otro camión grúa del taller Texaco de Ernie, en el extremo este de Elm Haven. «¡Ninguna ambulancia! ¡Ni rastro del coche del tío Art! Tal vez era un error.»

Lo primero que advirtió Duane fueron los desperfectos en el pretil del puente. El hormigón había sido colocado cuarenta o cincuenta años atrás, de modo que quedaban unos huecos como de balaustrada debajo de la baranda de noventa centímetros de altura. Ahora más de un metro del hormigón había sido derribado en el extremo este. Duane pudo ver barras de hierro enmohecido, de refuerzo, que sobresalían del hormigón como una extraña escultura de una mano apuntando hacia el terraplén.

Duane se acercó al viejo y miró por encima del pretil. Ernie, de Texaco de Ernie, estaba allá abajo, con tres o cuatro hombres más, entre ellos el juez de paz de cara de ratón. Sí, era el Cadillac de tío Art.

Duane se dio cuenta inmediatamente de lo que había ocurrido. Art había sido obligado a desviarse hacia la derecha, al cruzar el puente de un solo carril, de modo que la parte delantera izquierda del gran automóvil se había estrellado contra el hormigón, haciendo que el motor saltase hacia atrás junto al conductor, y que el Caddy cayese al Stone Creek como un juguete roto. Las dos toneladas de automóvil habían golpeado los árboles del otro lado, y los árboles jóvenes y un roble de tronco de veinticinco centímetros habían desviado el vehículo contra el olmo más grande de la ladera. Duane pudo ver el profundo tajo de un metro en la corteza de la que todavía manaba savia. Se preguntó tontamente si viviría el olmo.

Después de hundidas la portezuela derecha de atrás y un trozo de la carrocería por el segundo impacto, el Caddy había rodado diez o doce metros cuesta arriba, arrancando arbustos y arbolitos y saltando sobre una peña -el parabrisas se había desprendido en este punto y estaba hecho añicos más allá de la roca-, antes de que la gravedad y/o la colisión con otro árbol grande lo lanzasen cuesta abajo hasta el arroyo .

Yacía allí, boca abajo. La rueda delantera izquierda se había desprendido, pero las otras tres se veían extrañamente al aire, casi indecentes. Duane advirtió que habían dejado muchas huellas; el tío Art no toleraba los neumáticos gastados. El bastidor descubierto parecía limpio y nuevo, salvo donde había sido arrancada parte del eje.

Una puerta del Caddy estaba abierta y doblada casi por la mitad. El compartimiento del pasajero tenía un palmo o dos de agua. Fragmentos de metal, de cromo y de cristal resplandecían en la falda de la colina, a pesar de que no brillaba el sol. Duane vio otras cosas: un calcetín de rombos tirado sobre la hierba, un paquete de cigarrillos cerca de la peña, mapas de carreteras revoloteando entre los arbustos.

-Se han llevado el cadáver, Bob -gritó Ernie, casi sin levantar la mirada de donde estaba sujetando un cable al eje delantero-. Donnie y el señor Mercer llegaron con la... Ah, hola, señor McBride.

Ernie volvió a su trabajo.

El viejo se mordisqueó los labios y habló al sheriff sin volver la cabeza.

-¿Estaba muerto cuando llegaron ustedes?

Duane vio el bosque y el borde de la loma reflejados en las gafas del sheriff.

-Sí, señor. Estaba muerto cuando pasó por aquí el señor Carter y vio algo al pie de la colina, una media hora antes de que yo viniese aquí. El señor Mercer..., es el juez de instrucción del condado, ya sabe..., dijo que el señor McBri..., bueno, su hermano..., murió instantáneamente.

J. P. Congden subió resoplando la cuesta, se acercó a los presentes, envolviéndoles en vapores de whisky, y se arremangó el guardapolvo.

-Siento mucho lo de su...

El viejo hizo caso omiso del juez de paz y empezó a bajar la empinada pendiente, resbalando en el barro y agarrándose a las ramas para llegar hasta el fondo. Duane le siguió. El sheriff bajó también, pero con mucho cuidado de no clavarse espinas o mancharse de barro los planchados pantalones marrones.

El viejo se agachó en la orilla del arroyo, contemplando el interior del destrozado Caddy. El techo se había hundido y salía agua del volcado tablero de instrumentos. Duane vio que el aparato automático que regulaba las luces había sido arrancado. El lado del pasajero se hallaba relativamente indemne; incluso el techo hundido lo había respetado; pero el asiento del conductor había atravesado los cojines del de atrás. El volante había desaparecido, pero su soporte estaba todavía allí, hundido en tres palmos de agua. Delante, donde hubiese debido estar el conductor, una masa de metales retorcidos y de tabique refractario arrancado llenaban el espacio, como el cuerpo de un robot asesinado.

El sheriff se arremangó los pantalones y se agachó, manteniendo las relucientes botas fuera del barro y del agua turbia. Carraspeó.

-Después de perder el control, su hermano chocó contra el pretil del puente y..., bueno..., como puede ver, el impacto debió de causarle la muerte instantánea.

El viejo asintió con la cabeza como antes. Estaba acurrucado, con los pies y los tobillos dentro del agua y las muñecas sobre las rodillas. Se miró fijamente los dedos, como si no le perteneciesen.

-¿Dónde está?

-El señor Mercer le llevó a la Funeraria Taylor -dijo el sheriff-. Tiene que... bueno, tiene que terminar algunas cosas; después podrá ponerse usted de acuerdo con el señor Taylor.

El viejo sacudió delicadamente la cabeza.

-Art nunca quiso una ceremonia fúnebre. Y menos en la Funeraria de Taylor.

El sheriff se ajustó las gafas.

-Señor McBride, ¿era bebedor su hermano?

El viejo se volvió y miró al sheriff por primera vez.

-No en un domingo por la mañana.

Su voz tenía el tono perfectamente tranquilo que Duane sabía que precedía a un estallido de rabia.

-Sí, señor -dijo el sheriff.

Cuando Ernie se puso a tensar el cable con el torno de la grúa, todos se apartaron de allí. La parte delantera del Caddy se levantó, vertió agua por las ventanillas y empezó a girar lentamente hacia el terraplén.

-Bueno, tal vez sufrió un ataque al corazón o se metió una abeja en el coche. Muchas personas pierden el control por culpa de los insectos. Le sorprendería saber cuánta gente...

-¿A qué velocidad iba? -preguntó Duane, asombrado de oír su propia voz.

El viejo y el sheriff se volvieron a mirarle. Duane observó su pálida y gorda imagen en las gafas del sheriff.

-Suponemos que a ciento veinte o ciento treinta kilómetros por hora -dijo el sheriff-. Sólo he mirado las huellas del patinazo; no las he medido. Pero iba muy deprisa.

-A mi hermano no le gustaba la velocidad -dijo el viejo, acercando la cara a la del sheriff-. Era un fiel cumplidor de la ley. Yo siempre le decía que era una tontería.

El sheriff se quedó un momento de cara al viejo y después levantó la mirada hacia el puente roto.

-Bueno, pues por lo visto esta mañana se pasó de la raya. Tendremos que hacer algunas pruebas para ver si había estado bebiendo.

-¡Cuidado! -gritó Ernie, y los tres se echaron atrás al alzarse verticalmente el Caddy sobre el agua. Duane vio que un cangrejo de río saltaba del coche con el agua sucia y los mapas empapados. Recordó que allí había pescado cangrejos con Dale, Mike y los chicos de la población hacía un par de veranos.

-¿Pudo alguien obligarle a salir de la carretera? -preguntó Duane.

El sheriff le dirigió una mirada fija y sostenida.

-No hay señales de esto, hijo. Y nadie denunció el accidente.

El viejo resopló.

Duane se acercó más al Caddy, que ahora había dado la vuelta de manera que podían ver el lado del conductor. Señaló una raya roja apenas visible en la abollada portezuela.

-¿No podría ser esta pintura del vehículo que empujó el coche del tío Art contra el pretil del puente?

El sheriff se acercó más, levantando las gafas de sol hacia el goteante y destrozado coche.

-A mí no me parece reciente, hijo. Pero lo estudiaremos. -Se echó atrás, se llevó las manos al cinturón del revólver y chascó la lengua-. No muchos vehículos podrían echar de la carretera a un Caddy de estas dimensiones.

-Podría hacerlo un camión grande como el de recogida de animales muertos -dijo Duane.

Miró hacia arriba y vio que J. P. Congden le estaba observando.

-Tendrán que apartarse de ahí mientras subimos este maldito cacharro -gritó Ernie.

-Vamos -dijo el viejo.

Era la primera palabra que dirigía a Duane desde que había llegado el sheriff. Los dos empezaron a subir, resbalando, la empinada pendiente. Entonces el viejo hizo algo que no había hecho en cinco años. Cogió la mano de Duane.

La finca parecía diferente cuando volvieron. La capa de nubes se estaba abriendo un poco, y una luz viva se derramaba sobre los campos. La casa y el granero parecían recién pintados, y la vieja camioneta mágicamente restaurada. Duane se quedó junto a la puerta de la cocina, pensando, mientras el viejo escuchaba las últimas palabras del sheriff. Cuando arrancó el coche de éste, Duane salió de su ensimismamiento.

-Voy a ir al pueblo -dijo el viejo-. Espérame aquí hasta que regrese.

Duane echó a andar hacia la camioneta.

-Yo quiero ir contigo.

Su padre le detuvo, apoyando suavemente una mano en su hombro.

-No, Duanie. Voy a ir a la Funeraria de Taylor antes de que ese maldito buitre empiece a arreglar a Art. Y tengo que hacer algunas preguntas.

Duane iba a protestar, pero entonces se fijó en los ojos de su padre y se dio cuenta de que el hombre quería estar solo, necesitaba estar solo, aunque fuese los pocos minutos que tardaría en llegar al pueblo. Asintió con la cabeza y volvió atrás, para sentarse en el porche.

Pensó en terminar su trabajo en el campo, pero decidió no hacerlo. Se dio cuenta, con una punzada de culpa, de que tenía hambre. Aunque le ardía la garganta, mucho más que cuando murió Witt, y su pecho parecía a punto de estallar por una gran presión interior, Duane tenía hambre. Sacudió la cabeza y entró en la casa.

Mientras comía un bocadillo de morcilla, queso, tocino y lechuga, recorrió el taller del viejo, preguntándose dónde habría dejado *The New York Times*, aunque sin dejar de pensar en el Cadillac destrozado, los cristales y el metal cromado desparramados, y la raya de pintura roja en la portezuela del conductor.

La luz verde estaba centelleando en el contestador automático del viejo. Distraídamente, todavía masticando y pensando, enrolló la pequeña cinta y puso en funcionamiento el aparato.

-¿Darren? ¿Duane? Maldita sea, ¿por qué no desconectáis esa dichosa máquina y contestáis al teléfono? -dijo el tío Art.

Duane dejó de masticar y detuvo la cinta. Su corazón pareció detenerse; entonces latió una vez, muy fuerte, y después palpitó dolorosamente. Duane engulló con dificultad, respiró hondo y pulsó los botones de enrollar y poner en funcionamiento la cinta.

-... y contestáis al teléfono? Duane, esta llamada es para ti. He descubierto lo que estás buscando. Lo de la campana. Siempre ha estado en mi biblioteca. Es asombroso, Duane. Increíble, pero inquietante. He preguntado a una decena de mis viejos amigos de Elm Haven, pero ninguno de ellos recuerda la campana. No importa, el libro dice que.... bueno, ya te lo enseñaré. Ahora son... las nueve y veinte. Estaré ahí antes de las diez y media. Hasta pronto, chico.

Duane pasó dos veces más la cinta; después apagó la máquina, buscó a su espalda, encontró una silla y se sentó pesadamente. La presión en su pecho era ahora demasiado fuerte para resistirla, y se desfogó, dejando que rodasen lágrimas por sus mejillas y que le sacudiesen muchos sollozos. De vez en cuando se quitaba las gafas, se frotaba los ojos con el dorso de la mano y mordía el bocadillo. Pasó bastante rato antes de que se levantase y volviese a la cocina.

El teléfono de la oficina del sheriff no contestó, pero Duane pudo al fin ponerse al habla con él en su casa. Se había olvidado de que era domingo.

-¿Un libro? -dijo el sheriff-. No, no he visto ningún libro. ¿Es importante, hijo?

-Sí -dijo Duane. Y añadió-: Para mí.

-Bueno, en el lugar del accidente no lo he visto. Desde luego todavía no se ha registrado toda la zona. Podría estar tirado por allí... o dentro del coche.

-¿Dónde está el coche ahora? ¿En casa de Ernie?

-Sí. O en la de J. P. Congden.

-¿Congden? -Duane arrojó la corteza de pan en el cubo de la basura-. ¿Por qué tiene que estar en la casa del señor Congden?

Duane oyó que el sheriff lanzaba lo que podía ser un suspiro de disgusto.

-Bueno, J. P. se entera de los accidentes de carretera por la frecuencia de radio de la policía, y a veces hace un trato con Ernie. J. P. paga a Ernie por el coche destrozado y lo vende al taller de recuperación de automóviles de Oak Hill. Al menos eso es lo que creemos que hace con ellos.

Como la mayoría de los chicos de la población, Duane había oído comentar a los adultos que el juez de paz traficaba con coches robados. Duane se preguntó si algunas partes de estos coches destrozados serían útiles para aquel negocio sucio.

-¿Sabe dónde ha ido a parar el de hoy?

-No -dijo el sheriff-. Probablemente al solar de Ernie, ya que ha tenido que llevar de nuevo allí la grúa. Es el único que está de servicio en domingo, y su mujer aborrece el bombeo de la gasolinera. Pero no te preocupes hijo; si encontramos algo personal, lo entregaremos a tu padre y a ti. Sois los parientes más próximos, ¿no?

-Sí -dijo Duane pensando en lo antigua y digna que era la palabra *kin* (pariente). Recordaba haber leído una obra de Chaufer, un libro del tío Art, donde la palabra se escribía *cyn*-. Sí -repitió, a media voz.

-Bueno, no te preocupes, hijo. Se os entregará el libro o cualquier cosa que estuviese en el coche. Iré por la mañana a casa de Ernie y lo comprobaré personalmente. Mientras tanto, puede que tenga que aclarar algunas cosas para el atestado que estoy redactando. ¿Estaréis tu padre y tú en casa esta noche?

-Sí.

La casa pareció vacía cuando terminó la conversación. Duane oyó el tictac del gran reloj de encima de la cocina y los mugidos del ganado en los pastos del oeste. Las nubes volvían a estar espesas. Hacía calor, pero no había verdadera luz de sol.

Dale Stewart se enteró de la muerte del tío de Duane avanzada la tarde; se lo comunicó su madre, que había estado hablando con la señora Grumbacher, la cual lo había oído de la señora Sperling, que era buena amiga de la señora Taylor. Lawrence y él estaban haciendo un modelo de Spad cuando su madre se lo dijo suavemente. Los ojos de Lawrence se llenaron de lágrimas.

-¡Oh, pobre Duane! -dijo-. Primero su perro y ahora su tío.

Dale había dado entonces un fuerte golpe a su hermano en el hombro, sin saber exactamente por qué.

Tardó un rato en armarse de valor, pero al fin se dirigió al teléfono del pasillo y marcó el número de Duane, dejando que el timbre sonase dos veces, como era debido. Se oyó un chasquido y la misteriosa máquina se puso en funcionamiento y dijo, con la voz serena de Duane: «Oiga. Ahora no podemos contestar al teléfono, pero lo que diga quedará grabado y le llamaremos. Por favor, cuente hasta tres y hable.»

Dale contó hasta tres y colgó, con el rostro rojo. Le había costado bastante llamar al pobre Duane, pero expresar su condolencia a un magnetófono era superior a sus fuerzas. Dejó a Lawrence trabajando con el modelo, sacando la lengua y casi bizqueando de concentración, y fue calle abajo en bicicleta hasta la casa de Mike.

-¡Iauquí! -gritó Dale, saltando de la bici y dejando que rodase sola unos metros antes de caer sobre la hierba.

-¡Quiauí! -respondió Mike desde el arce gigantesco que extendía sus ramas sobre la calle.

Dale retrocedió, subió los pocos peldaños de la casa arbórea instalada a cuatro metros y medio de altura y continuó trepando entre las ramas hacia la más alta y secreta plataforma, a diez metros más arriba. Mike estaba sentado con la espalda apoyada en uno de los troncos divergentes y las piernas colgando sobre las tablas de aquélla. Dale acabó de subir y se sentó reclinando la espalda en el otro tronco. Miró hacia abajo, pero el suelo se perdía detrás de las hojas y comprendió que los dos eran invisibles desde abajo.

-Hola -dijo-, acabo de enterarme...

-Sí -dijo Mike. Estaba chupando un largo tallo de hierba-. Yo me he enterado hace un rato. Pensaba ir a hablar contigo. Tú conoces a Duane más que yo.

Dale asintió con la cabeza. Duane y él se habían hecho amigos cuando estudiaban cuarto al descubrir su interés común por los libros y los cohetes. Pero Dale había soñado en los cohetes; Duane los había construido. Dale era un lector precoz; había leído *La Isla del Tesoro* y el verdadero *Robinson Crusoe* cuando estaba en cuarto. Pero la lista de lecturas de Duane era increíble. Sin embargo los dos habían seguido siendo amigos, pasando juntos los períodos de descanso, viéndose algunas veces durante el verano. Dale creía que él podía ser la única persona a quien Duane había hablado de su ambición de convertirse en escritor.

-No he obtenido respuesta -dijo Dale. Hizo un raro ademán-. Le telefoneé.

Mike estudió el tallo de hierba que estaba chupando y lo dejó caer sobre la capa de hojas, a cuatro metros y medio debajo de ellos.

-Sí. Mi madre también llamó esta tarde. Le contestó aquella máquina. Va a ir allí más tarde, con unas cuantas señoras, para llevar comida. Probablemente también irá tu madre.

Dale asintió de nuevo. En Elm Haven o sus aledaños, una muerte significaba que un batallón de mujeres descenderían como valquirias llevando comida. «Duane me habló de las valquirias.» Dale no podía recordar exactamente lo que hacían las valquirias, pero sí que bajaban cuando alguien moría.

-Sólo vi a su tío un par de veces -dijo-. Era muy amable. Inteligente y amable. No quisquilloso como el padre de Duane.

-El padre de Duane es alcohólico -dijo Mike.

El tono de su voz expresaba que no era un juicio ni una crítica, sino sólo la declaración de un hecho. Dale se encogió de hombros.

-Su tío tiene... tenía los cabellos blancos y llevaba barba también blanca. Hablé con él una vez, cuando yo estaba jugando en la finca, y me pareció... raro.

Mike arrancó una hoja y empezó a romperla.

-Creo que la señora Somerset dijo a mi madre que la señora Taylor había dicho que al hombre le atravesó alguna cosa del volante y quedó destrozado. Dijo que la señora Taylor había dicho que no podría estar en un ataúd abierto. Y también dijo que el padre de Duane fue a la funeraria y amenazó al señor Taylor con hacerle un ojo del culo nuevo si tocaba el cuerpo de su hermano. Quiero decir el cuerpo del hermano del señor McBride.

Dale arrancó también una hoja. Asintió con la cabeza. No había oído nunca lo de «hacer un ojo del culo nuevo» y tuvo que esforzarse para no sonreír. Era una buena frase. Entonces recordó de qué estaban hablando, y se le fueron las ganas de sonreír.

-El padre Cavanaugh fue a la funeraria -iba diciendo Mike-. Nadie sabía la religión que profesaba el señor McBride, el tío, y el padre C. le dio la extremaunción por si acaso.

-¿Qué es la extrema... o lo que sea? -preguntó Dale.

Terminó con la hoja y empezó con otra. Pasaron algunas niñas por debajo, sin sospechar que había alguien que hablaba en voz baja a doce metros encima de ellas.

-El último rito -dijo Mike.

Dale asintió con la cabeza, aunque se quedó tan a oscuras como antes. Los católicos tenían muchas cosas extrañas y se figuraban que todo el mundo sabía lo que eran. Cuando estaban en cuarto, Dale había visto que Gerry Daysinger se burlaba del rosario de Mike; se lo colgó del cuello, se puso a bailar y se burló de Mike por llevar un collar. Mike no dijo nada; simplemente derribó a Daysinger, se sentó sobre su pecho y le quitó cuidadosamente el rosario. Desde entonces nadie había vuelto a burlarse de Mike por esto.

-El padre C. estaba allí cuando llegó el padre de Duane -siguió diciendo Mike-, pero éste no quiso hablar de nada. Sólo dijo al señor Taylor que se guardase de tocar a su hermano con sus sucias manos, y le indicó dónde tenía que enviar el cadáver para la incineración.

-La incineración -murmuró Dale.

-Es cuando te queman en vez de enterrarte.

-Ya lo sé, tonto -saltó Dale-. Sólo que... me sorprendió -Y se dio cuenta de que también había sentido alivio. En los últimos quince minutos, parte de su mente había estado imaginando que tendría que ir a las exequias en la funeraria, ver al cadáver allí, sentarse con Duane. Pero la incineración..., no era unas exequias, ¿verdad?

-¿Cuándo será? -preguntó-. La incineración.

Era una palabra importante, definitiva.

Mike se encogió de hombros.

-¿Quieres que vayamos a verlo?

-A ver, ¿a quién? -preguntó Dale.

Sabía que Digger Taylor a veces introducía a sus amigos en el cuarto de los ataúdes antes de la ceremonia y les mostraba cadáveres. Chuck Sperling se jactó una vez de que él y Digger habían visto a la señora Duggan cuando la habían tendido desnuda en la sala de embalsamamiento.

-¿A quién? A Duane, desde luego -dijo Mike-. ¿A quién más crees que deberíamos ir a ver, estúpido?

Dale estrujó lo que quedaba de la hoja y trató de enjugarse la savia de la mano. Miró de reojo el cielo, a través del ya menos espeso dosel que les cubría.

-Pronto se hará de noche.

-No. Nos quedan un par de horas. Esta semana los días son más largos que en cualquier otra época del año. Lo único que pasa es que esta tarde el cielo está nublado.

Librodot

Dale pensó en el largo pedaleo hasta la casa de Duane. Recordó lo que había dicho éste del día en que el camión de recogida de animales muertos había tratado de atropellarle. Ellos tendrían que ir por la misma carretera. Pensó en que tendría que hablar con el señor McBride y con las otras personas mayores que estuviesen allí. ¿Había algo más desagradable que visitar a alguien después de una muerte?

-Está bien -dijo-. Vamos allá.

Bajaron del árbol, agarraron sus bicis y se dirigieron al pueblo. El cielo estaba casi negro, como anunciando una tormenta. El aire se hallaba absolutamente en calma. A medio camino hacia la Seis del condado se hizo visible un vehículo delante de ellos entre una nube de polvo. Dale y Mike se arrimaron a la derecha, casi metiéndose en la cuneta, para dejarlo pasar.

Eran Duane y su padre que iban con su camioneta en la otra dirección. El vehículo no se detuvo.

Duane vio a sus dos amigos en sus bicis e imaginó que probablemente se dirigían a su casa para verle. Miró por encima del hombro a tiempo de observar que se detenían y se quedaban plantados, mirando unos segundos hacia el vehículo, antes de que les envolviese la nube de polvo. El viejo ni siquiera se había fijado en Mike y Dale. Duane no dijo nada.

No le había resultado fácil convencer al viejo de que el libro era muy importante y que tenían que ir a buscarlo aquella misma noche. Duane le había hecho escuchar la cinta.

-¿Qué diablos significa todo esto? -había preguntado el viejo, que estaba terriblemente deprimido desde que había vuelto de la funeraria de Taylor.

Duane vaciló sólo un segundo. Podía contárselo todo a su padre, como se lo había contado al tío Art. Pero no era el momento adecuado. La cuestión de la Campana Borgia parecía una tontería ante la realidad de la pérdida que el viejo y él estaban lamentando. Duane explicó que el tío Art y él habían estado investigando esta campana, un artefacto que había traído de Europa uno de los Ashley-Montague y que parecía que todo el mundo había olvidado. Duane procuró que sonara como algo entretenido, uno de los innumerables proyectos que había compartido con el tío Art, como aquella vez que se habían vuelto locos por la astronomía y habían construido sus propios telescopios, o el otoño en que habían tratado de construir todos los aparatos que había diseñado Leonardo da Vinci. Esta clase de cosas.

El viejo lo comprendió, pero no vio la urgencia de ir de nuevo esta noche al pueblo para examinar el destrozado Cadillac. Duane sabía que su sobriedad temporal le estaba atormentando como alfileres de acero. También sabía que si dejaba que el viejo se perdiese de vista en la taberna de Carl o en la del Arbol Negro, tardaría días en volver a verlo. Las tabernas estaban oficialmente cerradas los domingos, pero algunos clientes entraban con bastante facilidad por la puerta de atrás.

-Tal vez yo podría ir en busca del libro mientras tú compras una botella de vino o de algo parecido -dijo Duane-. Ya sabes, para brindar esta noche por la memoria del tío Art.

El viejo le miró airadamente, pero poco a poco se relajaron sus facciones. Raras veces aceptaba un compromiso, pero si era bueno no dejaba de advertirlo. Duane sabía que había estado luchando entre la necesidad de no beber hasta que se tomasen todas las medidas referentes al tío Art, y la imperiosa necesidad de empinar el codo.

-Está bien -dijo el viejo-. Echaremos un vistazo y compraré algo para llevar a casa. También tú podrás brindar por él.

Duane asintió con la cabeza. Lo único que temía en la vida, hasta ahora, era el alcohol. Tenía miedo de que fuese una enfermedad de familia y una copa pudiese hacerle pasar de la raya y crear en él el hábito que había esclavizado a su padre durante más de treinta años. Pero había asentido y se habían dirigido a la ciudad después de mirar una comida que ninguno de ellos había tocado.

El Texaco de Ernie estaba cerrado. Generalmente cerraba a las cuatro de la tarde los domingos, y hoy no era una excepción. Había tres coches destrozados en la parte de atrás, pero ningún Caddy. Duane refirió al viejo lo que había dicho el sheriff sobre Congden.

Su padre volvió la cabeza, pero no antes de que Duane le oyese murmurar contra «ese maldito ladrón hijo de puta capitalista».

Old Central estaba envuelto en sombras cuando pasaron por delante al subir por la Segunda Avenida y torcer por Depot Street. Duane vio que los padres de Dale Stewart estaban sentados en su largo porche y que cambiaban de posición al reconocerle. Continuaron hacia el oeste por Depot y más allá de Broad.

El Chevy negro de Congden no estaba en el patio ni aparcado en los fangosos surcos que podían haber sido un paseo alrededor de los lados de la destartalada casa. El viejo llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta, salvo los furiosos ladridos del que parecía ser un perro muy grande. Duane siguió a su padre hacia la parte de atrás de la casa y a través de un herboso solar lleno de muelles, latas de cerveza, una vieja lavadora y una serie de cosas enmohecidas, detrás de un pequeño cobertizo.

Había ocho automóviles. Dos de ellos estaban sobre bloques y daban la impresión de que podían ser reconstruidos algún día; los otros estaban tirados sobre las altas hierbas, como cadáveres de metal. El Cadillac de tío Art era el que estaba más cerca del cobertizo.

-No te metas en él -dijo el viejo. Había algo extraño en su tono de voz-. Si ves el libro allí, yo lo sacaré.

De nuevo sobre sus ruedas, los desperfectos del coche eran todavía más evidentes. El techo estaba aplastado casi hasta el nivel de las portezuelas. Incluso desde el lado correspondiente al pasajero, donde se hallaban, podía verse que el pesado automóvil se había torcido sobre su propio eje a consecuencia del choque contra el puente. El capó había desaparecido, y Congden o alguien había ya desparramado partes del motor sobre la hierba. Duane pasó hacia el lado del conductor.

-Papá.

El viejo se acercó a él y miró también. Faltaban la portezuela del conductor y la izquierda de atrás.

-Estaban en su sitio cuando sacaron el coche del agua -dijo Duane-. Le dije al sheriff que se fijara en la raya de pintura roja.

-Ya me acuerdo.

El viejo cogió una vara de metal y empezó a hurgar entre las hierbas, que eran altas hasta la cintura, como si allí pudiese encontrar las portezuelas.

Duane se agachó y miró el interior del coche; después pasó detrás de él para observar a través de la abertura dejada por la portezuela de atrás. Abrió la del lado derecho y se inclinó sobre lo que quedaba del asiento posterior.

Metal retorcido. Tapicería desgarrada. Muelles. Tejido y material aislante del techo, colgando como estalactitas. Cristales rotos. Olor a sangre, a gasolina y a líquido de transmisión. Ningún libro.

El viejo volvió.

-Ni rastro de las portezuelas. ¿Has encontrado lo que buscabas?

Duane sacudió la cabeza.

-Tenemos que volver al lugar del accidente.

-No. -El tono de la voz de su padre le indicó a Duane que no habría discusión posible-. Esta noche no.

Duane se volvió, sintiendo que le caía un gran peso sobre sus hombros, algo todavía más pesado que el agudo dolor que ya sentía. Miró alrededor del cobertizo, pensando en la noche que le esperaba en compañía del viejo y de una botella. El trato no había servido para nada.

Tenía las manos en los bolsillos cuando dobló la esquina del cobertizo. El perro saltó sobre él antes de que pudiese sacarlas.

Librodot

Al principio, Duane no supo que era un perro. No era más que algo enorme Y negro que lanzaba unos gruñidos como no había oído en su vida. Entonces aquella cosa saltó, con los dientes brillándole a nivel de los ojos del muchacho, y Duane cayó atrás sobre muelles y cristales rotos, con la masa del cuerpo del perro lanzándose sobre él y retorciéndose, gruñendo y arremetiendo para alcanzarle.

En aquel segundo, sobre el sucio suelo, con las manos ahora libres pero arañadas y vacías, Duane supo una vez más lo que era enfrentarse con la muerte. Pareció que el tiempo se detenía y que Duane se paralizaba en él. Sólo el enorme perro podía moverse, tan deprisa que no era más que un borrón negro, y lo hacía hacia Duane, alzándose sobre él, mostrando sólo dientes y saliva al abrir la enorme boca para morder el cuello de Duane McBride.

El viejo se colocó entre el perro y su hijo caído y golpeó. La vara alcanzó al doberman en las costillas y le lanzó tres metros atrás en dirección a la casa. El aullido del animal sonó como un cambio de marchas estropeado.

-Levántate -jadeó el viejo, agachándose entre Duane y el perro, que Ya se había puesto en pie.

Duane no sabía si su padre hablaba con él o con el doberman.

Se había puesto de rodillas cuando el animal atacó de nuevo. Esta vez tenía que pasar por encima del viejo para llegar hasta el muchacho, que al parecer era lo que se proponía hacer cuando saltó con un gruñido que hizo que a Duane se le aflojasen las tripas.

El viejo hizo una pirueta, sujetó la vara con ambas manos, dejó que el perro volase junto a él y levantó la vara de metal. A Duane le pareció un bateador golpeando una pelota alta y corta hacia un campo lejano.

La barra alcanzó al doberman debajo de la mandíbula, le torció la cabeza hacia atrás en una posición imposible que hizo dar a la bestia un perfecto salto mortal de espaldas antes de estrellarse contra la pared del cobertizo y resbalar hasta el suelo.

Duane se puso en pie y se alejó del animal tambaleándose, pero esta vez el doberman no se levantó. El viejo se acercó a él y le dio una patada debajo de la mandíbula, y la cabeza del perro osciló como algo sujeto por una cuerda floja. Tenía los ojos muy abiertos Y la muerte los estaba ya nublando.

-Menuda sorpresa se va a llevar el señor Congden -comentó Duane pensando que lo mejor sería tomárselo a broma.

-Que se joda -dijo el viejo, pero no había pasión en su voz. Parecía casi relajado por primera vez desde que el coche del sheriff se había detenido en el camino de su casa ocho horas antes-. No te separes de mí.

Sin soltar la barra, el viejo dio la vuelta alrededor de la casa y volvió a llamar a la puerta principal. Seguía cerrada. Nadie respondió a la llamada.

-¿Oyes algo? -dijo, acariciando la barra de metal.

Duane sacudió la cabeza.

-Yo tampoco -dijo su padre.

Entonces Duane cayó en la cuenta. O el perro que estaba dentro de la casa se había quedado sordo de repente, o era el mismo que yacía muerto en el patio de atrás. Alguien le había dejado salir.

El viejo se dirigió a la acera y miró arriba y abajo de Depot Street. Era casi de noche debajo de los árboles. Un trueno, en el este, anunció tormenta.

-Vamos, Duanie -dijo el viejo-. Mañana encontraremos tu libro.

Estaban cerca de la torre del agua, y Duane casi había dejado de temblar cuando recordó una cosa.

-Tu botella -dijo, maldiciéndose por recordárselo a su padre, pero al mismo tiempo pensando que se la merecía.

-¡Al diablo la botella! -El viejo miró a Duane Y sonrió ligeramente-. Brindaremos por Art con Pepsi. Es lo que él y tú solíais beber siempre, ¿no? Brindaremos por él y contaremos

Librodot

anécdotas suyas, y celebraremos un verdadero velatorio. Después nos acostaremos temprano, para que mañana podamos arreglar algunas cosas que necesitan arreglo. ¿De acuerdo?

Duane asintió con la cabeza.

Jim Harlen volvió del hospital a casa el domingo, exactamente al cabo de una semana de ser hospitalizado. Llevaba el brazo izquierdo escayolado, y la cabeza y las costillas vendadas; tenía ojos de mapache, por la pérdida de sangre, y todavía estaba en tratamiento por el dolor. Pero el médico y su madre decidieron que ya era hora de que volviese a casa.

Harlen no quería ir a casa.

No quería acordarse del accidente. Recordaba más de lo que reconocía: que se había ido del cine gratuito aquel sábado, que había seguido a la vieja Double-Butt y que había decidido escalar el colegio para mirar en su interior. Pero no podía recordar la caída, ni lo que la había causado. Cada noche que había pasado en el hospital había tenido pesadillas y se había despertado jadeando, palpitándole el corazón y la cabeza, agarrado a la barandilla de metal de la cama para sostenerse. Las primeras noches su madre había estado allí; poco después aprendió a llamar a la enfermera para tener una persona mayor en la habitación. Las enfermeras, sobre todo la señora Carpenter, que era la mayor, le complacían y se quedaban en el cuarto, acariciándole a veces los cortos cabellos hasta que se dormía de nuevo.

Harlen no recordaba los sueños que le hacían gritar cuando se despertaba, pero sí la impresión que le dejaban y que era suficiente para que se sintiese mareado y se le pusiese la carne de gallina. El hecho de volver a casa le causaba una impresión parecida.

Un amigo de su madre a quien no había visto nunca les llevó a casa, tumbado el chico en el asiento de atrás del automóvil. Se sentía tonto e impotente con la escayola, y tenía que levantar la cabeza de las almohadas para ver deslizarse el paisaje. Cada kilómetro del viaje de quince minutos, desde Oak Hill hasta Elm Haven, parecía absorber luz, como si el coche se adentrase en una zona de oscuridad.

-Parece que va a llover -dijo el amigo de su madre-. Realmente las mieses lo necesitan.

Harlen gruñó. Fuese quien fuere aquel estúpido -Harlen había olvidado ya el nombre que había dicho su madre al presentárselo, con la misma naturalidad que si fuese un viejo amigo de la familia a quien Harlen debía aprender a conocer y apreciar-, desde luego no era un agricultor. El limpio y reluciente automóvil, un Woody, las manos suaves y el traje de tweed de ciudad, daban prueba de ello. Aquel papanatas probablemente no sabía ni le importaba si las mieses necesitaban lluvia o abono.

Llegaron a casa a eso de las seis -su madre tenía que recogerlo a las dos, pero lo hizo horas más tarde- y aquel tipo dio un gran espectáculo al ayudar a Harlen a subir a su habitación, como si tuviese rotas las piernas en vez de un brazo. Harlen tuvo que reconocer que el ejercicio de subir la escalera le mareaba. Se sentó en la cama, mirando a su alrededor, sintiéndose muy extraño en su habitación, y trató de aliviar el dolor de cabeza pestañeando, mientras su madre bajaba corriendo la escalera en busca del medicamento. Harlen pudo oír una conversación en voz baja seguida de un largo silencio. Se imaginó el beso, se imaginó al papanatas introduciendo la vieja lengua y a su madre doblando la pierna derecha hacia arriba y atrás, haciendo oscilar el zapato de alto tacón, como hacía siempre que daba el beso de buenas noches a sus amigos, mientras Harlen la observaba desde la ventana de su habitación.

Una luz amarilla y enfermiza que entraba por la ventana tiñó la estancia de un color de azufre. De pronto comprendió por qué su habitación le había parecido tan extraña: su madre la había limpiado. Había quitado los montones de ropas, las pilas de tebeos, los soldados de juguete y los trenes rotos, los trastos polvorientos de debajo de su cama, e incluso los viejos ejemplares de Boy's Life amontonados desde hacía años en el rincón. Con una punzada de culpabilidad, Harlen se preguntó si ella habría limpiado su armario y habría encontrado las revistas de desnudos. Iba a levantarse para comprobarlo, pero el mareo y el dolor de cabeza le hicieron tumbarse de nuevo sobre la almohada. ¡Qué más daba! A todos sus dolores se añadió

el que sentía en el brazo todas las tardes y que le calaba hasta los huesos. ¡Le habían puesto un clavo de acero! Cerró los ojos y trató de imaginarse un clavo del tamaño de los de la vía férrea a través de su fracturado húmero.

«Mi húmero no tiene nada de humorístico», pensó Jim Harlen y se dio cuenta de que estaba peligrosamente cerca de romper a llorar. «¿Dónde coño estará mi madre? O mejor dicho, ¿dónde coño estará jodiendo?»

Su madre entró en la habitación, muy animada y satisfecha por tener a su pequeño Jimmy en casa. Harlen advirtió la capa de maquillaje en sus mejillas. Y el perfume no era como el suave olor a flores de las enfermeras que le cuidaban por la noche; olía como algún animal almizcleño nocturno. Tal vez un visón, o una comadreja en celo.

-Tómate las pastillas. Yo voy a preparar la cena -dijo.

Le dio el frasco de las pastillas y no el platito que utilizaban las enfermeras para poner la dosis. Harlen se tragó tres píldoras de codeína, en vez de una que debía tomar. «Que se joda el dolor.» Su madre estaba demasiado ocupada trajinando en la habitación, mullendo almohadas y deshaciendo su maleta de hospital, para darse cuenta de cuántas pastillas tomaba. Si iba a armar jaleo por lo de las revistas porno, pensó Harlen, lo había dejado para otro día.

Esto le parecía bien. No importaba que quemase la cena que estaba preparando -cocinaba un par de veces al año y siempre era un desastre-, porque Harlen sentía ya el efecto entumecedor del medicamento y estaba presto a sumergirse en el agradable y cálido espacio sin paredes donde había pasado tanto tiempo en los primeros días de estancia en el hospital, cuando le habían administrado los calmantes más fuertes contra el dolor.

Preguntó algo a su madre.

-¿Qué, querido?

Se interrumpió al colgar la ropa de la maleta, y Harlen se dio cuenta de que su voz había sonado bastante estropajosa. Repitió de nuevo la pregunta:

-¿Han venido mis amigos?

-¿Tus amigos? Pues sí, querido; estaban muy preocupados y dijeron que te mejoraras.

-¿Quiénes?

-¿Perdón, querido?

-¿Quiénes? -gritó Harlen, y después se esforzó en bajar la voz-. ¿Quiénes vinieron?

-Bueno, tú dijiste que aquel simpático campesino..., ¿cómo se llama?, Donald, fue al hospital la semana pasada...

-Duane -dijo Harlen-. Y no es un amigo. Es un chico del campo que tiene paja detrás de las orejas. Quiero decir que quién vino a casa a preguntar por mí.

Su madre frunció el entrecejo y se frotó los dedos, como hacía siempre que estaba nerviosa. Harlen pensó que el brillante esmalte rojo de las uñas hacía que sus dedos blancos pareciesen terminar en tocones ensangrentados. La idea le hizo gracia.

-¿Quiénes? -dijo-. ¿O'Rourke? ¿Stewart? ¿Daysinger? ¿Grumbacher?

Su madre suspiró.

-No puedo recordar los nombres de tus amiguitos, Jimmy, pero tuve noticias de ellos. Al menos por sus madres. Todas están muy preocupadas. Aquella amable señora que trabaja en la cooperativa estaba especialmente interesada.

-La señora O'Rourke. -Harlen suspiró-. Pero ¿no han venido Mike o los muchachos?

Ella plegó bajo el brazo los pijamas de hospital, como si fuese de primordial importancia el limpiarlos. Como si sus pijamas y calzoncillos sucios no hubiesen estado tirados en el suelo de esta misma habitación durante semanas, antes de que ingresara en el hospital.

-Estoy segura de que han venido, querido, pero yo he estado bueno, muy ocupada, teniendo que pasar tanto tiempo en el hospital y cuidar de... otras cosas.

Harlen trató de volverse sobre el costado derecho; la escayola era una engorrosa protuberancia en el lado izquierdo, doblada en el codo pero pesada y rígida. El chico sintió que la codeína empezaba a surtir efecto. Tal vez podría engatusar a su madre para que le dejase todo el frasco y él mismo pudiese cuidar de su dolor. A los médicos no les importaba

que uno sufriese; no les afectaba que uno se despertase por la noche asustado y sintiéndose tan mal que le entraran deseos de orinarse encima. Incluso a las buenas enfermeras que olían tan bien les importaba un bledo; venían cuando uno las llamaba, pero se alejaban haciendo chirriar los zapatos por el pasillo embaldosado cuando salían de servicio y se iban a casa a acostarse con algún fulano.

Su madre le besó. Olía a la misma colonia del papanatas. volvió la cara hacia el otro lado antes de que aquel olor y el del humo de sus cigarrillos le mareasen.

-Ahora duerme bien, querido.

Le arrebujó como cuando era pequeño, pero la escayola no se adaptaba bien a las sábanas y tuvo que envolverla con éstas, como si se tratara de un árbol de Navidad. Harlen flotaba en el súbito alivio del dolor, en esa insensibilidad que hacía que se sintiese más vivo que en toda la semana.

Todavía no era de noche. A Harlen le gustaba quedarse dormido cuando era de día..., era la maldita oscuridad lo que aborrecía. Podría dormir un rato antes de que se despertase para su mudo servicio de centinela. Tratando de estar alerta, para el caso de que viniese aquello.

Para el caso de que viniese, ¿eh?

El medicamento parecía liberar su mente, como si las barreras de lo que había ocurrido, de lo que había visto, estuviesen a punto de derrumbarse; como si las cortinas estuviesen a punto de descorrerse.

Harlen trató de darse la vuelta, tropezó con la escayola y gimió nerviosamente, sintiendo el dolor como algo separado de él, como un perro pequeño pero insistente que le tirase de la manga. No dejaría que se derrumbasen las barreras, que se abrieran las cortinas. No quería que volviese aquello que le despertaba cada noche, sudoroso y con el corazón palpitándole.

Que se fueran a la porra O'Rourke, Stewart, Daysinger y los demás. Que se fueran todos a la porra. No eran verdaderos amigos. ¿Quién los necesitaba? Harlen odiaba todo el maldito pueblo, con sus gordos y malditos vecinos y sus malditos y estúpidos muchachos. y el colegio.

Jim Harlen se sumió en un sopor agitado. La sulfurosa luz amarilla se volvió roja sobre el papel de la pared, antes de desvanecerse en la oscuridad y mientras se oía acercarse la tormenta.

Una hora antes del anochecer, a varias manzanas al este de Depot Street, Dale y Lawrence estaban sentados en la baranda del porche observando los relámpagos de calor que iluminaban el oscuro cielo. Sus padres descansaban en los sillones de mimbre del porche. Cada vez que brillaba un relámpago silencioso, Old Central se dejaba ver a través de la cortina de olmos al otro lado de la calle, con sus paredes de piedra y de ladrillos pintadas de un azul eléctrico por el resplandor. El aire estaba inmóvil porque no había llegado aún el viento que precedía a la tormenta.

-No parece que se esté preparando un tornado -dijo el padre de Dale.

Su madre bebió un poco de limonada y permaneció en silencio. El aire se iba haciendo cada vez más pesado a medida que se acercaba la tormenta. La mujer se estremecía ligeramente cada vez que los silenciosos relámpagos iluminaban el colegio, el patio de recreo y la Segunda Avenida, que se extendía hacia el sur en dirección a la Hard Road. Dale estaba fascinado por las súbitas explosiones de luz y por el extraño color que impartía a la hierba, las casas, los árboles y el asfalto de las calles. Era como si estuviesen viendo una película en blanco y negro en la tele, y de pronto apareciese en color, al menos con intermitencias.

Los relámpagos recorrían los horizontes oriental y meridional, centelleando sobre las copas de los árboles como una intensa aurora boreal. Dale recordó relatos de su tío Henry sobre los bombardeos de artillería en la Primera Guerra Mundial. El padre de Dale había servido en Europa durante la guerra más reciente, pero nunca hablaba de ello.

-Mira -dijo Lawrence en voz baja, señalando hacia el patio de recreo del colegio.

Librodot

Dale se inclinó hacia delante para seguir la dirección que indicaba su hermano con el brazo. Cuando resplandeció otro relámpago, vio el surco a través del patio de recreo. Se habían visto algunos de estos surcos después de terminado el curso, como si alguien estuviese instalando tuberías. Pero ni Dale ni nadie de su familia habían visto trabajar a hombres allí durante el día. ¿Y por qué instalaban tuberías en un colegio que cualquier día sería derribado?

-Vamos -murmuró Dale, y él y su hermano saltaron de la baranda a los escalones de tierra, y de los escalones al jardín de delante

-¡No vayáis lejos! -gritó su madre-. Va a llover.

-No nos alejaremos -dijo Dale por encima del hombro.

Cruzaron trotando Depot Street, saltando sobre las bajas y herbosas cunetas que sustituían a los desagües en caso de tormenta, y corrieron debajo de las ramas extendidas del gigantesco olmo centinela del otro lado de la calle

Dale miró a su alrededor y se dio cuenta por primera vez de la sólida barrera que constituían los olmos gigantescos. Caminar entre ellos para pasar al patio de recreo era como cruzar la muralla de una fortaleza para entrar en el patio de un castillo.

Y Old Central parecía un castillo encantado aquella noche. La luz de los relámpagos era reflejada por las ventanas no entabladas de las buhardillas. La piedra y los ladrillos parecían extrañamente verdosos bajo aquella luz. El arco de la entrada cubría solamente oscuridad.

-Mira -dijo Lawrence.

Se había detenido a menos de dos metros del surco parecido a una topera que cruzaba el campo de juego. Era como si alguien hubiese tendido una tubería desde el colegio -Dale pudo ver que el abultado surco llegaba hasta los ladrillos próximos a una ventana del sótano- hacia la segunda base y en dirección al montículo del pitcher. Pero se había detenido a mitad de camino en el campo de béisbol.

Dale se volvió y miró en la dirección que tomaría aquel surco si seguía extendiéndose. Era la del porche principal de su casa, a treinta metros de distancia.

Lawrence lanzó un grito y saltó atrás. Dale giró sobre sus talones.

Al iluminarse brevemente el cielo, Dale observó que el suelo se abultaba, que se elevaban terrones con hierba y que la larga línea de aquel abultamiento se extendía otros seis palmos y se detenía a menos de un metro de sus zapatos.

Mike O'Rourke estaba dando de comer a Memo, mientras brillaban los relámpagos detrás de la cortina. Dar de comer a la anciana no era agradable: su garganta y su aparato digestivo funcionaban hasta cierto punto; en otro caso no habrían podido cuidar de ella en casa y habrían tenido que llevarla a una clínica de Oak Hill. Pero sólo podía comer alimentos para niños, y tenían que abrirle Y cerrarle la boca antes y después de cada bocado. Parecía engullir a la fuerza para no ahogarse. Invariablemente, buena parte de la comida terminaba en la barbilla de la abuela y en la ancha servilleta que le ataban al cuello.

Pero Mike seguía con paciencia la operación, hablándole de pequeñas cosas, como las noticias del periódico del domingo, la lluvia inminente y las hazañas de sus hermanas, durante los largos intervalos entre las cucharadas.

De pronto, entre dos bocados, Memo abrió mucho los ojos y empezó a pestañear rápidamente, tratando de comunicar algo. Mike lamentaba a menudo que ella y la familia no hubiesen aprendido el alfabeto Morse antes del ataque; pero ¿cómo habían de pensar entonces que lo necesitaría? Ahora que pestañeaba la anciana, habría sido muy oportuno detenerse, pestañear y detenerse de nuevo a intervalos.

-¿Qué pasa, Memo? -murmuró Mike, acercándose más a ella y limpiándole el mentón con la servilleta.

Miró por encima del hombro, casi esperando ver una sombra oscura en la ventana. Pero sólo había oscuridad entre las cortinas, y después el súbito resplandor de un relámpago que iluminó las hojas del tilo y los campos del otro lado de la calle.

-Todo está bien -dijo Mike a media voz, ofreciendo otra cucharada de puré de zanahoria a su abuela.

Evidentemente, no todo estaba bien. El pestañeo de Memo se hizo más agitado y los músculos de su garganta trabajaron tan rápidamente que Mike temió que iba a regurgitar la comida de la tarde. Se acercó más a ella, para asegurarse de que no se ahogaba; pero pareció que respiraba bien. El pestañeo se hizo frenético. Mike se preguntó Si iba a tener otro ataque, si esta vez se moriría. Pero no llamó a sus padres. La quietud exterior que precedía a la tormenta había dominado de algún modo sus movimientos y emociones, sujetándole a su silla al inclinarse hacia Memo con la cuchara extendida.

El pestañeo cesó y Memo abrió mucho los ojos. En el mismo instante, algo rascó las tablas del suelo de la vieja casa -Mike sabía que allí no había nada salvo un pequeño hueco- y el ruido sonó debajo del suelo de la cocina, en la esquina sudoeste de la casa; después cambió de sitio, pasando, más rápidamente de lo que podían correr un perro o un gato, de la cocina a un rincón del cuarto de estar y un trozo del pasillo, y debajo del suelo del salón -la habitación de Memo-, de los pies de Mike y de la maciza cama de cobre amarillo donde yacía la anciana.

Mike miró debajo de su brazo todavía extendido, entre sus zapatos sobre la raída alfombra. El ruido era tan fuerte como si alguien se hubiese deslizado debajo de la casa en una carretilla, con un cuchillo largo o una barra de metal, y arañase todos los clavos y abrazaderas de debajo de las viejas tablas. El ruido se convirtió en un repiqueteo, como si la hoja del cuchillo se utilizase para romper las tablas entre las bambas de Mike.

Miró hacia abajo, boquiabierto, esperando que aquello se abriese paso entre las tablas del suelo. Se imaginó que aparecían unos dedos como cuchillos y que le agarraban una pierna. Le bastó una mirada para ver que Memo había cerrado los ojos tan fuerte como podía. De pronto, inmediatamente, cesó el ruido y Mike recobró la voz.

-¡Mamá! ¡Papá! ¡Peg!

Estaba gritando, pero no chillando del todo. La mano que sostenía la cuchara continuaba extendida, pero ahora temblaba.

Su padre vino del cuarto de baño, que estaba al otro lado del pasillo, con los tirantes colgando y la abultada panza y los calzoncillos sobresaliendo de la pretina del pantalón. Su madre acudió desde su habitación, ciñéndose la vieja bata. Unas pisadas en la escalera anunciaron no a Peg sino a Mary, que se apoyó en la jamba de la puerta para mirar dentro del salón.

Todos le acribillaron a preguntas.

-¿A qué vienen esos gritos? -repitió su padre, cuando se hizo una pausa.

Mike les miró sucesivamente.

-¿No lo habéis oído?

-Oído, ¿qué? -preguntó su madre, con una voz que era siempre más áspera de lo que ella pretendía.

Mike miró la alfombra entre sus zapatos. Sentía que había algo allá abajo. Esperando. Miró de nuevo a Memo, que continuaba con el cuerpo rígido y los ojos cerrados con fuerza.

-Un ruido -dijo Mike, dándose cuenta de lo débil que sonaba su voz-. Un ruido terrible debajo de la casa

Su padre sacudió la cabeza y se enjugó las mejillas con una toalla.

-Yo no he oído nada en el cuarto de baño. Seguramente habrá sido uno de esos mal... -Miró a su mujer, que había fruncido el ceño-. Uno de esos dichosos gatos. O tal vez otra mofeta. Voy a coger una linterna y una escoba y lo voy a echar de aquí, sea lo que sea.

-¡No! -gritó Mike, mucho más fuerte de lo que pretendía. Mary hizo una mueca y sus padres le miraron, intrigados-. Quiero decir que va a llover -dijo-. Esperemos hasta mañana, cuando haya luz. Me meteré ahí y echaré a esa bestia.

-Ten cuidado con las arañas viudas negras -dijo Mary, estremeciéndose y subiendo de nuevo la escalera.

Mike pudo oír una música de rock and roll en su radio.

Su padre volvió al cuarto de baño. La madre entró, acarició la cabeza de Memo, le tocó la mejilla y dijo:

-Parece que mamá se ha dormido. Esperaré aquí y le daré la comida cuando se despierte, si quieres subir a acostarte.

Mike tragó saliva y bajó el brazo tembloroso, apoyándolo sobre una rodilla que tampoco se mantenía demasiado firme. Podía sentir que había algo allá abajo, separado sólo por dos centímetros de madera y una alfombra de cuarenta años. Podía sentirlo ahí, en la oscuridad, esperando a que él se marchase.

-No -dijo a su madre-. Me quedaré hasta que acabemos.

Le dirigió una sonrisa. Ella le tocó la cabeza y volvió a su habitación.

Mike esperó. Al cabo de un momento, Memo abrió los ojos. Fuera, los relámpagos de calor centellearon sin ruido.

16

No llovió el domingo por la noche, ni el lunes; pero el día era húmedo y gris. El padre de Duane había partido el miércoles para la incineración de tío Art en Peoria, y tenía que cuidar de algunos detalles, notificarlo a varias personas. Al menos tres (un viejo compañero del Ejército, un primo con quien el tío Art había estado en buena relación y una ex esposa) se habían empeñado en asistir, por lo que a fin de cuentas se celebrarían unas breves exequias. El viejo hizo que fuese a las tres de la tarde, en la única empresa de pompas fúnebres de Peoria donde se realizaban incineraciones.

El viejo había intentado hablar por teléfono con J. P. Congden el lunes, pero el hombre nunca estaba en casa. Duane se hallaba en la puerta de la suya y oyó aquella tarde la conversación, cuando vino el policía Barney con una denuncia.

-Bueno, Darren -había dicho Barney al viejo-. J. P. va diciendo a todo el mundo que mataste a su perro.

El viejo había enseñado los dientes.

-El maldito perro atacó a mi hijo. Era un doberman grande y estúpido, con cerebro microscópico, aproximadamente como el del gilipollas de Congden.

Barney revolvió el sombrero entre las manos y pasó los dedos por la suave cinta.

-J. P. dice que el perro estaba dentro de su casa. Que encontró su cuerpo en la casa Que alguien entró en ésta y lo mató.

El viejo escupió al suelo.

-¡Eso es tan falso como la mayoría de las multas que pone Congden! El perro estaba dentro cuando llamamos. Mi chico y yo fuimos al cobertizo de atrás después de mirar el Cadillac de Art, que por cierto no debería estar allí, como sabes muy bien. Es ilegal que un tercero compre un vehículo que ha sufrido un accidente, antes de que éste haya sido completamente investigado. En todo caso, el perro saltó contra Duane después de que entrásemos en el patio de atrás, lo cual quiere decir que el cabrón de Congden lo soltó, sabiendo que nos atacaría.

Barney miró al viejo a los ojos.

-No tienes ninguna prueba de ello, ¿verdad?

El viejo se echó a reír.

-¿Por qué te ha enviado él? ¿Tiene Congden alguna prueba de que fui yo quien mató a aquel doberman?

-Dijo que te vieron los vecinos.

-¡Tonterías! La señora Dumont es su vecina más próxima y está ciega. La única persona de aquella manzana que me conoce es Miz Jensen, y está en Oak Hill con su hijo Jimmy. Además, yo tenía derecho a entrar en su propiedad. Congden confiscó ilegalmente el coche de mi hermano y arrancó las portezuelas, para que no se pudiese investigar la verdadera naturaleza del accidente.

Barney se caló el sombrero y tiró del ala.

-¿De qué estás hablando, Darren?

-Estoy hablando de dos portezuelas que faltan en el lado del conductor del Cadillac y que contienen pruebas de cómo ocurrió el accidente. Pintura roja. Pintura roja, como la del camión que trató de atropellar a mi hijo hace ya una semana.

Barney sacó una libreta del bolsillo, escribió en ella con un trozo de lápiz y levantó la cabeza.

-¿Lo notificaste al sheriff Conway?

-Ya lo creo que se lo dije -respondió el viejo. Estaba nervioso y se frotaba las mejillas. Se había afeitado por la mañana y la ausencia de pelos parecía desconcertarle-. Me dijo que «lo estudiaría». Yo le dije que haría bien en estudiarlo, porque presentaría una querella contra él y contra Congden si no llevaban a cabo una investigación completa.

-Entonces, ¿crees que hubo un segundo vehículo?

El viejo miró atrás hacia Duane, que estaba plantado en mitad de la puerta.

-Sé que mi hermano no entró con el Cadillac en el puente a más de ciento diez kilómetros por hora y por su propia voluntad -dijo al policía Barney-. Art era un imbécil en lo de observar los límites de velocidad, aunque fuese en carreteras infames como Jubilee College Road. No; alguien le echó de la calzada.

Barney volvió a su coche.

-Llamaré a Conway y le diré que también yo voy a investigar esto.

Duane pestañeó, detrás de la puerta de tela metálica. El policía del pueblo no tenía competencia para investigar muertes en las carreteras del condado. Lo que estaba haciendo era un puro y simple favor.

-Mientras tanto -prosiguió el policía-, diré a nuestro juez de paz que sus vecinos deben de estar equivocados. Tal vez el perro murió de muerte natural. El muy hijo de puta la ha emprendido conmigo algunas veces. -Tendió la mano al viejo-. Siento mucho lo de Art, Darren.

El viejo, sorprendido, estrechó la mano del agente. Duane se acercó a su padre, y juntos observaron cómo se alejaba el coche por el largo camino de entrada. Duane pensó que si se volvía a mirar a su padre encontraría lágrimas en sus ojos, por primera vez desde el accidente. Y no se volvió a mirarle.

Aquella tarde fueron a buscar un traje a casa del tío Art, para llevarlo a la funeraria de Peoria la mañana siguiente.

-Una maldita estupidez -murmuró el viejo, mientras recorrían los seis kilómetros y medio en la camioneta-. No van a exhibirlo, sólo lo van a incinerar en el ataúd. Igual podría estar desnudo; no creo que a él ni a nosotros nos importe lo más mínimo.

Duane reconoció en su manera de refunfuñar otra señal de un día sin alcohol, así como de dolor o de malhumor en general. El viejo estaba a punto de batir el récord de los últimos dos años.

Esta excursión era lo que Duane había estado esperando. No había querido dar demasiada importancia al hecho de buscar señales del libro que había encontrado el tío Art y que llevaba para mostrárselo cuando le habían matado; pero sabía que su padre tendría que ir allí antes del entierro.

Era ya de noche cuando llegaron. El tío Art había vivido en una blanca casita de campo a unos cientos de metros de la carretera. La alquilaba a la familia que seguía cultivando los campos de los alrededores, este año de alubias, y sólo el huerto de detrás de la casa era obra del tío Art. El viejo miró el huerto un momento antes de entrar por la puerta de atrás, y Duane supo que estaba pensando que tendrían que venir aquí para cuidarlo. Dentro de pocas semanas estarían comiendo los tomates que tanto gustaban al tío Art.

La casa no estaba cerrada. Duane pestañeó y se ajustó las gafas al entrar, sintiéndose acometido de nuevo por el dolor y la impresión de pérdida. Se dio cuenta de que ello se debía

al olor del tabaco de pipa del tío Art en el aire inmóvil y atrapado. En aquel instante comprendió lo efímera que era la vida, lo fugaz que resultaba la presencia de cualquiera: unos pocos libros, un olor a tabaco que su consumidor no volvería a disfrutar, unas cuantas prendas de vestir que serían utilizadas por otros, las inevitables fotografías, documentos y correspondencia que significarían mucho menos para cualquier otro. Con una sensación parecida al vértigo, Duane comprendió que un ser humano no causaba en este mundo una impresión más duradera que la de una mano en el agua. Retira la mano, y el agua se apresura a llenar el hueco, como si nada hubiese ocurrido.

-Sólo será un minuto -dijo el viejo, casi en voz baja, por una razón que ninguno de los dos comprendía, pero a la que se sometían-. Puedes quedarte aquí.

Habían cruzado la cocina y entrado en el más oscuro «estudio».

Duane encendió una luz y asintió con la cabeza. El viejo desapareció en el dormitorio. Duane oyó que abría la puerta del armario.

La casa de tío Art era pequeña: sólo una cocina, un «estudio» en lo que antes había sido comedor y que no se utilizaba, un cuarto de estar donde apenas cabía una tumbona, muchos estantes con libros, dos sillones a los lados de una mesa con un tablero de ajedrez -Duane reconoció la partida que el tío Art y él habían estado jugando hacía tres fines de semana-, y un aparato de televisión muy grande. El pequeño dormitorio era la última habitación. La puerta principal se abría a un pequeño porche de cemento que daba a unos dos acres de jardín. Ningún visitante entraba ni salía nunca por la puerta principal, pero Duane sabía que al tío Art le gustaba sentarse en el porche por la noche, fumando su pipa y mirando hacia el norte a través de los campos. Se podía oír bastante bien el tráfico en la Jubilee College Road, pero los coches quedaban ocultos por la colina.

Duane salió de su ensimismamiento y trató de concentrarse. El tío Art había dicho una vez que llevaba un diario, desde 1941. Duane pensó que el libro que había mencionado por teléfono había desaparecido, robado por Congden o por quien fuese, pero podía haber alguna mención de él.

Encendió la lámpara de encima de la desordenada mesa. El comedor había sido la habitación más grande de la casa, y el «estudio» se componía de librerías que llegaban desde el suelo hasta el techo, llenas de libros en su mayor parte encuadernados, y librerías más bajas en el centro de la estancia, a ambos lados de la puerta grande que Art había convertido en mesa escritorio.

Sobre ésta había facturas, el teléfono, montones de cartas que Duane miró sólo por encima, recortes de columnas de ajedrez de periódicos de Chicago y de Nueva York, revistas, historietas de *The New Yorker*, una foto enmarcada de su segunda esposa, otro marco con un dibujo de Leonardo da Vinci de un aparato parecido a un helicóptero, un tarro lleno de canicas, otro lleno de regaliz -Duane había metido mano en él desde que podía recordar-, y trozos de papel con viejas listas de la compra, listas de compañeros de la fábrica de orugas que eran miembros del sindicato, listas de ganadores del Premio Nobel, y miles de cosas. Ningún diario.

La mesa no tenía cajones. Duane miró a su alrededor. Podía oír que el viejo revolvía cajones en el dormitorio, probablemente buscando ropa interior y calcetines. Sólo tardaría un minuto.

«¿Dónde guardaría un diario el tío Art?» Duane se preguntó si sería en el dormitorio. No, Art no escribía en la cama. Lo haría aquí, en su mesa de trabajo. Pero en ésta no había ningún libro. Ni tenía cajones.

«Libros.» Duane se sentó en el sillón del viejo capitán, sintiendo cómo habían desgastado el barniz los brazos de su tío. «Él debía de escribir todos los días en su diario. Probablemente todas las noches, sentado aquí.» Duane extendió la mano izquierda. «El tío Art era zurdo.»

Una de las librerías bajas, la colocada cerca del caballete izquierdo de soporte de la puerta grande que hacía de mesa, estaba al alcance de su mano. En realidad era un doble estante, con libros vueltos hacia fuera y otros, más de una docena de volúmenes sin título, vueltos hacia

dentro, casi invisibles en la oscuridad de debajo de la mesa. Duane sacó uno de ellos: encuadernado en cuero, papel grueso y de primera calidad, unas quinientas páginas. No había letra impresa en su interior sino una escritura apretada hecha con una anticuada pluma. La escritura llenaba todas las páginas y era literalmente ilegible.

Duane abrió el volumen y lo miró más de cerca, debajo de la lámpara, ajustándose las gafas. No estaba escrito en inglés sino más bien en algún híbrido lenguaje hindi o arábigo, una sólida muralla de garabatos, lazos, arabescos y florituras. No había palabras separadas; las líneas eran una maraña inseparable e indescifrable de símbolos desconocidos. Pero encima de cada columna había números, y éstos no estaban escritos en clave. Duane miró la cabecera de la página que tenía delante y leyó: 19, 3, 57.

Duane recordó que el tío Art había dicho a menudo que en Europa y en la mayor parte del mundo solían escribir la fecha poniendo primero el día, después el mes y después el año, lo cual era más lógico que el sistema americano. «De lo menos a lo más», había dicho a su sobrino cuando éste tenía seis años. «Es mucho más lógico de esta manera.» Duane se había mostrado siempre de acuerdo. Ahora estaba mirando la hoja del diario de su tío correspondiente al 19 de marzo de 1957.

Volvió a colocar el libro en su sitio y cogió el que estaba más a la izquierda. El más fácil de alcanzar. La primera página escrita llevaba la fecha del 1, 1, 60. La última, sin terminar, la de 11, 6, 60. El tío Art no había escrito en su diario el domingo por la mañana, pero sí el sábado por la noche.

-¿Estás ya? -El viejo estaba plantado en el umbral, sosteniendo un traje todavía en la bolsa de celofán de la lavandería, y la vieja bolsa de gimnasia del tío Art en la otra mano. Entró en el círculo de luz junto a la mesa y señaló con la cabeza el libro que Duane había cerrado instintivamente-. ¿Es eso lo que Art iba a traerte?

Duane sólo vaciló un segundo.

-Creo que sí.

-Entonces, cógelo.

El viejo pasó a través de la cocina. Duane apagó la luz, pensó en los otros dieciocho años de pensamientos personales que contenían aquellos volúmenes y se preguntó si no estaría obrando mal. Evidentemente, los diarios estaban escritos en una especie de clave personal. Pero Duane era experto en descifrar claves; si descifraba ésta, leería cosas que el tío Art no había querido que él, ni nadie, las viese.

«Pero quería que yo supiese lo que había descubierto. Parecía excitado por ello. Serio, pero excitado. Y tal vez un poco asustado.»

Duane respiró hondo y cogió el pesado libro, sintiendo ahora la presencia de su tío a su alrededor, en el olor del tabaco, de la familiar humedad de los cientos y cientos de libros, del cuero de las encuadernaciones, e incluso en el ligero y agradable olor del sudor de su tío: el olor limpio del sudor de un trabajador.

Ahora la habitación estaba muy oscura. La impresión de la presencia del tío Art era un poco inquietante, como si su fantasma estuviese plantado allí, detrás de Duane, incitándole a sentarse aquí y ahora, a encender la luz y leer aquello, con su espíritu inclinado sobre él. Duane casi esperó sentir el contacto de una mano helada en su cogote.

Caminando, sin apresurarse, cruzó la cocina para ir a reunirse con su padre en la camioneta.

Dale y Lawrence habían estado jugando al béisbol todo el día, a pesar de las nubes amenazadoras y de la agobiante humedad, y a la hora de cenar estaban cubiertos de polvo que en algunos lugares donde había corrido el sudor se había transformado en barro. Su madre los vio llegar desde la ventana de la cocina, e hizo que se quedasen en la escalera de atrás y en calzoncillos antes de dejarles entrar. Dale se encargó de llevar la ropa a la habitación de atrás del sótano, donde estaba la lavadora.

Dale aborrecía el sótano. Era la única parte de aquella casa grande y vieja que le ponía nervioso. En verano esto no tenía importancia ya que casi nunca tenía que bajar allí, pero en invierno tenía que hacerlo cada noche, después de cenar, para echar carbón en el horno.

Los escalones para bajar al sótano tenían al menos tres palmos de altura, como si hubieran sido hechos para alguien de zancadas sobrehumanas. La gran escalera de hormigón torcía hacia la izquierda, para descender entre la pared exterior y la de la cocina, dando la impresión de que el sótano estaba mucho más abajo de lo que debía estar. «Escalera de mazmorra», decía Lawrence.

La bombilla desnuda en lo alto de la escalera casi no proyectaba luz allá abajo, donde el pasillo se dirigía hacia el horno. Había luz más allá del horno, pero había que encenderla tirando de un cordón colgante, lo mismo que la de la carbonera. Dale miró a la derecha, hacia la puerta de la carbonera, al pasar por delante de ella. En realidad no era una puerta, sino una abertura de seis palmos en la pared, hasta el nivel superior de la carbonera. Esta tenía una altura de sólo un metro y medio, y Dale sabía que a su padre le costaba mucho agacharse allí para sacar a paladas el carbón. El tragante del horno, que ahora estaba cerrado, formaba un ángulo desde el pasillo a la carbonera, de modo que había que arrojar el carbón hacia abajo para introducirlo en aquella boca ávida. Más allá del tragante estaba el viejo horno propiamente dicho, una enorme y tosca estructura de metal, con tentáculos de tuberías saliendo en todas direcciones, que parecía llenar el pasillo.

Lo que Dale aborrecía más de la carbonera, en las noches de invierno en que tenía que sacar de ella paladas de carbón, no era el trabajo, aunque tenía callos en las manos durante todo el invierno, ni el sabor del polvo de carbón que permanecía en su boca incluso después de lavarse los dientes; lo que realmente aborrecía era el hueco en el fondo de la carbonera.

Allí la pared se alzaba a unos noventa centímetros del suelo y terminaba justo a tres palmos debajo del techo, revelando un suelo de madera y de piedra, tuberías de agua y algunas telarañas. Dale sabía que aquel espacio pasaba por debajo de buena parte de la habitación que empleaba su padre como despacho, cuando estaba en casa, y también debajo del porche grande de la entrada. Cuando sacaba el carbón con la pala, oía correr ratones y ratas más grandes por allí, y una noche se había vuelto rápidamente y había visto unos ojillos rojos que lo estaban mirando.

A menudo sus padres le encomiaban por lo bien que llenaba el horno y lo deprisa que trabajaba. Para Dale, aquellos veinte minutos de cada noche de invierno eran la parte peor del día, y estaba dispuesto a trabajar desaforadamente con tal de llenar el maldito horno y salir de allí. Le gustaba más cuando acababa de ser llenada la carbonera y podía permanecer cerca del horno para echar las paladas. A finales de mes, cuando el carbón quedaba reducido a un pequeño montón en el rincón más lejano, tenía que cruzar la carbonera, levantar la carga, llevarla tres metros a través de la habitación y arrojarla, dando la espalda al hueco.

No tener que arrojar el carbón era una de las razones de que a Dale le gustase el verano. Ahora le bastó una mirada para saber que no había más que un pequeño montón de negra antracita en el último rincón. La luz de lo alto de la escalera iluminaba débilmente la carbonera; el hueco en el fondo estaba envuelto en una oscuridad total.

Dale encontró el primer cordón de la luz, pestañeó ante el súbito resplandor, pasó alrededor del horno para entrar en la segunda habitación, utilizada sólo para contener aquél; cruzó la tercera habitación, donde su padre tenía un banco de trabajo con algunos utensilios, y torció de nuevo hacia la derecha para entrar en la última habitación, donde su madre tenía la lavadora y la secadora.

Su padre había dicho que había costado un horror bajar allí aquellas máquinas y que si un día se trasladaban, la lavadora y la secadora se quedarían donde estaban. Dale lo creía: recordaba a su padre, a los mozos de Sears, al señor Somerset y a otros dos vecinos luchando con aquellas máquinas durante más de una hora. Esta habitación de atrás no tenía ventanas -ninguna de las del sótano las tenía- y el cordón de la luz pendía en el centro. Cerca de la pared del sur, un pozo circular de noventa centímetros de diámetro parecía hundirse en la oscuridad.

Era el sumidero que absorbía el agua de un sótano demasiado bajo para el nivel hidrostático local. Pero el sótano se había inundado cuatro veces en los cuatro años y medio que llevaban viviendo aquí, y en una ocasión Dale había tenido que pasar por aquí, con tres palmos de agua, para arreglar la bomba.

Dale arrojó la ropa sucia sobre la lavadora, apagó la luz al pasar, cruzó la habitación del fondo, el taller y la habitación del horno hasta el pasillo, sin mirar esta vez hacia la carbonera, y subió los diez gigantescos escalones. El sótano era tan frío y húmedo que le causó una fuerte impresión sentir el aire pegajoso que se filtraba por la puerta de tela metálica de atrás y ver la suave luz del crepúsculo sobre la casa de Grumbacher, hacia el oeste.

Dale cruzó rápidamente la cocina, confuso por andar en calzoncillos. Lawrence estaba ya chapoteando en la bañera e imitando los ruidos de un ataque submarino. Afortunadamente la madre de Dale estaba en el porche de la entrada, de modo que él pudo cruzar medio patinando el vestíbulo, con los pies descalzos, subir corriendo la escalera, dar la vuelta al rellano y entrar en su habitación, para ponerse la bata antes de que entrase su madre. Se tumbó en la cama, con la pequeña lámpara encendida, y hojeó un viejo ejemplar de *Astounding Science Fiction* hasta que le llegó el turno de tomar el baño.

Una vez que estuvo a solas, en su tranquilo e iluminado rincón del sótano, Duane McBride tardó menos de cinco minutos en descifrar la clave.

El diario del tío Art parecía escrito en hindi, pero en realidad estaba escrito en sencillo inglés. Ni siquiera había transposiciones. Desde luego, a Duane le había servido de mucho el haber compartido la fascinación de su tío por Leonardo da Vinci.

El genio del Renacimiento había escrito su propio diario en una clave muy simple: a la inversa, de manera que pudiese leerse el texto en un espejo. Duane puso un espejo de mano sobre su mesa de trabajo y vio las anotaciones en inglés, de derecha a izquierda. El tío Art había juntado las palabras, para que la clave no fuese tan evidente; también había enlazado las letras por la parte de arriba, y esto era lo que daba a la línea estampada un extraño aspecto arábigo o védico. En vez de puntos había utilizado un símbolo que parecía una F mayúscula invertida, con dos puntos delante de ella. Una F invertida, con un punto, era una coma.

Duane vio que la página y el pasaje que había abierto trataban de problemas del trabajo, de un presidente de sindicato sospechoso de malversación de fondos, y de un diálogo reproduciendo una discusión política entre Art y su hermano. Duane miró el pasaje, recordó aquella discusión (el viejo estaba completamente borracho y preconizaba el derrocamiento violento del Gobierno), y pasó apresuradamente al apartado final:

> 11, 6, 60.
>
> He encontrado un pasaje sobre la campana que Duane estaba buscando. Corresponde a los *Apocrypha: Additions to the Book of the Law*, de Aleister Crowley. Debía haberme imaginado que sería Crowley, el autocalificado mago de nuestra era, quien sabría algo sobre todo esto.
>
> Esta noche he pasado un par de horas en el porche, pensando. Al principio iba a guardar esto para mí, pero el pequeño Duane ha trabajado de firme en la investigación de este misterio local, y decidí que tenía derecho a saberlo. Mañana me llevaré el libro y compartiré con él toda la sección sobre «familiares». La sección de los Borgia es una extraña lectura.
>
> Un par de las secciones pertinentes: «Mientras los Medici eran partidarios de los familiares animales tradicionales como puente hacia el Mundo de la Magia se dice que la familia Borgia, durante los productivos siglos del Renacimiento (desde el punto de vista de la práctica del Arte), eligió un objeto inanimado como talismán.

»Según la leyenda, la gran Estela Reveladora, el obelisco egipcio de hierro del Santuario de Osiris, había sido robado del lugar que le correspondía en el siglo V o VI d. de C., y durante mucho tiempo constituyó fuente de poder de la familia Borgia, de Valencia, España.

»En 1455, cuando un miembro de aquella antigua familia de hechiceros se convirtió en papa -una gran ironía ya que su auge político se había debido a los Poderes Oscuros de este símbolo precristiano-, lo primero que hizo fue encargar la construcción de una gran campana. Hay pocas dudas de que esta campana, traída a Roma aproximadamente cuando murió aquel papa Borja, era la Estela Reveladora, fundida y refundida en una forma más aceptable para las masas de cristianos que esperaban su llegada.

»Se dijo que esta campana tenía, mucho más que cualquier otro objeto mágico, la forma que se encontraba en casi todas las casas reales moriscas o españolas de aquella época: Los Borja la consideraban como "la que lo devoraba Todo y lo engendraba Todo". Entre los egipcios, la Estela Reveladora era conocida como la "corona de la muerte" y su metamorfosis había sido predicha en el *Libro del Abismo*.

»Y a diferencia de los familiares orgánicos, que actúan meramente como medios, la Estela, incluso en su encarnación como campana, exigía su propio sacrificio. Según la leyenda, Don Alonso de Borja ofreció una nieta recién nacida a la campana, antes de ir a Roma para el Cónclave de 1455, que, contra todos los pronósticos, le eligió papa. Pero Don Alonso, ahora conocido como papa Calixto III, o careció de agallas para continuar los sacrificios o creyó que el poder de la Estela había sido provechosamente gastado con su acceso al solio pontificio. Fuese cual fuere la razón, cesaron los sacrificios. A la muerte del papa Calixto III, la campana fue instalada en la torre del palacio del sobrino de Don Alonso, Rodrigo de Borja, cardenal de Roma, sucesor en la archidiócesis de Valencia y primer verdadero heredero de la dinastía Borgia.

»Pero dice la leyenda que la Estela, ahora disfrazada de campana, no había terminado sus exigencias.»

Después de bañarse, Dale Stewart subió a su dormitorio. Lawrence estaba en su cama. O mejor dicho, sobre ella, sentado en su centro con las piernas cruzadas. Había algo extraño en su expresión.

-¿Qué te pasa? -dijo Dale.

Lawrence estaba tan pálido que se veían claramente todas sus pecas.

-Yo... no sé. Entré para encender la luz y... bueno, oí algo.

Dale sacudió la cabeza. Recordaba una vez, hacía un par de años, en que se habían quedado los dos solos viendo la tele mientras su madre iba de compras. Era una tarde de invierno y habían estado viendo *La venganza de la momia* en el programa del sábado por la tarde. En cuanto hubo terminado la película, Lawrence había «oído» algo en la cocina... Las mismas pisadas lentas y deslizantes de la momia coja en el filme. Dale había ido a reunirse con su hermano, presa de pánico; habían abierto la contraventana y saltado al jardín de delante cuando se acercaron las «pisadas». Cuando volvió su madre a casa, los encontró plantados en el porche de la entrada, en calcetines y camiseta, temblando.

Bueno, Dale tenía ahora once años, no ocho.

-¿Qué has oído? -preguntó.

Lawrence miró a su alrededor.

-No lo sé. Más que oído... he sentido. Como si hubiese alguien en la habitación.

Dale suspiró. Arrojó los calcetines sucios en la cesta y apagó la luz.

La puerta del armario estaba entreabierta. Dale la empujó al dirigirse a su cama.

La puerta no se cerró.

Pensando que una zapatilla u otra cosa impedía el cierre, Dale se detuvo y empujó más fuerte.

La puerta se resistió. Algo en el interior del armario estaba empujando para salir.

En su sótano, Duane se enjugó la cara con un pañuelo. Generalmente se estaba fresco allí, incluso en los días más cálidos del verano pero ahora descubrió que sudaba copiosamente. El libro estaba abierto sobre su «mesa escritorio», hecha con una puerta sobre caballetes. Duane había estado copiando la información pertinente en su libreta, con la mayor rapidez posible; pero ahora dejó el lápiz a un lado y se limitó a leer.

Ahora, la escritura invertida de su tío casi tenía sentido sin el espejo, pero Duane todavía sostuvo el libro delante del espejo:

> La Estela Reveladora, fundida ahora en su disfraz de campana, había sido parcialmente activada por el sacrificio de la nieta del primer papa Borgia. Pero según el Libro de Ottaviano, los Borgia temían el poder de la Estela y no estaban preparados para el Apocalipsis que según la leyenda y la tradición acompañaría al pleno despertar de la Estela. En *El Libro de la Ley* se decía que la Estela Reveladora ofrecía un gran poder a aquellos que la servían. Pero al mismo tiempo, cuando se terminaban los debidos sacrificios, el talismán se convertía en el Tañido Fúnebre de los Últimos Días: un presagio del Apocalipsis final que seguiría a la Aceleración de la Estela por sesenta años, seis meses y seis días.
>
> Rodrigo, el siguiente papa de la dinastía Borgia, hizo llevar la Campana a la torre que había añadido al complejo del Vaticano. Allí, en la Torre Borgia, Alejandro, que era el nombre de Rodrigo Borgia como papa, se dijo que había impedido la Aceleración de la Estela gracias a los murales místicos de un artista enano y medio loco llamado Pinturicchio. Estos «grotescos» dibujos, tomados de las grutas de debajo de Roma, servían para reprimir el mal de la Estela y permitir que la familia se beneficiase del poder del talismán.
>
> O así lo creía el papa Alejandro.
>
> Tanto en *El Libro de la Ley* como en los libros secretos de ottaviano, hay indicios de que la Estela empezó a dominar las vidas de los Borgia. Años más tarde, Alejandro hizo trasladar la Campana al macizo e inexpugnable Castel Sant'Angelo, pero incluso enterrando el artefacto en aquel sepulcro de piedra y huesos, no perdió el poder sobre los seres humanos que habían intentado controlarlo.
>
> El relato abreviado de Ottaviano refiere la locura que se apoderó de los Borgia y de Roma durante aquellas décadas: asesinatos e intrigas terribles en el brutal ambiente de aquellos días; relatos de demonios rondando por las catacumbas de Roma, de seres infrahumanos moviéndose en el Castel Sant'Angelo y por las calles de la ciudad, e historias sobre el dominio de la Estela Reveladora al dirigirse a su propia aceleración.
>
> A partir de este punto, después de la terrible muerte de Ottaviano, la leyenda de la Estela se sume en la oscuridad. La destrucción de la Casa Borgia es cosa sabida. Se dice que una generación más tarde, cuando el primer papa Medici ascendió al Trono de San Pedro, su primera orden papal fue quitar la Campana de Roma, fundirla y enterrar el maldito metal en tierra bendita, pero lejos del Vaticano.
>
> Actualmente no se conserva ninguna clave del paradero o el destino de la Estela Reveladora. La leyenda del poder de la Estela, como «lo que lo devoraba Todo y lo engendraba Todo», se ha continuado en la necromancia hasta la actualidad.

Librodot

Duane dejó a un lado el libro del tío Art. Podía oír al viejo que trajinaba arriba, en la cocina. Entonces sonó un murmullo, la puerta de tela metálica se cerró de golpe y Duane oyó que la camioneta arrancaba chirriando y se alejaba por el camino de entrada. La abstinencia del viejo se había acabado. Duane no sabía si se dirigía a la taberna de Carl o a la del Arbol Negro, pero estaba seguro de que pasarían horas antes de que su padre volviese.

Duane permaneció sentado unos pocos minutos en el círculo de luz de la lámpara, mirando el libro y las notas que había tomado. Después se levantó para ir a cerrar la puerta.

La puerta del armario se estaba abriendo lentamente.

Dale se apoyó en ella, detuvo la lenta apertura de diez centímetros en la oscuridad y se volvió para mirar a Lawrence. Su hermano lo estaba contemplando con los ojos muy abiertos.

-Ayúdame -murmuró Dale.

Se produjo un renovado esfuerzo en el otro lado de la puerta y ésta se abrió un par de centímetros más al resbalar los calcetines de Dale sobre el desnudo suelo de madera.

-¡Mamá! -gritó Lawrence, saltando de la cama y corriendo al lado de Dale. Apoyaron los hombros contra la puerta, cerrándola unos cinco centímetros.

-¡Mamá! -gritaron al unísono.

La puerta se detuvo, creció la presión sobre las tablas pintadas de amarillo, y empezó a abrirse de nuevo.

Dale y Lawrence se miraron, apretando fuertemente las mejillas sobre las toscas tablas, sintiendo la terrible fuerza transmitida a través de la madera.

La puerta se abrió otros siete centímetros. No había ningún ruido dentro del armario; en cambio, fuera de él, los dos muchachos resoplaban y jadeaban, con los calcetines de Dale y los pies descalzos de Lawrence escarbando en el suelo.

La puerta se abrió otros pocos centímetros. Ahora había una abertura de un palmo y medio, y un viento fresco parecía soplar a través de ella.

-¡Dios mío! No puedo... aguantarla -jadeó Dale.

Tenía apoyado el muslo izquierdo en el viejo tocador, pero no podía hacer palanca suficiente para cerrar la puerta. Lo que estaba allí, fuese lo que fuere, tenía al menos la fuerza de una persona adulta.

La puerta se abrió otros cinco centímetros.

-¡Mamá! -chilló Lawrence-. ¡Socorro, mamá! ¡Mamá!

Recibió alguna respuesta desde el porche de la entrada, pero Dale comprendió que no podrían sostener la puerta el tiempo suficiente para que llegase su madre.

-¡Corre! -exclamó.

Lawrence le miró, con su cara aterrorizada a sólo unos centímetros de distancia, y soltó la puerta. Corrió, pero no fuera de la habitación. En dos zancadas y un salto, subió encima de su cama.

Sin la ayuda de Lawrence, Dale no podía sujetar la puerta. La presión era invencible. Cedió a ella, saltando sobre el tocador de un metro veinte de altura y encogiendo las piernas. La lámpara y algunos libros cayeron contra el suelo.

La puerta se abrió de golpe, contra las rodillas de Dale. Lawrence se puso a chillar.

Dale oyó las pisadas de su madre en la escalera, y su voz, que preguntaba algo; pero antes de que pudiese abrir la boca para responderle, sopló una ráfaga de aire frío, como si hubiesen abierto una nevera, y entonces salió algo del armario.

Era algo bajo y largo, de al menos un metro veinte de longitud, y tan insustancial como una sombra, pero mucho más oscuro. Una cosa negra que se deslizaba por el suelo como un frenético insecto que acabase de salir de una tinaja. Dale pudo ver unos filamentos parecidos a patas que se agitaban furiosamente. Levantó los pies sobre el tocador. Una fotografía enmarcada se estrelló contra el suelo.

-¡Mamá!

Lawrence y él se habían puesto a chillar de nuevo al unísono.

La cosa negra se arrastró vagamente sobre el suelo. Dale pensó que era como una cucaracha, en el caso de que las cucarachas pudieran tener más de un metro de largo y unos centímetros de altura y estar hechas de humo negro. Unos apéndices oscuros golpearon y rascaron las tablas del suelo.

-¡Mamá!

La cosa se metió debajo de la cama de Lawrence.

Lawrence no hizo ruido al saltar sobre la cama de Dale como un acróbata del trampolín.

Su madre se detuvo en la puerta, mirando a los chicos que seguían gritando.

-Es una cosa... que ha salido del armario... y se ha metido ahí debajo...

-Debajo de la cama... Una cosa negra... ¡grande!

Su madre corrió hacia el armario del pasillo y volvió rápidamente con una escoba.

-¡Fuera! -dijo, y encendió la luz del techo.

Dale vaciló sólo un segundo antes de saltar al suelo, ponerse detrás de su madre y correr hacia la puerta. Lawrence saltó de la cama de Dale a la suya y a la puerta. Ambos salieron al pasillo y chocaron con la barandilla. Dale miró dentro de la habitación.

Su madre estaba a cuatro patas, levantando polvo de debajo de la cama de Lawrence.

-¡Mamá! ¡No! -gritó Dale, y entró corriendo para intentar que su madre se echase atrás.

Ella dejó caer la escoba y cogió de los brazos a su hijo mayor.

-Dale... Dale..., basta. Basta. Ahí no hay nada. Mira.

Dale miró, entre jadeos que rápidamente se convirtieron en sollozos. No había nada debajo de la cama.

-Probablemente se metió debajo de la de Dale -dijo Lawrence desde la puerta.

Con Dale todavía agarrado a ella, su madre se volvió y levantó las motas de polvo de debajo de la cama de Dale. A éste casi se le paró el corazón cuando su madre se puso de rodillas en el suelo, con la escoba por delante.

-Mira -dijo ella, levantándose y sacudiéndose el polvo de la falda y de las rodillas-. Ahí no hay nada. Y ahora dime qué crees que visteis.

Los dos muchachos se pusieron a farfullar al mismo tiempo. Dale escuchó su propia voz y se dio cuenta de que su descripción sonaba a algo grande, negro, sombrío, bajo. Había abierto la puerta del armario y corrido debajo de la cama como un insecto gigantesco.

-Tal vez ha vuelto a meterse en el armario -sugirió Lawrence, conteniendo a duras penas las lágrimas y jadeando para recobrar aliento.

Su madre los miró fijamente pero se acercó al armario y acabó de abrirlo. Dale retrocedió hasta la puerta de la habitación mientras su madre separaba la ropa colgada de las perchas, apartaba a un lado las bambas y miraba alrededor del marco de la puerta del armario. Éste no era profundo. Estaba vacío.

La mujer cruzó los brazos y esperó. Los chicos estaban en la puerta de la habitación, mirando por encima del hombro hacia el rellano y las oscuras entradas de la habitación de sus padres y del cuarto de invitados, como si la sombra pudiese venir arrastrándose tras ellos sobre el suelo de madera.

-Os habéis asustado el uno al otro, ¿no? -preguntó ella.

Los dos muchachos negaron con la cabeza y volvieron a farfullar, describiendo de nuevo aquella cosa y mostrando Dale cómo habían tratado de mantener cerrada la puerta del armario.

-¿Y ese insecto abrió la puerta empujando?

Su madre sonreía ligeramente.

Dale suspiró. Lawrence le miró como diciendo: «Lo cierto es que está todavía debajo de mi cama. Lo que pasa es que no podemos verlo.»

-Mamá -dijo Dale con la mayor tranquilidad de que fue capaz, y en tono natural y razonable-, ¿podemos dormir esta noche en tu habitación, en nuestros sacos de dormir?

Ella vaciló un segundo. Dale sospechó que estaba recordando aquella vez en que se quedaron fuera a causa de la «momia»... o tal vez aquella del verano pasado en que se sentaron cerca del campo de béisbol por la noche, tratando de establecer contacto telepático con naves espaciales de otros planetas... y habían vuelto a casa aterrorizados porque las luces de un avión habían pasado por encima de ellos.

-Está bien -dijo ella-. Coged vuestros sacos de dormir y el catre plegable. Tengo que salir y decirle a la señora Somerset que mis grandes muchachos interrumpieron nuestra conversación con gritos por culpa de un sombrío insecto.

Bajó la escalera con sus dos niños pegados a ella. Éstos esperaron hasta que volvió a entrar, antes de subir de nuevo al piso de arriba, haciendo que aguardase en la puerta de la habitación de los invitados mientras buscaban los sacos de dormir y el catre.

Ella se negó a dejar encendida la luz del pasillo toda la noche. Los dos chicos contuvieron el aliento cuando entró a apagar la del techo, pero volvió enseguida, dejando la escoba junto a la cabecera de la cama como un arma. Dale pensó en la escopeta de aire comprimido que su padre guardaba en el armario junto a su Savage. Los cartuchos estaban en el cajón de abajo de la cómoda de cedro.

Dale tenía su catre tan cerca del borde de la cama que no había ningún hueco entre ésta y aquél. Mucho después de que su madre se hubiese quedado dormida, pudo sentir que su hermano estaba despierto, alerta y vigilante como él.

Cuando la mano de Lawrence salió de debajo de la manta para apoyarse en el catre de Dale, éste no la rechazó. Se aseguró de que eran ciertamente la mano y la muñeca de su hermano, no algo surgido de la oscuridad de debajo de la cama, y después la cogió firmemente hasta que se quedó dormido.

17

El miércoles, quince de junio, después de haber repartido los periódicos y antes de ir a San Malaquías a ayudar a misa al padre C., Mike se metió debajo de la casa.

La luz de la mañana era brillante y el sol ya proyectaba sombras debajo de los olmos y de los melocotoneros del jardín, cuando Mike levantó la chapa metálica de acceso al hueco. Todas las personas a quienes conocía tenían sótanos en sus casas. «Bueno -pensó-, y todos mis conocidos tienen también instalaciones de cañerías dentro de casa.»

Había traído su linterna de Boy Scout e iluminó con ella el bajo espacio. Telarañas. Suelo de tierra. Tuberías y listones de madera debajo del suelo. Más telarañas. El espacio tenía apenas cuarenta y cinco centímetros de alto y olía a orina vieja de gato y a suelo fresco.

La mayoría de las telarañas eran espesas. Mike trataba de evitar aquellos tejidos sólidos, apretados, lechosos, que sabía que significaban viudas negras, mientras se arrastraba, serpenteando, hacia la puerta de delante de la casa. Tenía que pasar por debajo de la habitación de sus padres y del corto pasillo para llegar allí. La oscuridad parecía alargarse eternamente, mientras se desvanecía la débil luz de la entrada a su espalda. Súbitamente presa de pánico, se volvió hasta que pudo ver el rectángulo de luz de sol, asegurándose de que podría encontrar la salida. La abertura parecía estar muy lejos. Mike siguió adelante.

Cuando calculó que debía de estar debajo del salón -podía ver los cimientos de piedra a tres metros delante de él-, se detuvo, se volvió sobre el costado y jadeó. Su brazo derecho tocaba una abrazadera de madera debajo del suelo, y la mano izquierda estaba envuelta en telarañas. Se alzaba polvo a su alrededor, pegándose a sus cabellos y haciéndole pestañear, y en el estrecho rayo de luz de la linterna. «Menudo aspecto voy a tener para ayudar a misa al padre C.», pensó.

Se movió hacia la izquierda, iluminando con la linterna la pared norte, a cuatro metros y medio delante de él. La piedra parecía negra. ¿Qué diablos..., qué diablos estaba buscando? Mike se retorció y empezó a moverse en círculos, observando el suelo, por si había señales raras en él.

Era difícil decirlo. La piedra y la tierra del suelo habían sido excavadas por el tiempo y pisoteadas por generaciones de gatos de los O'Rourke y por otros animales que se habían refugiado allí. Toda aquella parte estaba llena de excrementos secos de gato.

«Era un gato o una mofeta», pensó Mike, con un suspiro de alivio. Entonces vio el agujero.

De momento fue sólo una sombra más, pero su negrura no disminuyó al pasar sobre él la luz de la linterna. Mike se preguntó si sería un disco de plástico oscuro, un trozo de lona alquitranada o algo parecido que su padre hubiese dejado allí. Se acercó un metro más y se detuvo.

Era un agujero perfectamente redondo, de unos cincuenta centímetros de diámetro. Mike hubiese podido meterse de cabeza en él si hubiese querido. Pero no quiso.

Pudo olerlo. Dominó su repugnancia y acercó más la cabeza. El hedor brotaba del túnel como una ráfaga que viniese de un osario.

Mike cogió una piedra y la arrojó en el agujero. Ningún ruido.

Jadeando ligeramente y con el corazón palpitándole tan fuerte que estuvo seguro de que Memo podía oírlo a través del suelo del salón, levantó la linterna hacia los listones, alargó el brazo que la sostenía y trató de iluminar el agujero.

Al principio creyó que las paredes del túnel eran de arcilla roja; pero entonces vio las superficies acanaladas, como de cartílagos rojos de sangre, como el interior del intestino de alguna criatura. «Como el túnel de la cabaña del cementerio.»

Mike se echó atrás, levantando una nube de polvo al hacerlo, pasando entre telarañas y cagadas de gato en su huída. Se volvió, y por un instante perdió el rectángulo de luz y estuvo seguro de que algo había cerrado la entrada.

«No, allí está.»

Se arrastró sobre los codos y las rodillas, dándose de cabeza contra los listones, sintiendo las telarañas en la cara pero sin que le importase. La linterna estaba casi debajo de su cuerpo y no iluminaba nada. A Mike le pareció ver más aberturas del túnel a pocos metros a su izquierda, debajo de la cocina; pero no se arrastró hasta allí para averiguarlo.

Una sombra se movió en la abertura del hueco, cerrando el paso a la luz. Pudo ver dos brazos y unas piernas con algo que podían ser unas polainas.

Rodó sobre un costado, levantando la barra de hierro. La forma se medio deslizó en la abertura, bloqueando la luz.

-¿Mikey? -Era la voz de su hermana Kathleen, suave, pura, inocente y lenta-. Mikey, mamá dice que tienes que irte si quieres llegar a tiempo a la iglesia.

Mike casi se derrumbó sobre el húmedo suelo. Le temblaba el brazo derecho.

-Está bien, Kathy; apártate para que pueda salir.

La sombra se apartó de la entrada.

A Mike le dolía realmente el corazón por el esfuerzo. Se puso a gatear y consiguió salir. Cerró la plancha, golpeando los clavos a través del metálico rectángulo.

-Oh, estás hecho un asco, Mikey -dijo Kathleen, sonriendo.

Mike se rió. Estaba cubierto de polvo gris y de telarañas. Le sangraban los codos. Percibía el sabor del barro en su cara. Impulsivamente, abrazó a su hermana. Esta le abrazó a su vez, sin caer en la cuenta de que también iba a ensuciarse.

Más de cuarenta personas acudieron a las exequias «privadas» en la Funeraria Howell de Peoria. Duane observó que el viejo casi parecía contrariado por aquella concurrencia, como si hubiese querido sólo para él aquel acto de despedida de su hermano. Pero la noticia publicada en el diario de Peoria y las pocas llamadas telefónicas que había hecho el viejo atrajeron a gente, incluso de lugares tan lejanos como Chicago y Boston. Se presentaron varios compañeros de trabajo de la fábrica de orugas, y uno de ellos lloró abiertamente durante la breve ceremonia.

No había ningún clérigo presente -el tío Art se había mantenido fiel a la tradición de agnosticismo militante de la familia-, pero varias personas pronunciaron breves panegíricos: el compañero que había llorado y que lloró de nuevo durante su discurso; su prima Carol, que había venido de Chicago en avión y tenía que regresar aquella tarde, y una mujer atractiva y de edad mediana, de Peoria, llamada Dolores Stephens, y que el viejo había presentado como «amiga del tío Art». Duane se preguntó cuánto tiempo habrían sido amantes ella y el tío Art.

Por último había hablado el viejo. Duane lo consideró una apología sumamente conmovedora, sin alusiones a otra vida o a merecidas recompensas, manifestando sólo el dolor por la pérdida de un hermano, acentuado con la descripción de una personalidad que no se inclinaba ante falsos iconos, sino que se dedicaba a tratar honradamente y bien al prójimo. El viejo terminó leyendo a Shakespeare, el escritor predilecto del tío Art, y aunque Duane esperaba aquello de «Y coros de ángeles te conduzcan al descanso...», sabiendo que al tío Art le habría gustado la ironía, lo que oyó fue una canción. La voz del viejo amenazó con quebrarse varias veces, pero siguió adelante, fortalecida por el extraño final:

No temas ya el calor del sol
ni la cólera furiosa del invierno;
has hecho tu tarea en este mundo,
se ha ido tu hogar, llevándose tu paga:
chicos y chicas de oro, todos deben,
como el deshollinador, volver al polvo.

No temas ya el ceno de los grandes;
ya no te alcanza el golpe del tirano;
no te importan la ropa y la comida;
la cana para ti es como el roble;
el rey, el sabio, el físico, todos deben
seguir este camino y volver al polvo.

No temas ya el fulgor del rayo
ni los truenos por todos tan temidos;
no temas la calumnia y la censura;
se acabaron el gozo y los gemidos;
los jóvenes amantes todos deben,
entiéndelo bien, volver al polvo.

¡Que ningún exorcista te haga daño!
¡Ni te encante ninguna brujería!
¡Ni te agobie un fantasma no enterrado!
¡Que tu consumación sea tranquila,
y que sea tu tumba renombrada!

Sonaron sollozos en la capilla. El viejo había recitado los versos sin leer del libro ni consultar notas, y ahora bajó la cabeza y volvió a su asiento.

Alguien empezó a tocar el órgano en un hueco tapado con cortinas. Poco a poco, a solas o en grupitos, se dispersó la reducida concurrencia. La prima Carol y unos pocos esperaron, charlando con el viejo y acariciando la cabeza de Duane. El cuello abrochado y la corbata le resultaban extraños; se imaginó al tío Art entrando en la capilla y diciéndole: «Por el amor de Dios, chiquillo, quítate esa tontería. Las corbatas son para los contables y los políticos.»

Por fin sólo quedaron Duane y el viejo. Juntos bajaron al sótano de la funeraria, donde se hallaba el poderoso horno crematorio, para observar cómo era entregado el tío Art a las llamas.

Mike esperó a que el padre C. le invitase a pasar a la rectoría para tomar su acostumbrado desayuno de después de la comunión, consistente en café y rosquillas, antes de hablarle de aquella cosa del espacio hueco de debajo de su casa.

Mike nunca había visto rosquillas duras como aquéllas, antes de que el padre Cavanaugh empezase a ofrecerlas a sus monaguillos de confianza, hacía tres años. Ahora era experto en extender salmón ahumado o queso tierno en abundancia sobre ellas. Le había costado un poco convencer al cura de que un chico de once años podía tomar café; era un secreto entre los dos, como llamar Papamóvil al coche de la diócesis.

Mike masticó la rosquilla y se preguntó cómo formularía su pregunta: «Padre C., tengo un pequeño problema con una especie de soldado muerto que perfora debajo de mi casa y trata de apoderarse de mi abuela. ¿Puede la Iglesia prestarnos alguna ayuda?»

Por fin dijo:

-Padre, ¿cree usted en el Mal?

-¿El mal? -dijo el moreno sacerdote, levantando la vista del periódico-. ¿Quieres decir el mal en sentido abstracto?

-Yo no sé lo que eso quiere decir -dijo Mike.

Con frecuencia Mike se sentía estúpido cuando hablaba con el padre C.

-¿El mal como una entidad o fuerza separada de las acciones del hombre? -preguntó el cura-. ¿O quieres decir el mal como esto?

Le mostró una foto del periódico.

Mike la miró. Era el retrato de un hombre llamado Eichmann, que estaba prisionero en un lugar llamado Israel. Mike no sabía nada de esto.

-Supongo que quiero decir de la clase separada -respondió.

El padre Cavanaugh dobló el periódico.

-Ah, la antigua cuestión del mal encarnado... Bueno, ya sabes lo que enseña la Iglesia.

Mike se puso colorado y sacudió la cabeza.

-Vaya, vaya -dijo el cura, con una visible expresión de chanza-. Tendrás que repasar tus lecciones de catecismo, Michael.

Mike asintió con la cabeza.

-Sí, pero ¿qué dice la Iglesia sobre el Mal?

El padre Cavanaugh sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo de la camisa, cogió un cigarrillo y lo encendió. Se quitó una brizna de tabaco de la lengua. El tono de su voz se volvió grave.

-Bueno, ya sabes que la Iglesia reconoce la existencia del mal como una fuerza independiente... -Observó la mirada perpleja de Mike-. Satanás, por ejemplo. El diablo.

-Ah, sí.

Mike recordó el olor que salía de los túneles. Satanás. De pronto, todo aquello parecía un poco tonto.

-Tomás de Aquino y otros teólogos han estudiado el problema del mal durante siglos, tratando de comprender cómo puede ser una fuerza separada, mientras que el poder de la Trinidad puede ser la fuerza omnipotente e indiscutible que dice la Escritura. Las respuestas son en su mayoría poco satisfactorias, pero el dogma de la Iglesia nos dice que hemos de creer que el mal tiene su propio reino, sus propios agentes... ¿Me sigues, Michael?

-Sí, creo que sí. -Mike no estaba del todo seguro-. Entonces, ¿puede haber poderes malignos como una especie de ángeles?

El padre Cavanaugh suspiró.

-Bueno, aquí vamos a parar a algunos conceptos medievales, ¿verdad, Michael? Pero sí; ésta es, esencialmente, la tradición que enseña la Iglesia.

-¿Qué clase de poderes, padre?

El sacerdote tamborileó con los largos dedos sobre su mejilla.

-¿Qué clase? Bueno, tenemos los demonios, desde luego. Y los íncubos. Y los súcubos. Y Dante distingue familias enteras y especies de demonios, criaturas extraordinarias con nombres como Draghignazzo, que significa «como un gran dragón», y Barbariccia, «el de barba rizada», y Grafficane, «el que rasca a los perros», y...

-¿Quién es Dante? -le interrumpió Mike, entusiasmado al ver que una persona que vivía por allí podía ser experta en estas cosas.

El padre C. suspiró de nuevo y aplastó el cigarrillo.

-Había olvidado que dependemos de un sistema docente que se halla en el séptimo círculo de la desolación. Dante, Michael, es un poeta que vivió y murió hace seis siglos. Pero me da la impresión de que me he apartado de lo que estábamos hablando.

Mike terminó su café, llevó la taza al fregadero y la lavó cuidadosamente.

-Esas cosas..., esos demonios..., ¿hacen daño a la gente?

El padre Cavanaugh le miró con expresión ceñuda.

-Estamos hablando de creaciones intelectuales de personas que vivieron en unos tiempos de ignorancia, Michael. Cuando alguien se ponía enfermo, echaban la culpa a los demonios. Y el único medicamento eran las sanguijuelas...

-¿Las sanguijuelas?

Mike estaba impresionado.

-Sí. Se culpaba a los demonios de las enfermedades, del retraso mental... -Se interrumpió, posiblemente recordando que la hermana de su monaguillo era retrasada mental-. De la apoplejía, del mal tiempo, de las enfermedades mentales, de todo lo que no podían explicar. Y lo que podían explicar era muy poco.

Mike volvió a la mesa.

-Pero ¿cree usted que esas cosas existieron..., existen? ¿Persiguen todavía a la gente?

El padre Cavanaugh cruzó los brazos.

-Creo que la Iglesia nos ha dado una teología maravillosa, Michael. Pero considera a la Iglesia como una pala mecánica que excava el lecho de un río en busca de oro. Extrae mucho oro, pero también tiene que haber algo de légamo y de desperdicios.

Mike frunció el entrecejo. No le gustaba que el padre C. Hiciese comparaciones como ésta. El cura las llamaba metáforas; Mike decía que eran una manera de eludir la cuestión.

-¿Existen?

El padre Cavanaugh abrió las manos, con las palmas hacia arriba y dijo:

-Posiblemente no en sentido literal, pero sí en el figurado.

-Si existiesen -insistió Michael-, ¿podrían las cosas de la Iglesia hacerlos fracasar, como hacen con los vampiros en las películas?

El cura sonrió ligeramente.

-¿Las cosas de la Iglesia?

-Ya sabe..., las cruces, la Hostia, el agua bendita..., todas esas cosas.

El padre C. arqueó las negras cejas, como si el chico quisiera tomarle el pelo. Mike no lo advirtió y siguió esperando la respuesta.

-Desde luego -dijo el sacerdote-. Si todas esas cosas de la Iglesia, como tú dices, surten efecto con los vampiros, también tienen que ser eficaces contra los demonios, ¿no?

Mike asintió con la cabeza. Consideró que por ahora ya había aprendido bastante; el padre C. creería que estaba chalado si empezaba a hablar del soldado después de toda aquella charla sobre demonios y vampiros. El padre C. le invitó el viernes a una «cena de solteros» en la rectoría, como solía hacer una vez al mes, pero Mike tuvo que rehusar. Dale le había invitado a la casa de campo de su tío Henry el viernes, para buscar la Cueva de los Contrabandistas que habían estado tratando de descubrir desde que había conocido a la familia Stewart. Mike sospechaba que la tal Cueva de Contrabandistas no existía, pero siempre le gustaba jugar en los campos del tío Henry. Además, cenar en casa del tío de Dale significaba una comida espléndida -aunque Mike no podía comer carne los viernes- con muchas verduras frescas de su huerto.

Mike se despidió, fue a buscar su bicicleta y pedaleó como un loco para volver a casa, deseando haber segado el césped y haber hecho los demás trabajos de la casa a primera hora de la tarde, para poder jugar.

Al pasar por delante de Old Central, recordó que hacía varios días que Jim Harlen estaba en casa y sintió una punzada de dolor al pensar que ni él ni los otros chicos habían ido todavía a verle. Y esto le hizo recordar que hoy era el día de las exequias del tío de Duane en Peoria.

Y la idea de la muerte hizo que pensara en Memo, posiblemente sola en casa, a esta hora, a excepción de Kathleen, desde luego.

Pedaleó más deprisa hacia casa, dejando el colegio atrás.

Dale llamó a Duane McBride el miércoles por la noche, pero la conversación fue breve y dolorosa. Duane parecía terriblemente cansado y las expresiones de pésame de Dale inquietaban a los dos. Dale informó al otro chico de la reunión del viernes por la noche en casa de tío Henry, y le apremió hasta que Duane dijo que procuraría asistir. Dale se fue a la cama deprimido.

-¿Crees que aquella cosa está todavía debajo de la cama? -murmuró Lawrence una hora más tarde. Habían dejado la luz encendida.

-Lo comprobamos -respondió Dale, también en voz baja-. Tú no viste nada allí.

Lawrence había insistido en que se diesen la mano, pero Dale sólo había transigido en que su hermano le cogiese la manga.

-Pero nosotros la vimos...

-Mamá dice que vimos una sombra o algo parecido.

Lawrence soltó un bufido.

-¿Era una sombra lo que empujaba la puerta del armario?

Dale sintió un escalofrío. Recordó la continua y fuerte presión de la puerta del armario contra él. Fuese lo que fuere lo que estaba allí, se había negado a quedarse encerrado.

-No sé lo que era -murmuró, sintiendo el nerviosismo de su propia voz-, pero se marchó.

-No, no es verdad.

La voz de Lawrence a duras penas era audible.

-¿Cómo lo sabes?

-Sólo sé que lo sé.

-Bueno, entonces, ¿dónde está?

-Esperando.

-¿Dónde?

Dale miró sobre el hueco entre las camas y vio que su hermano le miraba fijamente. Sin las gafas, los ojos de Lawrence parecían muy grandes y muy negros.

-Todavía está debajo de la cama -murmuró su hermano, soñoliento. Cerró los ojos. Dale le permitió que le cogiese la mano en vez de la manga-. Está esperando -farfulló, sumiéndose en el sueño.

Dale miró el hueco de veinticinco centímetros que habían dejado al acercar las camas. Habían querido juntarlas, pero su madre decía que si las ponían juntas no podría pasar la aspiradora. Veinticinco centímetros permitían pasar la mano de una cama a otra y eran pocos para que algo pudiese encaramarse hasta ellos.

«Pero un brazo podría hacerlo. Y una mano con garras, tal vez una cabeza sobre un largo cuello.»

Dale se estremeció de nuevo. Esto era una tontería. Mamá tenía razón: se habían imaginado aquella cosa, como se habían imaginado los pasos de la momia hacía un par de años, o el ovni que venía para apoderarse de ellos.

«Pero aquellas otras cosas no las vimos.»

Dale cerró los ojos. Pero un pensamiento final antes de dormirse hizo que pestañease y mirase la franja oscura entre las camas, debajo de donde su mano descubierta seguía tocando la de Lawrence.

«Maldita sea. Si nuestras camas están tan cerca la una de la otra, aquello puede meterse debajo de la mía sin que me dé cuenta. Podría levantar las patas negras en ambos lados de nuestras camas y atacarnos a los dos al mismo tiempo.»

Lawrence roncaba suavemente, babeando un poco sobre la almohada. Dale contemplaba la pared opuesta, contando los palos y los mástiles de los barcos repetidos en el papel de la pared. Procuró no respirar demasiado fuerte. Era mejor escuchar, por si aquello hacía algún ruido antes de atacar.

18

El viejo tuvo que ir el jueves a la casa del tío Art para buscar algunos documentos, y Duane le acompañó a pesar de que a su padre le inquietaba tenerle allí.

El viejo estaba nervioso e irritable, visiblemente a punto de recaer peligrosamente. Duane sabía que se había aguantado tanto tiempo por amor a su hermano y por la necesidad de no desacreditarse delante de la familia.

La angustia del viejo se debía en parte a su indecisión sobre lo que había que hacer con las cenizas del tío Art. Se había quedado horrorizado cuando los de la funeraria le habían dado la pesada y adornada urna que había viajado con ellos desde Peoria, como un silencioso y desagradable pasajero.

El miércoles por la tarde, después de cenar y antes de que le llamase Dale Stewart, Duane había ido a mirar dentro de la urna. El viejo había entrado en la habitación en aquel momento, encendiendo su pipa.

Duane había soltado la tapa.

-Uno pensaría que cuando se mete un cuerpo en un horno a una temperatura próxima a la de la superficie del sol -había dicho su padre- no queda nada, salvo ceniza y recuerdos. Pero los huesos son muy persistentes.

Duane se había sentado en un sillón cerca de la chimenea que raras veces se utilizaba. De pronto, había sentido pesadas y al mismo tiempo débiles las piernas.

-Los recuerdos también son persistentes -había dicho él, preguntándose por qué había elegido un tópico.

El viejo había gruñido.

-No sé dónde coño arrojar eso. Pensándolo bien, es una costumbre bárbara.

Duane había mirado la urna.

-Creo que lo que suele hacerse es desparramar las cenizas en algún lugar que ha sido importante en la vida de la persona -dijo a media voz-. En algún lugar donde fue feliz.

El viejo gruñó de nuevo.

-Ya sabes que Art dejó un testamento, Duane. Pero no dijo dónde quería que arrojase sus cenizas. En algún sitio donde fue feliz...

Dejó la frase sin terminar y dio una chupada a la pipa

-La gran sala de lectura de la Biblioteca de Bradley sería un buen sitio.

El viejo soltó una carcajada.

-Esto también le hubiera hecho reír a Art. -Se quitó la pipa de los labios y miró a lo lejos durante un momento-. ¿Alguna otra idea?

-Le gustaba pescar en el Spoon.

Duane sintió de nuevo las contracciones del dolor atenazando su garganta y su corazón. Fue a la cocina para beber un vaso de agua. Cuando volvió, el viejo estaba sacudiendo las cenizas de la pipa apagada en el hogar. Las cenizas.

-Tienes razón -dijo de pronto el viejo-. Probablemente aquél era el sitio donde disfrutaba más. Él y yo solíamos ir a pescar allí incluso antes de que Art se trasladase de Chicago. A ti también te llevaba muchas veces, ¿no?

Duane asintió con la cabeza y bebió un sorbo de agua para no tener que hablar.

Precisamente entonces había llamado Dale por teléfono y cuando Duane regresó, el viejo se había metido en su taller para trajinar con la máquina de aprender Mark V.

Habían ido al río después mismo de salir el sol, cuando los peces producían grandes ondas al subir a la superficie para comer, haciendo que Duane lamentase no haber traído la caña. No fue una verdadera ceremonia; el viejo sostuvo la urna en alto durante un momento, como reacio a verter su contenido, y entonces, al iluminar el sol los cipreses y los sauces encima de ellos, esparció las cenizas, golpeando el fondo de la urna hasta que hubieron caído los últimos restos.

Los huesos produjeron pequeños chasquidos que atrajeron a varios bagres y al menos a una perca, según pudo ver Duane en el agua poco profunda de cerca de la orilla. Las cenizas permanecieron unidas al principio, formando una película gris que siguió la corriente y girando alrededor de los obstáculos que Duane conocía tan bien de pescar allí durante años. Entonces las arrastró la corriente más rápida río abajo en dirección al puente, y la película gris fue desgarrada y sumergida, mezclándose con las aguas del río.

Duane arrojó una piedra, recordando las veces que lo había hecho cuando era pequeño y estaba aburrido, asustando probablemente a todos los peces que tío Art estaba tratando de capturar. Su tío no se había quejado nunca.

Entonces se limpió las manos y siguió el sendero de la empinada ribera en dirección a la camioneta observando mientras subía lo mucho que había adelgazado su padre en las últimas semanas, y lo arrugado y tostado por el sol que tenía el cogote. Con la mal afeitada barba gris, a Duane le pareció realmente viejo.

La casa del tío Art había perdido el olor del hombre y ahora sólo olía a humedad y a cerrado.

Mientras el viejo registraba los cajones y el archivador, Duane observaba disimuladamente viejos blocks de notas y el cesto de los papeles. Como el propio Duane, el tío Art había sido un empedernido tomador de notas, escritor de recordatorios y conservador de archivos.

¡Bingo! El papel arrugado en la papelera estaba tirado debajo de un envoltorio de puros y otros desperdicios. Probablemente había sido escrito el sábado por la noche, la noche antes del accidente.

> 1) La maldita Campana Borgia o Estela Reveladora o lo que sea ha sobrevivido, después de todo. Se menciona en la parte de *El Libro de la Ley* correspondiente a los Medici.
>
> 2) Sesenta años, seis meses y seis días. En el supuesto de que lo absurdo e imposible haya sido realidad, de que los sucesos de que habla Duane se deban a que la cosa ha sido «activada» después de tantos siglos, el sacrificio debió realizarse aproximadamente al empezar el siglo. Poco después de empezar el año 1900. Comprobarlo en la ciudad. Buscar personas que puedan recordarlo. No hables con Duane hasta que tengas alguna respuesta.
>
> 3) Crowley dice que la Campana, la Estela, usaba a la gente. Y que conjuraba «a gentes del Mundo Oscuro», sea éste lo que fuere. Vuelve a comprobar los relatos de «cosas en las calles de Roma», en los tiempos del papa Borgia, y la sección de los Medici.
>
> 4) Ponte al habla con Ashley-Montague. Hazle hablar.

Duane aspiró profundamente, dobló el papel, lo metió en el bolsillo de su camisa de franela y salió al porche. La hierba del jardín crecía sin orden ni concierto. Saltaban insectos. En alguna parte, a lo largo del borde del bosque, las cigarras cantaban con una fuerza que le mareaba un poco. Duane se sentó en la silla de metal, apoyó los pies en la baja barandilla y se quedó con la vista perdida, pensando. Hasta que salió el viejo al porche y se detuvo con la mano todavía apoyada en la puerta de tela metálica, no se dio cuenta de lo que debía parecer en aquella silla y en aquella posición..., de a quién debía parecerse.

El viejo había encontrado los documentos. Cerraron bien la casa, sabiendo que podían pasar semanas o incluso meses antes de que viniesen a limpiarla para la subasta.

Duane no miró atrás cuando echaron a andar por el camino.

Duane eligió a la señora Moon.

La madre de la bibliotecaria tenía más de ochenta años, había vivido siempre en Elm Haven y había residido en el otro lado de la calle, delante de Old Central, en la esquina sudeste de Depot y la Segunda Avenida, desde joven. Duane la conocía sólo ligeramente, sobre todo de verla con la señorita Moon en sus paseos, cuando iba al pueblo.

En cambio conocía bien a la señorita Moon. Duane tenía cuatro años cuando el tío Art le había llevado al pueblo para que le diesen una tarjeta de la biblioteca.

La señorita Moon había fruncido ligeramente el ceño, sacudiendo la cabeza y contemplando al rollizo chiquillo delante de su mesa.

-Tenemos muy pocos libros ilustrados, señor McBride. Y preferimos que los padres de..., bueno..., de los futuros lectores utilicen sus tarjetas cuando elijan libros para los pequeños.

El tío Art no había replicado. Cogió el volumen más próximo del estante y se lo tendió a Duane.

-Lee -le dijo.

-Capítulo Primero... Mi nacimiento -leyó Duane-. Estas páginas mostrarán si llegaré a ser el héroe de mi propia vida o si este papel será representado por otra persona. Para empezar mi biografía con el principio de mi vida, diré que nací (según me han informado y creo) un viernes a las doce de la noche. Se observó que el reloj empezaba a...

-Está bien -le había dicho el tío Art, devolviendo el libro a su estante.

La señorita Moon había fruncido el ceño, jugueteando con la cadena de sus gafas, pero había extendido una tarjeta para el préstamo de libros a nombre de Duane McBride. Durante años, aquella tarjeta había sido el bien más preciado de Duane, a pesar de que la señorita Moon le trataba siempre con una frialdad rayana en el resentimiento. Por último había definido su papel al limitar el número de libros que podía llevarse el gordinflón, reprendiéndole severamente cuando los devolvía con algún retraso. Pero el retraso no se debía a que se hubiera entretenido en la lectura, porque casi siempre había devorado el montón de libros durante los primeros días de volver a la casa de campo y después tenía que esperar semanas a que el viejo encontrase tiempo para llevarle de nuevo al pueblo.

Cuando estaba en el segundo curso, a Duane le había dado por las novelas de misterio de Nancy Drew, alternando las aventuras de la mujer detective con C.S. Forester y todo lo de Robert Louis Stevenson, y la señorita Moon le había comentado que los de Nancy Drew eran «libros de niñas», palabras textuales, y le había preguntado con mordacidad si tenía una hermana.

Duane había sonreído, se había ajustado las gafas, y había recogido su máximo de cinco libros, todos ellos de Nancy Drew. Cuando hubo terminado aquella serie, descubrió a Edgar Rice Burroughs y pasó un verano delirante cruzando las estepas de Barsoom, las junglas de Venus, y sobre todo lanzándose desde la terraza media de la jungla de lord Greystoke. Duane no estaba muy seguro de lo que era la terraza media, pero había tratado de simularla en los robles bajos de la orilla del riachuelo, con Witt ladeando la cabeza y observándole perplejo, mientras él saltaba de rama en rama y comía en las copas de los árboles.

El verano siguiente, Duane leyó a Jane Austen, pero esta vez la señorita Moon no aludió a los «libros de niñas».

Duane fue andando hasta el pueblo inmediatamente después de terminar sus tareas de la mañana. El viejo cultivaba cada año menos terreno. La mayor parte de sus ciento treinta y cinco hectáreas se las había alquilado al señor Johnson, de manera que no había mucho que hacer. Duane cuidaba todavía del ganado, asegurándose de que hubiese agua en el pasto, pero no era un problema ahora que los animales estaban fuera del establo. El temido traslado del estiércol había terminado en mayo, por lo que Duane no debía preocuparse de esto.

Esta mañana había terminado el trabajo de mantenimiento de la aradora de seis rejas; el ascensor hidráulico de las instalaciones de atrás bajaba con demasiada rapidez, por lo que Duane había ajustado el cilindro portátil de aquél y había engrasado y apretado el armazón. Mientras había estado trabajando en la aradora mecánica, la gran cosechadora para cortar y descascarar el maíz había funcionado en el granero, encima de él. El viejo había llevado aquella cosa a la zona central de mantenimiento para juguetear con ella; siempre estaba tratando de mejorar las cosas, modificando, adaptando y transformando algo de la maquinaria agrícola hasta que apenas se parecía a lo que había salido de la fábrica. Duane advirtió que, con la cosechadora de maíz, el viejo estaba haciendo algo con los sujetadores de la espiga. Había quitado las chapas protectoras de las unidades de ocho piezas y Duane podía mirar en su interior y ver el brillante acero de los rodillos rompedores las cintas transportadoras y las cadenas de recogida.

La mayoría de los agricultores de la región remolcaban con los tractores las unidades de recogida del maíz o las empleaban de autopropulsión; pero el viejo había comprado una antigua máquina de gran tamaño y había sujetado a ella los desmochadores de las mazorcas. Esto significaba un trabajo más rápido en los años de cosechas copiosas, pero sobre todo una gran labor de mantenimiento para hacer que la vieja máquina siguiese funcionando, y de «modificación» de las partes destinadas a la recogida, el desmoche, el desgranamiento y la limpieza.

A veces pensaba Duane que el viejo sólo permanecía en la finca para manipular la maquinaria.

Aquella mañana, Duane había terminado con la cultivadora y se había vuelto para mirar la cosechadora que se alzaba imponente detrás de él, alargando unos rodillos como hojas de espada en el círculo de luz proyectado desde el techo, y había considerado la posibilidad de hacer alguna modificación evidente, para sorprender a su padre. Pero entonces había decidido no estropearle la diversión al viejo. Además tenía que dar de comer a más animales y segar más surcos en el huerto antes del desayuno, y quería estar en el pueblo antes de las diez.

A Duane le habría gustado esperar para ir en la camioneta –todavía le venía cuesta arriba tener que andar los últimos dos kilómetros y medio por Jubilee College Road-, pero sabía que el viejo se había aguantado toda la semana para empezar el jolgorio la noche del viernes, en la taberna de Carl o en la del Arbol Negro, y no quería viajar con él en tales condiciones.

Prefirió ir andando. El día era claro y brillante, aunque bochornoso. Duane se desabrochó los tres botones de arriba de la camisa a cuadros, observando dónde terminaba la piel tostada en una V aguda y empezaba la carne pálida.

Se detuvo en la casa de Mike O'Rourke, en las afueras del pueblo. Mike no estaba en casa, pero una de sus hermanas mayores invitó a Duane a beber agua en la bomba del patio de atrás. Bebió copiosamente el agua con gusto a hierro, y después se remojó la cabeza y los brazos.

Cuando llamó a la puerta de tela metálica de la señora Moon, la anciana caminó renqueando hacia la luz, con sus dos bastones y su séquito de gatos.

-¿Te conozco, jovencito?

Duane pensó que la voz de la señora Moon sonaba como una parodia de la de una anciana, aguda, temblona, recorriendo la escala de las inflexiones.

-Sí, señora. Soy Duane McBride. He estado aquí algunas veces, con Dale Stewart y Michael O'Rourke, cuando vienen a buscarla para dar un paseo.

-¿Quién has dicho?

Duane suspiró y lo repitió todo en voz más fuerte.

-Ahora no puedo dar mi paseo. Aún no he cenado.

La señora Moon parecía quejumbrosa y un poco desconfiada. Los gatos dieron vueltas alrededor de los bastones y se frotaron contra las hinchadas piernas envueltas en esparadrapo de color de carne. Duane pensó en el soldado con polainas.

-Señora, sólo quería hacerle algunas preguntas sobre algo.

-¿Preguntas?

Dio un paso atrás en la oscuridad del cuarto de estar. La vieja casa era pequeña, de madera pintada de blanco, y olía como si hubiesen vivido en ella innumerables generaciones de gatos que nunca salían a la calle.

-Sí, señora. Pero sólo un par.

-¿Sobre qué?

Le miró con ojos miopes y Duane se dio cuenta de que él debía de ser sólo una figura redonda que ocupaba todo el vano de la puerta. Se echó también atrás, a la manera de los hábiles vendedores, mostrándose respetuoso y absolutamente inofensivo.

-Sólo sobre... los viejos tiempos -dijo-. Estoy escribiendo un trabajo para el colegio sobre cómo era la vida en Elm Haven a principios de siglo. Pensé que tal vez sería usted tan amable de explicarme algo de..., bueno, del ambiente.

-Algo, ¿de qué?

-Algunos detalles -dijo Duane-. Por favor.

La anciana vaciló, se volvió, con un rígido movimiento de los dos bastones, y se retiró con su séquito gatuno, dejándole plantado. Ahora fue él quien se mostró vacilante.

-Bueno -dijo la voz de ella desde la oscuridad-, no te quedes ahí plantado. Pasa. Prepararé té para los dos.

Duane se sentó, bebió té, comió galletas, hizo preguntas y escuchó historias de la infancia de la señora Moon, de su padre y de los buenos viejos tiempos. La señora Moon mordisqueaba galletas mientras hablaba, y poco a poco aunque infaliblemente se fue formando una pequeña capa de migajas sobre su falda. Los gatos se turnaban en saltar sobre el sofá para comer las migajas mientras ella los acariciaba distraídamente.

-¿Y qué me dice de la campana? -preguntó al fin, después de convencerse de que la memoria de la anciana era de fiar.

-¿La campana?

La señora Moon dejó de masticar. Un gato se estiró hacia arriba, como si fuese a arrancarle la galleta de los dedos.

-Ha mencionado algunas cosas especiales del pueblo -la incitó Duane-. ¿Qué me dice de la gran campana de la torre del colegio? ¿Recuerda si se habló de ella?

La señora Moon pareció nerviosa durante un momento.

-¿Una campana? ¿Cuándo hubo una campana allí?

Duane suspiró. Andarse con misterios era una tontería.

-En mil ochocientos setenta y seis -dijo suavemente-. El señor Ashley la trajo de Europa...

La señora Moon rió entre dientes. Se le aflojó un poco la dentadura y utilizó la lengua para colocarla en su sitio.

-¡Tonto! Yo nací en mil ochocientos setenta y seis. ¿Cómo voy a poder recordar algo del año de mi nacimiento?

Duane pestañeó. Se imaginó a esta dama arrugada y ligeramente senil como un bebé, sonrosado y fresco, saludando al mundo en el año en que fueron masacrados los hombres de Custer. Pensó en los cambios que había vivido: aparición de vehículos sin caballos, el

teléfono, la Primera Guerra Mundial, el auge de América como potencia mundial, el Sputnik, todo ello visto desde debajo de los olmos de Depot Street.

-Entonces -dijo-, ¿no recuerda nada en absoluto sobre una campana?

Estaba guardando el lápiz y la libreta.

-Claro que recuerdo la campana -dijo ella, cogiendo otra de las galletas de su hija-. Era muy hermosa. El padre del señor Ashley la trajo de uno de sus viajes a Europa. Cuando yo iba a la escuela en Old Central, la campana solía sonar todos los días, a las ocho y cuarto y a las tres.

Duane abrió mucho los ojos. Se dio cuenta de que su mano temblaba un poco cuando sacó de nuevo la libreta y empezó a escribir. Era la primera confirmación, aparte de los libros, de que la Campana Borgia existía.

-¿Recuerda algo especial sobre la campana?

-Oh, querido, todo lo referente a la escuela y a la campana era especial en aquellos días. Uno de nosotros, uno de los niños más pequeños, el viernes, al empezar la clase, era elegido para tirar de la cuerda de la campana. Recuerdo que a mí me eligieron una vez. Oh, sí, era una campana muy hermosa...

-¿Recuerda qué fue de ella?

-Pues sí. Quiero decir, no estoy segura... -Una extraña expresión se pintó en el semblante de la señora Moon, que dejó distraídamente la galleta sobre la falda. Dos gatos la devoraron, al llevarse ella los dedos temblorosos a los labios-. El señor Moon, mi Orville quiero decir, no su padre..., el señor Moon no tuvo nada que ver con lo ocurrido. De ninguna manera. -Alargó una mano y golpeó la libreta de Duane con un dedo huesudo-. Escribe esto. Ni Oliver ni el padre estaban allí cuando... cuando ocurrió aquella cosa tan terrible.

-Sí, señora -dijo Duane, con el lápiz en alto-. ¿Qué pasó?

La señora Moon agitó ambas manos, y los gatos saltaron de su falda.

-Oh, aquella cosa terrible. Ya sabes, aquella cosa espantosa de la que no queremos hablar. ¿Por qué quieres escribir sobre aquello? Pareces un buen chico.

-Sí, señora -dijo Duane, casi conteniendo el aliento-. Pero me dijeron que escribiese sobre todo. Y le agradecería mucho que me ayudara. ¿A qué cosa terrible se refiere? ¿Es algo sobre la campana?

La señora Moon pareció olvidarse de que él estaba con ella en la habitación. Veía las sombras, donde se movían los gatos sin ruido.

-Pues no... -empezó a decir, en una voz que era poco más que un murmullo entrecortado. Duane oyó que pasaba un camión por la calle, pero la señora Moon no pestañeó-. No la campana -dijo-. Aunque le ahorcaron por ello, ¿no?

-¿A quién ahorcaron? -preguntó Duane con un hilo de voz.

La señora Moon se volvió de cara hacia él, pero sus ojos seguían pareciendo ciegos.

-Oh, aquel hombre terrible, desde luego. El que mató y... -Se puso a gemir, y Duane advirtió que tenía lágrimas en las mejillas. Una de ellas rodó por las arrugas de la comisura de los labios-. El que mató y se comió a aquella niña pequeña -concluyó, con voz más fuerte.

Duane dejó de escribir y la miró fijamente.

-Escribe esto, vamos -ordenó la anciana, apuntándole de nuevo con un dedo. Su mirada ausente había vuelto a la realidad y ahora se clavaba fijamente en Duane-. Ya es hora de que se escriba esto. Anótalo todo. Pero no te olvides de mencionar en tu trabajo que ni Orville ni el señor Moon estuvieron..., bueno, ni siquiera estaban en el condado cuando sucedió aquella cosa terrible. Escríbelo ahora todo, ¡vamos!

Y mientras ella hablaba, con una voz que a Duane le sonaba como el crujido de viejos pergaminos en un libro largo tiempo cerrado, él lo fue escribiendo todo.

19

Dale fue a invitar personalmente a Harlen para la excursión del viernes a casa del tío Henry, y se dio cuenta de lo solo que había estado su amigo. La madre de Harlen, la señorita Jensen, no estaba segura de que Jim se encontrara lo suficientemente restablecido para una excursión tan larga, pero Dale había traído una nota invitándola también a ella, y cedió a las súplicas de su hijo.

El padre de Dale llegó a casa hacia las dos y todos salieron para la finca a las tres y media, con el escayolado Harlen sentado en el asiento trasero del vehículo con su madre y Kev, mientras Mike, Dale y Lawrence se apretujaban atrás. Estaban muy alegres y cantaron mientras subían y bajaban por las colinas de más allá del cementerio.

El tío Henry y la tía Lena habían colocado sillones en la parte más umbría del jardín, donde dieron la bienvenida y charlaron con los recién llegados, mientras Biff, el gran pastor alemán del tío Henry, bailaba entusiasmado a su alrededor. Los mayores se acomodaron en los anchos sillones Adirondack, y los muchachos cogieron palas del granero y se encaminaron a los pastos de atrás. Andaban más despacio que de costumbre, abriendo las puertas de las vallas para Harlen en vez de saltar por encima de ellas; pero el joven lesionado se mantenía bastante bien.

Por fin, en el último pasto antes del bosque, junto al riachuelo que venía del sur, encontraron marcas de sus excavaciones de veranos anteriores y empezaron a cavar en busca de la Cueva de los Contrabandistas.

La Cueva de los Contrabandistas había empezado como una leyenda. Años antes, tío Henry la había mejorado convirtiéndola en historia, ahora tan cierta para los muchachos como el Evangelio. Al parecer, en los años veinte, durante la Prohibición, y antes de que el tío Henry comprase la finca, el anterior propietario había permitido a los contrabandistas de licores del vecino condado utilizar una vieja cueva en el fondo de la cual ocultaban la mercancía. La cueva se convirtió en un almacén central. Se construyó un camino de tierra. Se amplió la cueva, se apuntaló la entrada y se creó una verdadera taberna ilegal subterránea.

-Muchos gangster famosos solían detenerse aquí cuando venían de Chicago -les había dicho el tío Henry-. Me han asegurado que John Dillinger estuvo una vez aquí y que tres de los muchachos de Al Capone bajaron para quitar de en medio a Mickey Shaughnessy, pero Mickey se enteró de que iban a por él y huyó a la casa de su hermana junto al río Spoon. Así que los tres muchachos de Al Capone sólo pudieron acribillar el lugar con sus metralletas y robar un poco de alcohol.

El final de la historia era lo más interesante. Según la leyenda, la Cueva de los Contrabandistas había sido asaltada por agentes del fisco poco antes de que terminase la Prohibición. En vez de llevarse la mercancía, los federales habían dinamitado la entrada. La cueva se derrumbó sobre el almacén de licor, la taberna con sus mesas, su barra de caoba y su piano, e incluso sobre tres camiones y un Modelo A que estaban allí aparcados. Después borraron el camino para que nadie pudiese volver a encontrar la cueva.

Dale y los muchachos estaban seguros de que sólo se había derrumbado la entrada. Probablemente sólo dos o tres metros de tierra separaban aquel tesoro arqueológico del mundo exterior. Si podían encontrar el lugar adecuado de la ladera del monte donde cavar...

Durante años, el tío Henry les había ayudado mucho, mostrándoles antiguas huellas de neumáticos y trozos de metal oxidado que según decía habían sido dejados cerca de la entrada. También había señalado declives en la ladera que probablemente correspondían a la entrada o al menos a salidas de emergencia, y les había recordado nuevos detalles de la historia cuando el interés de los chicos parecía flaquear después de largos días de cavar y de buscar bajo el sol ardiente.

-Henry -había dicho una vez tía Lena con voz extrañamente áspera-, deja de llenar la cabeza de esos niños con tus cuentos.

El tío Henry se había erguido, pasando el tabaco de mascar a la otra mejilla, y había dicho:

-No son cuentos, mamá. Esa cueva está ahí, en alguna parte.

A los muchachos les bastaba esta promesa. Con los años, los pastos del este de tío Henry, utilizados sólo para apacentar al toro cuando tenía alguno, empezaron a parecerse a las vertientes alrededor del Sutter's Creek, hacia 1849, mientras Dale, Lawrence y sus amigos cavaban en todas las oquedades, grietas y salientes herbosos, seguros de que por fin encontrarían la entrada. Dale había soñado a menudo sobre la impresión que causaría la última palada cuando se abriese la oscura cueva ante ellos, tal vez con una lámpara de gas todavía encendida allí y con el olor de una bañera llena de ginebra flotando en una corriente de aire que había estado inmovilizada durante treinta años.

Duane llegó a eso de las seis -su padre le había dejado en su camino hacia la taberna del Arbol Negro- y pasó media hora hablando con los adultos en el umbrío jardín, antes de pasar por el patio del granero en dirección a los pastos de atrás. Nadie lo advirtió, pero en esta ocasión le había puesto sus pantalones de pana marrón más nuevos y una camisa roja de franela que le había regalado su tío Art por Navidad.

En el último pasto encontró un grupo de muchachos sucios y cansados alrededor de un agujero que se hundía un metro en la ladera. Debajo de ellos, el suelo estaba lleno de grandes piedras que habían sacado de allí.

-Hola. -Duane se sentó sobre una de las piedras más grandes-. Qué, ¿la habéis encontrado por fin?

Las sombras se estaban alargando y envolvían toda esta parte de la Vertiente. El riachuelo era poco más que un chorrito de agua a seis metros por debajo de ellos, un poco más allá de la zona aplanada que Dale había estado siempre seguro de que era el «camino de los contrabandistas».

Dale se enjugó la frente y dejó un surco de barro.

-Creemos que sí. Mira, hemos encontrado esta vieja madera carcomida ahí, detrás de aquella piedra grande.

Duane asintió con la cabeza.

-Un viejo tronco, ¿eh?

-¡No! -dijo Lawrence con irritación. Tenía la camiseta hecha un asco-. Es una de esas cosas de madera de encima de la entrada de la Cueva.

-El marco -dijo Mike.

Duane asintió con la cabeza y golpeó el leño con su bamba. Había rabos de ramas cortadas en él.

-¡Hum!

-Ya les dije que eran una mierda -dijo Jim Harlen, bastante satisfecho.

Se movió para que la escayola le molestase menos. Era evidente que el brazo aún le dolía, y llevaba una venda alrededor de la cabeza que a Duane le recordó la *Insignia roja del valor* de Crane. Trató de imaginarse a Jim Harlen como Henry Fleming.

-¿También has estado cavando? -le preguntó Duane.

Harlen resopló

-No lo he hecho nunca. Mi trabajo consistirá en vender el licor cuando lo encontremos.

-¿Crees que todavía podrá beberse? -dijo Duane, en un tono inocente.

-Se hace añejo con el tiempo, ¿no? -dijo Harlen-. El vino y los licores son más caros cuando han envejecido, ¿verdad?

Mike O'Rourke hizo un guiño.

-No creemos que ocurra lo mismo con la ginebra. ¿Tú qué opinas, Duane?

Duane cogió una ramita y trazó dibujos sobre el montón de tierra blanda que habían excavado. El agujero era lo bastante profundo para que Lawrence pudiese meterse de cabeza en él y dejar sólo al descubierto las piernas hasta las rodillas. Duane advirtió que en realidad no era un túnel -no parecía que pudiese haber allí una cueva- sino simplemente un corte en la ladera, el más reciente de muchos.

-Yo creo que ganaréis más dinero vendiendo los coches viejos que hay ahí dentro -dijo, siguiendo el juego.

A fin de cuentas, ¿qué mal había en imaginarse una cueva bien abastecida a pocos metros debajo del blando suelo? ¿Había algo más fantasioso que la «investigación» que había estado haciendo él durante dos semanas?

Sólo entonces se dio cuenta Duane de que no había nada fantasioso en su búsqueda. Se tocó el bolsillo de la camisa y entonces recordó que había dejado la libreta en casa, junto con las otras, en su escondite.

-Sí -dijo Dale-. O podríamos hacer una fortuna mostrando a los turistas el lugar. El tío Henry dice que podemos instalar luces eléctricas y dejarla tal como era antes.

-Muy bien -dijo Duane-. Ah, tu madre me ordenó que os dijese que volváis a casa para lavaros. Ya han puesto la carne en la parrilla.

Los chicos vacilaron, debatiéndose entre su menguante obsesión y su hambre creciente. Triunfó el hambre.

Regresaron al paso de Harlen, con las palas sobre el hombro como fusiles, hablando y riendo. Las vacas que volvían al establo miraron curiosamente al grupo y se apartaron para dejarles pasar. Los seis muchachos estaban todavía a cien metros de la última valla cuando olieron en la brisa de la tarde el aroma de los bistecs que se estaban asando.

Comieron en el patio de piedra del lado este de la casa, mientras las sombras engullían la luz dorada sobre el césped. Brotaba humo de la barbacoa que había montado el tío Henry más allá de la bomba de agua, cerca de la valla de madera. A pesar de las protestas de Mike de que el maíz, la ensalada, los panecillos y el postre serían una cena más que suficiente, la tía Lena había frito dos bagres para él y le había preparado un bocadillo con pan crujiente. Junto con el pescado y la carne, los chicos recibieron dos grandes cestas de cebollas para acompañar las verduras que habían sido arrancadas del huerto una hora antes. La leche, ordeñada y guardada en la vaquería del tío Henry aquel mismo día, era muy fría y cremosa.

Comieron mientras se disipaba el calor del día. Se había levantado viento para aliviar la humedad y agitar las ramas encima del jardín. Los maizales infinitos del lado oeste de la carretera y hacia el norte parecían suspirar en un lenguaje sedoso.

Los muchachos estaban sentados sobre los escalones de piedra y los bordes de los macizos de flores -tía Lena había adornado una hectárea de jardín con flores en los puntos estratégicos-, mientras que los adultos formaban un círculo, con los platos sobre las rodillas o encima de los anchos brazos de sus sillones de madera. El tío Henry había traído un barrilito de su cerveza de confección casera, y las jarras habían sido enfriadas en la nevera que se hallaba en el garaje.

Las voces eran una mezcla tan familiar a los oídos de Dale que no podía imaginarse que alguna vez todas o algunas de ellas no hubiesen sonado como una música de fondo: la risa entre dientes y el tono excitado, de Kev, la lenta ironía de Harlen, que hacía que todos se mondasen de risa, los apartes a media voz de Mike, el habla rápida y estridente de Lawrence, como si tuviese que hablar deprisa para que le oyesen, y los raros comentarios de Duane. Las voces de los adultos también le resultaban familiares: la gangosa de tío Henry cuando contaba que el mes pasado había encontrado un adorno de capó de Pierce Arrow de 1928 en los pastos de atrás, señal inequívoca de que algún gángster había ido a la Cueva de los Contrabandistas donde habría tenido un mal fin; la risa ronca de tía Lena, el sonido más sensual y singularmente humano que Dale había oído jamás; las voces de su madre y de su padre, suaves como la brisa que acariciaba los árboles, la del padre más relajada que de costumbre cuando contaba historias graciosas de la vida en la carretera; la risita de adolescente de la mamá de Harlen, que brotaba excitada como si hubiese bebido demasiado o le pareciese, como a Lawrence, que tenía que darse prisa para que la escuchasen.

Los cuchillos trazaban dibujos de un rojo pálido sobre los platos de papel. Todos se levantaban para repetir, casi todos ellos por segunda vez. La gran ensaladera se estaba vaciando; las mazorcas envueltas en papel de estaño sobre la barbacoa iban desapareciendo; el tío Henry reía y bromeaba al poner más bistecs en la parrilla e irradiaba satisfacción con su delantal de «*Come "N" Get It*», y con un largo tenedor en la mano.

Después de la cena, los muchachos comieron los pasteles de ruibarbo y de chocolate que quisieron.

El tío Henry y la tía Lena habían ido mejorando su casa con los años, siempre pasando de un proyecto al siguiente: Dale recordaba una casa de madera de cuatro habitaciones, cuando había venido de Chicago, a los seis años, para el entierro de su abuela. Ahora la casa era de ladrillos, con cuatro dormitorios en la primera planta y un sótano completo. Tío Henry había añadido el garaje durante el primer año de estancia de los Stewart en Elm Haven; Dale recordaba que había jugado en su armazón de madera, mientras el tío Henry colocaba los bloques hasta la altura adecuada. Ahora el garaje era muy grande –cabían en él tres coches y otros vehículos- y estaba construido en el lado sur de la baja colina sobre la que se alzaba la casa, de manera que se podía pasar directamente del garaje al taller del sótano, mientras que el terrado de encima de él daba a la espaciosa habitación de invitados y al dormitorio aún más grande de los dueños.

A los chicos les gustaba el terrado por las tardes, y sabían que más pronto o más tarde los adultos se levantarían del patio de piedra y subirían allá arriba. Grande como una pista de tenis -aunque nadie del grupo, salvo Dale y Duane, había visto nunca una pista de tenis- y sobre varios niveles de plataformas, pasadizos y peldaños, el terrado tenía vistas a la carretera y a los campos del señor Jonson por el oeste; hacia el sur se podía ver el camino de entrada, la piscina que había construido el tío Henry, el bosque e incluso el cementerio del Calvario cuando los árboles empezaban a perder hojas en otoño; hacia el este se veía el granero y el corral desde el nivel del henil, y Dale se imaginaba siempre en el papel de caballero medieval, observando desde las murallas y viendo el laberinto de pocilgas, depósitos de forraje, tuberías, gallineros y corrales como las almenas de un mundo fortificado.

Había más sillones Adirondack en el terrado, muebles macizos y extrañamente cómodos hechos con tablas de madera, que cada invierno confeccionaba el tío Henry en su taller del sótano; pero los muchachos optaban siempre por las hamacas. Había tres en la plataforma del sur: dos sobre soportes de metal y otra colgada de los postes que sostenían las luces de seguridad que iluminaban el camino de entrada, cinco metros más abajo. Los primeros en llegar, Lawrence, Kev y Mike, se amontonaron en esta hamaca, balanceándose peligrosamente sobre la baranda. Las madres no querían verles allí y los padres les advertían del peligro levantando la voz; pero hasta ahora nadie se había caído.... aunque el tío Henry juraba que una noche de verano se había dormido en aquella hamaca, que a la mañana siguiente le había despertado Ben, el gallo más grande, que había dado un paso hacia lo que creía que era el cuarto de baño y había ido a parar sobre unos sacos de Purina amontonados en la parte de atrás de la camioneta aparcada allí abajo.

Subieron a las hamacas y se mecieron, y charlaron y se olvidaron completamente de que habían pensado volver a trabajar un poco más en la Cueva de los Contrabandistas. En todo caso, era demasiado tarde. El cielo conservaba todavía un pálido color azul pero se veían varias estrellas, y la línea de árboles al sur del estanque se había convertido en una silueta negra. Las luciérnagas empezaban a centellear sobre aquel oscuro telón de fondo. Alrededor del estanque y más abajo, las ranas y las rubetas iniciaron su triste coro. Las golondrinas aleteaban invisibles en el granero, y en alguna parte del bosque ululó un búho.

La llegada de la noche convirtió las conversaciones de los adultos en el patio de atrás en un amigable murmullo, e incluso el parloteo de los chicos se hizo más lento y acabó por cesar del todo; sólo se oían los chasquidos de las cuerdas de las hamacas y los sonidos nocturnos en la colina, mientras el cielo se llenaba de estrellas.

Librodot

El tío Henry había apagado las luces automáticas de seguridad y no había encendido las lámparas de mesa; Dale se imaginó que estaban en la cubierta de popa de un barco pirata, bajo un cielo nocturno tropical. Las hileras de plantas de maíz del otro lado de la carretera hacían un ruido suave, muy parecido al susurro de la estela de un barco. Dale lamentó no tener un sextante. Aún sentía en la piel el calor del sol; tenía las mejillas y el cuello bronceados, y le dolían los brazos y las piernas del exceso de ejercicio.

-Mirad -dijo Mike en voz baja-. Un satélite. - Todos estiraron el cuello en las hamacas. El cielo se había ennegrecido perceptiblemente en la última media hora; se distinguía fácilmente la Vía Láctea, lejos de las luces de la ciudad, y algo se movía entre las estrellas. Una luz demasiado alta y demasiado rápida para ser un avión.

-Probablemente *Eco* -dijo Kevin, con su tono profesional.

Les contó todo lo referente a la gran esfera reflectante que Estados Unidos iba a poner en órbita para hacer rebotar ondas de radio alrededor de la curva de la Tierra.

-No creo que ya hayan lanzado el *Eco* -dijo Duane con el acento tímido que usaba cuando era el único que conocía los hechos-. Me parece que proyectan lanzarlo en agosto.

-Entonces, ¿qué es? -dijo Kevin.

Duane se subió las gafas sobre la nariz y miró al cielo.

-Si es un satélite, probablemente será *Tiros*. *Eco* será muy brillante, tan brillante como una de esas estrellas. Tengo muchas ganas de verlo.

-¿Por qué no volvemos a casa de tío Henry en agosto? –preguntó Dale-. Podríamos observar a *Eco* y cavar un poco en la Cueva de los Contrabandistas.

Todos estuvieron de acuerdo. Entonces dijo Lawrence:

-¡Mirad! Está desapareciendo.

Se extinguía la luz del satélite. Durante un momento, observaron en silencio cómo se alejaba.

-Me pregunto si algún día podremos enviar gente allá arriba –dijo

-Los rusos están trabajando en ello -observó Duane desde las profundidades de la hamaca que tenía en exclusiva.

Dale y Harlen estaban sentados frente a él.

-Ah, los rusos... -gruñó Kevin-. Les daremos sopa con honda.

Duane, que parecía un oscuro bulto, cambió de posición, golpeando el suelo con las bambas.

-No lo sé. Nos sorprendieron con el *Sputnik*, ¿os acordáis?

Dale se acordaba. Recordaba que había estado observándolo en el patio de atrás una noche de octubre, hacía tres años. Había sacado la basura y sus padres habían salido al oír por la radio la hora en que posiblemente pasaría el satélite ruso. Lawrence, que todavía estudiaba primero en el colegio, estaba durmiendo en el piso de arriba. Dale y sus padres estuvieron mirando a través de las ramas casi desnudas, hasta que aquella lucecita se movió entre las estrellas. «Increíble», había murmurado el padre de Dale, aunque éste nunca supo si se refería a que por fin la humanidad había colocado un objeto en el espacio, o a que habían sido los rusos quienes lo habían logrado.

Observaron el cielo durante un rato. Fue Duane quien rompió el silencio.

-Vosotros habéis seguido a Van Syke, a Roon y a los otros, ¿no es cierto?

Mike, Kevin y Dale intercambiaron unas miradas. Dale se sorprendió al advertir que se sentía culpable, como si se hubiese mostrado remiso o hubiese faltado a una promesa.

-Bueno, empezamos, pero...

-Está bien -dijo Duane-. En cierto modo era una tontería. Pero yo he descubierto algunas cosas de las que quisiera hablaros. ¿Podríamos vernos mañana, a la luz del día?

-¿Qué os parece la Cueva? -dijo Harlen.

Todos protestaron con abucheos.

-Yo no volveré allí -dijo Kev-. ¿Qué os parece el gallinero de Mike?

Mike asintió con la cabeza. Duane mostró su conformidad.

-¿A las diez? -dijo Dale.

Entonces habrían terminado ya las películas de dibujos que Lawrence y él veían los domingos por la mañana: Heckle y Jeckle, Ruff y Reddy.

-Más tarde -dijo Duane-. Mañana por la mañana tengo que hacer algunas cosas. ¿Qué os parece a la una, después de la comida?

Todos estuvieron de acuerdo, salvo Harlen.

-Yo tengo algo mejor que hacer -dijo.

-Seguro que sí -dijo Kevin-. ¿Vas a pedirle a Michelle Staffney que te ponga un autógrafo en la escayola?

Esta vez los adultos tuvieron que acercarse para que cesaran las carcajadas y los golpes.

Duane disfrutó durante el resto de la velada. Se alegraba de haber retrasado la explicación de sus investigaciones sobre la Campana Borgia, y en especial de las revelaciones de la señora Moon, cuando los chicos y los mayores empezaron a hablar de estrellas, de viajes espaciales y de lo que sería vivir allá arriba; habían transcurrido horas mientras charlaban y contemplaban el cielo nocturno. Dale había comunicado a su padre la idea de una reunión para observar el *Eco* en agosto, cuando sería visible el gran satélite, y tío Henry y tía Lena lo habían aprobado inmediatamente. Kevin prometió traer un telescopio y Duane ofreció también el suyo, de confección casera.

La reunión empezó a disolverse a eso de las once, y Duane se preparó para volver andando a casa -sabía que el viejo no llegaría hasta primeras horas de la mañana-, pero el padre de Dale insistió en llevarle en su vehículo los dos kilómetros y medio hasta su casa. Fueron apretados hasta que dejaron a Duane delante de la puerta de su cocina.

-Esto está muy oscuro -dijo la señora Stewart-. ¿Crees que tu padre se habrá acostado ya?

-Probablemente -dijo Duane.

Se consideró un idiota por no haberse acordado de dejar una luz encendida.

El señor Stewart esperó a que hubiese encendido la de la cocina y saludado desde la ventana. Duane se quedó mirando cómo se alejaban las luces rojas de atrás por el camino.

Aunque pensó que se estaba comportando como un paranoico, registró la primera planta y cerró la puerta de atrás antes de bajar al sótano. Se quitó la ropa y tomó una ducha, pero en vez del pijama se puso un viejo pantalón de pana, una camisa de franela remendada pero limpia, y se calzó las zapatillas. Estaba cansado después de la larga jornada, pero su mente permanecía muy activa y pensó en escribir durante un rato. En todo caso, como la puerta estaba cerrada, tendría que esperar al viejo. Conectó la radio con WHO de Des Moines y empezó a trabajar.

O trató de trabajar. Sus notas y apuntes le parecieron infantiles y vanos. Se preguntó si no sería mejor escribir un relato completo. Pero no, no estaba preparado para esto. Con el tiempo de que disponía, no podría escribir un relato completo hasta el año próximo, lo más pronto. Duane miró sus libretas llenas de apuntes sobre personajes, ejercicios de descripción de acciones en los que imitaba los estilos de varios escritores -Hemingway, Mailer, Capote, Irwin Shaw-, sus héroes. Volvió a guardarlo todo en su escondite y se tumbó en la cama, apoyando las zapatillas en los pies de hierro. La cama le había quedado pequeña durante el pasado invierno, y tenía que dormir en diagonal, con los pies contra la pared, o encoger las piernas. Todavía no se lo había dicho al viejo. De momento, no podía permitirse comprar una cama. Duane sabía que había otra cama sin utilizar en la segunda planta, pero era la que habían usado su padre y su madre cuando ella estaba viva. No quería pedirla.

Contempló fijamente el techo y pensó en la señora Moon y la Campana, y en la increíble trama de hechos, fantasías, sugerencias e inferencias que representaba todo aquello. El tío Art lo había visto en líneas generales. ¿Qué habría pensado si hubiese conocido los sucesos de enero de 1900? Duane se preguntó si debía ocultarlo a los otros muchachos.

«No, tenían derecho a saberlo. Lo que ocurriese les ocurriría también a ellos.»

Estaba a punto de dormirse cuando oyó llegar la camioneta del viejo por el camino de entrada.

Subió soñoliento la escalera, cruzó la oscura cocina y abrió la puerta de tela metálica. Había bajado la mitad de la escalera del sótano cuando se dio cuenta de que podía oír todavía el motor de la camioneta; el ruido del cilindro que fallaba era inconfundible. Duane volvió a subir y se dirigió a la puerta.

La camioneta estaba aparcada en medio del patio, con la portezuela del conductor abierta y los faros todavía encendidos. La luz de la cabina también estaba encendida, y Duane pudo ver que la camioneta estaba vacía.

De pronto sonó un estruendo en el granero, y Duane dio un paso atrás en la cocina. Observó que la cosechadora mecánica salía zumbando por la puerta grande del sur, con su suplemento delantero de nueve metros desplegado, como la pala de un bulldozer con afiladas extensiones. Duane vio el resplandor del faro reflejándose en los rodillos y las cadenas, y se dio cuenta de que el viejo no había vuelto a colocar las rojas planchas de metal sobre las ocho unidades.

Pero había abierto la puerta de los campos del sur, advirtió Duane, cuando la enorme máquina pasó por delante del corral y se metió entre el maíz. Vio brevemente a su padre como una silueta en la cabina abierta -el viejo odiaba las cabinas cerradas con cristales y utilizaba una de las cosechadoras viejas y abiertas- y la máquina se adentró en el maizal.

Duane se puso furioso. No era la primera vez que el viejo venía borracho a casa y trataba mal la camioneta, pero nunca había estropeado una máquina agrícola. Una nueva cosechadora o una unidad de recogida para el tractor costarían una fortuna.

Duane corrió por delante del corral en zapatillas, tratando de hacerse oír sobre el zumbido de la máquina. Fue inútil. La cosechadora se metió en la primera hilera de maíz del campo y se dirigió hacia el sur. Las plantas sólo tenían medio metro de altura y todavía no había mazorcas en ellas, pero el mecanismo de recolección no lo sabía. Duane se puso aún más furioso cuando vio cómo se doblaban y rompían los tiernos tallos, guiados después por las ocho puntas de la cosechadora hacia las cadenas que los llevaban hacia los largos rodillos de metal. Las cadenas cargadas introducían los tallos entre los rodillos, que habrían desgranado las mazorcas de haber habido alguna.

El aire se llenó de polvo y de briznas de tallos de maíz al girar la cosechadora hacia la derecha y luego hacia la izquierda, y avanzar después directamente dentro del campo abriendo un camino de nueve metros de anchura entre las plantas. Duane cruzó corriendo la puerta abierta de la valla y siguió a la máquina, gritando y agitando los brazos. El viejo no se volvió a mirar atrás.

La enorme máquina estaba casi doscientos metros dentro del campo cuando se detuvo de pronto. El motor se paró. Duane hizo una pausa para recobrar aliento, imaginándose al viejo doblado sobre el volante y llorando por la frustración, cualquiera que fuese el motivo que le hubiese impulsado a hacer aquello.

Duane respiró hondo y avanzó trotando hacia la ahora silenciosa máquina.

Las luces sobre la cabina estaban apagadas y la portezuela abierta, pero la luz interior había sido rota y en la cabina no había nadie. Duane se acercó despacio, sintiendo los afilados tallos debajo de sus zapatillas; subió a la pequeña plataforma del lado izquierdo de la cabina.

Nada.

Duane miró hacia el campo. El maíz llegaba poco más arriba de la rodilla de un hombre, pero se extendía hacia los oscuros límites, más de ochocientos metros en cada dirección, salvo la del granero. El destrozo producido por la cosechadora era bastante obvio, incluso a la débil luz de las estrellas. El farol del corral parecía tan lejano como los propios astros en lo alto.

El corazón de Duane había estado palpitando durante la carrera y ahora aceleró de nuevo su ritmo. Se apoyó en la barandilla metálica de la plataforma y miró hacia abajo, casi esperando ver la forma de un hombre entre las plantas, en el sitio donde había caído el viejo.

Nada.

Las plantas estaban muy cerca unas de otras; las hileras ya no podían distinguirse, al entrecruzarse las hojas de las plantas. Duane sabía que dentro de pocas semanas el maíz llegaría a la altura del hombro y sería como un monolito.

Pero ahora tenía que poder ver al viejo. Pasó a la parte de delante de la plataforma, mirando al frente y hacia el lado derecho de la cosechadora, hasta el máximo que podía alcanzar.

-¿Papá?

Su voz sonó muy débil. Duane llamó de nuevo.

No obtuvo respuesta. Ni siquiera un susurro de los tallos del maíz que le indicase la dirección que había seguido el viejo.

Se oyó un ruido delante del granero y Duane pasó a la parte de atrás de la plataforma y vio la camioneta. Entonces se perdió de vista detrás de la casa, reapareció delante de ésta y se alejó por el camino de entrada. Las luces seguían apagadas, y la portezuela abierta. Parecía una película proyectada a la inversa. Duane empezó a gritar, pero se dio cuenta de que era inútil; observó en silencio cómo llegaba la camioneta al final del largo camino y desaparecía por la Seis del condado, con las luces aún apagadas.

«No era el viejo.» Esta idea fue como un jarro de agua fría en la espalda.

Duane se metió en la cabina y se sentó en el alto asiento. Llevaría de nuevo la maldita máquina a la casa.

No encontró ninguna llave. Cerró los ojos, tratando de recordar todas las modificaciones que había hecho su padre en el sistema de encendido de aquella cosa. De todos modos, probó el estárter. Nada. La cosechadora no arrancaría sin la llave que guardaba el viejo colgada de un clavo en el granero.

Duane pulsó un interruptor para encender los faros; consumiría rápidamente las baterías, pero iluminaría sesenta metros del campo como en plena luz del día.

Nada. Entonces recordó; la llave tenía que estar puesta.

Volvió a la plataforma, sintiendo el sudor en el semblante, respirando lenta y profundamente para tranquilizarse. El maíz que había parecido tan corto hacía pocas horas ahora daba la impresión de que era lo bastante alto para ocultar cualquier cosa. Sólo el sendero de tallos aplastados, de nueve metros de anchura, que serpenteaba detrás de la cosechadora, ofrecía un camino claro para volver al granero.

Pero Duane no estaba todavía preparado para seguirlo.

Pasó a una cornisa de metal detrás de la cabina y se encaramó encima del vacío depósito de grano. La cubierta metálica crujió un poco bajo su peso. Duane se inclinó, encontró un agarradero y subió sobre el techo de la cabina. Desde una altura de tres metros y medio, el campo era una masa negra que se extendía hasta el fin del mundo. Los pastos del oeste estaban a ochocientos metros a su derecha; la línea negra del bosque del señor Johnson, a unos cientos de metros delante de él. A su izquierda, el maizal se extendía cuatrocientos metros hacia la carretera donde había oído desaparecer la camioneta. Pudo ver las luces de la casa de campo de tío Henry a un par de kilómetros al sudeste.

Sopló un ligero viento, y Duane se estremeció y se abrochó los botones superiores de la camisa. «Me quedaré aquí. Ellos creerán que voy a volver andando, pero me quedaré aquí.» Mientras pensaba esto, se preguntó quienes serían «ellos».

De pronto se produjo un ligerísimo movimiento en el maíz, y Duane se inclinó hacia delante para observar algo que se movía, que se deslizaba entre los bajos tallos. No había otra palabra para expresar lo que veía: algo largo y grande se deslizaba entre el maíz, haciendo poco más que un susurro sedoso. Estaba a unos quince metros de distancia, y sólo el ligero movimiento de los tallos marcaba el sitio por el que pasaba.

Si hubiese estado en el mar habría pensado que un delfín estaba nadando junto al barco, rompiendo de vez en cuando la superficie del agua con el suave brillo de su espalda.

Librodot

La luz de las estrellas se reflejó en algo que se deslizaba sobre el nivel de los tallos del maíz y después debajo de él, pero el resplandor húmedo que veía Duane parecía producido por la luz de las estrellas sobre escamas, más que sobre piel.

Cualquier idea de que pudiese ser el viejo quien estaba allí, dando traspiés entre el bajo maíz, se extinguió al observar el rastro que dejaba aquella cosa, arrastrándose en un gran círculo, en sentido contrario al de las agujas de un reloj y más deprisa de lo que podía caminar un hombre. Duane tuvo la impresión de una serpiente gigantesca moviéndose a través del campo; una cosa con un cuerpo tan grueso como el suyo, pero muchos metros más largo.

Duane emitió un sonido que era como una risa ahogada. Esto era una locura.

Aquella cosa que se movía entre el maíz había trazado un cuarto de círculo alrededor de la cosechadora, cuando llegó a la zona desnuda donde la máquina había hecho su estropicio.

El surco giró tan suavemente como un pez al haber estirado todo el sedal, volvió atrás y empezó a dirigirse hacia el sur, a lo largo de la misma cuerda invisible. Duane oyó un ruido y pasó al borde opuesto del techo. Algo igualmente largo y silencioso se deslizaba entre el maíz en el lado oeste de la máquina. Y al observarlo, se dio cuenta de que aquel movimiento circular se acercaba un par de palmos cada vez que aquellas cosas llegaban al final del trayecto.

«Oh, mierda», gimió Duane con un tono que parecía de oración. Se quedaba definitivamente en la cosechadora. Si hubiese echado a andar de vuelta a la casa cuando parecía lógico, aquellas cosas ahora se estarían deslizando a su lado.

«Esto es una locura.» Intentó reprimir esta línea de pensamiento. Era una locura, algo imposible..., pero sucedía. Sintió el frío metal de la cosechadora debajo de los antebrazos y de las palmas de las manos, olió el aire fresco y el olor de la tierra húmeda, y comprendió que por imposible que fuese, aquello era real. Tenía que enfrentarse a lo que sucedía y no empeñarse en negarlo.

La luz de las estrellas resplandeció sobre algo largo y resbaladizo, al moverse adelante y atrás aquellas cosas como serpientes-babosas, en su interminable circuito. Duane pensó en una lamprea que había capturado una vez en el río Spoon, pescando con tío Art. Aquel animal había sido todo boca y círculos de dientes descendiendo hacia unas agallas rojas, esperando a poder echarse sobre algo y sorberle los fluidos vitales. Duane había tenido pesadillas durante un mes. Esperó mientras las cosas se cruzaban en su marcha de centinelas, con sólo un ligero susurro y un atisbo de movimiento indicando su situación.

«Me quedaré aquí hasta la mañana.» Y después, ¿qué? Duane sabía que aún no era medianoche. ¿Qué haría si duraba las cinco horas hasta el amanecer? Tal vez aquellas cosas se marcharían con la luz del día. En caso contrario podía plantarse sobre el techo de la máquina, emplear la camisa como bandera y hacer señales al tráfico de la Seis del condado. Alguien le vería.

Duane pasó de la cabina al depósito de grano, mirando hacia detrás de la cosechadora. No había nada cerca de allí. Si el movimiento se aproximaba a la máquina, saltaría sobre el techo en un segundo.

Sonó un ruido a lo lejos, en el camino de entrada; el ruido de un vehículo en marcha, todavía con las luces apagadas.

«¡Era el viejo que volvía!»

Duane se dio cuenta de que el sonido del motor era diferente en el mismo instante en que vio el camión bajo la luz del corral.

Rojo. Costados altos. Cabina en mal estado.

El camión de recogida de animales muertos pasó por delante del corral y cruzó cuidadosamente la puerta de la valla del campo.

Duane saltó sobre el techo de la cabina y tuvo que sentarse para que le pasaran las súbitas náuseas. «¡Oh, maldita sea!»

El camión rodó cien metros dentro del campo, siguiendo la pista del maíz aplastado, y entonces se detuvo, después de colocarse en diagonal sobre aquella franja, como para cerrar el

paso. Todavía estaba a casi cien metros de distancia, pero Duane percibió el olor de los animales muertos en la caja del camión, al soplar la brisa del nordeste.

«Quédate ahí, quédate ahí», ordenó mentalmente al camión.

Y se quedó donde estaba; pero al resplandor lejano de la luz del corral, Duane pudo ver movimiento en la parte de atrás del vehículo. Unas formas pálidas descendieron de los altos costados o saltaron de detrás del camión y avanzaron en dirección a la cosechadora.

Duane golpeó el techo de la cabina con los puños. Cuando aquellas formas se colocaron entre él y la luz lejana, pudo ver que eran humanas. Pero se movían de una manera extraña, casi dando bandazos. Había una, dos..., contó seis.

Duane se metió dentro de la cabina y buscó detrás del asiento la caja de herramientas que el viejo guardaba allí. Introdujo un destornillador de un palmo debajo del cinturón y cogió la herramienta más grande y pesada que había: una llave inglesa de treinta y cinco centímetros. Con ella en la mano, volvió a la plataforma.

Aquellas cosas resbaladizas se estaban acercando; ahora se hallaban a menos de diez metros de la cosechadora. Las seis figuras avanzaban por el camino abierto por la máquina. Duane sólo podía ver cuatro pero estaban muy a oscuras sin la luz detrás de ellas. Se hallaban a menos de veinte metros.

-¡Socorro! -gritó Duane-. ¡Auxilio! -Voceaba en dirección a la casa del tío Henry, que estaba a más de un kilómetro y medio de distancia-. Por favor, ¡ayudadme!

Calló. Su corazón palpitaba con tal fuerza que estuvo seguro de que le saltaría del pecho si no se calmaba.

«Escóndete en el depósito de grano.» No. Se tardaba demasiado en levantar la tapa y no tenía un sitio donde esconderse.

«Lánzales una descarga eléctrica.» Su corazón latió esperanzado. Se puso de rodillas y hurgó debajo del pequeño tablero de instrumentos. Había una maraña de cables que se introducían en el eje del volante, modificados todos ellos y montados de nuevo por el viejo. Sin luz, Duane no tenía manera de ver los colores de las envolturas aislantes para saber cuáles correspondían al encendido, y cuáles a los ventiladores, las luces u otras cosas parecidas. Tiró de cuatro de ellos al azar, mordió la envoltura aislante en los extremos y empezó a empalmarlos rápidamente. La primera combinación no dio resultado. Tampoco la segunda. Dejó de mirar la tercera y se inclinó fuera de la cabina al oír ruido de pisadas.

Las formas humanas estaban a menos de seis metros de la parte de atrás de la cosechadora.

Las dos más próximas parecían hombres... el más alto podía ser Van Syke. La tercera forma daba la impresión de ser una mujer envuelta en harapos o en una mortaja; arrastraba jirones detrás de ella. Duane pestañeó al darse cuenta de que la luz de las estrellas que incidía en los pómulos parecía reflejarse sobre huesos descarnados.

Otras tres figuras se habían metido entre el maíz. La más próxima era más baja que las otras y llevaba un sombrero de campaña que ocultaba las facciones con su sombra.

Duane suspiró y salió a la plataforma, blandiendo la llave inglesa. Al menos eran seis.

Saltó por encima de la barandilla y avanzó hacia la larga pala, tambaleándose en la estrecha barra de soporte. Ocho de las unidades de recogida brillaban fríamente; los largos rodillos y las cadenas reposaban en el suelo, como hocicando los tallos donde se había alimentado la máquina.

Los peldaños de metal resonaron detrás de él al subir alguien a la plataforma. Una sombra pasó por el lado derecho de la cosechadora, todavía a unos metros de distancia. El hedor del camión de recogida de animales muertos era más fuerte que nunca.

Duane esperó a que las cosas que se deslizaban entre el maíz se hubiesen cruzado y estuviesen en el punto más lejano de su trayecto. «¡Ahora!»

Saltó sobre las recogedoras del maíz, aplastando tallos al caer y rodar sobre el blando suelo; se levantó y echó a correr, sintiendo que el destornillador le había arañado el vientre, pero sin soltar la llave inglesa.

Librodot

Las plantas de maíz castañetearon a su derecha y a su izquierda al volverse aquellas cosas parecidas a lampreas y arrastrarse en su dirección. Detrás de él sonaron pisadas sobre peldaños de metal, y otras aplastando tallos.

Duane corría como jamás se hubiera imaginado capaz. La línea de árboles del bosque del señor Johnson estaba directamente delante de él; podía ver las luciérnagas que centelleaban como ojos brillantes.

Algo pasó por su derecha, trazando un surco de tallos de maíz doblados delante de él. Duane se tambaleó, trató de detenerse y a punto estuvo de caer sobre aquello.

En una ocasión, el viejo y él habían ayudado al tío Art a llevar una alfombra enrollada a la nueva casa de un amigo. Debía de tener diez metros de largo y casi uno de alto cuando estaba enrollada. Pesaba una tonelada. Aquella cosa que Duane tenía delante, entre el maíz, aún era más larga.

Duane vaciló cuando aquella cosa se volvió hacia él. Había permanecido a un nivel más bajo que el maíz, porque se deslizaba excavando el suelo húmedo, como una lombriz gigante. Ahora sacó la cabeza y la luz de las estrellas resplandecía sobre los dientes.

«Como si fuese una lamprea.»

Aquella cosa avanzó contra Duane como un perro guardián lanzándose al ataque. El hurtó el cuerpo como un torero, y descargó la llave inglesa con una fuerza capaz de romper un cráneo.

La cosa no tenía cráneo. La llave rebotó sobre una piel gruesa y húmeda. «Es como golpear un cable subterráneo», pensó Duane al hundirse nuevamente aquellas fauces debajo del suelo y arquearse la espalda como una serpiente de mar, bajo el resplandor de las estrellas. Duane pensó en la piel viscosa de un bagre.

Se oyeron unas rápidas pisadas y el ruido de tallos al romperse a doce pasos detrás de él.

El Soldado. Levantando y alargando las pálidas manos.

Duane dio una ágil media vuelta y arrojó la pesada llave inglesa. El hombre del uniforme no trató de agacharse. Voló el sombrero de campaña y sonó un ruido sordo y angustioso al chocar la llave contra el hueso.

La figura no se detuvo ni se tambaleó. Tenía los brazos extendidos y los dedos retorcidos como gusanos. Alguien más, una figura alta y oscura, se movía hacia la derecha de Duane. Un tercer personaje corrió hacia delante para cerrar el camino a Duane. Y hubo más movimiento en las sombras.

Duane sacó el destornillador del cinto, se agachó y se volvió hacia la izquierda, tratando de no asomar por encima del maíz. Giró al producirse un movimiento debajo y detrás de él, y saltó hacia la derecha.

Pero no lo bastante aprisa. La cosa había salido, rozó la pierna izquierda de Duane y se sumergió de nuevo en el suelo.

Duane rodó entre el maíz, y cuando trataba de ponerse en pie sintió un hormigueo en la pierna izquierda, como si alguien le hubiese aplicado una corriente eléctrica. Tambaleándose y blandiendo todavía el destornillador como un cuchillo, se apoyó en la pierna derecha y miró hacia abajo.

Algo se había llevado un trozo tan grande como una mano, de la pantorrilla izquierda. Había un agujero irregular en el pantalón de pana, y otro aún más irregular en la carne. Duane tragó saliva al darse cuenta de que podía ver allí tejido muscular al descubierto. La sangre parecía negra a la luz de las estrellas.

Brincando sobre una pierna, sacó el pañuelo del bolsillo y lo ató fuertemente alrededor de la otra pierna, por debajo de la rodilla. Más tarde pensaría en esto.

Empezó a cojear en dirección a la línea oscura del bosque lejano.

Un súbito remolino en los tallos delante de él le hizo volverse a la izquierda, hacia la carretera del condado.

Tres figuras le estaban esperando. Duane vio la pálida luz brillando sobre dientes. El personaje más bajo, el Soldado, avanzó como si estuviese encima de una plataforma con

ruedas y arrastrada por un cable; rígidamente en pie, casi sin mover las piernas, aquel ser se dirigía contra Duane en línea recta.

Duane no intentó correr. Al estirarse los dedos blancos en busca de su cuello, Duane lanzó lo que era en parte un gruñido y en parte un alarido, bajó la cabeza y clavó el destornillador en el vientre cubierto de tela caqui del hombre. La herramienta penetró con la misma facilidad con que lo hubiera hecho un cuchillo en un melón, hundiéndose hasta el mango y pinchando algo blando y elástico en el interior.

Duane pestañeó y se echó atrás. El oscuro personaje estaba todavía en pie. Tenía las manos cerradas sobre el brazo izquierdo de Duane. Este trató de desprenderlo, pero no pudo. Rajó la mano con la punta del destornillador.

Algo pesado le golpeó la nuca y se derrumbó, pataleando, con la sangre de la pierna izquierda empapando sus pantalones y salpicándole la camisa. Las gafas salieron volando en la noche. Perdió las zapatillas y tenía los pies cubiertos de barro al lanzar furiosamente patadas contra las formas que se acercaban a su alrededor. Algo largo y húmedo se deslizó junto a su cara y se hundió en el suelo. Quiso clavarle el destornillador, pero entonces se dio cuenta de que lo habían arrancado de su mano. Había muchos dedos agarrándole de los brazos y tirando de ellos.

Eran al menos cuatro los que le sujetaban contra el suelo. Una mano huesuda, abierta sobre su cara, le apretaba la mejilla contra el barro. Duane mordió la mano y masticó una carne que sabía como pollo expuesto al sol durante una semana, la escupió y tuvo la impresión de estar royendo hueso. La mano no aflojó su presa. Vio de reojo la cara de una vieja, carcomida por la lepra y la podredumbre.

«Esto es una pesadilla», se dijo, aunque sabía que no lo era. Algo, no aquello que era como una serpiente, estaba devorando su pierna ilesa, gruñendo como un perro rabioso.

«Witt», pensó, sintiendo que la desesperación se apoderaba al fin de él como un alud, «¡ayúdame!»

Alguien se agachó cerca de su cabeza y apoyó una pesada bota en su cara, hundiéndola más en el suelo. Un tallo de maíz partido le arañó el cuero cabelludo. Sonó un ruido parecido al de un gran felino escupiendo una bola de pelo.

Otro ruido. El mundo estaba ahora rugiendo y girando a su alrededor; pero, aunque Duane estaba a punto de perder el conocimiento y una parte recóndita de su mente reconocía que aquello era fruto de la impresión y del miedo más que de la pérdida de sangre, identificó parte de aquel estruendo.

La cosechadora se había puesto en movimiento. Avanzaba hacia él en la oscuridad. Podía oír cómo eran cortados los tallos y arrastrados dentro de las abiertas fauces de los rodillos trituradores. Pero el aire estaba lleno de un hedor a podredumbre que luchaba contra el olor de las plantas recién cortadas.

Duane intentó levantarse, pataleó, mordió, trató de liberar una de sus manos para herir o arañar las formas oscuras y pesadas que le sujetaban contra el suelo. La bota apretaba su cara con más fuerza que antes. Duane sintió que se rompía uno de sus pómulos, pero no cesó en su enloquecido esfuerzo por levantarse, por luchar contra aquellas cosas, por ponerse en pie.

Hubo un súbito movimiento, un cambio en el hedor que le envolvía, una visión fugaz de las estrellas, y entonces el ruido y la masa de la cosechadora lo llenaron todo.

En el instante en que la bota se apartó de su sien, Duane levantó la cara del fango. Hubo un terrible desgarramiento en sus piernas; una fuerza irresistible lo levantó y lo volvió, tiró de él hacia el vórtice que podía sentir en todas las fibras de su cuerpo; pero durante aquella fracción de segundo, aquel brevísimo instante, se sintió libre, pudo ver las estrellas y levantó la cara hacia ellas, incluso mientras era sumergido en la oscuridad que rugía debajo de él y a su alrededor.

Librodot

En Elm Haven, Mike O'Rourke se había quedado dormido en la habitación de Memo, sentado en el sillón tapizado junto a la ventana y con un bate de béisbol sobre las rodillas. Le despertó un súbito ruido.

En el extremo sur de la población, Jim Harlen salió de su pesadilla y se volvió de cara a la ventana. La habitación estaba a oscuras. Le dolía el brazo, desde el hueso hasta la piel, y tenía un sabor horrible en la boca. Se dio cuenta de que era un ruido lejano pero fuerte lo que le había despertado.

Kevin Grumbacher estaba soñando cuando algo le hizo incorporarse en la cama y jadear en la oscuridad estéril de su habitación. Algún ruido le había despertado. Kevin escuchó, pero sólo pudo oír el fuerte zumbido del acondicionador de aire central en las rejillas de ventilación. Entonces volvió a sonar el ruido. Y se repitió.

Dale se despertó sobresaltado, como hacía cuando se estaba durmiendo y soñaba que se caía. El corazón le palpitó como si estuviese ocurriendo algo terrible. Pestañeó en la penumbra del dormitorio y miró hacia la lamparilla. Sintió movimiento en la cama contigua y que los dedos calientes de Lawrence tiraban de la manga de su pijama, preguntando qué pasaba de malo.

Dale apartó la colcha a un lado, preguntándose qué le había asustado y despertado, cuando todavía pestañeaba en la oscuridad.

Entonces sonó de nuevo. Un ruido terrible, grave, resonando en los confines del cerebro de Dale. Miró a Lawrence y vio que su hermano se tapaba los oídos y le miraba con los ojos muy abiertos.

«Él también lo oye.»

Sonó de nuevo. Una campana..., más fuerte, más grave, más terriblemente resonante que cualquiera de las campanas de iglesia de Elm Haven. El primer tañido le había despertado. El segundo resonó y se extinguió en la húmeda oscuridad. El tercero hizo que Dale se estremeciese, se tapase también los oídos y se metiese entre las sábanas, como si pudiese ocultarse de aquel sonido. Esperó que su padre y su madre entrasen corriendo en la habitación, que los vecinos gritasen; pero no hubo más ruido que el de la campana ni más reacciones que las de su hermano y él, atemorizados por aquel sonido espantoso.

Pareció que la gran campana estaba con ellos en la habitación al dar la cuarta campanada y tañer otra vez, y otra y otra, implacablemente, hasta las doce de la medianoche.

20

Dale estaba jugando al béisbol con los muchachos el sábado por la mañana cuando se enteró de la noticia. Chuck Sperling y algunos de sus amigos acababan de llegar en sus lujosas bicicletas.

-¡Eh! Tu amigo Duane ha muerto -gritó Sperling a Dale al plantarse éste en el montículo del pitcher.

Dale le miró fijamente.

-Tú estás chiflado -dijo al fin, sintiendo que de pronto le había quedado la boca seca. Entonces pensó que le había entendido mal-. ¿Te refieres al tío de Duane?

-No -dijo Sperling-. No, no me refiero a su tío. Esto fue el lunes pasado, ¿no? Estoy hablando de Duane McBride. Está muerto, como si le hubiesen atropellado en la carretera.

Dale abrió la boca, pero no supo qué decir. Trató de escupir. Tenía la boca demasiado seca.

-Eres un maldito embustero -consiguió farfullar.

-No -dijo Digger Taylor, el hijo del empresario de pompas fúnebres-. Dice la verdad.

Dale pestañeó y miró de nuevo a Sperling, como si éste fuese el único que pudiese poner fin a aquella broma.

-No es mentira -dijo Sperling, lanzando la pelota al aire y agarrándola-. Esta mañana llamaron al padre de Digger a la casa de campo de McBride. El gordinflón se cayó dentro de una cosechadora, nada menos que una máquina cosechadora. Tardaron más de una hora en

Librodot

sacar su cuerpo de entre los engranajes. Estaba hecho papilla. Tu padre ha dicho que no se podrán celebrar unas exequias con el ataúd abierto, ¿verdad, Digger?

Digger no dijo nada. Estaba mirando a Dale con sus claros ojos inexpresivos. Chuck Sperling siguió arrojando la pelota al aire.

-Retira eso.

Dale había dejado caer el guante y su pelota y avanzaba despacio hacia el chico más alto.

Sperling frunció el entrecejo.

-¿Pero qué diablos te pasa, Stewart? Pensé que querrías saber lo que...

-Retíralo -dijo Dale, pero no esperó respuesta.

Se lanzó contra Chuck Sperling, atacándole con la cabeza baja. Sperling levantó los brazos y descargó un golpe sobre la cabeza de Dale cuando éste se puso a su alcance, y empezó a balancearse. Dale le golpeó en el vientre, oyó que el otro resollaba y le propinó tres o cuatro puñetazos en las costillas y uno exactamente encima del corazón.

Sperling exhaló profundamente y fue a dar de espaldas contra la pared de tela metálica. Cuando bajó los brazos, Dale empezó a darle puñetazos en la cara. El segundo hizo brotar sangre de la nariz de Sperling; el tercero le rompió algunos dientes, pero Dale no sintió dolor en los nudillos despellejados. Sperling empezó a doblarse, gimiendo y tapándose la cara con los antebrazos, y la cabeza con las manos.

Dale le dio dos patadas muy fuertes en el costado. Y cuando Sperling bajó los brazos, le agarró del cuello y le arrastró hacia la alambrada. Le asfixiaba con la mano izquierda y empleaba la derecha, que tenía libre, para golpearle de nuevo, en la oreja, en la frente, en la boca...

Sonaron gritos muy lejos. Varias manos agarraron y tiraron de la camiseta de Dale. Éste no les hizo caso. Sperling agitaba furiosamente los brazos, golpeando la cara de Dale con las manos abiertas. Dale descargó un puñetazo tan fuerte como pudo en el ojo izquierdo del muchacho más alto.

De pronto sintió Dale un terrible dolor en los riñones; una mano le agarró por debajo de la barbilla y le separó del otro.

Digger Taylor se interpuso entre él y Sperling. Dale gritó algo y empezó a cargar sobre el chico más bajo. Digger bajó el hombro y golpeó una vez a Dale, muy fuerte, en el pecho.

Dale cayó al suelo, jadeando y vomitando. Rodó hasta la alambrada y trató de levantarse. Sus pulmones no podían aspirar el aire y creyó que el corazón se le había detenido.

Lawrence vino chillando desde el viejo banco junto a la valla, saltando casi dos metros en el aire y cayendo sobre la espalda de Digger. Este lanzó al chiquillo de ocho años contra los alambres.

Lawrence rebotó y cayó de pie, como si la valla fuese un trampolín vertical. Tenía la cabeza baja y los brazos eran como un molinillo cuando arremetió contra Taylor. Digger se echó atrás, tratando de esquivar la cabeza de Lawrence. Ambos tropezaron con Chuck Sperling y cayeron en un montón, con Lawrence todavía golpeando y arrojando fango. Barry Fussner intervino, saltando alrededor del grupo y trató de dar una patada afeminada a la cabeza de Lawrence.

-¡Eh! -gritó Kevin, acercándose por primera vez.

Empujó a Fussner a un lado. Barry trató de dar una patada a Kevin, pero éste agarró el pie del corpulento muchacho y le hizo caer detrás de la base del bateador. Bill Fussner gritó algo y saltó hacia delante, pero se echó atrás cuando Kevin se volvió para enfrentarse a él. Bob McKown y Gerry Daysinger lanzaron gritos de ánimo. Tom Castanatti se había quedado donde estaba en el campo.

Digger agarró a Lawrence por la camiseta y lo lanzó al aire, y el chico fue a caer sobre el largo banco. Después levantó a Sperling y los dos empezaron a retroceder hacia sus bicicletas. Lawrence se puso en pie de un salto, cerrando los puños.

Librodot

Dale se apartó tambaleándose de la valla, todavía incapaz de recobrar el aliento, pero sin dejar que esto le detuviese, y levantó los puños. Dio tres pasos en dirección a Taylor y Sperling, sabiendo que esta vez no cejaría hasta que lo matasen o retirase Sperling su mentira.

Unas manos pesadas se cerraron sobre los hombros de Dale desde atrás. Trató de desprenderse, pero no pudo. Lanzó una maldición y dio una patada hacia atrás, volviéndose para librarse de aquel estorbo y poder lanzarse contra Sperling.

-¡Dale! ¡Basta, Dale!

Su padre se erguía ante él, sujetándole ahora por la cintura con un brazo.

Dale se debatió durante un segundo, pero entonces miró a su padre, vio sus ojos y comprendió. Cayó de rodillas sobre el polvo y sólo los brazos de su padre impidieron que se cayera de bruces.

Digger Taylor y Chuck Sperling se alejaron pedaleando, con la bici de Sperling tambaleándose, al tratar el chico de montarla mientras estaba doblado por la cintura y llorando. Los Fussner corrieron detrás de ellos. Lawrence se quedó en el borde de la zona de aparcamiento, arrojándoles piedras, hasta que su padre le ordenó que no lo hiciese.

Dale no recordó nunca el camino de vuelta a su casa. Tal vez se apoyó en el brazo de su padre. Tal vez caminó solo. Lo único que recordaba era que entonces no lloró. Todavía no.

Mike se estaba preparando para hacer de monaguillo en la misa de difuntos de una anciana cuando se enteró de lo de Duane. Acababa de ponerse el sobrepelliz cuando Rusty Ramírez, el otro monaguillo que compareció aquel día, dijo:

-Oye, ¿te has enterado de que un muchacho ha resultado muerto en una finca esta mañana?

Mike se quedó helado. Por alguna razón, supo inmediatamente de que finca y de qué muchacho se trataba. Pero preguntó:

-¿Ha sido Duane McBride?

Ramírez se lo contó.

-Dicen que se cayó dentro de una cosechadora. Tal vez a primeras horas de esta mañana. Mi padre pertenece al servicio voluntario de bomberos, y les llamaron para que fuesen allí. No pudieron hacer nada por el chico... Estaba muerto, pero tardaron mucho tiempo en sacarle de la máquina.

Mike se sentó en el banco más próximo. Le flaqueaban las piernas y los brazos. Los bordes de su visión se oscurecieron; agachó la cabeza y apoyó los codos en las rodillas.

-¿Estás seguro de que era Duane McBride? -preguntó.

-Oh, sí. Mi padre conoce al suyo. Le vio en el Arbol Negro la noche pasada. Mi padre dice que el chico debía de estar conduciendo la cosechadora, preparada para desgranar el maíz, ¿sabes? Como si estuviese loco o algo así. ¡Mira que cosechar en junio! Y debió de caerse e ir a parar a la parte que recoge las mazorcas, donde además están las trituradoras. Papá no quiso contármelo todo, pero dijo que no pudieron sacar al muchacho de una pieza y que cuando trataron de tirar del brazo...

-¡Basta! -gritó el padre Cavanaugh desde la puerta-. Rusty, vete a preparar el vino y el agua. ¡Ahora mismo!

Cuando el chico hubo salido, el cura se acercó a Mike y apoyó afectuosamente una mano en su hombro. La visión de Mike se había aclarado ahora, pero por alguna razón estaba temblando. Se agarró los muslos fuertemente, para dejar de temblar, pero fue inútil.

-¿Le conocías, Michael?

Mike asintió con la cabeza.

-¿Erais muy amigos?

Mike respiró hondo. Encogió los hombros y después hizo con la cabeza una señal afirmativa. Ahora parecía que el temblor se había contagiado a los huesos.

-¿Era católico? -preguntó el padre C.

Mike bajó de nuevo la cabeza. Estuvo a punto de decir: ¿Y eso qué importa?

-No -dijo- Creo que no. Aquí no venía nunca a la iglesia. No creo que ni él ni su padre profesasen ninguna religión.

El padre C. suspiró.

-Es igual. Iré a visitarlo después de la misa.

-No puede ir a ver al señor McBride, padre -dijo Rusty desde la puerta. Tenía las botellitas de vino y de agua en las manos-. La policía se ha llevado al padre del chico a Oak Hill. Dicen que tal vez él le mató.

-¡Ya basta, Rusty! -dijo el padre C., en un tono muy duro que Mike no le había oído emplear jamás-. Ahora mueve el culo, sal de aquí y espéranos a Mike y a mí.

Rusty se quedó boquiabierto y miró fijamente al padre C. Durante un segundo; después corrió hacia el altar.

Mike pudo oír que empezaban a entrar los asistentes al funeral de la señora Sarranza.

-Pensaremos en tu amigo Duane durante la misa y pediremos a Dios que se apiade de él -dijo suavemente el padre Cavanaugh, tocando por última vez el hombro de Mike-. ¿Listo?

Mike asintió con la cabeza, levantó el alto crucifijo que estaba apoyado en la pared y siguió al sacerdote hacia el altar en solemne procesión.

A última hora de la tarde, el padre de Dale subió a hablar con éste. Dale estaba tumbado en la cama, escuchando los gritos de los niños más pequeños que jugaban en el patio de recreo de la escuela, al otro lado de la calle. Las expresiones de júbilo sonaban muy lejos.

-¿Cómo estás, fiera?

-Bien.

-Lawrence está cenando un poco. ¿Por qué no vienes?

-No. Gracias.

Su padre carraspeó y se sentó en la cama de Lawrence. Dale estaba tumbado boca arriba, con los dedos entrelazados sobre la frente, contemplando las pequeñas grietas del techo.

Cuando se sentó su padre, escuchó, casi esperando oír algún movimiento debajo de la cama. Pero no se oía más ruido que el de fuera, filtrándose a través de las persianas como el aire pesado. El día era gris y denso de humedad.

-He telefoneado de nuevo al agente Sills -dijo su padre-. Por fin he podido comunicar con él.

Dale esperó.

-Es verdad lo del accidente -dijo su padre, y su voz sonaba ronca, tensa-. Hubo un terrible accidente con la máquina que usaban para recolectar el maíz. Duane... Bueno, Barney cree que todo fue muy rápido. Probablemente, Duane no sufrió...

Dale se encogió ligeramente, centrando su atención en el techo, como buscando un dibujo en las grietas.

-La policía ha estado allí toda la mañana -siguió diciendo su padre, pensando evidentemente que por muy terribles que fuesen los hechos Dale necesitaba saberlos-. Van a continuar la investigación, pero están casi seguros de que fue un accidente.

-¿Y qué hay de su padre? -preguntó Dale, con voz ronca.

-¿Qué?

-El padre de Duane. ¿No le ha detenido la policía?

El hombre se rascó el labio superior.

-¿Quién te ha dicho esto?

-Mike ha pasado por aquí. Él lo sabía por otro chico. Dijeron que el padre de Duane había sido detenido por asesinato.

Su padre sacudió la cabeza.

-Darren McBride fue interrogado, según dijo el agente. Había estado bebiendo hasta muy tarde la noche pasada y no podía recordar lo que había hecho a primeras horas de la mañana.

Pero según el señor Taylor y el informe del juez de instrucción... Pero tal vez prefieras no oír esto, Dale...

-Sí -le pidió éste.

-Bueno, creo que tienen maneras de saber el tiempo que ha pasado desde... desde que alguien ha fallecido. Al principio creyeron que el accidente se había producido esta mañana, después de que el señor McBride volviera a casa... y se fuera a dormir...

-Inconsciente -dijo Dale.

-Sí. Bueno, al principio creyeron que el accidente se había producido esta mañana, pero después, el juez de instrucción tuvo la seguridad de que había ocurrido la noche pasada, alrededor de las doce. El señor McBride estuvo en el Arbol Negro hasta mucho después de medianoche. Había testigos de ello. Además, Barney dice que el hombre está fuera de sí, que casi ha perdido la razón.

Dale asintió de nuevo. Sí, lo de la medianoche era correcto. Recordó el tañido de la campana a eso de las doce. La campana que no existía en Elm Haven.

-Quiero ir allí -dijo.

Su padre se inclinó hacia delante. Dale pudo percibir el olor del jabón y del tabaco en sus manos y antebrazos.

-¿A la finca?

Dale asintió con la cabeza. Ahora le pareció ver un dibujo en las grietas del techo. El dibujo de un signo de interrogación muy grande, hecho con líneas en zigzag.

-No creo que sea una buena idea ir hoy -dijo su padre suavemente-. Telefonearé más tarde. Veré cómo está el señor McBride, si se celebrarán exequias o un entierro. Después llevaremos un poco de comida. Tal vez mañana.

-Voy a ir -dijo Dale.

Su padre pensó que se refería al entierro. Asintió, acarició la cabeza de su hijo y bajó la escalera.

Dale siguió tumbado allí, pensando. Posiblemente se durmió porque cuando abrió de nuevo los ojos, la luz menguante teñía de gris la habitación, los gritos de los niños habían dado paso al canto de los grillos y los sonidos nocturnos y la oscuridad se había extendido desde los rincones. Dale permaneció tumbado, absolutamente inmóvil, respirando apenas, esperando un sonido debajo de la cama de Lawrence, el tañido de una campana, algo...

Cuando empezó a caer una fuerte lluvia, como si se hubiese abierto un grifo, Dale se sentó junto a la ventana y observó cómo se perfilaban las hojas contra el resplandor de los silenciosos relámpagos, oyó el gorgoteo del agua en las tuberías y el repiqueteo de la lluvia sobre las hojas y el camino de entrada al amainar el chaparrón. Un centelleo iluminó Depot Street, mojada y negra en la noche, y el campanario de Old Central alzándose sobre los olmos centinelas al otro lado de la calle.

El viento que entraba a través de la persiana era ahora muy frío. Dale tembló ligeramente, pero no se metió en la cama. Todavía no. Tenía que pensar.

Él y Mike salieron después de que cada uno de ellos hubiese ido a su respectiva iglesia al día siguiente. El sermón del reverendo Miller le había parecido a Dale un zumbido lejano; más tarde, al volver a casa, su madre había comentado lo discretos que habían sido los comentarios del pastor sobre la tragedia de McBride, pero Dale no los había oído.

Dijo a su madre que iba al gallinero de Mike; no sabía lo que había dicho éste a su familia, si es que había dicho algo. Dale no tuvo que llamarle: Mike le estaba esperando al pie del alto olmo donde se habían visto por primera vez. Mike llevaba un poncho impermeable que el *Peoria Journal-Star* le había dado para que fuese a repartir los periódicos.

-Te vas a calar hasta los huesos -dijo Mike, cuando Dale se detuvo en la acera.

Dale miró hacia arriba, a través de las ramas. Todavía llovía con fuerza; en realidad no lo había advertido, aunque se dio cuenta de que se había puesto una cazadora. La visera de su gorra de lana estaba ya goteando. Se encogió de hombros.

-Vamos.

La lluvia repicaba sobre el maíz cuando pedalearon por delante de la torre del agua y se dirigieron hacia el este por Jubilee College Road, y de nuevo hacia el norte por la Seis del condado. Escondieron las bicis entre los altos matorrales de la colina donde estaba la casa del tío Henry. La lluvia era ahora más fuerte y a Mike le preocupaba que se mojase la bicicleta.

-Vamos -murmuró Dale.

Se encaramaron en la valla y entraron en el bosque del señor Jonson. Podían ver el cementerio en la colina próxima detrás de ellos, Y la negra verja de hierro les causó una impresión glacial al recortarse sobre el cielo gris. Los árboles goteaban, y Dale sintió que sus bambas se iban empapando cada vez más al subir con Mike entre las mojadas juncias y los hierbajos altos hasta las rodillas. La ladera estaba resbaladiza, y en las partes más empinadas tenían que agarrarse a los árboles o a los matorrales para mantenerse en pie.

Llegaron al estrecho pasto del lado sur de la finca de McBride y Mike se dirigió al oeste, hacia el campo de atrás. La casa de Duane apenas era visible al otro lado del campo de maíz de casi un kilómetro y medio. El cielo estaba moteado de tonos grises que hacían que pareciese bajo como un techo encima de ellos. Se detuvieron en la valla.

-Creo que esto es ilegal -murmuró Mike.

Dale se encogió de hombros.

-No es sólo entrar en una propiedad ajena -dijo Mike. Se ajustó la capucha del poncho y manó agua de ella-. Es irrumpir en el lugar del crimen, o algo parecido.

-Ellos dijeron que fue un accidente. -Dale advirtió que hablaba en voz baja, aunque no había nadie a más de un kilómetro de ellos-. ¿Cómo puede ser el lugar del crimen, si fue un accidente?

-Ya sabes lo que quiero decir.

Mike se quitó la capucha y miró por encima del campo. No había señales de la cosechadora. No había señales de nada en absoluto. El granero de McBride estaba muy lejos y en nada se distinguía de los demás.

-¿Vamos a hacerlo o no? -preguntó Dale.

Mike volvió a ponerse la capucha y ambos saltaron por encima de la valla. Empezaron a cruzar el campo agachados. La carretera estaba a varios cientos de metros de distancia, pero se sentían descubiertos entre el bajo maíz. Dale tuvo la impresión de que estaba jugando a soldados, corriendo velozmente hacia delante, encogiéndose y haciendo ademanes a Mike para que le siguiese. De esta manera fueron cruzando el campo.

Estaban a más de la mitad cuando vieron la franja de maíz aplastada. Era como si alguien hubiese llevado allí una máquina segadora y abierto un camino serpenteante entre las plantas verdes. Entonces vieron la cinta amarilla.

Anduvieron los últimos veinte metros casi arrastrándose y ensuciándose de barro las rodillas y las manos.

-¡Dios mío! -murmuró Mike.

En la cinta amarilla podía leerse: CERCADO POR LA POLICIA. PROHIBIDO EL PASO, y la orden se repetía indefinidamente a lo largo de un tosco rectángulo de plástico de al menos setenta y cinco metros de lado. Dentro de aquel rectángulo, terminaba la franja de maíz aplastado y había una zona que había sido pisoteada por muchos pies.

Dale se detuvo un segundo donde la cinta colgaba sobre los tallos del maíz, y entonces pasó rápidamente a la zona despejada. Mike le siguió.

-¡Dios mío! -murmuró de nuevo.

Dale no sabía lo que esperaba; tal vez que la cosechadora estuviese todavía allí o que hubiese una silueta humana trazada con yeso sobre el suelo, como en las películas que veía por la tele. Sólo había plantas de maíz pisoteadas..., podía ver donde había dado la vuelta la

enorme máquina y donde habían abierto las ruedas profundos surcos en la tierra convertida ahora en barro. Parecía el campo donde se celebraba el carnaval de los Viejos Colonizadores cada agosto, pisoteado por miles de pies. Dale vio cigarrillos tirados sobre los mojados y aplastados tallos, una bolsa de tabaco Red Pouch, trozos de papel, algunas envolturas de plástico. Era difícil saber exactamente dónde había estado la máquina y dónde había ocurrido el accidente.

-Ven -dijo Mike.

Dale se acercó a él, caminando agachado, para el caso de que el señor McBride o alguien de la casa estuviesen mirando en aquella dirección. No podía ver la camioneta en el patio o en el camino de entrada, pero la casa y el granero privaban de mucha vista.

-¿Qué? -dijo.

Mike señaló. Algunas de las plantas pisoteadas aquí parecían haber sido rociadas con un líquido castaño rojizo. Parte del color se había disipado a causa de la lluvia, pero las hojas estaban todavía fuertemente teñidas por debajo.

Dale se agachó, tocó una planta y levantó los dedos. Un débil color de hollín permaneció unos segundos en sus dedos hasta ser lavado por la lluvia.

«¿Sangre de Duane?» La idea resultaba insufrible. Se levantó y empezó a moverse alrededor del círculo de plantas aplastadas, viendo confusión en todas partes, recordando haber oído a su padre decir a su madre que, según Barney, la Policía Montada del Estado y los bomberos voluntarios habían estropeado tanto el lugar del suceso que la policía de Oak Hill no había podido reconstruir gran cosa. «Reconstruir -murmuró Dale-. Extraña palabra para definir la manera en que algo o alguien ha sido destruido.»

-¿Qué estamos buscando? -susurró Mike, desde seis metros de distancia-. Aquí no hay más que un montón de porquería.

-Sigue buscando -susurró Dale-. Lo sabremos cuando lo encontremos.

Se metió entre el maíz, más allá de la cinta de la policía, agachándose al pasar entre las plantas.

A los cinco minutos lo encontró, a menos de diez metros de la zona devastada. Era difícil verlo debajo de las hojas del maíz en crecimiento, pero su zapato se había torcido por alguna causa, y Dale se inclinó para investigar lo que era. Mike se le acercó corriendo, al ver que lo llamaba con la mano. Los dos se pusieron de rodillas, con la lluvia repicando en las plantas cerca de sus oídos.

-Un agujero -murmuró Dale.

Lo midió con las dos manos. Tenía menos de un palmo y medio de diámetro, pero la tierra parecía apretujada y extraña a su alrededor. Metió la mano, pero Mike se la agarró rápidamente y tiró de ella.

-No hagas eso.

-¿Por qué? -dijo Dale-. Sólo quería saber si es más ancho por dentro. Y lo es. Toca.

Mike sacudió la cabeza.

-Los lados también parecen raros -dijo Dale-. Como rígidos. Y el agujero tiene surcos. -Levantó la cabeza. No había movimiento en la casa de campo de McBride, pero tuvo la clara impresión de que les estaban observando-. Veamos si hay alguno más.

Encontraron seis más. El mayor tenía más de cuarenta y cinco centímetros de diámetro, y el menor era apenas más ancho que el de la madriguera de una ardilla terrestre. No seguían un orden determinado, aunque la mayoría de ellos estaban más cerca de la casa, en uno u otro lado de la franja de plantas aplastadas.

Dale quería ir hasta el granero, para ver si la cosechadora estaba allí.

-¿Por qué diablos quieres saberlo? -murmuró Mike, tirando de su amigo hacia abajo.

Estaban demasiado cerca. Los muchachos podían leer los números en las etiquetas prendidas en las orejas de las pocas vacas que se encontraban detrás del corral.

-Sólo quiero..., necesito...

Dale suspiró profundamente.

El ruido de una puerta al cerrarse de golpe hizo que los dos muchachos se tumbasen sobre el barro entre las plantas. Tumbados allí, oyendo cómo se ponía en marcha el motor de un camión, Dale se dio cuenta de que casi había parado de llover. Todavía caía una fina llovizna, pero había cesado el aguacero.

-Se ha ido por el camino de entrada -murmuró Mike-. Pero creo que todavía hay alguien allí. Volvamos al bosque.

-Sólo echar un vistazo al cobertizo -susurró Dale, y empezó a levantarse.

Mike tiró de él hacia abajo.

-Yo he visto antes esas cosas.

Dale se agachó y miró de soslayo a Mike, envuelto en su gran poncho.

-¿Qué cosas?

-Los agujeros. Esos túneles.

-¿Dónde?

Mike se volvió y empezó a alejarse de la casa.

-Ven conmigo y te lo diré.

Y se alejó, metiéndose agachado en la siguiente hilera de plantas.

Dale vaciló. Estaba sólo a unos treinta metros del cobertizo. La impresión de que les vigilaban..., les observaban..., era todavía fuerte; pero también lo era su deseo de ver la máquina. Este deseo tenía poco o nada de curiosidad morbosa; la idea de ver las hojas o los engranajes, o lo que había matado a su amigo, le daba náuseas, pero tenía que saber, tenía que empezar a comprender.

La lluvia había empezado de nuevo. Dale miró hacia el sur, tuvo una visión fugaz del poncho de Mike moviéndose por encima del maíz, y entonces se volvió y le siguió.

Ya habría tiempo.

21

Siguió lloviendo de modo intermitente durante tres semanas. Cada mañana se desarrollaba en el cielo una guerra rápida y cambiante entre la luz del sol y las nubes; pero a las diez empezaba a lloviznar y a la hora de la comida las nubes bajas vertían agua.

El cine gratuito al aire libre fue cancelado el 25 de junio y el 2 de julio, aunque el cielo estaba despejado y la noche era agradable en aquel segundo sábado. La mañana siguiente volvió a llover. Alrededor de Elm Haven, la sedienta tierra de Illinois parecía beber la humedad y pedir más. Y el suelo negro se volvió más negro. En la mayor parte de América, los agricultores decían que el maíz «llegaba a la rodilla el cuatro de julio»; en Illinois central, la regla era que «llegase a la cintura»; pero este verano, el día cuatro casi llegaba al hombro.

Aquel año, el cuatro cayó en lunes, y aunque los adultos parecieron disfrutar de la rara fiesta de tres días, su satisfacción fue un poco estropeada por la lluvia, que impidió el desfile y los fuegos artificiales de la noche. Elm Haven no tenía un presupuesto municipal para los fuegos artificiales, pero un siglo de tradición hacía que la gente trajese sus propios cohetes, bengalas y petardos a los terrenos de la escuela. Unos cuantos lo hicieron también este verano, pero se levantó viento por la tarde y la tormenta estalló temprano aquella noche, y los presuntos juerguistas renunciaron a su esfuerzo al ver que las cerillas no se encendían y que las mechas fallaban.

Dale y Lawrence observaban la tormenta de relámpagos, que había sustituido a los fuegos artificiales, desde la seguridad del porche de delante. Explosiones de luz blanca recorrían el horizonte del sudoeste recortando las siluetas de los árboles, perfilando los tejados de dos aguas e iluminando la masa imponente de Old Central. En las pausas de oscuridad entre los relámpagos, el colegio parecía resplandecer aún con una luz interior, una suave fosforescencia, como de hongos, que teñía el suelo de un verde azulado y parecía crear una neblina de electricidad estática alrededor de los viejos olmos que rodeaban la construcción. Uno de los olmos se partió y murió, mientras Dale y Lawrence observaban en la noche del

Librodot

cuatro de julio, no sabían si alcanzado por un rayo o simplemente abatido por el viento. El ruido fue ensordecedor, incluso desde sesenta metros de distancia. La mitad del árbol permaneció en pie, como un diente mellado, roto, mientras la parte frondosa y viva caía sobre el patio de recreo del colegio con estruendo como víctima del hacha de un leñador.

Dale y Lawrence entraron en casa cuando hubo pasado la tormenta. Dispararían unos cuantos cohetes desde el porche, agitarían bengalas y encenderían gusanos de luz en los escalones de piedra; pero el viento era frío y su interés no muy grande.

Alrededor del pueblo, en el silencio que siguió a la tormenta, crecía el maíz en millones de acres, formando una sólida masa verde que había convertido los caminos vecinales en corredores entre altas paredes, ocultando el horizonte a la vista y pareciendo absorber la luz del sol del día siguiente hasta que el sitio más brillante no lo era más que la profunda sombra al pie de los olmos del pueblo.

La familia de Dale llevó comida al señor McBride. La mitad de las familias del pueblo lo habían hecho. Dale pedaleó mientras el coche recorría la conocida pero ahora extraña carretera, dejando atrás el cementerio y la casa de tío Henry, y enfilando el largo camino. El maíz parecía aquí más alto que en cualquiera de los campos aledaños, y el camino de entrada, un verdadero túnel.

Las dos primeras veces que llamaron, nadie acudió a abrir la puerta, a pesar de que la camioneta del señor McBride estaba en el patio. La tercera vez salió a abrir, aceptó las cacerolas y la empanada, farfullando una letanía de palabras para expresar su agradecimiento y murmuró algo más cuando los padres de Dale le dieron el pésame. Dale había considerado siempre al padre de Duane como más viejo que cualquiera de los padres de los otros chicos, pero le impresionó el aspecto del señor McBride: los mechones de cabellos que le quedaban parecían haberse vuelto grises en un mes; tenía los ojos hundidos e inyectados en sangre, el izquierdo casi cerrado, como a consecuencia de un ataque; su cara parecía más la de un busto roto y mal pegado que la de un hombre con arrugas, y la barba gris mal afeitada se prolongaba en el cuello y debajo de la sucia camiseta.

Los padres de Dale hablaron en voz baja y con expresión triste durante el largo viaje de regreso.

Nadie sabía de fijo lo que se había hecho para el entierro o las exequias de Duane. Se decía en el pueblo que el señor Taylor había confiado el cadáver a una empresa de pompas fúnebres de Peoria, la misma que había cuidado de la incineración del tío Art. Y se pensaba que el chico también había sido incinerado en una ceremonia privada. Nadie sabía lo que había hecho el señor McBride con las cenizas .

Por la noche, cuando le estaba entrando el sueño, Dale pensó que su amigo ahora sólo existía como un puñado de ceniza, y esta idea hizo que se sentara en la cama y le palpitase el corazón al darse cuenta de que algo andaba mal en el universo.

A veces, cuando segaba el césped entre las tormentas o hacía alguna otra cosa que liberaba su subconsciente, Dale se imaginaba que Duane McBride estaba todavía vivo, que había simulado su propia muerte y estaba escondido en alguna parte, como el personaje de historieta The Spirit o como Mickey Mouse en las aventuras cómicas en que trataba de encontrar al Fantasma Blot. En tales ocasiones, Dale casi esperaba recibir una llamada telefónica de Duane y oír la voz tranquila de su amigo diciéndole: «Reúnete conmigo en la Cueva. Tengo alguna información.»

Dale se preguntaba qué clase de información había querido dar Duane en la reunión del gallinero. La reunión no había llegado a celebrarse. No se podía imaginar que Duane hubiese descubierto muchas cosas sobre Tubby o el colegio, pasando todo el tiempo en su casa de campo o en la biblioteca. Pero en los cuatro años de tener relación con él, había aprendido a no menospreciar las dotes de Duane.

Después de la revelación de Mike sobre el túnel que había encontrado en el cementerio y otros parecidos debajo de su casa, los muchachos se habían visto menos. Parecía como si todos se hubiesen retirado dentro de su círculo familiar y sus labores cotidianas, como si allí se sintiesen a salvo de la agobiante oscuridad.

Lawrence temía ahora más que nunca la oscuridad. A veces lloraba en sueños e insistía en que hubiese una bombilla de cuarenta vatios en la lamparilla del tocador, en vez de la débil que permanecía encendida por la noche. Su madre entraba a menudo y apagaba la luz más potente si Lawrence se había dormido; pero a veces el pequeño se despertaba chillando.

Antes de que su padre se marchase para un viaje de ocho días por Indiana y el norte de Kentucky, su madre había llevado a Lawrence y a Dale al médico para consultarle sobre sus miedos y la absurda acusación que había hecho Dale una noche, durante la cena, de que personas mayores habían asesinado a Duane y a Tubby Cooke. El médico se llamaba Viskes y era un refugiado húngaro que sólo llevaba un año y medio en el país y todavía tenía problemas con el idioma inglés. Todos los chicos de la población le llamaban doctor Vicious, porque era demasiado tacaño para comprar agujas hipodérmicas nuevas y seguía empleando las viejas, esterilizándolas, hasta que las inyecciones eran un puro tormento.

El doctor Viskes prescribió trabajo duro y aire fresco para curar aquella tontería infantil. Dale oyó que el doctor Vicious decía a su madre que era lamentable lo del joven McBride y de su tío, pero que los accidentes tienden a producirse de dos en dos.

«Los accidentes ocurren de tres en tres», pensó Dale.

Los otros muchachos se reunían ocasionalmente. Durante cinco días después del cuatro de julio, Kev, Mike, Dale y Lawrence jugaron casi sin parar al monopolio, en el largo porche delantero de la casa de los Stewart, mientras caían los chaparrones. Dejaban el juego cuando se hacía de noche, sujetando con piedras los montones de dinero y las tarjetas; cuando alguien quebraba, cambiaban las reglas de manera que el perdedor podía permanecer a la espera hasta que el banco le concedía un crédito o una vieja propiedad le proporcionaba una renta. Con la modificación de las reglas no había posibilidad de que terminase el juego, y continuaban jugando después del desayuno hasta que sus madres los llamaban para la comida. Dale soñó en el monopolio durante dos noches y se alegró de ello.

El quinto día, Brandy, el estúpido perro de los Grumbacher, se metió en el porche mientras los chicos estaban cenando y desparramó el dinero y mordió las tarjetas. Por acuerdo tácito, dieron por terminado el juego y no volvieron a verse en dos días.

El 10 de julio, un domingo que no parecía tal porque el padre de Dale estaba en la oficina de Chicago, se inundó el sótano.

Las cosas nunca volverían a ser iguales.

Durante dos días, la madre de Dale luchó contra la inundación, poniendo sobre el banco de trabajo cosas que estaban en el suelo y tratando de que la bomba funcionase. El sótano se había inundado dos veces en los cuatro años que llevaban en la casa, pero en ambas ocasiones su padre había podido evitar el desastre por cinco centímetros. Esta vez, el agua siguió subiendo.

El martes por la mañana, la bomba se averió. A la hora de la comida se produjo un corte de corriente en la casa.

Dale bajó de su habitación cuando le llamó su madre. Los altos escalones del sótano conducían a una total oscuridad. Su madre estaba de pie en el penúltimo escalón, con la falda empapada y un pañuelo alrededor de la cabeza. Parecía a punto de llorar.

Dale abrió mucho los ojos. El agua había subido sobre el último peldaño. Tenía al menos medio metro de profundidad, probablemente más. Lamía como un mar oscuro el escalón sobre el que estaba su madre.

-Oh, Dale, esto es terrible, ¡maldita sea...!

Dale se la quedó mirando. Era la primera vez que la oía maldecir.

Librodot

-Lo siento, querido, pero no he podido arreglar la bomba y el agua está al nivel de la lavadora. Tengo que ir a la habitación de atrás para poner un fusible nuevo... ¡maldita sea, ojalá estuviese aquí tu padre!

-Yo lo haré, mamá.

Dale se sorprendió al decir esto porque aborrecía el maldito sótano.

Algo flotaba cerca del escalón. Podía ser una maraña de pelusa en el agua, pero más bien parecía la espalda de una rata ahogada.

-Ponte los tejanos viejos -dijo su madre-. Y trae tu linterna de Boy Scout.

Dale subió, medio aturdido, a cambiarse de ropa. La impresión de rechazo y soledad que había sentido desde la muerte de Duane le envolvió ahora como una capa aislante. Se miró las manos como si perteneciesen a otra persona. ¿Tendría que ir al sótano? ¿A la oscuridad? Se cambió de ropa, se calzó las bambas más viejas, se arremangó las perneras del pantalón, fue a buscar la linterna en la habitación sobrante, la probó y bajó la escalera.

Su madre le tendió el fusible.

-Está sobre la secadora de detrás de la...

-Ya sé dónde está.

El nivel del agua no había subido ostensiblemente en los últimos minutos, pero ya superaba el segundo escalón. El corto pasillo que conducía al cuarto del horno parecía la entrada oscura de una cripta inundada.

-No te quedes en el agua cuando lo pongas. Súbete al banco que está junto a la secadora. Asegúrate de que tienes las manos secas y de que el interruptor está abierto. Ciérralo y...

-SI, mamá.

Se armó de valor y descendió la escalera antes de que el miedo le hiciera echar a correr y salir por la puerta de atrás.

El agua le llegaba a las rodillas y estaba helada. Inmediatamente empezaron a dolerle y a entumecérsele los dedos de los pies.

-Ha fallado todo el sistema de desagüe... -oyó que decía su madre cuando él empezó a avanzar por el estrecho pasillo, iluminando las paredes con su linterna.

La luz de ésta era muy débil; hubiese debido cambiar las pilas.

La abertura de la carbonera era un rectángulo negro a su derecha, con el borde inferior por encima mismo del nivel del agua. Ésta se arremolinaba, negra, alrededor del tragante y había masas oscuras flotantes que parecían excrementos humanos. «Es carbón», pensó Dale, y proyectó la débil luz sobre el horno, que parecía un monstruo con tentáculos.

El nivel del agua no había llegado todavía a la reja. Dale no tenía idea de lo que pasaría si se inundaba el horno.

Un ruido a su derecha le hizo dar media vuelta, chocando de espaldas contra la pared e iluminando el interior de la carbonera.

Esta estaba seca, pero algo se había movido cerca del techo, en el fondo, donde empezaba la zona inacabada. Dale vio puntos diminutos de luz reflejada en la oscuridad. «No son más que las tuberías. Los aisladores. No son ojos. No son ojos.»

Torció a la izquierda alrededor del horno. El agua parecía aquí más profunda, aunque él sabía que no podía ser. «O tal vez sí. Tal vez cada habitación se inclina un poco más. Tal vez la de atrás está completamente sumergida.»

-¿Ya has llegado? -preguntó su madre, con la voz deformada por la piedra, el agua y las curvas de las paredes.

-Casi -gritó él, aunque no había llegado todavía a la mitad del camino.

No había ventanas en este sótano; era demasiado profundo. La luz de la linterna de Dale resbaló sobre el agua oleosa e iluminó sólo una parte del cuarto del horno: tuberías, algo que flotaba (un trozo de madera), más tuberías, un pedazo de papel empapado Y pegado a la pared, la puerta del taller.

El taller era un espacio ancho y negro. El agua fue subiendo por los tejanos de Dale hasta llegar casi a la ingle. Debía tener cuidado en la última habitación, porque la bomba estaba

montada sobre un agujero de al menos cuarenta y cinco centímetros de diámetro, un pequeño pozo que vertía agua en un mal sistema de desagüe.

«Exactamente igual que los túneles que vio Mike. Los túneles de la finca de Duane.»

Dale se dio cuenta de que el rayo de luz de la linterna estaba temblando. Se sujetó la mano derecha con la izquierda, se adentró en el taller, advirtió que las herramientas de su padre estaban a buena altura y secas, aunque había olvidado una pequeña caja de instrumentos en un rincón, que estaba flotando debajo del banco. Lawrence había hecho aquella caja el invierno pasado.

-¡Puedo llamar al señor Grumbacher! -gritó su madre.

Su voz sonaba a años luz de distancia, como un disco tocando débilmente en una habitación lejana.

-No -dijo Dale.

O creyó haberlo dicho; tal vez sólo lo había murmurado.

Las habitaciones del sótano estaban enlazadas en forma casi de S, con la escalera en la base de la S, el cuarto del horno en medio, el taller exactamente antes de la curva superior y el lavadero al final de esta misma curva, que retrocedía hacia la carbonera y el hueco sin terminar del fondo de ésta.

Dale proyectó la luz de la linterna hacia el oscuro interior del lavadero.

Éste parecía más grande que cuando funcionaba la instalación eléctrica. La oscuridad creaba la ilusión de que la pared había sido eliminada y sólo había allí una negrura que se extendía más y más..., por debajo de la casa, debajo de los patios, de la calle, del patio de recreo del colegio y del colegio mismo.

Dale encontró la bomba, con el motor justo por encima del nivel del agua y sobre su tosco trípode de tuberías. La evitó dando un rodeo y se dirigió hacia la pared del sur, junto a la que estaban la lavadora, la secadora y el banco de la ropa sucia.

Fue maravilloso subir a éste y sacar las piernas del agua. Estaba temblando de frío y la luz de la linterna oscilaba sobre las vigas cubiertas de telarañas y el laberinto de tuberías; pero al menos había pasado lo peor. Una vez colocado el nuevo fusible, se encenderían las luces, la bomba empezaría a funcionar y él podría volver atrás sin tener que confiar en la linterna.

Hurgó en el bolsillo con dedos entumecidos, y a punto estuvo de caerse el fusible al agua. Lo cogió cuidadosamente con ambas manos. Sujetando la linterna debajo del mentón, se aseguró de que estuviese cerrado el interruptor de la corriente y abrió la placa de acceso.

Inmediatamente vio el plomo que se había fundido. El tercero. Siempre era el tercero. Su madre gritó algo ininteligible desde gran distancia, pero Dale estaba demasiado atareado para responder; si hubiese movido la barbilla para hablar, se habría caído la linterna. Colocó el nuevo fusible en su sitio e hizo girar el interruptor.

Luz. La pared del fondo estaba allí. Un montón de ropa sucia estaba todavía en un cesto, cerca del borde de la mesa. Una serie de trastos que su madre y él habían arrojado sobre la lavadora y la secadora para que no se mojasen, se transformaron de sombras amenazadoras en sencillos montones de viejas revistas, una plancha, una pelota de béisbol que Lawrence había perdido..., solamente trastos.

Su madre le llamó de nuevo. Dale oyó palmadas.

-¡Lo he conseguido! -gritó inútilmente.

Metió la linterna de Boy Scout debajo del cinturón, se arremangó un poco más las mojadas perneras del pantalón y saltó al agua. Las ondas se propagaron a través del cuarto como la estela de un tiburón.

Dale sonrió al pensar en el miedo que había pasado y echó a andar, imaginándose lo que le contaría a su padre sobre todo esto. Casi había llegado a la puerta del taller cuando oyó un chasquido detrás de él.

Se apagaron las luces. A Dale se le puso carne de gallina.

Alguien había cerrado el interruptor de la corriente eléctrica. El chasquido era inconfundible.

Su madre le llamó, pero era un sonido lejano y completamente inútil. Dale respiraba por la boca, tratando de no advertir las pulsaciones en sus oídos, tratando de escuchar.

El agua se agitó a pocos palmos de él. Primero oyó y después sintió las ondas lamiendo sus piernas descubiertas.

Se echó atrás hasta chocar con una pared. Unas telarañas se enredaron en sus cabellos y le hicieron cosquillas en la frente, pero él no les hizo caso; sólo quería desprender la linterna de su cinturón. «Que no se caiga, Dios mío, por favor; que no se caiga.»

Trató de encenderla. Nada. La oscuridad era absoluta.

Sonó un ruido líquido, resbaladizo, a un metro y medio delante de él, como el de un caimán pasando de la orilla al agua oscura.

Dale golpeó la base de la linterna, haciéndola repicar contra la parte superior del muslo. Una luz débil y confusa iluminó las vigas. La sostuvo como un arma delante de él, haciendo oscilar el rayo moribundo.

La lejana secadora. La lavadora. El banco. La negrura de la pared de fondo. La bomba silenciosa. La caja de los fusibles. El interruptor cerrado.

Dale jadeó. De pronto sintió vértigo y quiso cerrar los ojos, pero tuvo miedo de perder el equilibrio y caer. Dentro del agua. Dentro del agua oscura que le rodeaba. Dentro del agua donde esperaban aquellas cosas.

«¡Basta, maldita sea! ¡Basta!» El pensamiento era tan fuerte que por un instante pensó que su madre lo estaba gritando. «¡Basta! ¡Cálmate, marica!» Respiró rápidamente, esforzándose en dominar el pánico. Esto le ayudó un poco.

«No he levantado del todo el interruptor. Se soltó hacia abajo.»

«¿Cómo? Lo empujé arriba hasta el máximo.»

«No; no lo hiciste. Vé a arreglarlo.»

Se extinguió la luz de la linterna. Dale la hizo revivir. Ahora había movimiento y ondas en toda la habitación. Era como si generaciones enteras de arañas hubiesen despertado y bajado de las vigas. La luz centelleaba alrededor del cuarto, tocándolo todo, iluminando nada. Había sombras por todas partes. «Patas de araña.»

Dale se maldijo por su cobardía y dio un paso al frente. El agua rebulló a su alrededor. Dio otro paso, golpeando la linterna cada vez que la luz amenazaba con extinguirse. Ahora le llegaba el agua a la cintura. «Imposible.» Pero era verdad. «Ten cuidado con el agujero de la bomba.» Se movió hacia la izquierda para estar más cerca de la pared.

Estaba desorientado, sin saber muy bien qué dirección seguía. La luz de la linterna era demasiado débil para alcanzar las paredes, la lavadora o la secadora. Tenía miedo de andar hacia el fondo de la habitación, donde la pared no llegaba al techo y unos ojillos agudos atisbaban desde el hueco de aquélla, incluso cuando las luces estaban encendidas y... «¡Basta!»

Dale se detuvo. Golpeó la base de la linterna en forma de L de Boy Scout, y por un instante el rayo de luz fue fuerte y recto. El banco estaba a diez pasos a su izquierda. Otros tres pasos le habrían llevado hasta el agujero de la bomba. Se volvió y se dirigió hacia el banco.

La linterna se apagó. Antes de que pudiese golpearla contra el muslo, otra cosa tocó su pierna. Algo largo y frío. Parecía husmearle como un perro viejo.

Dale no gritó. Pensó en periódicos flotantes y en cajas flotantes de herramientas y se esforzó en no pensar en otras cosas. Se aflojó la presión resbaladiza sobre su pierna pero luego volvió con más fuerza. No gritó. Golpeó la linterna, pulsó el interruptor deslizante y apretó la lente. Brilló un débil resplandor, más parecido al chisporroteo de una vela que al rayo de una linterna.

Dale se inclinó y dirigió el rayo moribundo sobre la superficie del agua.

El cuerpo de Tubby Cooke flotaba a varios centímetros por debajo de la superficie. Dale le reconoció al momento, aunque estaba desnudo y tenía la carne absolutamente blanca, con el blanco de los hongos en putrefacción, y estaba terriblemente hinchado. La cara tenía dos o tres veces el tamaño de un rostro humano, como un pastel que se hubiese hinchado hasta que

la pasta blanca hubiese estado a punto de estallar debido a las presiones internas. La boca estaba abierta de par en par debajo del agua -no había burbujas- y las encías se habían ennegrecido y contraído, de manera que todas las muelas y dientes sobresalían por separado, como colmillos amarillentos. El cuerpo flotaba suavemente entre dos aguas, como si hubiese estado allí durante semanas y tuviese que seguir estándolo para siempre. Una mano flotaba cerca de la superficie, y Dale pudo ver unos dedos absolutamente blancos e hinchados como si fueran salchichas albinas. Parecían oscilar ligeramente a impulso de una suave corriente.

Entonces, a menos de medio metro de la cara de Dale, aquella cosa que era Tubby abrió los ojos.

22

En aquellas tres semanas de lluvia y melancolía, Mike supo quién y qué era el Soldado, y la manera de luchar contra él.

La muerte de Duane McBride le había afligido profundamente, aunque no se había considerado amigo íntimo de él, como Dale. Mike se dio cuenta, después de suspender el cuarto curso -sobre todo por lo difícil que le resultaba la lectura porque las letras de las palabras parecían ordenarse de cualquier manera, incluso cuando ponía toda su atención en encontrarles algún sentido-, de que había llegado a tenerse por el polo opuesto de Duane McBride. Duane leía y escribía con más facilidad y fluidez que cualquier adulto de los que había conocido Mike, con la posible excepción del padre Cavanaugh, mientras que Mike apenas podía entender el periódico que repartía todos los días. Mike no estaba resentido por aquella diferencia -Duane no tenía la culpa de ser tan inteligente-, sino que la respetaba con la misma ecuanimidad con que respetaba a los atletas dotados o a los narradores natos, como Dale Stewart; pero el abismo entre dos muchachos de aproximadamente la misma edad había sido infinitamente más grande que el curso que les separaba. Mike había envidiado el número infinito de puertas que se le abrían a Duane McBride. No puertas de privilegio –Mike sabía que los McBride eran casi tan pobres como los O'Rourke-, sino de una percepción y una comprensión que él apenas podía intuir a través de las conversaciones con el padre C. Sospechaba que Duane había vivido en los elevados reinos del pensamiento, escuchando las voces de hombres muertos hacía tiempo y que surgían de los libros, como había dicho una vez que escuchaba los programas nocturnos de la radio en su sótano.

Mike sentía una terrible impresión de... no sólo de pérdida, aunque ésta existía, sino de desequilibrio. Era como si él y Duane McBride hubiesen estado juntos en un columpio desde que eran pequeños y asistían al jardín de infancia de la señora Bleckwood, y ahora hubiese desaparecido uno de los contrapesos, rompiéndose él equilibrio.

Sólo había quedado el chico estúpido.

La lluvia no mantuvo lejos al Soldado. Ni las rascaduras de debajo del suelo.

Mike no era tonto; dijo a su padre que algún tipo raro estaba vigilando la casa. Incluso le habló de los túneles en el hueco de debajo del edificio.

El señor O'Rourke estaba aquellos días demasiado gordo para meterse debajo de la casa, pero envió a Mike allí con una cuerda para sondear los túneles, y con veneno para rociar diversas formas de cebo, como si residiese allí alguna zarigüeya gigantesca. Mike se introdujo debajo de la casa con el corazón en la garganta, pero su miedo era infundado. Los agujeros habían desaparecido.

Su padre le creía en lo tocante al hombre misterioso de uniforme militar -no recordaba que Mike le hubiera mentido alguna vez-, pero pensaba que debía de ser algún tonto adolescente que rondaba a una de las chicas. ¿Qué podía decir Mike a esto? ¿Que era otra cosa, algo que perseguía a Memo? Bueno, tal vez era un soldado que Peg o Mary habían conocido en Peoria y estaba rondando por aquí. Las chicas lo negaron: no conocían a ningún soldado, salvo a

Buzz Whittaker, que se había incorporado al Ejército hacía ocho meses. Pero Buzz Whittaker estaba de servicio en Kaiserslautern, Alemania, como decía orgullosamente su madre a todo el mundo, mostrando sus rimbombantes cartas y alguna que otra postal en color.

No era Buzz Whittaker. Mike conocía a Buzz, y la cara del Soldado era diferente. Hablando con propiedad, el Soldado no tenía cara.

Mike había oído un ruido a últimas horas del día cuatro -en realidad lo había sentido- y había bajado la escalera, empuñando el bate, esperando encontrar a Memo acurrucada en la cama, en posición fetal, con la lámpara encendida y mariposas repicando en la ventana tratando de acercarse a la llama. Así había sido, pero el Soldado también estaba en la ventana, con la cara apretada contra el cristal.

Mike se quedó plantado, mirando.

Llovía con fuerza en el exterior; la ventana estaba cerrada, salvo por una pequeña abertura en la parte de abajo, por donde entraba el fresco olor de los campos mojados; pero el Soldado había ejercido presión sobre la tela metálica hasta que se había doblado hacia dentro y tocado el cristal. Mike pudo ver que goteaba agua del ala del sombrero de campaña, y vio también la mojada camisa caqui iluminada por la lámpara de Memo, a sólo tres palmos de distancia, y el cinturón Sam Browne y las hebillas de metal.

«El agua no gotea del sombrero de un fantasma.»

El Soldado tenía la cara apretada contra la ventana; no contra la tela metálica, sino contra el cristal. Boquiabierto, con el bate de béisbol colgando flojamente de su mano, Mike se interpuso entre Memo y la aparición. Estaba a menos de un metro de aquella forma que estaba en la ventana.

La última vez que Mike había visto al Soldado, había pensado que la cara de aquel joven era brillante, grasienta; más que una cara real, parecía una cara de cera blanda. Ahora, la cara de cera blanda había pasado a través de la tela metálica y se aplastaba y ensanchaba sobre el cristal como el seudópodo de un caracol de color de carne.

Mientras Mike le observaba, el Soldado levantó las manos y las puso planas contra la fina tela metálica. Los dedos y las palmas pasaron a través de aquélla, como una vela que se fundiese a gran velocidad. De nuevo adquirieron forma sobre el cristal, como dedos céreos con la palma de la mano brillante. La mano salió de la manga caqui como una fuente de cera en movimiento retardado, y se deslizó hacia abajo sobre el cristal de la ventana. Mike levantó la mirada para observar la cara que trataba de tomar forma, con los ojos flotando en aquella masa como pasas en un pudín. Las manos seguían bajando.

Hacia la abertura.

Entonces Mike se puso a llamar a gritos a su padre y a su madre. Avanzó un paso y golpeó con el bate de béisbol la parte superior de la hoja móvil de la ventana de guillotina, cerrándola de golpe, en el instante en que los diez dedos medio fundidos se acercaban a la abertura. Los brazos y las manos, fundidos ahora en más de un metro, se desviaron hacia los lados, como tentáculos carnosos, buscando algún boquete.

Mike oyó la voz de su madre, y a su padre que se levantaba haciendo crujir los muelles de la cama. Peg se puso a gritar y Kathleen empezó a llorar. El padre gruñó algo y sonaron las pisadas de sus pies descalzos en el vestíbulo.

Los dedos y la cara del Soldado se apartaron del cristal, pasaron hacia atrás a través de la tela metálica y volvieron a adquirir una forma parecida a la humana, con la rapidez de una película en movimiento invertido. Mike gritó de nuevo, dejó caer el bate y se inclinó hacia delante para cerrar mejor la ventana, haciendo caer la lámpara de queroseno de encima de la mesa. El tubo se hizo añicos, pero la lámpara cayó de pie y Mike se arrodilló para agarrarla antes de que se derramase el combustible sobre la alfombra y se prendiese fuego.

En aquel instante, apareció su padre en la puerta y la forma de la ventana desapareció, con los brazos colgando, hundiéndose rápidamente, como si descendiese en un montacargas.

-¿Qué diablos pasa? -gritó Jonathan O'Rourke.

Su esposa entró corriendo y se acercó a Memo, que yacía allí, pestañeando furiosamente bajo la vacilante luz.

-¿Le has visto? -gritó Mike, levantando la lámpara con la llama al descubierto. La sostuvo peligrosamente cerca de las viejas cortinas-: ¿Le has visto?

Su padre miró con expresión ceñuda la lámpara rota, la desordenada mesa, la ventana cerrada y el bate de béisbol tirado en el suelo.

-¡Esto ya está pasando de castaño oscuro! -Descorrió las cortinas con tanta brusquedad que saltó la barra y todo fue a caer detrás de la mesa. El alto rectángulo de la ventana sólo mostró la noche y el agua que goteaba de los aleros-. ¡Ahí fuera no hay nadie!

Mike miró a su madre.

-Él estaba tratando de entrar.

Su padre levantó la hoja de la ventana. La fresca brisa era agradable, después del olor del queroseno y del miedo en la habitación. La mano pesada del padre golpeó el antepecho.

-El pestillo está cerrado en la contraventana. ¿Cómo iba a poder entrar? -Miró a Mike como si su hijo estuviese perdiendo la cabeza-. ¿Trataba ese... soldado de arrancar la tela metálica? ¡Lo habríamos oído!

Ahora que estaba encendida la luz eléctrica, Mike apagó la lámpara de queroseno y la puso sobre la mesa con manos temblorosas.

-No; pasaba a través de ella...

Se interrumpió, comprendiendo lo mal que sonaba lo que estaba diciendo.

Su madre se le acercó y le tocó los hombros y la frente.

-Estás calenturiento, querido. Tienes fiebre.

Mike se sentía febril. La habitación parecía inclinarse y nivelarse de nuevo a su alrededor, y el corazón no se calmaba. Miró a su padre con el mayor aplomo que le fue posible.

-Oí algo y bajé, papá. El estaba... apoyándose con fuerza sobre la tela metálica, que se combaba hacia dentro, a punto de romperse. Te juro que no miento.

El señor O'Rourke miró a su hijo durante unos momentos, dio media vuelta sin decir palabra y volvió al cabo de un minuto, con los pantalones puestos sobre el pijama y calzando sus botas de trabajo.

-Quedaos aquí -dijo suavemente.

-¡Papá! -gritó Mike, agarrándole de un brazo y tendiéndole el bate de béisbol.

La madre de Mike acarició los cabellos de Memo, envió arriba a las muchachas y cambió las fundas de las almohadas mientras esperaban. Hubo una sombra de movimiento en el exterior. Mike se apartó de la ventana. Su padre estaba allí, con una linterna en la mano; el borde inferior de la ventana casi le llegaba al pecho. Mike pestañeó; había visto la mayor parte del cuerpo del Soldado, y sin embargo su padre era mucho más alto que él, según había podido juzgar cuando le había visto en la Jubilee College Road. ¿A qué se debía que su padre pareciese estar a un nivel mucho más bajo? ¿Había estado el Soldado encima de algo allá fuera? Esto explicaría la manera en que había descendido verticalmente...

Su padre desapareció, estuvo ausente cinco minutos y entró por la puerta de la cocina, sacudiendo los pies. Mike fue a su encuentro en el pasillo.

Los pantalones y la chaqueta del pijama de su padre estaban empapados, y las botas manchadas de barro. Los pocos cabellos rojos que le quedaban los tenía aplastados encima de las orejas. Gotas de agua le brillaban en la frente y en la calva. Alargó una manaza y tiró de Mike, haciéndole entrar en la cocina.

-No había huellas de pisadas -dijo en voz baja, sin duda para que no le oyesen la madre y las hermanas de Mike-. Todo está enfangado, Mike. Hace días que no para de llover. Pero no hay ninguna huella al pie de la ventana. En esa parte hay un arriate de tres metros de largo, y no hay pisadas en ningún sitio. Y tampoco en el patio.

Mike sintió que le escocían los ojos, como cuando era pequeño y lloraba. Le dolía el pecho.

-Yo lo vi -fue todo lo que pudo decir, sintiendo un nudo en la garganta.

Su padre lo miró fijamente.

-Y eres el único que lo ha visto. Delante de la ventana de Memo. ¿En ningún otro lugar?

-Una vez me siguió por la Seis del condado y por Jubilee Road -dijo Mike, lamentando no haberlo dicho antes a su padre o habérselo callado ahora.

La mirada de su padre se hizo más intensa.

-Tal vez se subió a una escalera o a otra cosa -consiguió decir Mike, dándose cuenta de lo desesperada que sonaba su voz, incluso a sus propios oídos.

Su padre sacudió lentamente la cabeza.

-Ninguna huella. Ninguna escalera. Nada. -Alargó una de sus manazas y tocó la frente de su hijo-. Tienes fiebre.

Mike volvió a sentir aquel temblor dentro de él y reconoció los primeros síntomas de la gripe.

-Pero no me he imaginado el Soldado. Lo juro. Lo he visto.

El señor O'Rourke tenía una cara ancha y afectuosa, una papada grande y los restos de mil pecas de la infancia que había transmitido a todos sus hijos, para desesperación de tres de sus cuatro hijas. Ahora, la papada tembló ligeramente al asentir con la cabeza.

-Creo que es verdad que has visto algo. También creo que te estás poniendo enfermo por quedarte levantado por la noche para pillar a ese mirón...

Mike quiso protestar. No era ningún mirón. Pero sabía que de momento era mejor mantener cerrada la boca.

-... vete a la cama y que tu madre te ponga el termómetro –estaba diciendo su padre-. Yo bajaré el catre a la habitación de Memo y dormiré allí durante un tiempo. No volveré de noche a la cervecería hasta dentro de una semana. -Dejó el bate de béisbol a un lado, se dirigió a la despensa cerrada, cogió la llave de la rendija del umbral y sacó la «escopeta para cazar ardillas» de Memo, una escopeta de cañón corto con culata de pistola.

-Y si ese... soldado vuelve otra vez, recibirá algo más que un porrazo con el bate.

Mike quiso decir algo, pero se sentía completamente mareado, tanto de alivio como por la fiebre que golpeaba sus oídos y le hacía delirar. Abrazó a su padre y se volvió, antes de echarse a llorar.

Su madre entró en la estancia, con el ceño fruncido pero amable, y le empujó escalera arriba hacia el dormitorio.

Mike estuvo en cama durante cuatro días. A veces la fiebre era tan fuerte que despertaba de sus sueños y se encontraba con que también había soñado el despertar. No soñaba en el Soldado, ni en Duane McBride, ni en ninguna de las cosas que le habían estado atosigando: soñaba sobre todo en San Malaquías y en que decía misa con el padre Cavanaugh. Sólo que en su sueño febril, él era el sacerdote, y el padre C. un chiquillo con casulla y sobrepelliz desmesurados, que equivocaba continuamente las respuestas, a pesar de la cartulina con líneas impresas colocada sobre el escalón del altar donde se arrodillaba el niño-hombre. Mike soñaba que consagraba la Eucaristía, alzando la Hostia en el momento más sagrado que podía experimentar un católico.

Lo más extraño del sueño era que San Malaquías era ahora una cueva muy grande y que no había en ella feligreses... Sólo sombras oscuras que se movían más allá del círculo de luz producido por las velas del altar. Y en su sueño, Mike sabía que el monaguillo padre C. equivocaba las respuestas en latín porque tenía miedo de aquella oscuridad y de lo que había en ella. Pero mientras el cura en sueños Michael O'Brian O'Rourke sostuviese la Eucaristía en alto, mientras murmurase las sagradas y mágicas palabras de la misa solemne, estaría bastante a salvo.

Más allá del cono de luz, cosas grandes rondaban y esperaban.

Jim Harlen estaba pensando que este verano no era tal.

Primero se rompe el maldito brazo y se abre la cabeza y pierde la memoria de cómo le ha ocurrido -la cara no es más que un sueño, una pesadilla-, y entonces, cuando se recupera lo bastante para salir e ir de un lado a otro, uno de los chicos a quienes conoce muere en un estúpido accidente, en su finca, y los otros parecen recluirse en sus casas, como tortugas escondiendo la torpe cabezota. Y desde luego hubo la lluvia. Semanas de lluvia.

Las primeras semanas que estuvo en casa, su madre se quedó todas las noches, se apresuró a ir a buscarle lo que fuese cuando tenía hambre o sed, y estuvo viendo la televisión con él. Era casi como en los viejos tiempos, menos su padre, naturalmente. Harlen había estado terriblemente nervioso cuando los Stewart habían invitado a su madre a ir con ellos a casa del tío Henry -mamá tenía la costumbre de beber demasiado, reír demasiado fuerte y, en general, portarse como una estúpida borracha-, pero en realidad la velada había transcurrido bastante bien. Harlen no había hablado mucho, pero le había gustado estar con sus compañeros y escuchar, incluso cuando el chico McBride hablaba de viajes interestelares y del concepto espacio-tiempo y de otras cosas de las que Harlen no tenía idea. En todo caso, había sido una noche muy agradable..., salvo por la muerte de Duane McBride.

El accidente y la larga estancia en el hospital habían dado a Harlen un concepto diferente de la muerte; era algo que había oído y olido y de lo que había estado cerca..., el viejo de la habitación contigua, que no estaba allí la mañana después de que todas las enfermeras y los médicos hubiesen entrado con una camilla..., y no tenía intención de acercarse de nuevo a ella hasta dentro de sesenta o setenta años..., como mínimo. Tenía que reconocer que la muerte de McBride le había impresionado, pero estas desgracias les ocurrían a los que vivían en el campo y manejaban tractores, arados y porquerías parecidas.

La madre de Harlen ya no pasaba con él todas las noches. Ahora le regañaba cuando no se hacía la cama o no recogía los platos del desayuno. Él se quejaba todavía de dolores de cabeza, pero le habían quitado la pesada escayola, e incluso con el cabestrillo, que Harlen consideraba romántico y capaz de hacer perder la cabeza a Michelle Staffney, si le invitaba a su fiesta de cumpleaños el día catorce..., incluso con el cabestrillo y la escayola más ligera inspiraba menos compasión a su madre. O tal vez había gastado ya toda la compasión que tenía almacenada. En ocasiones se mostraba cariñosa y le hablaba con aquella voz suave y ligeramente de disculpa que había utilizado durante una semana después del accidente, pero ahora le regañaba cada vez con más frecuencia o volvía a aquel silencio que les había separado durante tanto tiempo.

Y muchos fines de semana solía pasar todas las noches fuera de casa.

Al principio, ella había pagado a Mona Shepard para que le atendiese y vigilase. En realidad, era Harlen quien vigilaba a Mona, tratando de verle las tetas a la niña de dieciséis años o de mirarla por debajo de la falda. A veces, Mona le incitaba, dejando entreabierta la puerta del cuarto de baño cuando iba a orinar, y gritándole cuando él se acercaba de puntillas. Pero la mayoría de las veces hacía caso omiso de él -mamá hubiese podido estar en casa- y con frecuencia le enviaba pronto a la cama para poder llamar a uno de sus amigos gilipollas. Harlen aborrecía los ruidos que subían desde el cuarto de estar; y aborrecía su propia reacción hacia ellos. Se preguntaba si O'Rourke tendría razón cuando decía que uno podía quedarse ciego si lo hacía demasiado... En todo caso, había amenazado a Mona con contarle a su madre todo lo referente a las sesiones de jadeo en el diván, y ella se había abstenido de venir. A su madre le fastidió que Mona estuviese siempre ocupada, porque no había nadie más a quien llamar este verano; las niñas O'Rourke solían hacer de canguros, pero este verano estaban demasiado atareadas en los asientos de atrás de los coches.

Así pues, Harlen estaba mucho tiempo solo en casa.

A veces salía y montaba en bicicleta, aunque el médico se lo había prohibido hasta que le quitara la segunda escayola. No era difícil conducir la bici con una sola mano. Muchas veces lo había hecho sin ninguna, como todos los del club de la Patrulla de la Bici. Pero con el brazo en cabestrillo era un poco más complicado.

El nueve de julio había ido al cine gratuito, esperando ver una reposición de *Somebody Up There Likes Me*, una película de boxeo que el señor A.-M. había proyectado hacía unos pocos años y que había gustado tanto a todo el mundo que cada verano la traía. Pero en vez de la película, Harlen había encontrado desierto el Bandstand Park, salvo por un par de familias de agricultores que, como él, no se habían enterado de que la sesión había sido cancelada por tercer sábado consecutivo a causa del mal tiempo.

Pero el tiempo no era malo. Las tormentas casi cotidianas no habían estallado esta noche; la luz del sol era baja y resplandecía sobre los largos jardines donde la hierba parecía crecer mientras uno la estaba mirando. Harlen aborrecía que los jardines fuesen aquí tan grandes, casi como campos, aunque todos ellos cuidadosamente segados. Había pocas vallas y era difícil saber dónde acababa uno y empezaba otro. No estaba seguro de aborrecerlos, pero sabía que no debían ser así; no aparecían como en los programas de televisión que le gustaban..., por ejemplo, *La ciudad desnuda*. En *La ciudad desnuda* no había jardines. Ocho millones de episodios pero ni un maldito jardín.

Harlen había recorrido el pueblo en bicicleta aquella noche, sin darse cuenta de que oscurecía hasta que aparecieron los primeros murciélagos y empezaron a chillar contra el cielo. Había cogido la costumbre de mantenerse lejos del colegio -ésta era una de las razones de que no fuese a ver más a menudo a Stewart y a los demás cabezotas-, pero ahora descubrió que incluso pedalear por Main o Broad le ponía nervioso.

Torció a la izquierda en Church Street para evitar la casa de la señora Doubbet, aunque sin saber de fijo por qué lo hacía, y pedaleó rápidamente por las oscuras calles, en aquel barrio donde las casas eran más pequeñas y menos numerosas, y los faroles más espaciados. Había luces brillantes alrededor de la pequeña iglesia de O'Rourke y la casa contigua del cura, y Harlen permaneció un minuto allí, en la esquina, antes de subir por West End Drive, el estrecho y mal iluminado callejón que conducía a su casa y a la vieja estación.

Rodaba deprisa, pedaleando con fuerza, confiando en que nadie podría alcanzarle en las zonas oscuras entre los faroles..., a menos que metiesen un brazo entre los radios, le hiciesen saltar por los aires y se le echasen encima después. Sacudió la cabeza mientras pedaleaba, sintiendo la húmeda brisa en los cortos cabellos y tratando de librarse de los malos pensamientos. «Ella no volverá a casa hasta la una o las dos, si es que vuelve. Veré una vez más el último programa. ¡No, maldita sea! Dan *Creature Feature* en el Canal 19. No puedo ver eso.»

Harlen decidió escuchar la radio, poniéndola fuerte, y tal vez meter mano a las botellas que su madre escondía en el fondo del aparador. Pensó que si medía con cuidado lo que bebía y añadía agua en la botella hasta la marca cuando hubiese terminado, ella no se daría cuenta. Probablemente tampoco lo advertiría en ningún caso, porque siempre estaba metiendo nuevas botellas allí o amorrándose a las viejas cuando estaba borracha. Escucharía la radio, pondría rock-and-roll a todo volumen y bebería un poco de licor, mezclándolo con Coke, que era como le gustaba.

Pasó por delante de la estación a toda velocidad -este lugar siempre le había dado miedo, incluso cuando era pequeño- y dobló la amplia esquina hacia Depot Street. Pudo ver las tres largas manzanas calle abajo -sabía que en una verdadera ciudad habrían sido seis o siete, y que si aquí eran más largas era porque no había bastantes calles-, hasta el túnel de ramas y de hojas, luces medio ocultas y porches, y la casa donde vivían Stewart y el viejo gruñón.

Y la escuela.

Sacudió la cabeza y enfiló el camino de entrada, deteniéndose junto al garaje y dejando la bicicleta debajo del alero.

Mamá no estaba en casa; el Rambler no había vuelto. Todas las luces estaban encendidas, tal como él las había dejado. Harlen se dirigió a la puerta de atrás.

Algo se movió delante de la luz en su habitación del piso de arriba.

Harlen se detuvo, con una mano todavía en el tirador de la puerta. Mamá estaba en casa. El maldito coche se habría averiado otra vez o uno de sus nuevos amigos la habría traído a casa

porque había bebido demasiado. Menuda bronca iba a echarle por volver después de anochecer. Le diría que Dale y su juiciosa familia habían venido a buscarle para llevarle al cine gratuito. Ella no sabría que la sesión había sido cancelada.

La sombra pasó de nuevo por delante de la luz.

«¿Qué diablos está haciendo en mi habitación?» Con una súbita punzada de remordimiento pensó en las nuevas revistas que había comprado a Archie Kerck y escondido debajo del suelo del armario. Ella había encontrado y tirado todas las viejas cuando él estaba en el hospital, aunque no le había abroncado por ello durante más de dos semanas después de su vuelta a casa.

Con la cara colorada pero frío por dentro ante la idea del inminente enfrentamiento, sobre todo si ella estaba borracha, Harlen dio tres pasos hacia el garaje, tratando de pensar algo. «Tal vez son de Mona o de uno de sus amiguitos. Ella las puso allí. Y si lo niega, le contaré a mamá lo del preservativo que encontré flotando en el váter la última vez que me vino a cuidar.»

Respiró hondo. No era una explicación perfecta, pero valía más esto que nada. Miró hacia arriba, tratando de ver si su madre estaba registrando el armario.

No era mamá.

La mujer que estaba en su habitación cruzó otra vez el rectángulo de luz de la ventana. Él vio de refilón un suéter estropeado, una espalda encorvada, unos mechones de cabellos blancos brillando sobre una cabeza demasiado pequeña.

Harlen se echó instintivamente hacia atrás y tropezó con la bicicleta, que cayó al suelo del garaje con estrépito.

La sombra eclipsó de nuevo la luz. Una cara se apretó contra el cristal de la ventana y lo miró.

Aquella cara... mirándolo..., volviéndose a mirarlo.

Harlen cayó de rodillas, vomitó sobre la gravilla del pavimento, se enjugó los labios con la manga, se levantó, montó en la bici y pedaleó como un loco, alejándose de la casa, incluso antes de que la sombra se apartase de la ventana. No miró hacia atrás al bajar zumbando por Depot Street, zigzagueando locamente, como si alguien disparase contra él, tratando de pasar cerca de los pocos faroles de la calle. C. J. Congden, Archie Kreck y algunos de sus amigos gamberros estaban sentados sobre los capós de unos coches aparcados en el patio de tierra de la casa de J. P. y le gritaron algo feo por encima del estruendo de sus radios.

Harlen no se detuvo ni miró atrás. Sólo se paró, patinando, en un stop del cruce de Depot y Broad. Old Central estaba directamente delante de él. La casa de Double-Butt y de la señora Duggan se hallaba a la derecha.

«La cara en la ventana. Las cuencas de los ojos vacías. Gusanos debajo de la lengua. Dientes brillantes.»

«¡En mi habitación!»

Harlen se inclinó sobre el manillar, jadeando, esforzándose en no vomitar de nuevo. A una manzana de distancia en Depot Street, donde las luces del colegio relucían todavía entre los olmos, la negra silueta de un camión torció a la izquierda desde la Tercera y avanzó en su dirección.

El camión de recogida de animales muertos. Podía olerlo.

Harlen pedaleó hacia el norte por Broad. Los árboles eran enormes, cubriendo la calle de diez metros de anchura, y las sombras muy espesas. Pero había más faroles y más luces en los porches.

Pudo oír que el camión se acercaba al cruce de calles detrás de él, rechinando al cambiar las marchas. Harlen subió a la acera, saltó sobre las losas inclinadas del pavimento y giró hacia un camino de entrada. Allí había graneros, garajes y patios interminables sin vallar. Creyó que pasaba por delante de la casa del doctor Staffney cuando un perro pareció volverse loco delante de él, ladrando y tirando de una cuerda de tender la ropa que le servía de cadena, y brillándole los dientes a la luz amarilla del porche de atrás.

Harlen giró a la izquierda, se deslizó por el callejón pavimentado de escoria que discurría por detrás de los graneros y los garajes, y continuó hacia el norte. Podía oír el camión que subía por Broad, incluso por encima de los furiosos ladridos de todos los enloquecidos perros de la manzana. No tenía idea de adónde iba.

Ya pensaría algo.

Dale Stewart dejó caer la linterna y corrió a través del agua que le llegaba a los muslos, llamando a gritos a su madre, chocando con una pared en la oscuridad, rebotando aturdido y perdiendo el equilibrio. Se hundió hasta el cuello en el agua negra y helada y gritó de nuevo, cuando algo rozó su brazo desnudo debajo del agua. Se puso en pie, haciendo un gran esfuerzo, y siguió adelante, sin saber exactamente adónde iba en la oscuridad casi absoluta del sótano.

«¿Y si vuelvo hacia la habitación de atrás, hacia el agujero de la bomba?»

Lo mismo daba. No podía quedarse aquí, en esta oscuridad de medianoche, con el agua arremolinándose alrededor de sus piernas como aceite frío, y esperar a que aquella maldita cosa le encontrase. Se imaginó la cosa-Tubby abriendo más la boca muerta, y los largos dientes desnudos clavándose en su pierna debajo del agua.

Entonces dejó de imaginarse cosas y corrió, tropezando con algo que podía ser el banco de trabajo de su padre en la segunda habitación o el de la ropa sucia en la de atrás. Se volvió hacia la izquierda, cayó de nuevo a cuatro patas en un agua súbitamente cálida, como orina o sangre, y después avanzó tambaleándose, viendo, creyendo ver, un rectángulo de algo menos oscuro que podía ser la puerta que conducía del taller al cuarto del horno.

Chocó contra algo hueco y resonante y se hizo un corte en la frente, pero no le dio importancia. «¡El horno! Tuerce a la derecha y pasa a su alrededor. Encuentra el pasillo de más allá de la carbonera...» Gritó de nuevo y oyó que su madre le respondía, mezclándose los gritos de ambos en aquel laberinto resonante. Oyó que algo se deslizaba en el agua detrás de él y se volvió para ver lo que era; no vio nada, se tambaleó de nuevo hacia atrás, tropezó con algo más duro que el horno o el tragante, y cayó de bruces en el agua... y se mezcló en su boca el sabor asqueroso de la basura con el dulzón de la sangre.

Le rodearon unos brazos y unas manos le hundieron más, pero le levantaron enseguida.

Dale pataleó, arañó y se debatió contra aquella fuerza. Su cara se sumergió una vez más y después se apoyó en una lana mojada.

-¡Dale! ¡Basta, Dale! ¡Basta! Tranquilízate... ¡Soy mamá, Dale!

No le dio palmadas en la cara, pero sus palabras surtieron el mismo efecto. Él se quedó inmóvil, tratando de no pensar, pero pensando en el agua oscura que les rodeaba. «Nos atrapará a los dos. Nos destrozará y nos hundirá.»

-No pasa nada -dijo ella, aunque también temblaba al subir los desmesurados escalones-. Todo está bien -murmuró al salir no a la cocina sino por la puerta de atrás, bajo el espléndido sol de la tarde. Se alejaron de la casa como dos supervivientes que intentasen poner la mayor distancia posible entre ellos y el lugar del accidente.

Se derrumbaron sobre el césped, al pie del pequeño manzano, mojados y temblando. Dale pestañeaba, medio cegado por la luz. El calor y la luz del sol y los colores parecían irreales, como un sueño después de la pesadilla real de las tinieblas y de aquella cosa debajo del agua... Cerró los ojos y se esforzó en no temblar.

El señor Grumbacher había estado segando el césped con la segadora mecánica, y Dale oyó que el motor se paraba y que el hombre preguntaba a gritos si ocurría algo. Después oyó sus largas zancadas sobre la hierba. Dale intentó explicarse, sin parecer que se había vuelto loco.

-Algo... algo... algo debajo del agua -dijo furioso porque le castañeteaban los dientes-. Al...go trató de ag...garrarme.

Su madre le tenía abrazado, tranquilizándole con una voz al borde de las lágrimas. El señor Grumbacher miró hacia abajo -era muy alto y llevaba el mismo uniforme gris que se ponía todos los días para conducir el camión de la leche; esto le daba en cierto modo un aire oficial- y se marchó, y entonces la madre de Dale le abrazó de nuevo y le dijo que todo estaba bien; pero entonces volvió el señor Grumbacher, y Kevin estaba plantado en la puerta de su casa, mirando con curiosidad por encima del prado, a los que estaban tumbados al pie del manzano, con los hombros envueltos en una manta, y entonces entró el señor Grumbacher por la puerta, para bajar al sótano...

-¡No! -chilló Dale a su pesar. Trató de sonreír-. Por favor, no baje allí.

El señor Grumbacher miró a Kevin, que seguía observando desde la puerta de su casa. Le hizo señas de que se retirase, empuñó una larga linterna eléctrica de cinco pilas y cerró la puerta de tela metálica. La escalera del sótano bajaba desde un pequeño cuarto contiguo a la cocina; impedía que entrase el frío en invierno; ellos colgaban sus abrigos de repuesto en el descansillo. «Aquello estaba esperando allá abajo. El señor Grumbacher estaría perdido.»

Dale siguió temblando durante unos momentos y después se levantó, quitándose la manta de encima. Su madre le agarró de la muñeca, pero él se desprendió.

-Tengo que enseñarle dónde estaba aquello..., tengo que avisarle.

Se abrió la puerta de tela metálica y el padre de Kevin salió por ella, con los planchados pantalones grises de trabajo mojados hasta las rodillas y las botas chirriando sobre las losas. Apagó la linterna que sostenía con la mano izquierda; llevaba otra cosa en la derecha. Algo largo, blanco y mojado.

-¿Está muerto? -preguntó la madre de Dale.

Era una pregunta tonta. El cuerpo estaba hinchado hasta casi dos veces su tamaño normal.

El señor Grumbacher asintió con la cabeza.

-Probablemente no se ahogó -dijo, en aquel tono de voz suave pero seguro que le había oído Dale emplear muchas veces con Kevin-. Tal vez comió algo envenenado o en mal estado. Probablemente entró con los remolinos del agua al atascarse los tubos de desagüe.

-¿Es uno de los de la señora Moon? -preguntó la madre, acercándose más.

Dale pudo sentir que ella también temblaba ahora.

El señor Grumbacher se encogió de hombros y dejó el gato muerto sobre la hierba, junto al camino de entrada. Dale oyó un ligero ruido sibilante y vio que unas gotas de agua brotaban de entre los afilados dientes. Se acercó y lo tocó con la punta del zapato.

-¡Dale! -dijo su madre.

Él retiró el pie.

-Esto no es lo que... lo que yo vi -dijo, tratando de no temblar, de no parecer que hablaba a tontas y a locas-. No era un gato. Esto es un gato.

Volvió a tocar aquella cosa con el pie. El señor Grumbacher se permitió una de sus pequeñas y tensas sonrisas.

-Es lo único que había allá abajo, aparte de una caja de herramientas flotante y algún pequeño trasto. Ha vuelto la corriente. Y la bomba empieza a funcionar.

Dale miró hacia la casa. El interruptor había estado hacia abajo.... desconectado.

Kevin descendió la cuesta y se quedó allí, sujetándose los codos, como hacía cuando estaba un poco nervioso. Miró la cara pálida, la ropa empapada y los cabellos mojados de Dale; hizo un gesto con los labios, como si fuese a decir algo sarcástico; captó la mirada de su padre y se limitó a saludar con la cabeza a Dale. También tocó el gato muerto con la punta del zapato. Y brotó más agua del animal.

-Creo que es uno de los de la señora Moon -dijo la madre de Dale como si esto diese por terminada la cuestión.

El señor Grumbacher dio unas palmadas en la espalda de Dale.

-Es lógico que te hayas asustado un poco. Tropezar con el gato en la oscuridad, con agua hasta las pantorrillas, bueno..., eso habría asustado a cualquiera, hijo mío.

A Dale le entraron ganas de apartarse y decirle a Grumbacher que no era hijo suyo, y que el gato muerto no era lo que le había asustado. Pero en vez de esto hizo un esfuerzo y asintió con la cabeza. Todavía tenía en la boca el sabor amargo y agrio del agua que había tragado. «Tubby todavía está allá abajo.»

-Subamos a cambiarnos de ropa -dijo su madre al fin-. Más tarde podremos hablar de esto.

Dale asintió, dio un paso hacia la puerta de tela metálica y se detuvo.

-¿Podemos entrar por la puerta de delante? -preguntó.

Jim Harlen pedaleaba en la oscuridad, oyendo a los perros que ladraban furiosamente en toda la manzana y escuchando el ruido del camión de recogida de animales muertos. Parecía haberse detenido en el cruce de Depot y Broad. «Cortándome la retirada.»

El callejón por el que rodaba ciegamente se dirigía hacia el norte y hacia el sur, entre los graneros, los garajes y los largos patios de detrás de las casas de Broad y de la Quinta. Los patios eran tan grandes, las casas estaban tan rodeadas de arbustos y de hojas, y el propio callejón tan engalanado de follaje, incrementado por las recientes lluvias monzónicas, que Harlen comprendió que tenía que haber allí cien sitios oscuros donde esconderse: altillos de graneros, garajes abiertos, aquel grupo de árboles negros, el huerto de Miller a la izquierda y delante, las casas deshabitadas en Catton Drive...

«Esto es precisamente lo que ellos quieren que haga.»

Harlen detuvo la bici sobre las negras escorias del callejón. Los perros dejaron de ladrar. Incluso la humedad del aire parecía haber quedado en suspenso, reducida a una ligera niebla entre las lejanas luces de los porches de atrás.

Harlen tomó una decisión. Su madre no le había criado como a un tonto.

Cruzó un patio de atrás, pedaleando con fuerza a través de un huerto, con los neumáticos levantando barro detrás de él, abandonando la protección del oscuro callejón y pasando por delante de un sobresaltado perro de Labrador, que giró en redondo tan sorprendido que a punto estuvo de estrangularse con su correa antes de acordarse de ladrar.

Harlen encogió rápidamente la cabeza al ver el alambre de tender la ropa un segundo y medio antes de que le decapitase, se inclinó hacia la izquierda para evitar el poste de la luz -casi cayéndose de la bicicleta por desequilibrarle el brazo en cabestrillo-, se repuso, entró por el largo paseo de entrada de los Staffney y, dando un rodeo a la negra mole de su viejo granero, se detuvo en el paseo principal, a un metro del farol de gas que mantenían siempre encendido.

A media manzana de distancia, la oscura sombra de un camión de altos costados aceleró el motor y empezó a moverse en dirección a Harlen, bajo el túnel de ramas que cubría la calle. Tenía las luces apagadas.

Jim Harlen se apeó de la bici, subió saltando los cinco escalones del porche y tocó el timbre de la puerta.

El camión adquirió velocidad. Estaba a menos de sesenta metros de distancia, rodando por este lado de la ancha calle. La casa de los Staffney estaba a dieciocho o veinte metros de la acera. Unos olmos, un largo jardín y varios macizos de flores la separaban de la calle; pero Harlen habría querido que hubiese un foso y una trampa contra tanques entre el camión y él. Golpeó la puerta con el puño ileso, mientras tocaba el timbre con el codo en cabestrillo.

La puerta se abrió por fin, de par en par. Michelle Staffney estaba allí, en camisón y con la luz de la lámpara filtrándose a través del fino tejido y formando una aureola alrededor de sus largos y rojos cabellos. En circunstancias ordinarias, Jim Harlen se habría detenido para gozar del espectáculo, pero ahora entró violentamente en el iluminado zaguán.

-Jimmy, ¿qué estás...? ¡Eh...! -consiguió decir la pelirroja antes de que él pasara por su lado.

Cerró la puerta y le miró ceñuda.

Harlen se detuvo debajo de la lámpara y miró a su alrededor. Sólo había estado tres veces en la casa de Michelle -una vez al año por su fiesta de cumpleaños del mes de julio, que parecía ser un acontecimiento, tanto para ella como para los suyos-, pero recordaba las

grandes habitaciones, los techos elevados y las altas ventanas. Demasiadas ventanas. Harlen se estaba preguntando si tendrían un cuarto de baño o algo parecido en la planta baja, sin ventanas y con fuertes cerrojos cuando el doctor Staffney dijo, desde la escalera:

-¿Podemos ayudarte en algo, jovencito?

Harlen puso su mejor cara de niño abandonado y a punto de llorar, sin que tuviese que esforzarse mucho, y exclamó:

-Mi madre ha salido de casa y no tendría que haber nadie en ella, pero yo he vuelto del cine al aire libre, supongo que suspendido a causa de la lluvia, y había una señora desconocida en la segunda planta, y después me han perseguido y un camión salió detrás de mí... ¿Podrían ayudarme? ¡Por favor!

Michelle Staffney lo miró con sus bonitos ojos azules abiertos de par en par e inclinando la cabeza a un lado, como si él hubiese entrado y se hubiese orinado en el zaguán. El doctor Staffney seguía en la escalera, en pantalón de calle, con chaleco y corbata; miró a Harlen, se caló las gafas, se las quitó y bajó la escalera.

-Repite eso -dijo.

Harlen lo repitió, haciendo hincapié en los puntos importantes. Una mujer desconocida estaba en su casa. (No mencionó que estuviese muerta pero andando de un lado a otro.) Unos tipos le habían perseguido con un camión. (Ahora no importaba que fuese el de recogida de animales muertos.) Su madre había tenido que ir a Peoria para un asunto importante. (Probablemente para acostarse con alguien, pero no había necesidad de informarles de esto.) Y él tenía miedo. (Esto era verdad.)

La señora Staffney vino del comedor. Harlen había oído decir a C. J. Congden, a Archie Kreck o a algún otro que si se quería saber cómo sería una niña dentro de unos años en lo referente a tetas y otras cosas, había que observar a su madre. Michelle Staffney tenía mucho porvenir a este respecto.

La madre de Michelle rebulló alrededor de Harlen, dijo que le recordaba de todas las fiestas de cumpleaños, aunque Harlen sabía que habían asistido demasiados chicos y que sólo había sido invitado porque lo habían sido todos los de su clase, e insistió en llevárselo a la cocina para que tomase una taza de cacao, mientras el doctor Staffney llamaba al agente de policía.

El doctor parecía un poco confuso, si no francamente escéptico, pero se asomó a la puerta -naturalmente no se veía el camión, según pudo comprobar Harlen mirando desde detrás de él- y se dirigió al teléfono para llamar a Barney. La señora Staffney insistió en que cerrasen todas las puertas mientras esperaban. A Harlen esto le pareció muy bien. Tampoco le habría importado que cerrasen todas las grandes ventanas; pero por muy rica que fuese aquella gente, no tenía aire acondicionado en la vasta mansión, y probablemente ésta se habría calentado rápidamente de no estar abiertas las ventanas. Harlen se contentó con sentirse seguro, mientras la señora S. se atrafagaba en la cocina, calentando unas sobras de carne asada para él -Harlen había dicho que no había cenado, aunque había calentado los espaguetis que había dejado mamá en el Tupperware-, y el doctor S. le interrogaba por cuarta vez. Michelle le miraba con unos ojos muy abiertos que podían significar cualquier cosa, desde la adoración del héroe por su bravura hasta el más puro desprecio por portarse como un imbécil.

En realidad a Harlen le importaba poco.

La vieja en su habitación. Su cara en la ventana, mirando hacia abajo. Al principio había pensado que era la vieja Double-Butt, pero entonces algo le recordó a la señora Duggan. La otra. La muerta. El sueño. La cara en la ventana. Y él, cayendo.

Harlen se estremeció, y la señora S. le trajo un trozo de pastel. El doctor Staffney empezó a preguntarle con qué frecuencia hacía su madre aquellos recados y le dejaba solo en casa. ¿Estaba enterada de que había leyes contra los que descuidaban a sus hijos?

Harlen trataba de responder, pero era difícil; tenía la boca llena de pastel y no quería parecer grosero delante de Michelle.

Librodot

Barney llegó unos treinta y cinco minutos después de que el doctor le llamase: probablemente un nuevo récord del pueblo, pensó Harlen.

Éste refirió de nuevo su historia, esta vez con un poco menos de pánico sincero, y en tono más ceremonioso. Cuando llegó a la parte referente a la cara en la ventana y el camión en la calle, el temblor de su voz fue auténtico. En realidad pensaba en lo cerca que había estado de subir pedaleando por el callejón y esconderse en uno de aquellos oscuros graneros o casas vacías, y se preguntaba qué podría haber estado esperándole allí.

Había verdaderas lágrimas en sus ojos cuando terminó de describir la situación al policía; pero pestañeó para contenerlas. No iba a llorar delante de Michelle Staffney. Ojalá no hubiese subido corriendo al piso de arriba para ponerse una bata de franela mientras la madre preparaba el chocolate caliente. De hecho, el ligero deseo sexual que experimentó al entrar se estaba ya mezclando con el recuerdo de puro terror y con la descarga física de adrenalina que le había precedido.

El agente Barney le llevó a su casa. El doctor Staffney les acompañó y se quedó sentado en el coche con Harlen, mientras Barney registraba la casa, que estaba como Harlen la había dejado, con las luces encendidas y la puerta cerrada. Pero Barney había ido a la puerta de atrás y había llamado antes de entrar... De haber estado en su lugar, Harlen habría entrado agachado y rápidamente, empuñando el revólver, como hacían los polis en *La ciudad desnuda*. Barney ni siquiera tenía revólver, o al menos no lo llevaba consigo.

Harlen contestó las preguntas del doctor S. sobre los hábitos de viajes de fin de semana de su madre, pero esperando oír un grito dentro de la casa.

Barney salió y les hizo señas de que entrasen.

-No hay señales de entrada con violencia -dijo cuando subieron la escalera de atrás. Harlen se dio cuenta de que el policía se dirigía al médico, no a él-. Todo está un poco revuelto. Como si alguien hubiese estado buscando algo. -Se volvió a Harlen-. ¿Ha sido esto, hijo, o siempre suele estar así?

Harlen examinó la cocina y el comedor con mirada atenta. Las cazuelas llenas de grasa encima del hornillo. Montones de platos sucios en el fregadero, en el tablero e incluso encima de la mesa. Viejas revistas, cajas y porquerías en el suelo. Bolsas de basura llenas a rebosar. El cuarto de estar no era mucho mejor. Harlen sabía que había un sofá debajo de todos aquellos papeles y recetas de cocina de la tele, ropa y trastos, pero comprendía por qué el policía y el doctor podían tal vez no estar seguros.

Se encogió de hombros.

-Mamá no es muy ordenada.

Le fastidió el tono en que sonó su voz, como si tuviese que disculparse ante aquel par de imbéciles.

-¿Encuentras a faltar algo, Jimmy? -preguntó Barney, como si acabase de recordar su nombre.

Salvo las bofetadas, nada molestaba tanto a Harlen como que le llamasen Jimmy. A excepción de cuando Michelle le había llamado así esta noche. Sacudió la cabeza y pasó de una habitación a otra en la pequeña planta baja, tratando de arreglar disimuladamente algunas cosas de pasada.

-No -dijo-. No creo que falte nada. Pero no estoy seguro.

«¿Qué coño habrían podido robar? ¿La esterilla eléctrica de mamá? ¿Las viejas recetas de la tele? ¿Mis revistas de desnudos?» Harlen se ruborizó de pronto al pensar que Barney, el FBI o alguien podían hacer un registro a fondo y encontrarlas debajo de las tablas inferiores de su armario.

-La vieja estaba arriba, no aquí abajo -dijo, con una brusquedad que no había pretendido.

-Ya he mirado arriba -dijo el policía. Después se dirigió al doctor S.-. Mucho desorden pero ninguna señal de robo ni de vandalismo.

Mientras subían los tres, Harlen se iba sintiendo asqueado por momentos. Se imaginaba al remilgado doctor contando a sus remilgadas esposa e hija todo el revoltijo que había visto.

Librodot

Probablemente iría a casa y despertaría a Michelle para decirle que se apartase de ese patán de Harlen. Ella le había llamado Jimmy.

-¿Falta algo? -preguntó Barney desde el pasillo mientras Harlen miraba en la habitación de su madre y después en la suya.

¡Maldita sea! Al menos ella hubiera podido hacer la maldita cama o recoger los malditos Kleenex, las revistas o alguna cosa.

-No -dijo, dándose cuenta de lo estúpido que parecía. Se imaginó al elegante doctor diciendo a la señora S. y a Michelle al día siguiente, durante el desayuno: «Ese chico es un patán y un retrasado mental»-. Creo que no -añadió. Y después, en tono realmente apremiante-: ¿Ha registrado los armarios?

-Es lo primero que he hecho -dijo Barney-. Pero volveremos a mirarlos juntos.

Harlen se quedó atrás mientras el policía y el médico miraban en los armarios. «Me están siguiendo la corriente. Después, cuando se hayan ido, aquel cadáver putrefacto saldrá de alguna parte y me arrancará el corazón de una dentellada.»

- Como si leyese sus pensamientos, Barney dijo:

-Yo esperaré a que vuelva tu madre, hijo.

-También yo -dijo el médico. Intercambió una mirada con el poli-. ¿Sabes cuándo volverá, Jim?

-No.

Harlen se mordió el labio. Si volvía a llamarle así, iría en busca del viejo revólver de su padre y se saltaría la tapa de los sesos delante de aquellos dos tipos. «El revólver. ¿No se lo había dejado él a mamá, para que pudiese defenderse?» Empezó a animarse.

-Ponte el pijama, hijo -dijo el policía. Por su vida que no podía Harlen recordar el verdadero nombre de Barney-. ¿Tienes un poco de café?

-De ése instantáneo -dijo Harlen. Había estado a punto de decir «no»-. En el tablero de la cocina. Abajo.

«Acabamos de pasar por la cocina, estúpido.»

-Prepárate para ir a la cama -insistió el agente, y descendió a la planta baja con el médico.

La casa era pequeña. Harlen podía oírles fácilmente. Su madre y él no podían tirarse un pedo sin que el otro lo oyese; Harlen se preguntaba a veces si ésta era la causa de que su padre se hubiese largado con la fulana. Pero esta noche, la casa no era lo bastante pequeña. Salió al pequeño rellano.

-¿Ha mirado debajo de las camas..., señor? -gritó hacia abajo.

Barney se puso al pie de la escalera.

-Claro que sí. Y en los rincones. No hay nadie ahí arriba. Ni aquí abajo. El doctor acaba de mirar en el jardín. Y yo voy a ir a registrar el garaje. No tenéis sótano, ¿verdad, hijo?

-No -dijo Harlen. «¡Maldita sea!»

Barney asintió con la cabeza y volvió a la cocina. Harlen oyó que el padre de Michelle decía algo sobre el departamento de Sanidad.

Harlen entró en su habitación y no cerró la puerta; arrojó las bambas en un rincón, tiró los calcetines en el suelo, y se quitó los tejanos y la camiseta de manga corta. Entonces se inclinó, recogió los calcetines y el pantalón y los arrojó dentro del armario, sin acercarse demasiado.

«Ella estaba precisamente allí. Junto a la ventana. Paseaba arriba y abajo.»

Se sentó en el borde de la cama. El despertador marcaba las 10.28. Temprano. Aquellos hombres estarían allí durante cuatro o cinco horas más, si era una noche de sábado normal. Pero ¿se quedarían realmente? Si no lo hacían, Harlen estaba dispuesto a correr detrás del coche de la policía cuando se marchasen. Esta noche no se quedaría aquí solo.

«¿Dónde diablos guarda ella el arma?» No era muy grande, pero sí de un acero azul y de aspecto amenazador. Y había una caja blanca y azul de balas. Su padre le había dicho que no tocase nunca el revólver ni las balas; solían estar en el cajón de papá, pero mamá los había escondido cuando él se había marchado con la fulana. «¿Dónde?» Probablemente era ilegal. Barney lo encontraría y les metería a los dos en la cárcel.

Librodot

La puerta de atrás se cerró de golpe. Harlen se estaba poniendo el pijama y aquel ruido le sobresaltó. Oyó sus voces.

Sonaron pisadas y la voz de Barney resonó mucho más fuerte en la escalera.

-¿Quieres un poco de chocolate caliente antes de acostarte, hijo?

El estómago de Harlen borboteaba a causa de la cantidad de líquido que le había obligado a ingerir la señora Staffney.

-¡Sí! -gritó-. Enseguida bajo.

Levantó la almohada para sacar la chaqueta del pijama de donde la guardaba siempre.

Tenía una especie de porquería gris y viscosa. Harlen frunció el ceño al mirarse las manos, las enjugó en el pantalón del pijama y retiró la colcha.

Parecía como si la sábana hubiese sido manchada con varios litros de algo que parecía una mezcla de moco y semen. Aquello brillaba a la luz de la lámpara de la mesita de noche y de la bombilla del techo. Era como si la cama hubiese sido una rebanada de pan y alguien hubiese vertido en ella montañas de jalea gris, una mucosidad espesa y resbaladiza que captaba la luz, empapaba las sábanas y se estaba ya secando en pequeños grumos y aristas. Olía como si alguien hubiese dejado una toalla mojada en un agujero sucio, para que se pudriese durante tres años, y entonces se hubiese meado en ella una manada de perros.

Harlen se tambaleó hacia atrás, dejó caer la chaqueta del pijama y se apoyó en la jamba de la puerta. Tenía la impresión de que iba a vomitar. El suelo de madera parecía oscilar como la cubierta de una pequeña embarcación en un mar alborotado. Harlen salió y se agarró a la bamboleante baranda.

-¡Señor agente!

-¿Qué, hijo mío? -gritó Barney desde la cocina.

Harlen pudo oler el café instantáneo y la leche que se estaba calentando. Miró atrás, hacia la habitación, casi esperando ver las sábanas limpias, o al menos relativamente limpias como habían estado esta mañana, algo parecido a las alucinaciones o espejismos que se ven en las películas.

La mucosidad gris resplandecía casi blanca bajo la luz.

-¿Qué? -dijo Barney, acercándose al pie de la escalera.

El hombre tenía la frente arrugada, como si estuviese alarmado. Sus ojos negros parecían... ¿preocupados? ¿Tal vez inquietos?

-Nada -dijo Harlen-. Enseguida bajo a tomar el chocolate.

Entró en la habitación, retiró las sábanas de la cama, procurando no tocar aquella porquería, y las arrojó con el pijama a un rincón del armario. En el cajón de abajo de su tocador encontró otro pijama, limpio pero que le había quedado pequeño; se puso la vieja y raída bata, fue a lavarse las manos y bajó a reunirse con los dos hombres.

Ni siquiera más tarde supo Jim Harlen porqué había preferido no mostrarles esta prueba concluyente de que alguien o algo había estado en su casa. Tal vez comprendió, en aquel momento, que era algo que tenía que resolver él solo. O tal vez vio que algunas cosas eran demasiado embarazosas para compartirlas con otros, que el mero hecho de mostrarles la cama sería casi como sacar las revistas de su escondite y jactarse de ellas.

«Ella estaba aquí. Aquello estaba aquí.»

El chocolate caliente estaba muy bueno. El doctor Staffney había limpiado la mesa de la cocina y los tres estuvieron sentados allí, charlando, hasta las doce y media, en que entró la madre de Harlen por la puerta de atrás.

Harlen subió entonces al piso de arriba, encontró una manta de repuesto en el armario y se cubrió con ella, sin preocuparse de las sábanas. Se durmió rápidamente, sonriendo un poco al oír voces irritadas en la planta baja.

Esto se parecía mucho a cuando papá vivía en casa.

23

Librodot

Durante el peor período de su fiebre, Mike soñó que estaba hablando con Duane McBride.

Duane no parecía muerto. No estaba hecho trizas como decían todos los de la ciudad. No andaba dando bandazos como un zombie o un ser de otro mundo; era el Duane que Mike conocía desde hacía años, pesado, lento, con pantalón de pana y camisa de franela a cuadros. Incluso en el sueño, Duane se tomaba tiempo para ajustarse de vez en cuando las gafas de negra montura.

Estaban en un lugar desconocido para Mike, pero que le era absolutamente familiar: un ondulado pastizal de alta y rica hierba. Mike no sabía exactamente lo que estaba haciendo allí, pero vio a Duane y se reunió con él sobre una roca próxima al borde de un acantilado. El acantilado era más alto que todos los que había visto Mike en la vida real, incluso más alto que el Starved Rock State Park, donde había ido su familia cuando él tenía seis años. La vista se prolongaba hasta el infinito. Había ciudades allá abajo, y un ancho río en el que navegaban lentas barcazas. Duane no miraba siquiera aquel panorama; estaba escribiendo en su libreta. Levantó la mirada cuando Mike se sentó junto a él.

-Siento que estés enfermo -dijo Duane, y se ajustó las gafas.

Dejó la libreta a un lado.

Mike asintió con la cabeza. No estaba seguro de si diría lo que quería decir, pero lo dijo de todos modos:

-Y yo siento que te mataran.

Duane se encogió de hombros.

Mike se mordió el labio. Tenía que preguntarlo.

-¿Te dolió? Quiero decir cuando te mataron.

Duane estaba comiendo una manzana. Hizo una pausa para engullir.

-Claro que me dolió.

-Lo siento.

Fue lo único que se le ocurrió decir a Mike. Había un perrito jugando con un muñeco chupete en el otro lado de la roca de Duane; pero Mike observó, con la tranquila aceptación característica de los sueños, que no era un perro sino una especie de pequeño dinosaurio, y que el muñeco era un gorila verde.

-Tienes un verdadero problema con aquel soldado -dijo Duane, y ofreció un trozo de manzana a Mike.

Este sacudió la cabeza.

-Sí.

-Los otros también tienen problemas, ¿sabes?

-¿Sí? -dijo Mike. Había un avión que era en parte pájaro y que tapaba la luz del sol. Se cernió sobre el valle-. ¿Qué otros?

-Ya sabes, los otros chicos.

Esto fue bastante para Mike. Se refería a Dale y a Harlen.

-Si os empeñáis en luchar vosotros solos contra esa cosa –dijo Duane, ajustándose las gafas y mirando al fin el panorama-, terminareis muertos.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó Mike

Se daba vagamente cuenta de que un perro estaba ladrando en alguna parte, un perro real, y había sonidos de fondo que le recordaban su casa por la tarde, más que este lugar.

Duane no le miraba.

-Descubre quiénes son esas criaturas. Empieza por el Soldado

Mike se levantó y caminó hasta el borde del acantilado. Ahora no podía ver nada allá abajo; todo era niebla, nubes o algo parecido

-¿Como puedo hacerlo?

Duane suspiró.

-Bueno, ¿a quién persigue eso?

A Mike ni siquiera le pareció extraño que Duane hubiese dicho «eso» en vez de «él». El Soldado era un eso.

-Persigue a Memo.

Duane asintió con la cabeza y se ajustó las gafas con un movimiento impaciente del dedo.

-Entonces, pregunta a Memo.

-Está bien -convino Mike-. Pero, ¿cómo podremos saber todo lo demás? Quiero decir que nosotros no somos tan inteligentes como lo eras tú.

Duane no se había movido, pero por alguna razón ahora estaba sentado mucho más lejos que antes. En la misma roca, pero más lejos Y ya no estaban en lo alto de un monte, sino en una calle de una ciudad. Estaba oscuro y hacía frío; tal vez era un día de invierno. La roca de Duane en realidad era un banco. Parecía que él estuviese esperando un autobús. Miraba con ceño a Mike, casi con irritación.

-Siempre puedes preguntarme a mí -dijo. Y cuando vio que Mike no le comprendía, añadió-: Además, eres inteligente.

Mike quiso protestar, decirle a Duane que no comprendía la mitad de lo que éste decía y que leía aproximadamente un libro al año, pero advirtió que Duane estaba subiendo al autobús. Sólo que no era un autobús sino una especie de máquina agrícola gigantesca, con ventanillas en los lados y una caseta del timón en lo alto, como las que había visto en ilustraciones de barcos fluviales, y una rueda de paletas que parecía hecha de hojas de afeitar giratorias.

Duane se asomó a una de las ventanillas.

-Eres inteligente -gritó a Mike-. Más de lo que te imaginas. Y además, tienes una gran ventaja.

-¿Cuál es? -gritó Mike, corriendo para mantenerse a la altura de la máquina-autobús.

No sabía cuál de las cabezas ni cuál de los brazos que se agitaban pertenecían a Duane McBride.

-Que estás vivo -dijo la voz de Duane.

La calle estaba vacía.

Mike se despertó. Todavía estaba febril y le dolía todo el cuerpo, pero el pijama y las sábanas estaban empapados de sudor. Debía ser por la tarde, temprano. La luz del sol reflejada y una lenta corriente de aire entraban a través de las persianas. La temperatura debía ser de casi cuarenta grados, incluso con el ventilador del pasillo funcionando. Mike pudo oír que su madre o una de sus hermanas pasaba la aspiradora en la planta baja.

Mike se estaba muriendo por un vaso de agua, pero se sentía demasiado débil para levantarse y sabía que no podían oírle desde abajo con el ruido de la Hoover. Se contentó con acercarse más a la ventana para que le alcanzase un poco de brisa. Podía ver el césped del jardín de delante, cerca de la pila para pájaros que les había regalado su padre hacía años.

«Pregunta a Memo.»

Muy bien, lo haría en cuanto se sintiese lo bastante restablecido para ponerse los tejanos y bajar.

Todo el día siguiente, domingo diez, la madre de Harlen estuvo furiosa contra él, como si hubiese sido él y no Barney y el doctor Staffney quien le hubiese echado un rapapolvo. La casa estaba llena de esa tensión silenciosa que seguía a las peleas entre sus padres: una hora o dos de gritos, y después tres semanas de frío silencio. Pero a Harlen no le importaba. Si esto servía para que ella se quedara en casa y se interpusiera entre él y la cara de la ventana, llamaría al policía cada dos días para que le echase una buena bronca.

-¡Yo no te dejo abandonado! -le gritó su madre mientras él estaba calentando un poco de sopa para la comida. Era la primera vez que le hablaba en todo el día-. Sabe Dios que me paso muchas horas despellejándome los dedos para cuidar de ti, para cuidar de la casa...

Harlen miró hacia el cuarto de estar. Las únicas superficies vacías eran las que él y los dos hombres habían limpiado la noche anterior. Barney había lavado también los platos, y el limpio tablero le parecía diferente.

-Y no te atrevas a hablarme en ese tono, jovencito -le gritó su madre.

Harlen la miró fijamente. Él no había dicho una palabra.

-Ya sabes lo que quiero decir. Esos dos... entrometidos... vienen aquí y pretenden darme lecciones, a mí, de cómo he de cuidar a mi hijo. Y lo llaman abandono peligroso.

Le temblaba la voz. Se interrumpió para encender un cigarrillo y también le temblaban las manos. Apagó la cerilla, exhaló humo y tamborileó con las uñas pintadas sobre el tablero. Harlen miró la mancha de lápiz de labios en el cigarrillo. No soportaba las colillas manchadas de lápiz de labios por toda la casa. Le enfurecía, y no sabía por qué.

-Después de todo -prosiguió ella, controlando ahora su voz-, tienes once años. Eres casi un hombrecito. Mira, cuando yo tenía once años cuidaba de mis tres hermanos más pequeños y trabajaba a horas en un restaurante barato de Princeville.

Harlen asintió con la cabeza. Conocía la historia.

Su madre aspiró humo y se volvió, tamborileando todavía con los dedos de la mano izquierda sobre el tablero y sosteniendo agresivamente el cigarrillo con la derecha, como suelen hacer las mujeres.

-¡Qué cara más dura la de esos idiotas!

Harlen vertió la sopa de tomate en un tazón y esperó a que se enfriase.

-Mamá, sólo vinieron porque aquella mujer loca estuvo en la casa. Pensaban que podía volver.

Ella no se volvió hacia él. Su espalda estaba rígida, como tantas veces la había visto vuelta contra su padre.

Probó la sopa. Todavía estaba demasiado caliente.

-De veras, mamá -dijo-. No pretendían nada. Sólo...

-No me digas lo que pretendían, James Richard -saltó ella, volviéndose al fin de cara a él, con un brazo cruzado sobre el pecho y el otro vertical, sosteniendo aún el cigarrillo-. Comprendo un insulto cuando lo oigo. Lo que ellos no comprenden es que seguramente te imaginaste ver a alguien en la ventana. No se acordaron de que el doctor Armitage, del hospital, dijo que habías sufrido un fuerte golpe en la cabeza..., un hemi... hemo...

-Hematoma subdural -dijo Harlen.

La sopa ya se había enfriado.

-Una conmoción muy grave -terminó ella, y dio una chupada al cigarrillo-. El doctor Armitage me advirtió que podías experimentar algunas..., ¿cómo se dice...?, algunas alucinaciones. Quiero decir que no fue como si vieses a alguien a quien conocías, ¿sabes? A alguien real.

«Hay personas reales en el mundo a las que no conozco», estuvo tentado de replicar. Pero no lo hizo. Un día de frialdad era bastante.

-No -dijo.

Su madre asintió con la cabeza, como si hubiese quedado resuelta la cuestión. Terminó el cigarrillo y volvió a mirar por la ventana de la cocina.

-Me gustaría saber dónde estaban esos altos y poderosos caballeros cuando yo me pasaba las veinticuatro horas del día junto a tu cama en el hospital -murmuró.

Harlen se concentró en terminar la sopa. Fue al frigorífico, pero el único cartón de leche llevaba allí tantísimo tiempo que no se le ocurrió abrirlo. Llenó un vaso de jalea con agua del grifo.

-Tienes razón, mamá. Pero me alegré de verte cuando volviste a casa.

La súbita rigidez de la espalda de su madre le advirtió que no debía continuar con el tema.

-¿No ibas a ir hoy al Salón de Adelle para que te arreglase el pelo?

-Si lo hiciese, supongo que volvería a visitarte ese polizonte para acusarme de ser una mala madre -dijo ella, en un tono sarcástico que él no le había oído emplear desde que se marchó su padre.

El humo se elevó sobre la mata de cabellos negros y formó una pálida aureola al recibir la luz de sol.

Librodot

-Ahora es de día, mamá -dijo él-. Con luz de día, no tengo miedo a nada. Ella no volverá siendo de día.

En realidad, Harlen sabía que sólo la primera de estas tres declaraciones era absolutamente cierta. La segunda era falsa. Y la tercera... no lo sabía.

Su madre se llevó la mano al pelo, y aplastó el cigarrillo en el fregadero.

-Está bien; volveré dentro de una hora, o tal vez un poco más. Tienes el número de Adelle, ¿verdad?

-Sí.

Harlen enjuagó el tazón de la sopa y lo colocó junto a los platos del desayuno. El Nash hizo el fuerte ruido acostumbrado al alejarse por Depot Street. Harlen esperó un par de minutos más porque su madre olvidaba con frecuencia algo y volvía a toda prisa para recogerlo, y cuando estuvo seguro de que se había ido definitivamente, subió despacio la escalera y entró en la habitación de ella. Le palpitaba locamente el corazón.

Aquella mañana, mientras su madre dormía, había aclarado las sábanas y las fundas de almohada en la bañera y las había metido después en la lavadora. El pijama lo había arrojado en el cubo de la basura del lado del garaje. Por nada del mundo volvería a dormir con él.

Ahora registró los cajones del tocador de su madre, hurgando debajo de la ropa interior de seda y sintiendo una excitación parecida a la de la primera vez que había traído a casa una de aquellas revistas de C. J. Hacía calor en la habitación. La espesa luz del sol se extendía sobre las revueltas sábanas y la colcha de la cama de su madre; pudo percibir su perfume denso y fuerte. Los periódicos del domingo estaban desparramados sobre la cama, tal como ella los había dejado.

El revólver no estaba en el tocador. Harlen miró en la mesita de noche, apartando a un lado las cajetillas vacías de cigarrillos y un paquete medio vacío de Trojans. Anillos, bolígrafos que no funcionaban, cerillas de diferentes restaurantes y clubs nocturnos, trozos de papel y servilletas con nombres de hombres garrapateados en ellos, una especie de relajador muscular mecánico, un libro en rústica. Ningún arma.

Harlen se sentó en la cama y miró a su alrededor. El armario sólo contenía vestidos, zapatos y por..., ¡espera! Acercó una silla para poder llegar al fondo del único estante, y palpó detrás de cajas de sombreros y de suéters doblados. Su mano tropezó con un frío metal. Sacó una fotografía enmarcada. Su padre sonreía, ciñendo a mamá con su brazo y a un chiquillo de cuatro años con el otro, un chiquillo que sonreía tontamente y en el que Harlen se reconoció vagamente. Al niño le faltaba uno de los dientes de delante, pero no parecía importarle. Los tres estaban delante de una mesa al aire libre; Harlen reconoció el Bandstand Park, en el centro del pueblo. Tal vez antes era el cine gratuito.

Arrojó la foto sobre la cama y buscó debajo del último suéter viejo que había allí. Una culata curva. La guarda metálica de un gatillo.

Lo sacó de allí con ambas manos, cuidando de mantener el dedo lejos del gatillo. Aquella cosa era sorprendentemente pesada por su tamaño. Las partes metálicas eran de un acero azul oscuro; el cañón era extrañamente corto, tal vez sólo tenía cinco centímetros. La culata era de una bonita madera nudosa, a cuadros. Aquella arma casi parecía un 38 de juguete que había tenido de pequeño, hacía un año o dos, e imaginó a casa las revistas pornográficas de C. J. por primera vez. Sólo tardó unos segundos en saber cómo había que cargar las cámaras vacías, y después hizo girar el cilindro para asegurarse de que estaba completamente cargado. Metió las otras balas en los bolsillos de los tejanos, dejó el bote donde lo había encontrado y salió, saltando la valla y dirigiéndose al huerto, en busca de un sitio donde practicar.

Y de algo con lo que practicar.

Memo estaba despierta. A veces tenía los ojos abiertos pero no se daba cuenta de nada. Este no era uno de esos momentos. Mike se agachó al lado de la cama. Su madre estaba en casa -era el domingo diez de julio, el primer domingo en que Mike había dejado de ayudar a

misa en casi tres años- y la aspiradora estaba funcionando arriba, en su habitación. Mike se acercó más a la cama y vio que los ojos castaños de Memo le seguían. Ella tenía una mano doblada sobre la colcha como una garra, con los dedos nudosos y el dorso de la mano surcado de venas.

-¿Puedes oírme, Memo? -murmuró Mike, con la boca cerca de su oído.

Después se echó atrás y la miró a los ojos.

Un pestañeo. Sí. La clave era de un pestañeo para decir «sí», dos para decir «no» y tres para decir «no lo sé» o «no comprendo». Así se comunicaban con ella para las cosas más sencillas: cuando había que cambiarle la ropa interior o la de la cama, cuando había que ponerle el orinal de cuña; cosas así.

-Memo -murmuró Mike, con los labios todavía resecos por los cuatro días de

fiebre-; ¿viste al Soldado en la ventana?

Un pestañeo. Sí.

-¿Le habías visto antes?

Sí.

-¿Le tienes miedo?

SI.

-¿Crees que ha venido para hacernos daño?

Sí.

-¿Crees todavía que es la Muerte?

Uno, dos, tres pestañeos. No lo sé.

Mike respiró hondo. El peso de sus sueños febriles gravitaba encima de él como cadenas.

-¿Le... le reconociste?

Sí.

--¿Es alguien a quien conoces?

Sí.

-¿Le conocen papá y mamá?

No.

-¿Le conocería yo?

No.

-Pero tú le conoces, ¿verdad?

Memo cerró los ojos durante un buen rato, como si sintiera dolor o estuviera desesperada. Mike se sentía como un idiota, pero no sabía qué más preguntarle. Ella pestañeó una vez. Sí. Definitivamente, le conocía.

-¿Está... vivo ahora?

No.

Mike no se sorprendió.

-Entonces es alguien a quien conoces y que está muerto, ¿verdad?

Sí.

-¿Pero es una persona real? Quiero decir, alguien que estuvo vivo.

Sí.

-¿Crees... crees que es un fantasma, Memo?

Tres pestañeos. Una pausa. Después, uno.

-¿Es alguien a quien conocíais el abuelo y tú?

Pausa. *Sí.*

-¿Un amigo?

No pestañeó. Sus ojos oscuros se clavaron en Mike, como pidiéndole que hiciese preguntas pertinentes.

-¿Amigo del abuelo?

No.

-¿Enemigo del abuelo?

Ella vaciló. Pestañeó una vez. Tenía los labios y la barbilla mojados de saliva. Mike cogió el pañuelo de hilo que estaba sobre la mesita de noche para enjugarla.

-Entonces, ¿era enemigo del abuelo y tuyo?

No.

Mike estaba seguro de que había pestañeado dos veces, pero no comprendía por qué. Ella acababa de decir...

-Un enemigo del abuelo -murmuró. La aspiradora había dejado de funcionar arriba, pero él pudo oír que su madre tarareaba mientras quitaba el polvo en las habitaciones de las niñas-. ¿Enemigo del abuelo, pero no tuyo?

Sí.

-Este soldado, ¿era amigo tuyo?

Sí.

Mike se balanceó sobre los talones. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Cómo podía descubrir quién había sido aquella persona y por qué perseguía a Memo?

-¿Sabes por qué ha vuelto, Memo?

No.

-Pero le tienes miedo, ¿eh?

Mike sabía que era una pregunta estúpida.

Sí. Pausa. *Sí.* Pausa. *Sí.*

-¿Le tenías miedo cuando... cuando estaba vivo?

Sí.

-¿Hay alguna manera de que yo pueda descubrir quién era?

SI. Sí.

Mike se puso en pie y caminó arriba y abajo por el pequeño espacio. Pasó un coche por la Primera Avenida. Un olor a flores y a césped recién segado entró por la ventana. Mike se dio cuenta con un sobresalto de culpabilidad de que su padre debía de haber segado el jardín mientras él estaba enfermo. Se agachó de nuevo junto a Memo.

-Memo, ¿puedo examinar tus cosas? ¿Te importa que les eche un vistazo?

Advirtió que había formulado la pregunta de manera que ella no podía responderle. Memo le miró, esperando.

-¿Me lo permites? -murmuró él.

Sí.

El baúl de Memo estaba en el rincón. Todos los críos tenían absolutamente prohibido mirar lo que había en él: eran los bienes más preciados e íntimos de su abuela, y la madre de Mike velaba por ellos como si la anciana hubiese de utilizarlos algún día

Mike revolvió la ropa hasta que encontró el paquete de cartas, la mayoría de ellas de su abuelo durante sus viajes como vendedor por todo el Estado.

-¿Aquí, Memo?

No.

Había una caja de fotos, la mayoría de ellas de color sepia. Mike la levantó.

Sí.

Mike hojeó rápidamente las fotos, consciente de que su madre estaba terminando en las habitaciones de las chicas y que sólo tenía que arreglar la de él. Lo habitual era que él descansara en el cuarto de estar mientras ella aireaba el dormitorio y cambiaba las sábanas.

Debía de haber un centenar de fotografías en la caja: retratos en óvalo de parientes conocidos y de caras desconocidas; instantáneas de su abuelo cuando era joven, alto y vigoroso; el abuelo delante de su Pierce Arrow, el abuelo posando orgullosamente con otros dos hombres delante de la tienda de puros que había poseído, breve y desastrosamente, en Oak Hill; el abuelo y Memo en Chicago, en la Feria Universal; fotos de la familia, fotos de excursiones al campo, de vacaciones y de momentos de ocio en el porche; la fotografía de un niño vestido de blanco y durmiendo al parecer sobre un almohadón de seda..., y Mike se dio

cuenta, impresionado, de que era el hermano gemelo de su padre, que había muerto siendo muy pequeño.

La foto había sido tomada después de la muerte del pequeño. ¡Qué costumbre tan horrible!

Mike hojeó más deprisa las fotografías. Algunas de Memo como señora mayor; el abuelo lanzando herraduras; una fotografía familiar de cuando Mike era pequeño, con las chicas mayores sonriendo a la cámara; más fotos antiguas...

Mike lanzó ahora una exclamación. Dejó caer el resto de las fotos en la caja y sostuvo una con marco de cartón, alargando el brazo, como si estuviese infectada.

El Soldado miraba orgullosamente. El mismo uniforme caqui, las mismas vendas o como lo hubiese llamado Duane, el mismo sombrero de campaña y el cinturón Sam Browne y... Era el mismo Soldado. Sólo que la cara no estaba esbozada en cera, sino que era una cara humana; ojos pequeños mirando a la cámara, unos labios finos y sonrientes, unos cabellos lisos y peinados hacia atrás, unas orejas grandes, barbilla pequeña y nariz prominente. Mike volvió la foto del revés. En la perfecta caligrafía de su abuela, esta inscripción: «William Campbell Phillips: 9 de nov. 1917.»

Mike sostuvo la foto en alto.

Sí.

-¿Es realmente él?

Sí.

-¿Hay algo más en el baúl, Memo? ¿Algo más que me informe sobre él?

Mike no creía que lo hubiese. Quería cerrar el baúl antes de que bajase su madre.

Sí.

Pestañeó, sorprendido. Levantó la caja de fotos.

No.

¿Qué más? Sólo una libreta pequeña con cubiertas de cuero. La levantó y la abrió por la mitad. La escritura era de puño y letra de su abuela. La fecha, enero de 1918.

-Un diario -susurró.

Sí. Sí. La anciana cerró los ojos y no volvió a abrirlos. Mike cerró de golpe el baúl, se guardó rápidamente la foto y el diario y se acercó a la cama, bajando la cara hasta que su mejilla casi tocó la boca de su abuela. Un aliento suave y seco brotó de los labios de ella.

Él le acarició suavemente los cabellos una vez, y entonces escondió el diario y la foto debajo de su camisa y se dirigió al sofá para «descansar».

Jim Harlen descubrió que la expresión «revólver de barriga», de su padre, significaba probablemente que había que apoyar aquel maldito trasto en la panza de alguien para que hiciese blanco. De no ser así, la pequeña arma no servía de nada.

Había caminado unos sesenta metros en el pequeño huerto de detrás de su casa y de la de los Congden hasta encontrar un árbol que parecía un buen blanco. Había retrocedido unos veinte pasos, levantado el brazo ileso con firmeza, y apretado el gatillo.

No sucedió nada. Mejor dicho, el percutor se levantó un poco y cayó hacia atrás. Harlen se preguntó si habría alguna clase de seguro en aquella maldita cosa... No, ningún botón ni resorte, salvo el que le había permitido abrir el cilindro. Tirar del gatillo era sencillamente más difícil de lo que había creído. Además, aquello le estaba haciendo perder en cierto modo el equilibrio.

Se agachó un poco y utilizó la yema del pulgar para echar atrás el percutor hasta que oyó un chasquido y quedó el arma amartillada. Sujetando bien la culata, apuntó contra el árbol, lamentando no tener un mejor punto de mira que la pequeña bolita de metal en el extremo del corto cañón, y apretó de nuevo el gatillo.

El estampido casi le hizo soltar el revólver. Era realmente muy pequeño, y había esperado que el ruido y el retroceso tampoco fuesen grandes..., como los del rifle del 22 que Congden le dejaba disparar de vez en cuando. Pero no fue así.

El fuerte estampido había hecho que le zumbasen los oídos. Unos perros empezaron a ladrar en los patios de la Quinta Avenida. A Harlen le pareció oler a pólvora, aunque el olor se parecía muy poco a los petardos que había disparado hacía una semana, y su muñeca conservó el recuerdo de la energía gastada. Avanzó para ver dónde había dado la bala.

Nada. No había tocado el árbol. El tronco tenía casi medio metro de diámetro y no le había dado. Ahora se puso a quince pasos de distancia, amartilló el maldito revólver con cuidado, apuntó más minuciosamente, contuvo el aliento y apretó otra vez el gatillo.

El revólver retumbó y saltó en su mano. Los perros se volvieron locos. Harlen corrió hasta el árbol, esperando ver un agujero en el centro. Nada. Miró alrededor, en el suelo, como si pudiese haber allí un agujero visible de bala.

-¡Menuda mierda! -murmuró.

Retrocedió diez cortos pasos, apuntó cuidadosamente y disparó de nuevo. Esta vez descubrió que había arañado la corteza en el lado derecho del tronco, a cosa de un metro por encima de donde había apuntado. «¡Desde tres malditos metros de distancia!» Los perros se estaban volviendo locos otra vez, y en alguna parte, más allá de los árboles, se abrió de golpe una puerta de tela metálica.

Harlen caminó hacia el oeste en dirección a la vía férrea y se dirigió después hacia el norte, alejándose del pueblo, hasta más allá de los vacíos elevadores de grano y casi hasta llegar a la fábrica de sebo. Había allí un bosquecillo pantanoso de árboles y arbustos al oeste de la vía del ferrocarril y se imaginó que podía emplear el terraplén como muralla. Antes no había pensado en esto y sintió un escalofrío al pensar que una de las balas podía haber cruzado la carretera de Catton y alcanzado los pastos... y tal vez una de las vacas lecheras que allí había. «¡Sorpresa, Bossie!»

Escondido a salvo en la espesura, a ochocientos metros al sur del vertedero, volvió a cargar el revólver, encontró algunas botellas y latas en el camino que conducía hasta el bosque, las colocó como blancos delante del herboso terraplén, apoyó la culata en el muslo para cargar el revólver y empezó a practicar.

El arma era una mierda. Hacía fuego, desde luego, y a Harlen le dolía la muñeca y le zumbaban los oídos, pero las balas no iban a parar donde él apuntaba. Parecía muy fácil cuando Hugh O'Brian, en el papel de Wyatt Earp, disparaba contra alguien desde quince o veinte metros de distancia, y sólo para herirle. El héroe favorito de Harlen había sido el policía montado de Texas, Hoby Gilman, en *Trackdown*, protagonizado por Robert Culp. Hoby tenía realmente un arma estupenda y Harlen había disfrutado mucho con los episodios hasta que *Trackdown* dejó de emitirse el año anterior.

Tal vez todo se debía al corto cañón del estúpido revólver de su padre. En cualquier caso, Harlen descubrió que tenía que estar a tres metros del blanco y que entonces tenía que disparar tres o cuatro veces para alcanzar una maldita lata de cerveza o algo parecido. Mejoró en lo de amartillar el arma, aunque tenía la impresión de que bastaba con tirar del gatillo y dejar que el percutor subiese y bajase por sí solo. Consiguió hacerlo, pero gastaba en ello tanta fuerza que aún empeoraba más la puntería.

«Bueno, si tengo que emplear este trasto contra alguien, tendré que esperar hasta que pueda apoyarlo contra su pecho o su cabeza para no fallar.»

Harlen había disparado doce balas y estaba cargando otras seis cuando oyó un ligero ruido detrás de él. Giró en redondo, con el revólver medio levantado, pero el cilindro estaba todavía abierto y sólo dos proyectiles permanecieron en él. Los otros cayeron sobre la hierba. Cordie Cooke salió de entre los árboles de detrás de él. Llevaba una escopeta de dos cañones tan alta como ella, pero doblada por la recámara, tal como había visto Harlen que llevaban sus armas los cazadores. Ella lo miró con sus ojillos de cerdito.

«Dios mío -pensó Harlen-, había olvidado lo fea que es.» La cara de Cordie le recordaba un pastel de crema a quien alguien hubiese puesto ojos, labios delgados y una patata por nariz. Llevaba los cabellos cortados exactamente por debajo de las orejas y unos mechones grasientos le pendían sobre los ojos. Su vestido, parecido a un saco, era el mismo que usaba

en el colegio, aunque ahora parecía más sudado y sucio. Los calcetines blancos se habían puesto grises, y los zapatos estaban embarrados. Los dientes, pequeños y prominentes, tenían aproximadamente el mismo color gris de los calcetines.

-Hola, Cordie -dijo, bajando la pistola y tratando de dar a su voz un tono natural-. ¿Qué hay de nuevo?

Ella siguió mirándole de reojo. Era difícil saber si los ojos estaban abiertos debajo de aquellos mechones. Dio tres pasos en su dirección.

-Se te han caído las balas -dijo en el tono nasal que Harlen había imitado muchas veces para hacer reír a los muchachos.

Él esbozó una sonrisa y se agachó para recogerlas. Sólo pudo encontrar dos.

-Hay una detrás de tu pie izquierdo -dijo ella- y otra debajo de tu pie izquierdo.

Harlen se las metió en el bolsillo, en vez de acabar de cargar el tambor, cerró éste y guardó el revólver debajo del cinto de los tejanos.

-Ten cuidado -salmodió Cordie-. Puedes matar a tu pajarito.

Harlen sintió que se ponía colorado desde el cuello hasta las mejillas. Se ajustó el cabestrillo y miró con ceño a la chica.

-¿Qué diablos quieres?

Ella se encogió de hombros y pasó la escopeta de un brazo al otro.

-Sólo quise saber quién estaba disparando aquí. Pensé que tal vez C. J. tenía ahora un arma más grande.

Harlen recordó lo que había contado Dale Stewart sobre su enfrentamiento con Congden.

-¿Por esto llevas ese cañón? -preguntó él en el tono más sarcástico de que fue capaz.

-No. J.C. no me da miedo. Pero tengo que tener cuidado con los otros.

-¿Qué otros?

Ella frunció más los párpados.

-Esa mierda de Roon. Van Syke. Los que se llevaron a Tubby.

-¿Crees que lo secuestraron?

La chica volvió la cara de torta en dirección al sol y al terraplén del ferrocarril.

-No lo secuestraron. Lo mataron.

-¿Lo mataron? -Harlen sintió que se le encogían las entrañas-. ¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros y dejó la escopeta junto a un tocón. Sus brazos parecían tubos forrados de pálida piel. Se arrancó una postilla de la muñeca.

-Lo he visto.

Harlen se quedó boquiabierto.

-¿Viste el cadáver de tu hermano? ¿Dónde?

-En mi ventana.

«La cara en la ventana.» No, ésta era la anciana..., la señora Duggan.

-Mientes -dijo.

Cordie le miró con ojos de color del agua de lavar los platos.

-No miento.

-¿Le viste en tu ventana? ¿La de tu casa?

-¿Qué otra ventana tengo, estúpido?

Harlen pensó en aplastarle la cara de torta. Miró la escopeta y vaciló.

-¿Por qué no vino la policía a por él?

-Porque él ya no habría estado allí cuando hubiesen llegado. Y no tenemos teléfono para llamarla.

-¿No habría estado allí?

El día era cálido. Resplandecía el sol. Harlen tenía la camisa pegada a la espalda y el brazo sudaba copiosamente debajo de la escayola; le picaba. Pero se echó a temblar.

Cordie se le acercó más hasta que pudo hacerse oír hablando en voz baja.

-No habría estado allí porque se movía de un lado a otro. Estaba en mi ventana, y después se metió debajo de la casa. Donde suelen estar los perros; pero los perros ya no se meten allí.

-Pero tú has dicho que estaba...

-Muerto, sí -dijo Cordie-. Yo creía que se lo habían llevado, pero cuando le vi supe que estaba muerto. -Dio unos pasos y miró la hilera de botellas y latas. Sólo dos de éstas tenían agujeros, y las botellas estaban intactas. Sacudió la cabeza-. Mi madre también le ha visto; pero ella cree que es un fantasma, y que sólo quiere venir a casa.

-¿Y quiere?

Harlen se sorprendió al oír que su voz era un ronco murmullo.

-No. -Cordie se acercó más y se lo quedó mirando a través de los mechones. Harlen percibió un olor a ropa sucia-. En realidad no es Tubby. Tubby está muerto. Sólo es su cuerpo, que ellos usan de alguna manera. Y está tratando de pillarme. Por lo que le hice a Roon.

-¿Qué le hiciste al doctor Roon? -preguntó Harlen.

El 38 era un peso frío sobre su estómago. Al estar abierta la escopeta, había visto dos círculos amarillos de metal. Cordie la llevaba cargada. Y estaba loca. Se preguntó si tendría tiempo de sacar el revólver, si ella cerraba la escopeta y la apuntaba contra él.

-Le disparé -dijo Cordie, en el mismo tono llano-. Pero no lo maté. Ojalá lo hubiese hecho.

-¿Disparaste contra el doctor Roon? ¿Contra nuestro director?

-Sí. -De pronto alargó una mano, levantó la camiseta de Harlen y cogió el revólver. Harlen estaba demasiado sorprendido para impedírselo-. ¿De dónde has sacado esta cosita?

Lo acercó más a la cara, casi oliendo el cilindro.

-Mi padre... -empezó a decir Harlen.

-Un tío mío tenía uno de éstos. Con un cañón tan corto que no vale una mierda a más de seis o siete metros -dijo ella, sosteniendo todavía la escopeta en el brazo izquierdo y dando media vuelta para apuntar el revólver contra la hilera de botellas-. Un trasto -dijo, devolviéndoselo, con la culata por delante-. No bromeaba cuando te dije que no debías meterlo así en tus pantalones -dijo-. Mi tío lo llevaba así y amartillado, y estuvo a punto de cargarse su pajarito un día que estaba borracho. Mételo en el bolsillo de atrás y tápalo con la camiseta.

Harlen así lo hizo. Era un bulto incómodo, pero podía sacarlo rápidamente en caso necesario.

-¿Por qué disparaste contra el doctor Roon?

-Hace pocos días -dijo ella-. Inmediatamente después de la noche en que Tubby vino a por mí. Sabía que Roon le había atizado contra mí.

-No te he preguntado cuándo -dijo Harlen-, sino por qué.

Cordie sacudió la cabeza como si él fuese el ser más torpe del mundo.

-Porque mató a mi hermano y envió aquel cuerpo a por mí –dijo pacientemente ella-. Algo muy extraño está pasando este verano. Mamá lo sabe. Papá también, pero no le prestan atención.

-¿Lo mataste? -preguntó Harlen, y los bosques parecieron de pronto oscuros y ominosos a su alrededor.

-Si maté, ¿a quién?

-A Roon.

-No. -Suspiró-. Estaba demasiado lejos. Los perdigones sólo quitaron un poco de porquería del lateral de su viejo Plymouth y le hirieron un poquito en el brazo. Tal vez le metí también alguno en el culo, pero no estoy segura.

-¿Dónde?

-En el brazo y en el culo -repitió ella, desesperada.

-No; quiero decir en qué sitio disparaste contra él. ¿En el pueblo?

Cordie se sentó en el terraplén. Se le veían las bragas entre los muslos flacos y pálidos. Harlen nunca había pensado que vería las bragas de una niña, llevándolas la niña puestas, sin sentirse interesado por el espectáculo. Ahora no le interesó en absoluto. Las bragas eran tan grises como los calcetines.

-Si le hubiese disparado en la ciudad, cabezota, ¿no crees que ahora estaría en la cárcel o en algún sitio parecido?

Harlen asintió con la cabeza.

-No. Le disparé cuando él estaba delante de la fábrica de sebo. Acababa de bajar de su maldito coche. Me habría acercado más, pero el bosque terminaba a unos doce metros de la puerta principal. Bajó de un salto, y por eso creo que le di en el culo; pude ver el brazo de la chaqueta rasgado, y entonces subió al camión y se largó con Van Syke. Pero creo que me vieron.

-¿Qué camión? -preguntó Harlen, aunque ya lo sabía.

-Ya sabes cuál -suspiró Cordie-. El maldito camión de recogida de animales muertos.

Agarró a Harlen de la muñeca y tiró con fuerza. Él cayó de rodillas junto a ella en el terraplén de la vía férrea. En alguna parte del bosque empezó a repicar un pájaro carpintero. Harlen pudo oír un coche o un camión en la carretera de Catton, a cuatrocientos metros al sudeste.

-Mira -dijo Cordie sin soltarle la muñeca-, no se necesita ser muy lista para saber que viste algo en Old Central. Por eso te caíste y te hiciste polvo. Y tal vez viste también algo más.

Harlen sacudió la cabeza, pero ella no le hizo caso.

-También mataron a tu amigo -dijo-. A Duane. No sé cómo lo hicieron, pero sé que fueron ellos. -Desvió la mirada, y una extraña expresión se pintó en su semblante-. Es curioso; he estado en la misma clase que Duane McBride desde que íbamos todos al jardín de infancia, pero creo que nunca me dijo nada. No obstante, yo pensaba que era simpático. Siempre pensando, pero no se lo reprocho. Yo me imaginaba que tal vez un día saldríamos él y yo a dar un paseo, sólo para hablar de tonterías y... -Enfocó los ojos y miró a la muñeca de Harlen. La soltó-. Escucha, tú no estás aquí disparando el revólver de tu padre porque estás cansado de tocarte el pito y necesitas un poco de aire fresco. Estás cagado de miedo y yo sé porqué.

Harlen respiró hondo.

-Está bien -dijo con voz ronca-. ¿Qué hemos de hacer?

Cordie Cooke asintió con la cabeza, como si ya fuese hora de ir a lo práctico.

-Reúne a tus amigos -dijo-. A todos los que hayan visto algo de esto. Iremos a por Roon y los otros: los muertos y los vivos. Todos los que nos persiguen.

-Y entonces, ¿que?

Harlen se había acercado tanto a ella que podía ver el fino vello sobre su labio superior.

-Entonces mataremos a los vivos -dijo Cordie y sonrió, mostrando sus dientes grises-. Mataremos a los vivos, y en cuanto a los muertos..., bueno, ya pensaremos algo.

De pronto alargó una mano y la puso sobre la bragueta de Harlen, apretando a través de los tejanos.

El se sobresaltó. Ninguna chica le había hecho una cosa así. Ahora que una lo hacía consideró la posibilidad de disparar para que le soltase.

-¿Quieres sacar eso de ahí? -murmuró ella, con una voz que era una caricatura de la seducción-. ¿Por qué no nos desnudamos los dos? Por aquí no hay nadie.

Harlen se mordió el labio.

-Ahora no -consiguió decir-. Tal vez más tarde.

Cordie se encogió de hombros y agarró la escopeta. Cerró la recámara.

-Está bien. ¿Qué te parece si vamos al pueblo, buscamos a alguno de tus amigos y nos montamos esta historia en la carretera?

-¿Ahora?

La frase «mataremos a los vivos» resonó en su cerebro. Recordó los ojos amables de Barney y se preguntó si también lo serían cuando él y los policías del Estado viniesen a ponerle las esposas por disparar contra el director del colegio, el celador y sabe Dios quién más.

-Ahora, naturalmente -dijo Cordie-. ¿Qué cojones ganaríamos esperando? Pronto se hará de noche, y, entonces ellos saldrán de nuevo.

-Está bien -respondió Harlen sin pensarlo.

Se levantó, se sacudió el polvo del pantalón vaquero, ajustó el revólver de su padre en el bolsillo de los tejanos y siguió a Cordie por la vía del tren, en dirección a la ciudad.

24

Mike tenía que ir al cementerio. Por nada del mundo habría ido solo, por lo que convenció a su madre de que se habían retrasado mucho en llevar flores a la tumba del abuelo. Su padre empezaba el turno de noche el día siguiente; parecía por tanto un buen domingo para visitar el cementerio en familia.

Se había sentido como un ladronzuelo al leer el diario de Memo y esconderlo debajo de la colcha cuando su madre se acercó a ver lo que hacía. Pero la idea había sido de Memo, ¿no?

El diario era grueso y estaba encuadernado en piel, y contenía al menos tres años de notas casi diarias de Memo, desde diciembre de 1916 hasta finales de 1919. El diario le informó de lo que quería saber.

En la fotografía constaba el nombre de William Campbell Phillips, y éste era mencionado en una época tan temprana como el verano de 1916. Por lo visto, Phillips había sido condiscípulo de Memo..., más que esto, un novio de la infancia. Mike había interrumpido entonces la lectura, pareciéndole extraño pensar en Memo como una colegiala.

Phillips se había graduado en el instituto el mismo año que Memo, en 1904, pero cuando Memo ingresó en la Escuela de Ciencias Empresariales de Chicago -donde había conocido al abuelo en un bar de Madison Street, según le había contado la familia- William Campbell Phillips lo había hecho por lo visto en Jubilee College y había estudiado Magisterio. Era maestro en Old Central cuando Memo regresó de Chicago en 1910 como esposa y madre, según pudo deducir Mike de las anotaciones en perfecta caligrafía Palmer.

Pero según las circunspectas notas del diario de Memo correspondientes a 1916, Phillips no había dejado de dar señales de su afecto. Varias veces había pasado por la casa con regalos, mientras el abuelo estaba trabajando en el elevador de grano. Evidentemente le había enviado cartas, y aunque el diario no mencionaba el contenido, Mike podía adivinarlo. Memo las había quemado. Una anotación fascinó a Mike:

> 29 julio, 1917
>
> Hoy he tropezado con ese dichoso señor Phillips cuando estaba en el Bazar con Katrina y Eloise. Recuerdo a William Campbell como un muchacho tranquilo y amable, poco hablador, siempre observando el mundo con sus ojos profundos y oscuros; pero se ha producido un cambio en él. Katrina lo comentó. Ha habido madres que se han quejado al director del mal genio del señor Phillips. Castiga a los niños con palmetazos a la menor indisciplina. Me alegro de que el pequeño John aún tardará algunos años en llegar a su curso.
>
> Las insinuaciones del caballero son muy desagradables. Hoy ha insistido en conversar conmigo a pesar de mi evidente renuencia. Hace años que le dije al señor Phillips que no podía haber relación social entre nosotros mientras siguiese mostrando un comportamiento tan impertinente. Pero no sirvió de nada.
>
> Ryan cree que es una broma. Evidentemente, los hombres de la ciudad creen que William Campbell es todavía un hijo de mamá y no constituye una amenaza para nadie. Desde luego, nunca hablé a Ryan de las cartas que quemé.

Y Mike encontró una nota interesante a finales de octubre de aquel mismo año:

> 27 octubre

Librodot

Ahora, cuando los hombres empiezan a relajarse después del duro trabajo de la recolección, todo el mundo habla en el pueblo del señor Phillips, el maestro, que se ha alistado para luchar contra los hunos.

Al principio pareció una broma, ya que el caballero tiene casi treinta años; pero ayer vino de Peoria a la casa de su madre vestido de uniforme. Katrina dice que estaba muy guapo, pero añadió que circulaban rumores de que el señor Phillips tenía que salir del pueblo, porque estaban a punto de destituirle de su cargo. Después de que los padres del niño Catton denunciasen a la junta directiva de la escuela la excesiva dureza del señor Phillips, que daba palizas en la clase -Tommy Catton estuvo varios días hospitalizado en Oak Hill, aunque el señor P. alegaba que el chico se había caído en la escalera, después de haber tenido que quedarse al terminar la clase-, otros padres también se habían quejado.

Bueno, sea cual fuere el motivo, ha tomado una decisión que le honra. Ryan dice que él se marcharía inmediatamente si no fuese por John, Katherine y Ryan Jr.

Y el 9 de noviembre de 1917:

El señor Phillips pasó hoy por aquí. No puedo escribir sobre lo que pasó después; pero estaré eternamente agradecida al hombre del hielo, que vino pocos minutos después de que llegase el maestro. De no haber sido así...

Él insiste en que vendrá a buscarme. Es un sinvergüenza que no reconoce la santidad de los votos matrimoniales ni la misión sagrada que me corresponde como madre de mis tres pequeños.

Todo el mundo habla de lo guapo que está con su uniforme; pero yo le encuentro patético: un chiquillo en un traje que hace bolsas.

Espero que nunca vuelva.

Y la última mención de él, el 27 de abril de 1918.

Casi todo el pueblo ha asistido hoy al entierro del señor William Campbell Phillips. Yo no he podido hacerlo por culpa del dolor de cabeza.

Ryan dice que el Ejército iba a enterrarle junto con otros hombres caídos en combate, en un cementerio americano de Francia, pero que su madre suplicó al Gobierno que enviaran el cadáver a casa.

Recibí la última carta de él cuando ya nos habíamos enterado de su muerte. Cometí el error de leerla, supongo que por sentimentalismo. La había escrito mientras se estaba recuperando en el hospital francés, sin saber que la gripe terminaría lo que habían empezado las balas alemanas. Decía en la carta que su resolución se había fortalecido en las trincheras, que nada le impediría volver para reclamarme. Éstas eran sus palabras: «reclamarme».

Pero algo se lo impidió.

Mi dolor de cabeza es muy fuerte esta tarde. Debí descansar. No volveré a mencionar a esta triste y obsesionada persona.

La tumba del abuelo estaba cerca de la parte de delante del cementerio del Calvario, a la izquierda de la puerta para peatones y a unas tres hileras hacia atrás. Todos los O'Rourke y los Reilly estaban allí y había más espacio hacia el norte, donde algún día yacerían los padres de Mike, éste y sus hermanas.

Dejaron las flores en su sitio y rezaron en silencio las oraciones acostumbradas. Entonces, mientras todos se dedicaban a arrancar hierbas y a limpiar la zona, recorrió rápidamente las hileras.

No tenía que mirar todas las lápidas; muchas las conocía ya, pero la principal ayuda fueron las banderitas americanas que los Scouts habían plantado allí el Día de los Caídos. Ahora estaban descoloridas por las copiosas lluvias y la brillante luz del sol; pero la mayoría de las banderas aún eran muy visibles y señalaban las tumbas de los veteranos. Había muchos veteranos.

Phillips estaba muy hacia el fondo, en el lado opuesto del cementerio. La inscripción decía: WILLIAM CAMPBELL PHILLIPS, 9 agosto 1888 - 3 marzo 1918, MURIO PARA QUE PUEDA VIVIR LA DEMOCRACIA.

La tierra estaba removida encima de la tumba, como si alguien hubiese estado cavando allí recientemente y vuelto a cubrir el suelo sin cuidado. Había varias depresiones circulares cerca de allí, algunas de unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro, donde parecía que se hubiese hundido la tierra.

Los padres de Mike le estaban llamando a gritos desde la zona de aparcamiento de más allá de la verja negra. Corrió para reunirse con ellos.

El padre C. se alegró de verle.

-Rusty no puede pronunciar bien el latín, ni siquiera cuando lee -dijo el sacerdote-. Toma otra galleta.

Mike no había recobrado todavía el apetito, pero aceptó la galleta.

-Necesito ayuda, padre -dijo, entre dos bocados-. Su ayuda.

-Todo lo que quieras, Michael -dijo el cura-. Todo lo que quieras.

Mike respiró hondo y empezó a contar toda la historia. Había decidido hacerlo durante los períodos de lucidez en su estado febril, pero ahora que había empezado, aún sonaba más absurdo de lo que había imaginado. Pero prosiguió.

Cuando hubo terminado, se hizo un breve silencio. El padre Cavanaugh le miró con los ojos entrecerrados.

-¿Hablas en serio, Michael? No querrás tomarme el pelo, ¿verdad?

Mike le miró fijamente.

-No, supongo que no eres capaz de esto. -El padre C. lanzó un largo suspiro-. O sea que crees haber visto el fantasma de ese soldado...

-No, no -dijo Mike con vehemencia-. Es decir, no creo que sea un fantasma. Me fijé que combaba hacia dentro la tela metálica. Era... algo sólido.

El padre C. asintió con la cabeza, sin dejar de observar cuidadosamente a Mike.

-Pero difícilmente puede ser el William Campbell...

-Phillips.

-William Campbell Phillips, sí. Difícilmente podría ser él después de cuarenta y dos años. Por consiguiente, estamos hablando de un fantasma o de alguna clase de manifestación espiritual. ¿Correcto?

Mike asintió con la cabeza.

-¿Y qué quieres que haga yo, Michael?

-Un exorcismo, padre. He leído algo sobre ellos en *True* y...

El cura sacudió la cabeza.

-Michael, Michael..., los exorcismos fueron producto de la Edad Media, una forma de magia popular que se practicaba para arrojar los demonios de la gente cuando se creía que todo lo malo, desde las enfermedades hasta las úlceras, era causado por los demonios. Tú no creerás que esa... esa aparición que viste cuando te hallabas en estado febril fuese un demonio, ¿verdad?

Mike no corrigió al padre C. en lo tocante a cuando vio al soldado.

-No lo sé -dijo sinceramente-. Lo único que sé es que persigue a Memo y creo que usted puede hacer algo para remediarlo. ¿Querrá ir conmigo al cementerio?

El padre Cavanaugh frunció el ceño.

-El cementerio del Calvario es tierra sagrada, Michael. Poco podría hacer allí que no se haya hecho ya. Los muertos yacen allí en paz.

-Pero un exorcismo...

-El exorcismo tiene por objeto expulsar a espíritus de un cuerpo o de un lugar que poseen -le interrumpió el sacerdote-. No vas a sugerir que el espíritu de este soldado se ha apoderado de tu abuela o de tu casa, ¿verdad?

Mike vaciló.

-No...

-Y el exorcismo se practica contra fuerzas diabólicas, no contra los espíritus de los difuntos. Sabes que rezamos por nuestros muertos, ¿verdad, Michael? No compartimos las primitivas creencias tribales de que las almas de los muertos son malignas, cosas que hay que evitar.

Mike sacudió confuso la cabeza.

-Pero, ¿vendrá usted conmigo al cementerio, padre?

No sabía por qué era esto tan importante, pero sí sabía que lo era.

-Desde luego. Podemos ir ahora mismo.

Mike miró hacia las ventanas de la rectoría. Era casi de noche.

-No; quería decir mañana, padre.

-Mañana saldré inmediatamente después de la primera misa para encontrarme en Peoria con un amigo jesuita -dijo el cura-. Estaré fuera hasta muy tarde. Y el martes y el miércoles estaré de retiro en St. Mary. ¿Puedes esperar hasta el jueves?

Mike se mordió el labio.

-Vayamos ahora -dijo. Todavía había un poco de luz-. ¿Puede usted traer algo?

El padre Cavanaugh vaciló cuando se estaba poniendo la cazadora.

-¿Qué quieres decir?

-Ya sabe, un crucifijo. Mejor aún, una Hostia del sagrario. Algo para el caso de que esté allí.

El hombre sacudió la cabeza.

-La muerte de tu amigo te ha impresionado mucho, ¿verdad Michael? Esto parece una película de vampiros. ¿Pretendes que yo saque el Cuerpo de Nuestro Señor de su santuario para un juego?

-Entonces, un poco de agua bendita -dijo Mike. Sacó una botella de plástico del bolsillo-. He traído esto.

-Muy bien -suspiró el padre C.-. Vete a buscar nuestras municiones líquidas mientras yo saco el Papamóvil del garaje. Tendremos que darnos prisa si queremos llegar allí antes de que salgan los vampiros.

Rió entre dientes, pero Mike no lo oyó. Había salido ya y corría hacia San Malaquías, con la botella en la mano.

La madre de Dale había llamado al doctor Viskes el día antes, que era sábado. El refugiado húngaro, que había examinado rápidamente a Dale y observado el castañeteo de los dientes y los síntomas reprimidos de terror, anunció que él no era «cicólogo» de niños, prescribió sopa caliente y no más historietas ni películas de monstruos los sábados y se fue, murmurando para sí.

La madre de Dale se quedó angustiada y estuvo llamando a algunos amigos para que le diesen el nombre de un médico de Oak Hill o de Peoria que fuese psicólogo de niños, y telefoneó dos veces a Chicago para dejar mensajes en el hotel de su marido; pero Dale la había tranquilizado.

-Lo siento, mamá -había dicho, incorporándose en la cama, dominando los temblores y esforzándose en controlar el tono de su voz. Como era de día, le resultaba más fácil-. Siempre me ha asustado el sótano.

Cuando Mike pasaba en dirección del cementerio, Dale y Lawrence estaban en el patio de atrás aprovechando la última luz de la tarde para jugar a la pelota, cuando oyeron que les llamaban en voz baja desde el jardín de delante.

Eran Jim Harlen y Cordie Cooke. Dale encontró tan extraña aquella pareja, tan discordante -nunca había visto que se hablasen en clase-, que se habría echado a reír de no haber sido por el semblante serio de Harlen, el negro cabestrillo en el brazo izquierdo y la escopeta que llevaba la pequeña Cooke.

-¡Oh! -murmuró Lawrence, señalando el arma-. Vas a meterte en un lío gordo si andas con eso por ahí.

-Cierra el pico -dijo secamente Cordie.

Lawrence cambió de color, apretó los puños y dio un paso hacia la chica, pero Dale se interpuso.

-¿Qué queréis? -preguntó a los dos recién llegados.

-Ocurren cosas -dijo Harlen.

Miró hacia arriba y frunció el ceño al ver que Kevin Grumbacher bajaba la pequeña cuesta del camino de entrada de su casa

Kev miró a Cordie, observó la escopeta con más atención, levantó las cejas hasta casi juntarlas con los cabellos en cepillo, cruzó los brazos y esperó.

-Kev es de los nuestros -dijo Dale.

-Ocurren cosas -murmuró de nuevo Harlen-. Vayamos a buscar a O'Rourke y hablaremos.

Dale asintió con la cabeza, soltó a Lawrence y le advirtió con una mirada que no armase jaleo. Sacaron las bicicletas del patio lateral. Kev bajó a reunirse con ellos.

Cordie no tenía bici, por lo que los cuatro chicos llevaron las suyas de la mano por la acera, siguiendo el paso de ella. Dale hubiese querido ir mas deprisa, para que no se cruzase con ellos alguna persona mayor, viese la escopeta y le detuviese.

No había coches. Depot era un túnel vacío, más brillante hacia el oeste. La Tercera y la Segunda avenidas estaban desiertas en favor de Hard Road, y allí tampoco había tráfico. Las calles estaban vacías por ser domingo.

A través de las hojas podían ver nubes que captaban los últimos rayos de sol, pero era casi de noche debajo de los olmos. El maizal del extremo este de Depot Street era más alto que las cabezas de ellos y se había convertido en una pared sólida verde oscura al menguar la luz de día.

Mike no respondió a sus llamadas, a pesar de que la bicicleta estaba apoyada en el porche de atrás. Se habían encendido las luces en la casa O'Rourke, y mientras ellos observaban desde detrás de los perales salió el señor O'Rourke vistiendo su ropa gris de trabajo, puso el coche en marcha y se dirigió hacia el sur por la Primera, hacia Hard Road. Murmurando y moviéndose despacio, entraron en el gallinero a esperar el regreso de Mike.

Viajando en el Papamóvil con el padre C., entre las hileras de maíz que flanqueaban Jubilee County Road, Mike experimentaba la sensación de «Tened cuidado, que ahí viene mi hermano mayor.» Él nunca había tenido un hermano mayor que le amparase contra los gamberros o le sacase de apuros -con frecuencia había hecho Mike este papel en favor de niños más pequeños- y le gustaba poder pasar ahora el problema a otro. El miedo de Mike a pasar por tonto a los ojos del padre C. era compensado, y con creces, por su temor por Memo y por el miedo a lo que impulsaba al Soldado hacia su ventana por la noche. Tocó la botella de plástico que llevaba en el bolsillo del pantalón al entrar en la Seis del condado y pasar por delante de la oscura y vacía Taberna del Arbol Negro, cerrada en la tarde de domingo.

Había oscuridad al pie de la colina; el bosque era negro y el follaje espeso y cubierto de polvo a ambos lados de la carretera. Mike se alegró de no estar en la Cueva de debajo de la carretera. Se estaba mejor en el espacio relativamente descubierto de la cima de la colina: se había puesto el sol, pero altos cirros brillaban con reflejos de color de rosa y de coral. Las

Librodot

lápidas de granito captaban la luz reflejada desde arriba y resplandecían, acogedoras. No había sombras.

El padre Cavanaugh se detuvo al cerrar la negra verja detrás de ellos. Señaló hacia la estatua de Cristo en el fondo del largo cementerio.

-Mira, Michael, éste es un lugar de paz. Él vela por los muertos tanto como por los VIVOS.

Mike asintió con la cabeza, aunque en aquel momento pensó en Duane McBride, solo en su finca, enfrentándose con quienes le habían atacado. «Pero Duane no era católico», insistió una parte de su mente. Mike supo que esto no significaba nada.

-Por aquí padre. - Mostró el camino entre las largas hileras de tumbas. Se había levantado un viento que movía las hojas de los pocos árboles contiguos a la verja y las banderitas de los veteranos entre las lápidas. La tumba del Soldado estaba tal como él la había dejado, con el suelo todavía revuelto como si alguien lo hubiese removido con palas.

El padre Cavanaugh se frotó el mentón.

-¿Te preocupa el estado de la tumba, Michael?

-Pues... sí.

-Esto no es nada -dijo el sacerdote-. A veces las tumbas antiguas tienden a hundirse, y los sepultureros las llenan con un poco de tierra de detrás de la verja. Mira, han esparcido semillas de hierba. Dentro de un par de semanas la hierba volverá a cubrir la tierra.

Mike se mordió una uña.

-El cementerio lo cuida Karl van Syke -dijo a media voz.

-Mike sacudió la cabeza.

-¿Puede bendecir la tumba, padre?

El padre C. frunció ligeramente el ceño.

-¿Un exorcismo, Michael? -sonrió con benevolencia-. No creas que es tan fácil, amigo mío; hay muy pocos sacerdotes que sepan practicar el exorcismo. Gracias a Dios es un rito casi abandonado, e incluso deben obtener permiso de un arzobispo o del propio Vaticano para hacerlo.

Mike se encogió de hombros.

-Sólo una bendición -dijo.

El sacerdote suspiró. El viento que soplaba a su alrededor era ahora más fresco, como si precediese a una tormenta invisible. La luz había palidecido, y los colores parecían mortecinos: las lápidas eran grises; el largo herbazal, de una palidez monocroma; la línea de árboles se ennegrecía al extinguirse los últimos rayos de sol. Incluso las nubes habían perdido su resplandor rosado. Una estrella brillaba sobre el horizonte.

-Supongo que a ese pobre soldado una bendición le llegará muy tarde -dijo el padre Cavanaugh.

Mike iba a sacar el agua bendita, pero el sacerdote había movido ya la mano derecha, con tres dedos levantados y el pulgar y el meñique tocándose en lo que Mike había creído siempre que era el más poderoso de los movimientos.

-In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti -dijo el sacerdote-. Amén.

Mike le tendió la botella de agua con cierta expresión de urgencia. El padre C. sacudió la cabeza y sonrió, pero esparció unas cuantas gotas sobre la tumba e hizo de nuevo la señal de la cruz. Demasiado tarde, pensó también Mike.

-¿Satisfecho? -preguntó el padre Cavanaugh

Mike miró fijamente la tumba. Ningún gemido debajo de la tierra. Ninguna voluta de humo donde habían caído las gotas de agua bendita. Se preguntó si había hecho el idiota.

Volvieron despacio hacia el coche, con el padre C. hablando a media voz sobre las pompas fúnebres de siglos pasados

-Padre -dijo Mike, agarrando la manga de la cazadora del cura y deteniéndose.

Señaló.

Estaban a sólo unas pocas hileras de tumbas de la verja. Los árboles de hoja perenne eran una especie de enebros de ramas gruesas y agujas afiladas, que crecían sólo hasta unos cinco metros. Eran tan viejos como las lápidas de principios de siglo. Los tres árboles se alzaban en un triángulo irregular, creando un espacio oscuro entre ellos.

El Soldado estaba plantado exactamente debajo del vértice de ramas. La última luz del crepúsculo permitía ver su sombrero de campaña, la hebilla metálica de su cinturón Sam Browne y las embarradas polainas.

Algo dentro de Mike saltó de entusiasmo, aunque el corazón aceleró sus latidos. «¡Es real! ¡El padre C. lo ve! ¡Es real!»

El padre Cavanaugh lo veía. El cuerpo del sacerdote se puso rígido durante un momento y después se relajó. Miró a Mike y sonrió ligeramente.

-Bueno, Michael -murmuró-. Hubiese debido saber que no querías gastarme una broma.

El Soldado no se movió. El sombrero de ala ancha le ocultaba la cara.

El padre Cavanaugh dio tres pasos en su dirección, apartando el brazo de Mike cuando éste trató de detenerle. Mike no le siguió.

-Hijo mío -dijo el sacerdote-, sal de ahí. -Su voz era suave, persuasiva, como suplicando a un gatito que bajase de un árbol-. Sal y hablaremos.

No hubo movimiento en las sombras. El Soldado podía haber sido un monumento de piedra gris.

-Hablemos un momento, hijo -dijo el padre Cavanaugh.

Dio otros dos pasos hacia las sombras, deteniéndose a un metro y medio del silencioso personaje.

-Padre -murmuró Mike en tono apremiante.

El padre Cavanaugh miró por encima del hombro y sonrió.

-Sea cual sea el juego, Michael, creo que podemos...

Más que saltar, el Soldado pareció que era catapultado desde el grupito de árboles. Hizo un ruido que a Mike le recordó el perro furioso contra el que había luchado Memo hacía años.

El padre Cavanaugh era un palmo y medio más alto que el Soldado, pero la figura vestida de caqui le golpeó con fuerza, agitando los brazos y las piernas como un gran felino sobre una lámina suelta de esquisto, y los dos cayeron y rodaron por el suelo. El sacerdote, sorprendido, tan sólo pudo lanzar un gemido, mientras el Soldado gruñía desde lo más profundo del pecho. Rodaron sobre la hierba corta hasta que fueron a chocar contra una antigua lápida; entonces el Soldado se puso a horcajadas sobre el padre C., y los largos dedos se cerraron sobre el cuello del cura. El padre Cavanaugh tenía los ojos muy abiertos, y la boca todavía más cuando al fin trató de gritar, pero sólo brotó un gorgoteo de su garganta. El Soldado aún tenía puesto el sombrero, pero el ala estaba echada atrás sobre la cabeza, y Mike pudo ver la cara que parecía de cera y los ojos como canicas blancas. El Soldado abrió la boca..., no, no la abrió sino que ésta se volvió redonda como un agujero cortado en arcilla, y Mike pudo ver los dientes, demasiados dientes, todo un anillo de dientes cortos y blancos en el interior de la boca redonda y sin labios.

-¡Michael! -jadeó el padre C.

Estaba luchando con todas sus fuerzas, que no eran pocas, para impedir que le estrangulasen los dedos increíblemente largos del Soldado El padre C. se sacudía y retorcía, pero el otro personaje, aunque mas bajo, seguía a horcajadas sobre su cintura, y parecía agarrarse a la hierba con las rodillas envueltas en tela caqui.

-¡Michael!

Mike se puso en movimiento, corrió los tres metros que le separaban de los combatientes y empezó a golpear la estrecha espalda del Soldado. No parecía que golpease carne sino que tocase un saco de anguilas agitadas. La espalda de aquella cosa se estremecía y retorcía debajo de la camisa. Mike golpeó la cabeza del Soldado y el sombrero voló por el aire y fue a caer detrás de una lápida. El cráneo del Soldado era lampiño y de un rosa blanquecino. Mike volvió a golpearle en la cabeza.

El Soldado apartó una mano del cuello del padre C. y golpeó hacia atrás. Mike sintió que se desgarraba su camiseta de manga corta y salió lanzado dos metros hacia la sombra de los enebros.

Rodó sobre el suelo, se puso de rodillas y arrancó una pesada rama del tronco más próximo.

El Soldado estaba bajando la cara sobre el cuello y el pecho del padre C. Sus mejillas parecieron hincharse, como si estuviese mascando tabaco, y la boca se alargó, como si brotasen nuevas hileras de dientes delante de las encías.

Ahora el padre Cavanaugh tenía libre la mano izquierda y empezó a dar puñetazos en la cara y en el pecho del Soldado. Mike pudo ver que aparecían marcas en las mejillas y la frente de aquella cosa, como si el puño de un escultor enfurecido hiciese muescas en la arcilla. Pero las marcas se llenaban a los pocos segundos. La cara del Soldado recobraba sus formas, y los ojos como de mármol blanco se movían entre carne, fijándose en el sacerdote sin la menor señal de ceguera.

La boca de aquella cosa osciló, se alargó, se convirtió en una especie de embudo de borde carnoso que siguió extendiéndose mientras Mike lo miraba fijamente y el padre Cavanaugh chillaba. La asquerosa trompa tenía ahora más de medio palmo de largo al acercarse al cuello del padre C.

Mike corrió hacia delante, plantó los pies como si subiera a la base del bateador e hizo un molinete con la pesada rama, alcanzando al Soldado por encima y detrás de la oreja. El ruido resonó en todo el cementerio y entre los árboles.

Por un instante creyó haber decapitado literalmente al Soldado. El cráneo y la mandíbula inferior se torcieron de lado en un ángulo inverosímil, colgando de un cuello largo y delgado y apoyándose en el hombro derecho de aquella cosa. Ninguna columna vertebral habría podido soportar aquella inclinación.

Los ojos blancos se agitaron entre la carne como un fango claro y se fijaron en Mike. El Soldado levantó el brazo izquierdo con la rapidez de una serpiente, agarró la rama y la arrancó de las manos de Mike, y aunque tenía casi diez centímetros de grueso, la partió como si fuese una cerilla.

La cabeza del Soldado se enderezó por sí sola y recobró su forma, y la boca de lamprea se alargó y descendió sobre el cuerpo convulso del padre Cavanaugh.

-¡Dios mío! -gritó el padre C.

El sonido de su voz fue ahogado al vomitar el Soldado encima de él. Mike se echó atrás y abrió mucho los ojos, horrorizado, al ver que lo que manaba de aquellas mandíbulas alargadas era una masa parda y agitada de gusanos.

Éstos cayeron sobre la cara, el cuello y el pecho del padre C. Se movieron sobre los párpados cerrados del sacerdote y se deslizaron debajo del cuello desabrochado de su camisa. Unos cuantos cayeron dentro de su boca abierta.

El padre Cavanaugh espurreó, tratando de escupir los gusanos vivos sobre la hierba y volver la cabeza a un lado. Pero el Soldado se acercó más, con la cara alargándose todavía, y sujetó la del cura con sus dedos increíblemente largos, como un amante sujetando la cara de la amada para un beso largo tiempo esperado. Seguían manando gusanos de sus mejillas hinchadas y de aquella boca que era como un embudo.

Mike dio un paso adelante y se detuvo, paralizado el corazón con un horror redoblado al ver que algunos de aquellos gusanos pardos se retorcían sobre el pecho del padre Cavanaugh y después se introducían en su carne, desapareciendo dentro del padre C. Otros se introdujeron en las mejillas y en el cuello tenso del cura.

Mike gritó, alargó un brazo para coger la rama rota y entonces se acordó de la botella de plástico que llevaba en el bolsillo.

Agarró la tosca tela del cuello del uniforme del Soldado, sintió la lana áspera y la sustancia maleable de debajo de ella, y vació la botella a lo largo de la espalda de la cosa, sin esperar un

resultado mejor que el que había dado la bendición de la tumba. Pero ahora la reacción fue muy fuerte.

El agua bendita produjo un sonido como de ácido quemando la carne. Una hilera de orificios apareció en la tela caqui de la espalda del uniforme del Soldado, como la marca de una ráfaga de ametralladora. El Soldado lanzó un alarido como de un animal grande al caer en agua hirviente, un silbido y un gorgoteo más que un grito, y se arqueó hacia atrás, doblándose de un modo inverosímil, casi tocando con la cerosa nuca los tacones de sus botas de combate. Los brazos sin huesos se retorcieron y sacudieron como tentáculos, con los dedos aplanados y ahora de más de un palmo de largo.

Mike saltó atrás y arrojó sobre el pecho del monstruo lo que quedaba en la botella.

Un olor a azufre llenó el aire; brotó una llamarada verde de la parte de delante de la guerrera del Soldado, y la criatura se alejó a una velocidad increíble, retorciéndose en posiciones imposibles para un esqueleto humano. El padre Cavanaugh rodó por el suelo, liberado ya, y vomitó sobre una lápida.

Mike se adelantó, se dio cuenta de que había empleado toda el agua bendita y se detuvo a un metro y medio del círculo de enebros, mientras el Soldado escarbaba allí en la oscuridad, se tumbaba de bruces en el suelo y excavaba, introduciéndose en la negra tierra y entre las hojas muertas con la misma facilidad con que se habían introducido los gusanos en la carne del padre C.

El Soldado se perdió de vista en veinte segundos. Mike se acercó más, vio el túnel de mellados bordes, percibió el olor a basura y podredumbre, y pestañeó al plegarse el túnel sobre sí mismo y derrumbarse, convirtiéndose en una depresión más del suelo recientemente revuelto. Volvió junto al padre C.

El sacerdote se había puesto de rodillas pero estaba inclinado sobre la lápida, con la cabeza gacha, vomitando repetidamente hasta que ya no le quedó nada en el estómago. No había señales de los gusanos, salvo unas marcas rojas en las mejillas y en el pecho del cura, que, por lo visto, se había desabrochado la camisa para buscarlos. Entre arcadas secas y jadeos, el sacerdote murmuraba:

-Oh, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús.

Era una letanía.

Mike cobró aliento, se acercó más y rodeó al hombre con un brazo.

El padre Cavanaugh estaba llorando ahora. Dejó que Mike le ayudase a ponerse en pie y se apoyó en él al caminar, tambaleándose hacia la puerta del cementerio.

Se había hecho completamente de noche. El Papamóvil era una oscura sombra más allá de la negra verja de hierro. El viento agitaba las hojas y el maíz al otro lado de la carretera, y hacía que Mike pensara en el sonido de cosas que se deslizaban entre la hierba detrás de él, excavando el suelo por el que caminaban. Procuró que el padre C. se diese prisa.

Era difícil permanecer en contacto con el sacerdote -Mike se imaginaba los gusanos pardos pasando del otro hombre a él-, pero el padre C. no podía mantenerse solo en pie.

Llegaron a la puerta y a la zona de aparcamiento. Mike hizo que el padre Cavanaugh se sentara detrás del volante, dio la vuelta alrededor del coche para subir por el otro lado y se inclinó delante del hombre gemebundo para cerrar las portezuelas y las ventanillas. El padre C. había dejado la llave en el contacto y Mike la hizo girar. El Papamóvil arrancó y Mike encendió inmediatamente las luces, iluminando las lápidas y el grupo de enebros a diez metros de distancia. La alta cruz del fondo del cementerio estaba fuera del alcance de los faros.

El sacerdote murmuró algo, mientras se esforzaba en inhalar el aire.

-¿Qué? -dijo Mike, a quien también le costaba respirar.

«¿Se mueven aquellas sombras oscuras en el cementerio?» Era difícil saberlo.

-Tú... tendrás que... conducir -balbució el padre Cavanaugh, dejándose caer de lado y bloqueando el asiento.

Mike contó hasta tres, abrió las portezuelas y corrió alrededor del coche hasta el lado del conductor. Empujó el cuerpo doliente del sacerdote a un lado para instalarse detrás del volante, y cerró de nuevo las portezuelas. Algo se había estado moviendo allí, cerca de la barraca del fondo del cementerio.

Mike había conducido varias veces el coche de su padre, y el sacerdote le había dejado llevar el Papamóvil por un camino herboso con ocasión de una visita pastoral. Ahora a duras penas podía ver por encima del alto tablero y del capó del Lincoln, pero podía llegar a los pedales con los pies. Dio gracias a Dios de que la transmisión fuese automática.

Metió la marcha, entró en la Seis del condado sin fijarse en el tráfico, y casi fue a dar en la cuneta del otro lado, calando el motor al frenar con demasiada rapidez. Olió a gasolina al ponerlo de nuevo en marcha, pero arrancó bastante aprisa.

«Sombras entre las lápidas, moviéndose hacia la puerta.»

Mike salió disparado, lanzando grava a diez metros detrás de él mientras avanzaba zumbando cuesta abajo, sin dejar de acelerar al pasar por encima de la Cueva y dejar atrás el Arbol Negro, viendo únicamente la oscuridad de los bosques en su visión periférica, casi fallando el viraje hacia Jubilee Road y reduciendo al fin la marcha al darse cuenta de que se acercaba a la torre del agua de la ciudad a ciento veinte kilómetros por hora.

Pasó por las oscuras calles de Elm Haven, seguro de que Barney o algún otro le verían y detendrían, y casi deseando que lo hiciesen. El padre Cavanaugh estaba encogido y temblando en silencio en el asiento de delante.

Mike paró el motor y casi se puso a llorar cuando aparcó debajo del farol de la rectoría. Pasó al otro lado del coche para ayudar a bajar al padre C.

El cura estaba pálido y febril, con los ojos casi desorbitados bajo los temblorosos párpados. Las señales del pecho y las mejillas parecían marcas de tiña. Se veían lívidas bajo la fuerte luz del farol.

Mike se plantó gritando en la puerta de la rectoría, rezando para que la señora McCafferty, el ama de llaves del cura, estuviese esperando todavía para servir la cena al padre C. Se encendieron las luces del porche y apareció la mujer bajita, con la cara colorada y llevando todavía el delantal.

-¡Cielo santo! -exclamó, llevándose las toscas manos a la cara-. ¿Qué diablos...?

Miró a Mike echando chispas por los ojos, como si el muchacho hubiese agredido al joven sacerdote.

-Se ha puesto enfermo -fue todo lo que Mike pudo decir.

La señora McCafferty miró al padre C., asintió con la cabeza y ayudó a Mike a subirle a su habitación. A Mike le pareció extraño que la señora ayudase a desnudarse al sacerdote, poniéndole un anticuado camisón mientras aquél permanecía sentado, gimiendo, en el borde de la cama; pero entonces pensó que debía de ser como una madre para el padre C.

Por fin reposó el cura entre sábanas limpias, quejándose ligeramente, con el rostro cubierto de una fina capa de sudor. La señora McCafferty le había tomado ya la temperatura, cuarenta grados, y le estaba refrescando la cara con trapos mojados.

-¿Qué son esas señales? -preguntó, casi tocando con un dedo una de aquellas marcas que parecían de tiña.

Mike se encogió de hombros, sin atreverse a hablar. Cuando ella salió de la habitación, se levantó la camisa, examinó su pecho y se miró al espejo para asegurarse de que no había señales en su cara ni en su cuello. «Se metieron dentro de él.» La descarga de adrenalina que se había producido en el combate empezaba a neutralizarse, y Mike sintió náuseas y un poco de vértigo.

-Llamaré al médico -dijo la señora McCafferty-. No a ese tal Viskes sino al doctor Staffney.

Mike asintió con la cabeza. El doctor Staffney no ejercía en la población -trabajaba como ortopedista en el St Francis Hospital de Peoria-, pero era católico, más o menos practicante -

Mike le veía en misa un par de veces al año-, y la señora McM. no se fiaba del médico húngaro protestante.

-Te quedarás -dijo.

No era una pregunta. Esperaba que Mike se quedase para decirle al médico todo lo que pudiese. «Los gusanos introduciéndose en la carne.»

Mike sacudió la cabeza. Hubiese querido hacerlo, pero era ya de noche y su padre empezaba hoy el turno nocturno. «Memo está sola en casa, con mamá y las niñas.» Sacudió de nuevo la cabeza.

La señora McCafferty iba a reprenderle, pero él tocó la mano del padre C. -estaba fría y húmeda-, bajó corriendo la escalera y salió a la noche, con piernas temblorosas.

Se había alejado media manzana cuando pensó en una cosa. Jadeando y a punto de llorar, volvió corriendo hacia la rectoría, pasó por delante de ésta y entró por la puerta lateral de la iglesia de San Malaquías. Cogió unos corporales limpios de la sacristía y entró en el oscuro santuario.

El interior de la iglesia estaba silencioso y cálido, olía a incienso de las misas celebradas hacía muchas horas, y la luz roja de las velas votivas iluminaba suavemente el viacrucis en las paredes. Mike llenó su botella de plástico en la pila del agua bendita de la entrada principal, hizo una genuflexión y se acercó de nuevo al altar.

Permaneció un momento arrodillado, sabiendo que lo que iba a hacer podía ser un pecado mortal. Él no podía tocar la Hostia con las manos, aunque cayese durante la comunión y no alcanzase a recogerla con la patena que sostenía debajo de la barbilla del comulgante. Sólo el padre Cavanaugh, como sacerdote que era, podía tocar la oblea después de consagrada y convertida en el Cuerpo de Cristo.

Mike dijo en silencio un acto de contrición, subió la escalera y cogió una Hostia consagrada del sagrario de encima del altar. Hizo otra genuflexión, rezó una breve oración, envolvió la Hostia en los corporales y la guardó en el bolsillo.

No paró de correr hasta llegar a su casa.

Se dirigía a la puerta de atrás cuando oyó movimiento en la oscuridad de detrás del retrete, cerca del gallinero. Se detuvo, con el corazón palpitante, pero extrañamente embotadas las emociones. Sacó la botella de agua bendita del bolsillo, la destapó y la sostuvo en alto.

Había movimiento en la oscuridad del gallinero.

-Vamos, maldita sea -murmuró Mike, acercándose allí-. Sal de una vez si te atreves.

-¡Eh, O'Rourke! -dijo la voz de Jim Harlen-. ¿Por qué diablos te has retrasado tanto?

Se encendió un mechero y Mike pudo ver las caras de Harlen, Kevin, Dale, Lawrence y Cordie Cooke. Ni siquiera la extraña presencia de la niña le sorprendió. Entró en el oscuro cobertizo.

El encendedor de Harlen se apagó y no volvió a encenderse. Mike dejó que sus ojos se adaptasen a la oscuridad.

-No vas a creer lo que está pasando -empezó a decir Dale Stewart, con voz tensa.

Mike sonrió, sabiendo que los otros no podían ver su sonrisa en la oscuridad.

-Explícate -murmuró.

25

Los muchachos salieron por la mañana hacia la finca de Duane. Todos iban en bicicleta y estaban un poco nerviosos, pero Mike sugirió una estrategia para el caso de que apareciese el camión de recogida de animales muertos: la mitad se escondería en los campos del lado norte de la carretera, y la otra mitad, en los del lado sur. Harlen había dicho:

-Duane estaba en un campo. Y lo pillaron.

Pero nadie había tenido una idea mejor.

Había sido Dale quien había propuesto ir a la finca de Duane. Habían hablado durante más de una hora en el gallinero, el domingo por la noche, y todos habían tenido algo que contar.

Era norma aceptada por todos que nadie mantuviese en secreto algo que tuviese que ver con los misteriosos sucesos de aquel verano. Y cada relato pareció más extraño que el anterior, terminando con el de Mike; pero nadie desmintió a nadie ni le tachó de loco.

-Muy bien -había dicho Cordie Cooke al fin-, hemos oído lo que todo el mundo tenía que contar. Algún malvado mató a mi hermano y a vuestro amigo, y está tratando de matarnos a todos. ¿Qué vamos a hacer?

Se produjo un parloteo general sobre esta cuestión. Kevin había dicho:

-¿Por qué no lo habéis contado a los mayores?

-¡Yo lo hice! -dijo Dale-. Le dije a tu padre que había algo horrible en el sótano.

-Y él encontró un gato muerto.

-Sí; pero esto no fue lo que yo vi...

-Te creo -dijo Kevin-, pero ¿por qué no les dijiste a él y a tu madre que era Tubby Cooke? Quiero decir su cadáver. Perdona, Cordie.

-Yo también lo he visto -dijo Cordie.

-Entonces, ¿por qué no se lo contaste? -preguntó Kev a Dale-. O tú, Jim. ¿Por qué no mostrasteis la prueba a Barney o al doctor Staffney?

Harlen vaciló.

-Supongo que pensé que creerían que estaba chiflado y me encerrarían en alguna parte. Era absurdo. Cuando dije que no era más que un intruso, me prestaron atención.

-Sí -dijo Dale-. Mirad, yo me volví un poco loco en el sótano y mi madre estuvo a punto de enviarme a un psicólogo infantil de Oak Hill. Pensad en lo que habría hecho si yo...

-Yo se lo conté a mi madre -dijo Cordie a media voz.

Se hizo el silencio en el oscuro cobertizo, mientras todos esperaban a que continuase.

-Ella me creyó -dijo Cordie-. Y la noche siguiente, mi madre también vio el cuerpo de Tubby rondando por el patio.

-¿Y qué hizo? -preguntó Mike.

Cordie se encogió de hombros.

-¿Qué podía hacer? Se lo dijo a mi padre, pero él le pegó y dijo que cerrase el pico. Ella encierra ahora a los pequeños por la noche y atranca la puerta. ¿Qué más puede hacer? Cree que es el espíritu de Tubby que trata de meterse en casa. Mamá se crió en el Sur y oyó contar a los negros muchas historias de fantasmas.

Dale frunció el ceño al oír la palabra «negros». Nadie dijo nada durante un minuto. Por fin dijo Harlen:

-Mira, O'Rourke, tú lo contaste a alguien. Y ya ves de qué ha servido.

Mike suspiró.

-Al menos el padre C. sabe lo que pasa.

-Sí; si no se muere por tener gusanos en las entrañas -dijo Harlen.

-Cállate. -Mike paseó arriba y abajo-. Sé lo que queréis decir. Mi padre me creyó cuando le dije que había un tipo mirando por nuestra ventana. Si le dijese que era un antiguo amigo de Memo, que volvía del cementerio, creería que estoy chalado. No volvería a creerme.

-Necesitamos pruebas -dijo Lawrence.

Todos le miraron en la oscuridad. Lawrence no había vuelto a hablar después de describir aquella cosa que había salido del armario y se había metido debajo de su cama.

-¿Qué sabemos? -dijo Kevin, con su voz de pequeño profesor.

-Sabemos que eres una mierda -sugirió Harlen.

-Cállate, Kevin tiene razón -dijo Mike-. Pensemos. ¿Contra quién estamos luchando?

-Contra tu soldado -dijo Dale-. A menos que lo matases con tu agua sagrada.

-Agua bendita -dijo Mike-. No, no estaba muerto... Quiero decir destruido. Estoy seguro. Él está todavía allí, en alguna parte.

Mike se levantó y miró por la ventana hacia la casa.

-Bueno -dijo suavemente Dale-. Tu madre y tus hermanas aún están levantadas. Tu abuela se encuentra bien.

Mike asintió con la cabeza.

-El Soldado -dijo, como marcando una lista.

-Roon -dijo Cordie-. Ese mequetrefe.

-¿Estamos seguros de que Roon está metido en esto? –preguntó Harlen desde el oscuro y voluminoso sofá.

-Sí -dijo Cordie en un tono que no admitía discusión.

-El Soldado y Roon -dijo Mike-. ¿Quién más?

-Van Syke -dijo Dale-. Duane estaba convencido de que había sido Van Syke quien había tratado de atropellarlo en la carretera.

-Tal vez fue él quien por fin lo llevó a casa -dijo Harlen.

Dale lanzó un gemido de dolor desde donde se hallaba sentado contra el aparato de radio.

-Roon, el Soldado, Van Syke -dijo Mike.

-La vieja Double-Butt y la señora Duggan -dijo Harlen con voz tensa.

-Duggan es en cierta manera como Tubby -dijo Kevin-. Puede ser un objeto que está siendo utilizado. Nada sabemos de la señora Doubbet.

-Yo las vi -saltó Harlen-. Juntas.

Mike paseaba arriba y abajo.

-Está bien -dijo-. La vieja Double-Butt es una de ellos o está con ellos.

-¿Cuál es la diferencia? -preguntó Kevin.

-Cállate -dijo Mike, sin dejar de pensar-. Tenemos el Soldado, Van Syke, Roon, la Duggan, la señora Doubbet... ¿Nos olvidamos de alguien?

-De Terence -dijo Cordie en voz tan baja que apenas pudieron oírle.

-¿Quién? -preguntaron cinco voces.

-Terence Mulready Cooke -dijo ella-. Tubby.

-Ah, sí -dijo Mike. Contó los nombres con los dedos, añadiendo el de Tubby-. Son al menos seis. ¿Quién más?

-Congden -dijo Dale.

Mike interrumpió su paseo.

-¿J. P. o su hijo C. J.?

Dale se encogió de hombros.

-Tal vez los dos.

-No lo creo -dijo Harlen-. Al menos de C. J. Es demasiado estúpido. Su padre va mucho con Van Syke, pero no creo que esté metido en esto.

-Pondremos a J. P. en la lista -dijo Mike- hasta que sepamos la verdad. Bueno, son al menos siete. Algunos de ellos, humanos. Otros...

-Muertos -dijo Dale-. Cosas que aquéllos emplean de alguna manera.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Harlen.

-¿Qué?

-¿Y si hacen que Duane McBride vuelva, como Tubby? ¡Y si su cadáver viene a rascar nuestras ventanas, como ha hecho el de Tubby?

-Imposible -dijo Dale, que apenas si podía hablar-. Su padre mandó incinerar los restos.

-¿Estás seguro? -preguntó Kevin.

-Sí.

Mike pasó al centro del círculo y se puso en cuclillas.

-Entonces, ¿qué hacemos? -murmuró.

Dale rompió el silencio.

-Creo que Duane había averiguado algo. Por esto quería reunirse con nosotros aquel sábado.

Harlen carraspeó.

-Pero está...

-Sí -dijo Dale-. Pero, ¿no te acuerdas que Duane siempre estaba tomando notas?

Mike chascó los dedos.

-¡Sus libretas! Pero, ¿cómo podemos apoderarnos de ellas?

-¿Por qué no vamos ahora a buscarlas? -dijo Cordie-. Aún no son las diez.

Pero nadie quería ir aquella noche, por múltiples razones, todas ellas convincentes: Mike tenía que quedarse con Memo; la madre de Harlen le despellejaría si no volvía pronto a casa, después de haber hecho que ella hubiese tenido que quedarse tantas veces; Kevin se estaba retrasando, y Dale estaba aún en la lista de enfermos. Ninguno mencionó la verdadera razón que les impedía ir: era de noche.

-Gallinas -dijo Cordie.

-Iremos mañana temprano -dijo Dale-. A las ocho a lo más tardar.

-¿Todos? -dijo Harlen.

-¿Por qué no? Ellos se lo pensarán dos veces antes de atacarnos si estamos todos juntos. Esas cosas tratan siempre de sorprendernos a solas. Mirad lo que le ocurrió a Duane.

-Sí -dijo Harlen-. O tal vez están esperando a pillarnos juntos.

Mike puso fin al debate.

-Iremos todos juntos por la mañana. Pero sólo uno subirá a la cosechadora. El resto vigilará y acudirá en su ayuda, en caso necesario.

Cordie carraspeó y escupió en el suelo de madera.

-Hay otra cosa -dijo.

-¿Qué?

-Quiero decir una cosa más. Al menos una.

-¿De qué coño estás hablando, Cooke? -preguntó Harlen.

Cordie rebulló en el sillón de muelles. Los cañones de la escopeta se movieron con ella, hasta apuntar en la dirección de Jim Harlen.

-Cuida tu grosero lenguaje cuando hables conmigo –le dijo-. Quiero decir que vi algo más. Algo que se movía en el suelo, cerca de mi casa.

-El Soldado desapareció en el suelo -dijo Mike.

-No. Aquello no era grande, aunque era más largo que cualquier persona... Una especie de serpiente o algo parecido.

Los muchachos se miraron, bajo la débil luz.

-¿Debajo del suelo? -dijo Harlen.

-Sí.

-Los agujeros... -dijo Dale, a nadie en particular.

La idea de algo más, de algo que no hubiesen visto todavía, le dio náuseas.

-Tal vez es como aquella cosa que se metió debajo de mi cama -dijo Lawrence.

Dale había oído la conversación desde lejos, como si estuviese escuchando una charla en un manicomio, y él fuese uno de los internados.

-Asunto concluido -dijo Mike-. Nos encontraremos a las ocho de la mañana para ir a casa de Duane y ver si dejó alguna nota que pueda ayudarnos.

Nadie había querido volver solo a casa en la oscuridad. Salieron en grupos, manteniéndose juntos el mayor tiempo posible, hasta que uno a uno, corrieron hacia las luces de los porches y los interiores iluminados de sus casas. Por fin sólo Cordie Cooke había seguido sola su camino en la oscuridad.

Mike pedaleó para mantenerse a la altura del grupo. Aunque era temprano hacía mucho calor, el cielo estaba despejado y pequeños espejismos y ondas de calor surgían de la carretera delante de ellos. Mike estaba cansado.

Había estado con Memo casi toda la noche; bajó junto a ella cuando su madre se hubo dormido. Había rociado el marco de la ventana con un poco de agua bendita, aunque no sabía si serviría de algo. ¿Dejaba de producir efecto cuando se secaba el agua? En todo caso, no había habido ningún visitante aquella noche, y sólo en una ocasión se había despertado sobresaltado al oír lo que pudo haber sido un ruido debajo de la casa; pero podía ser un

crujido natural. El coro de los grillos y las cigarras había sonado muy fuerte a través de la tela metálica, y Mike creía recordar que, el otro día, el silencio había sido absoluto antes de que apareciese el Soldado en la ventana.

Mike había repartido puntualmente los periódicos, bostezando después de un par de horas de sueño irregular, y entonces había corrido a la rectoría para ver al padre C. antes de la misa.

Pero hoy no había habido misa. La señora McCafferty había dicho a Mike que bajase la voz y había pasado a la puerta de atrás desde la cocina de la rectoría para continuar la conversación. El sacerdote estaba muy enfermo; el doctor Staffney había recomendado un descanso total y la hospitalización si el padre C. no mejoraba el martes. Mientras tanto, dijo el ama de llaves, el padre Dinmen, coadjutor de San Buenaventura, en Oak Hill, había accedido a venir el miércoles a celebrar la misa de la mañana. Mike debía decirlo a los feligreses.

Mike arguyó que tenía que ver al padre C., que era sumamente importante; pero la señora McCafferty se mostró implacable. Tal vez por la tarde, si el padre se encontraba mejor.

Mike se quedó en la iglesia el tiempo suficiente para informar a la media docena de antiguos feligreses y reabastecerse de agua bendita -esta vez había traído la cantimplora, que llenó en una de las pilas- y después se marchó para reunirse con Dale y los demás.

Tenía sus dudas sobre volver a la finca de McBride -entre otras cosas, significaba pasar por delante del cementerio-, pero la brillante luz del sol y la presencia de los otros cuatro muchachos le impedían negarse a hacerlo. Además, Dale podía tener razón: tal vez Duane había dejado alguna clave para ellos.

Dejaron las bicis en el campo de maíz de la derecha del camino de entrada de la casa McBride y continuaron a pie, deteniéndose en la última hilera de plantas de maíz para mirar hacia la casa, que estaba a oscuras y en silencio. No se veía la camioneta del señor McBride en ningún sitio, y la cuadra donde se hallaban la cosechadora y otros instrumentos estaba herméticamente cerrada; podían ver la cadena y el pesado candado en la puerta.

-Creo que ha salido -murmuró Harlen.

El pedaleo y la carrera agachado en el maizal parecían haberle agotado; la cara de Harlen estaba pálida y cubierta de sudor. Se rascaba continuamente el cabestrillo. Había aumentado el calor, gravitando sobre los campos como un puño de hierro calentado al rojo.

-No te fíes -murmuró Mike-. ¿Me dejas mirar con eso? -preguntó a Kev, que se le había ocurrido traer los prismáticos.

-Bebamos un poco -susurró Harlen, alargando la mano hacia la cantimplora que Mike llevaba colgada del hombro.

Mike la retiró.

-Lawrence tiene una botella de agua. Pídesela a él.

-Estúpido egoísta -exclamó Harlen, haciendo señas a Lawrence.

El hermano de Dale sacudió la cabeza, pero sacó la botella de plástico de su pequeña mochila de Cub Scout.

-No veo nada -dijo Mike, tendiendo los prismáticos a Dale-. Pero lo más seguro es que esté dentro.

Dale cogió la botella de agua de manos de Harlen. Después de enjuagarse la boca y escupir en el polvoriento suelo, miró de nuevo entre las plantas de maíz.

-Voy a entrar.

Mike sacudió la cabeza.

-Iremos todos.

-No -dijo Dale-. Lo más probable es que pueda salir sin novedad. Y si hay follón, quiero que vosotros estéis aquí, preparados para ayudarme.

-Yo te ayudaré -murmuró Harlen, sacando un pequeño revólver de las profundidades de su cabestrillo.

-¡Dios mío! -exclamó Dale-. ¿Es de verdad?

-¡Uy! -dijo Lawrence, acercándose.

-¡Mierda! -exclamó Kevin-. No apuntes ese trasto en mi dirección.

-Guárdala -ordenó Mike con tono terminante.

-Sórbete los mocos y muérete -dijo Harlen. Pero guardó el revólver y dijo a Dale-: Puedes apostarte el culo a que es de verdad. Todos deberíamos tener algo así. El otro bando no se anda con chiquitas. Creo que...

-Más tarde hablaremos de esto -murmuró Mike. Devolvió los prismáticos a Kevin-. Adelante, Dale. Estaremos alerta.

Había veinte metros desde el campo hasta la casa. Dale no pudo ver la camioneta en la parte ahora visible de delante del corral; pero durante todo el trayecto a través del patio y del camino de entrada tuvo la impresión de ser observado.

Llamó a la puerta de atrás, como había hecho docenas de veces en que había ido a visitar a Duane. Casi esperaba oír ladrar a Wittgenstein en el garaje, y después correr rápidamente y agitando la cola al oler a Dale. Entonces saldría Duane de la casa, subiéndose el pantalón de pana y ajustándose las gafas.

Nadie respondió. La puerta no estaba cerrada con llave. Dale vaciló un segundo y después la abrió, estremeciéndose al oírla chirriar.

La cocina estaba oscura pero no fresca; el calor llenaba el exiguo espacio. Olía a aire rancio y a basura recalentada. Pudo ver platos sucios en el fregadero, en el tablero y sobre la mesa.

Dale cruzó la estancia haciendo el menor ruido posible, caminando de puntillas. Había una atmósfera de silencio y abandono en la casa, confirmando la confianza de Dale de que el padre de Duane no estaba en ella. Se detuvo para mirar dentro del comedor, antes de bajar al sitio donde había dormido Duane.

Una figura oscura estaba sentada en una silla, cerca del banco de trabajo que había servido de mesa de comedor. Sostenía algo. Dale pudo ver un cañón de escopeta apuntado en su dirección.

Se quedó inmóvil, todavía de puntillas, y su corazón se detuvo, dio un fuerte latido y se detuvo de nuevo.

-¿Qué quieres, muchacho?

Era la voz del señor McBride, lenta, confusa, sin el menor énfasis, aunque pareciese extraña; pero era indudablemente su voz.

-Discúlpeme -consiguió decir Dale, sintiendo que su corazón palpitaba y volvía a detenerse-. Creí que no estaba usted. Quiero decir que llamé...

Pudo ver al hombre, ahora que sus ojos se habían adaptado a la oscuridad. El señor McBride estaba sentado en camiseta y pantalón oscuro de trabajo. Tenía los hombros encogidos, como si un gran peso gravitase encima de ellos. Había botellas sobre la mesa y en el suelo. El arma era una escopeta de aire comprimido y el cañón no se movía un centímetro.

-¿Qué quieres, muchacho?

Dale consideró varias mentiras y las rechazó.

-He venido a ver si Duane dejó una libreta con notas.

-¿Por qué?

Dale sintió un fuerte dolor en el pecho al contraerse, saltar y acelerarse su corazón. Quería levantar las manos como en las películas, pero tenía miedo de hacer cualquier movimiento.

-Creo que Duane tenía alguna información que podría ayudarnos a descubrir quién... quién lo mató -dijo.

-Has dicho ayudarnos. ¿Quiénes son los otros? -preguntó la sombra.

-Otros chicos. Amigos suyos -respondió Dale.

Ahora podía ver la cara del señor McBride. Parecía terrible, peor que cuando la familia de Dale le había traído comida hacía un par de semanas. La barba gris hacía que pareciese un

viejo y las mejillas y la nariz estaban enrojecidas por las venas capilares reventadas. Los ojos estaban tan hundidos en las cuencas que casi resultaban invisibles. Dale observó que olía a sudor y a whisky.

-¿Crees que alguien mató a mi Duane?

Era un desafío. La escopeta seguía apuntando a la cara de Dale.

-Sí -dijo éste.

Tenía una sensación extraña en las rodillas, como si no pudiesen sostenerle mucho tiempo más.

El señor McBride bajó la escopeta.

-Muchacho, aparte de mí, tú eres el único que cree esto. -Echó un trago de una de las botellas de encima de la mesa-. Se lo dije a aquel agente hijo de perra, se lo dije a la policía de Oak Hill, se lo dije a la policía del Estado, se lo dije a todos los que querían escucharme. Pero nadie me hizo caso. -Levantó la botella, la vació y la arrojó al suelo. Eructó-. Les dije que preguntasen a ese miserable de Congden. Él robó el coche de Art y arrancó la portezuela para que no pudiésemos ver la pintura...

Dale no tenía idea de lo que estaba diciendo el señor McBride, pero no tenía intención de interrumpirle para preguntárselo.

-Les dije que preguntasen a Congden quién mató a mi hijo... –El padre de Duane revolvió las botellas hasta encontrar una que no estaba vacía. Echó un largo trago-. Les dije que Congden sabe algo acerca de quién mató a mi hijo, y ellos dijeron que mi hijo no estaba en sus cabales debido a la muerte de Art... ¿Sabías que mi hermano murió, muchacho?

-Sí, señor -farfulló Dale.

-También lo mataron. Lo mataron primero. Después mataron a mi hijo. Mataron a mi Duane.

Levantó la escopeta, como si se hubiese olvidado de que la tenía sobre las rodillas; volvió a dejarla, la acarició y miró de soslayo a Dale.

-¿Cómo te llamas, muchacho?

Dale se lo dijo.

-Ah, sí. Habías estado aquí otras veces para jugar con Duanie, ¿no es cierto?

-Sí, señor -dijo Dale y pensó: «¿Duanie?»

-¿Sabes tú quién mató a mi hijo?

-No, señor -respondió Dale.

«No estoy seguro. No lo estaré hasta que vea las libretas de Duane.»

El señor McBride apuró otra botella.

-Yo les dije: preguntad a ese maldito Congden, a ese falso juez de paz. Ellos dicen que Congden desapareció el día siguiente de la muerte de mi Duanie y preguntan qué sé yo sobre esto. ¿Creen que yo lo maté? ¡Malditos hijos de puta! -Buscó sobre la mesa, derribando más botellas, pero no pudo encontrar ninguna en la que quedase algo. Se levantó, se dirigió tambaleándose a un sofá que había contra la pared, quitó algunos trastos de encima de él y se derrumbó allí, sosteniendo todavía la escopeta sobre las piernas-. Hubiese debido matarlo. Hubiese debido obligarle a decir quién hizo esto a Art y a mi hijo, y matarle después... -Se incorporó de pronto-. ¿Qué has dicho que querías, muchacho? Duane no está aquí.

Dale sintió un escalofrío en la espalda.

-Sí, señor; ya lo sé. Vine a buscar una libreta en la que escribía Duane. Tal vez más de una. Había escrito algo en ellas para mí.

El señor McBride sacudió la cabeza; después se agarró al respaldo del sofá para recobrar el equilibrio.

-No. Él sólo tomaba notas de sus ideas para relatos, muchacho. No para ti. No para mí... -Apoyó la cabeza sobre el brazo del sofá y cerró los ojos-. Tal vez no hubiese debido hacer de sus exequias una ceremonia íntima, sólo para mí -murmuró-. Era fácil olvidar que él tenía amigos.

-Sí, señor -dijo Dale en voz baja.

-No sabía dónde esparcir sus cenizas -farfulló el señor McBride, como si estuviese hablando en sueños-. Lo llaman cenizas, pero todavía hay pedazos de huesos allí. ¿Lo sabías?

-No, señor.

El hombre del sofá continuó mascullando:

-Así que arrojé parte de ellas al río donde iba con Art... Creo que a Duane le habría gustado... Y el resto en el campo donde solían jugar él y el perro. Donde está enterrado el perro. -El señor McBride abrió los ojos y los fijó en Dale-. ¿Crees que hice mal al repartirlas de esta manera?

Dale tragó saliva. Le dolía la garganta y le costaba hablar.

-No, señor -murmuró.

-Yo tampoco -susurró el padre de Duane, y volvió a cerrar los ojos.

-¿Podría verlas, señor? -preguntó Dale.

-¿Qué, muchacho?

Era una voz soñolienta, distraída.

-Las libretas de Duane. Ésas de que estábamos hablando.

-No pude encontrarlas -dijo el señor McBride con los ojos todavía cerrados-. Las busqué abajo, en todas partes, y no pude encontrarlas. Como la maldita puerta del Cadillac...

Su voz se extinguió.

Dale esperó más de un minuto, oyó que la respiración del hombre se convertía en un ronquido y dio un paso en dirección a la escalera del sótano.

El señor McBride amartilló la escopeta.

-Vete, muchacho -farfulló-. Vete, vete ahora mismo. Aléjate de aquí.

Dale miró la escalera, tan cerca, y dijo:

-Sí, señor -y salió por la puerta de la cocina.

La luz era muy brillante. Dale caminó treinta metros por el camino de entrada, sintiendo la camiseta de manga corta pegada a la piel, y después pasó detrás de los olmos chinos y se introdujo en el maizal. No creía que el señor McBride hubiese ido a la cocina para verle marchar. Pasó entre las apretadas hileras de plantas de maíz hasta que casi tropezó con Mike y los demás, que le seguían esperando allí.

-¿Por qué has tardado tanto? -preguntó Harlen.

Dale se lo dijo.

Mike suspiró y se tumbó de espaldas, mirando al cielo con los ojos entrecerrados, a través del maíz.

-Esto se acabó por hoy. Probablemente, no volverá al pueblo hasta que se despierte esta noche.

-No -dijo Dale-. Voy a volver allí.

La ventana había sido más traidora de lo que se había imaginado Dale, que se había rasgado la camiseta y dejado un poco de piel en ella al entrar.

Había otra mesa de trabajo debajo de la ventana -toda la maldita casa parecía llena de ellas- y Dale había colocado cuidadosamente los pies encima de ella, oyendo crujir los caballetes bajo su peso.

El sótano era mucho más fresco que el exterior y olía como debe oler un sótano: débiles olores de moho, detergente para el lavado de la ropa, cañerías de desagüe atascadas, serrín, cemento y ozono, probablemente de las radios y los aparatos electrónicos que cubrían todas las superficies.

Dale había visitado con anterioridad la habitación de Duane en el sótano y sabía que había ido a parar a la parte de atrás de éste, donde estaban la ducha y los trastos de lavar la ropa. El rincón «dormitorio» de Duane estaba cerca de la escalera. «Magnífico. El hombre de arriba puede oírme, y yo no puedo asomarme a esta ventana para llamar a los otros.»

Librodot

Cruzó de puntillas la habitación de atrás, deteniéndose ante la puerta abierta para escuchar. Ningún ruido desde la escalera o las plantas superiores. Dale lamentó que la puerta de la escalera no estuviese cerrada.

Esta habitación era más oscura; no había ventanas. «Ninguna manera de escapar.» Había varias luces: un cordón en el techo del que colgaba una bombilla; una lámpara junto a una cama oscura y voluminosa, y una lámpara de artista sobre una mesa grande cerca de la cama. Pero Dale no podía encender ninguna de ellas porque la luz se habría reflejado en la escalera. «No me vería, si está durmiendo.» Una parte menos atrevida de su mente le recordó que el hombre de la escopeta lo vería, si estaba despierto. Incluso el ruido podía delatarle.

A Dale le costaba respirar al acurrucarse junto a la cama, esperando a que sus ojos se adaptasen a la oscuridad casi total. «¿Y si sale algo de debajo de la cama...? Un brazo blanco... ¡Duane! La cara de Duane, muerta e hinchada, como la de Tubby, desde luego..., desgarrada y destrozada como había dicho Digger que...»

Se propuso no pensar en esto. La cama estaba hecha, y cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad pudo ver los débiles surcos y arrugas de la colcha. Nada salió de debajo del lecho.

Había libros por todas partes. Libros en librerías de confección casera; montones de libros sobre los muebles, al otro lado de la cama; hileras de libros sobre la mesa y el antepecho de la ventana, cajas de libros debajo del escritorio, incluso largas hileras de libros en rústica sobre las cornisas de cemento que se extendían alrededor del sótano. Lo único que competía con los libros eran las numerosas radios: radios con reloj y modelos de sobremesa, viejas radios en muebles de Art Deco Baketile, radios desnudas hechas con piezas sueltas, pequeñas radios de transistores y un enorme aparato Atwater Kent, de al menos un metro veinte de altura, colocado entre la cama de Duane y su mesa escritorio.

Dale empezó a mirar en los estantes, en las cajas de libros. Recordaba cómo eran las libretas de Duane: pequeñas y de hojas cambiables, algunas tan grandes como las del colegio, pero la mayoría más pequeñas. Tenían que estar en alguna parte.

Sobre la mesa había blocs de papel amarillo, vasos llenos de lápices y plumas, incluso una vieja máquina de escribir Smith Corona y fajos de papeles para ella, pero ninguna libreta. Dale se acercó de puntillas a la cama, palpó debajo del colchón, apartó las almohadas. Nada. Había pasado al sencillo armario y estaba buscando entre las pocas camisas de franela y los pantalones de pana cuidadosamente doblados de Duane, sintiéndose cada vez más violento por registrar las cosas de su amigo muerto, cuando una de sus rodillas tropezó con una de las mesas bajas próximas a la cama y un montón de libros cayó al suelo. Dale se quedó petrificado.

-¿Quién está ahí?

La voz del señor McBride era gangosa y confusa, pero pareció sonar en lo alto de la escalera.

-¿Quién está ahí, maldita sea?

Unas fuertes pisadas resonaron arriba, yendo desde el comedor al corto pasillo, junto a la cocina, en el lugar donde se abría la escalera. Dale miró a través de la larga estancia y de la puerta abierta hacia el destello de luz del ventanuco de la pared del fondo. No podría llegar hasta aquella ventana, y mucho menos pasar a través de ella. El señor McBride acababa de despertar de su borrachera. probablemente ni recordaba siquiera la visita de Dale- y el muchacho sólo sería para él una oscura sombra en el sótano. Se estremeció al pensar en la posta que rompería su espina dorsal y saldría por el pecho. Pisadas en el pasillo.

-Voy a bajar, ¡maldito seas! ¡Te he pillado!

Dale oyó que amartillaba la escopeta de nuevo. El proyectil que había puesto antes el señor McBride en la recámara rebotó en el suelo en el piso de arriba. Después, pisadas en los primeros escalones. «Debajo de la cama», pensó Dale. No; sería el primer sitio donde buscaría el hombre. Disponía de unos diez segundos, antes de que McBride llegase al pie de la escalera y entrase en la habitación.

Dale recordó cómo se habían metido a veces dentro del aparato de radio vacío en el gallinero de Mike. Las pisadas sonaban en mitad de la escalera cuando saltó por encima de la cama, apartó el Atwater Kent de la pared, se acurrucó detrás de él y tiró para colocarlo de nuevo en su sitio. En ese momento las fuertes pisadas llegaban al final de la escalera.

-¡Te veo, maldito seas! -gritó furiosamente el hombre-. ¿Crees que vas a liquidarme como hiciste con mi hermano y con mi hijo?

Las pisadas llegaron al centro de la habitación. Había allí una cuerda de tender la ropa y Dale pudo oír que algo chocaba con ella, tal vez el cañón de la escopeta, y después el ruido de la cuerda al ser arrancada.

-¡Sal de ahí, maldito seas!

La radio tenía allí sus instrumentos, pero quedaba espacio suficiente para que Dale pudiese acurrucarse en el pie del aparato. Se tapó la cara con los antebrazos, esforzándose en no gimotear, pero imaginándose la escopeta apuntando hacia él desde dos metros y medio de distancia. Dale había disparado la escopeta de aire comprimido del calibre 12 de su padre, y la suya del 41. Sabía que la delgada madera no le protegería en absoluto. Habría debido rendirse, como si fuesen dos chiquillos jugando al escondite..., pero la voz no le habría obedecido. Jadeó para no gritar.

-¡Te veo! -gritó el padre del muchacho muerto. Pero sus pisadas se alejaron hacia el otro lado del sótano-. ¡Maldita sea! Sé que alguien está aquí abajo. ¡Sal inmediatamente!

«~ me ha visto.» Algo duro, tal vez parte de una tubería, se estaba clavando en la pierna de Dale. Elementos electrónicos arañaban su cuello doblado. Había una especie de repisa allí abajo que se hincaba en su hombro. Pero Dale no iba a moverse para estar más cómodo.

Las pisadas volvieron a la parte del sótano destinada a dormitorio. Se movieron despacio, vacilantes, hacia la pared del fondo, por delante del armario, de nuevo hacia el pie de la escalera, y después, cautelosamente, hacia la mesa escritorio, a menos de un metro del sitio donde Dale se hallaba agazapado, detrás del Atwater Kent.

Sonó un súbito ruido al agacharse el señor McBride, retirar la colcha y pasar el cañón de la escopeta por debajo de la cama. Después se levantó, casi apoyándose en la radio. Dale lo sabía, porque podía oler al hombre. «¿Puede olerme él a mí?»

Durante un largo rato, hubo un silencio tan profundo que Dale estuvo seguro de que aquel padre medio loco podía oír los latidos de su corazón dentro del aparato de radio. Entonces oyó algo que casi le hizo gritar.

-¿Duanie? -Era la voz del señor McBride, que ya no sonaba furiosa ni amenazadora sino sólo cascada y rota-. Duanie, ¿eres tú, hijo mío?

Dale contuvo el aliento.

Después de una eternidad, las pisadas, ahora todavía más pesadas, volvieron hacia la escalera, se detuvieron y subieron. Sonó un ruido de cristales rotos en el comedor, al ser volcadas unas botellas. Más pisadas. La puerta de la cocina se abrió y se cerró de golpe. Un momento después se oyó el sonido del motor de un vehículo arrancando detrás de la casa... «Allí no podíamos verlo...» Y entonces el crujido de la grava al bajar el vehículo por el camino de entrada.

Dale esperó otros cuatro o cinco minutos, aunque le dolía terriblemente el cuello y la espalda, para asegurarse de que aquel silencio era real. Entonces apartó la radio de la pared y salió, frotándose el brazo donde había estado apretado contra la repisa o lo que fuera.

Se detuvo junto a la cama, todavía a cuatro patas, y después apartó más el aparato de radio. Apenas había luz suficiente para ver.

Las libretas de hojas cambiables de Duane estaban amontonadas sobre la repisa; había al menos media docena. Dale se dio cuenta de lo fácil que habría sido inclinarse desde la cama o la mesa escritorio para dejarlas en su sitio.

Se quitó la camiseta, desgarrada y empapada en sudor, envolvió con ella las libretas y pasó a la otra habitación, para salir por la ventana. Podía haber subido la escalera y salido por la

cocina sin arañarse más el pellejo, pero no estaba seguro de que el señor McBride se hubiese marchado en el vehículo.

Se dirigía al lugar donde había dejado a los otros, cuando media docena de brazos salieron de entre el maíz de la primera hilera y tiraron de él. Se tambaleó entre las plantas. Una mano sucia le tapó la boca.

-¡Dios mío! -murmuró Mike-. Creíamos que te había matado. Suéltale, Harlen.

Jim Harlen apartó la mano.

Dale escupió y enjugó la sangre de un labio cortado.

-¿Por qué haces eso, imbécil?

Harlen le miró echando chispas por los ojos, pero no dijo nada.

-¡Las tienes! -gritó Lawrence, levantando el fajo de libretas.

Los muchachos empezaron a hojearlas.

-¡Mierda! -exclamó Harlen.

--¡Eh! -dijo Kevin, mirando burlonamente a Dale-. ¿Entiendes tú eso?

Dale sacudió la cabeza. Las libretas estaban llenas de garabatos, extraños lazos y trazos, y florituras. Era alguna clase de jeroglífico indescifrable o caligrafía marciana.

-Nos ha jodido -dijo Harlen-. Vayamos a casa.

-Esperad -dijo Mike. Miraba con ceño una de las pequeñas libretas. De pronto sonrió-. Yo conozco esto.

-¿Puedes leerlo? -preguntó Lawrence asombrado.

-No -dijo Mike-. No puedo leerlo, pero sé lo que es.

Dale se acercó más.

-¿Puedes descifrar esta clave?

-No es una clave -dijo Mike, sin dejar de sonreír-. Mi estúpida hermana Peg siguió un curso de esta materia. Es taquigrafía, esa escritura rápida que hacen las secretarias.

Los muchachos aplaudieron y gritaron hasta que Kevin sugirió que se callasen. Metieron las libretas en la mochila de Lawrence tan cuidadosamente como si hubiesen sido huevos recién puestos, y después corrieron agachados hacia el sitio donde habían dejado las bicicletas.

Dale sintió que el sol le quemaba el cuello y los brazos mucho antes de llegar a Jubilee College Road, a pesar de que tenía curtida la piel. La lejana torre del agua resplandecía en las olas de calor, como si toda la ciudad fuese una ilusión, un espejismo a punto de desaparecer.

Estaban a medio camino del pueblo cuando una nube de polvo se alzó detrás de ellos, al acercarse rápidamente un camión.

Mike hizo un ademán, y Harlen, Kev y él se pusieron a un lado de la carretera, y Dale y Lawrence, al otro. Cruzaron las cunetas, soltaron las bicis y se dispusieron a encaramarse en la valla y meterse en los campos.

El camión redujo la marcha, con la oscura cabina resplandeciendo en el calor de la carretera y del motor. El conductor miró con curiosidad, detuvo el camión e hizo marcha atrás.

-¿Qué estáis haciendo? -gritó el padre de Kevin desde la alta cabina del camión de la leche. La larga cuba remolcada tenía el resplandor del acero pulido, y deslumbraba bajo el sol del mediodía-. ¿Qué estáis tramando?

Kevin sonrió y señaló con indiferencia hacia el pueblo.

-Sólo estamos dando un paseo en bicicleta.

Su padre miró de soslayo a los muchachos encaramados en la valla de alambre, como pájaros prestos a levantar el vuelo.

-Vete enseguida a casa -dijo-. Necesito que me ayudes a limpiar la cuba. Además, tu madre quiere que quites las hierbas del jardín esta tarde.

-De acuerdo -dijo Kevin, y saludó.

Su padre frunció el ceño y el largo camión reemprendió la marcha y desapareció entre la nube de polvo.

Los chicos permanecieron un minuto en la carretera, sujetando sus bicis antes de volver a montar en ellas. Dale se preguntó si los otros tendrían entumecidas las piernas.

No encontraron más coches ni camiones antes de llegar a la sombra del pueblo. Aquí había más oscuridad, la luz se filtraba a través de una docena de capas de hojas en todas las calles, pero el día continuaba siendo cálido y bochornoso cuando se reunieron brevemente en el gallinero y se desperdigaron para ir a comer y a sus diferentes tareas.

Mike guardó las libretas. Su hermana conservaba uno de sus libros de taquigrafía y él se comprometió a buscarlo y a empezar a descifrar los textos. Dale fue a reunirse con él después de la comida para ayudarle.

Mike fue a ver cómo estaba Memo, encontró el libro de Peg en un estante, junto a su estúpido diario -ella le habría matado si le hubiese sorprendido en su habitación- y llevó todos los libros al gallinero.

Dale y él empezaron a mirar las libretas para asegurarse de que estaban en taquigrafía, decidieron descifrar un par de rayas, les resultó difícil al principio, pero después encontraron el tranquillo. Los garabatos de Duane McBride no eran iguales a los del libro de texto, pero se parecían bastante. Mike volvió a entrar en casa, encontró un bloc y dos lápices, y volvió al gallinero. Los muchachos trabajaron en silencio.

Seis horas más tarde, cuando todavía estaban leyendo, la madre de Mike lo llamó para cenar.

26

Mike se ofreció voluntario para ir a hablar con la señora Moon. Era el que la conocía más.

El día anterior, después de cenar y durante el largo y lento crepúsculo, todos salvo Cordie se reunieron en el gallinero para oír lo que había en las libretas.

-¿Dónde está la chica? -preguntó Mike.

Jim Harlen se encogió de hombros.

-Fui a la ratonera de su casa...

-¿Solo? -le interrumpió Lawrence.

Harlen le miró de soslayo e hizo caso omiso a su pregunta.

-Fui esta tarde pero no había nadie en casa.

-Quizás habían salido de compras o para algún recado –dijo Dale.

Harlen sacudió la cabeza. Esta tarde parecía pálido y extrañamente vulnerable con su cabestrillo y su escayola.

-No; quiero decir que estaba vacía. Había trastos desparramados por todas partes..., periódicos viejos, muebles rotos, un hacha.... como si la familia lo hubiese metido todo en un camión y se hubiese largado.

-No habría sido mala idea -murmuró Mike, que había terminado de descifrar los diarios de Duane.

-¿Eh? -dijo Kevin.

-Escuchad -dijo Mike O'Rourke levantando una de las libretas y empezando a leer.

Los cuatro muchachos escucharon durante casi una hora. Dale terminó la lectura cuando la voz de Mike empezó a ponerse ronca. Dale lo había leído todo con anterioridad -Mike y él habían comparado sus notas mientras descifraban el texto-, pero el hecho de oír la lectura en voz alta, aunque fuese con su propia voz, hacía que le temblasen las piernas.

-¡Dios mío! -murmuró Harlen al agotarse el tema de la Campana Borgia y del tío de Duane-. ¡Mierda! -añadió, en el mismo tono reverente.

Kevin cruzó los brazos. Se estaba haciendo de noche y la camiseta de Kev brillaba más que ninguna

-¿Y esa campana estuvo colgada allí, durante todos los años en que fuimos al colegio?

-El señor Ashley-Montague dijo a Duane que había sido quitada de allí y que la fundieron -dijo Dale-. Lo pone en una de estas libretas, y yo lo oí el mes pasado en el cine al aire libre.

Librodot

-Hace mucho tiempo que no ha habido cine gratuito -se lamentó Lawrence.

-Cállate -dijo Dale-. Aquí... Voy a saltarme algo... Esto es de cuando habló con la señora Moon, el mismo día en que cenamos todos en casa del tío Henry, el mismo día en que...

-... en que Duane fue asesinado -terminó Mike.

-Sí -dijo Dale-. Escuchad.

-Leyó las notas al pie de la letra:

17 de junio:

He hablado con la señora Emma Moon. ¡Se acuerda de la campana! Me ha contado una cosa terrible. Dice que su Orville no estuvo complicado. Una cosa terrible con referencia a la campana. Invierno de 1899-1900. Varios niños de la ciudad -cree que uno de una casa de campo- desaparecieron. El señor Ashley -entonces no Montague porque todavía no se habían unido los apellidos- ofreció una recompensa de 1.000 dólares. Ninguna pista.

Entonces, en enero -la señora M. está segura de que fue en enero de 1900- encontraron el cadáver de una niña de once años que había desaparecido antes de la Navidad. Se llamaba Sarah Lewellyn Campbell.

¡COMPROBAR LOS ARCHIVOS! ¿POR QUÉ NO DIJERON NADA LOS PERIÓDICOS?

La señora Moon está segura de que era Sarah L. Campbell.

No quiere hablar de ello, pero yo sigo preguntándole. La niña fue asesinada, posiblemente violada, decapitada y comida en parte. La señora M. está absolutamente segura de lo último.

Capturaron a un negro, «un hombre de color», que estaba durmiendo detrás de la fábrica de sebo. Se formó un pelotón. Dice que su marido, Orville, ni siquiera estaba en el condado.

Había ido a Galesburg en «viaje de compra de caballos». Un viaje de cuatro días. (Comprobar más tarde lo que es este trabajo...)

El Klan pesaba entonces mucho en Elm Haven. La señora M. dice que su Orville iba a las reuniones, como la mayoría de los hombres, pero que no actuaba de noche. Además, estaba fuera de la ciudad..., comprando caballos.

Los otros hombres del pueblo, bajo el mando del señor Ashley, el que trajo la campana, y el hijo del señor Ashley, de 21 años, arrastraron al negro hasta Old Central. La señora M. no sabe el nombre del negro. Un vagabundo.

Celebraron una especie de juicio (¿justicia Klan?), y le condenaron. Aquel mismo día por la noche lo colgaron.

De la campana.

La señora Moon recuerda haber oído sonar la campana a altas horas de aquella noche. Su marido le dijo que era porque el negro no paraba de balancearse ~ de patalear. (La señora M. se ha olvidado de que su marido estaba en Galesburg...) (Nota:

en las ejecuciones normales en la horca, se deja caer al reo, que se rompe el cuello; este hombre se balanceó durante mucho tiempo.)

¿En el campanario? La señora Moon no lo sabe. Cree que sí. O en la escalera central.

No quería decirme lo peor; he tenido que engatusarla.

Lo peor es que dejaron el cuerpo del negro en el campanario. Lo tapiaron y lo dejaron allí.

¿Por qué? Ella no lo sabe. Su Orville no lo sabía. El señor Ashley insistió en que dejasen allí el cuerpo del negro. (TENGO QUE COMPROBARLO CON ASHLEY-MONTAGUE. VISITAR SU CASA, VER LOS LIBROS DE LA SOCIEDAD HISTÓRICA QUE ÉL ROBÓ.)

La señora M. se ha echado a llorar. Dice que hubo algo peor.

Espero. Estas galletas son horribles. Espero. Ella está hablando ahora a sus gatos más que a mí.

Dice que lo peor, peor que el ahorcamiento, es que, dos meses más tarde de haber sido colgado el negro allí, desapareció otro niño.

Habían ahorcado a un inocente.

-Hay más -dijo Dale-, pero todo versa sobre lo mismo. Según las últimas notas, pensaba ir a ver al señor Dennis Ashley-Montague en persona para obtener más detalles.

Los cinco niños del gallinero se miraron.

-¡Vaya con la Campana Borgia! -exclamó Kevin.

-Y lo peor es que algo en ella funciona todavía; una influencia maligna.

Mike se agachó y tocó una de las libretas como si fuese un talismán.

-¿Crees que todo se debe a la campana? -preguntó a Dale.

Este asintió con la cabeza.

-¿Crees que Roon, Van Syke y la vieja Double-Butt intervienen en esto porque forman parte del colegio?

-Sí -murmuró Dale-. No sé cómo ni por qué, pero lo creo

-Yo también lo creo -dijo Mike. Se volvió a mirar a Jim Harlen-. ¿Tienes todavía tu revólver?

Harlen hurgó dentro del cabestrillo con la mano derecha y la sacó con el revólver de cañón corto.

Mike movió la cabeza arriba y abajo.

-Dale, tú tienes armas en casa, ¿no?

Dale miró a su hermano pequeño, y después a Mike.

-Sí. Mi padre tiene una escopeta, y yo tengo la Savage.

Mike no pestañeó.

-¿Y él te deja ir a cazar codornices con ella?

-No. Será mía cuando cumpla doce años.

-Es una escopeta, ¿no?

-Cuatro diez en la base -dijo Dale-. Veintidós en la cima.

-Sólo un proyectil en cada cañón, ¿no?

La voz de Mike sonaba tranquila, casi distraída

-Sí -dijo Dale-. Hay que abrirla para cargarla de nuevo.

Mike asintió con la cabeza.

-¿Puedes hacerte con ella?

Dale guardó silencio durante un momento.

-Mi padre me mataría si la sacase de casa sin su permiso y sin que él me acompañara. -Miró a través de la puerta hacia la oscuridad exterior. Las luciérnagas centelleaban en los manzanos del patio de atrás de Mike-. Sí -dijo Dale-, puedo cogerla.

-Bueno. -Mike se volvió a Kevin-. ¿Tú tienes algo?

Kev se frotó la mejilla.

-No. Quiero decir que mi padre tiene una automática..., en realidad, semiautomática, de servicio, pero la guarda en el último cajón de su mesa, y está cerrado.

-¿Podrías cogerla?

Kevin paseó arriba y abajo, frotándose la mejilla.

-¡Es su pistola de servicio! Es como... como un trofeo o un recuerdo que le regalaron los hombres de su pelotón. Fue oficial en la Segunda Guerra Mundial y... -Dejó de pasear-. ¿Creéis que las armas servirán de algo contra esas cosas que mataron a Duane?

Mike estaba acurrucado en la penumbra, agazapado como un animal a punto de saltar. Pero toda la tensión estaba en su cuerpo, no en su voz.

-No lo sé -dijo en voz baja, tan baja que casi no podía distinguirse del rumor de los insectos del jardín de más allá del gallinero-. Pero creo que Roon y Van Syke participan en todo esto, y nadie ha dicho que sean invulnerables. ¿Puedes conseguir el arma?

-Sí -dijo Kevin, después de medio minuto de silencio.

-¿Y municiones?

-Sí. Mi padre las guarda en el mismo cajón.

-Nosotros guardaremos las cosas aquí -dijo Mike-. Podremos echarles mano si las necesitamos. Tengo una idea...

-¿Y tú? -dijo Dale-. Tu padre no es cazador, ¿verdad?

-No -dijo Mike-, pero está la escopeta para ardillas de Memo.

-¿Y qué es eso?

Mike levantó las manos, con una separación de medio metro entre ellas.

-¿Recordáis aquella pistola larga que empleaba Wyatt Earp en su número?

-¿La Buntline Special? -dijo Harlen, en voz demasiado fuerte-. ¿Tiene tu abuela una Buntline Special?

-No -dijo Mike-, pero se le parece. Mi abuelo la hizo confeccionar para ella en Chicago, hace unos cuarenta años. Es una escopeta cuatro-diez como la de Dale, salvo que tiene una... como se llame, de pistola.

-Una culata -dijo Kevin.

-Sí. El cañón mide aproximadamente medio metro de largo, y tiene una bonita culata de madera, de pistola. Memo siempre la ha llamado su escopeta para ardillas, pero yo creo que el abuelo se la regaló porque el sitio en que vivían, Cicero, era entonces realmente peligroso.

Kevin Grumbacher lanzó un silbido.

-Esa clase de arma es totalmente ilegal. Es una escopeta de cañones recortados. ¿Tu abuelo era de la banda de Al Capone?

-Cállate, Grumbacher -dijo Mike sin perder la calma-. Bueno, cogeremos las armas y tantas municiones como podamos conseguir. No dejaremos que nuestros padres se enteren. Y las esconderemos...

Miró a su alrededor, hurgando en el sofá.

-Detrás de la radio grande -dijo Dale.

Mike se volvió despacio, con su sonrisa visible incluso bajo la débil luz.

-Entendido. Mañana tendremos algunas cosas que hacer. ¿Quién quiere ir a hablar con la señora Moon?

Los chicos cambiaron de posición y guardaron silencio. Por fin dijo Lawrence:

-Yo iré.

-No -respondió amablemente Mike-. Te necesitaremos para otras cosas importantes.

-¿Cuáles? -preguntó Lawrence, dando una patada a una lata que había en el suelo-. Ni siquiera tengo un arma como vosotros.

-Eres demasiado pequeño para... -empezó a decir ásperamente Dale.

Mike tocó el brazo de Dale y dijo a Lawrence:

-Si te hace falta, podrás compartir la de Dale. ¿La has disparado alguna vez?

-Sí, muchas..., bueno, un par de veces.

-Bien -dijo Mike-. De momento vamos a necesitar a alguien que sea realmente rápido en bicicleta para buscar a Roon e informarnos.

Lawrence asintió con la cabeza, sin duda dándose cuenta de que trataban de librarse de él, pero pensando que eso sería lo más que podría conseguir.

-Yo hablaré con la señora Moon -dijo Mike-. La conozco bastante, de segar su césped, sacarla de paseo y hacer recados para ella. Veré si tiene alguna información que no dio a Duane.

Permanecieron unos momentos sentados, sabiendo que la reunión había terminado pero resistiéndose a ir a casa en la oscuridad.

-¿Qué vas a hacer si viene el Soldado esta noche? -preguntó Harlen a Mike.

-Iré a buscar la escopeta para ardillas -murmuró Mike-, pero primero probaré con el agua bendita. -Chascó los dedos, como recordando algo-. También cogeré para vosotros. Traed botellas o algo parecido.

Kevin cruzó los brazos.

-¿Por qué ha de ser eficaz únicamente el agua bendita de los católicos? ¿Por qué no ha de funcionar mi material luterano o los trastos presbiterianos de Dale?

-No llames trastos a mis cosas presbiterianas -saltó Dale.

Mike se mostró curioso.

-¿Tenéis vosotros agua bendita en las iglesias?

Tres de los muchachos sacudieron la cabeza. Harlen dijo:

-Sólo vosotros, los católicos, tenéis esas cosas raras, tonto.

Mike se encogió de hombros.

-Dio resultado con el Soldado. Al menos el agua bendita... Todavía no he probado con la Hostia consagrada. ¿Vosotros también tenéis comunión?

-Sí -respondieron Dale y Kevin.

-Podríamos coger un poco de pan de comunión -dijo Dale a Lawrence.

-¿Cómo? -preguntó su hermano pequeño.

Dale reflexionó un momento.

-Tienes razón; es más fácil robar un arma que el material de la comunión. -Señaló a Mike-. Bueno, como eso tuyo funciona, trae un poco de agua bendita para nosotros.

-Podríamos llenar globos de agua con ella -dijo Harlen-. Y bombardear a esos malditos. Hacerles chisporrotear y encogerse como babosas en una sartén.

Los otros no supieron si Harlen les estaba tomando el pelo. Decidieron levantar la sesión y reflexionar sobre todo aquello hasta mañana.

Mike repartió los periódicos en un tiempo récord, y a las siete ya estaba en la rectoría. Se encontró a la señora McCafferty.

-Está durmiendo -murmuró, en el vestíbulo de la planta baja-. El doctor Powell le dio algo.

Mike estaba desconcertado.

-¿Quién es el doctor Powell?

La diminuta ama de llaves no paraba de enjugarse las manos con el delantal.

-Es un médico de Peoria que trajo el doctor Staffney ayer por la noche.

-¿Tan grave está? -preguntó Mike, aunque no pudo por menos de recordar los gusanos pardos que habían caído de la boca en forma de embudo del Soldado, serpenteando e introduciéndose debajo de su piel.

La señora McCafferty se llevó una mano enrojecida a la boca, como si estuviese a punto de llorar.

-No saben lo que tiene. Oí que el doctor Powell le decía al doctor Staffney que hoy tendrían que llevarle a St. Francis, si no le cede la fiebre...

-St. Francis -murmuró Mike, mirando hacia la escalera-. Está en Peoria, ¿no?

-Allí hay pulmones artificiales -murmuró la anciana, casi sin voz. Y como hablando consigo misma, añadió-: He estado toda la noche levantada, rezando el rosario y pidiéndole a la Virgen que socorra al pobre joven.

-¿Puedo verle? -preguntó Mike.

-¡Oh, no! Creen que puede ser contagioso. Nadie puede entrar en su habitación, salvo los médicos y yo.

-Yo estaba con él cuando se puso enfermo -dijo Mike, sin hacerle observar que, al dejarle entrar en la casa, le había expuesto ya al peligro, si era ella portadora de algún germen. No creía que los gusanos pudiesen pasar de una persona a otra, pero la simple idea le produjo un momento de inquietud-. Por favor -suplicó, adoptando su aire angelical de monaguillo-. Ni siquiera entraré en la habitación, sólo miraré

Librodot

La mujer cedió. Caminaron de puntillas por el pasillo y empujaron la oscura puerta de caoba con el mayor cuidado para que no chirriara.

El olor salió de la habitación incluso antes de que la ráfaga de aire recalentado hiciese dar a Mike un paso atrás. Era como el hedor del camión de recogida de animales muertos o de uno de aquellos túneles, aunque peor, flotando en el aire cálido y cargado de la habitación a oscuras. Mike se llevó la mano a la boca y la nariz

-Tenemos cerradas las ventanas -dijo la señora McCafferty, en tono de disculpa-. Ha estado tiritando durante las dos últimas noches

-Ese olor... -consiguió decir Mike, a punto de marearse.

El ama de llaves frunció el ceño.

-¿Te refieres al medicamento? Cambio la ropa todos los días... ¿Te molesta ese olorcillo a medicinas?

«¿Olorcillo a medicinas?» Mike pensó que sólo era posible si se elaboraban medicamentos con cuerpos muertos y en putrefacción. Era un olor a medicinas si se consideraba como tal el de la sangre y el de un cuerpo en descomposición desde hacía una semana. Miró a la señora McM. Evidentemente, ella no lo percibía. «,Estará en mi mente?» Mike se acercó más, tapándose todavía la cara con la mano, pestañeando en la oscuridad, esperando ver un cadáver putrefacto sobre la cama

El padre C. tenía mal aspecto, pero no era un cadáver en putrefacción. No del todo. Pero evidentemente el joven sacerdote estaba muy enfermo. Tenía los ojos cerrados pero hundidos en pozos de un negro azulado; los labios blancos y agrietados, como si hubiese estado durante días en el desierto; la piel brillante, pero no como tostada saludablemente por el sol sino con el resplandor interno radiactivo de una fiebre intensa; el pelo lo tenía enmarañado y erizado, y las manos contraídas sobre el pecho como garras de animal. Un hilo de saliva le caía sobre el cuello del pijama, y la respiración era estertórea, como el repiqueteo de piedras sueltas. En aquel momento no parecía un sacerdote

-Ya es bastante -murmuró la señora McCafferty, empujando a Mike hacia la escalera.

Ciertamente era bastante. Mike pedaleó en dirección a la casa de la señora Moon con tanta velocidad que el viento le hizo surgir lágrimas en los ojos.

Estaba muerta.

Lo presintió cuando llamó a la puerta de tela metálica y no obtuvo respuesta. Lo supo cuando entró en el pequeño y oscuro salón y no fue inmediatamente rodeado por los gatos.

Sabía que la señorita Moon, la bibliotecaria, solía venir de su «apartamento» -en realidad una planta que tenía alquilada en un viejo caserón de Broad y que compartía con la señora Grossaint, la maestra de cuarto curso- para desayunar con su madre a eso de las ocho. Ahora no eran todavía las siete y media.

Mike pasó de una habitación a otra, sintiendo las mismas náuseas que había experimentado en la rectoría. «No seas tan aprensivo. Ha salido temprano a dar un paseo. Los gatos han ido con ella.» Sabía que los gatos no aparecerían muertos fuera de la pequeña y blanca casa de madera. «Bueno, los gatos se escaparon durante la noche y ella ha salido a buscarlos. O tal vez la señorita Moon la llevó al cine al Hogar de Oak Hill ayer o anteayer. Ya era hora.» Era la respuesta lógica. Pero Mike sabía que no era la acertada.

La encontró en el pequeño rellano, en lo alto de la escalera. La segunda planta era exigua -sólo cabían en ella el dormitorio de la señora Moon y un minúsculo cuarto de baño- y el rellano apenas lo bastante grande para que cupiese en él aquel pequeño cuerpo.

Mike se agachó en el escalón de arriba, palpitándole el corazón con tanta furia que amenazó con hacerle perder el equilibrio y rodar escalera abajo. Salvo en el entierro de su abuelo paterno, hacía unos años, no había visto ningún muerto..., si no se contaba al Soldado como tal. Contempló a la señora Moon con una terrible mezcla de tristeza, horror y curiosidad.

Llevaba muerta el tiempo suficiente para que sus manos y sus brazos se hubiesen puesto rígidos: la izquierda estaba agarrada a la baranda como si la mujer se hubiese caído e intentado levantarse de nuevo, mientras que la derecha se alzaba verticalmente sobre la alfombra verde, con los dedos torcidos, como arañando el aire... o rechazando algo terrible.

La señora Moon tenía los ojos abiertos. Mike recordó que de todos los cientos de muertos que había visto en la televisión de otra gente, generalmente de Dale, ninguno tenía los ojos abiertos. En cambio los de la señora Moon parecían querer salirse de las órbitas. Era indudable que nada podían ver. Mike miró las pupilas vidriosas y nubladas y pensó: «La muerte es esto.»

Las manchas de bilis de su cara se destacaban casi en tres dimensiones debido a que había desaparecido la sangre de la piel. El cuello estaba tenso, incluso en la muerte; los músculos y tendones de la garganta estirados, como a punto de romperse. Llevaba una bata acolchada encima de un camisón de cuello rosa, y las piernas huesudas sobresalían rectas de ella, como si hubiese caído rígida, como una actriz cómica cayendo de culo en una película muda. Una zapatilla afelpada de color de rosa se había desprendido del pie. La anciana se había pintado las uñas de los pies del mismo color que la zapatilla, pero esto hacía que aquel pie arrugado, verrugoso y nudoso pareciese todavía más chocante, apuntando al cielo con sus dedos de vieja

Mike se agachó, tocó cautelosamente la mano izquierda de la señora Moon y retiró enseguida la suya. La de la señora Moon estaba muy fría, a pesar del intenso calor de la casa. Hizo un esfuerzo por mirar lo mas terrible de aquella mujer: su expresión.

La señora Moon tenía la boca muy abierta, como si hubiese muerto mientras gritaba. Su dentadura postiza se había soltado y pendía en la oscura cavidad como una pieza de plástico brillante y extraña que-hubiese caído allí desde otra parte. Las arrugas de la cara parecían haber sido moldeadas y ordenadas en una escultura de auténtico terror.

Mike se volvió y bajó la escalera alfombrada rebotando sobre el trasero, demasiado impresionado para ponerse en pie. Sólo flotaba un ligerísimo olor a descomposición en el aire, como de flores muertas y abandonadas en un coche cerrado un cálido día de verano. No tan hediondo como el de la rectoría.

«El que la había matado podía estar todavía en la casa. Podía estar esperando detrás de la puerta del dormitorio.»

Mike no podía mirar ni echar a correr. Tuvo que permanecer sentado allí durante un minuto. Le zumbaban fuertemente los oídos, como si los grillos hubiesen empezado a cantar en pleno día, y se dio cuenta de que unos puntitos negros bailaban en la periferia de su visión. Bajó la cabeza entre las rodillas y se frotó con fuerza las mejillas.

«La señorita Moon llegará dentro de unos minutos. Y encontrará a su madre así.»

A Mike no le caía bien la bibliotecaria solterona. Ésta le había preguntado una vez por qué iba a la biblioteca si era tan torpe que había suspendido el cuarto curso. Mike le había sonreído y le había dicho que venía con unos amigos -aquel día era de verdad-, pero por alguna razón su comentario le había molestado durante muchas noches, en los segundos que preceden al sueño.

«No obstante, nadie se merece encontrar así a su madre.»

Mike sabía que si hubiese sido Duane, o incluso Dale, se le habría ocurrido hacer algo de muchacho detective astuto, buscar pistas o alguna clave, porque no había dudado ni un segundo de que la misma... fuerza que había matado a Duane y a su tío había asesinado a la señora Moon. Pero lo único que pudo hacer fue carraspear y llamar:

-Gatito, gatito, gatito. Ven aquí, gatito.

Ningún movimiento en el dormitorio de arriba ni en el cuarto de baño -las dos puertas estaban entreabiertas-, ni en las sombras de la cocina o del pasillo de atrás.

Se puso en pie con piernas temblorosas, se obligó a subir la escalera y permanecer allí esta vez para echar una última mirada a la señora Moon. Vista desde este ángulo, parecía todavía más pequeña y más vieja. Mike sintió el impulso de extraer aquella dentadura suelta de la boca abierta, para que no la ahogase. Pero entonces se imaginó que se alzaba aquella

mandíbula de tortuga y se cerraba aquella boca que era como un pico, y que su mano quedaba presa en la boca del cadáver mientras los ojos muertos pestañeaban y le miraban fijamente...

«¡Basta, imbécil!» Cuando Mike soltaba palabrotas, oía con frecuencia la voz de Jim Harlen en su mente, ofreciéndole el vocabulario. Precisamente ahora, la voz mental de Harlen le estaba diciendo que se largase de la casa.

Mike levantó la mano derecha, con el movimiento que había visto realizar mil veces al padre Cavanaugh, y bendijo el cuerpo de la anciana, haciendo la señal de la cruz sobre ella. Sabía que la señora Moon no era católica, pero si hubiese conocido las palabras del ritual le habría prestado los últimos auxilios en aquel instante.

En vez de esto rezó una breve oración en silencio y se dirigió después a la puerta entreabierta del dormitorio. La abertura era suficiente para que pudiese asomar la cabeza sin tocar la madera de la puerta ni del marco.

Los gatos estaban allí. Muchos de los cuerpecitos desgarrados y destrozados yacían sobre la cama cuidadosamente hecha; otros habían sido empalados en tres de los cuatro pilares del lecho; las cabezas de otros varios estaban alineadas sobre el tocador de la señora Moon, junto a sus cepillos, frascos de perfume y lociones. Un gato leonado que era el favorito de la anciana, pendía de la cadena con abalorios de la lámpara del techo; tenía un ojo azul y el otro amarillo, y ambos miraban a Mike cada vez que el cuerpo sorprendentemente largo giraba lenta y silenciosamente sobre sí mismo.

Mike bajó corriendo la escalera y casi había llegado a la puerta de atrás cuando se detuvo, a punto de vomitar. «No puedo dejar que la señorita Moon entre y se encuentre con esto.» Sólo tenía unos minutos, tal vez menos.

El mueble antiguo adosado a la pared del salón era una especie de escritorio. Había en él papel de escribir de color de espliego; Mike cogió una pluma anticuada, la sumergió en el tintero y escribió, con grandes letras mayúsculas: ¡NO ENTRE! ¡LLAME A LA POLICIA!

No sabía si enjugando la pluma y la tapa del tintero borraría las huellas dactilares, por lo que las guardó en el bolsillo y colocó la nota entre el marco y la hoja de la puerta de tela metálica, de manera que nadie que se acercase pudiese dejar de verla. Abrió la puerta, envolviéndose la mano con la camiseta, y frotó el tirador al cerrarla desde fuera. Después saltó por encima de las azaleas y los lirios, de la más baja de las dos pilas para pájaros y del bajo seto, y se encontró en el callejón de detrás de la casa de los Somerset, corriendo hacia la suya a toda velocidad y dando gracias a Dios por el espeso follaje que convertía el callejón en un túnel.

Trepó al más alto nivel de la casa arbórea sobre Depot Street, se sentó allí, oculto por el follaje y temblando fuerte, y sintió que el mango de la pluma le pinchaba el muslo; menos mal que había tomado la precaución de guardarla con la plumilla sacada, pues de lo contrario ahora tendría una mancha de tinta en los tejanos. Podía imaginarse los titulares: UN NECIO ASESINO LOCAL SE DELATA CON UNA MANCHA DE TINTA. Guardó la pluma y la tapa en una grieta de la madera y las cubrió con hojas que arrancó de las ramas próximas.

Era posible que alguien las encontrase en otoño, cuando se secasen y cayesen las hojas; pero Mike pensó que en otoño tendría tiempo de ocuparse de esto. «Si vivo hasta entonces.»

Se quedó allí sentado, apoyando la espalda en el grueso tronco del árbol, oyendo de vez en cuando el rumor del tráfico en la calle, a diez metros debajo de él, y el suave ruido de su hermana Kathleen, que jugaba sola al tejo en la acera. Y reflexionó.

Al principio trató de pensar en varias cosas para borrar de su mente las terribles imágenes de lo que había visto en aquella cálida y hermosa mañana; pero se dio cuenta de que nunca podría librarse de ellas –la respiración febril del padre C., la boca abierta de la señora Moon-, por lo que puso en funcionamiento su adrenalina y su miedo, tratando de concebir un plan.

Permaneció casi tres horas sentado en la casa del árbol. Bastante pronto oyó que se detenían coches más abajo, y después el zumbido de una sirena -cosa muy rara en Elm Haven- y el parloteo de voces adultas a una manzana de distancia, y comprendió que las autoridades habían venido en busca de la señora M. Pero Mike estaba sumido entonces en profunda

reflexión, dándole vueltas a su plan, como si examinase una pelota de béisbol en busca de algún defecto o de un punto que se hubiese soltado.

Avanzada la mañana, Mike bajó de la casa del árbol. Las piernas se le habían entumecido de estar sentado durante tanto tiempo en la pequeña plataforma, y había savia en la parte de atrás de los tejanos y de la camiseta de manga corta, pero él no se dio cuenta. Encontró su bici y rodó en dirección a la casa de Dale.

Los dos chicos Stewart se habían enterado de la muerte de la señora Moon y tenían los ojos desorbitados por la excitación y el miedo. Si la hubiesen encontrado muerta pero con los gatos vivos, nadie habría pensado en un asesinato. Pero la mutilación de los gatos había conmovido al pueblo más que ninguna otra cosa en los últimos meses.

Mike sacudió la cabeza al pensar en esto. Duane McBride había muerto, al igual que su tío; pero la gente aceptaba la muerte por accidente, incluso la muerte terrible de un muchacho, mientras que la mutilación de unos cuantos gatos sería objeto de comentarios y haría que atrancasen las puertas durante semanas o incluso meses. Para Mike, la muerte de la señora Moon ocupaba ya un sitio lejano; era parte de la terrible oscuridad que se había cernido sobre Memo, él y los otros muchachos durante todo el verano, simplemente una nube de tormenta más en el cielo encapotado.

-Vamos -dijo a Dale y a Lawrence, empujándolos hacia sus bicicletas-. Iremos a buscar a Kev y a Harlen y nos dirigiremos a algún sitio que sea realmente privado. Hay un asunto del que tenemos que hablar.

Mike no pudo dejar de mirar hacia Old Central cuando pasaron por delante del colegio, en su camino hacia el oeste y la casa de Harlen. La escuela parecía más grande y más fea que nunca, con sus secretos encerrados en su interior, un interior que ahora era siempre oscuro, por mucho que brillase el sol en el mundo exterior.

Y Mike sabía que aquel maldito lugar le estaba esperando.

27

Se dirigieron al campo de béisbol y trataron a fondo el asunto. Mike habló durante unos diez minutos, mientras los otros le miraban fijamente. No hicieron preguntas cuando describió el cadáver de la señora Moon. No discutieron cuando dijo que serían ellos los que yacerían muertos si no hacían algo pronto. No dijeron una palabra cuando expuso lo que tenían que hacer.

-¿Podremos tenerlo todo hecho el domingo por la mañana? -preguntó al fin Dale.

Sus bicicletas estaban amontonadas alrededor del montículo del pitcher. No se veía a nadie en quinientos metros a la redonda. El sol tostaba los cabellos cortos y los brazos desnudos, centelleaba en el cromo y la vieja pintura de las bicis y hacía que los chicos entrecerrasen los ojos.

-Sí -dijo Mike-. Creo que sí.

-Lo del camping no podremos hacerlo el jueves por la noche –dijo Harlen.

Los otros le miraron. Ahora era martes por la mañana, ¿por qué le preocupaba la noche del jueves?

-¿Por qué? -preguntó Kevin.

-Porque el jueves por la noche estoy invitado a la fiesta de cumpleaños de Michelle Staffney -dijo Harlen-. Y voy a ir.

Lawrence pareció disgustado. Los tres chicos mayores resoplaron casi simultáneamente.

-Todos estamos invitados -recalcó Dale-. La mitad de los niños de este asqueroso pueblo han sido invitados, como todos los Catorce de Julio. ¿Qué tiene de extraordinario?

Era verdad. La fiesta de cumpleaños de Michelle se había convertido en una especie de noche de San Juan para los niños de Elm Haven.

Librodot

La fiesta se celebraba siempre por la noche, llenaba de chiquillos la casa y a eso de las diez de la noche El doctor terminaba con fuegos artificiales, como si celebrasen el Día de la Bastilla, además del cumpleaños de su hija.

-No es nada extraordinario -dijo Harlen con aire satisfecho, como si tuviese un secreto que sí era extraordinario-, pero voy a ir.

Dale quería discutir, pero Mike dijo:

-Bueno, no os preocupéis. Haremos mañana lo del camping. El miércoles. Así habremos terminado con ello. Entonces, todo se habrá limpiado para el cine gratuito del sábado.

Lawrence pareció poco convencido. Tenía la cara colorada y se le estaba pelando la nariz.

-¿Cómo sabes que habrá cine gratuito el sábado próximo?

Mike suspiró y se puso en cuclillas cerca de la base del bateador. Los otros se agacharon también, dando por terminada la conversación con la pared de espaldas. Mike dibujó distraídamente con el dedo en el suelo, como si proyectase una jugada; pero no era más que garabatos.

-Visitaremos al señor Ashley-Montague primero. Lo demás nos llevará la mayor parte del miércoles y la mañana del jueves, y si el sábado por la noche tenemos que estar preparados para el domingo por la mañana, esto significa que tenemos que ir a ver al señor Ashley-Montague hoy o el Jueves por la tarde. -Miró a Harlen e hizo una mueca-. El Jueves es la fiesta de Michelle.

Dale sacó la gorra de lana de béisbol del bolsillo de atrás y se la puso. La sombra sobre la parte superior de la cara era como una visera.

-¿Por qué tan pronto? -preguntó.

Mike había dicho que era Dale quien tendría que visitar a Ashley-Montague.

Mike se encogió de hombros.

-Lo más seguro es que El ricachón podría decirte lo otro.

Dale no estaba convencido.

-¿Y si no lo hace?

-Entonces emplearemos el camping como prueba -dijo Mike-. Pero sería mucho mejor saberlo antes de seguir adelante.

Dale se frotó el cuello sudoroso y miró hacia la torre del agua y los campos de maíz de más allá. El maíz era ahora más alto que su cabeza, una pared verde que marcaba el final del pueblo y sólo ofrecía un camino lento y sombras más allá.

-¿Vienes? -preguntó a Mike-. Quiero decir a la casa de Ashley-Montague.

-No -dijo Mike-. Voy a buscar a aquella otra persona de la que hablé. Trataré de conseguir algo del material de que hablaba la señora Moon. Y creo que el padre C puede necesitarlo.

-Iré contigo -ofreció Kevin a Dale.

Dale se sintió inmediatamente mejor, pero Mike dijo:

-No. Tú tienes que ir con tu padre en el camión de la leche y montar aquello tal como proyectamos.

-Pero en realidad no necesito hacer nada con el camión hasta el fin de semana...

-empezó a decir Kev.

Mike sacudió la cabeza. El tono de su voz no admitía réplica.

-Pero tienes que empezar a hacer toda la limpieza del camión por la tarde. No simplemente ayudarle a él. Si lo haces durante todo el resto de la semana, a él no le llamará tanto la atención el sábado.

Kevin asintió con la cabeza. Dale se sintió desgraciado.

-Yo iré -dijo Harlen.

Dale miró al pequeño muchacho del brazo en cabestrillo. Esto no le animó mucho.

-Yo también -dijo Lawrence.

-De ninguna manera -dijo Dale, en su papel de hermano mayor-. Tú eres el vigilante, ¿no te acuerdas? ¿Cómo vamos a encontrar el camión de recogida de animales muertos si tú no estas alerta?

-¡Mierda! -dijo Lawrence. Entonces miró por encima del hombro hacia su casa, que estaba a unos ciento cincuenta metros de distancia y cobijada por los árboles, como si su madre hubiese podido oírle-. Mierda y puñeta -añadió.

Jim Harlen se echó a reír, divertido.

-Y un gargajo -dijo, en voz de falsete.

-No me gusta lo del camping -dijo Kevin, en tono práctico-. Todos nosotros juntos, de esa manera.

Mike sonrió.

-Tú y yo no estaremos Juntos.

-Ya sabes lo que quiero decir.

Kevin parecía seriamente preocupado.

Mike sabía lo que quería decir.

-Por esto creo que saldrá bien -dijo suavemente, trazando todavía círculos y flechas en el suelo-. No hemos estado juntos muy a menudo sin nuestros padres y todos los demás. -Levantó la mirada-. Pero puede que no tengamos que hacerlo si Dale... y Jim... consiguen de Ashley-Montague una información que haga que aquello no valga la pena

Dale estaba mirando todavía hacia los campos lejanos, visiblemente preocupado.

-El problema es que no sé cómo puedo ir hoy a Peoria. Mi madre no me llevará... El viejo Buick no respondería aunque ella quisiera llevarme. Y mi padre está de viaje hasta el domingo.

Kevin se volvió y escupió por encima del hombro el chicle que estaba mascando.

-Nosotros no vamos a Peoria con mucha frecuencia. El día de Acción de Gracias, o para ver el desfile de Santa Claus. Me imagino que no querréis esperar tanto tiempo.

Harlen hizo una mueca.

-Yo hice que mi madre se quedase en casa y no fuese a Peoria. Si ahora le pidiese que nos llevase a la casa de un ricachón en Grand View Drive, probablemente me daría una paliza.

-Sí -dijo Mike-, ¿pero te llevaría después?

Harlen le lanzó una mirada de disgusto.

-Oye, Mike, tu padre trabaja en la fábrica de cerveza Pabst, ¿no? ¿No podría llevarnos a Dale y a mí?

-Sí, si queréis salir a las ocho y media de la tarde para llegar allí cuando empieza el turno de la noche. Y la fábrica de cerveza está a kilómetros al sur de Grand View Drive... Tendríais que hacer autoestop en la oscuridad, visitar al señor A.-M. durante la noche y esperar el regreso de papá a las siete de la mañana.

Harlen se encogió de hombros. Entonces chascó los dedos.

-Yo tengo un medio de transporte, Dale. ¿Cuánto dinero tienes?

-¿En total?

-No me refiero a los bonos de tu tía Millie ni a los dólares de plata de tu tío Paul, idiota. Me refiero a dinero del que puedas disponer inmediatamente.

-Unos veintinueve dólares en mi calcetín -dijo Dale-. Pero el autobús no pasa hasta el viernes, y no nos llevaría a...

Harlen sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír.

-No me refiero al puto autobús, amigo. Estoy hablando de nuestro taxi personal. Creo que con veintinueve dólares tendremos suficiente, pero pondré uno de mi bolsillo para rodear la cifra en treinta. Podremos ir hoy. Probablemente ahora mismo.

Dale sintió que empezaba a palpitarle el corazón. En realidad no deseaba encontrarse con el señor Dennis Ashley-Montague, y Peoria parecía a años luz de distancia.

-¿Ahora mismo? ¿Hablas en serio?

-Sí.

Dale miró a Mike y vio seriedad en los ojos grises de su amigo cuando éste asintió con la cabeza, como diciéndole: «Hazlo.»

Librodot

-Muy bien -dijo Dale, y tocó con un nudillo el pecho de Lawrence-. Tú te quedarás en casa con mamá, a menos que Mike te encargue alguna misión. -Harlen había empezado ya a pedalear hacia la Primera Avenida. Dale miró a los otros-. Es una locura -dijo sinceramente.

Nadie se lo discutió.

Dale montó en su bicicleta y pedaleó con fuerza para alcanzar a Harlen.

C. J. Congden les miró con incredulidad. El granujiento muchacho de dieciséis años estaba apoyado en el guardabarros delantero izquierdo del Chevy negro de su padre. Tenía una lata de cerveza en la mano izquierda, llevaba su acostumbrada chaqueta de cuero negro, tejanos sucios y botas de mecánico, y un cigarrillo pendía de su labio inferior mientras hablaba.

-¿Qué coño queréis que haga?

-Que nos lleves a Peoria -dijo Harlen.

-¿A ti y a este marica? -se burló C. J.

Jim miró a Dale.

-Sí -dijo-. A mí y a este marica.

-¿Y cuánto vais a pagar?

Harlen dirigió una mirada ligeramente desesperada a Dale, como diciéndole: «¿No te dije que tendríamos que habérnoslas con el asno calculador?»

-Quince pavos -dijo.

-No me digas... -se burló el adolescente, y echó un largo trago de Pabst.

Harlen se encogió ligeramente de hombros.

-Podríamos llegar hasta dieciocho dólares...

-Veinticinco o nada -dijo Congden, sacudiendo la ceniza del cigarrillo

Harlen meneó la cabeza, como si se tratase de una suma astronómica. Miró a Dale y extendió los brazos, como renunciando a seguir regateando.

-Bueno, de acuerdo.

Congden pareció sorprendido.

-Por anticipado -dijo, en un tono que mostraba que había aprendido la frase en películas de gángsters.

-La mitad ahora y la mitad después -dijo Harlen, en el mismo tono de Humphrey Bogart.

Congden les miró fijamente a través del humo de su cigarrillo, pero sabía que los hombres de acción de las películas siempre se avenían a aquellas condiciones, por lo que no tenía alternativa.

-Soltadme la primera mitad -ordenó.

Dale contó doce dólares y cincuenta centavos de sus ahorros y se los entregó.

-Subid -dijo Congden.

Tiró el cigarrillo, escupió, se subió los pantalones y miró de soslayo a los dos chicos cuando se sentaron en el asiento de atrás del negro Chevy.

-Esto no es un taxi -gruñó Congden-. Uno de vosotros tiene que ir en el asiento de delante.

Dale esperó a que lo hiciese Harlen, pero éste movió el brazo en cabestrillo, como diciendo «Necesito espacio para esto», y Dale se apeó, contrariado, y se trasladó al asiento de delante. C. J. Congden tiró la lata de cerveza, subió al Chevy y cerró de golpe la portezuela. Puso la llave de contacto y el gran motor cobró vida.

-¿Seguro que tu padre te deja conducir esto? -preguntó Harlen desde la relativa seguridad del asiento de atrás.

-Cierra el pico antes de que te dé un par de hostias -dijo Congden, con el zumbido del motor de fondo.

El adolescente metió la marcha a la izquierda y a fondo, y las grandes ruedas de atrás del automóvil arrojaron polvo y gravilla contra la fachada de la casa al arrancar a toda velocidad. El coche derrapó sobre el asfalto de Depot Street con un fuerte chirrido de neumáticos, giró a la izquierda sin dejar de derrapar, en un ángulo de noventa grados, y después rodó zumbando

hacia el este por Depot hasta llegar a Broad. El viraje fue todavía más alocado, y el coche ocupó toda la anchura de la avenida hasta que Congden pudo dominarlo, imprimiendo un giro máximo al volante y proyectando una nube de humo azul detrás de ellos. Iban a casi cien kilómetros por hora al llegar a Church Street, y Congden tuvo que pisar a fondo el freno para detenerse sobre la gravilla del cruce De Broad y Main. El delgado y granujiento personaje de detrás del volante sacó el paquete de Pall Mall de la manga arremangada de su camiseta, cogió un cigarrillo y lo encendió con el mechero del tablero, mientras arrancaba delante de un semirremolque que se dirigía al este por Hard Road. Dale cerró los ojos cuando los cláxons sonaron con fuerza. Congden hizo una higa al conductor del camión por el espejo retrovisor y cambió rápidamente de marcha.

Un rótulo, delante del Parkside Café, decía: VELOCIDAD 40 KILOMETROS POR HORA ELÉCTRICAMENTE CONTROLADA. Congden iba a cien y siguió acelerando al pasar por delante. Chirrió en la ancha curva de más allá de Texaco y de la última casa de ladrillos a la izquierda, salieron de la ciudad, adquiriendo velocidad, con el rugido del doble tubo de escape del Chevy chocando contra las paredes de maíz a ambos lados de Hard Road y rebotando detrás de ellos.

Dale había detenido su bici cuando Harlen les había dicho adónde iban.

-¿Congden? ¿Es una broma? -Estaba sinceramente horrorizado. Lo único que podía recordar era el agujero negro del cañón del 22 que el matón de la ciudad había apuntado contra su cara-. Olvídalo –había dicho Dale, haciendo girar su bici y disponiéndose a volver a casa.

Harlen le había agarrado la muñeca.

-Piénsalo, Dale. Nadie más va a llevarnos hasta Grand View Drive en Peoria... Tus padres creerían que estás loco. El autobús no pasa hasta el viernes. No conocemos a nadie más que tenga permiso de conducir.

-Peg, la hermana de Mike... -empezó a decir Dale.

-La han suspendido cuatro veces -le interrumpió Harlen-. Sus padres no la dejarían acercarse a un coche. Además, los O'Rourke sólo tienen un cacharro y el padre de Mike lo utiliza para ir al trabajo cada noche. No puede perderlo de vista.

-Yo encontraré otra manera -insistió Dale, soltando la muñeca.

-Sí, claro. -Harlen había cruzado los brazos, sentándose sobre la barra de la bici y mirando fijamente a Dale-. Eres un poco marica, ¿verdad, Stewart?

A Dale se le encendió el rostro de rabia, y de buena gana habría desmontado de su bicicleta y le habría dado una paliza -lo había hecho en años pasados, y aunque el chico más pequeño luchaba sucio, Dale sabía que podía con él-, pero hizo un esfuerzo, se agarró al manillar y se puso a pensar.

-Piensa -dijo Harlen, expresando las ideas de Dale-. Tenemos que hacer esto hoy. Y no tenemos a nadie más. Congden es tan estúpido que lo hará por dinero, sin preguntarse qué nos proponemos. Y probablemente es la manera más rápida de llegar allí, salvo que fuésemos en un F-86.

Dale hizo una mueca al comprender que tenía razón.

-Su viejo no le deja conducir -dijo, pensando que sólo con tipos como Congden empleaba la expresión «viejo», en vez de «papá» o «padre», y entonces recordó lo que había dicho el señor McBride.

-A su viejo no se le ha visto por aquí desde hace varios días –dijo Harlen. Se meció sobre el sillín de su bici-. Se rumorea que él y Van Syke, o el señor Daysinger, o alguno de esos mamones fueron a Chicago, en una excursión de una semana, después de timar a algún estúpido turista, multándole por «exceso de velocidad». De todos modos, el viejo bombardero negro de J. P. está aquí, y C. J. lo ha estado conduciendo de día y de noche.

Dale se había tocado el bolsillo donde guardaba el dinero de su calcetín. Era todo lo que tenía, salvo los bonos de ahorro y los dólares de plata del tío Paul, que sabía que no gastaría nunca.

Librodot

-Está bien -había dicho, volviéndose hacia el oeste y pedaleando despacio por Depot Street, como si se dirigiese al cadalso-. Pero ¿cómo es posible que un imbécil como C. J. consiga un permiso de conducir, si Peg O'Rourke es demasiado torpe para aprobar el examen?

Harlen había esperado hasta que vieron la casa de Congden, con el gamberro apoyado en el vehículo que había elegido, y entonces murmuró, de manera que sólo Dale pudiese oírle:

-¿Quién ha dicho que C. J. tiene permiso de conducir?

Era una carretera del Estado la que conducía a la autopista 150 A, a veinte kilómetros al sudeste, y no era apta para velocidades como aquella, ni siquiera cuando no tenía grandes baches ni parches cada seis metros. El Chevy negro avanzó zumbando hacia el valle del río Spoon y pareció que levitara al coronar la cima de la cuesta.

Dale sintió la fuerte sacudida de la suspensión, vio que Congden entrecerraba los ojos detrás del humo de su cigarrillo, luchando con el volante, y entonces también Dale entrecerró los ojos y miró entre los dedos al ocupar el coche la mayor parte de la carretera para esquivar algo, antes de descender a todo gas por la empinada pendiente. Si hubiese venido un vehículo en dirección contraria -acababan de pasar varios camiones hacia el noroeste-, todos habrían muerto. Dale decidió que, aunque la cosa acabase bien, iba a darle una paliza a Harlen cuando volviesen.

De pronto Congden empezó a reducir la marcha y detuvo el Chevy en el arcén, antes de cruzar el puente del río Spoon. Estaban solamente a un tercio del trayecto hasta Peoria.

-Baja -dijo Congden a Dale.

-¿Por qué tengo que...?

Congden empujó violentamente a Dale, que se dio de cabeza contra el marco de la portezuela.

-¡Fuera, caraculo!

Dale se apeó. Miró suplicante a Harlen, que iba en el asiento de atrás, pero el otro muchacho habría podido ser un desconocido a juzgar por el apoyo que le prestó. Harlen se encogió de hombros y observó la tapicería del asiento.

Congden hizo caso omiso de Harlen. Empujó de nuevo a Dale casi hasta la baranda del extremo del puente. La carretera era aquí elevada de modo que se hallaban casi a la altura de las copas de los achaparrados robles y de los sauces que crecían a lo largo de las riberas. Esto representaba al menos una altura de diez metros sobre el río.

Dale se echó atrás, sintiendo la baranda detrás de las piernas y apretando los puños, desesperado. Tenía mucho miedo.

-¿Qué diablos...? -empezó a decir.

C. J. Congden se llevó una mano a la espalda y la sacó con una navaja de mango negro. Centelleó una hoja de veinte centímetros, reflejando la brillante luz del sol.

-Cierra el pico y dame el resto de la pasta.

-¡Maldito seas! -dijo Dale, levantando los puños y sintiendo que todo su cuerpo palpitaba al fiero impulso de su corazón. «¿He dicho realmente esto?»

Congden se movió muy deprisa. Hacía tiempo que Dale había aprendido para su pesar que, al menos en lo tocante a los matones, el consejo de su padre era una estupidez. No eran cobardes, al menos según su propia experiencia. No se echaban atrás si uno les plantaba cara, y desde luego no se limitaban a fanfarronear. Al menos C. J. Congden y su compinche Archie Kreck no eran así: eran unos malditos hijos de puta a quienes les encantaba hacer daño.

Congden actuó rápidamente con este fin. Apartó a un lado los delgados brazos de Dale, lanzó a éste contra la baranda, de modo que casi cayó hacia atrás, y levantó la navaja hasta debajo de la barbilla de Dale. Éste sintió la sangre.

-¡Imbécil! -silbó Congden, con sus dientes amarillos a pocos centímetros de la cara de Dale-. Sólo iba a quitarte tus miserables ahorros y dejar que volvieses a pie a tu casa. ¿Sabes lo que voy a hacer ahora, caraculo?

Dale no podía sacudir la cabeza; la hoja se habría hundido en la carne blanda de debajo del mentón. Pestañeó.

Congden sonrió ampliamente.

-¿Ves aquella cosa de metal de allí? -dijo señalando con su mano libre hacia la torre de hierro ondulado que subía hasta una pasarela que sobresalía unos ocho metros en el lado derecho del puente-. Ahora, porque te has mostrado insolente, voy a llevarte a aquella pasarela y te colgaré boca abajo y te dejaré caer en el maldito río. ¿Qué te parece, imbécil?

A Dale no le parecía muy bien, pero la hoja se estaba hundiendo más y le pareció mejor no hacer comentarios. Podía sentir el olor a sudor y a cerveza de Congden y estaba seguro, por el tono del estúpido gamberro, que aquello era lo que se proponía hacer. Sin mover la cabeza, Dale miró hacia la torre y la pasarela... y su gran altura sobre el agua.

Congden bajó la navaja pero agarró a Dale por el cogote y le empujó hacia la calzada de la carretera, el puente y la pasarela. No se veía ningún coche. No había casas de campo cerca de allí. El plan de Dale era sencillo: si tenía oportunidad de echar a correr lo haría. Y si le llevaba hasta la pasarela, como era lo más probable, saltaría y empujaría al mismo tiempo al gamberro, de manera que cayesen los dos al agua. La altura era grande y el río Spoon no era muy profundo, ni siquiera en primavera, y mucho menos en los días más cálidos de julio; pero esto era lo que Dale pensaba hacer. Tal vez podría tratar de caer encima del granujiento imbécil, hundiéndole en el limo del río... Congden le empujó hacia la pasarela, sin soltarle. De alguna manera había conseguido coger el dinero de Dale y metérselo en el bolsillo. Llegaron a la pasarela. Congden sonrió y levantó el cuchillo, acercándolo al ojo izquierdo de Dale.

-Suéltalo -dijo Jim Harlen.

Se había apeado del coche pero sin acercarse. Su voz era tan tranquila como siempre.

-¡Vete a la mierda! -Congden hizo una mueca-. Tú serás el siguiente, cabezota. No creas que no voy a...

Miró hacia Harlen y ahora se quedó inmóvil, con la navaja todavía en el aire.

Jim Harlen estaba plantado junto a la portezuela abierta de atrás, con su cabestrillo dándole el aire tan vulnerable de siempre. Pero la pistola de acero azul que empuñaba con la diestra no parecía tan inofensiva.

-Suéltale, C. J. -repitió.

Congden sólo le observó durante un segundo. Después hizo una presa con el antebrazo en el cuello de Dale, le hizo girar para colocarlo entre él y el arma y emplearlo como escudo, con la navaja levantada.

«También como en las películas», comentó una parte extrañamente aislada de la mente de Dale. «Este pobre idiota debe pensar que su vida es parte de alguna estúpida película.» Entonces, concentró toda su atención en respirar, a pesar de la fuerte presión sobre la tráquea.

Congden gritaba, salpicando de saliva la mejilla derecha de Dale.

-Harlen, imbécil, no podrías darle ni a un granero con ese trasto desde esta distancia, y mucho menos a mí, estúpido. Vamos, dispara. Vamos.

Movía a Dale como un escudo.

A Dale le hubiese gustado darle una patada en los huevos, o al menos en la espinilla, pero su posición no se lo permitía. El gamberro era tan alto que casi levantaba a Dale del suelo con su presa. Dale tenía que bailar sobre las puntas de los pies para que el otro no le estrangulase. Y para empeorar las cosas, estaba seguro de que Harlen iba a disparar... y de que le daría a él.

Pero Harlen miró el arma como si no se hubiese dado cuenta de que la empuñaba.

-¿Quieres que dispare? -preguntó en tono inocente y curioso.

Congden estaba fuera de sí, de rabia y adrenalina.

-Adelante, maricón, hijo de puta, chupapollas, dispara ese cacharro...

Harlen se encogió de hombros, levantó la pistola de cañón corto, apuntó dentro del Chevy y apretó el gatillo. El estampido fue muy fuerte, incluso en un espacio abierto como el de aquel valle.

Congden perdió la cabeza.

Librodot

Empujó a un lado a Dale, que se balanceó contra la baranda, y contempló el agua a diez metros debajo de él antes de agarrarse a una barra de acero y recobrar el equilibrio, y empezó a cruzar el puente, escupiendo saliva y obscenidades.

Harlen avanzó un paso, apuntó contra el parabrisas del Chevy y dijo:

-¡Alto!

C. J. Congden se detuvo, con los clavos de acero de sus botas levantando chispas en el aire. Estaba todavía a diez pasos de Jim Harlen.

-Te mataré -dijo, a través de los dientes apretados-. Juro que te mataré.

-Tal vez sí -convino Harlen-, pero el coche de tu padre tendrá cinco agujeros antes de que lo hagas.

Apuntó al capó. Congden se echó atrás como si la pistola le estuviese apuntando a él.

-Eh, por favor, Jimmy, yo no... -dijo en un tono lastimero que era mucho más repugnante que su voz de loco matón.

-¡Cállate! -dijo Harlen-. Dale, ven aquí, ¿quieres?

Dale salió de su ensimismamiento y fue adonde le decía, dando un amplio rodeo al petrificado Congden. Después se quedó detrás de Harlen, junto a la abierta portezuela de atrás.

-Arroja la navaja por encima de la baranda -dijo Harlen y, cuando el gamberro empezaba a hablar, añadió-: ¡Ahora mismo!

Congden tiró la navaja por encima de la baranda, hacia los árboles de la ribera.

Harlen indicó a Dale con la cabeza que se sentase en el asiento de atrás.

-¿Por qué no arrancamos? -le dijo a Congden-. Nosotros iremos aquí atrás. Si haces alguna tontería, incluso superar el límite de velocidad, voy a hacer unos cuantos agujeros en la lujosa tapicería de tu papá, y tal vez añada incluso un nuevo detalle en el tablero de instrumentos.

Se acomodó con Dale y cerró la portezuela.

Congden ocupó el asiento del conductor. Trató de encender un cigarrillo, con la misma fanfarronería de antes, pero su mano y sus labios estaban temblando.

-Sabéis que esto significa que voy a mataros más pronto o más tarde -dijo, mirándoles por el espejo y con voz de nuevo agresiva, aunque ligeramente temblorosa-. Os esperaré a los dos, y cuando os pille...

Harlen levantó la pistola, apuntando precisamente al espejo retrovisor forrado de piel y del que pendía un dado.

-Cállate y conduce -dijo.

La puerta de la rectoría estaba abierta, y la señora McCafferty no estaba de guardia en el puente levadizo ni en el foso; Mike subió sin hacer ruido la escalera para ir a la habitación del padre C. El sonido de unas voces masculinas le hizo apretarse contra la pared y acercarse en silencio a la puerta abierta.

-Si la fiebre y los vómitos continúan -dijo la voz del doctor Staffney-, tendremos que ingresarlo en St. Francis y ponerle un gota a gota para evitar una grave deshidratación.

La voz de otro hombre, desconocida para Mike, pero que presumió que era del doctor Powell, dijo:

-No quisiera trasladarle a una distancia de sesenta y cinco kilómetros en este estado. Empecemos aquí el gota a gota y que le vigile el ama de llaves y la enfermera... Veamos si la fiebre cede o aparecen algunos síntomas secundarios antes de trasladarle.

Reinó el silencio durante un momento y después el doctor Staffney, dijo:

-Fíjate, Charles.

Mike miró por la rendija de la puerta precisamente cuando empezaba el ruido de los vómitos. El médico a quien Mike no conocía estaba sujetando una cuña -evidentemente, una tarea a la que no estaba acostumbrado-, mientras el padre C., con los ojos cerrados y la cara tan blanca como la almohada, vomitaba violentamente en el recipiente de metal.

Librodot

-¡Santo Dios! -exclamó el doctor Powell-. ¿Han tenido todos los vómitos esta consistencia?

Había repugnancia en la voz del hombre, pero también una curiosidad profesional.

Mike se agachó y acercó un ojo a la rendija. Pudo ver la cabeza del padre C. reclinada sobre la almohada, con el orinal de cama casi contra la mejilla. El vómito parecía llenar su boca y caer como melaza dentro de la cuña. Era menos líquido que una descarga parda sólida, una masa de partículas mucosas y parcialmente digeridas. La cuña estaba casi llena, y el cura no daba señales de acabar.

El doctor Staffney respondió a una pregunta del otro médico, pero Mike no oyó el comentario. Se había apartado de la rendija y estaba agachado contra la pared, luchando contra el mareo y las náuseas que le acometían.

-... y en todo caso, ¿dónde está la maldita ama de llaves? -decía el doctor Powell

-Ha ido a Oak Hill a buscar a la enfermera Billings -respondió la voz del doctor Staffney-. Tome, utilice esto.

Mike bajó la escalera de puntillas y se alegró de salir al aire libre, a pesar del terrible calor del día. El cielo había pasado del azul de la mañana al azul blanquecino del mediodía, y a un brillo metálico de media tarde. La fuerte luz del sol y el alto grado de humedad gravitaban sobre todo como mantas pesadas pero invisibles.

Las calles estaban desiertas cuando Mike pedaleaba por el centro del pueblo, evitando que pudiesen verlo desde los almacenes de Jensen y que su madre quisiese encargarle algo. Ahora tenía un encargo propio que cumplir.

Mink Harper era el borracho del pueblo. Mike le conocía como todos los chicos de la población. Mink se mostraba siempre amable y parlanchín con los chiquillos, ansioso de comunicar los pequeños hallazgos que había hecho en su interminable busca del «tesoro enterrado». Mink era un engorro para los mayores, a los que siempre pedía limosna, pero nunca molestaba a los pequeños con sus peticiones. Mink no tenía domicilio fijo: con frecuencia dormía en el quiosco de música del parque durante los días calurosos del verano, trasladándose a su cama al aire libre» de uno de los bancos del parque, cuando refrescaba por la noche. Mink tenía siempre un asiento reservado en el cine gratuito, y siempre estaba dispuesto a dejar que los muchachos se deslizasen en la fresca oscuridad de debajo del quiosco para observar con él el programa a través del roto enrejado.

En invierno se le veía menos; algunos decían que dormía en la fábrica de sebo abandonada o en el cobertizo de detrás del comercio de tractores de más allá del parque; otros decían que algunas familias bondadosas, como los Staffney o los Whittaker, le dejaban dormir en sus graneros e incluso entrar alguna vez en sus casas para comer algo caliente. Pero no era la comida lo que preocupaba a Mink; su objetivo era saber de dónde vendría la próxima botella. Los hombres de la Taberna de Carl con frecuencia le invitaban a una copa, aunque el dueño no le permitía beberla en el local; pero generalmente su amabilidad se trocaba en ruindad, haciéndole víctima de sus bromas.

A Mink no parecía importarle, mientras pudiese beber. Nadie en la población parecía conocer la edad de Mink Harper, pero había servido de ejemplo a las madres para reprender a sus hijos desde hacía al menos tres generaciones. Mike calculaba que Mink tendría, como mínimo, algo más de setenta años, que era la edad que a él le interesaba. Y si la condición de Mink como borracho del pueblo y ocasional hombre mañoso le hacía invisible para la mayor parte de la población durante casi todo el tiempo, era esta misma invisibilidad lo que Mike esperaba aprovechar ahora.

El problema era que Mike no tenía una botella como moneda: ni siquiera una lata de cerveza. A pesar de que su padre trabajaba en la fábrica de cerveza Pabst y le encantaba empinar de vez en cuando el codo con los chicos, la señora O'Rourke no permitía bebidas alcohólicas en la casa. Nunca.

Mike se detuvo delante de la barbería, entre la Quinta Avenida y la vía del ferrocarril, mirando hacia la fresca sombra del parque a través de la Hard Road, que rielaba con el calor, mientras pensaba intensamente. Sabía que si hubiese sido un poco inteligente le habría pedido

a Harlen alguna botella antes de marcharse con Dale. La madre de Harlen tenía siempre muchas botellas de bebidas, y según Jim nunca parecía darse cuenta de que faltase alguna. Pero ahora Harlen estaba en otra parte con Dale, tratando de cumplir la misión que Mike les había encomendado, y éste, el impávido líder, había quedado literalmente en seco. Aunque encontrase a Mink, no podría hacer que el simpático viejo borracho hablase sin recibir algo a cambio.

Mike dejó pasar un camión, que no redujo la velocidad para no rebasar el límite eléctricamente controlado de Elm Haven, y entonces pedaleó a través de la Hard Road, atajando por la parte de atrás del comercio de tractores, rodeando el pequeño parking hacia el sur y volviendo por el estrecho callejón de detrás del Parkside Café y la Taberna de Carl.

Aparcó la bici contra la pared de ladrillos y se dirigió a la abierta puerta de atrás. Pudo oír las carcajadas de una media docena de hombres en el oscuro salón de delante y el lento giro del gran ventilador. La mayoría de los hombres del pueblo habían firmado una vez una instancia solicitando que se instalase aire acondicionado en la Taberna de Carl -habría sido el único edificio público de la ciudad que lo habría tenido además de la nueva oficina de Correos-, pero según rumores que Mike había oído, Dom Stagle se había echado a reír y había dicho que quién se imaginaban que era, que si lo habían confundido con un político o algo parecido. Mantendría fría la cerveza y quien no quisiera beber allí podía ir con viento fresco al Arbol Negro.

Mike se echó atrás cuando alguien tiró de la cadena de un retrete, se abrió una puerta a poca distancia en el callejón de atrás y entró alguien pesadamente en el salón de delante, gritando algo que hizo soltar carcajadas a los clientes habituales. Mike miró de nuevo: había allí dos lavabos, uno de ellos con el rótulo de CABALLEROS y el otro con el de SEÑORAS, y una tercera puerta con un letrero de PROHIBIDO EL PASO. Mike sabía que esta última puerta cerrada era la que conducía a bodega; él mismo había ayudado a bajar garrafas allí para ganar algún dinero.

Mike entró, abrió aquella puerta, pasó a lo alto de la escalera del sótano y volvió a cerrar sin hacer ruido. Esperaba oír gritos y pisadas, pero el ruido del salón de delante apenas si llegaba aquí, y su tono no cambió en absoluto. Bajó cuidadosamente la oscura escalera, pestañeando en la oscuridad. Había ventanas a lo largo de la alta cornisa de piedra, pero habían sido cerradas con tablas hacía decenios, y la única luz era la que se filtraba a través de las rendijas de la madera y las capas de polvo de los cristales exteriores.

Mike se detuvo al pie de la escalera, viendo los montones de cajas de cartón y los grandes barriles de metal en el fondo de la larga bodega. Más allá de un pequeño tabique de ladrillos, había unos altos estantes. Mike recordó vagamente que era donde Dom guardaba el vino. Cruzó de puntillas el amplio espacio.

Aquello no era propiamente una bodega, como las de los libros de Dale donde viejas botellas polvorientas yacían sobre pequeños soportes individuales en los estantes; aquí no había más que los estantes, donde Dom depositaba sus cajas de vino. Mike se dirigió a tientas hacia la derecha y encontró las cajas, tanto con el tacto como con la vista. Se quedó escuchando por si se abría la puerta y entraban los ricos olores de malta y de cerveza. Una telaraña se enredó en su cara y la apartó de un manotazo. «No es extraño que Dale aborrezca los sótanos.»

Encontró una caja de cartón abierta en un estante de atrás, palpó hasta agarrar una botella y entonces se detuvo. Si la cogía, sería la primera vez en su vida que hurtaba algo deliberadamente. Por alguna razón, de todos los pecados que conocía, el hurto le había parecido siempre el más grave. Nunca había hablado de esto, ni siquiera a sus padres, pero cualquiera que robase algo merecía más que desprecio por parte de Mike. Una vez Barry Fussner había sido sorprendido hurtando lápices de otros niños en el segundo curso, y sólo le había valido unos pocos minutos en el despacho del director, pero Mike nunca había vuelto a dirigir la palabra a aquel gordinflón. Mirarle le daba asco.

Pensó que tendría que confesar el hurto. Sintió que le ardía la cara de vergüenza al imaginarse la escena: él, arrodillándose en el confesionario a oscuras; la cortinilla descorriéndose a un lado, de manera que a duras penas podía ver el perfil del padre C. a través de la rejilla; después, él mismo murmurando «Me acuso, padre, porque he pecado», diciendo el tiempo que había transcurrido desde su última confesión y empezando su relato. Pero de pronto la cabeza inclinada y atenta del padre Cavanaugh se apoyaría en la rejilla, y Mike vería los ojos muertos y la boca como un embudo apretados contra la madera, y entonces empezarían a salir a chorros los gusanos, cayendo sobre las manos cruzadas y los brazos levantados y las rodillas de Mike, y cubriéndole con sus formas pardas y ondulantes...

Mike cogió la maldita botella y salió de estampida.

El Bandstand Park era sombreado, pero no hacía fresco en él. El calor y la humedad acechaban tanto en las sombras como en las partes soleadas. Pero al menos el sol no le quemaba el cráneo a través de los cabellos cortados en cepillo. Había alguien o algo, debajo del gran quiosco de música. Mike se agachó ante una abertura del enrejado y miró al interior: el soporte de madera tenía menos de un metro desde el suelo elevado hasta el borde del piso de hormigón, pero el «sótano» de debajo del quiosco era de tierra, y por alguna razón había sido ahondado al menos un palmo y medio por debajo del nivel del suelo circundante. Olía a tierra mojada, a fango y a un suave hedor de descomposición. «Dale aborrece los sótanos; yo aborrezco estos espacios donde hay que andar a rastras.»

En realidad no había que arrastrarse. Mike habría podido ponerse en pie con tal de agachar la cabeza. Pero no lo hizo. Desde la abertura trató de distinguir la masa oscura que se movía ligeramente en el otro extremo del bajo espacio.

«Cordie dice que hay otras cosas que contribuyeron a matar a Duane, cosas que excavan la tierra.»

Mike pestañeó y resistió el impulso de montar en la bici y largarse de allí. El bulto del otro extremo del espacio de debajo del quiosco de música parecía un viejo envuelto en una raída trinchera -Mink había llevado aquella trinchera en invierno y en verano durante media docena de años- y además olía como Mink. Junto con el fuerte olor a vino barato y a orina se percibía un aroma almizcleño que era característico del viejo mendigo y que podía haber sido la causa de su apodo[4].

-¿Quién está ahí? -dijo una voz cascada y gangosa.

-Soy yo... Mike.

-¿Mike? -El tono del viejo era el de un sonámbulo que se despierta en un lugar extraño-. ¿Mike Gernold? Creía que te habían matado en Bataan...

-No, soy Mike O'Rourke. ¿Recuerdas que tú y yo trabajamos juntos en el jardín de la señora Duggan el verano pasado? Yo segaba el césped y tú podabas los arbustos.

Mike se deslizó a través del agujero del enrejado. Aquello estaba oscuro, aunque no tanto como el sótano de Carl. Pequeños diamantes de luz resplandecían sobre el suelo irregular del lado oeste del pozo circular, y Mike pudo ver ahora la cara de Mink: los ojos legañosos y las mejillas mal afeitadas, la nariz enrojecida y el cuello peculiarmente pálido, la boca del viejo..., y Mike pensó ahora en la descripción que había hecho Dale del señor McBride el día anterior.

-Mike -farfulló Mink, masticando el nombre como si fuese un trozo de carne que no pudiese triturar con tan pocos dientes-. Mike.... sí, el hijo de Johnny O'Rourke.

-El mismo -dijo Mike, acercándose, pero deteniéndose a más de un metro de Mink.

Con la arrugada y desmesurada trinchera del viejo borracho, los periódicos desparramados a su alrededor, una lata de Sterno y el brillo de botellas vacías..., había un sentido territorial en aquella parte del círculo del quiosco. Mike no quería invadir el espacio del anciano.

-¿Qué quieres, muchacho?

[4] Mink quiere decir «visón». (N. del T.)

Librodot

La voz de Mink era cansada y distraída, sin el acostumbrado humor de que solía hacer gala con los niños. «Tal vez soy demasiado mayor -pensó Mike-. A Mink le gusta bromear con los niños pequeños.»

-Te traigo algo, Mink.

Sacó la botella de detrás de la espalda. No había perdido tiempo leyendo la etiqueta a la luz del sol, y ahora no había bastante luz. Esperó que no hubiese cogido la única botella de quitamanchas que había en el sótano de Carl. «Y no es que Mink pueda notar mucho la diferencia.»

Los ojos ribeteados de rojo pestañearon rápidamente cuando vieron la forma de lo que traía Mike.

-¿Es para mí?

-Sí -dijo Mike, sintiéndose culpable al retirar ligeramente su regalo. Era como atormentar a un perrito-. Pero tienes que darme algo a cambio.

El viejo de la raída trinchera echó vapores de alcohol y mal aliento a la cara de Mike.

-¡Mierda! Siempre hay que dar algo. Bueno, ¿qué es lo que quieres? ¿Quieres que el viejo Mink vaya a comprar cigarrillos para ti en los almacenes? ¿O a buscarte una cerveza en casa de Carl?

-No -dijo Mike, poniéndose de rodillas sobre el blando suelo-. Te daré el vino si tú me hablas de una cosa.

Mink estiró un poco el cuello al mirar de soslayo a Mike. Su voz era recelosa.

-¿De qué se trata?

-Háblame del negro a quien colgaron en Old Central después del día de Año Nuevo de 1900 -murmuró Mike.

Esperaba que el viejo le dijese que no podía recordarlo -sabe Dios que el vino había destruido suficientes células del cerebro para apoyar aquella declaración-, o que él no estaba allí y sólo debía de tener entonces unos diez años, o simplemente que no quería hablar de ello. Pero en vez de esto respiró estertorosamente durante un rato y tendió los brazos, como para recibir un bebé.

-Está bien -dijo.

Mike le dio la botella. El viejo luchó durante un minuto con el tapón («¿Qué diablos de tapón es eso?») y después se oyó un fuerte chasquido y algo golpeó el techo a un palmo por encima de la cabeza de Mike, que se arrojó a un lado sobre el blando suelo mientras Mink maldecía y después lanzaba una de sus risas peculiares, gangosas y roncas.

-Pero muchacho, ¿sabes lo que me has traído? ¡Champán! ¡Guy Lombardo auténtico!

Mike no pudo saber, por el tono de Mink, si era buena o mala cosa. Sospechó que buena cuando Mink cató la bebida, farfulló algo y empezó después a beber afanosamente.

Entre tragos y pequeños y corteses eructos fue contando su historia.

Dale y Harlen miraron, más allá de la cabeza grasienta de C. J. Congden y a través de una alta verja de hierro, la mansión del señor Dennis Ashley-Montague. Dale se dio cuenta de que era la primera mansión verdadera que había visto en su vida: en el fondo de innumerables acres de césped, flanqueada por espesos y verdes bosques que se erguían en el borde del acantilado sobre el río Illinois, la casa

Ashley-Montague era un conjunto de ladrillos, gabletes y ventanas con celosías, de estilo Tudor, sujetado todo ello por una frondosa hiedra que crecía hasta más arriba de los aleros. Detrás de la verja, el paseo circular asfaltado, en mucho mejor estado que el remendado hormigón de Grand View Drive, subía graciosamente y en ligera pendiente hasta la casa, situada a unos cien metros de distancia. Varios surtidores regaban diferentes zonas del campo de césped con un susurro adormecedor.

Había un intercomunicador y una rejilla en la columna de ladrillos del lado izquierdo de la entrada. Dale se apeó y pasó por detrás del Chevy negro. El aire cálido que les había azotado

durante el viaje había sido como un papel de lija invisible rascando la piel de Dale; pero ahora que se habían detenido, el calor del aire inmóvil y el peso terrible de la luz del sol eran peores. Dale sintió que tenía empapada la camiseta. Se bajó más la gorra de béisbol, mirando de soslayo el resplandor y las manchas de las hojas en la carretera detrás de ellos.

Dale no había estado nunca en Grand View Drive. Todo el mundo de esta parte del Estado parecía conocer la carretera que serpenteaba a lo largo de los acantilados del norte de Peoria, y las grandes casas donde vivían los pocos millonarios de la región; pero la familia de Dale nunca había llegado hasta aquí. Sus viajes a la ciudad tenían por objetivo el barrio comercial, si es que se le podía llamar así, o el nuevo Sherwood Shopping Center, de seis plantas, o el primer y único McDonald's de Peoria, en Sheridan Road, cerca del War Memorial Drive. Esta empinada y frondosa calle era extraña; las colinas de estas dimensiones eran desconocidas para Dale. Él había vivido siempre en las tierras llanas entre Peoria y Chicago, y todo lo que fuese más alto que las colinas próximas al cementerio del Calvario o a Jubilee College Road -pequeñas y boscosas excepciones en un mundo que se extendía plano como una mesa- le resultaba extraño.

Y las fincas, todas ellas resguardadas por los árboles, y las más grandes encaramadas a lo largo de los acantilados, como la del señor Ashley-Montague, parecían tomadas de una novela.

Harlen gritó algo desde dentro del coche, y Dale se dio cuenta de que había estado plantado en el paseo como un idiota durante medio minuto o más. También se dio cuenta de que estaba asustado. Se acercó más a la negra rejilla del intercomunicador, sintiendo la tensión en el cuello y en el estómago, sin tener idea de cómo funcionaba aquella cosa, cuando de pronto sonó una voz:

-¿Qué desea, joven?

Era una voz de hombre, vagamente seca, con aquel acento que Dale atribuía a los actores británicos. Recordó a George Sanders en las películas de *Falcon* en la tele. De pronto Dale pestañeó y miró a su alrededor. No parecía haber ninguna cámara en el pilar ni en la verja. ¿Cómo sabían quién estaba allí? Tal vez alguien observaba con unos prismáticos desde la casa grande.

-¿Qué desea? -repitió la voz.

-Ah, sí -dijo Dale, sintiendo la boca seca-. ¿El señor Ashley-Montague?

En cuanto lo hubo dicho, se habría dado de patadas.

-El señor Ashley-Montague está ocupado -dijo la voz-. ¿Tienen algo que hacer aquí, caballeros, o he de llamar a la policía?

A Dale le dio un salto el corazón al oír la amenaza, pero una parte de su mente observó: «Dondequiera que esté ese tipo, puede vernos a todos.»

-Oh, no -dijo, sin saber a qué decía que no-. Quiero decir que tenemos que hablar de un asunto con el señor Ashley-Montague.

-Por favor, diga de qué asunto se trata -dijo la caja negra.

La puerta de hierro negro era tan alta y ancha que parecía imposible que pudiese abrirse.

Dale miró al coche, como pidiendo ayuda a Harlen. Jim estaba sentado allí, con la pistola en la mano, pero por debajo del nivel del respaldo del asiento, presumiblemente fuera del alcance de la cámara, el periscopio o el trasto que empleaba aquella voz. «¡Dios mío! ¿Y si viene la policía?»

Congden se asomó fuera del coche y gritó en dirección al intercomunicador

-Eh, diles que este hijo de puta está apuntando con una pistola a mi coche. Sí, ¡diles eso!

Dale se acercó más a la caja, tratando de interponer su cuerpo entre Congden y el micrófono. No sabía si la caja lo habría oído; la voz británica no dijo nada. Todo, la verja, el bosque, la colina, el césped, el cielo de metal, todo parecía esperar a que Dale hablase. Se preguntó por qué diablos no había ensayado lo que tenía que decir durante el loco viaje hasta aquí.

-Dígale al señor..., hum.., dígale que si estoy aquí es por la Campana Borgia -dijo Dale-. Dígale que es muy urgente que yo hable con él.

-Un momento -dijo la voz.

Dale pestañeó para quitarse el sudor de los ojos, y pensó en la escena de la película del Mago de Oz en que el hombre que estaba a la puerta de la Ciudad Esmeralda, el hombre que era realmente el Mago, a menos de que empleasen el mismo actor para ahorrar dinero..., hacía esperar a Dorothy y a los amigos de ésta, después de todos sus peligrosos viajes para llegar hasta allí.

-El señor Ashley-Montague está ocupado -dijo rotundamente la voz-. No quiere que le molesten. Buenos días.

Dale se frotó la nariz. Nadie le había dicho «Buenos días» hasta entonces. Era un día de primeras experiencias.

-¡Eh! -gritó, golpeando la caja para llamar su atención-. ¡Dígale que es importante! ¡Dígale que tengo que verle! Dígale que he hecho un largo camino y que...

La caja guardó silencio. La puerta siguió cerrada. Nadie ni nada se movió entre la verja y la mansión.

Dale se echó atrás y miró arriba y abajo el alto muro de ladrillos que separaba el terreno de la finca del grand View Drive. Podría escalarlo si Harlen le ayudaba, pero se imaginó fieros pastores alemanes y furiosos dobermans rondando por allí, y hombres con escopetas en los árboles, y policías que aparecían y encontraban a Harlen con la pistola...

«¡Dios mío! Mamá cree que estoy jugando a béisbol o en casa de Mike, y recibirá una llamada de la policía de Peoria diciéndole que he sido detenido por allanamiento de morada, por llevar un arma oculta y por secuestro frustrado.» Pero no, pensó; la acusación de llevar un arma oculta sería contra Harlen.

Dale agarró el intercomunicador y apoyó la cara contra la rejilla del micrófono, gritando, sin saber siquiera si aquel trasto había sido desconectado o si el hombre que estaba a la escucha en el otro extremo había ido a cumplir sus deberes en la Ciudad Esmeralda.

-Escúcheme, ¡maldita sea! -gritó-. Dígale al señor Ashley-Montague que lo sé todo sobre la Campana Borgia y el hombre de color que colgaron de ella y los niños que resultaron muertos... entonces y ahora. Dígale..., dígale que mi amigo ha muerto por culpa de la maldita campana de su abuelo, y que... ¡Oh, mierda!

Dale agotó las fuerzas y se sentó en el caldeado pavimento.

La caja no volvió a hablar, pero se oyó un zumbido eléctrico y un chasquido metálico, y la ancha puerta empezó a abrirse.

No era George Sanders quien hizo pasar a Dale; el hombrecillo silencioso y de cara delgada se parecía más bien al señor Taylor, el padre de Digger, el empresario de pompas fúnebres de Elm Haven.

Harlen se quedó en el coche. Era evidente que, si los dos entraban en la casa, Congden saldría disparado, probablemente llevándose la puerta con él si tenía que hacerlo. La promesa de los otros doce dólares y medio no era suficiente para impedir que les dejase... o que les matase si tenía oportunidad de hacerlo. Sólo la presencia literal de la 38, apuntando al capó del Chevi '57, le mantenía a raya; pero la situación se hacía más delicada por momentos.

-Entra tú -dijo Harlen entre sus finos labios-, pero no te entretengas tomando el té ni te quedes a cenar. Averigua lo que quieres saber y lárgate pitando.

Dale había asentido con la cabeza y se había apartado del coche. Congden estaba amenazando con entrar y llamar a la policía, pero Harlen le dijo:

-Adelante. Todavía tengo dieciocho balas más en el bolsillo. Veremos lo que se puede hacer para que este cacharro parezca un queso suizo antes de que lleguen los polis. Entonces les diré que tú nos secuestraste. Dale y yo no hemos estado nunca en el correccional, como alguien a quien podría mencionar...

Congden había encendido otro cigarrillo, apoyándose en el marco de la portezuela y mirando furiosamente a Harlen, como si estuviese imaginando cuál sería exactamente su venganza.

-Vamos, anímate -añadió innecesariamente Harlen.

Dale siguió al hombre que le pareció un mayordomo a través de una serie de habitaciones, cada una de las cuales era tan grande como todo el primer piso de la casa Stewart. Entonces aquel hombre de traje oscuro abrió una alta puerta e introdujo a Dale en una habitación que debía de ser la biblioteca o el estudio de la mansión: paredes revestidas de paneles de caoba, con estantes empotrados, se elevaban a cuatro metros de altura hasta una galería con barandillas de cobre amarillo, y más caoba y más estantes con libros, que llegaban hasta un techo sostenido por toscas vigas. Había escaleras deslizables a lo largo de la base de las librerías inferiores y también en la galería. En el lado este de la estancia, a unos treinta pasos de la puerta por la que había entrado Dale, la larga pared tenía ventanas que derramaban luz sobre la gran mesa a la que se hallaba sentado el señor Ashley-Montague. El millonario parecía muy menudo detrás de aquella mesa, y sus estrechos hombros, el traje gris, las gafas y la corbata de lazo, no contribuían a darle un aspecto más corpulento.

No se levantó al acercarse Dale.

-¿Qué es lo que quieres?

Dale respiró hondo. Ahora que se hallaba aquí, dentro de la casa, no tenía miedo y casi no estaba nervioso.

-Ya le he dicho lo que quiero. Algo mató a mi amigo, y sé que tiene que ver con la campana que compró su abuelo para el colegio.

-Eso es una tontería -saltó el señor Ashley-Montague-. Aquella campana fue una mera curiosidad, un trozo de metal italiano que alguien hizo creer a mi abuelo que tenía una significación histórica. Y como dije a uno de tus amiguitos, la campana fue destruida hace más de cuarenta años.

Dale sacudió la cabeza.

-Nosotros sabemos más -dijo, aunque en realidad nada sabía-. Todavía está allí. Todavía afecta a la gente, como afectó a los Borgia. Y el «amiguito» a quien se ha referido usted era Duane McBride y ahora está muerto. Lo mismo que los niños que fueron muertos hace sesenta años. Lo mismo que el negro a quien su abuelo ayudó a colgar allí.

Dale oía su propia voz, fuerte, cortante, segura, y era tan lejana como la banda sonora de una película. Parte de su mente disfrutaba con la vista que ofrecían las anchas ventanas: el río Illinois resplandeciendo, amplio y gris, entre los acantilados cubiertos de árboles, una línea férrea allá abajo; un trozo de autopista 29, serpenteando hacia el sur, en dirección a Peoria.

-No sé nada de estas cosas -dijo Dennis Ashley-Montague, arreglando unas carpetas sobre su mesa-. Lamento el accidente de tu amigo. Desde luego, me enteré por los periódicos.

-No fue un accidente -dijo Dale-. Lo mataron hombres que estuvieron demasiado tiempo cerca de aquella campana. Y hay otras cosas..., cosas que salen de noche...

El hombrecillo se levantó detrás de la mesa. Sus gafas, redondas y con montura de concha, le recordaron a Dale a un artista del cine mudo. Un actor cómico que siempre estaba colgando de los edificios.

-¿Qué cosas?

La voz del señor Ashley-Montague era casi un murmullo. Parecía perdida en la vasta habitación.

Dale encogió los hombros. Sabía que no debía hablar tanto, pero no tenía otra manera de mostrar a aquel hombre que sabía realmente que algo estaba sucediendo. En aquel instante, Dale se imaginó que se abría un panel secreto en la pared forrada de libros, que Van Syke y el doctor Roon se deslizaban suavemente por la abertura detrás de él, y que otras cosas se movían en las sombras detrás de ellos.

Dale resistió el impulso de mirar por encima del hombro. Se preguntó si Harlen se marcharía sin él, en caso de que no saliese. Lo haría.

-Cosas como la aparición de un soldado muerto -dijo Dale-. Un hombre llamado William Campbell Phillips, para ser exacto. Una maestra muerta que vuelve a este mundo. Y otras cosas..., cosas en el suelo.

Todo esto sonaba como una locura incluso para Dale. Se alegró de haberse interrumpido antes de empezar a hablar de la sombra que había salido del armario para esconderse debajo de la cama de su hermano. De pronto, pensó: «Yo no he visto estas cosas. Estoy aceptando la palabra de Mike y de Harlen sobre esto. Lo único que yo he visto ha sido algunos agujeros en el suelo... Este hombre va a llamar al manicomio y me encerrarán en una habitación acolchonada, incluso antes de que mamá se entere de que me retraso para la cena.» Esto era lo lógico, pero Dale no lo creyó un solo instante. Creía a Mike. Creía en las libretas de Duane. Creía a sus amigos.

Pareció como si el señor Ashley-Montague fuera a derrumbarse en su sillón de alto respaldo.

-¡Dios mío, Dios mío! -murmuró, y se inclinó hacia delante como si fuese a hundir la cara entre las manos. Pero en vez de esto se quitó las gafas y las enjugó con un pañuelo que sacó del bolsillo-. ¿Qué es lo que quieres? -preguntó.

Dale resistió el impulso de suspirar profundamente.

-Quiero saber lo que pasa -dijo-. Quiero los libros que escribió el historiador del condado, el doctor Priestmann. Todo lo que pueda usted decirme sobre la campana y sus efectos. Y sobre todo... -y ahora respiró profundamente- quiero saber cómo podemos hacer que esto termine.

28

El enrejado del lado oeste del quiosco de música tallaba la luz de la tarde en un discreto juego de rombos que se extendía sobre el oscuro suelo en dirección a Mike y Mink Harper, mientras el viejo alternaba largos tragos de champán, ratos de enfurruñado silencio y largos períodos de confusa narración.

-Fue aquel frío invierno después de que empezase el año nuevo, con el que empezó también el nuevo siglo, y yo era un pequeño rapaz no mayor de lo que tú eres ahora. ¿Cuántos años tienes? ¿Doce? No.... ¿once? Sí, yo tendría esa edad cuando colgaron al negro.

»Yo ya no iba al colegio. La mayoría de nosotros íbamos sólo el tiempo necesario para aprender a leer, a firmar y a contar un poco, que era todo lo que un hombre debía saber en aquellos tiempos. Mi padre nos necesitaba a todos para trabajar en la finca. Por esto había dejado ya de estudiar cuando colgaron al negro allí...

»Aquel año desaparecieron varios niños. La pequeña Campbell atrajo toda la atención, porque encontraron su cuerpo y su familia era rica, pero hubo cuatro o cinco más que no volvieron a casa aquel invierno. Recuerdo a un pequeño polaco llamado Strbnsky; su padre trabajaba en una brigada de obreros del ferrocarril que había venido al pueblo y se había quedado en él. El chico se llamaba Stefan... Bueno, Stefan y yo habíamos estado rondando alrededor de la taberna en busca de nuestros padres, unas semanas antes de la Navidad, y yo encontré al mío y lo llevé a casa en el carro que conducíamos mi hermano Ben y yo; pero Stefan no volvió a casa. Nadie volvió a verlo después de aquello. Recuerdo la última vez que lo vi, caminando entre los montones de nieve de la vieja Main Street, con los pantalones remendados y cargando con el cubo con que solía llevar a casa la cerveza para su vieja. Algo se apoderó de Stefan, como se apoderó de los gemelos Myer y de aquel pequeño latino, que no me acuerdo cómo se llamaba y que vivía donde ahora está el vertedero; pero fue la niña Campbell quien atrajo toda la atención, por ser sobrina del médico y todo eso.

»Así, cuando el primo de la niña Campbell, el pequeño Billy Phillips, entró en la taberna..., no en la de Carl porque la de Carl todavía no se había construido..., sino en aquel gran edificio donde ahora está la maldita mercería..., bueno, cuando aquel mocoso de Billy Phillips entró allí una tarde diciendo que había un negro en la vía del ferrocarril, que llevaba las enaguas de

Librodot

su prima en la bolsa, el lugar se vació en treinta segundos... y recuerdo que yo corrí también para mantenerme a la altura de las largas zancadas de mi viejo. Y allí estaba el señor Ashley sentado en su elegante calesa, con una escopeta sobre las rodillas, la misma que utilizó para matarse pocos años después, sentado allí como Si nos estuviese esperando a todos.

»"Vamos, muchachos -gritó-. Hay que hacer justicia".

»Y entonces toda la multitud de hombres se puso a gritar y rugir como suele hacer la chusma..., la chusma que no tiene más sentido común que un perro detrás de una perra en celo, muchacho . y entonces salimos todos disparados, resoplando vaho bajo la luz de la tarde que hacía que todo fuese dorado, incluso el aliento de los caballos, según recuerdo ahora, el tronco de yeguas negras del señor Ashley y los de algunos de los hombres..., y moqueando la nariz, corrimos hacia el norte de la población, donde solía estar la zanja del ferrocarril más allá de la fábrica de sebo, y el negro miró una vez desde donde estaba agachado junto a una fogata asando tocino, y entonces todos los hombres se le echaron encima. Había allí un par de amigos negros suyos. Nunca iban solos en aquellos tiempos, y desde luego no les estaba permitido andar por la población después de anochecer..., pero sus amigos no opusieron resistencia sino que se largaron como perros temerosos de una pahza.

»El negro tenía una bolsa grande y vieja, y los hombres la revolvieron, y desde luego allí estaban las enaguas de la niña Campbell, sucias de sangre seca y... de otras cosas, chico. Algún día sabrás lo que quiero decir.

»Así que le arrastraron hasta la escuela, que era una especie de centro de todo en aquellos días. En la escuela celebrábamos nuestros mítines y las votaciones cuando había elecciones, y toda clase de tómbolas y ventas benéficas. Así que arrastraron al negro hasta allí... y recuerdo que me quedé en el exterior, mientras tocaban la campana para decir a todo el mundo que viniese deprisa, que estaba ocurriendo algo importante. Y recuerdo que estaba allí intercambiando bolas de nieve con Lester Collins, Merriweather Whittaker y el padre de Coony Daysinger..., que no recuerdo cómo se llamaba... y con otros chicos que habían bajado con sus padres. Pero se fue haciendo de noche, y hacía frío. Aquel invierno no podía ser más frío; todo el maldito pueblo estaba aislado por los montones de nieve y los caminos helados. Ni siquiera se podía ir a Oak Hill de tan mal como estaban las carreteras. Pasaba el tren, pero no todos los días. Y a veces, en aquella época del año, estaba semanas sin pasar, con la nieve acumulada en el norte del pueblo donde estaba la zanja del ferrocarril, cuando no había máquinas quitanieves ni nada por este estilo. Así que teníamos que apañarnos solos .

»Cuando sentimos demasiado el frío entramos en la escuela, y el juicio..., lo llamaron juicio... casi había terminado. No debió de durar más de una hora. No había un verdadero juez. El juez Ashley se retiró joven y estaba un poco loco... pero de todos modos llamaron juicio a aquello. El señor Ashley desempeñó su papel. Recuerdo que yo estaba con los otros chicos en la galería donde solían hallarse los libros, mirando hacia el salón central donde se apretujaban todos los hombres, y maravillándome de lo apuesto que parecía el juez Ashley, con su caro traje gris, su corbata de seda y aquel sombrero de copa que llevaba siempre. Desde luego no se lo ponía cuando juzgaba... Recuerdo que vi el resplandor de las lámparas sobre sus cabellos blancos y me admiró que un hombre tan joven pudiese ser tan sabio...

»El caso es que Billy Phillips estaba acabando de declarar que se dirigía a casa cuando el negro trató de pillarle. Dijo que había corrido tras él diciendo que iba a matarle y a comérselo como había hecho con la niña... Aquel chico era el mayor embustero que jamás he conocido..., siempre solía hacer novillos cuando yo iba aún al colegio, y entonces llegaba arrastrándose y diciendo que había estado cuidando a su madre enferma..., la vieja señora Phillips estaba siempre enferma y muriéndose de algo..., o decía que había estado enfermo él, cuando todos sabíamos que andaba rondando por ahí o pescando o haciendo otras cosas. En todo caso, Billy dijo que había escapado del negro, peor aún, que después había vuelto atrás, que había observado su campamento y había visto que sacaba las enaguas de la niña Campbell..., ésta era prima de Billy, ¿te lo había dicho? Bueno, que sacaba sus enaguas y las

Librodot

tocaba junto a la fogata. Terminó diciendo que había corrido hacia el pueblo y lo había contado a los hombres de la taberna.

»Otro tipo, que pudo ser Clement Daysinger..., ahora me acuerdo que se llamaba Clement..., dijo que había visto al negro rondando alrededor de la casa del doctor Campbell antes de la Navidad, aproximadamente cuando desapareció la niña. Declaró que no lo había recordado antes, pero que ahora estaba seguro de que el negro rondaba por allí de un modo realmente sospechoso. Después de Clement, otras personas recordaron también al negro acechando por allí.

»Así pues, el juez Ashley golpeó la mesa con su Colt, como si fuese un... ¿cómo se llama?, un mazo... y dijo al negro: "¿Tienes algo que decir en tu defensa?", pero el negro sólo miró a todo el mundo con sus ojos amarillos y no dijo nada. Desde luego, sus labios gruesos estaban mucho más hinchados, porque algunos hombres habían considerado justo pegarle; pero creo que habría podido hablar si hubiese querido. Supongo que no quería hacerlo.

»El juez Ashley..., entonces todos volvíamos a considerarle como un verdadero juez..., golpeó de nuevo con su Colt sobre la mesa que habían arrastrado dentro del salón y dijo: "Eres culpable, por Dios, y por esto te condeno a ser colgado por el cuello hasta que mueras, y que Dios se apiade de tu alma". Y entonces la multitud de hombres se quedó un minuto allí, hasta que el juez gritó algo al fin y el viejo Carl Doubbet agarró al negro, y de pronto dos docenas de hombres arrastraron al negro más allá de las clases de los chicos y lo subieron por la gran escalera de debajo de los vidrios de colores, hasta el sitio desde el que observábamos nosotros..., y le arrastraron tan cerca de mí que hubiese podido alargar la mano y tocar aquellos labios hinchados que se estaban volviendo morados... Y los chicos los seguimos cuando lo arrastraron escalera arriba hacia el piso donde estaba el instituto... y allí fue donde Carl o Clement u otro de los hombres le pusieron la capucha negra... y entonces le hicieron subir los últimos escalones, los que ya no están a la vista porque los tapiaron, ya sabes... y le llevaron por aquella pequeña pasarela que rodeaba el interior del campanario.

»Ya no se puede ver... He ayudado a Karl van Syke y a Miller antes que a él a limpiar aquel lugar durante cuarenta años, y por esto sé lo que me digo... Ahora ya no se puede ver, pero antes había aquella pequeña pasarela en la parte inferior del campanario y desde ella se podía ver hasta la primera planta. Y había tres galerías que subían hasta aquella campana grande y vieja que había traído el señor Ashley de Europa. El caso es que todos estábamos en aquellas galerías, la de la primera planta llena de hombres... y también algunas mujeres; recuerdo haber visto allí a Emma, la madre de Sally Moon, con el idiota de su maridito Oliver, ambos con semblante resplandeciente de emoción y de alegría... y todos mirando al juez Ashley y a los otros que estaban alrededor del negro en el campanario:

»Recuerdo que pensé que iban a espantar terriblemente al negro... a apretar aquella cuerda alrededor del flaco cuello y a espantarle de tal manera que empezaría a hablar, a decir la verdad...; pero no fue aquello lo que hicieron. No señor, hicieron otra cosa: el juez Ashley pidió prestado un cuchillo a uno de los hombres que estaban allí, tal vez a Cecil Whittaker, y cortó la maldita cuerda que colgaba de la campana hasta la primera planta. Recuerdo que me incliné sobre la barandilla del piso del instituto y miré hacia abajo, mientras la cuerda se retorcía y caía y la gente se apartaba de ella y volvía después a su sitio, mirando de nuevo arriba, hacia el negro. Y entonces el juez Ashley hizo una cosa extraña.

»Debí de imaginármelo cuando cortó la cuerda, pero no lo hizo. Estaba manipulando la capucha del negro y pensé: Ahora van a quitársela y a asustarle; le dirán que van a arrojarle a la multitud o algo parecido... Pero no lo hicieron. Lo que hicieron fue coger el extremo corto de la cuerda de la campana y atarlo alrededor del cuello del negro, sin quitarle la capucha, y entonces el juez Ashley hizo una señal con la cabeza a los hombres que estaban allá arriba con él, y los hombres subieron al negro encima de la barandilla que daba la vuelta a la parte interior del campanario... Y entonces, chico, se hizo aquel maldito silencio... No se oía absolutamente nada. Debía de haber allí trescientas personas, pero no se oían los acostumbrados murmullos, resuellos, arrastramiento de pies o incluso respiraciones emitidas

por semejante gentío. Sólo silencio. Con todos los hombres, mujeres y niños, incluido yo, mirando hacia tres plantas más arriba, donde se tambaleaba el negro en el borde de aquella galería, con la cara tapada por la capucha negra, las manos atadas detrás de la espalda y sin nada que lo sostuviese salvo las manos de dos hombres que le tenían agarrado de los brazos.

»Y entonces alguien, sospecho que el juez Ashley, aunque no lo veía claramente debido a la oscuridad del campanario y a que estaba observando al negro como todos los demás, le dio un empujón.

»El negro pataleó, naturalmente. La caída no fue lo bastante larga para que se rompiese el cuello como en un verdadero ahorcamiento. Pataleó como un gran hijo de perra, balanceándose de un lado a otro de la caja de la escalera, rebotando en ella su trasero negro y lanzando gritos ahogados debajo de la capucha. Yo podía oírle muy bien. Cada vez que se balanceaba hacia nuestro lado de la galería del instituto, sus pies quedaban a pocos palmos de mi cabeza. Recuerdo que se le cayó un zapato y que el otro tenía un agujero por el que sacaba el dedo gordo del pie al patalear. También recuerdo que Coony Daysinger alargó una mano tratando de tocar al negro mientras se balanceaba y pataleaba..., no para detenerle o sujetarle o algo parecido, sino solamente para tocarle, como harían muchos en un escenario si se lo permitiesen...; pero precisamente entonces vimos que el negro se orinaba en los pantalones; se podía ver cómo se oscurecían los raídos pantalones con la mancha al extenderse por la pernera..., y entonces los que estaban en la primera planta empezaron a gritar y a empujarse para apartarse Y entonces el negro dejó de patalear y pendió en silencio, y Coony retiró la mano y ninguno de nosotros se atrevió a tocarle.

»¿Sabes lo que fue más extraño, chico? Cuando empujaron al negro desde la pasarela, la vieja campana empezó a tocar, lo cual era lógico. Y siguió tocando mientras el negro se balanceaba y pataleaba y se ahogaba, lo cual no llamó la atención a nadie porque aquellos tirones de la cuerda habrían hecho sonar endiabladamente cualquier campana. Pero, ¿sabes lo que fue extraño? Alguno de nosotros se quedó por allí hasta después de que descolgasen al negro y llevasen su cuerpo al vertedero o a alguna otra parte para desprenderse de él..., y la maldita campana siguió sonando. Creo que siguió haciéndolo durante toda la noche y el día siguiente, como si aquel negro estuviese aún colgando de ella. Alguien dijo que al ser colgado el hombre debió de alterar el equilibrio de la campana o algo así. Pero era un sonido extraño... Te juro que al salir del pueblo aquella noche con el viejo, oliendo el aire frío, la nieve y el whisky de mi padre, y escuchando el ruido de los cascos de los caballos sobre el hielo y la tierra congelada, reducido Elm Haven a unos árboles oscuros y a un humo frío de chimenea resplandeciendo bajo la luz de la luna detrás de nosotros..., la maldita campana siguió sonando desaforadamente.

»Oye, muchacho, ¿tienes otra botella de este magnífico champán. Esta parece un soldado muerto.»

-Así que ya lo ves -estaba diciendo el señor Dennis Ashley-Montague-, la que llamas leyenda de la Campana Borgia es tan falsa como los llamados certificados de autenticidad que hicieron que mi abuelo la comprase. No hay ninguna leyenda sino tan sólo una vieja y mal fundida campana vendida a un crédulo viajero de Illinois.

-No -dijo Dale. El señor Ashley-Montague había estado hablando durante varios minutos, con la luz de la ventana de cristales en rombos de detrás de él proyectándose bellamente sobre la maciza mesa de roble y creando una aureola alrededor de sus ralos cabellos-. Bueno, me parece que no le creo.

El millonario frunció el ceño y cruzó los brazos, sin duda no acostumbrado a que un chico de once años le llamase mentiroso. Arqueó una pálida ceja.

-¡Oh! ¿Y tú qué crees, jovencito? ¿Que esa campana está causando toda clase de sucesos sobrenaturales? ¿No eres ya un poco mayor para esto?

Dale no respondió a la pregunta. Pensaba en Harlen, que estaba fuera, en el Chevy, impidiendo al inquieto Congden que arrancase y se marchase con el coche, y sabía que no tenía mucho tiempo.

-¿Dijo usted a Duane McBride que la campana había sido destruida?

El señor Ashley-Montague frunció el entrecejo.

-No recuerdo esa conversación. -Pero su voz sonó falsa a Dale, como si supiese que podía haber habido testigos-. Bueno, tal vez me lo preguntó. Pero la campana fue destruida, fundida como chatarra durante la Gran Guerra.

-¿Y qué me dice del negro? -insistió Dale.

Aquel hombre delgado sonrió ligeramente. Dale conocía la palabra «condescendiente», y pensó que podía aplicarse muy bien a aquella sonrisa.

-¿A qué negro te refieres, joven?

-Al que fue colgado en Old Central -dijo Dale-. Colgado de la campana.

El señor Ashley-Montague sacudió lentamente la cabeza.

-Hubo un desgraciado incidente a principios de siglo en el que estuvo involucrado un hombre de color, pero te aseguro que nadie fue colgado, como tú dices, y menos colgado de una campana en el colegio de Elm Haven.

-Muy bien -dijo Dale, sentándose en la silla de alto respaldo de delante de la mesa y cruzando las piernas como si le sobrase tiempo-. Dígame lo que pasó.

El señor Ashley-Montague suspiró, pareció considerar si debía sentarse también y se contentó con pasear arriba y abajo por delante de la ventana, mientras hablaba. Lejos, detrás de él, Dale pudo ver una larga barcaza que subía por el río Illinois.

-Lo que sé es muy esquemático -dijo el hombre-. Yo no había nacido aún. Mi padre tenía poco menos de treinta años, pero no se había casado todavía; los Ashley-Montague se enorgullecen de tomar esposa cuando son ya hombres maduros. En todo caso, sólo sé lo que oí contar a mi familia. Mi padre murió en 1928, ¿sabes?, poco después de nacer yo; por consiguiente no puedo comprobar la exactitud de los detalles. El doctor Priestman no mencionó este incidente en sus crónicas del condado.

»En fin, tengo entendido que al empezar el siglo se produjeron algunos sucesos desagradables en tu parte del condado. Creo que uno o dos niños desaparecieron, aunque es muy posible que se fugaran. La vida en el campo era muy dura en aquellos tiempos, y no era raro que los niños se escaparan de casa para no llevar una vida de trabajo duro con su familia. Lo cierto es que encontraron una niña, hija de un médico local, si no estoy equivocado. Parece que había sido..., hum..., que habían abusado de ella y la habían asesinado después. Entonces algunos de los hombres más distinguidos del pueblo, entre ellos mi abuelo, que era juez retirado, recibieron pruebas irrebatibles de que un negro vagabundo era el autor del crimen...

-¿Qué clase de pruebas? -preguntó Dale.

El señor Ashley-Montague interrumpió de pronto su paseo y frunció el ceño.

-Irrebatibles. Es una palabra muy fuerte, ¿no? Quiere decir...

-Sé lo que quiere decir irrebatible -dijo Dale, mordiéndose el labio para no añadir: estúpido. Empezaba a pensar y a hablar como Harlen-. Significa que no puede negarse. Me refería a qué clase de pruebas.

El millonario cogió un abrecartas de hoja curva y tamborileó con él sobre la mesa de roble, visiblemente irritado. Dale se preguntó si iba a llamar al mayordomo para que le echase de allí. No lo hizo.

-¿Qué importa la clase de pruebas? -dijo, y empezó a pasear de nuevo, golpeando la mesa con el abrecartas después de cada circuito-. Creo recordar que era una prenda de vestir de la niña. Y tal vez también el arma del crimen. En cualquier caso, era irreb... irrefutable.

-¿Y entonces lo ahorcaron? -preguntó Dale, pensando en lo nervioso que se debía de estar poniendo C. J. Congden allá fuera

El señor Ashley-Montague miró a Dale echando chispas, aunque el efecto fue un tanto amortiguado por las gruesas gafas del millonario.

-Ya te he dicho que nadie fue ahorcado. Se celebró un juicio improvisado, tal vez en el colegio, aunque esto habría sido muy raro. Los ciudadanos presentes, todos ellos respetables, actuaron como una especie de gran jurado... ¿Sabes lo que es un gran jurado?

-Sí -dijo Dale, aunque no habría sabido definirlo. Se lo imaginaba por el contexto.

-Bueno, en vez de ser el jefe de una multitud partidaria del linchamiento, como tú pareces suponer, jovencito, mi abuelo fue la voz de la ley y de la moderación. Tal vez había elementos que querían castigar al negro allí y en el acto... No lo sé porque mi padre nunca me lo dijo, pero mi abuelo insistió en que aquel hombre fuese llevado a Oak Hill y entregado allí al agente de la ley, al sheriff, si lo prefieres.

-¿Y lo fue? -preguntó Dale.

El señor Ashley-Montague dejó de pasear.

-No. Ésa fue la tragedia... y pesó mucho sobre la conciencia de mi abuelo y de mi padre. Parece que el negro era llevado a Oak Hill en un carruaje cuando saltó, echó a correr, y aunque iba esposado y llevaba cadenas en las piernas, consiguió llegar a una zona pantanosa junto a la carretera de Oak Hill, cerca de donde ahora está la granja de los Whittaker. Los hombres que le escoltaban no pudieron alcanzarle a tiempo, aunque aquel suelo traidor tampoco les habría sostenido. Y se ahogó.... mejor dicho, se asfixió, porque lo que más había en el pantano era fango.

-Creía que esto había ocurrido en invierno -dijo Dale-. En enero.

El señor Ashley-Montague se encogió de hombros.

-Sin duda una racha de calor -dijo-. O posiblemente..., probablemente ~ se rompió la superficie helada debajo del acusado. Aquí es muy frecuente el deshielo a mediados de invierno.

Dale no tuvo nada que decir a esto.

-¿Podría prestarme la historia del condado que escribió el doctor Priestmann?

El señor Ashley-Montague no disimuló lo que pensaba de una petición tan atrevida, pero cruzó los brazos y dijo:

-¿Y entonces me dejarás volver a mi trabajo?

-Desde luego -dijo Dale.

Se preguntó qué diría Mike cuando le contase esta conversación tan inútil. «Y ahora Congden me matará... ¿y por qué?»

-Espera aquí -dijo el millonario y subió por la empinada escalera a la galería de la biblioteca. Miró los títulos a través de las gruesas gafas, resiguiendo despacio la hilera de libros.

Dale paseó por debajo de la galería, mirando otra hilera de volúmenes, más próxima a la mesa del millonario. A Dale le gustaba tener sus libros predilectos en sitios donde pudiese cogerlos fácilmente; tal vez los millonarios pensaban de la misma manera.

-¿Dónde estás? -gritó la voz desde arriba.

-Mirando por la ventana -respondió Dale mientras observaba los antiguos volúmenes encuadernados en cuero.

Muchos de los títulos eran en latín. Y pocos de los ingleses tenían sentido para él. El polvo de los libros viejos que flotaba en el aire le daba ganas de estornudar.

-No estoy seguro de tener... Ah, aquí está -dijo el señor Ashley-Montague desde la galería.

Dale oyó que retiraba un pesado volumen.

El muchacho estaba acariciando los lomos de los libros; de no haberlo hecho no se habría dado cuenta de que uno, pequeño, sobresalía más que los otros. No pudo leer los símbolos grabados en relieve en el lomo; pero cuando lo sacó, vio un subtítulo en inglés debajo de los mismos símbolos en la cubierta: *El Libro de la Ley*. Y debajo del título, en escritura antigua, estas palabras: *Scire, Audere, Velle, Tacere*. Dale sabía que Duane McBride leía el latín con facilidad, y un poco el griego, y lamentó que su amigo no estuviese allí.

-Sí, esto es -dijo la voz encima mismo de Dale.

Después sonaron pisadas en la galería, en dirección a la escalera.

Dale acabó de sacar el libro, vio varias pequeñas señales blancas entre las hojas, y en un instante de pura audacia guardó el pequeño libro debajo del cinturón de los tejanos, en la espalda, soltando la camiseta para ocultarlo.

-¿Jovencito? -dijo el señor Ashley-Montague, y sus pulidos zapatos negros y pantalones grises se hicieron visibles en la escalera, a cuatro palmos por encima de la cabeza de Dale.

Este separó rápidamente los otros libros, para que no se viese tanto el hueco entre ellos, dio tres pasos rápidos en dirección a la ventana y se medio volvió hacia el hombre que bajaba, manteniéndose de espaldas a la pared y mirando por la amplia ventana, como arrobado en el paisaje.

El señor Ashley-Montague resopló ligeramente al caminar sobre la alfombra y ofrecerle la histórica obra.

-Toma. Este libro de notas y fotografías casi tomadas al azar es lo único que me envió el doctor Priestmann. No tengo idea de lo que piensas encontrar en él..., aquí no hay nada sobre la campana ni sobre el triste incidente del negro, pero puedes llevártelo a casa si me prometes devolverlo por correo, y en el mismo buen estado en que se encuentra

-Prometido -dijo Dale, cogiendo el pesado libro y sintiendo que el volumen más pequeño descendía dentro del fondillo de los tejanos. Ahora debía de verse por debajo de la camiseta-. Siento haberle molestado.

El señor Ashley-Montague asintió brevemente con la cabeza y volvió a su mesa mientras Dale daba lentamente media vuelta, tratando de mantenerse de cara al hombre, intentando disimular.

-Encontrarás el camino de salida, desde luego -dijo el señor Ashley-Montague, fijando su atención en las notas de encima de su mesa.

-Bueno... -dijo Dale, pensando en cómo tendría que volverse para salir del estudio si el señor A.-M. levantaba la cabeza y... ¿Era delito grave hurtar un libro valioso? Imaginó que esto dependería del libro-. Creo que no, señor -dijo.

Había una campanilla sobre la mesa del hombre y Dale tuvo la seguridad de que la tocaría y vendría el flaco mayordomo para enseñarle la salida y que verían el fondillo súbitamente cuadrado de los tejanos. Tal vez podría aprovechar la entrada del mayordomo para subirse los pantalones sin ser visto y tirar de la camiseta...

-Ven por aquí -dijo el señor Ashley-Montague con impaciencia.

Salió del estudio a toda prisa.

Dale se apresuró a seguirle, mirando las grandes habitaciones al cruzarlas, apretando el volumen de Priestmann sobre el pecho y sintiendo que el libro más pequeño descendía en el fondillo del pantalón. La parte de arriba debía de estar ahora levantando su camiseta y resultaría perfectamente visible.

Casi habían llegado al vestíbulo cuando el sonido de una televisión en una pequeña sala contigua hizo que el señor A.-M. y Dale se volviesen. Una multitud rugía en la pantalla del televisor; alguien estaba pronunciando un discurso, y el eco llenaba un vasto salón. El señor Ashley-Montague se detuvo para mirar un instante y Dale se deslizó junto a él, dando la vuelta para estar de cara al hombre y sujetando el volumen de historia con una mano, mientras buscaba a tientas con la otra el tirador de la puerta. Las pisadas del mayordomo resonaron en un pasillo embaldosado.

Dale habría podido salir entonces, pero lo que vio en el televisor hizo que se detuviese a mirar con el señor Ashley-Montague. David Brinkley estaba diciendo, en su voz extraña y entrecortada: «Y así los demócratas han querido darnos este año lo que ciertamente debe de ser el más firme programa de Derechos Civiles de la historia del partido demócrata..., ¿no te parece, Chet?»

El rostro afligido de Chet Huntley llenó la pequeña pantalla en blanco y negro. «Yo diría que eso es indudable, David, aunque lo más interesante en este debate...»

Pero lo que había llamado la atención de Dale no eran las palabras de los locutores ni la muchedumbre que enfocaba la cámara, sino la imagen de un hombre en muchos cientos de

pancartas que se alzaban y oscilaban sobre la multitud roja, blanca y azul, como peces en un mar político. Las inscripciones de las pancartas decían: SIEMPRE CON JFK o, simplemente, KENNEDY EN 1960. La foto era de un hombre guapo, de dientes muy blancos y tupidos cabellos castaños.

El señor Ashley-Montague sacudió la cabeza y resopló, como si estuviese viendo algo o a alguien sumamente despreciable. El mayordomo se había colocado al lado de su señor, al volver el millonario su atención al chico.

-Espero que no tendrás que hacerme más preguntas -dijo al salir Dale de espaldas y detenerse en el amplio rellano.

Jim Harlen le gritó algo desde el asiento de atrás del coche, que se hallaba a diez metros de distancia en el ancho paseo.

-Sólo una -dijo Dale, a punto de caer por la escalera, entrecerrando los ojos para protegerlos del sol y valiéndose de la conversación como pretexto para no volver la espalda a los dos hombres de la puerta-. ¿Qué echarán en el cine al aire libre el sábado?

El señor Ashley-Montague puso los ojos en blanco y miró después a su mayordomo.

-Creo que una película de Vincent Price, señor -dijo el hombre-. Una cinta titulada *La casa Usher*.

-¡Estupendo! -gritó Dale. Casi había llegado al negro Chevrolet-. ¡Gracias de nuevo! -exclamó cuando Harlen abrió la portezuela de atrás y él subió al coche-. En marcha -dijo a Congden.

Este se echó a reír sarcásticamente, arrojó un cigarrillo en el cuidado césped y pisó a fondo el acelerador, patinando en la larga curva del paseo. Iba a ochenta kilómetros por hora cuando se acercaron a la pesada verja.

La negra puerta de hierro se abrió delante de ellos.

Mike no quería estar más tiempo allí abajo. La penumbra de debajo del quiosco de música, el olor a tierra húmeda y el más fuerte del propio Mink, incluso el avance de los rombos de luz sobre el oscuro suelo contribuían a darle una terrible impresión de claustrofobia y de tristeza, como si estuviese yaciendo junto al viejo borracho en un holgado ataúd, esperando que llegasen los sepultureros. Pero Mink no había terminado su historia, ni una botella que había encontrado debajo de los periódicos.

-Esto habría sido el final -prosiguió Mink-, con el ahorcamiento del negro y todo eso, pero resultó que aquello no era como parecía. -Bebió un largo trago de la botella de vino, tosió, se enjugó la barbilla y miró a Mike con gran intensidad. Tenía los ojos muy enrojecidos-. El verano siguiente desaparecieron más niños...

Mike se puso muy tieso. Podía oír el paso de un camión por la Hard Road, a unos niños pequeños que jugaban a la sombra, cerca del Monumento a la Guerra en la entrada del parque, y a unos agricultores que charlaban al otro lado de la calle, en la tienda de John Deer. Mink bebió de nuevo y sonrió, como agradeciendo la atención de Mike. Fue una sonrisa rápida y furtiva; a Mink le quedaban tres dientes y ninguno de ellos era digno de ser exhibido.

-Sí -dijo-. El verano siguiente, el de mil novecientos... desaparecieron otros dos niños pequeños. Uno de ellos fue Merriweather Whittaker, mi viejo compañero. La gente mayor dijo que nadie lo había encontrado Jamás, pero un par de años más tarde estaba yo cerca de Gypsy Lane..., bueno, debieron de ser más de dos años, porque estaba allí con una niña, tratando de meter mano en sus pantalones... no sé si entiendes lo que quiero decir. En aquellos tiempos las niñas no llevaban pantalones, salvo las bragas, por lo que el significado estaba claro, no sé si me entiendes. -Mink echó otro trago, se enjugó la sucia frente con una mano sucia y frunció el ceño-. ¿Dónde estaba?

-Estabas cerca de Gypsy Lane -murmuró Mike.

«Es raro que los niños ya conociesen entonces Gypsy Lane», pensó.

Librodot

-Ah, sí. Bueno, a la amiguita con quien estaba no le importaba un bledo lo que yo tenía en la cabeza..., que me aspen si sé por qué creía que la había llevado allí, no sería para oler los gladiolos..., pero se largó pitando en busca de su amigo. Ahora recuerdo que habíamos ido de merienda al campo y yo estaba arrancando hierba y arrojando tierra a un árbol..., ya sabes lo que pasa cuando estás excitado y no hay nada que hacer... y arranqué una mata de hierba del suelo y encontré un hueso, un maldito hueso blanco en vez de una raíz. Un puñado de malditos huesos. Y huesos humanos, entre ellos un pequeño cráneo, aproximadamente del tamaño del de Merriweather. Aquella maldita cosa había sido agujereada, como si alguien hubiese querido extraer el cerebro para postre.

Mink echó un último trago y arrojó la botella a través de aquel espacio oscuro. Se frotó las mejillas como si hubiese perdido de nuevo el hilo de su historia. Cuando prosiguió, lo hizo en tono más bajo, casi confidencial.

-El sheriff me dijo que eran huesos de vaca..., como si yo no supiese la diferencia que hay entre huesos de vaca y huesos humanos... y trató de convencerme de que no había visto ningún cráneo..., pero lo había visto, y sé que aquella parte de Gypsy Lane pasa por detrás de la finca del viejo Lewis. A nadie le habría costado mucho llevar a Merriweather allí, hacerle lo que le hicieron y después enterrar sus huesos en una fosa poco profunda.

»Pero hubo más, aparte de los malditos huesos de Merriweather... Pocos años después, estaba yo bebiendo con Billy Phillips, antes de que se fuese a la guerra...

-¿William Campbell Phillips? -le interrumpió Mike.

Mink Harper pestañeó.

-Sí, William Campbell Phillips... ¿Y sabes quién era Billy Phillips? Primo de la pequeña Campbell que había sido asesinada. Billy era un niño llorón, que siempre estaba limpiándose la nariz llena de mocos y buscando la manera de esquivar el trabajo o de correr en busca de su madre cuando se metía en algún lío. Me quedé de una pieza cuando se alistó durante la guerra... ¿Dónde estaba, muchacho?

-Estabas bebiendo con Billy Phillips.

-Ah, sí. Yo y Billy estábamos tomando unas copas antes de que se fuese a ultramar durante la Gran Guerra. Normalmente Billy no habría bebido con nosotros, que simplemente éramos trabajadores... Él era maestro...; sólo enseñaba a los mocosos de la escuela, pero él presumía de ser profesor de Harvard... En todo caso, él y yo estábamos en el Arbol Negro una noche, él de uniforme y todo eso, y después de algunos tragos el presuntuoso Billy Phillips se mostró casi humano conmigo. Empezó a hablar de lo mala que era su madre, de cómo le impedía divertirse, y de que le había enviado a la universidad en vez de dejar que se casara con la mujer a quien amaba...

-¿Dijo quién era aquella mujer? -le interrumpió Mike.

Mink frunció los párpados y se mordisqueó los labios.

-¿Eh? No..., no creo..., no; estoy seguro de que no mencionó a nadie... Probablemente alguna de esas maestras con las que rondaba por ahí. Una vieja mujercita del montón, a juzgar por el concepto en que teníamos a Billy Phillips. ¿Dónde estaba?

-Bebiendo con Billy, que se volvió humano...

-Ah, sí. Billy y yo estábamos empinando el codo la noche antes de marcharse a Francia, donde lo mataron... creo que murió de pulmonía o algo parecido..., y cuando se le soltó la lengua me dijo: «Mink...», entonces me llamaban Mink, «Mink, ¿sabes lo de aquella niña, sus enaguas, el presunto crimen y todo aquello?» Billy empleaba siempre palabras rebuscadas, como «presunto», pensando probablemente que todos los de Elm Haven eran demasiado estúpidos para comprenderle...

-¿Y qué dijo de las enaguas? -le incitó Mike.

-¿Eh? Ah, dijo: «Mink, aquellas enaguas no eran del negro. Yo nunca me acercaba a él. Fue el juez Ashley quien me pagó un dólar de plata para meter aquellas enaguas en la bolsa del negro.» Mira, lo que se imaginó Billy cuando era un mocoso fue que el juez sabía quién era el autor del crimen y necesitaba que Billy le ayudase a prenderle, porque no tenían

pruebas. Pero supongo que cuando se hizo mayor, después de ir a la universidad, aprender y todo eso, debió de preguntarse lo mismo que habría pensado el hombre más idiota del mundo: De dónde diablos habría sacado el juez las enaguas de la niña.

Mike se le acercó más.

-¿Le preguntaste esto?

-No, creo que no. Y si lo hice, no recuerdo la respuesta. Lo que sí recuerdo es que dijo algo sobre marcharse del pueblo antes de que el Juez y los otros supiesen que ya no estaba con ellos.

-¿Con quiénes? -preguntó Mike.

-¿Cómo diablos puedo saberlo, chico? -gruñó Mink Harper. Se inclinó y arrojó vahos de alcohol a la cara de Mike-. De esto hace más de cuarenta años, ¿sabes? ¿Qué te imaginas que soy? ¿Un pozo de recuerdos?

Mike miró por encima del hombro hacia la entrada de aquel lugar de debajo del quiosco de música. Un pequeño rectángulo que parecía muy lejano. El ruido de los niños pequeños que jugaban en el parque se había extinguido hacía rato; no había tráfico.

-¿Puedes recordar algo más sobre Old Central o la campana? -preguntó Mike, sin rehuir la mirada de Mink.

Con la cara a pocos centímetros de la de Mike, Mink mostró de nuevo sus tres dientes.

-Nunca volví a ver ni a oír la campana..., hasta el mes pasado, cuando me desperté de un profundo sueño en mi casita... Pero sé una cosa...

-¿Qué cosa?

A Mike le costó mucho no echarse atrás para ponerse fuera del alcance del aliento y de la mirada de Mink.

-Sé que cuando el viejo Ashley se metió la escopeta Boss de dos cañones en la boca y apretó el gatillo, aproximadamente un año después de que terminase la guerra..., quiero decir la Primera Guerra..., nos hizo a todos un favor. También quemó su maldita casa. Su hijo vino de Peoria, donde acababa de nacer el nieto del viejo, y encontró a su papaíto..., es decir, al juez..., que se había volado la tapa de los sesos. Todo el mundo cree que fue un accidente o que el viejo juez quemó la casa, pero no fue así... Yo estaba en el cobertizo del jardín con uno de los criados cuando vi llegar el carruaje del joven señor Ashley, que se hacía llamar Ashley-Montague después de casarse con una mujer muy distinguida de Venecia... Sí, yo estaba en el cobertizo del jardín cuando oímos el disparo, y vi que el señor Ashley-Montague entraba en la casa y salía después vociferando y gritando al cielo, y esparcía petróleo por toda la gran mansión. Un criado trató de detenerle..., había habido más criados en la casa pero habían sido despedidos durante la recesión de después de la guerra..., pero no hubo manera de impedírselo. Vertió petróleo por todas partes, lo encendió y se echó atrás para observar cómo ardía. Después de aquello, ni él ni su mujer ni el pequeño volvieron a la casa. Sólo para el maldito cine gratuito y esto es todo.

Mike asintió con la cabeza, dio las gracias a Mink y se arrastró hacia la abertura, ansioso de volver a la luz del sol. Ya en la salida, con el cuerpo al aire libre, hizo una pregunta más:

-Mink, ¿qué fue lo que gritó?

-¿Qué quieres decir, muchacho?

El viejo parecía haber olvidado de qué estaban hablando.

-El hijo del juez. Cuando incendió la casa. ¿Qué fue lo que gritó?

Los tres dientes de Mink resplandecieron amarillos en la penumbra

-Bueno, gritaba que no iban a pillarle, que nadie iba a pillarle.

Mike suspiró.

-Supongo que no diría quiénes no iban a pillarle.

Mink arrugó el entrecejo, frunció los labios en una parodia de profunda reflexión y sonrió de nuevo.

-Sí, ahora que lo recuerdo, lo dijo. Llamó al hombre por su nombre.

-¿Al hombre?

-Sí..., dijo Cyrus, aunque lo pronunció como esa nube plana.... cirro. No paraba de decir: «No, O'Cyrus, no vas a pillarme.» Tal como lo pronunció, pensé que tal vez era un nombre irlandés. O'Cirro.

-Gracias, Mink.

Mike se levantó, con la camisa pegada al cuerpo, enjugándose una gota de sudor de la nariz. Tenía los cabellos húmedos y le flaqueaban las piernas. Encontró la bicicleta, cruzó Hard Road, advirtió lo largas que se estaban haciendo las sombras y pedaleó lentamente por Broad, bajo el dosel de ramas arqueadas. Recordaba las libretas de Duane y la lenta traducción que Dale y él habían hecho de la letra de Gregg. La parte del diario de su tío, de la que Duane había copiado fragmentos era especialmente difícil. Una palabra les hizo comprobar los garabatos y las claves una y otra vez. Dale la había reconocido de algún libro que había leído sobre Egipto: «Osiris.»

29

Dale, Lawrence, Kevin y Harlen salieron de excursión el día siguiente después de la comida; era el miércoles trece de julio. Sólo la madre de Harlen se había mostrado remisa en darle permiso, pero había cedido, según dijo Harlen, «cuando se dio cuenta de que podría asistir a una cita cuando yo estuviese fuera».

Tenían que transportar una tonelada de material y era difícil colocarlo sobre sus bicis y hacerlo debidamente. Una vez asegurados, los montones de sacos de dormir, comida, efectos personales y mochilas pesaban mucho sobre las ya pesadas bicicletas, de manera que tuvieron que pedalear de pie durante todo el camino hasta la casa del tío Henry, apoyándose en los manillares y gruñendo a causa del esfuerzo al pasar por las rodadas entre la gravilla suelta de Jubilee College Road y la Seis del condado.

Había arboledas, si podían llamarse así, junto a las vías del ferrocarril al noroeste del pueblo, pero aquellos bosquecillos eran muy pequeños y demasiado próximos al vertedero para acampar en ellos. Los verdaderos bosques estaban a dos kilómetros y medio de distancia, al este de la finca del tío Henry y al norte de la cantera de las Billy Goat Mountains, detrás del cementerio, cerca de donde Mink Harper había encontrado los huesos de Merriweather Whittaker, junto a Gipsy Lane, casi cincuenta años atrás.

Los muchachos se habían reunido en la casa arbórea de Mike durante casi tres horas en la noche del martes, habían informado de sus gestiones y habían hecho planes hasta que la llamada de la madre de Kev gritando «¡Ke-VINNN!» había resonado en Depot Street y suspendido la reunión.

El libro encuadernado en piel que Dale había substraído al señor Ashley-Montague

-algo que ni él mismo acababa de creerse después de regresar a Elm Haven=contenía un montón de frases extranjeras ritos arcanos, explicaciones complicadas de deidades y antideidades, y palabras cabalísticas de doble sentido.

-No valía la pena que te expusieras a ir a la cárcel por eso –había sido el veredicto de Jim Harlen.

Pero Dale estaba seguro de que en alguna parte del apretado texto se mencionaría a Osiris o la Estela Reveladora de que hablaban las libretas de Duane. Dale llevó consigo el libro a la excursión; un poco más de peso que transportar sobre las colinas.

Los cuatro muchachos habían estado muy nerviosos durante el camino, mirando por encima del hombro cada vez que se acercaba un camión o pasaba un coche. Pero el camión de recogida de animales muertos no apareció, y la acción más agresiva dirigida contra ellos, durante el lento viaje hasta la casa del tío Henry, había sido la de una pequeña criatura, posiblemente un varón, aunque era difícil saberlo debido al pelo desgreñado y la cara sucia, que les había sacado la lengua desde el asiento de atrás de un sobrecargado De Soto del 53.

Descansaron en el sombreado patio de atrás de la casa del tío Henry, mientras la tía Lena les preparaba una limonada y se sentaba en el sillón Adirondack, discutiendo sobre los

mejores lugares donde acampar. Ella creía que los pastos desiertos serían un buen sitio porque tenían una buena vista del riachuelo y las colinas circundantes, pero los muchachos insistían en acampar en el bosque.

-¿Dónde está Michael O'Rourke? -preguntó tía Lena.

-Tenía que hacer no sé qué cosa en la iglesia -mintió Jim Harlen-. Vendrá más tarde.

Los cuatro muchachos echaron a andar hacia el este, pasando por el corral a eso de las tres de la tarde, dejando sus bicicletas al cuidado de tía Lena. Sus mochilas eran improvisadas: barata y de nailon la de Cub Scout de Lawrence; de lona y del Ejército, y oliendo a moho, la que Kev había pedido prestada a su padre; una bolsa de muletón, más adecuada para un viaje en canoa que para una larga excursión a pie, la de Dale; Harlen llevaba un saco de dormir y algunas mantas sujetas con lo que parecía cien metros de cordel. Tuvieron que detenerse muchas veces para hacer pequeños arreglos y nivelar la carga.

A las tres y media habían cruzado el riachuelo cerca de la Cueva de los Contrabandistas y saltado la cerca de alambre espinoso del lado sur de la finca del tío Henry. El espeso bosque empezaba casi inmediatamente. Aquí se estaba más fresco, sin la luz directa del sol, aunque el dosel de hojas no era tan espeso que evitase zonas moteadas e incluso grandes manchas de sol sobre la corta hierba.

Resbalaron y tropezaron al descender la parte más empinada de la pendiente del barranco, al norte del cementerio; el bulto que llevaba Harlen se deshizo completamente durante aquella maniobra y perdieron diez minutos recogiendo sus cosas. Después cruzaron el Robin Hood Log a unos cientos de metros del Campamento Tres y se dirigieron de nuevo hacia el este, siguiendo sendas de ganado en la falda de las colinas y manteniéndose en la orilla del bosque cuando había un pequeño claro.

De vez en cuando se detenían, dejaban caer su carga y se tendían tal como les había enseñado Mike, adoptando posiciones preparadas de antemano y esperando durante varios largos minutos en el mayor silencio que podían conseguir. Salvo por una vaca solitaria que había entrado en su zona de observación al tercer intento, y que pareció mucho más sorprendida que ellos cuando se levantaron para espantarla, no hubo más ruido que el producido por ellos mismos. Cargaron con sus mochilas, bolsas y sacos de dormir, y se internaron más en el bosque.

Discutieron mucho sobre dónde iban a acampar, aunque en realidad ya lo habían decidido la noche anterior. Montaron dos pequeñas tiendas, una que pertenecía al padre de Kevin y otra que era una reliquia del pasado del padre de Dale, en el borde de una pequeña arboleda en un claro del bosque, a unos quinientos metros al norte de la cantera y a unos cuatrocientos al nordeste del cementerio del Calvario. Gipsy Lane pasaba de norte a sur a unos ciento cincuenta metros al oeste de ellos.

El claro estaba en una vertiente donde la hierba no llegaba a la altura de las rodillas y tenía color trigo por el cálido verano. Los saltamontes se hacían a un lado cuando se movían deliberadamente para montar las tiendas, allanar el suelo y colocar un anillo de piedras para el fuego del campamento. El bosque más espeso empezaba a unos veinte metros al oeste y a un poco menos de seis al sur y al este. Había un afluente del riachuelo principal en la vertiente de la colina, hacia el norte.

Normalmente habrían jugado a Robin Hood o al escondite para emplear el tiempo hasta la hora de la cena, pero hoy sólo haraganeaban en el campamento o hablaban junto a los árboles de detrás de aquél. Trataron de tumbarse en las tiendas para hablar, pero la lona calentada por el sol era insoportable, y los viejos y apelmazados sacos de dormir resultaban menos suaves que la hierba del exterior.

Dale trató de leer el libro que había hurtado. Se mencionaba a Osiris, pero aunque el texto estaba casi todo en inglés, a Dale le resultaba tan ininteligible como si hubiera sido escrito en una lengua extranjera. Hablaba del dios que mandaba a legiones de muertos, de predicciones y de castigos, pero nada de esto tenía verdadero sentido.

Librodot

El cielo seguía siendo azul entre las hojas; ninguna tormenta amenazaba con enviarles de nuevo a la casa del tío Henry. Esto era lo único a que no habían hallado solución cuando proyectaban la excursión; la retirada había parecido lo único sensato. La visibilidad habría sido muy defectuosa durante una tormenta, y tampoco habrían podido oír bien.

Comieron temprano, devorando primero todos los bocadillos que traían y encendiendo después el fuego para preparar los frankfurts. Encontrar los palos adecuados para sostener las salchichas costó un buen rato, y afilar perfectamente los extremos, más rato aún. Cada vez que Lawrence decía algo sobre las salchichas, Harlen reía entre dientes.

-¿Qué es? -preguntó Dale al fin-. Explica el chiste.

Harlen empezó a hacerlo, diciendo algo sobre Cordie Cooke, pero entonces sacudió la cabeza.

-Olvídalo.

A las siete todavía hacía calor, y Lawrence quería ir a la cantera para bañarse en la charca. Los otros se opusieron, recordándole pacientemente el plan. Harlen quería coger melcocha a las siete y media, pero los otros insistieron en esperar hasta que fuese de noche. Era el protocolo adecuado. A las ocho, Kevin estaba nervioso y dispuesto a acostarse en el saco de dormir; pero las sombras sólo habían empezado a cubrir el claro y aún había luz suficiente para ver, incluso en el bosque.

Pero veinte minutos después, las zonas bajas al norte de ellos se volvieron frescas y oscuras. Al poco rato aparecieron luciérnagas en los sectores oscuros entre los árboles, centelleando como lejanos y silenciosos fogonazos. El coro de ranas de la cantera y de ranas arbóreas de la zona pantanosa del pie de la colina empezó a eso de las diez, llenando de sonidos el crepúsculo invasor. Los grillos y las cigarras de los bosques de detrás de los chicos eran muy ruidosos.

A las nueve menos cuarto, el cielo se había ido oscureciendo y se veían estrellas, y en algunos lugares era difícil distinguir las masas de hojas oscuras del cielo cada vez más negro. Los bosques se volvieron negros. Los últimos ruidos de tráfico de la Seis del condado, a ochocientos metros al oeste, cesaron cuando los últimos trabajadores hubieron pasado hacia el norte en dirección a sus casas y los bebedores se hubieron dirigido hacia el sur, camino del Arbol Negro o del pueblo. Durante un rato los muchachos pudieron oír, si prestaban atención, el chasquido metálico de las tapas de los comederos automáticos de los cerdos del tío Henry; pero era un sonido débil y lejano que se extinguió con las últimas luces.

Por fin se hizo de noche. A pesar de la progresión propia del verano, la noche pareció caer y envolverles de pronto.

Dale echó ramitas al fuego. Ascendieron pavesas en la noche, desde el claro del bosque hacia las estrellas. Los muchachos se juntaron más, con las caras iluminadas desde abajo. Trataron de cantar pero descubrieron que no tenían ganas de hacerlo. Harlen sugirió que contasen cuentos de fantasmas, y los otros fruncieron el entrecejo y no dijeron nada.

El riachuelo producía un suave gorgoteo en la vertiente de la colina. Daba la impresión de que en el oscuro bosque había criaturas que se despertaban para cazar, que había muchos ojos que se abrían, iris verticales que se ensanchaban para captar la débil luz de las estrellas y encontrar sus presas.

Envuelto en el coro de los insectos y en el croar lejano de cien especies de ranas, llegó el sonido imaginado de predadores moviéndose silenciosos en la noche e iniciando su acecho de carne fresca.

Los muchachos se envolvieron en camisas gruesas y viejos suéters, arrojaron más leña al fuego y se sentaron más juntos hasta que casi se tocaron sus hombros. El fuego crepitaba y chisporroteaba, transformando sus caras en máscaras diabólicas hasta que pronto el resplandor anaranjado fue la única luz de su mundo.

El principal problema de Mike era permanecer despierto. Había estado buena parte de la noche anterior sentado en el viejo sillón, en la habitación de Memo, con el frasco de agua bendita en una mano y la Hostia consagrada envuelta en un pañuelo, en la otra. Su madre

entró para ver cómo estaba Memo, a eso de las tres de la madrugada, y le envió arriba, reprendiéndole por su necedad. Mike se había dejado la Hostia en el antepecho de la ventana.

Había ido a visitar al padre Cavanaugh después de repartir los periódicos, pero el sacerdote se había ido y la señora McCafferty estaba muy inquieta. Los médicos habían decidido trasladar al padre C. Al St. Francis Hospital de Peoria, pero cuando llegó la ambulancia el martes por la tarde, el cura había desaparecido. La señora McCafferty les juró que había estado todo el tiempo trabajando en la cocina, en la planta baja, y que le habría oído si él hubiese bajado la escalera; además, estaba demasiado enfermo para bajar. Pero los médicos sacudieron la cabeza y dijeron que evidentemente el enfermo no se habría marchado volando. Mientras Mike y los otros muchachos habían estado comparando notas en su casa arbórea y tratando de descifrar algo del misterioso libro que Dale había hurtado al señor Ashley-Montague, la señora McC. y varios feligreses estuvieron registrando el pueblo. Ni rastro del padre Cavanaugh.

-Juraría por mi rosario que el pobre padre estaba demasiado enfermo para levantar la cabeza, y mucho menos para marcharse -había dicho la señora McCafferty a Mike, enjugándose los ojos con el delantal.

-Tal vez se ha ido a casa -había dicho Mike, aunque tenía el convencimiento de que no era así.

-¿A casa? ¿A Chicago? -El ama de llaves se mordió el labio, como reflexionando sobre la idea-. Pero, ¿cómo? El coche de la diócesis está todavía en el garaje y el autobús de Galesburg a Chicago no pasará hasta mañana.

Mike se había encogido de hombros y había prometido que en cuanto supiese algo del paradero del padre C. se lo comunicaría inmediatamente, así como al doctor Staffney; después se había ido a la sacristía a prepararse para la misa con el cura sustituto de Oak Hill. Durante toda la misa, dicha en voz aburrida y soñolienta por el sacerdote visitante y respondida distraídamente por el monaguillo, Mike había pensado en los gusanos pardos que se escondían y serpenteaban debajo de la piel del padre C. «¿Y si ahora él es uno de ellos?»

Esta idea le hizo sentirse mareado.

Había hecho que su madre jurase que cuidaría de Memo aquella noche, y entonces había tomado precauciones rociando el suelo y la ventana con agua bendita y colocando pedacitos de la Hostia rota en las esquinas de la tela metálica y a los pies de la cama de Memo. Dejar sola a Memo esta noche era la parte del plan que le disgustaba.

Entonces había llenado su mochila y había salido antes de que lo hiciesen los otros muchachos. La tensión del trayecto hasta la Seis del condado le había despejado un poco la cabeza, pero las noches sin dormir seguían pesando sobre él y haciendo que le zumbasen ligeramente los oídos.

Mike no había llegado a la granja del tío Henry sino que había abierto la puerta de los pastos, más allá del cementerio del Calvario, y había pedaleado junto a la valla por las rodadas cubiertas de hierba; después había escondido su bici entre unos abetos, encima del barranco, y había vuelto atrás, en espera de que llegasen Dale y los otros. Éstos lo habían hecho una hora y media más tarde, y Mike había lanzado un suspiro de alivio: la posibilidad de que el camión de recogida de animales muertos les interceptase había sido algo que no podían prever, salvo para convenir un encuentro al mediodía junto a la torre del agua.

Mike permaneció en el bosque durante la visita de los muchachos a la casa del tío Henry, observando a través de los prismáticos que había pedido prestados a su padre. La lente izquierda de los gemelos que había usado su padre en las carreras de caballos de Chicago estaba ligeramente nublada, pero funcionaba lo suficiente para que Mike pudiese ver a sus amigos sentados y bebiendo limonada con tía Lena, mientras él sudaba a mares y se agitaba nervioso entre los arbustos.

Más tarde les siguió dentro del bosque, manteniéndose a unos quince metros de ellos, caminando paralelamente a su camino –así podía saber exactamente adónde se dirigían- y tratando de que no le viesen ni oyesen. Se había puesto un polo verde y unos viejos

pantalones de algodón a modo de camuflaje, con una muda de ropa más oscura para la noche, pero lamentaba no tener prendas auténticas de camuflaje de combate.

Mike sacudió de nuevo la cabeza. Lo más difícil era permanecer despierto.

Había establecido un puesto de observación encima del barranco, a menos de veinte metros de donde estaban acampando Dale y los demás, y era un lugar perfecto; dos rocas le ocultaban a la vista pero le permitían ver, por una rendija vertical, el campamento y el claro del bosque; tres árboles crecían espesos detrás de él, impidiendo que se le acercasen por allí; con una rama caída había excavado una pequeña zanja, de manera que él y sus cosas eran completamente invisibles a un nivel más bajo que las rocas y los arbustos; pero a pesar de todo había disimulado todavía más el lugar con ramas y un tronco caído que había acercado a su izquierda.

Sacó su material: una botella de agua potable y un frasco de agua bendita, marcado con lápiz sobre una etiqueta para no confundirlos, los bocadillos, los gemelos, la porción más grande de la Hostia, que envolvió y guardó en el bolsillo del pecho de su polo, y por fin el arma de Memo, que sacó con gran cuidado de la mochila.

Entonces se dio cuenta de que aquello debía de ser ilegal; con su cañón de medio metro y su culata de nogal, parecía el arma que un gángster de Chicago habría usado en los años treinta para volarle la cabeza a un gángster rival. Mike abrió la recámara con un suave chasquido del seguro, y olió a aceite al levantar el cañón para captar la última luz de la tarde por el liso agujero. Había balas en la caja donde estaba la escopeta de Memo, pero parecían muy viejas, razón por la cual Mike se había armado de valor y había ido a la quincallería de Meyers a comprar nuevos proyectiles del 410. El señor Meyers había arqueado una ceja y había dicho:

-No sabía que tu padre fuese aficionado a la caza, Michael.

-No lo es -había dicho sinceramente Mike-. Pero se ha hartado de que los cuervos se metan en el jardín.

Ahora, al desvanecerse las últimas luces del crepúsculo, Mike puso la nueva caja de cartuchos delante de él, introdujo uno en la recámara, cerró la escopeta y miró a lo largo del cañón y hacia los muchachos sentados alrededor del fuego del campamento, a quince metros de distancia. Era demasiado lejos para aquella escopeta de cañón corto, y Mike lo sabía. Ni siquiera el arma de Dale habría servido de mucho a semejante distancia, y la de cañón aserrado que apuntaba Mike sólo era efectiva a pocos metros. Pero sabía que la dispersión sería terrible dentro de aquel radio. Había comprado cartuchos con perdigones del número seis, adecuados para las codornices o animales más grandes.

La espesura al sur del lugar donde Dale, Kev, Lawrence y Harlen habían montado el campamento haría imposible un acercamiento silencioso y casi imposible cualquier acercamiento. Mike se había encaramado en el borde norte del barranco; sería muy difícil que alguien cruzase el riachuelo y trepase hasta allí sin hacer mucho ruido. Quedaban para poder acercarse los bosques menos espesos del este o del oeste del claro. Mike podía ver claramente ambos sectores desde su punto de observación, aunque la luz menguante hacía difícil captar los detalles. Las voces de sus amigos, charlando alrededor del fuego, parecían bajas y sofocadas al viajar el sonido hasta él a través del aire ahora más fresco.

La escopeta de matar ardillas tenía un punto de mira en la parte de atrás y otro más pequeño en la punta del cañón, aunque ambos eran más ornamentales que útiles. Uno apuntaba al blanco y apretaba el gatillo, dejando que la nube de perdigones hiciese lo demás. Al hacerse de noche, Mike se dio cuenta de que tenía la mano resbaladiza sobre la culata de nogal. Hurgó en la caja de proyectiles, se metió dos cartuchos en el bolsillo de la camisa y unos cuantos más en los del pantalón, y luego guardó de nuevo la caja en la mochila. Puso el seguro y dejó el arma sobre las agujas de pino al lado de la roca, procurando dar a su respiración un ritmo más regular y masticando un bocadillo de mantequilla de cacahuete y gelatina que había cogido apresuradamente por la mañana. El olor a las salchichas que se asaban en el claro del bosque había despertado su apetito.

Sus amigos se acostaron poco después de hacerse de noche. Mike se había puesto un suéter negro y unos pantalones oscuros y estaba sentado, inclinado hacia delante, expectante, atisbando en la oscuridad, tratando de no escuchar la música de fondo de los insectos y las ranas para captar cualquier otro ruido, y procurando no fijarse en las sombras cambiantes de las hojas ni en el centelleo de las luciérnagas para que no le pasara inadvertido el menor movimiento. No hubo ninguno.

Observó cómo Dale y Lawrence se instalaban en la tienda abierta más próxima al pueblo, con los pies visibles como bultos en los dos sacos de dormir iluminados por la vacilante luz. Kevin y Harlen se arrastraron dentro de la tienda del primero, a unos pocos metros a la izquierda y más lejos del fuego. Mike pudo ver a duras penas la gorra de béisbol de Kev sobre el borde del saco de dormir. Por lo visto Harlen se había colocado en dirección opuesta, y las suelas de sus zapatos sobresalían de su cama improvisada. Mike se frotó los ojos, miró fijamente hacia la penumbra, tratando de no hacerlo directamente al fuego, y esperó que todos le hubiesen escuchado atentamente.

«¿Quién me ha hecho jefe y rey?» Sacudió cansadamente la cabeza.

Permanecer despierto era lo más difícil. Varias veces empezó a adormilarse y se despertó de pronto al chocar su barbilla contra el pecho. Entonces se colocó apoyándose incómodamente en la rendija entre las rocas, doblando un brazo detrás de la espalda, de manera que si se dormía, el peso de su cuerpo gravitase sobre el brazo y lo despertase.

A pesar de aquella incómoda posición, estaba medio dormido cuando se dio cuenta de que alguien venía a través del claro del bosque.

Dos formas se movían lentamente desde el oeste, desde la dirección de la Seis del condado, con la precaución de cazadores pisando ramas. Eran unas formas altas, claramente adultas. Dieron un paso y se detuvieron. Dieron otro paso. Apoyaban cuidadosamente los pies en el suelo, con movimientos de ballet en un acecho silencioso.

Mike sintió que su corazón empezaba a palpitar tan furiosamente que le dolía el pecho y sentía vértigo. Sujetó la escopeta con ambas manos delante de él, se acordó del seguro y lo quitó. Tenía los dedos sudorosos y extrañamente entumecidos.

Los dos altos personajes se hallaban ahora a seis metros del campamento de los muchachos y se detuvieron, casi invisibles en la oscuridad. Sólo les delataba el reflejo de la luz de las estrellas en sus ojos y sus manos cuando no se movían. Mike se inclinó hacia delante esforzándose en ver. Los hombres llevaban algo. Entonces Mike vio el centelleo de la luz de las estrellas sobre acero y supo que lo que los dos hombres llevaban eran hachas.

La respiración de Mike se aceleró, se detuvo y se aceleró de nuevo. Se obligó a no fijarse en los dos hombres -eran indudablemente hombres, altos, de largas piernas, vestidos de oscuro- y en agudizar sus sentidos por lo que pudiese ocurrir a su alrededor. Todo el secreto, los planes y la espera habrían sido inútiles si alguien se acercaba por detrás de él.

Pero detrás de él no había nadie. Al menos que él supiera. En cambio observó movimiento en los árboles de detrás de las tiendas. Al menos había otro hombre que se acercaba tan despacio como los dos del claro, pero menos silenciosamente. Éste era más bajo y menos hábil en evitar los crujidos de las ramas secas debajo de los pies. Sin embargo, si Mike no hubiese sabido de qué dirección tenían que venir, no les habría visto ni oído.

Se levantó viento, agitando las hojas sobre su cabeza. Los dos personajes del claro del bosque aprovecharon aquel ruido para acercarse unos pasos al campamento. Llevaban las hachas levantadas sobre el pecho como en posición de ataque. Mike quiso tragar saliva, pero se encontró con que tenía la boca seca y se esforzó en humedecerla.

Sacudió violentamente la cabeza, tratando de separar esta realidad de las imágenes de su sueño. Estaba muy cansado.

Los tres hombres se reunieron en el campamento. Estaban exactamente fuera de la luz del fuego, como sombras de largas piernas dentro de la sombra. Mike vio un resplandor de la luz de las estrellas y se dio cuenta de que el tercer personaje, el que estaba más lejos de él, llevaba también un hacha o algo largo y metálico. Rezó para que no fuese un rifle o una escopeta.

«No lo será. Ellos no quieren ruido».

Le temblaba la mano al extender ambos brazos sobre la roca plana, apuntando hacia las dos figuras, pero manteniendo los puntos de mira lo bastante altos para que los perdigones no pudiesen entrar en las bajas tiendas.

«Dispara. Dispara ahora.» No. Tenía que estar seguro. De esto dependía todo, tenía que estar seguro. «¿Y si esos hombres son agricultores y quieren talar algunos árboles? ¿A medianoche?» Mike no creyó ni por un instante que eso fuera posible. Pero no disparó. La idea de disparar un arma contra un ser humano le hacía temblar los brazos furiosamente. Los apoyó encima de la roca y apretó los dientes.

Los dos hombres que estaban a este lado de la fogata se movieron en silencio alrededor de las llamas moribundas. Las ascuas iluminaron solamente una ropa oscura y unas botas altas. Las caras de los hombres estaban ocultas debajo de las gorras caladas. No había ningún ruido ni movimiento en las tiendas. Mike podía ver todavía los bultos de los pies de Dale y de Lawrence en los sacos de dormir, la gorra de béisbol de Kev y los zapatos de Harlen. El hombre del lado más lejano del campamento se movió entre los árboles, acercándose más a la tienda de Kevin.

Mike sintió el impulso de dar una voz de alarma, de levantarse y gritar, de disparar al aire. Pero no hizo nada. Tenía que saber. Lamentó no haber escogido un puesto de observación más próximo al campamento, y no tener un rifle o una pistola de mayor alcance. Todo parecía equivocado, mal calculado...

Mike se esforzó en concentrarse. Los tres hombres estaban allí plantados, dos de ellos cerca de la tienda de Dale y de Lawrence, y el otro cerca de la de Kev y Harlen. No hablaban. Parecía que estuviesen esperando a que se despertasen los chicos dentro de las tiendas y se reuniesen con ellos. Mike se imaginó por un instante que esta escena permanecería igual durante toda la noche: las figuras silenciosas, las tiendas silenciosas, el fuego apagándose progresivamente hasta que no pudiese ver nada en absoluto.

De pronto los dos hombres que estaban más cerca dieron un paso al frente; las hachas rasgaron la lona de la tienda y descendieron sobre los sacos de dormir de debajo de aquélla. Una fracción de segundo más tarde, el tercer hombre descargó su hacha contra la gorra de Kevin.

La ferocidad del ataque fue tan súbita, tan imprevista, que Mike fue pillado completamente por sorpresa. Jadeó ruidosamente al serle cortado el aliento por la realidad de los acontecimientos.

Los dos hombres que estaban más cerca levantaron de nuevo las hachas y las descargaron una vez más. Mike oyó que las hojas cortaban la lona derribada, los sacos de dormir y su contenido y se clavaban en el suelo. Los individuos levantaron las hachas por tercera vez. Detrás de ellos, el hombre más bajo blandía furiosamente la suya, gruñendo en voz alta mientras lo hacía. Mike observó que uno de los zapatos de Harlen salía disparado y caía cerca del fuego. Un trozo de calcetín rojo, o de algo también rojo, estaba todavía pegado a aquél.

Los hombres jadeaban ahora, gruñendo, con sonidos animales. Las hachas se alzaron de nuevo.

Mike levantó el percutor, amartilló el arma y apretó el gatillo. El resplandor del fogonazo le cegó; el retroceso le hizo levantar las manos y los brazos hacia atrás, y a punto estuvo de que se le cayese el arma.

Se esforzó en recobrar el aliento, vio que los dos hombres se volvían ahora, brillándoles los ojos bajo la última luz, y buscó otro cartucho. Llevaba algunos en el bolsillo del pecho, debajo del suéter negro que se había puesto.

Se puso de rodillas, hurgando en el bolsillo del pantalón para sacar un proyectil. Abrió la recámara y trató de expulsar el cartucho gastado. Se quedó atascado. Sus uñas encontraron un reborde en el cilindro metálico y se quemó los dedos al tirar de él. Introdujo un segundo cartucho y cerró la recámara.

Uno de los hombres había saltado sobre el fuego y avanzaba en su dirección. El segundo se había quedado inmóvil, con el hacha todavía levantada. El tercero gruñó algo y siguió destrozando lo que quedaba de la tienda derribada y de los sacos rasgados de Kevin y Harlen.

El primer hombre corría hacia Mike desde este lado del fuego, con un fuerte golpeteo de sus botas. Mike levantó el arma, la amartilló y disparó. La detonación fue tremenda.

Se agachó, tiró el cartucho usado y cargó otro. Cuando se incorporó, el hombre había desaparecido, encogiéndose entre las hierbas o marchándose. Los otros dos parecían paralizados a la luz de la hoguera.

Entonces empezó el estruendo y la locura.

Brotaron llamas de la espesura a menos de diez metros al sur del campamento. Retumbó una escopeta. El tercer hombre pareció tirado hacia atrás por unos hilos invisibles; su hacha giró en el aire y cayó directamente sobre las llamas, y el hombre rodó entre las altas hierbas del claro. Una pistola -Mike reconoció una semiautomática del calibre 45 por la rapidez y la fuerza de los estampidos- disparó tres veces, se detuvo y disparó tres veces más. Otra pistola participó en aquella confusión, haciendo fuego con tanta rapidez como podía tirar del gatillo el invisible tirador. Se oyó el fuerte estampido de una 22, y luego de nuevo una escopeta.

El tercer hombre echó a correr en dirección a Mike.

Mike se levantó, esperó a que el personaje que corría estuviese a seis metros de él y disparó el arma de Memo contra los ojos brillantes del hombre.

La gorra o parte del cráneo de éste voló detrás de él El hombre arrojó el hacha en dirección a Mike y cayó al suelo, gateando y gimiendo entre las altas hierbas, deslizándose por el barranco hacia el nordeste, rompiendo retoños y enredaderas. Un gran insecto zumbó junto al oído de Mike, que se agachó en el instante en que el hacha se estrellaba contra la roca, con un surtidor de chispas, y salía rebotada hacia la izquierda.

Mike volvió a cargar el arma y la levantó, apretando con ambas manos la culata, tensos los brazos, respirando por la boca, y la amartilló y apoyó el dedo en el gatillo antes de darse cuenta de que el claro del bosque y el campamento estaban vacíos, salvo por las destrozadas y silenciosas tiendas y por el fuego moribundo. Recordó el plan.

-¡Vamos! -gritó. Cargó con la mochila y echó a correr hacia el noroeste, entre el claro y el borde del barranco.

Sintió que se rompían las ramas al golpearlas con los hombros y la cabeza; sintió también que algo le producía un largo arañazo en una mejilla, y se encontró en el primer control: el tronco caído donde el sendero se deslizaba a lo largo de la parte más abrupta del barranco.

Se dejó caer detrás del tronco y levantó el arma.

Resonaron pisadas a su derecha.

Mike entrecerró los ojos y silbó una vez. El que corría le respondió con dos silbidos y pasó corriendo sin detenerse. Mike le dio una palmada en el hombro.

Otras dos formas, otros dos silbidos en respuesta. Las mochilas tintinearon cuando los muchachos pasaron corriendo. Mike les dio palmadas en los hombros. Otra forma apareció en la oscuridad. Mike silbó, no oyó respuesta y apuntó el arma de Memo contra la cintura del personaje que corría.

-¡Soy yo! -jadeó Jim Harlen.

Mike sintió el cabestrillo bajo su mano al golpear a Harlen en el hombro y pasar corriendo el chico, con las Keds repicando en el sendero de tierra al pie de los bajos árboles.

Mike se agachó detrás del grueso tronco y esperó otro minuto, contando los segundos a la manera de los Boy Scouts, con el arma levantada. Fue un minuto muy largo. Entonces corrió por el sendero, encogido, con la mochila sobre el hombro izquierdo y la escopeta en la mano derecha, moviendo la cabeza de un lado a otro y confiando en su visión periférica. Tenía la impresión de haber corrido durante kilómetros, pero se dio cuenta de que sólo habían sido unos pocos cientos de metros.

Sonó un silbido grave delante de él y a su izquierda. Respondió con tres silbidos. Una mano le dio una palmada en el hombro al pasar él, y Mike vio de refilón la automática del 45

del padre de Kevin. Entonces encontró el atajo, la ligera curva del sendero, y se dejó caer entre las altas hierbas, sintiendo las zarzas pero haciendo caso omiso de ellas; silbó una vez, dejó pasar a Kevin y cubrió el sendero hacia el norte y hacia el sur durante otros cuarenta y cinco segundos, antes de deslizarse cuesta abajo, tratando de hacer el menor ruido posible sobre la suave marga y la gruesa alfombra de hojas secas.

Por un instante no pudo encontrar la abertura en la sólida masa de zarzas y arbustos, pero entonces su mano descubrió la entrada secreta y se arrastró sobre el vientre hasta dentro del sólido círculo del Campamento Tres.

Una pequeña linterna se encendió delante de su cara y se apagó. Los otros cuatro muchachos estaban murmurando ansiosamente, agudizadas las voces por la adrenalina, la euforia y el terror.

-Callad -ordenó Mike. Cogió la linterna de las manos de Kevin y resiguió el círculo de caras, murmurando al oído de cada uno:

-¿Estás bien?

Todos estaban perfectamente. Los cinco, incluido Mike, se hallaban en buenas condiciones. No había nadie más.

-Desplegaos -dijo Mike, y los otros se movieron hacia los bordes del círculo, escuchando.

Kevin lo hizo hacia la izquierda de la única entrada, con su automática cargada y amartillada.

Mike roció el suelo y las ramas con agua bendita. No había visto las cosas que producían los agujeros, pero todavía quedaba mucha noche por delante.

Escucharon. En alguna parte ululó un búho. Había empezado de nuevo el coro de grillos y ranas, acallado durante un rato por los disparos, pero ligeramente amortiguado aquí, en mitad de la vertiente. A lo lejos, un coche o una camioneta pasó sobre las colinas por la Seis del condado.

Después de media hora de escuchar en silencio, los muchachos se apretujaron cerca de la entrada. El afán de charlar había pasado, pero ahora murmuraron por turnos, juntando las cabezas de manera que nadie habría podido oírles fuera del Campamento Tres.

-No podía creer que realmente lo hiciesen -jadeó Lawrence.

-¿Visteis mi maldito zapato? -silbó Harlen-. Cortado justo por el borde de la camisa que había metido dentro de él.

-Todas nuestras cosas hechas pedazos -murmuró Kev-. Mi sombrero. Todo lo que había puesto en el saco de dormir.

Gradualmente Mike consiguió que cesaran en sus suaves exclamaciones y aterradas descripciones, y les pidió que informasen. Lo habían hecho todo de acuerdo con el plan. Dale pensaba que la espera de la noche había sido lo más duro, pasando frankfurts y cociendo melcocha como si estuviesen simplemente acampando. Después se habían metido en las tiendas, llenando sus sacos de dormir y saliendo uno a uno hacia las posiciones convenidas como trampa, más allá del campamento.

-Yo estaba tumbado sobre un maldito hormiguero –murmuró Harlen, y los otros se mondaron de risa hasta que Mike les ordenó que callasen.

Mike había dispuesto las posiciones de la emboscada de manera que no pudiesen disparar los unos contra los otros a través del campamento; todos debían hacerlo hacia el nordeste o el noroeste, pero Kevin confesó que, en su nerviosismo después de que los hombres hubiesen derribado la tienda, lo había hecho hacia la posición de Mike. Este se encogió de hombros, aunque ahora creyó recordar que algo había zumbado junto a su oído después de que el segundo hombre le hubiese arrojado el hacha.

-Bueno -murmuró, pasando un brazo sobre las espaldas de los otros para que se acercasen más-, ahora lo sabemos. Pero la cosa no ha terminado. No podemos marcharnos hasta que sea de día, y aún faltan horas para que amanezca. Ellos podrían conseguir refuerzos, y no todos éstos son humanos.

Librodot

Dejó que lo comprendiesen bien. No quería asustarles hasta el punto de que no pudiesen actuar, sino sólo que estuviesen alerta.

-Pero no creo que esto suceda -murmuró, con la cabeza tocando la de Kevin y la de Dale. Eran como un equipo de fútbol al apiñarse-. Creo que les hicimos daño. Creo que esta noche ya no volverán. Por la mañana comprobaremos el campamento, recogeremos todo lo que podamos y saldremos pitando de aquí. ¿Quién trajo mantas?

Habían proyectado guardar cinco para el Campamento Tres, pero, por alguna razón, sólo tenían tres. Mike sacó una chaqueta de repuesto, nombró a dos muchachos para que montasen guardia durante la primera hora -Kev tenía un reloj de pulsera fosforescente-, se encargó él mismo del primer turno, junto con Dale, y dijo a los otros que se acostasen y que dejaran de charlar.

Pero él y Dale hablaron un poco en voz baja, agazapados Junto a la abertura de la sólida pared de altos arbustos.

-Realmente lo han hecho -murmuró Dale, haciéndose eco de lo que había dicho su hermano menor veinte minutos antes-. Realmente han tratado de matarnos.

Mike asintió con la cabeza, sin estar seguro de que el otro chico pudiese verle desde tres palmos de distancia.

-Sí. Ahora sabemos qué están tratando de hacer con nosotros. Lo mismo que le hicieron a Duane.

-¿Porque se imaginan que lo sabemos todo?

-Tal vez no -respondió Mike-. Tal vez quieren matarnos a todos por principios generales. Pero ahora lo sabemos. Y podemos seguir adelante.

-Pero, ¿y si emplean... las otras cosas? -dijo Dale en voz baja.

Harlen u otro de los muchachos estaba roncando suavemente, con los calcetines blancos resplandeciendo al sobresalir de debajo de la manta.

Mike continuaba aferrado al frasco de agua bendita. Tenía el arma de Memo en la otra mano, cargada; sólo necesitaba quitar el seguro y echar atrás el percutor para poder disparar.

-Entonces también los pillaremos -dijo.

Su confianza no era tan grande como parecía.

-¡Dios mío! -murmuró Dale, y sus palabras sonaron como una oración.

Mike asintió con la cabeza, se acercó más al otro y esperó a que amaneciese.

30

Poco después de que amaneciese, volvieron atrás en busca de cuerpos. Había sido una de las noches más largas que recordaba Dale Stewart. Al principio habían sido el terror, la excitación y la descarga de adrenalina; pero después de la primera guardia con Mike, cuando le tocó dormir, con varias horas por delante hasta la aurora, sólo quedó el terror. Era un terror profundo, morboso, un miedo a la oscuridad combinado con el ruido alarmante de alguien respirando debajo de la cama. Era el terror de los instrumentos de embalsamar y del cuchillo delante de los ojos, el terror de una mano fría en el cogote en una habitación a oscuras. Dale ya había conocido el miedo, el miedo de la carbonera y el sótano, el miedo del cañón negro del rifle de C. J. Congden apuntado contra él, el miedo terrible al cadáver en el agua del sótano de su casa..., pero este terror iba más allá del miedo. Dale tenía la impresión de que no podía confiar en nada. El suelo podía abrirse y tragarle porque había cosas debajo de él, otras cosas nocturnas, más allá del débil círculo de ramas que era su única protección. Los hombres con hachas podían estar esperando detrás de las ramas y las hojas, con los ojos muertos pero brillantes, sin que la respiración moviese su pecho, pero con un estertor de anticipación en la garganta.

Fue una noche muy larga.

Todos estaban despiertos cuando apuntó el resplandor gris entre el espeso ramaje. A las cinco y media, según el reloj de Kevin, hicieron sus bártulos y regresaron por el sendero,

Librodot

Mike a treinta pasos delante de los otros, indicándoles con señales de la mano que podían avanzar o deteniéndoles con un solo movimiento.

A cien metros del campamento se desplegaron, avanzando de frente, cada uno viendo a otros dos, mientras pasaban lentamente de árbol en árbol, de arbusto en arbusto, agachándose donde había hierbas altas. Por fin pudieron ver las tiendas, todavía derribadas -Dale casi había esperado encontrarlo todo indemne, con la violencia de la noche pasada reducida a una pesadilla compartida-, e incluso desde lejos pudieron ver la lona rasgada y las prendas de vestir desparramadas. Un hacha yacía ennegrecida y medio enterrada en la ceniza de la fogata. El zapato izquierdo de Harlen estaba cerca de ella.

Avanzaron despacio, dejando que Mike, por el flanco norte, y Dale por el flanco sur, casi rodeasen el campamento. Dale estaba seguro de que sería el primero en ver los cadáveres -uno en el claro donde Mike había disparado contra el primer hombre, y otro en el borde del barranco-, pero no encontraron ningún cuerpo.

Su primera tentación fue revolver las ruinas de su campamento bromeando y riendo al aflojarse la tensión; pero Mike hizo que se desplegasen de nuevo, yendo hacia el sudeste hasta la cantera, hacia el norte hasta la valla de la finca del tío Henry, y hacia el este casi hasta la carretera. No había ningún cadáver.

Pero encontraron sangre. Manchas de sangre en el claro del bosque, aproximadamente en el sitio donde debió de caer el hombre contra el que había disparado Mike. Sangre sobre las piedras y los matorrales del barranco. Más sangre en el lado opuesto del pequeño valle, cerca de la valla.

-Le dimos a uno de esos hijos de puta -dijo Harlen, pero su bravata sonó hueca a la luz del día, con la sangre convertida ya en manchas pardas sobre las hierbas y los troncos caídos. Había mucha sangre. La idea de que habían herido realmente a alguien, a un ser humano, hizo que a Dale le flaqueasen las rodillas. Entonces recordó las hachas que se alzaban y caían sobre la tienda donde hubiesen debido estar durmiendo.

Regresaron al campamento, ansiosos de recoger lo que pudiesen y largarse.

-Mi padre se pondrá furioso -dijo Kev, plegando los restos de su tienda.

-Mi vieja echará sapos y culebras -dijo Harlen, levantando los restos de su manta y mirando a Kevin a través de uno de los desgarrones-. Tú puedes decir que la tienda se enganchó en la valla de alambre espinoso pero yo qué voy a decir de mi mejor manta... ¿Que tuve un sueño erótico y la agujereé?

-¿Qué es un sueño eró...? -empezó a decir Lawrence.

-Olvídalo -dijo rápidamente Dale-. Carguemos con estos trastos, enterremos lo que no queramos llevar y marchémonos de aquí

Llevaron las escopetas y pistolas al descubierto hasta que llegaron casi a la vista de la casa del tío Henry. Entonces las bajaron o las guardaron en las mochilas y las bolsas. Dale había dejado que Lawrence llevase la Savage cuando salieron del bosque, pero había guardado los cartuchos del 410 y del 22 en el bolsillo. El arma parecía pesada después de cargar con ella durante una hora, pero era más corta y más ligera que la mayoría de las escopetas. La noche pasada, durante el tiroteo, Dale había lamentado no haber traído la escopeta de aire comprimido de su padre, a pesar del peso y del tamaño. Disparar un proyectil de cada cañón y después abrir la recámara para cargar de nuevo, había sido como para volverse loco. Recordó que había mirado por encima de la roca hacia el sitio donde estaba agazapado Lawrence, observando con los ojos muy abiertos a Kevin y a Harlen, que estaban de rodillas en la espesura, disparando sus pistolas, haciendo que las fuertes detonaciones de la 45 de Kevin y los fogonazos de la 38 corta de Jim le hiciesen sentir deseos a Dale de taparse los oídos. «¿Hicimos realmente aquello?»

Lo habían hecho. Sólo habían pasado treinta minutos recogiendo el metal gastado y buscando todos los cartuchos vacíos para enterrarlos a quince metros de su antiguo campamento, con las sábanas, los sacos de dormir y las tiendas demasiado estropeadas para llevarlas a casa. Mike había recobrado su bici.

Tía Lena les ofreció desayuno, pero los chicos no tenían tiempo para esto. El tío Henry iba a la ciudad y ellos se apresuraron a poner sus bicicletas en la parte de atrás de la camioneta y subir también a ella.

Lo que todos habían temido era la larga vuelta a casa. Ahora, el largo trayecto en bici se había convertido en unos pocos minutos de sacudidas y de polvo, con la gravilla volando detrás de la camioneta al bajar zumbando la empinada cuesta de más allá del cementerio hacia la sombra de la cañada. Todavía había gotas de rocío en el maíz y en las hierbas de los lados de la carretera.

-¡Mirad! -dijo Lawrence, cuando pasaron por delante del Arbol Negro.

Miraron. El local estaba cerrado y a oscuras debajo de los grandes árboles de la orilla del barranco; incluso el coche del dueño brillaba por su ausencia. La luz horizontal se extendía, baja y grávida, sobre el enarenado camino de entrada.

Pero había algo a lo lejos, al amparo de los árboles bajos y en el lado oeste del terreno. Un camión. Dale captó de refilón una pintura roja, un parabrisas medio oculto por las ramas pero en el que se reflejaba el follaje, y la impresión de una caja de altos laterales envuelta en sombras.

-¡El camión de recogida de animales muertos! -gritó Kevin, por encima del ruido, en la parte de atrás de la camioneta.

Estaban ya en el cruce de Jubilee College Road, y el camión no había salido de la zona de aparcamiento.

Mike se encogió de hombros.

-Podría ser.

Dale sintió que empezaba a temblar y se agarró al costado de la camioneta para dominarse. Le dolieron los antebrazos a causa del esfuerzo. Se imaginó que subían en bicicleta por la larga pendiente, jadeando e inclinados sobre los manillares, cansados después de la larga noche en la colina, y que de pronto aquella pesadilla roja cobraba vida con los zumbidos del motor V-8, chirriando, serpenteando y arrojando gravilla al salir de su escondite, recorriendo el camino de entrada en dos segundos, y precediéndole el hedor de ganado muerto y en descomposición, como una onda de choque.

La cuneta era honda en el lado oeste de la carretera y muy alta la valla entre ellos y el bosque. ¿Habrían podido saltar de las bicis y meterse a tiempo entre los árboles?

¿Y si Van Syke hubiese tenido una pistola? ¿Y si hubiese querido que se adentrasen en el bosque hacia el este, en dirección a Gipsy Lane?

En aquel instante, con los altos maizales a ambos lados, el sol alto ya en el cielo, la torre del agua acercándose y la nube de polvo hinchándose detrás de la camioneta, Dale estuvo total y absolutamente seguro de que algo les había estado esperando en aquellos bosques.

Todavía debían de estar allí. El imprevisto ofrecimiento del tío Henry de llevarles a la población había transformado su plan, de una tremenda pesadilla en el éxito limitado que era. Dale miró a Mike y vio que los ojos de sus amigos estaban nublados de fatiga, y supo que Mike lo sabía también. Dale quería tocarle en el hombro, decirle que todo iba bien, que no podía haberlo previsto todo, pero los brazos le temblaban demasiado para soltar el costado de la camioneta. Y sobre todo, Dale supo, en aquel instante, que no todo estaba bien, que el error de cálculo de Mike habría podido costarles la vida en esta hermosa mañana de julio.

¿Qué les estaba esperando allí, en la oscuridad del bosque?

Dale cerró los ojos y pensó en la señora Duggan, que llevaba ocho meses muerta; en Tubby Cooke tal como lo había visto él, blanco e hinchado, con la piel empezando a desprenderse como goma podrida por dentro; en las cosas largas y húmedas que perforaban el subsuelo, esperando con las fauces abiertas debajo de la delgada capa de mantillo y hojas muertas; en el Soldado que había descrito Mike, con la cara convirtiéndose en un embudo de lamprea rodeado de dientes...

Entraron en la población sin decir palabra, agitando cansadamente la mano al dejarles tío Henry a cada uno de ellos en su casa.

Anocheció un poco antes que el día anterior, casi imperceptiblemente, pero lo bastante para recordar al observador atento que había pasado el solsticio y que los días se acortaban en vez de alargarse. El ocaso era aquel largo y dolorosamente bello equilibrio de quietud en que el sol parecía cernerse como un globo rojo sobre el horizonte occidental, con todo el cielo inflamándose al morir el día, una puesta de sol exclusiva del Medio Oeste americano, pero ignorada por la mayoría de sus moradores. El crepúsculo traía una promesa de frescor y la amenaza cierta de la noche.

Mike había tenido la intención de dormir durante el día –estaba tan cansado que le escocían los párpados y le dolía la garganta-, pero había demasiado que hacer. Los «vándalos» habían arrancado la tela metálica de la ventana de Memo durante la noche; la madre de Mike había oído el ruido, había entrado corriendo, y había visto que el viento hacía volar papeles y las viejas fotografías en sepia de la mesa de Memo, y que las cortinas se hinchaban hacia fuera, como si alguien acabase de salir por allí.

Memo estaba bien, aunque tan inquieta que sus pestañeos no tenían sentido y no esperaba a que le preguntasen. La madre de Mike estaba trastornada por aquel vandalismo y por el hecho de que la obsesión de su hijo pudiese estar justificada. Había telefoneado a su marido, que estaba trabajando, y después a Barney, que se había presentado a media noche, se había rascado la cabeza y había dicho que los vándalos habían sido un problema aquel verano; después había preguntado a la señora O'Rourke si Michael o alguna de las chicas se había peleado con C. J. Congden o con Archie Kreck. La madre de Mike había respondido que sus hijas tenían prohibido hablar con gentuza como Congden o Kreck, y que Mike no había tenido nada que ver con ellos; después había preguntado si esta acción vandálica y el mirón a quien había visto Mike podían estar relacionados con la matanza de los gatos de la señora Moon, un crimen del que estaba hablando todo el pueblo. Barney se había rascado de nuevo la cabeza, había prometido que vigilaría la casa más a menudo y se había marchado a sus quehaceres. El padre de Mike había llamado desde la fábrica de cerveza; dijo que había podido cambiar su turno con alguien y que a partir del sábado tendría libres las noches durante todo el verano, en vez de sólo tres semanas.

Mike había reparado la tela metálica -su madre la había recogido y puesto en su sitio, pero el pestillo había sido arrancado y el marco roto en dos sitios- y mientras lo hacía había visto aquella baba. Estaba seca y tenía el color y la consistencia de un moco, y no era inmediatamente visible debido a los filamentos arrancados de la tela metálica. Pero estaba allí. Mike lo había tocado y se había estremecido.

Una vez, hacía un par de años, cuando Mike tenía ocho o nueve, había estado pescando con su padre en un oscuro afluente del Spoon y había capturado una anguila. Las anguilas de agua dulce eran raras, incluso en el más caudaloso río Illinois, y Mike nunca las había visto. En cuanto aquel cuerpo largo, verde y amarillo, parecido a una serpiente, salió a la superficie, Mike pensó que era una mocasín de agua y se volvió para echar a correr, olvidándose por un instante de que estaba en una barca. Su padre le había agarrado por el cinturón cuando abandonaba la barca a toda velocidad, y después, intrigado por aquella cosa que se retorcía en el extremo del sedal, había izado primero a su hijo y después la anguila, ordenando a Mike que la recogiese con la red.

Mike recordaba su repugnancia y su fascinación por aquella cosa. El cuerpo de la anguila era más grueso que el de una serpiente, más reptil y en cierto modo más antiguo, y ondeaba y se escurría como algo de otro mundo. Estaba revestido de una capa de cieno, como si segregase moco. Las largas mandíbulas estaban bordeadas de dientes afilados como alfileres.

El padre de Mike había atado la red y la había colgado del lado de la barca para mantener vivo al pez hasta que volviesen al puente donde habían aparcado, y así retrocedieron lentamente, observando Mike aquella cosa que se retorcía por debajo mismo del nivel del agua. Pero cuando vararon la pequeña embarcación, la anguila se había ido. Había conseguido

deslizarse por una anilla de la red, de un diámetro igual a un quinto del de su cuerpo. Lo único que quedaba era una baba, como si la carne y la piel del pez hubiesen sido líquidos en su mayor parte y no demasiado importantes para dejarlas atrás.

Como la baba de la tela metálica.

Mike la limpió con petróleo, como para matar cualquier germen que hubiese quedado allí, pegó el marco lo mejor que pudo, sustituyó la parte rota de la tela metálica, volviendo a ponerla en su sitio y añadiendo dos pestillos, uno abajo y otro arriba.

Encontró el pedazo de Hostia consagrada en el suelo, al pie de la ventana. Se imaginó al Soldado subiendo a la ventana en plena noche, metiendo los dedos entre el enrejado, apuntando su largo hocico hacia Memo, como una lamprea al acecho de un pez particularmente sabroso.

¿Le había detenido la Hostia y el agua bendita? ¿Había sido el Soldado? Posiblemente alguna otra cosa había venido en busca de su abuela aquella noche...

Le entraron ganas de llorar. Su ingenioso plan había terminado en confusión y casi en un desastre. Mike había visto el camión de recogida de animales muertos al pie de los árboles de detrás del Arbol Negro. Lo había olido. Y aquel olor a muerte habría podido ser el de los cuerpos en descomposición de sus amigos, si hubiesen decidido volver a casa en bicicleta, tal como habían proyectado.

Mike sabía que estaban empeñados en una guerra, como lo había estado su padre en la Segunda Guerra Mundial. Sólo que en ésta no había frentes ni lugares seguros, y el enemigo era dueño de la noche.

Después de comer, pedaleó hasta San Malaquías, pero nada se sabía del padre Cavanaugh. La Patrulla de Tráfico y la policía de Oak Hill habían sido informados por la archidiócesis de la desaparición del cura, pero la señora McCafferty le había dicho que todo el mundo parecía creer que el padre C., desanimado por su enfermedad, había vuelto a su casa, a Chicago. La idea del joven sacerdote en la parada de autobús de la carretera, enfermo y febril, le hizo sentir nuevas ganas de llorar.

Mike le aseguró que el padre Cavanaugh no había ido a Chicago.

Pasó por la casa de Harlen y le pidió una botella de vino –Harlen dijo que su madre no la echaría en falta; era Ripple, unos «orines de alce» que le había regalado un primo-; la guardó en una bolsa de color castaño y rodó en su bici hacia Bandstand Park. En realidad no esperaba obtener más información útil de Mink, pero tenía la impresión de que todavía estaba en deuda con él. Además, le tranquilizaba que alguien hubiese visto realmente algunos de los acontecimientos que estos días le estaban amargando la vida.

Mink no estaba allí. Sus botellas, periódicos e incluso la harapienta trinchera que llevaba en invierno y en verano, estaban desparramados por el suelo como si hubiese soplado un huracán. Había cinco agujeros de unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro en el suelo, todos redondos y ribeteados de rojo, como si alguien hubiese estado buscando petróleo.

«Te imaginas lo peor -se dijo Mike-. Probablemente, Mink estará haciendo algún trabajo en alguna parte o bebiendo con sus compañeros.»

Pero Mike estaba seguro de que no era así. Se imaginó los momentos de locura (¿durante la noche?) en que Mink se habría despertado de sus sueños de borracho, habría visto combarse el suelo y habría percibido un olor a podredumbre y a algo peor invadiendo su refugio de casi siete decenios. Mike se imaginó al viejo arrastrándose por el oscuro espacio, mientras algo grande y blanco y terrible surgía de la tierra, como la anguila de Mike que había roto la superficie del agua, con las largas mandíbulas abiertas y los ojos ciegos buscándola.

El último agujero estaba a menos de un metro de la salida del bajo recinto. Mike pudo ver sus paredes rojas, como hechas de cartílagos y tendones. El espacio de debajo del quiosco de música olía todavía un poco a Mink, pero sobre todo al hedor de matadero de los agujeros.

Mike tiró la botella -fue a caer de pie cerca de la harapienta trinchera de Mink, como una lápida en miniatura- y se marchó de allí, pedaleando furiosamente a través de Main, tan cerca de un semirremolque que el conductor le amonestó con el claxon, y siguió por la Segunda

Avenida, pasando por delante de los arbustos de la casa del doctor Viskes y subiendo hacia Old Central y su casa.

No pensaba ir a la fiesta de cumpleaños de Michelle Staffney –la idea le parecía absurda después de los últimos días-, pero Dale vino a su encuentro y sugirió que les convenía estar juntos aquella noche.

-La fiesta terminará a las diez, cuando disparen los fuegos artificiales -dijo Dale-. Si quieres, podremos irnos a casa más temprano.

Mike asintió con la cabeza. Su madre y sus hermanas estarían levantadas hasta las diez como mínimo -a Peg le tocaba cuidar de Memo esta noche- y Mike no creía que ocurriese algo después de ponerse el sol. Hasta ahora, no había pasado nada. Tanto si era el Soldado como si era otra cosa lo que andaba por allí, prefería las altas horas de la noche.

-¿Por qué no vienes? -dijo Dale-. Habrá mucha luz y mucha gente. Tenemos que divertirnos.

-¿Y Lawrence? -preguntó Mike.

-Él no quiere ir a fiestas estúpidas de niñas. Además no le invitaron. Pero mi madre dejará que se quede levantado y jugará con él al Monopolio hasta que yo vuelva a casa.

-No podremos llevar nuestras armas a la fiesta -dijo Mike, dándose cuenta a pesar de su fatiga de lo extraño que sonaba esto

Dale sonrió.

-Harlen tendrá la suya. Nosotros se la pediremos si la necesitamos. Tenemos que hacer algo más que esperar hasta el domingo por la mañana.

Mike gruñó.

-Bueno, ¿vendrás? -dijo Dale.

-Ya veremos.

La fiesta de Michelle Staffney empezó a las siete de la tarde, pero al hacerse de noche, una hora y media más tarde, aún había padres que descargaban niños de sus vehículos. Como siempre, la vieja mansión y el jardín de Broad Avenue habían sido transformados en un escenario multicolor de cuento de hadas, en parte feria, en parte solar de coches usados y en parte puro caos: bombillas de colores y farolillos japoneses estaban colgados desde el largo porche de la entrada hasta los árboles, desde éstos hasta postes encima de las mesas cargadas de comida y de ponche; desde los postes hasta los árboles de detrás de la casa, y desde allí hasta el enorme granero del fondo de la finca. Los niños corrían de un lado a otro, a pesar de los esfuerzos de varios adultos para que se estuviesen quietos, y había grupos de chiquillos vocingleros en el jardín de atrás, jugando a Jarts, un juego al aire libre con dardos de punta acerada lo bastante afilados y pesados para partir el cráneo de un búfalo, por no hablar del de un niño. Otros se habían reunido en el patio lateral, donde los Staffney habían sacado una docena de Hula-Hoops de varios colores, resucitando, aunque fuese sólo por esta noche, el histerismo que había invadido el pueblo y la nación dos años antes. Más grupos gravitaban hasta una masa de gente cerca de la barbacoa, donde el doctor Staffney y dos ayudantes masculinos cocinaban y tendían frankfurts y hamburguesas a una interminable cantidad de manos y bocas, y donde mesas cubiertas con manteles de vinilo a cuadros rojos contenían golosinas, postres y bebidas, y de las que nunca se apartaban algunos de los chiquillos más hambrientos. Un tocadiscos funcionaba en el porche principal y muchas de las niñas se habían reunido allí, meciéndose en el columpio, balanceando las piernas en la baranda del porche, y en general riendo durante toda la velada. Los chicos jugaban al pillapilla, persiguiéndose entre la muchedumbre, siendo reprendidos de vez en cuando por el doctor o la señora Staffney, o uno de los ayudantes. A veces se cansaban, y entonces jugaban al escondite.

La primera docena de niños que habían llegado habían mostrado sumisamente las invitaciones, pero después de que llegasen cincuenta o sesenta, la fiesta de Michelle se había convertido en fiesta de niños de todo el condado, que atraía a hermanos de los condiscípulos

de Michelle, a muchachos campesinos con quienes nunca había hablado, y a unos pocos chicos mayores que habían sido expulsados por los adultos, con un coro de protestas por parte de las niñas del porche. Incluso C. J. Congden y Archie Kreck pasaron con el Chevy del 57 zumbando y rugiendo, pero no se decidieron. De años antes, el doctor Staffney había llamado a la Patrulla de Tráfico para que echase a C. J. y a sus amigos.

Al anochecer, la fiesta estaba realmente en auge, con las niñas bailando, tratando de hacer los pasos de jitterburg que sus hermanos mayores y sus padres les habían enseñado; algunas pasaron al rock and roll, y unas pocas imitaron a Elvis, hasta que los adultos las hicieron detenerse. Unos pocos chicos atrevidos se habían incorporado al grupo del porche, riéndose de las niñas, empujándolas, pinchándolas, y en general, poniéndoles lo más posible las manos encima, pero sin bailar realmente con ellas.

Dale y Mike habían llegado juntos y habían sido de los primeros en hacer cola para conseguir bocadillos de salchicha. Dale se puso a comer uno mientras hacía girar un Hula-Hoop amarillo. Luego pasearon por el jardín, entre el bullicio y las risas. Estaban cansados. Los ojos de Mike parecían confusos y hundidos.

Harlen y Kevin se reunieron con ellos. Kev tuvo que gritar para hacerse oír por encima de los gritos de los que jugaban a Jarts cuando uno había traspasado accidentalmente una sandía.

-Acabo de ver algo que hubiésemos debido tener la noche pasada --gritó.

Mike y Dale se acercaron más.

-¿Qué es?

Habían convenido en no hablar de ciertas cosas cuando otros pudiesen oírles; pero con aquel bullicio, apenas si podían oírse ellos mismos.

-Venid -dijo Kev, llevándoles hacia el patio lateral.

Chuck Sperling y Digger Taylor estaban haciendo una demostración de walkie-talkie a dos pequeños pero arrobados grupos de chiquillos. Éstos reclamaban a gritos el privilegio de hablar los unos con los otros desde una distancia de veinte metros, y a pesar del ruido.

-¿Son de verdad? -preguntó Mike.

-¿Qué?

Mike se acercó más a la oreja izquierda de Kevin.

-¿Son... de... verdad?

Kevin asintió con la cabeza, mientras bebía Coca cola. Sus padres no le permitían tomar bebidas sin alcohol en casa.

-Sí, son de verdad. El padre de Chuck los compró al por mayor.

-¿Qué alcance tienen? -preguntó Dale, y tuvo que repetir la pregunta.

-Aproximadamente un kilómetro y medio, según Digger –dijo Kevin-. Por eso no necesitan permiso oficial. Parecen auténticos walkie-talkies.

-Sí -dijo Mike-, hubiésemos podido utilizarlos. Y todavía podemos. Quizá podamos conseguir un par antes del domingo.

Harlen se adelantó. Sonreía maliciosamente y tenía un aire extraño. Llevaba su mejor atuendo: pantalón de lana demasiado grueso para una noche como aquélla, camisa azul, corbata de lazo y un cabestrillo nuevo.

-Escuchad -dijo riendo Harlen-. Si queréis, yo os los puedo proporcionar.

Mike se acercó más a él y olió.

-Dios mío, Jim, ¿has estado bebiendo whisky o algo parecido?

Harlen se irguió, como si se sintiese ofendido, pero sin dejar de sonreír.

-Sólo un poco de reconstituyente -dijo, hablando despacio y con claridad-. Pero me has dado una idea, Mike, viejo amigo. ¿Qué os parece si tomásemos prestada una botella de Ripple?

Mike sacudió la cabeza.

-¿Has traído... la otra cosa?

Harlen pareció desconcertado.

-¿Otra cosa? ¿Qué otra cosa? ¿Quieres decir flores para nuestra anfitriona? ¿Mi cajita de cositas de goma... de aquellas cositas... para reunirme más tarde con la señorita S.?

Dale pasó por delante de Mike y golpeó el cabestrillo de Harlen con fuerza suficiente para hacer sonar la escayola.

-Esa cosa, idiota.

El chico abrió mucho los ojos, con expresión de inocencia.

-Ah, ¿esto?

Empezó a sacar a la luz la pistola del calibre 38.

Mike la empujó de nuevo entre el yeso y el cabestrillo.

-Estás borracho. Enseña esa cosa por ahí y el doctor S. te echará de la fiesta antes de que puedas ver a tu adorada.

Harlen se inclinó e hizo una graciosa reverencia.

-Como quieras, mi capitán. -Se irguió tan súbitamente que tuvo que separar los pies para conservar el equilibrio-. Bueno, ¿las quieres o no?

-Si quiero, ¿qué?

Mike había cruzado los brazos y miraba hacia la calle.

-Las radios -dijo, impaciente-. Si las quieres te las daré mañana. Di solamente una palabra.

-Dicha está -dijo Mike.

Harlen hizo una nueva reverencia y se confundió con la multitud, casi derribando a un niño de siete años que se disponía a lanzar un Jart.

Hacia las nueve, cuando Mike se disponía a marcharse solo a casa, si Dale y Kev no querían hacerlo aún, Michelle Staffney se acercó a él, que estaba terminando su tercer frankfurt.

-Hola, Mike

Mike dijo algo con la boca llena. Empujó el último trozo de bocadillo y probó de nuevo. No fue mucho más afortunado la segunda vez.

-No te he visto mucho últimamente -dijo la niña pelirroja-. Desde que no vamos a la misma clase.

-Quieres decir desde que me suspendieron -consiguió decir.

Había engullido casi todo lo que tenía en la boca sin atragantarse, pero no quería sonreír por miedo de que saliesen migajas de ella.

-Pues, sí -dijo Michelle con gazmoñería-. Echo en falta nuestras charlas.

-Sí -dijo Mike, sin tener la menor idea de a qué charlas se refería. Habían ido a la misma clase desde el primer curso hasta el cuarto (los padres de Mike no habían querido que fuese al jardín de infancia), pero no recordaba haber hablado con Michelle Staffney más de un par de veces en todos aquellos años, y las «charlas» se habían reducido a «¡Eh Michelle, devuélveme la pelota, ¿quieres?!» en el patio de recreo-. Sí --repitió.

-Ya sabes -dijo ella, acercándose más y casi murmurando-, aquellas conversaciones que solíamos tener sobre religión.

-Oh, sí -dijo Mike, engullendo lo que quedaba del bocadillo y deseando desesperadamente un refresco, un vaso de agua, algo líquido. Recordó que una vez había hablado con Michelle en el segundo curso, cuando estaban esperando turno en los columpios, sobre lo extraño que resultaba ser católico cuando la mayoría de los niños no lo eran-. Sí -dijo por cuarta vez, dándose cuenta de que la repetición podía resultar un poco aburrida.

Michelle estaba bonita esta noche, aunque fue «encantadora» la palabra que acudió a la mente de Mike. Llevaba un vestido de gasa verde parecido al de las bailarinas pero no tan corto, y sus largos cabellos rojos estaban sujetos hacia atrás con una cinta verde y un lazo también verde. Sus ojos eran muy verdes. Tenía las piernas muy largas. Mike advirtió que había cambiado en los últimos meses, posiblemente durante las seis semanas transcurridas desde el cierre del colegio. La parte superior de su vestido estaba... más llena. Las piernas

eran diferentes, y también las caderas, y cuando levantó el brazo desnudo para sujetarse la cinta, Mike observó un delicadísimo punteado en la curva suave de la axila. ¿Se afeitaba eso como Peg y Mary? ¿Se afeitaba las piernas?

Mike se dio cuenta de que Michelle había dicho algo.

-Perdona, ¿qué...?

-Te he dicho que me gustaría hablar contigo un poco más tarde. De algo importante.

-Desde luego -dijo Mike-. ¿Cuándo?

Se había imaginado que tal vez en agosto.

-¿Qué te parece dentro de media hora? ¿En el granero?

Michelle señaló hacia una gran construcción, con un gracioso ademán.

Mike se volvió, miró fijamente y asintió con la cabeza, como si nunca hubiese reparado en aquel granero.

-Sí -dijo desconcertado; pero Michelle se había ido ya para mezclarse con otros invitados. «Tal vez invita a todo el mundo a ir al granero.» Pero por alguna razón, Mike no lo creía.

Volvió hacia la barbacoa, borrada de su mente toda idea de marcharse temprano. Su madre y las chicas estaban levantadas esta noche, cuidando de Memo. Lamentó que Harlen no hubiese traído una botella de whisky o de vino o de otra cosa a la fiesta en vez de su estúpida pistola.

«¿Qué te parece dentro de media hora? ¿En el granero?» Las frases resonaban en su cabeza mientras probaba la entonación precisa, conectada con los movimientos exactos. Como la mayoría de los muchachos de Elm Haven, Mike se había encaprichado de Michelle Staffney para..., bueno, para siempre. Pero a diferencia de la mayoría de los otros chicos, y posiblemente porque había fallado en el examen, y por consiguiente, a su modo de ver, había sido borrado del pensamiento de ella, el capricho no se había convertido en una obsesión. Era fácil olvidarse de Michelle cuando se la veía sólo en el patio de recreo o de vez en cuando en la iglesia, o en el colegio, cuando ella comía un bocadillo de morcilla para almorzar.

Mike dudaba de que volviese a olvidarla pronto. «Pobre Harlen», pensó, compadeciendo a su amigo y su corbata de lazo. Y después: «¡Que se vaya a la porra!»

Mike no tenía reloj. La media hora siguiente se la pasó cerca de Kevin, levantando a veces la muñeca de su amigo para ver la hora sin necesidad de preguntársela. En una ocasión vio a Donna Lou Perry y a su amiga Sandy en uno de los grupos juveniles del jardín de delante, y sintió el impulso de acercarse y hablarle, de disculparse por la broma del campo de béisbol el mes pasado; pero Donna Lou reía y charlaba con sus amigos, y él sólo disponía de ocho minutos.

El granero estaba fuera de los límites de la fiesta, y aunque la puerta grande estaba cerrada con candado, había otra más pequeña a la sombra del alto roble que se erguía junto al camino de entrada. Mike la abrió y entró.

-¿Michelle?

El lugar olía a madera vieja y a paja calentadas por el tórrido día. Mike iba a llamar otra vez cuando pensó que ella le había tomado el pelo: Michelle no había pretendido nunca hablar con él a solas; no había sido más que una broma como las que había gastado para burlarse del pobre y estúpido Harlen.

«Y ahora del pobre y estúpido Mike», pensó éste, volviéndose hacia la puerta.

-Aquí arriba -dijo la voz suave de Michelle Staffney.

De momento Mike no supo de dónde venía aquella voz; pero entonces la luz de las bombillas del exterior, aunque difusa por los polvorientos cristales, iluminó una escalera que se alzaba entre unos compartimientos vacíos y llevaba a lo que debía de ser un altillo. El techo del granero se perdía entre las sombras a unos diez metros de altura.

-Sube, tonto -dijo Michelle.

Mike subió, sintiendo el frasquito de agua bendita en el bolsillo: una operación de último momento para protegerse de cualquier eventualidad antes de salir de casa. «Hola, ¿es un frasco de agua bendita lo que llevas en el bolsillo, o simplemente te alegras de verme?»

El altillo lleno de paja estaba a oscuras, pero una luz suave brillaba a través de una puerta, en la pared del norte que separaba el viejo granero del nuevo garaje adosado a aquél. Mike se dio cuenta de que los Staffney habían añadido una pequeña habitación encima del garaje.

Michelle se asomó a la puerta y le sonrió. La luz coloreada que entraba por las ventanitas de los lados este y oeste de la pequeña habitación recortaba su silueta y creaba una aureola alrededor de sus cabellos rojos.

-Vamos, entra -dijo tímidamente, apartándose para dejarle entrar-. Este es mi lugar secreto.

-Hum -dijo Mike, pasando junto a ella, percibiendo más su cálida presencia que de la pequeña habitación de debajo del alero, con su mesa, su lámpara apagada y una serie de sillas muy pequeñas. Un viejo sofá estaba debajo de las tablas desnudas del alero-. Una especie de club, ¿eh? -dijo, y se sintió como un idiota.

Michelle sonrió y se acercó más a él.

-¿Sabes por qué es especial este mes, Mikey?

«¿Mikey?»

-Porque es tu cumpleaños.

-Bueno, sí -dijo Michelle, acercándose otro paso. Mike pudo oler a jabón y a champú. La piel blanca de los brazos de la niña estaba ligeramente sonrosada por el resplandor de las bombillas de colores colgadas de las ramas en el exterior-. El doceavo cumpleaños de una chica es importante -dijo ella, casi en un murmullo-, pero hay cosas que le ocurren y que aún son más importantes; no sé si sabes lo que quiero decir.

-Claro -dijo Mike, casi en voz baja, porque ella estaba tan cerca.

No tenía la menor idea de lo que ella estaba hablando.

Michelle dio un paso atrás y se llevó un dedo a los labios, como pensando si debía decirle un secreto.

-¿Sabes que siempre me has gustado, Mikey?

-Pues... no -dijo sinceramente Mike.

-Es verdad. Desde que jugábamos juntos en el primer curso. ¿Recuerdas que jugábamos a papás y mamás en el patio de recreo? Tú eras el papá y yo la mamá.

Mike recordaba vagamente que había jugado a juegos de niñas durante parte del primer curso. Pero pronto había aprendido a ponerse del bando de los chicos en el patio de recreo.

-Desde luego -dijo con mucho más entusiasmo del que sentía.

Michelle se volvió a medias, haciendo una pirueta como de bailarina o algo parecido.

-Y yo, ¿te gusto, Mikey?

-Claro.

¿Qué se imaginaba que había de decir? ¿Que parecía un sapo? Y la verdad era que en aquel momento le gustaba mucho. Le gustaba su aspecto, su olor y el sonido suave de su voz, y le gustaba la cálida tensión de estar con ella, tan diferente del frío y mareante nerviosismo del resto de este loco verano...

-Sí -dijo-. Me gustas.

Michelle asintió con la cabeza, como si él hubiese dicho una palabra mágica. Dio dos pasos atrás, deteniéndose junto a la ventana, y dijo:

-Cierra los ojos.

Mike vaciló sólo un segundo. Con los ojos cerrados podía oler la paja del altillo contiguo, y una suave mezcla de petróleo, hormigón y madera de pino recién cortada, del garaje de abajo, y además, fugaz pero presente, el aroma del champú y de la carne cálida de ella.

Se oyó un suave frufrú, y Michelle murmuró:

-Ya está.

Mike abrió los ojos y sintió como si alguien le hubiese dado un fuerte golpe en el pecho.

Michelle Staffney se había quitado el vestido de fiesta y llevaba solamente un pequeño sujetador blanco y unas sencillas bragas también blancas. Mike tuvo la impresión de que nunca había visto nada con tanta claridad: los hombros blancos, las pecas doradas en los brazos y la parte superior del pecho, la curva blanca de los pequeños senos sobre la cinta

Librodot

elástica del sostén, los largos cabellos sueltos sobre la espalda, una aureola roja atravesada por la luz, la suave curva negra de las pestañas sobre las mejillas al abrir y cerrar los ojos. Mike trató de no quedarse boquiabierto al captar la curva de las caderas, la plenitud de los muslos blancos, y los finos tobillos con los calcetines blancos todavía puestos...

Michelle se acercó más y él pudo ver entonces el rubor en sus mejillas y que el cuello se le había puesto colorado. El murmullo de ella fue apenas audible:

-Mikey..., pensé que podríamos..., ya sabes..., mirarnos los dos.

Siguió acercándose, tanto que él habría podido rodearla con los brazos si éstos hubiesen podido funcionar. Ella le tocó el cálido pecho con una mano fresca.

Mike sintió más cerca el calor de su cara y se dio cuenta de que ella le había dicho algo.

-¿Qué?

Su voz sonó demasiado fuerte.

-Sólo he dicho -murmuró ella- que si te quitases la camisa yo me quitaría algo más.

Mike tuvo la impresión de que estaba en otra parte, observándose en la televisión en una pantalla de cine, mientras se quitaba la camisa por encima de la cabeza y la dejaba caer sobre el sofá. Sus brazos rodearon a Michelle, al volverse los dos ligeramente, de modo que la luz quedó detrás de él, y los cristales de la ventana de atrás a dos metros de su cara. La gente cantaba en el jardín.

-Ahora me toca a mí -murmuró Michelle.

Él pensó que iba a quitarse los calcetines; pero en vez de esto se llevó una mano a la espalda, y con un movimiento típicamente femenino que dejó a Mike sin aliento, se desabrochó el sujetador. Éste cayó al suelo entre los dos.

Mike no pudo dejar de mirar hacia abajo, advirtiendo al hacerlo que Michelle tenía los ojos cerrados o casi cerrados, con las largas pestañas cobrizas agitándose sobre las mejillas. Sus pechos eran blancos, suaves, con los pezones sin sobresalir aún de la rosada aureola que los rodeaba.

Michelle se cubrió con un antebrazo los pequeños pechos, como presa repentinamente de timidez, y se acercó más alzando la cara hacia la de Mike. Con una emoción tan fuerte que sintió vértigo, Mike se dio cuenta de que ella iba a besarle, de que debía besarla a su vez, y de que su boca y sus labios estaban ahora completamente secos.

Ella le rozó los labios con los suyos, echó la cara ligeramente atrás, como para mirarle con curiosidad, y le besó de nuevo, comunicándole su humedad.

Mike la abrazó, sintió que aumentaba su excitación y se dio cuenta de que ella también debía de sentirla, pero no se echó atrás. Pensó en la confesión, en la oscuridad del confesionario, con la voz suave e interrogadora del cura. Era la misma excitación que había sentido como cosa exclusivamente suya, y como un pecado solitario; pero no era lo mismo en absoluto; este calor entre los dos al abrazarse, el beso prolongándose indefinidamente, la excitación que sentía, la erección luchando contra los calzoncillos y los tejanos, excitación a la que correspondía Michelle con un suave movimiento de las caderas y de la parte inferior del cuerpo: todo esto pertenecía a un universo diferente del de los pensamientos y pecados solitarios que Mike había confesado en la oscuridad. Esto era un nuevo mundo de experiencias, y parte de la conciencia de Mike se daba cuenta de ello, aunque estuviese sumergida en la sensación, incluso cuando interrumpían por un segundo el beso para respirar prosaicamente, y después volvían a juntar sus labios, con la mano derecha de Michelle ahora sobre el pecho de él y resiguiéndolo con la palma, y los dedos de Mike apretando la curva perfecta de la espalda de ella y moviéndose para tocar sus pequeños omóplatos.

Cayeron de rodillas, moviéndose hacia la derecha para apoyarse en los cojines del sofá, sin perder el contacto un solo instante. Cuando el beso se interrumpió durante un segundo, Mike sintió los suaves jadeos de Michelle junto a su oído derecho, y se maravilló de lo bien que se adaptaba la curva de la mejilla de ella en la línea entre el cuello y la mandíbula inferior de él. Pudo sentir que ella se apretaba contra él y se dio cuenta de que nada en su vida le había preparado para la vertiginosa emoción de aquel segundo.

Librodot

Mike gustó el sabor de sus cabellos, los apartó delicadamente a un lado con la mano y abrió los ojos por un instante.

A menos de dos metros de él, a través de las pequeñas ventanas con cristales emplazadas en la pared a seis metros sobre el suelo del callejón de detrás del garaje, el padre Cavanaugh le contemplaba con ojos muertos y blancos.

Mike lanzó una exclamación y se echó atrás, golpeando el brazo del sofá.

La cara pálida y los hombros negros del padre Cavanaugh parecían flotar al otro lado de la ventana. Tenía la boca muy abierta, con la mandíbula inferior colgando, como la de un cadáver que nadie hubiese pensado en cerrar. Una baba marrón goteaba de sus labios y de su barbilla. Las mejillas y la frente del cura estaban salpicadas de lo que Mike creyó primero que eran cicatrices o costras, pero entonces se dio cuenta de que eran agujeros perfectamente redondos en la carne, cada uno de ellos de al menos dos centímetros de diámetro. Los cabellos de la aparición parecían flotar a su alrededor en una maraña electrificada. Los labios negros dejaban al descubierto unos dientes largos.

Los ojos del padre Cavanaugh estaban abiertos pero ciegos, de un blanco lechoso, con los párpados agitándose como en un ataque epiléptico.

Durante un segundo Mike estuvo seguro de que contemplaba el cadáver del sacerdote, de que alguien lo había alzado en un árbol con una cuerda alrededor del cuello; pero entonces la mandíbula se movió arriba y abajo, se oyó un ruido como de piedras repicando en un pequeño contenedor, y unos dedos como garfios arañaron el cristal de la ventana.

Michelle oyó también aquel ruido y se echó atrás, cubriéndose el pecho con los brazos y mirando por encima del hombro.

Debió de ver algo, aunque la cara muerta y los negros hombros se perdieron de vista como descendiendo en un ascensor hidráulico. Mike le tapó la boca con una mano cuando ella empezó a gritar.

-¿Qué? -consiguió decir Michelle cuando él aflojó la presión

-Vístete -murmuró Mike, sintiendo un latido en el costado, pero sin saber Si era suyo o de ella-. ¡Deprisa!

Treinta segundos más tarde rascaron en la ventana de atrás, pero estaban ya bajando la escalera del altillo. Mike en primer lugar, sintiendo desvanecerse la oleada de excitación sexual al ser sustituidas las hormonas que le habían dominado un momento antes por la química del terror.

-¿Qué? -murmuró Michelle, cuando se detuvieron junto a la puerta.

Se estaba sujetando los tirantes del vestido de fiesta y llorando en silencio.

-Alguien nos estaba espiando -murmuró Mike.

Miró a su alrededor buscando un arma, una horca, una pala, algo; pero las paredes estaban desnudas salvo por algunas correas gastadas.

Impulsivamente, Mike se inclinó hacia delante, besó a Michelle Staffney, rápida pero firmemente, y después abrió la puerta.

Nadie advirtió su regreso desde las sombras de debajo del roble.

31

Dale se estaba cansando de la fiesta y se disponía a marcharse solo cuando vio a Mike y a Michelle Staffney que doblaban la esquina de la casa.

Hacía algunos minutos que el padre de Michelle se movía entre los invitados, preguntando a los chicos si habían visto a su hija. El médico tenía una nueva máquina Polaroid y quería tomar algunas fotos antes de que empezasen los fuegos artificiales.

En un momento dado, Dale había cruzado la cocina y había recorrido el pasillo para usar el cuarto de baño -la única parte del interior de la casa abierta a los chiquillos en aquella noche memorable- y pasó por delante de una pequeña habitación llena de libros y donde estaba encendido un televisor, sin que nadie lo mirase. La pantalla mostraba a una multitud debajo

de banderas rojas, blancas y azules. Dale había prestado bastante atención a los acontecimientos mundiales, desde su visita del martes a la casa de Ashley-Montague para saber que esta noche era la penúltima de la Convención Demócrata. Dale entró y se entretuvo el tiempo suficiente para captar la esencia de lo que estaban diciendo Huntley y Brinkley: el senador Kennedy estaba a punto de ser nominado como candidato demócrata a la presidencia. Mientras Dale miraba la pantalla, un hombre sudoroso, entre la multitud, gritó por el micrófono: «¡Wyoming da los quince votos para el próximo presidente de Estados Unidos!»

La cámara mostró el número 763 superpuesto. La muchedumbre se volvió loca. David Brinkley dijo: «Wyoming ha hecho que supere la cifra necesaria.»

Dale acababa de volver al exterior cuando Mike y Michelle salieron de las sombras del patio posterior, y Michelle se reunió con un grupo de amiguitas y entró corriendo en la casa, mientras Mike miraba atribulado a su alrededor.

Dale se acercó a él.

-¡Eh! ¿Estás bien?

No lo parecía. Estaba pálido, con los labios blancos, y tenía una fina capa de sudor sobre la frente y el labio superior. Tenía cerrado el puño derecho y temblaba ligeramente.

-¿Dónde está Harlen? -fue todo lo que respondió.

Dale señaló un grupo de chicos donde estaba Harlen, contando su terrible accidente, diciendo que estaba trepando al tejado de Old Central por una apuesta cuando una ráfaga de viento le había hecho caer desde una altura de quince metros.

Mike se acercó y tiró bruscamente de Harlen, apartándole del grupo.

-Eh, ¿qué diablos...?

-Dámela -ordenó Mike en un tono que Dale no había oído nunca a su amigo. Éste chascó los dedos delante de Harlen-. ¡Deprisa!

-Que te dé, ¿qué? -empezó a decir Jim, visiblemente dispuesto a discutir.

Mike le golpeó con fuerza el cabestrillo, el chico hizo una mueca de dolor. Chascó de nuevo los dedos.

-Dámela. Ahora mismo.

Ni Dale ni nadie a quien éste conociese, y mucho menos Jim Harlen, se habría atrevido a desobedecer a Mike O'Rourke en aquel momento. Dale se imaginó que incluso un adulto habría dado a Mike lo que éste pedía.

Harlen miró a su alrededor, sacó la pequeña pistola del 38 de su cabestrillo y se la tendió a Mike.

Este la miró para asegurarse de que estaba cargada, y la sostuvo junto a su costado, casi casualmente, pensó Dale, de manera que nadie habría mirado dos veces su mano derecha y la pistola, a menos que supiese que la llevaba. Entonces se marchó, dirigiéndose al granero con largas y rápidas zancadas.

Dale miró a Harlen, que arqueó una ceja, y después se confundieron los dos con la multitud de chiquillos que corrían hacia el jardín de delante, donde el doctor Staffney estaba haciendo fotos con su cámara mágica, mientras algunos amigos montaban el castillo de fuegos artificiales.

Mike pasó al lado sur del granero, internándose en la sombra que allí había. Se situó junto a la pared, con la mano derecha levantada y el corto cañón reflejando la última luz de las bombillas encendidas en lo alto. Giró en redondo cuando entraron Dale y Harlen en la sombra, y entonces les hizo seña de que se arrimasen a la pared.

Mike llegó al extremo del granero, pasó alrededor de algunos arbustos, agachándose para mirar debajo de ellos, y se volvió, apuntando con la pistola al oscuro callejón. Dale miró a Harlen, recordó el relato de Jim de cuando había huido del camión de recogida de animales muertos por este mismo callejón. «¿Qué había visto Mike?»

Doblaron la esquina de atrás del granero. Un solo farol a media manzana de distancia, en el callejón, parecía acentuar incluso su oscuridad, las negras masas de follaje y las siluetas, en negro sobre negro, de otros graneros, garajes y dependencias. Mike llevaba levantada la

Librodot

pistola y ladeaba el cuerpo, como dispuesto a disparar hacia el norte en el callejón; pero tenía vuelta la cabeza y miraba hacia el bosque de detrás del garaje de los Staffney. Dale y Harlen se acercaron más y miraron también.

Dale tardó un minuto en ver las irregulares hileras de muescas que subían hasta la pequeña ventana situada a más de seis metros encima de ellos. Parecía como si un operario de teléfonos hubiese empleado sus botas con garfios para subir por la pared vertical de madera. Dale se volvió a mirar a Mike.

-¿Viste al...?

-¡Shhh!

Mike hizo un ademán, imponiéndoles silencio, y cruzó el callejón, acercándose a un alto frambueso que había al otro lado.

Dale pudo oler las frambuesas en la oscuridad al ser pisado el fruto. De pronto olió algo más... un fétido olor animal.

Mike les indicó de nuevo que se echasen atrás y entonces levantó la pistola, apuntando hacia el oscuro arbusto a la altura de la cabeza, con el brazo derecho estirado y firme. Dale oyó claramente el chasquido del percutor al ser echado atrás.

Allí había algo blanco, el pálido esbozo de una cara entre las ramas negras, y después se oyó un gruñido grave, profundo, surgido del pecho de alguna criatura grande.

-¡Dios mío! -exclamó frenéticamente Harlen-. ¡Dispara! ¡Dispara!

Mike conservó la puntería, con el pulgar todavía en el percutor, sin que le temblara el brazo, mientras la cara blanca y la masa oscura demasiado grande y extraña para ser un ser humano se separaban del frambueso y avanzaban en su dirección.

Dale se echó atrás contra la pared de madera del granero, sintiendo el corazón en la garganta y dándose cuenta de que Harlen iba a echar a correr. Y Mike no disparaba aún.

El gruñido creció en intensidad; unas patas escarbaron la ceniza y la grava del callejón; brillaron unos dientes bajo la débil luz que allí había.

Mike separó los pies y esperó, mientras avanzaba aquella cosa.

-¡Quietos, malditos perros! -dijo una voz quejumbrosa, surgiendo de aquella cara pálida y redonda.

La última palabra había sido pronunciada como «pegos».

-Cordie -dijo Mike, y bajó el arma.

Dale pudo ver ahora que los dientes y los cuerpos oscuros a ambos lados de Cordie pertenecían a dos perros muy grandes; uno de ellos un doberman y el otro un cruce de pastor alemán. Cordie los sujetaba con unas correas cortas que parecían de cuero sin curtir.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó Mike, mirando todavía arriba y abajo en el callejón, más que a ella.

-¿No podría yo preguntar lo mismo? -replicó Cordie Cooke.

Dale oyó la última palabra como «mizmo».

Mike hizo caso omiso de la pregunta que acababa de oír, si es que era una pregunta.

-¿Has visto a alguien aquí? ¿A alguien... extraño?

Cordie emitió algo que parecía una risa y los dos perros la miraron rápidamente, lamiéndose el hocico, esperando a ver si debían sentirse felices con ella.

-Muchos tipos extraños andan por aquí de noche estos días. ¿Piensas en alguien en particular?

Mike se volvió, como si estuviese hablando a Dale y a Harlen tanto como a la muchacha.

-Yo estaba allá arriba -señaló con la pistola hacia la ventana encima de ellos- y vi algo al otro lado de la ventana. Alguien. Alguien muy... extraño.

Dale miró hacia el negro cristal y pensó: «,Con Michelle?» Sabía que la prioridad que daba a esta idea era una estupidez, pero de todos modos le dolía. Harlen se limitó a mirar con ceño la ventana y después a Mike, sin comprender. Dale se dio cuenta de que Harlen no había visto salir juntos de la sombra a Mike y Michelle.

-Acabo de llegar -dijo Cordie-. Yo, Belcebú y Lucifer hemos bajado a ver quién está en la fiesta de los mocosos este año.

Harlen se acercó más y miró a los perros.

-¿Belcebú y Lucifer?

Los perros gruñeron y dieron unos pasos atrás.

-Pensaba que te habías trasladado -dijo Dale-. Pensaba que tu familia se había trasladado.

Estuvo a punto de decir «trazladado». El habla de Cordie era contagioso.

Aquel vestido que parecía un saco subió y bajó con lo que podía ser un encogimiento de hombros. Los grandes perros volvieron de nuevo la atención a su dueño... o a su dueña..., lo que fuese.

-Mi padre se largó -dijo Cordie con voz monótona-, No podía soportar aquellas malditas cosas nocturnas. Nunca sirvió para nada. Mi madre, los gemelos, mi hermana Maureen y su inútil amigo, Berk, se fueron a casa del primo Sook, en Oak Hill.

-¿Y dónde vives tú? -preguntó Mike.

Cordie le miró fijamente, como extrañándose de que alguien pudiese pensar que era tan estúpida como para contestar a esa pregunta.

-En algún lugar seguro -dijo brevemente-. ¿Por qué me apuntabas con ese cacharro de Jimmy? ¿Creías que era una de esas cosas nocturnas?

-Cosas nocturnas -repitió Mike-. ¿Las has visto tú?

Cordie resopló de nuevo.

-¿Por qué coño crees que abandonaron la casa mi padre, mi madre y mis hermanos? ¿Eh? Aquellas malditas cosas venían casi todas las noches, y a veces durante el día.

-¿Tubby? -preguntó Dale con voz tensa.

«La pálida masa debajo del agua negra, los ojos abriéndose como los de un muñeco.»

-Tubby, aquel soldado, la vieja muerta y algunos otros. Había que verlos, aunque no quedaba mucho más que huesos y harapos.

Dale sacudió la cabeza. Había algo en la sencilla aceptación del loco rumbo de los acontecimientos por parte de Cordie que le daba ganas de reír entre dientes y a carcajadas, y de seguir riendo.

Mike levantó la mano izquierda, se detuvo cuando los perros se pusieron a gruñir y tocó a Cordie en el hombro. Ésta pareció sobresaltarse.

-Siento que no hayamos ido a verte -dijo él-. Hemos estado tratando de averiguar lo que pasa, corriendo de un lado a otro o luchando. Tendríamos que haber pensado en ti.

Cordie inclinó la cabeza, en actitud casi canina.

-¿Pensar en mí? -Su voz era extraña-. ¿De qué diablos estás hablando, O'Rourke?

-¿Dónde está tu escopeta? -preguntó Harlen.

Cordie resopló una vez más.

-Los perros son mejores que aquella vieja escopeta. La tengo, pero si aquellas cosas vienen de nuevo tras de mí, les soltaré los perros.

«Así.»

Mike había andado hacia el norte por el callejón, y ahora los otros le siguieron. Sus zapatos y las uñas de los perros crujían suavemente sobre la gravilla. Sonó una aclamación en el jardín de delante de los Staffney, pero pareció un ruido muy lejano.

-Entonces han tratado de pillarte también a ti, ¿no? –preguntó Mike.

Cordie escupió en la hierba oscura.

-Hace dos noches, Belcebú arrancó casi toda la mano izquierda a aquella cosa que había sido Tubby. Quería agarrarme.

-¿Dónde? -preguntó Harlen. Estaba mirando por encima del hombro hacia los oscuros arbustos y el sombrío césped de ambos lados, moviendo la cabeza como un metrónomo.

Cordie no respondió.

-¿Queréis ver algo que es más extraño que vuestro hombre de la ventana? -preguntó.

Librodot

Dale creyó oír las palabras que se formaban en su mente: «No, aunque gracias de todos modos.» Pero no dijo nada. Harlen estaba demasiado ocupado mirando las sombras para poder hablar.

-¿Dónde? -preguntó Mike.

-No está lejos. Aunque si tenéis que volver a la fiesta de la señorita Bragas de Seda, lo comprenderé.

«¿Y si no es Cordie?», pensó Dale. «¿Y si ellos la han pillado?» Pero parecía Cordie, hablaba como Cordie, olía como Cordie.

-¿Dónde? -insistió Mike.

Se había detenido. Estaban a unos treinta metros del granero de los Staffney y todavía no habían llegado al único farol que había a lo largo de todo el callejón. Ladraban perros en muchos jardines, pero Belcebú y Lucifer hacían caso omiso de ellos, con un desdén majestuoso.

-En la vieja cooperativa del grano -dijo Cordie, después de una pausa.

Dale hizo una mueca. Los abandonados ascensores del grano estaban a menos de quinientos metros de donde se hallaban. Había que ir hasta Catton Road, cruzar la vía férrea y bajar luego por el viejo camino que había conectado el pueblo con la carretera del vertedero. Los montacargas habían sido abandonados desde que el ferrocarril de Monon había interrumpido el servicio a Elm Haven a principios de los años cincuenta.

-Yo no voy a ir allí -dijo Harlen-. Olvidadlo. No me convenceréis.

Miró por encima del hombro hacia un súbito ruido, al tirar un perro del tamaño de la cabeza de Belcebú de su correa para soltarse en uno de los patios de atrás.

-¿Qué hay allí? -dijo Mike, guardando la pistola bajo el cinto de los tejanos.

Cordie iba a decir algo pero se interrumpió. Respiró hondo y profundamente.

-Tenéis que verlo -dijo al fin-. Yo no entiendo lo que significa, pero estoy segura de que no lo creeréis si no lo veis.

Mike miró hacia atrás, hacia el ruido de la fiesta de los Staffney.

-Necesitaremos una luz.

Cordie sacó una pesada linterna de cuatro pilas de un hondo bolsillo de su vestido. Al encenderla, un fuerte rayo iluminó las ramas a doce metros por encima de ellos. Después la apagó.

-Vamos allá -dijo Mike.

Dale los siguió a través de la luz amarilla proyectada por el farol, pero Harlen se quedó atrás.

-Yo no voy -dijo.

Mike se encogió de hombros.

-Bueno, pues vuelve. Ya te devolveré la pistola.

Y siguió andando, con Dale, Cordie y los dos perros.

Harlen corrió para alcanzarlos.

-¡Nada de eso! Quiero que me la devuelvas esta noche.

Dale sospechó que no quería caminar a solas la media manzana que le separaba de la fiesta.

No había faroles en Catton Road cuando llegaron al final del callejón y pisaron la gravilla de la calzada. Los campos de maíz del norte susurraban bajo una débil brisa que llevaba su aroma nocturno hasta ellos. Las estrellas eran muy brillantes.

Con Cordie y los perros abriendo la marcha, torcieron al oeste hacia la vía del ferrocarril y la oscura línea de árboles que tenían delante.

Los cuerpos muertos pendían de ganchos.

Vista desde fuera, la puerta del viejo depósito de grano parecía cerrada con seguridad, con el pesado candado y la cadena en su sitio. Pero Cordie les había mostrado que la barra de

metal que sostenía el candado podía ser desprendida con poco esfuerzo del marco de madera carcomido.

Los perros no quisieron entrar, gimieron, tiraron de las correas y pusieron los ojos en blanco.

-No les importa perseguir a los muertos que se mueven -dijo Cordie, atándolos a un puntal junto a la puerta-. Pero lo que hay ahí dentro no les gusta. No les gusta el olor.

A Dale tampoco le gustó. El ala principal del almacén tenía veinticinco o treinta metros de largo y tres pisos de alto, y el techo estaba cruzado por vigas transversales de madera y de hierro. De una de ellas pendían las criaturas muertas.

Cordie iluminó aquellas cosas con su linterna, mientras los muchachos se tapaban la nariz y la boca con las camisetas, avanzando despacio y abriendo y cerrando los ojos ante aquel hedor. El aire estaba lleno de moscas que zumbaban.

Cuando Dale vio por primera vez los cadáveres, la carne hecha jirones y los huesos mondos, creyó que eran humanos. Pero después reconoció un cordero, y después un becerro, con las patas de atrás atadas, colgado cabeza abajo, con el cuello arqueado de un modo inverosímil y con la boca abierta en una sonrisa obscena, y después otro cordero, y un perro grande, y un becerro más grande... Había al menos veinte cuerpos colgando sobre el largo canalón hecho con bidones partidos de doscientos litros de petróleo.

Cordie se acercó al ternero y apoyó una mano en el cuello casi cortado.

-¿Os dais cuenta de lo que han hecho? Creo que los colgaron aquí antes de degollarlos -señaló-. La sangre corre hacia abajo, a lo largo del canalón, y pasa por aquel desagüe, de manera que pueden cargarla sin tener que llevarla en cubos al exterior.

-¿Cargarla? -preguntó Dale, y entonces se dio cuenta de lo que había querido decir.

Alguien había empleado el canalón para transportar la sangre hasta la plataforma de carga, «¿para llevarla dónde?»

De pronto Dale se sintió aturdido y mareado por el hedor de la carne corrompida, el penetrante olor de la sangre y el fuerte zumbido de un millón de moscas. Se acercó tambaleándose a una ventana, forzó el viejo pestillo, levantó el cristal móvil y aspiró el aire fresco. Los árboles se apretaban oscuros en el exterior. Enmohecidos raíles reflejaban la luz de las estrellas.

-¿Conocías este lugar? -preguntó Mike a Cordie.

Su voz tenía un tono extraño.

La muchacha se encogió de hombros e iluminó las vigas con la linterna.

-Hace unos pocos días. Una de esas cosas llamó la atención a mis perros la otra noche. Seguimos el rastro de sangre hasta aquí.

Harlen estaba tratando de utilizar la punta del cabestrillo como máscara. Su cara parecía muy pálida encima de la seda negra.

-¿Sabías esto y no lo habías dicho a nadie?

Cordie volvió la luz de la linterna sobre Harlen.

-¿A quién iba a decirlo? -dijo simplemente-. ¿Al viejo director de nuestro colegio? ¿Al estúpido de Barney? ¿O a nuestro juez de paz? Dime.

Harlen apartó la cara de la luz.

-Habría sido mejor que no decirlo a nadie.

Cordie echó a andar a lo largo de la hilera de cuerpos muertos, proyectando la fuerte luz de la linterna primero en las costillas y la carne y luego en el enmohecido y ensangrentado canalón. Bajo el resplandor de la linterna, la sangre parecía negra y espesa, como melaza. El canalón estaba tan lleno de moscas que daba la impresión de que el metal se movía.

-Os lo he dicho a vosotros, ¿no? -dijo Cordie-. Lo que me ha decidido a contarlo a alguien ha sido lo que he encontrado hoy.

Había llegado al final de la hilera de animales muertos, en la parte de atrás del almacén. Enfocó la linterna hacia arriba.

-¡Dios mío! -exclamó Harlen, saltando hacia atrás.

Mike llevaba la pistola junto al costado desde que habían entrado. Ahora la levantó y avanzó.

El hombre que pendía de allí había sido colgado como los animales, con las piernas atadas con un alambre sujeto a un viejo gancho de hierro. A primera vista, su cuerpo era muy parecido a los del cordero y los becerros: desnudo, con las costillas sobresaliendo de la carne blanca, y el cuello cortado tan limpiamente que la cabeza estaba a punto de desprenderse. Dale pensó que el cuello parecía la boca de un gran tiburón blanco, con jirones de carne y cartílagos en vez de dientes. La parte de debajo del mentón del hombre estaba tan embadurnada que parecía como si alguien le hubiese arrojado varios cubos de pintura roja.

Cordie se subió al canalón, y sin dejar de enfocar el cadáver con la linterna agarró los cabellos y tiró hacia delante de la cabeza.

-¡Dios mío! -exclamó Dale.

La pierna derecha le empezó a vibrar automáticamente y se llevó una mano al muslo para sujetarla.

-J. P. Congden -murmuró Mike-. Ya veo por qué no podías decirlo al juez de paz.

Cordie soltó la cabeza.

-Es nuevo -dijo-. Ayer no estaba aquí. Pero venid y mirad una cosa.

Los muchachos avanzaron arrastrando los pies; Harlen, sosteniendo el cabestrillo delante de la cara; Mike, sin bajar la pistola, y Dale sintiendo que le flaqueaban las piernas. Se alinearon delante del canalón como hombres sedientos en un bar.

-¿Veis esto? -dijo Cordie, agarrando de nuevo a J. P. Congden por los pelos y tirando de él hasta que el cadáver quedó bajo la luz y el alambre chirrió encima de ellos-. ¿Lo veis?

El hombre tenía la boca abierta de par en par, como paralizada en mitad de un grito. Uno de los ojos les miraba ciegamente, pero el otro estaba casi cerrado. La cara se hallaba manchada de sangre coagulada de la herida del cuello. Pero había algo más.

Las sienes del que había sido juez de paz estaban salpicadas de pequeñas heridas y el cuero cabelludo colgaba a medias del cráneo, como si unos indios hubiesen empezado a cortárselo y después hubiesen desistido.

-También los hombros -dijo Cordie, hablando todavía con voz monótona pero vagamente interesada, como Dale imaginaba que debían de hablar el padre de Digger o un médico forense durante un embalsamamiento o una autopsia-. ¿Veis lo de los hombros?

Se veían orificios y cortes. Parecía que alguien le hubiese pinchado unas docenas de veces con una hoja afilada y perfectamente redonda, insuficiente para matarle pero en todo caso terrible.

Mike fue el primero en comprenderlo.

-Una escopeta de perdigones -dijo, mirando a los otros dos muchachos-. Le alcanzó el borde de la ráfaga.

Dale tardó un minuto en interpretarlo. Entonces recordó. «Uno de los hombres corriendo desde el campamento directamente hacia el sitio donde estaba escondido Mike. Después el estampido de la escopeta de éste. La gorra del hombre volando por los aires y él cayendo sobre la hierba.»

Dale volvió a sentirse mareado y se dirigió de nuevo a la ventana, apoyándose en el polvoriento antepecho para conservar el equilibrio. Pasaron moscas zumbando hacia el almacén.

Cordie soltó el cadáver.

-Me pregunté si su propia gente habría hecho esto o si alguien más estaba luchando contra esas cosas.

-Salgamos fuera -dijo Mike con voz súbitamente temblorosa-. Hablaremos.

Dale había estado mirando hacia los negros árboles, respirando hondo y dejando que sus ojos se adaptasen a la oscuridad, cuando de pronto estalló la noche con luz y ruido. Se apartó de la ventana y rodó sobre las toscas tablas.

Mike agarró la linterna de Cordie, la apagó e hincó una rodilla en el suelo, levantando la pistola. Harlen empezó a correr, tropezó con el canalón y casi cayó dentro de él, hundiendo el brazo ileso en la sangre coagulada. Un millón de moscas levantaron el vuelo.

La habitación quedó súbitamente iluminada por los estallidos de luz del exterior: primero un blanco de fósforo; después un rojo brillante, y luego un verde que hizo que los cuerpos muertos colgantes pareciesen cubiertos de un moho resplandeciente. La luz penetraba a través de los cristales polvorientos, seguida del ruido de las explosiones en el aire que se dejaban oír con más fuerza a través de la ventana que Dale había abierto. Sólo Cordie Cooke permaneció exactamente donde estaba, con la cara redonda levantada y los ojos entrecerrados para protegerlos de la luz. Fuera, los perros se volvían locos.

-¡Mierda! -farfulló Harlen, enjugándose la mano en los tejanos y dejando en ellos unas manchas pardas. Las explosiones de fuera aumentaron en número e intensidad-. Son los malditos fuegos artificiales de Michelle Staffney.

Todos lanzaron suspiros de alivio y se relajaron. Dale se puso a cuatro patas, volviéndose para mirar las sombras y observar los cuerpos colgados que aparecían y desaparecían con la caprichosa luz de los cohetes: verde y roja, roja, carne desnuda, costillas salientes y cuellos cortados, azul, azul y roja, blanca, roja, roja, roja... Dale sabía que estaba viendo algo que no olvidaría en su vida. Y algo que querría olvidar mientras viviese.

Sin decirse nada, volvieron a colocar la barra de metal y el candado detrás de ellos, se internaron en la noche y cogieron el camino para volver al pueblo.

32

El viernes quince de julio no tuvo aurora. Las nubes eran bajas y pesadas y el cielo sólo palideció en un tono gris más claro al pasar de la noche a la mañana. Pero aunque las nubes continuaron bajas y amenazadoras durante todo el día, no se produjo la anunciada tormenta. El calor húmedo lo envolvía todo.

A las diez de la mañana todos los muchachos se habían reunido en la baja pendiente del jardín de delante de Kevin Grumbacher y contemplaban Old Central con los gemelos de Mike, mientras hablaban en voz baja.

-Me gustaría verlo con mis ojos -decía Kevin.

Su expresión era insegura.

-Adelante -dijo Jim Harlen-. Yo no iré. Puede que ahora haya allí más cadáveres. Tal vez añadan los vuestros a la hilera.

-Nadie va a ir -dijo suavemente Mike, que estaba mirando las ventanas y puertas entabladas del viejo colegio.

-Me pregunto en qué emplearán la sangre -dijo Lawrence.

Estaba tumbado de bruces en la pendiente, mordisqueando unas hojas de trébol.

Nadie expuso ninguna teoría.

-No importa en lo que la empleen -dijo Mike-. Sabemos que la cosa está allí, la cosa disfrazada de campana, y que exige sacrificios. Se alimenta del dolor y del miedo. Dale, lee aquella parte del libro que le cogiste a Ashley-Montague.

Harlen resopló.

-Sería más exacto decir que robaste a Ashley-Montague.

-Lee, Dale -dijo Mike sin bajar los prismáticos.

Dale hojeó el libro.

-«La muerte es la corona de todo» -leyó Dale-, así lo dice *El Libro de la Ley*. Ágape es igual a noventa y tres, siete uno ocho es igual a Estela seis seis seis, dice el Apocalipsis de la Cábala...

-Lee lo otro -dijo Mike. Bajó los prismáticos. Tenía los ojos muy cansados-. Lo que trata de la Estela Reveladora.

-Es una especie de poema -dijo Dale, bajando la gorra de béisbol sobre los ojos.

Librodot

Mike asintió con la cabeza.

-Léelo.

Dale se puso a leer, dando a su voz un ritmo de sonsonete:

La Estela es la Madre y el Padre del Mago,
la Estela es la Boca y el Ano del abismo,
la Estela es el Corazón y el Hígado de Osiris;
en el Equinoccio Final
el trono de Osiris en el Este
mirará al trono de Horus en el Oeste
y los días se contarán así.
La Estela exigirá el Sacrificio
de pasteles, perfumes, escarabajos y
sangre del inocente.
La Estela recompensará a los que la sirven.
Y en el Despertar de los Días Finales,
la Estela estará formada por dos
de los Elementos: tierra y aire,
y sólo podrá ser destruida por los
dos últimos.
Porque la Estela es la Madre y el Padre del Mago,
porque la Estela es la Boca y el Ano del Abismo.

Los muchachos estaban sentados en círculo. Por fin dijo Lawrence:

-¿Qué es un ano?

-Lo que tú eres -dijo Harlen.

-Es un planeta -dijo Dale-. Como Urano, ¿sabes?

Lawrence asintió con la cabeza.

-¿Qué son los otros dos como se llamen? -dijo Harlen-. Los otros dos elementos. Los que podrían destruir la Estela.

Kevin cruzó los brazos.

-Tierra, aire, fuego y agua -dijo-. Los griegos y otros antes que ellos creían que eran la base de todo. La tierra y el aire crean las cosas, el fuego y el agua pueden destruirlas.

Mike cogió el libro y lo sostuvo, como tratando de sacar algo más de él.

-Que Dale y yo sepamos, es la única mención que se hace de la Estela Reveladora en este libro.

-Y sólo tenemos las notas de Duane para indicar que la Estela tiene algo que ver con todo esto -dijo Harlen.

Mike dejó el libro.

-Duane y su tío Art. Y los dos están muertos.

Kevin miró su reloj.

-Bueno, ¿de qué nos sirve esto?

Mike se echó atrás.

-Cuéntanos otra vez lo del camión de la leche de tu padre.

La voz de Kevin tomó algo del tono de letanía que había empleado Dale.

-Es un camión cisterna de siete mil quinientos litros -dijo-. La cuba es toda de acero inoxidable. Mi padre toma el camión cada mañana, excepto los domingos, y recoge la leche de los depósitos de las granjas. Sale temprano, generalmente a eso de las cuatro y media de la mañana, y sigue dos trayectos. A días alternos. Además de llevar la leche a la planta, coge muestras, las pesa, comprueba la calidad y maneja la bomba.

»Nuestro camión tiene una bomba centrífuga que funciona a mil ochocientas revoluciones por minuto, mucho más deprisa que las bombas que van con motor eléctrico. Éstas sólo

alcanzan unas cuatrocientas revoluciones por minuto. Mi padre puede trasvasar unos doscientos ochenta litros por minuto del depósito de la granja a su cuba. Necesita una corriente de doscientos treinta voltios para hacerlo, pero todas las granjas las tienen.

»En el compartimiento de atrás del camión tiene un platillo de pruebas y líquido refrigerante. Allí está también la bomba. La manga se adapta a los compartimientos rojos del costado, que se parece un poco a los costados de los camiones de los bomberos.

»A veces yo le acompaño, pero generalmente no vuelve a casa hasta las dos de la tarde, y yo tengo cosas que hacer; así que me gano la asignación frotando la cuba, limpiando el camión y proveyéndolo de gasolina.

Kevin se interrumpió para respirar.

-Muéstranos otra vez la bomba de gasolina -dijo Mike.

Los cinco muchachos se dirigieron hacia el extremo norte de la casa. El señor Grumbacher había construido allí un gran cobertizo metálico para albergar el camión, y entre la doble puerta y la casa estaban el espacio enarenado para dar vuelta al vehículo y la bomba de gasolina. Dale siempre había considerado muy adecuado que su vecino tuviese su propio surtidor.

-La fábrica de productos lácteos contribuyó a pagarlo -dijo Kevin-. La Texaco de Ernie no abre temprano los fines de semana, y ellos no querían que papá tuviese que ir a repostar a Oak Hill.

-Dínoslo otra vez -dijo Mike-. ¿Qué capacidad tiene el depósito subterráneo?

-Cuatro mil quinientos litros -dijo Kevin.

Mike se frotó el labio inferior.

-Menos que la cuba.

-Si.

-La bomba tiene una cerradura -dijo Mike.

Kevin la golpeó.

-Sí, pero mi padre guarda la llave en el cajón de la derecha de su mesa. Y el cajón no está cerrado.

Mike asintió con la cabeza y esperó.

-La tapa del tanque está allí, en el suelo -dijo Kevin señalando-. También tiene una cerradura, pero la llave está en el mismo llavero que la de la bomba.

Los muchachos guardaron silencio durante un momento. Mike paseaba arriba y abajo, con las bambas haciendo chirriar suavemente la gravilla.

-Bueno, creo que es asunto resuelto.

Pero no parecía muy convencido.

-¿Por qué el domingo por la mañana? -preguntó Dale-: ¿Por qué no mañana, el sábado por la mañana? ¡U hoy?

Mike se pasó la mano por el pelo.

-El domingo es el único día que el padre de Kevin se queda en casa. Y tiene que ser temprano, porque por la tarde hay demasiado bullicio. La hora mejor es después de salir el sol. A menos que alguno de vosotros quiera hacerlo de noche.

Dale, Kev, Lawrence y Harlen se miraron sin decir nada.

-Además -prosiguió Mike-, el domingo parece lo más adecuado. -Miró a su alrededor, como un sargento revisando a su tropa-. Mientras tanto, podremos prepararnos.

Harlen chascó los dedos.

-Esto me recuerda que tengo una sorpresa para vosotros. –Los condujo hacia el sitio donde estaba tirada su bici sobre el césped. Una bolsa de la compra colgaba del manillar; Harlen sacó dos walkie-talkies de ella-. Tú dijiste que esto podría ser conveniente -dijo a Mike.

-¡Oh! -dijo éste, cogiendo uno de los aparatos. Pulsó un botón y sonaron los parásitos-. ¿Cómo los has conseguido de Sperling?

Harlen se encogió de hombros.

Librodot

-Volví un momento a la fiesta la noche pasada. Todos estaban fuera, comiendo pasteles. Sperling había dejado esto sobre una de las mesas. Pensé que si una persona no tiene cuidado con algo, es que en realidad no le interesa. Además, sólo es un préstamo.

-Ya -dijo Mike.

Abrió un resorte y comprobó las pilas.

-Las he puesto nuevas esta mañana -dijo Harlen-. Estos aparatos funcionan muy bien hasta una distancia de un kilómetro y medio. Lo comprobé con mi madre esta mañana.

Kevin arqueó una ceja.

-¿Y dónde le dijiste que los habías conseguido?

Harlen sonrió.

-Como un premio en la fiesta de los Staffney. Ya sabéis cómo son los ricos. Grandes fiestas, grandes premios...

-Hagamos una prueba -dijo Lawrence, cogiendo uno de los walkie-talkies y saltando sobre su bici.

Un minuto después se había perdido de vista en la Segunda Avenida.

Los muchachos se tumbaron sobre la hierba.

-De la Base a Explorador Rojo -dijo Mike por la radio-. ¿Dónde estás? Cambio.

La voz de Lawrence sonó débil y mezclada con parásitos, pero era perfectamente audible.

-Acabo de pasar por delante de la cooperativa. He visto a tu madre trabajando allí, Mike.

Harlen agarró el walkie-talkie.

-Di «cambio». Cambio.

-¿Cambio-cambio? -dijo la voz de Lawrence.

-No -gruñó Harlen-. Sólo cambio.

-¿Por qué?

-Dilo sólo cuando acabes de hablar, para que sepamos que has terminado. Cambio.

-Cambio -dijo Lawrence, resoplando.

Por lo visto estaba pedaleando de firme.

-No, estúpido -dijo Harlen-. Di algo más, y después di «cambio»

-Bueno, vete a la porra, Harlen. Cambio.

Mike cogió de nuevo la radio.

-¿Dónde estás?

La voz de Lawrence se estaba debilitando.

-Acabo de pasar por delante del parque y sigo hacia el sur por Broad. -Y después de un momento de silencio-: Cambio.

-Es casi un kilómetro y medio -dijo Mike-. Muy bien. Ahora puedes volver a la base, Explorador Rojo. -Miró a Harlen-. Diez-cuatro.

-¡Maldita sea! -dijo la vocecilla del niño.

Dale agarró el walkie-talkie.

-No maldigas, ¡maldita sea! ¿Qué pasa?

La voz de Lawrence era muy débil. Más que afectada por la distancia, parecía como si hablara en voz muy baja.

-¡Eh...! Acabo de descubrir dónde está el camión de recogida de animales muertos.

Tardaron menos de media hora en terminar de llenar las botellas de Coca cola con gasolina. Dale había traído los trapos.

-¿Y qué pasa con el contador de la bomba? -dijo Mike-. ¿No lleva tu padre la cuenta de los litros que gasta?

Kevin asintió con la cabeza.

-Como soy yo quien acostumbra a llenar el camión, soy quien lo anoto. No se dará cuenta de estos pocos litros.

Pero no parecía gustarle el engaño.

-Está bien -dijo Mike. Se agachó para dibujar en el polvo de detrás del cobertizo, mientras Dale y Lawrence depositaban cuidadosamente las botellas de Coca cola en una caja de leche que había traído Kev-. Así está la cosa -dijo Mike. Dibujó Main Street y después Broad por delante del parque. Utilizó la ramita que tenía en la mano para trazar el paseo circular de la vieja mansión Ashley-Montague-. ¿Estás seguro de que el camión estaba allí detrás? -preguntó a Lawrence-. ¿Y de que era el de recogida de animales muertos?

Lawrence pareció indignado.

-¡Claro que estoy seguro!

-¿Entre esos árboles? ¿En el viejo huerto de detrás de las ruinas?

-Sí, y está todo cubierto de ramas y de una red y de porquería. Como eso que usan los soldados

-Camuflaje -dijo Dale.

Lawrence asintió enérgicamente con la cabeza.

-Bueno -dijo Mike-. Ahora sabemos dónde ha estado. Y tiene sentido, aunque parezca extraño. La cuestión es si estamos todos de acuerdo en hacer algo hoy.

-Ya lo hemos votado -saltó Harlen.

-Sí -dijo Mike-, pero sabéis lo peligroso que es.

Kevin cogió un puñado de gravilla y de tierra, dejando que el polvo se filtrase entre sus dedos.

-Creo que sería más peligroso dejar al camión tranquilo hasta el domingo. Además, en cualquier caso, si esperamos, el camión podrá intervenir.

-Y también las cosas subterráneas -dijo Mike-. Sean lo que sean.

Kevin pareció pensativo.

-Sí, pero no podemos hacer nada al respecto. Si el camión se ha ido, una variable importante queda eliminada.

-Además -dijo Dale con una voz tan seca como un ruido de pedernal sobre el acero-, Van Syke y aquel maldito camión trataron de matar a Duane. Probablemente fue allí donde él murió.

Mike utilizó la ramita con la que dibujaba para rascarse la frente.

-Muy bien, lo votamos. Estuvimos de acuerdo. Ahora hay que hacerlo. La cuestión es dónde y quién. Dónde esperaremos los demás y quiénes serán los señuelos.

Los cuatro muchachos se juntaron más para mirar el tosco plano del pueblo que había dibujado Mike.

Harlen bajó la mano ilesa sobre el punto que representaba la mansión Ashley-Montague.

-¿Y si nos limitásemos a atacarlo donde está? La casa se encuentra allí casi totalmente quemada.

Mike utilizó la ramita para ahondar el agujero en el polvo.

-Sí, eso está muy bien si el camión está vacío. Pero, ¿y si hace lo que creemos que podría hacer?

-Podemos atacarlo allí -dijo Harlen.

-¿Podemos? -Los ojos grises de Mike se fijaron en los de su amigo-. Hay árboles delante y el huerto atrás, pero, ¿podríamos montarlo a tiempo? ¿Cómo entraremos...? ¿Por la vía del tren? Tenemos que llevar muchos trastos. Además, las ruinas están en el borde del pueblo, sólo a una manzana del cuartel de los bomberos. Siempre hay un par de voluntarios hablando en la puerta.

-Entonces, ¿dónde? -preguntó Dale-. Tenemos que pensar en los señuelos.

Mike se mordió un momento la uña del pulgar.

-Sí, tiene que ser un lugar lo bastante privado para que Van Syke haga su maniobra. Pero lo bastante cerca del pueblo para que podamos retirarnos fácilmente si las cosas se ponen mal.

-¿El Arbol Negro? -preguntó Kevin.

Dale y Mike sacudieron enérgicamente la cabeza al mismo tiempo.

-Demasiado lejos -dijo Mike.

Librodot

El recuerdo de la mañana anterior, en que habían escapado por los pelos, aún parecía fresco en su memoria.

Lawrence alargó con el dedo la línea de la Primera Avenida hacia el norte. Dibujó un bulto en el lado oeste de la calle, precisamente en la confluencia de Jubilee County Road.

-¿Qué os parece la torre del agua? -dijo-. Podríamos cruzar el campo de béisbol y subir por esta línea de árboles de aquí. Sería fácil volver atrás.

Mike asintió con la cabeza, pensó un momento y después la sacudió.

-Demasiado descubierto -dijo-. Tendríamos que cruzar el campo de béisbol despejado para volver, y el camión podría hacerlo fácilmente, y mucho más deprisa.

Los muchachos fruncieron el ceño y estudiaron los garabatos en el polvo. Las nubes estaban bajas encima de ellos, y la humedad era terrible.

-¿Y la parte oeste de la ciudad? -dijo Harlen-. Hacia el Grange Hall.

-No -dijo Mike-. Los señuelos tendrían que ir por Hard Road para llegar allí, y no hay ningún desnivel ni nada parecido. El camión los alcanzaría con toda seguridad. Además no podríamos volver con las bicicletas; tendríamos que cruzar los campos de detrás del cementerio protestante.

-Yo no quiero saber nada de los cementerios -dijo Dale.

Harlen se enjugó la cara.

-Bueno, esto confirma mi idea de hacerlo en la mansión. Parece que es el único lugar.

-Esperad -dijo Mike. Dibujó Broad Avenue hacia el norte, hasta Catton Road; después la prolongó dos manzanas hacia el oeste y trazó unas rayas que representaban la vía del tren-. ¿Qué os parece el elevador de grano? Está fuera de la vista pero lo bastante cerca para que los señuelos puedan llegar hasta allí.

-¡Es de ellos! -exclamó Dale, horrorizado por la idea de volver a aquel lugar.

Mike asintió con la cabeza. Sus ojos grises eran ahora casi luminosos, como siempre que se le ocurría una idea que le gustaba.

-Sí, pero esto hará que se sientan más confiados cuando vayan a por nosotros, a por los señuelos. Además, tendremos varios caminos de retirada. -Dibujó rápidamente con el palito-. La carretera de tierra del lado este de la vía del tren aquí... Catton Road aquí..., el viejo camino del vertedero aquí... incluso el bosque o la vía si tenemos que dejar las bicicletas.

-El camión puede bajar fácilmente por la vía del tren –dijo Kevin-. Sus ruedas están bastante separadas y pueden rodar a ambos lados de los raíles...

-Sería un camino muy accidentado, debido a las traviesas –dijo Harlen.

Kevin se encogió de hombros.

-Persiguió a Duane derribando una valla y a través de un campo de maíz.

Mike miró fijamente el plano, como si con ello pudiese concebir un plan más adecuado.

-¿Tiene alguien una idea mejor?

Nadie la tenía.

Mike borró el plano.

-Está bien; cuatro os instalaréis allí, y yo seré el señuelo.

Lawrence meneó la cabeza.

-No -dijo en tono desafiante-. Yo lo encontré; tengo que ser el señuelo.

-No seas idiota -saltó Mike-. Con esa pequeña bici no podrías adelantar ni a un hombre en una silla de ruedas.

Lawrence cerró los puños.

-Podría adelantar a ese viejo y roñoso trasto tuyo en cualquier momento, O'Rourke. Y puedo hacerlo con la rueda de delante levantada.

Mike suspiró y sacudió la cabeza.

-Tiene razón -dijo Dale, sorprendiéndose al decirlo-. Tu bici no es lo bastante rápida, Mike. Sólo que no debería ser él... -Pinchó a su hermano con un dedo-. Debería ser yo. Mi bici es la más nueva; además, necesitamos que tú esperes allí. Tú lanzas mil veces mejor que yo.

Mike lo pensó durante bastante rato.

-Está bien -dijo al fin-. Pero si no hay nadie allí cuando llegues a la mansión, dínoslo por el walkie-talkie e iremos enseguida. ¿Entendido? Lo haremos allí y no te preocupes de que el cuartel de bomberos esté tan cerca.

Harlen levantó la mano, como si estuviese en clase.

-Creo que debería hacerlo yo. -Su voz era casi firme, pero no del todo, y tenía los labios pálidos-. Vosotros tenéis dos brazos para lanzar. El papel de señuelo es el que me va mejor.

Kevin lanzó una risa burlona.

-El que haga de señuelo tiene que tener dos manos -dijo-. Será mejor que esperes con los demás.

Mike pareció divertido.

-Kev, ¿no quieres tú presentarte voluntario para héroe?

Kevin Grumbacher sacudió la cabeza, sin sonreír.

-Ya tendré bastante que hacer el domingo.

-Si llegamos al domingo -murmuró Dale.

-Esperad -dijo Harlen-. ¿Llevaremos las armas?

Mike reflexionó.

-Sí. Pero no las utilizaremos, a menos que sea necesario. El elevador no está muy lejos de la población. Alguien podría oírlo y llamar a Barney.

-La gente de la Quinta Avenida o de Catton Road sólo pensaría que es alguien cazando ratas en el vertedero -opinó Dale.

-Lo cual viene a ser eso -dijo Mike. Miró a su alrededor-. ¿Lo haremos?

Fue Lawrence quien respondió:

-Sí, pero yo voy a ser el señuelo. Dale puede venir conmigo si quiere; pero yo lo encontré y eso es asunto mío. Sin discusión.

Harlen se burló:

-¿Qué vas a hacer, renacuajo? ¿Decírselo a tu madre si no te dejamos? ¿Aguantar la respiración hasta que te pongas morado?

Lawrence cruzó los brazos sobre el pecho, los miró a todos entrecerrando los ojos y sonrió, lenta y perezosamente.

33

Dale y Lawrence pedalearon a través de Main y se detuvieron en la enarenada zona de aparcamiento del lado oeste del parque. Dale pasó la correa del walkie-talkie por encima de la cabeza y pulsó el botón de transmisión. Habían dado quince minutos a Mike, Kev y Harlen para situarse en posición.

-Explorador Rojo a Base Dresden. Nosotros estamos en el parque. Cambio.

Había sido idea de Kev llamar al otro equipo Base Dresden; su padre había servido como navegante en las Fuerzas Aéreas del Ejército durante la Segunda Guerra Mundial.

-Recibido, Explorador Rojo. -La voz de Mike era débil y sonaba entre parásitos-. Aquí todo preparado.

Lawrence estaba presto para marchar, inclinado sobre el manillar de la bici y sonriendo como un tonto; pero Dale no quería empezar ahora.

-Mike -dijo prescindiendo del lenguaje cifrado-. Van a ver la radio.

-Sí, pero no podemos remediarlo. Lo que tienes que procurar es que no la vean Chuck Sperling o Digger.

Dale miró por encima del hombro antes de darse cuenta de que Mike estaba bromeando.

-¿Explorador Rojo?

-¿Sí?

-Procura hablar por la radio cuando no puedan verte desde el camión. El resto del tiempo llévala colgada de la espalda. Probablemente no lo advertirán.

-Recibido -dijo Dale.

Librodot

Lamentaba no tener una de las pistolas. Habían decidido dejar la Savage de Dale, pero la Base Dresden había traído en una bolsa de lona la 38 de Harlen, la 45 del padre de Kev y la escopeta de la abuela de Mike. Dale y Lawrence tenían la radio y las bicicletas.

-Allá vamos -dijo Dale. Se colgó la radio del cuello y pedaleó hacia el sur por Broad, con Lawrence a su lado, en la bici más pequeña. Al acercarse al cruce con la calle donde vivía Sperling, Dale miró a Lawrence-. ¿Se lo habrías dicho realmente a mamá?

Lawrence hizo un guiño.

-¡Claro! Yo lo encontré, y por eso es mi camión. No podíais dejarme atrás.

-Terminarás en el camión de recogida con todos los animales muertos, si no haces exactamente lo que yo te diga. ¿Entendido?

Su hermano se encogió de hombros.

Se detuvieron en la entrada del paseo circular de la vieja casa Ashley.

-Desde aquí no puede verse -dijo Lawrence-. Hay que pasar alrededor de la casa.

-Un momento. -Dale cogió el walkie-talkie. Su vejiga estaba enviando señales urgentes, y el muchacho lamentó no haber orinado antes de salir de casa-. Base Dresden, hablen. Cambio.

Mike respondió a la tercera llamada.

-Nos dirigimos al paseo. -Pedalearon despacio, pasando por el centro del paseo para librarse de las ramas y las zarzas. De pronto Dale se detuvo y se colocó detrás de un árbol, seguido de Lawrence-. Base Dresden, Base Dresden... Aquí Explorador Rojo.

-Adelante, Explorador Rojo.

-Lo veo. Está exactamente donde dijo el mocoso.

Lawrence dio un golpe en el brazo de su hermano mayor.

-Deja el transmisor abierto -repuso Mike-. Deja el aparato colgando, a ver si puedo oírte.

Dale hizo lo que le decía.

-Probando -dijo, y sintió lo seca que tenía la boca y lo llena que estaba la vejiga-. Uno, dos, tres...

Levantó la caja de plástico gris.

-Sí, Explorador Rojo, te oigo. Pero habla fuerte para que pueda oírte mejor. Aquí estamos preparados, Dale. ¿Lo estáis vosotros?

Dale sintió la tensión en su cuerpo, montado en la bici y apretando y aflojando la mano sobre el manillar.

-Recuerda -dijo la voz ronca de Mike- que no debéis arriesgaros. No creo que hagan nada en la ciudad y a la luz del día. Si él os sale al paso, entrad en una tienda o en algún otro sitio. ¿Entendido?

-Sí.

-No vayáis directamente hacia el camión aunque éste no responda -dijo Mike. Habían ensayado ya todo esto-: Nos reuniremos en el parque. No perdáis tiempo.

-Recibido -dijo Dale. Bajó la radio-. Allá vamos -dijo en voz alta.

Lawrence iba ligeramente adelantado al subir la última parte del paseo hacia la casa y enfilar el camino más estrecho a lo largo del lado norte de las ruinas. El camión de recogida de animales muertos era casi invisible, cubierto como estaba con lo que parecía una vieja red y ramas cortadas. Estaba detrás de un largo cobertizo herrumbroso y del invernadero de rotos cristales y enmohecido enrejado de metal. Alguien que pasara por allí creería que el camión no era más que otra reliquia abandonada de la finca Ashley.

Dale deseó sinceramente que fuese así.

Se detuvieron justo más allá de la torre de ladrillos manchados de carbón que había sido el hogar. La mansión era casi invisible bajo los hierbajos y las zarzas, y vigas quemadas sobresalían del oscuro sótano. Una bomba con adornos se alzaba en lo que antaño había sido un patio de atrás; según habladurías de los chicos de la población, había gente que ahogaba perros en el pozo.

El camión parecía muerto bajo la luz monótona y gris del día. Las ventanillas reflejaban un cielo gris.

Lawrence desmontó de la bici y miró a su hermano. Este miró a su vez por encima del hombro, se aseguró de que el paseo estaba despejado y dijo:

-Hazlo.

Había muchas piedras sueltas por allí; el camino había estado empedrado antaño. El primer lanzamiento de Lawrence fue bastante acertado e hizo rebotar una piedra del tamaño de un puño sobre el capó del camión, situado a doce metros de distancia. La segunda piedra dio en un guardabarros.

-Todavía nada -dijo Dale en voz lo bastante fuerte para que le oyeran por la radio.

Su primer lanzamiento falló. La segunda piedra cayó sobre la red de camuflaje y las ramas. El olor a animales en descomposición era ahora muy fuerte.

La tercera piedra de Lawrence dio en la tira de metal entre los cristales del parabrisas. La cuarta rompió el faro de la derecha. El camión siguió en silencio y nada se movió a su alrededor.

Pero mientras Dale se estaba poniendo nervioso y Lawrence decía «Creo que ahí no hay nadie...», rugió el motor, chirrió un diferencial y el camión salió traqueteando y dando saltos de entre los edificios. La red y las ramas cayeron a un lado al ser desgarrado el frágil camuflaje por las tablas del remolque.

-¡Vamos! -gritó Dale, dejando caer su piedra y saltando sobre su bicicleta.

El pie izquierdo no acertó con el pedal, y el muchacho casi cayó sobre la barra -una de esas caídas sobre los testículos que hacen que uno sólo quiera retorcerse sobre la hierba durante una hora-, pero se recobró a tiempo, consiguió que la bici no volcase, bajó la cabeza y pedaleó furiosamente, con Lawrence a tres metros delante de él y sin mirar atrás. Rodaron por el largo paseo entre las arqueadas zarzas, con el camión zumbando a menos de quince metros detrás de ellos, y su hedor siguiéndoles como una ola gigantesca.

-Dame los encendedores -dijo Mike a Harlen.

Estaban tumbados de bruces detrás del descolorido rótulo de la cooperativa, sobre el tejado metálico del elevador de grano, a unos cuatro metros y medio por encima de la plataforma de carga. Kevin se hallaba al otro lado del estrecho camino, tendido sobre el tejado del almacén. Harlen se había encargado de traer los encendedores; había comprobado su bolsillo y había dicho que los tenía antes de encontrarse todos en Catton Road.

Ahora se palpó los bolsillos y abrió mucho los ojos.

-Creo que los he olvidado...

Mike le agarró ansioso de la camisa ,y casi lo levantó del cálido tejado.

-No me jodas, Jim.

Harlen sacó cinco encendedores, todos ellos llenos. Su padre los había recogido y guardado en el fondo de un cajón durante tres años.

Mike arrojó dos a Kevin, se guardó uno en el bolsillo y volvió a tumbarse detrás del rótulo. De pronto sonó la radio y la voz de Dale gritó:

-¡Nos está persiguiendo!

El camión era más rápido de lo que ellos habían imaginado, cambiando de marchas al perseguirles por el paseo. Incluso con la ventaja de media manzana que tenían, los alcanzaría antes de que llegasen a Main Street. A su izquierda no había más que el terraplén del ferrocarril y campos de maíz; a la derecha la calle que conducía a la casa Sperling no tenía salida.

Dale alcanzó a Lawrence, se adelantó un poco, miró hacia atrás y vio la cabina roja y el oxidado radiador del camión reduciendo la distancia, y entonces torció a la derecha para cruzar el Bandstand Park, repicando el guardabarros de atrás de su bici. Cada uno de ellos pasó por un lado distinto del monumento conmemorativo de la Guerra, rodaron entre los

Librodot

bancos del parque y el Parkside Café, y se deslizaron sobre la acera de delante del café y de la Taberna de Carl.

Dale frunció el ceño, con la cabeza baja sobre el manillar y los codos levantados. La maniobra no se desarrollaba tal como habían planeado: tenían que hacer subir el camión por Broad, en dirección al norte. Ahora el camión había tenido que detenerse para dejar pasar un semirremolque que se dirigía al este, y siguió por Main, persiguiéndoles hacia el este.

-¡Vamos! -gritó Dale a Lawrence, y lanzó su bici sobre el borde de medio metro.

Lawrence hizo lo propio en el mismo instante. Un automóvil grande que se dirigía hacia el oeste hizo sonar el claxon cuando pasaron por delante de él, y ahora se encontraron en el lado norte de la calle, todavía en dirección este pero acercándose al cruce con la Tercera Avenida.

El camión estaba a media manzana detrás de ellos y llevaba una velocidad de más de cincuenta kilómetros por hora. Dale vio un poco de movimiento a través del parabrisas, y el camión rodó entonces sobre la línea central. «A Van Syke o a quienquiera que sea el conductor le importa un bledo que le estén mirando -pensó Dale-. Nos atropellará aquí mismo.»

Dale gritó algo a su hermano y torcieron hacia la izquierda, rozando con el brazo el bajo seto de delante de la casa del doctor Viskes y con los neumáticos de las bicis dejando señales de caucho sobre la desigual acera. Había una cuneta entre la acera y la Tercera Avenida, y si resbalaban dentro de ella, el camión se les echaría encima.

No fue así. Dale dejó que Lawrence le adelantase en la acera del lado oeste de la Tercera ahora en dirección al norte. Un viejo con un bastón -Cyrus Whittaker, pensó Dale- les gritó cuando pasaron zumbando por la acera.

El camión giró al norte por la Tercera Avenida.

Otra manzana y pasarían por delante de la casa donde el doctor Roon tenía una habitación alquilada, y después podrían ver Old Central. Dale no tenía ganas de ver ninguno de aquellos sitios, y estuvo tentado de meterse en el patio de recreo y cruzar hacia Depot Street y su casa. Pero su madre vería al loco que les perseguía con el camión y llamaría a Barney o al sheriff...

Gritó a Lawrence y éste torció a la izquierda por Church Street, volviendo hacia Broad. El camión llegó al cruce a dieciocho metros detrás de ellos, reduciendo la marcha para dejar pasar una furgoneta.

Dale se puso de nuevo en cabeza y subió a la acera dirigiéndose hacia el norte por Broad, pasando por delante de la biblioteca y del edificio estucado y ahora cerrado con tablas que había sido el Palacio de Recreo Ewalts. Casi habían llegado a la casa de la señora Doubbet cuando Dale miró por encima del hombro y se dio cuenta de que el camión ya no los seguía. No lo había visto girar al oeste en Church Street.

-¡Mierda! -gritó Dale, deteniéndose y resbalando, dando casi una vuelta completa. Lawrence se paró junto a él y ambos miraron hacia el sur por la ancha avenida, esperando a que la cabina roja del camión apareciese por Church.

Este salió del callejón a ocho metros de ellos, desde detrás de las forsitias del lado norte de la propiedad de la vieja Double-Butt, cautelosamente como un gato.

Lawrence fue el primero en moverse, saltando con su pequeña bici sobre el bordillo del lado oeste de la calle y bajando por el callejón del norte de la oficina de Correos. Dale le siguió de cerca, gritando su situación por el walkie-talkie colgado de la correa. Dale no oyó ninguna respuesta.

El camión cruzó Broad y aceleró al bajar tras ellos por el callejón, con su parachoques delantero a menos de diez metros detrás del neumático posterior de Dale. La bici de Lawrence se bamboleaba hacia la derecha al inclinar el cuerpo a la izquierda, y después lo hacía a la izquierda al apoyarse en el pedal derecho. Lanzó un grito y atajó por el patio de atrás de la señora Andyll, encogiéndose al pasar por debajo de una cuerda de tender la ropa, dejando huellas de neumáticos en la esquina de su huerto y lanzando polvo al aire al bajar por el camino de entrada en dirección a Church Street.

«Perderemos el camión -pensó Dale-, pero vamos de nuevo hacia el sur. Una mala dirección.»

No perdieron el camión. Este giró a la izquierda detrás de ellos, con los dobles neumáticos de atrás levantando grandes terrones del césped y del huerto de la señora Andyll. La cabina del camión arrancó cuatro cuerdas de tender la ropa y las arrastró por el paseo con sábanas y vestidos estampados.

Dale y Lawrence se dirigieron al oeste por Church Street, levantándose para pedalear, con el trasero más alto que la cabeza. El camión aceleró y subió por la calle, persiguiéndolos. Dale miró atrás y vio que uno de los faros se estaba quemando.

Justo antes de llegar a San Malaquías, Dale giró hacia la izquierda y atajaron entre una casa y un garaje separados por poco más de un metro, pasaron por delante de una señora que estaba bañando a su hijo y saltaron sobre la cadena de un doberman antes de que el perro se diese cuenta de la presencia de los intrusos. Salieron del callejón y giraron de nuevo hacia el este, y Dale vio que el camión bajaba por la estrecha calle que discurría junto al terraplén de la vía del tren a media manzana hacia el oeste.

Los dos muchachos subieron por la Quinta en dirección a Depot Street, jadeando; Dale sintió que le abandonaba la energía que le había dado la primera oleada de terror. Tenía las piernas muy fatigadas. «Y estamos a menos de la mitad del camino.»

El camión casi los alcanzó en el cruce de Depot Street y la Quinta.

Dale vio que la cabina roja doblaba la esquina cerca de la estación, y entonces cruzó la calle y se metió en el callejón que pasaba de norte a sur detrás de la casa de los Staffney. «Donde Mike vio a su amigo el cura el jueves por la noche. ¿Y si aquel hombre se planta delante y agarra nuestros manillares?»

Dale luchó contra la súbita debilidad y se volvió para mirar a Lawrence. Su hermano tenía la cara colorada como un tomate, y los cabellos cortados al cepillo mojados como si hubiese estado nadando; pero levantó la mirada y sonrió a Dale.

El camión entró en el callejón detrás de ellos y cambió de marcha, con los altos costados partiendo ramas y arbustos al avanzar. Los perros de la calleja se volvían locos.

Dale gritó su posición por el walkie-talkie cuando cruzaron el patio de atrás de la última casa antes de Catton Road. La situación iba a ser muy comprometida.

Cruzaron la vía del ferrocarril a cincuenta por hora, con las bicis volando cinco metros hasta que los neumáticos de atrás chocaron contra el duro suelo del estrecho camino del otro lado. El camión siguió avanzando, como alentado por los árboles y la soledad que reinaba en el lugar.

Dale se imaginó súbitamente al Soldado o a una de aquellas otras cosas saliendo de entre los árboles al estrecho camino delante de ellos, y su boca latiendo y extendiéndose tal como había descrito Mike... Pedaleó con más fuerza, gritando a Lawrence que acelerara.

Dieron la vuelta hacia el sur, en dirección al claro donde se alzaban el elevador de grano y el almacén sobre la hierba. Dale miró atrás en el momento en que el camión se detenía en la entrada del camino. Pensó que en aquel momento parecía un enorme perro rojo y salvaje, que husmeaba, sabiendo que su presa estaba acorralada, pero avanzando con cautela.

Lawrence iba en cabeza como habían proyectado, pasando entre el elevador, con su desvaído rótulo en el tejado, y el largo almacén. Era un pasadizo estrecho por el que habían pasado los camiones para ser pesados y cargados o descargados, pero lo bastante ancho para el de recogida de animales muertos. Aunque muy justo.

Pero no entró en él.

Dale se había detenido precisamente junto a la plataforma de pesaje y ahora apoyaba una pierna en el suelo y tenía la otra doblada sobre la barra de la bicicleta, mientras jadeaba y contemplaba el camión a veinte metros de distancia. «¿Y si Van Syke tiene una pistola?»

Rugió el motor. Dale pudo oler la carga y ver las patas rígidas de lo que parecía un par de vacas y un caballo, sobresaliendo de las descoloridas tablas de los costados del vehículo, e

incluso distinguir el brazo enrojecido y peludo del conductor..., pero el camión no se acercaba.

«¿Esperando refuerzos? ¿Tendrá una radio esa maldita cosa? ¿Puede Van Syke llamar a Roon y a los otros?»

Dale desmontó y sujetó su bici. Podía sentir, más que oír, los gritos silenciosos de sus amigos detrás de él. «Si están allí. Tal vez algo les ha atrapado ya..., tal vez haya pillado a Lawrence al pasar... y me tiene a su merced.»

Permaneció plantado allí, de cara al camión, viéndolo balancearse, como si el conductor pretendiese avanzar con el freno puesto.

Dale levantó el brazo derecho e hizo un corte de manga al conductor invisible.

El camión avanzó, levantando grava y una nube de polvo.

Dale no tenía tiempo de montar de nuevo sobre su bicicleta La empujó a un lado, se volvió y echó a correr entre el elevador y el almacén, con los Keds repicando sobre las carcomidas tablas de la báscula. Había llegado al final del edificio cuando el camión de recogida de animales muertos rugió detrás de él.

El mechero se encendió al primer intento. Los trapos empapados se inflamaron, y Mike se irguió para lanzar el frasco de Coca cola lleno de gasolina sobre el techo de la cabina del camión. Lo que vio cuando el camión pasó por debajo de él le hizo perder una fracción de segundo, y en vez de acertar a la cabina, el frasco fue a dar en la caja del camión: en ésta no sólo había animales muertos sino también otros cuerpos, cuerpos humanos que parecían haber sido desenterrados de viejas tumbas: tierra parda, harapos pardos, carne parda y un blanco brillante de huesos.

Mike realizó un nuevo lanzamiento, Harlen lo hizo un segundo más tarde y ambos observaron cómo Kevin se ponía en pie Y arrojaba su botella desde el tejado del almacén.

El cóctel Molotov de Mike estalló en la parte de atrás del camión inflamando el cuerpo hinchado de una vaca, la carne seca de un caballo y los harapos de varios cadáveres humanos. La botella de Harlen fue a dar en la parte de atrás de la cabina y la roció de gasolina, que por alguna razón no se inflamó. La de Kev chocó contra el guardabarros delantero y estalló en una bola de fuego. Dale saltó a la izquierda al llegar a la esquina del edificio, casi tropezando con Lawrence sobre su bici. Éste parecía a punto de volver al estrecho callejón en el momento en que pasó el camión por la abertura con su caja ardiendo y la rueda izquierda de delante arrojando llamas y caucho fundido en su dirección.

Mike y Harlen agarraron otra botella de la bolsa de lona y corrieron hasta el borde del tejado de metal, sin preocuparse ya de que los viesen y manteniendo el encendedor junto a los trapos.

El camión resbaló sobre la gravilla y el polvo del camino de atrás de la cooperativa, girando en un círculo frenético. Estaba atrapado. Al oeste había una barrera de dos metros de altura de traviesas y raíles abandonados de la vía férrea, amontonados en la orilla de un riachuelo a lo largo de unos quince metros. Delante, hacia el sur, el bosque se cerraba como una muralla sólida. Hacia el este, y junto al almacén, había una zanja de desagüe de hormigón, de un metro ochenta de profundidad, que lo separaba del terraplén del ferrocarril.

Durante un instante, Mike pensó que el camión trataría de saltar por encima de aquel foso de cemento, pero en el último momento el conductor pisó el freno y volvió el vehículo hacia la izquierda, completando el giro. Las dos ruedas de la derecha de atrás giraron en el aire durante un segundo, y entonces el camión salió disparado en dirección a Dale y Lawrence.

-¡Salid de ahí! ¡Rápido! -chillaron Mike, Harlen y Kevin, pero los chicos de abajo no necesitaban consejo. La bici de Lawrence subió por una rampa a la plataforma de carga del almacén y Dale le siguió un segundo más tarde. Desaparecieron debajo del terrado donde estaba Kevin, todavía con la botella y el encendedor en la mano, y allí estaba el camión, con las llamas empezando a apagarse en el guardabarros y las ruedas.

Mike vio lo que Van Syke iba a hacer un segundo antes de que el todavía humeante guardabarros delantero chocase contra la primera columna que sostenía el tejado donde se hallaban Harlen y él. La plataforma de carga del otro lado estaba demasiado alta para que el camión pudiese subir, pero el tejado sólo estaba sostenido por tres columnas paralelas a la báscula.

Harlen chilló algo, Mike y él encendieron los trapos y arrojaron las botellas, y entonces se derrumbó el tejado y el rótulo se desprendió y fue a caer sobre la báscula. La bolsa de lona y la radio de Mike saltaron por el aire al hundirse el extremo sur del tejado, haciendo que los chicos y todo lo demás cayesen entre una nube de polvo.

El cóctel Molotov de Harlen estalló sobre el capó del camión; un segundo más tarde, el de Kevin se estrelló contra la parte de atrás de la cabina y encendió la gasolina que ya se había derramado allí. Kevin corrió hacia el porche del almacén, preparando una tercera botella.

El camión hizo marcha atrás en el estrecho pasillo, dispuesto al parecer a atropellar a Harlen y a Mike, que yacían aturdidos entre el polvo, los cascotes y los trozos de metal y la madera, aplastando grandes trozos del tejado destruido -Mike lo contemplaba torpemente, pensando en un bulldozer que avanzase en dirección a ellos-, pero varios postes de soporte estaban clavados firmemente en el cemento y entorpecían su avance.

Los cascotes del tejado bloqueaban el camino.

Mike se puso trabajosamente en pie, levantó a Harlen por un brazo y la bolsa de lona con el otro, y se dirigió tambaleándose a la plataforma de carga, mientras el camión retrocedía en el camino de entrada de delante.

Había saltado la parte izquierda del parabrisas, y Mike pudo ver el brazo musculoso que se alargaba para coger el rifle en el instante en que Dale y Lawrence aparecían delante de la plataforma del almacén.

-¡Cuerpo a tierra! -gritó Mike.

Dale tiró a su hermano de la bici y saltó detrás de un montón de tablas de madera en el momento en que el rifle disparaba dos veces... y otra más. El polvoriento cristal de una ventana saltó hecho añicos y cayó sobre los muchachos agazapados.

A Mike se le había caído el encendedor, pero sacó el que llevaba de repuesto en el bolsillo, encendió los trapos empapados y arrojó la botella de Coca cola contra el radiador del camión, a diez metros de distancia. No lo alcanzó, rodó debajo de la cabina y estalló, envolviendo en llamas el motor y las dos ruedas de delante. Mike tiró de Harlen en el instante en que asomaba el rifle por el parabrisas destrozado y disparaba dos veces. Saltaron astillas de la esquina del almacén.

Kevin lanzó otra botella contra el estribo de la derecha y otra más sobre la masa de cuerpos que ardían detrás de la cabina.

El camión dio marcha atrás, giró en redondo y descendió por el camino dejando una estela de llamas, y girando hacia la izquierda en vez de hacerlo hacia la derecha para volver a la ciudad.

-¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! -gritó Harlen, saltando como un loco.

-Todavía no -dijo Mike, llevando su pesada bolsa y corriendo hacia la bicicleta oculta detrás del elevador de grano. Por primera vez se dio cuenta de que el camión había prendido fuego al lado de madera del elevador y a trozos del tejado derribado. El fuego se propagaba ya a la pared del almacén, donde cien años de polvo y de madera vieja prendían más deprisa que la gasolina causante del incendio.

Dale corrió al camino de entrada y recobró su bici, que se había librado milagrosamente del camión cuando éste daba marcha atrás cerca de ella, enderezó el manillar y saltó sobre el sillín mientras corría. Lawrence pasó a toda velocidad, persiguiendo al camión a pesar de que iba desarmado. Mike y Harlen montaron en sus bicicletas y pedalearon, pasando por delante del elevador, que ardía ya hasta el segundo piso.

-¡Cruzaremos por el bosque! -gritó Mike, girando a la izquierda y metiéndose entre los árboles, atajando por el camino cubierto de hierba que iba desde el elevador de grano hasta la

Librodot

Dump Road. Imaginó que el camión doblaría a la izquierda en Dump Road para volver por la vía del tren hacia la estación y la ciudad; pero, cuando salieron al estrecho camino enarenado desde los matorrales y la alta hierba, pudieron ver el camión a cien metros delante de ellos, dirigiéndose al norte, hacia el vertedero. Todavía brotaban llamas y humo negro del traqueteante vehículo.

Los muchachos bajaron la cabeza y se concentraron en ir más deprisa que nunca, con las bicicletas saltando en los baches y chocando contra las piedras de los carriles gemelos.

Mike iba delante y alcanzó al camión de recogida de animales muertos al llegar a la zona más ancha donde habían vivido los Cooke y otra familia pobre. Las dos barracas parecían abandonadas.

Mike consiguió sacar una botella, sostenerla con la mano izquierda contra el manillar y sacar también el encendedor, mientras rodaba junto al camión.

El cañón de un rifle asomó por la ventanilla del conductor.

Mike frenó, resbaló y pedaleó con fuerza para ponerse detrás del camión y después a su derecha, al entrar en los últimos cien metros del camino del vertedero. Dale, Lawrence, Kevin y Harlen siguieron en fila india detrás de él.

Mike pudo ver por segunda vez la cara larga de Karl Van Syke, con una sonrisa de maníaco entre las llamas y el humo que brotaban del capó. Levantó de nuevo el rifle, y en ese momento Mike arrojó la botella ya encendida a través de la ventanilla del lado del pasajero.

La explosión hizo saltar lo que quedaba del parabrisas. El calor obligó a Mike a ponerse detrás del camión, y lo que allí vio casi le hizo soltar su Schwinn en la cuneta.

El cuerpo muerto de la vaca, o del caballo, o de ambos, hinchados de metano y otros gases de descomposición, estallaron..., lanzando llamas y trozos de carne podrida y ardiendo dentro de los bosques de ambos lados.

Pero eso no fue lo que hizo que Mike se quedara boquiabierto.

Cuerpos que habían sido humanos, ahora pardos y en descomposición, parecían retorcerse y tirar unos de otros al ser envueltos por las llamas. Eran como moradores de algún cementerio evacuado que tratasen de ponerse de rodillas y en pie, pero que no encontrasen músculos, tendones o huesos que los sostuvieran. Aquellas cosas pardas se debatían y retorcían, cayendo unas encima de otras, mientras todo el montón de cadáveres empezaba a arder.

El camión en llamas no redujo la marcha al llegar a la puerta de madera del vertedero. Las tablas se partieron con un ruido que parecía de disparos de rifle, y el camión entró saltando sobre las rodadas y el suelo irregular, perseguido por cinco bicicletas.

Llegó hasta los montones de desperdicios, neumáticos viejos, sofás reventados, Modelos T herrumbrosos y materias orgánicas en fermentación, y entonces giró a la izquierda y se detuvo en el borde de un hoyo de doce metros, en la parte del barranco que todavía no había sido llenada. Los muchachos se detuvieron a diez metros detrás de él, esperando que diese la vuelta y los atacase.

Pero no lo hizo. Las llamas habían envuelto ahora la cabina y la caja del camión; los listones de la parte de atrás eran franjas paralelas de fuego.

-Nada podría conservar la vida en ese infierno -murmuró Kevin, mirando boquiabierto.

Como si el conductor le hubiese oído, se abrió la portezuela de su lado y Karl Van Syke saltó al suelo, con el mono chamuscado y humeando, la cara manchada de hollín y de sudor, y los brazos enrojecidos. Sonreía, casi de oreja a oreja, empuñando un rifle de largo alcance.

Todos los muchachos miraron a su alrededor y levantaron los pies hacia los pedales de las bicis, pero el refugio más próximo, un campo de maíz a su izquierda, estaba a dieciocho o veinte metros de distancia. Y había casi cien metros hasta la entrada del vertedero y la orilla del bosque.

-¡Todo el mundo al suelo! -gritó Mike, dejando caer la bicicleta delante de él y tratando de protegerse con los montones de tierra.

Librodot

Los otros cuatro muchachos se tumbaron de bruces, arrastrándose hacia cualquier neumático podrido o bidón oxidado que pudiesen ofrecerles protección.

Harlen tenía su 38 en la mano, pero no disparó; la distancia era excesiva para la pistola de cañón corto.

Van Syke se apartó dos pasos del vehículo en llamas, levantó el rifle y apuntó cuidadosamente a la cara de Mike O'Rourke.

Durante aquella confusión, una pequeña figura, acompañada de dos perros, había subido al montón más alto de basura. Entonces soltó las correas y dijo «¡A por él!», con una voz sorprendentemente suave.

Van Syke miró a su izquierda en el momento en que el primer perro, el doberman llamado Belcebú, cubría los últimos seis metros de terreno. Hizo girar el rifle y disparó, pero el enorme y pardo animal había saltado ya, chocó contra el pecho del hombre y los dos fueron a parar dentro de la inflamada cabina del camión. Entonces se acercó Lucifer, gruñendo y saltando contra las piernas de Van Syke, que estaba pataleando.

Mike sacó el arma de Memo de la bolsa, vio que Kevin desprendía la 45 de su padre del cinturón, y los cinco muchachos corrieron hacia delante mientras Cordie bajaba del montón de basura.

Una pierna de Van Syke se enganchó en la ventanilla medio abierta de la portezuela y la cerró sobre él y el perro. Cordie y Mike seguían avanzando, pero en aquel instante se inflamó el depósito de gasolina de debajo del camión produciendo un hongo perfecto de llamas que se elevó veinticinco metros en el aire. Mike y la muchacha fueron levantados del suelo y arrojados lejos, y el pastor alemán llamado Lucifer fue a caer, chamuscado y gimiendo, a sus pies. Belcebú estaba todavía en la cabina; Dale y Lawrence agarraron a Mike y a Cordie y los arrastraron hacia atrás, observando cómo las dos oscuras sombras seguían debatiéndose en el torbellino de llamas anaranjadas.

Entonces cesó todo movimiento y ardió el camión, llenando el aire con el hedor a caucho fundido y a algo mucho peor.

Los seis chiquillos se quedaron a casi treinta metros de distancia, empujados atrás por el terrible calor, resguardándose los ojos húmedos y mirando fijamente. Una sirena sonó a través del bosque, en algún lugar próximo al elevador de grano. Otra sirena se dejó oír en la Dump Road.

Cordie estaba llorando mientras acariciaba al otro perro, que había perdido la mayor parte de su pelo.

-Encontrasteis mi escondite, ¿no? -dijo Cordie entre sollozos-. No podíais dejarme en paz, ¿verdad?

Harlen empezó a protestar, diciendo que no sabían que viviera en el maldito vertedero, pero Mike le impuso silencio, apoyando una mano en su pecho, y dijo:

-¿Hay otro camino para salir de aquí? Tenemos que marcharnos antes de que lleguen los camiones de los bomberos.

Cordie señaló hacia el maíz.

-Si volvéis por la vía del tren, os verán; cruzad el campo de Meehans, y antes de un kilómetro llegaréis a Oak Hill Road, a unos cuatrocientos metros por encima de Grange Hall. Podéis seguirla hasta Hard Road.

Mike asintió con la cabeza imaginándose el mapa. Corrieron hacia la valla de alambre espinoso, arrojaron las bicis por encima de ella y empezaron a trepar.

-¿No vienes con nosotros? -gritó Dale a Cordie. Las sirenas sonaban ahora más cerca. La muchacha del vestido holgado y sucio había subido al montón de basura, llevando su perrazo.

-No. Seguid vosotros. -Se volvió y escupió en dirección a la hoguera en que se había convertido el camión de recogida de animales muertos-. Al menos ese canalla ha muerto -añadió, y desapareció detrás del montón de desperdicios y neumáticos viejos.

Los muchachos metieron sus bicis en el campo de maíz en el momento en que el primer camión de los bomberos y su séquito de vehículos cruzaban la destrozada puerta.

Librodot

No era fácil empujar las bicis durante casi un kilómetro de suelo blando, entre hileras de plantas de maíz de más de dos metros de altura y con una separación de poco más de un palmo; pero lo hicieron.

Cuando llegaron a Oak Hill Road y giraron hacia el sur, pedaleando y dejando atrás el viejo Old Grange Hall, donde Mike y Dale habían asistido en otros tiempos a las reuniones de los Boy Scouts, la nube de humo negro se elevaba todavía, alta y espesa, sobre el vertedero, hacia el nordeste.

34

El viernes, poco después de ponerse el sol, cuando Mike dormitaba en el sillón de la habitación de Memo, entró su hermana Margaret para decirle que había llegado el padre Cavanaugh.

Los muchachos habían pasado casi una hora en el largo camino desde el vertedero a casa. Se habían detenido en la de Harlen para remojarse con una manguera de jardín y empapar la ropa para quitarle el hedor a carne y caucho quemados. Mike tenía las cejas casi totalmente quemadas por la última explosión, pero se había encogido de hombros y había dicho que nada se podía hacer; sin embargo Harlen le había hecho entrar en la casa vacía y le había pintado otras cejas con el lápiz de su madre. Kevin había tratado de bromear sobre las dotes de maquillador de Jim, pero ninguno de ellos estaba para bromas.

Después de los primeros minutos de euforia por su triunfo en el vertedero, la realidad de los sucesos de la mañana les había afectado profundamente. Todos habían tenido escalofríos, incluso Lawrence, y Kevin se había metido dos veces entre los matorrales para vomitar, en el camino de vuelta al pueblo.

Los coches y camiones que salían todavía en dirección a la cooperativa de grano y al vertedero no aliviaban en modo alguno su tensión. Pero era, sobre todo, la impresión de las imágenes lo que continuaba estremeciéndoles durante la larga tarde: el hombre y el perro todavía debatiéndose, todavía moviéndose en la pira en que se había convertido la cabina del camión; los gritos de dolor del hombre y del animal, unos gritos entremezclados e indistinguibles, y el olor a carne quemada...

-No esperemos -dijo Harlen, con la cara pálida-. Esta tarde quemamos la maldita escuela.

-No podemos -dijo Kevin. Sus pecas se destacaban claramente en la súbita palidez de su semblante-. Los viernes, mi padre tiene el camión de la leche en la fábrica hasta después de las seis. Hacen inventario.

-Entonces, quemémosla esta noche -insistió Harlen.

Mike se estaba mirando al espejo de encima del fregadero de la cocina de Jim, tratando de arquear sus cejas pintadas.

-¿Queréis realmente hacer eso cuando se haga de noche? -dijo.

Todos callaron.

-Entonces mañana -dijo Harlen-. Durante el día.

Kevin tenía la pistola del 45 de su padre sobre la mesa de la cocina y la limpiaba y engrasaba. Levantó la cabeza, sosteniendo el cargador vacío con una mano y un pequeño muelle con la otra.

-Mi padre estará haciendo su ruta hasta aproximadamente las cuatro. Pero después tengo que lavar el camión y ponerle gasolina.

Harlen dio un puñetazo sobre la mesa.

-Entonces, que se joda el camión de la leche. Empleemos esos cócteles cómo se llamen.

-Cócteles Molotov -dijo Mike desde el fregadero. Se volvió a los otros-. ¿Es que no sabéis lo gruesas que son las paredes de Old Central?

-Por lo menos tienen treinta centímetros -dijo Dale.

Estaba sentado sobre la mesa, demasiado cansado para levantar su vaso de Squirt. Sus mojados zapatos susurraban cuando movía los dedos de los pies.

-Pueden ser sesenta -dijo Mike-. Ese asqueroso edificio es como una fortaleza, con más ladrillos y piedra que madera. Con las ventanas cerradas con tablas, tendremos que entrar para arrojar los cócteles Molotov. ¿Queréis hacer esto, entrar incluso con luz de día?

Nadie respondió.

-Lo haremos el domingo por la mañana -dijo Mike, sentándose en el borde del tablero de la cocina de Harlen-. Cuando haya amanecido, pero antes de que empiece a venir gente a la ciudad para ir a la iglesia. Utilizaremos el camión cuba y las mangueras, tal como habíamos proyectado.

-Tendremos que esperar dos noches -dijo Lawrence para sí, pero dirigiéndose a todos ellos.

El día gris se había desvanecido en un pálido crepúsculo y el aire estaba cargado de humedad no despejada por el viento, cuando Mike se había adormilado en la habitación de Memo. Su padre estaba trabajando en su último turno de noche en el cementerio y su madre se había acostado, con una de sus jaquecas. Kathleen y Bonnie se habían bañado en la tina de cobre de la cocina y estaban arriba, preparándose para acostarse. Mary había salido para encontrarse con un chico, y Peggy estaba en la habitación de delante leyendo una revista cuando la llamada a la puerta sacó a Mike de su sueño.

Peg se apoyó en la jamba de la puerta, frunciendo el ceño.

-Mike, el padre Cavanaugh está aquí. Dice que tiene que hablar contigo, que es importante.

Mike acabó de despertarse, agarrándose a los brazos del sillón para no caerse. Memo tenía los ojos cerrados. Apenas podía distinguir la débil pulsación en la base del cuello de su abuela.

-¿El padre Cavanaugh? -Durante un instante se halló tan desconcertado que casi creyó que todo había sido un sueño-. ¿El padre C.? -repitió, por fin del todo despierto-. ¿Ha... ha hablado contigo?

Peg hizo una mueca.

-Te he dicho lo que él me ha dicho.

Mike miró a su alrededor, presa de súbito pánico. El arma de Memo estaba a sus pies, en la bolsa, junto con una pistola de agua, dos de los cócteles Molotov que habían sobrado y pedazos de la Hostia cuidadosamente envueltos en un paño limpio. En el antepecho de la ventana había un frasco de agua bendita, junto a un pequeño joyero de Memo, que contenía otro trozo de hostia.

-No le habrás invitado a entrar... -empezó a decir Mike.

-Dijo que esperaría en el porche -le interrumpió su hermana-. Pero, ¿qué te pasa?

-El padre C. ha estado enfermo -dijo Mike, mirando hacia el patio y el campo del otro lado de la calle.

Era de noche; la última luz del crepúsculo se había desvanecido mientras dormía.

-¿Y tienes miedo de contagiarte?

La voz de Peg sonó desdeñosa.

-¿Qué aspecto tiene? -preguntó Mike, acercándose a la puerta del dormitorio.

Desde allí podía ver el cuarto de estar, donde había una lámpara encendida, pero no la puerta de tela metálica del porche principal. Nadie llamaba a aquella puerta, salvo los vendedores.

-¿Qué aspecto? -Peggy se mordió una uña-. Me parece que está un poco pálido. La luz del porche está apagada y hay bastante oscuridad. Bueno, ¿quieres que le diga que mamá tiene una de sus jaquecas?

-No -dijo Mike, tirando bruscamente de su hermana para hacerla entrar en la habitación de Memo-. Quédate aquí. Cuida de Memo. No salgas a pesar de lo que oigas.

-Michael... -empezó a decir su hermana, levantando la voz.

-Hablo en serio -dijo Mike, en un tono que impedía toda discusión, incluso por parte de una hermana mayor-. No salgas hasta que yo vuelva. ¿Entendido?

Peg se estaba frotando un brazo.

-Sí, pero...

Mike se colocó la pistola en el cinto, por debajo de la camisa, y dejó la Hostia envuelta en el paño sobre la cama de Memo. Después, salió.

-Hola, Michael -dijo el padre Cavanaugh. Estaba sentado en el sillón de mimbre, en el extremo del porche. Extendió un brazo hacia el columpio-. Ven, siéntate.

Mike dejó que la puerta de tela metálica se cerrase detrás de él, pero no se acercó al columpio. Esto habría puesto al padre Cavanaugh entre él y la casa.

«¡No es el padre Cavanaugh!»

Pero parecía el padre C. Llevaba su chaqueta negra y el cuello de clérigo. La única luz era la de la lámpara, que se filtraba entre las cortinas; pero, aunque la cara del padre C. era pálida, casi macilenta, no había en ella señales de las cicatrices que había visto Mike la noche anterior. «Entonces estaba suspendido delante de la ventana del garaje de Michelle. Suspendido, ¿de qué?»

-¡Creí que estaba enfermo! -dijo Mike con voz tensa.

-Ya no, Michael -dijo el sacerdote, sonriendo ligeramente-. Nunca he estado mejor.

Mike sintió que se le erizaba el pelo y se dio cuenta de que no era la voz del cura. Sonaba de manera parecida a la del verdadero padre C., pero al mismo tiempo no era normal, como si alguien hubiese metido una cinta magnetofónica con la voz del sacerdote en el estómago del hombre y sonase como a través de un altavoz en su garganta.

-Váyase -dijo Mike.

Dio gracias a todos los santos y a la Virgen de no haber dicho a Dale que se llevase el segundo walkie-talkie cuando Harlen se había querido quedar con el otro. Entonces había parecido lógico.

El padre Cavanaugh sacudió la cabeza.

-No, no hasta que hayamos hablado, Michael, hasta que hayamos llegado a algún acuerdo.

Mike apretó los labios y no dijo nada. Miró por encima del hombro al jardín de delante de la ventana de Memo; el rectángulo de luz amarilla se proyectaba allí sobre el césped vacío.

El padre Cavanaugh suspiró y se trasladó al columpio del porche, dando unas palmadas en el sillón de mimbre vacío.

-Vamos, Michael, siéntate. Tenemos que hablar.

-Hable -dijo Mike, colocándose de espaldas a la pared más próxima a la ventana iluminada.

El campo de maíz era como una pared negra en el otro lado de la calle. Podían verse unas cuantas luciérnagas en el jardín, detrás del columpio y del enrejado del porche.

El padre C. («¡no es el padre C.!») hizo un ademán con sus pálidas manos. Mike no había advertido nunca lo largos que eran los dedos del sacerdote.

-Muy bien, Michael, he venido a ofreceros a ti y a tus amiguitos, una... ¿cómo lo llamaremos? Una tregua.

-¿Qué clase de tregua? -dijo Mike.

Tenía la impresión de que habían dado a su lengua una inyección de novocaína.

Estaba tan oscuro que el negro atuendo del sacerdote se confundía con la noche, y sólo sus manos, su cara y el círculo blanco del cuello clerical reflejaban la luz.

-Una tregua gracias a la cual podrás seguir viviendo -dijo, lisa y llanamente-. Tal vez.

Mike emitió un sonido que pretendía ser de risa.

-¿Por qué tendríamos que firmar una tregua? Ya ha visto lo que le ha ocurrido hoy a su amigo Van Syke.

El hombre que estaba en el columpio abrió la boca y soltó una carcajada, si se puede llamar carcajada a un sonido parecido a un repiqueteo de piedras dentro de una vieja calabaza.

-Michael -dijo suavemente-, vuestras acciones de hoy no tienen la menor importancia. De todos modos nuestro amigo, como tú lo llamas, tenía que ser..., bueno..., retirado esta noche.

Mike apretó los puños.

-¿Cómo retiraron al viejo C. J. Congden?

-Exactamente -dijo la voz grave del presunto sacerdote-. Efectivamente, había dejado de ser útil. Tenía otros..., digamos que otros servicios que ofrecer.

Mike se inclinó hacia delante.

-¿Quién diablos es usted?

De nuevo el repiqueteo de piedras.

-Michael, todas las explicaciones del mundo no podrían hacerte comprender la complejidad de la situación en la que te has metido. Tratar de explicártelo sería como enseñar catecismo a un gato o a un perro.

-Adelante -murmuró Mike-. Haga una prueba conmigo.

-No -gruñó la cara pálida. La voz muerta no pretendía crear la ilusión de una charla normal-. Sólo te diré que si tú y tus amigos aceptáis nuestro ofrecimiento de una tregua, podréis ver el otoño.

Mike sintió que el corazón daba saltos en su pecho. Le flaquearon súbitamente las piernas al apoyarse en la pared, en una actitud que creyó que era relajada, casi normal. Una vez, durante una misa solemne con el padre Harrison, hacía años, poco después de convertirse en monaguillo, se había desmayado al cabo de veinticinco minutos de estar de rodillas. Ahora sintió un zumbido parecido en los oídos. «No, no, aguanta, presta atención.»

-¿Quiénes son esos «nosotros» a los que se ha referido? –preguntó Mike, sorprendido al oír lo firme que sonaba su voz-. ¿Un puñado de cadáveres y una campana?

La cara blanca se movió atrás y adelante.

-Michael, Michael...

El cura se puso en pie y dio un paso en su dirección.

Mike miró disimuladamente hacia la izquierda y vio que algo del tamaño del Soldado salía del campo del otro lado de la calle y empezaba a deslizarse hacia el césped, cerca de la ventana de Memo.

-¡Dígale que se detenga! -gritó Mike, y sacó la pistola de agua.

La cara del padre Cavanaugh sonrió. Chascó los dedos y el Soldado se detuvo debajo del tilo, a diez metros de distancia. La sonrisa del padre C. continuó ensanchándose, mostrando las muelas de atrás, hasta que pareció que la cara iba a abrirse por la mitad como sobre un gozne. Aquella boca imposible se abrió de par en par y Mike vio más dientes, hileras e hileras de dientes, unas líneas blancas interminables que parecían hundirse en el gaznate de aquella cosa.

Y aquello que parecía el padre Cavanaugh no fingió mover la boca ni la mandíbula al brotar la voz de su vientre.

-Ríndete ahora, gusanillo hijo de perra, o te arrancaremos del pecho el maldito corazón; te cortaremos los cojones y se los serviremos a nuestros secuaces; te haremos saltar los ojos de las órbitas, como hicimos con aquel estúpido amigo tuyo...

-Duane -murmuró Mike, sintiendo que se le cortaba la respiración y empezaba de nuevo, aunque de mala gana.

Le dolían el cuello y el vientre a causa de la tensión. En la sombra del jardín, el Soldado empezó a deslizarse de nuevo hacia la ventana de Memo.

-Ah, ssssí -silbó suavemente el padre Cavanaugh dando otro paso hacia Mike.

Estaba levantando los largos dedos. Su cara era como si se fundiese, pensó Mike. La carne ondeaba debajo de la piel, los cartílagos y los huesos se adaptaban de otra manera, y la larga nariz y la barbilla se juntaban para formar el hocico que Mike había visto en el Soldado, en el cementerio. «Cuando mataron al padre C.»

Todavía no pudo ver las babosas, pero la cara del sacerdote se estaba convirtiendo en un embudo. Y aquella cosa se acercó otro paso, levantando las manos.

-¡Váyase al infierno! -gritó Mike, sacando la pistola de agua de debajo del cinto y apretando el gatillo.

El padre Cavanaugh pareció sobresaltarse durante un segundo; después se echó atrás y luego se rió, produciendo un ruido como de dientes mordiendo pizarra. Detrás de Mike, el Soldado se perdió de vista al doblar la esquina de la casa.

Mike levantó la pistola con mano firme y disparó otro chorro de agua bendita contra la cara de aquella cosa. «No sirve..., él no cree.»

Una vez, su maestra del quinto curso, la señora Shrives, había querido hacer un experimento: cogió unas gotas de ácido clorhídrico de una cubeta y utilizó un cuentagotas para verterlas sobre una naranja fresca. Pero la anciana volcó accidentalmente la cubeta, empapando la naranja y el paño de fieltro sobre el que había estado la naranja.

El mismo chisporroteo, el mismo ruido sibilante brotó ahora de la cara y de la ropa del padre Cavanaugh. Mike vio que la carne blanca del hocico se encogía y arrugaba, como si la propia piel fuese destruida por el agua bendita. El párpado izquierdo del hombre silbó y desapareció y el globo del ojo chisporroteó al mirar a Mike entre los dedos levantados. Grandes agujeros aparecieron en la chaqueta negra y el cuello del clérigo, dejando pasar un hedor a carne corrompida.

El padre Cavanaugh gritó como había hecho el perro de Cordie varias horas antes, bajó la deformada cabeza y arremetió contra el muchacho.

Mike saltó a un lado, lanzando más agua bendita sobre aquella cosa y viendo surgir vapores más espesos de la sibilante y ardiente espalda. Peg, Bonnie y Kathleen gritaban dentro de la casa. La voz de su madre llegó débilmente desde el dormitorio de atrás.

-¡Quedaos en vuestras habitaciones! -gritó él, y saltó sobre el césped.

El Soldado había arrancado la tela metálica de su marco y se inclinaba hacia el interior de la ventana iluminada, arañando la madera con los dedos.

Mike corrió hacia él y vertió el resto del agua bendita en su cogote.

Aquella cosa no gritó. Un olor más nauseabundo que el del camión incendiado brotó de aquel ser, que se dejó caer sobre la tierra blanda del macizo de flores de debajo de la ventana, y echó a correr entre los arbustos, sumiéndose en la oscuridad.

Mike se volvió en el momento en que la figura del padre Cavanaugh saltaba del porche para agarrarlo. Mike esquivó los largos brazos, tiró la pistola vacía entre los arbustos y cogió el pequeño joyero de Memo de encima del antepecho de la ventana. Pudo ver a Peg entre las hinchadas cortinas, de pie junto a la puerta de la habitación de Memo y llevándose las manos a la boca.

-Mike, ¿qué...?

Los largos dedos del padre Cavanaugh se cerraron sobre los hombros de Mike y tiraron de él fuera de la luz, hacia la oscuridad de debajo del tilo. La alta forma del cura hizo que Mike se acercase más.

Éste olió el hedor de su cara, vio su rostro lleno de cicatrices que parecían producidas por un ácido, sintió que se retorcían cosas debajo de aquella carne y en el largo túnel de la probóscide, y entonces el padre C. se inclinó hacia delante, con el pulsátil cartílago de su hocico sobre la cara de Mike.

Éste no tenía tiempo para mirar. Abrió el joyero, cogió el trozo grande de hostia consagrada y lo introdujo en la asquerosa abertura de aquella cara, precisamente cuando la presión de las babosas que estaban dentro de ella amenazaba con reventar.

Mike había observado una vez que C. J. Congden disparaba una escopeta del calibre 13 contra una sandía colocada a sólo dos metros y medio de distancia.

Esto fue peor.

El hocico y la cara del padre Cavanaugh parecieron estallar hacia un lado, con pedazos de carne blanca y pastosa rebotando en la pared de la casa y salpicando las hojas del tilo. Sonó un chillido, esta vez audible, en el vientre de aquella cosa. ~ Mike dejó caer la Hostia cuando aquello se tambaleó hacia atrás, llevándose los dedos a lo que quedaba de su cara.

Mike saltó atrás al ver babosas de unos quince centímetros enroscándose y retorciéndose sobre la hierba, mientras la Hostia parecía desprender una radiación verde azulada. Fragmentos de la carne del padre Cavanaugh chisporroteaban y se licuaban como caracoles sorprendidos fuera de su concha por una lluvia de sal.

Peg chillaba en el dormitorio. Mike volvió tambaleándose al porche, vio a su madre acercándose a la puerta, con los ojos turbios por el dolor de la jaqueca y todavía con un paño mojado apretado sobre las sienes, y ambos observaron cómo entraba la sombra del padre Cavanaugh en la Primera Avenida, con las manos sobre la cara destrozada y emitiendo un ruido terrible, como de explosiones en una caldera.

-Mike, ¿qué...? -dijo su madre a pesar del dolor, pestañeando para ver con claridad, precisamente en el momento en que unos faros iluminaron la figura que salía de debajo del tilo.

Los coches apenas redujeron la marcha cuando entraron en el pueblo por la Primera Avenida, a pesar del rótulo emplazado a treinta metros calle arriba y que fijaba en cincuenta kilómetros el límite de velocidad. La mayoría de los coches continuaron a setenta u ochenta

35

El sábado dieciséis de julio fue uno de esos días tan oscuros que pueden producirse en Illinois en pleno verano. En Oak Hill, donde los faroles estaban controlados por sensores fotoeléctricos, las luces se apagaron a las cinco y media de la mañana y volvieron a encenderse a las siete y cuarto. Las negras nubes parecían cernirse sobre las copas de los árboles y quedar colgando allí. En Elm Haven los pocos faroles eran encendidos y apagados por un viejo reloj eléctrico situado en un anexo contiguo al banco, y nadie pensó en corregirlo cuando el día se fue oscureciendo cada vez más en vez de aclararse.

El señor Meyers abrió su mercería de Main Street exactamente a las nueve de la mañana y se sorprendió al ver a cuatro muchachos –los chicos Stewart, el hijo de Ken Grumbacher y otro muchacho con el brazo en cabestrillo- esperando para comprar pistolas de agua. Tres cada uno. Los muchachos deliberaron durante varios minutos, eligiendo las pistolas más seguras y las que tenían más grandes los depósitos de agua. Al señor Meyers le pareció extraño..., pero pensó que la mayoría de las cosas eran extrañas en aquel nuevo mundo de 1960. Todo tenía más sentido cuando había inaugurado la tienda en los años veinte, en que pasaba el tren todos los días y la gente sabía comportarse como seres humanos civilizados.

Los chicos se marcharon a las nueve y media, llevando las pistolas de agua recién compradas en bolsas, y se alejaron sin despedirse. El señor Meyers les gritó que no debían dejar sus bicicletas en la acera, ya que esto era molesto para los transeúntes y contrario a las ordenanzas de la ciudad; pero los chicos se habían perdido ya de vista en Broad Avenue.

El señor Meyers volvió a su tarea de hacer inventario de los artículos polvorientos de los altos y viejos estantes, mirando de tanto en tanto a través de la calle y encima del parque, y frunciendo el ceño a las oscuras nubes. Cuando fue a tomar café en el Parkside una hora más tarde, unos cuantos viejos estaban hablando de tornados.

Mike fue interrogado varias veces el sábado: por Barney, por el sheriff del condado e incluso por la Patrulla de Carreteras, que envió dos agentes en un largo coche marrón.

El alumno de sexto trató de imaginarse el rompecabezas que el sheriff y Barney estaban tratando de resolver: Duane McBride y su tío muertos en misteriosas circunstancias; la señora Moon fallecida por causas naturales, pero con todos sus preciosos gatos sacrificados; el cuerpo del juez de paz encontrado casi carbonizado en el elevador de grano, y con el cuello cortado según el forense del condado, y el cuerpo del amigo de Congden, Karl Van Syke, completamente quemado pero identificado por su diente de oro, sacado de la cabina del

Librodot

incendiado camión de recogida de animales muertos, que era suyo y de Congden. El cuerpo de un perro sin identificar fue descubierto también en el camión.

En el pueblo circulaban rumores sobre móviles de asesinato; Congden y Van Syke compartiendo las ganancias mal adquiridas, fruto de las diversas tropelías del juez de paz; una disputa entre dos delincuentes, un asesinato brutal y después un accidente con la gasolina que al parecer Van Syke había utilizado para rociar el elevador antes de prenderle fuego; la huida del hombre, que no quiso abandonar el camión incendiado por miedo a ser descubierto en el lugar del crimen; la explosión del depósito de gasolina...

El sábado al mediodía, los habitantes del pueblo lo habían explicado todo, salvo lo del perro muerto. Van Syke aborrecía los perros, no permitía que se le acercasen y menos que subiesen a su camión. Entonces la señora Whittaker, en el Salón de Belleza de Betty, de Church Street sacó la conclusión evidente: el gran perro guardián de J. P. Congden había desaparecido hacía unas semanas. Sin duda había sido robado o secuestrado por el malvado Karl Van Syke, y la disputa por el perro era uno de los motivos que había conducido al horrible asesinato.

Hacía decenios que no se había producido un verdadero asesinato en Elm Haven. Los vecinos estaban impresionados y encantados sobre todo encantados, porque al fin se había descubierto al auténtico culpable de la matanza de los gatos de la señora Moon.

Menos segura era la relación que guardaba con esto la muerte accidental del padre Cavanaugh. La señora McCafferty dijo a la señora Somerset, que a su vez lo dijo a la señora Sperling, que el sacerdote había sido siempre un poco inestable, tomando a broma su propia vocación e incluso llamando «Papamóvil» al vehículo de la diócesis prestado por Oak Hill, según decía la señora Meehan, que ayudaba en todas las funciones de la iglesia. La señora Maher, de la Asociación de Damas Luteranas, dijo a la señora Meehan, en el Bazar Metodista, que el padre Cavanaugh tenía antecedentes de locura en su familia; era escocés-irlandés y todo el mundo sabía lo que significaba esto, y también era de dominio público que el joven sacerdote había sido trasladado de una diócesis importante de Chicago, como castigo por algo extraño que había realizado allí. Ahora todos sabían cuáles eran algunas de sus acciones extrañas: ser un mirón, tratar de irrumpir en casas particulares, y probablemente matar gatos como una especie de oscuro rito católico. La señora Whittaker dijo a la señora Staffney, que lo confirmó con la señora Taylor, que los católicos empleaban gatos muertos en ciertos ritos secretos. La señora Taylor dijo que su marido le había dicho que la cara del joven sacerdote había sido «aplastada y despellejada» por el radiador de la furgoneta del señor McBride. El señor Taylor había declarado que el padre Cavanaugh era «tal vez el muerto más horrible» que había tenido el solemne deber de preparar. El obispo de la archidiócesis telefoneó el domingo por la mañana, temprano, desde la iglesia de Santa María, en Peoria, y dijo al señor Taylor que sólo preparase el cuerpo para ser enviado el lunes a Chicago, donde la familia se haría cargo de él. El señor Taylor asintió, pero en todo caso añadió cosmética a su factura, ya que «la familia no puede verle así..., es como si algo hubiese explotado de su cara hacia fuera». Fueron también palabras del señor Taylor, según dijo la señora Taylor a la señora Whittaker.

En cualquier caso, la gente estaba segura de que el misterio se había resuelto. El señor Van Syke, en quien nadie de la ciudad había confiado mucho, había asesinado al juez de paz Congden por cuestión de dinero o de un perro. El pobre padre Cavanaugh, a quien resultó que todos los protestantes y no pocos católicos nunca habían considerado como muy cuerdo, había perdido la cabeza a causa de una fiebre congénita y había tratado de atacar a su monaguillo Michael O'Rourke, antes de lanzarse de cabeza contra una furgoneta.

Los vecinos parloteaban y las líneas telefónicas zumbaban -Jenny, la telefonista, no había contado tantas llamadas de Elm Haven desde la inundación de 1949-, y todo el mundo disfrutaba resolviendo enigmas, sin dejar de observar las negras nubes que seguían acumulándose sobre los campos de maíz del sur y del oeste.

Librodot

El sheriff no estaba muy convencido de que todo se hubiese resuelto. Después de la comida celebró la tercera entrevista con Mike desde la noche anterior.

-¿Y habló el padre Cavanaugh con tu hermana?

-Sí, señor. Ella me dijo que el padre C. quería hablar conmigo, que era importante.

Mike sabía que el sheriff había hablado dos veces con Peg.

-¿Le dijo de qué quería hablar contigo?

-No, señor. Creo que no. Tendrá que preguntárselo a ella.

-Hum -dijo el sheriff, mirando una libretita de hojas cambiables que hizo pensar a Mike en las de Duane-. Dime otra vez de qué te habló.

-Bueno, ya le he dicho antes que no pude entender realmente lo que decía. Fue como cuando una persona habla teniendo mucha fiebre. Había palabras y frases que parecían tener sentido, pero todas juntas no lo tenían.

-Dime algunas de esas palabras, hijo mío.

Mike se mordió el labio. Duane McBride les había dicho una vez, a Dale y a él, que la mayoría de los delincuentes daban al traste con sus mentiras y coartadas porque hablaban demasiado, necesitaban bordar los hechos. Los inocentes, decía Duane, solían ser mucho menos locuaces. Mike había buscado en el diccionario de su casa la palabra «locuaz», después de aquella conversación.

-Bueno, señor -dijo lentamente Mike-, sé que empleó varias veces la palabra pecado. Dijo que todos pecábamos y teníamos que ser castigados. Pero tuve la impresión de que no se refería realmente a nosotros, sino a la gente en general.

El sheriff asintió con la cabeza y tomó una nota.

-¿Y fue entonces cuando empezó a gritar?

-Sí, señor. Aproximadamente entonces.

-Pero tu hermana dice que oyó las voces de los dos. Si no entendías lo que decía el padre, ¿de qué hablabais?

Mike resistió el impulso de enjugarse el sudor de su labio superior.

-Creo que le pregunté si se encontraba bien. Quiero decir que la última vez que había visto al padre C. había sido el martes, cuando la señora McCafferty me dejó entrar en su habitación. Entonces estaba realmente muy enfermo.

-¿Y te dijo él que estaba bien?

-No, señor; sólo empezó a gritar diciendo que el Día del Juicio estaba próximo..., esto fue lo que dijo, señor: próximo.

-Y entonces salió corriendo del porche y empezó a forzar la ventana de tu abuela

-dijo el sheriff, comprobando sus notas-. ¿Es así?

--Sí, señor.

El sheriff se rascó despacio la mejilla, visiblemente insatisfecho por algo.

-¿Y qué me dices de su cara, hijo?

-¿Su cara, señor?

Era una pregunta nueva.

-Sí. ¿Era... extraña? ¿Estaba lesionada o deformada?

«No, si uno no considera una deformación que la cara se convierta en una especie de hocico de lamprea», pensó Mike. Pero dijo:

-No, señor. Creo que no. Estaba pálido, pero había mucha oscuridad.

-¿No viste alguna cicatriz o lesión?

-¿Qué es una lesión, señor?

-Un arañazo profundo. O una llaga abierta.

-No, señor.

El sheriff suspiró y metió la mano dentro de una pequeña bolsa de deporte.

-¿Es tuyo esto, hijo?

Sacó la pistola de agua.

La primera intención de Mike fue negarlo.

-Sí, señor -dijo.

El sheriff asintió con la cabeza.

-Tu hermana dijo que lo era. ¿No eres un poco mayor para jugar con pistolas de agua?

Mike se encogió de hombros y pareció confuso.

-¿La tenías en el porche la noche pasada cuando os visitó el padre Cavanaugh?

-No -dijo Mike.

-¿Estás seguro?

-Sí, señor.

-La encontramos debajo de la ventana -dijo el sheriff. Se echó el sombrero atrás y sonrió por primera vez durante la entrevista-. Esto demuestra lo paranoico que me vuelvo con los años... Hice que el laboratorio de la policía de Oak Hill analizase el contenido. Agua. Sólo agua. - Mike devolvió la sonrisa al hombretón.

-Toma, hijo. Te devuelvo tu juguete. ¿Puedes decirme algo más que me sea útil? Por ejemplo, ¿de dónde salió esto?

Levantó el sombrero de campaña del Soldado.

-No, señor. Tal vez estaba entre los arbustos. El padre C. lo tenía puesto cuando arrancó la tela metálica.

-¿Y es el mismo sombrero que viste cuando informaste de un soldado curioso hace unas semanas?

-Supongo que sí, señor. No lo sé.

-Pero, ¿es la misma clase de sombrero?

-Sí, señor.

-Pero no reconociste a aquel soldado como tu sacerdote las otras veces que lo viste en el jardín, ¿verdad?

El sheriff observó atentamente a Mike.

Este reflexionó un momento, como había hecho las dos últimas veces que el sheriff se lo había preguntado.

-No, señor -dijo al fin-. Antes habría dicho que no era el padre Cavanaugh... Parecía más bajo la primera vez que lo vi, pero estaba oscuro y yo miraba a través de las cortinas. -Hizo un ademán confuso-. Lo siento, señor.

El hombre alto se levantó del sofá donde estaba sentado, tocó a Mike en el hombro con una de sus manazas y dijo:

-Está bien, hijo. Gracias por tu ayuda. Lamento que tuvieses que ver aquello la noche pasada. Tal vez nunca sabremos lo que le ocurrió a aquel caballero, a tu padre Cavanaugh, quiero decir, pero dudo de que pretendiese hacer lo que hizo. Fuese por la fiebre de que hablan sus médicos o por otra causa, no creo que el caballero estuviese en sus cabales.

-Tampoco yo, señor -dijo Mike, acompañando al sheriff a la puerta.

Sus padres estaban esperando en el porche. Los tres saludaron con la mano al alejarse lentamente el coche del sheriff por la Primera Avenida.

-Hagámoslo esta tarde -dijo Harlen en la casa del árbol, una hora más tarde.

Todos estaban allí, salvo Cordie Cooke. Harlen y Dale habían ido al vertedero a buscarla inmediatamente después del desayuno, pero no habían encontrado rastro de ella, salvo unas mantas raídas en un destartalado cobertizo próximo al terraplén del ferrocarril.

Mike suspiró, demasiado cansado para discutir.

-Ya hemos hablado de esto, Jim -dijo Dale.

Kevin estaba hojeando una historieta de Scrooge McDuck, algo referente a la busca de oro de los vikingos a juzgar por la cubierta, pero la dejó y dijo:

-Esperaremos hasta mañana. No voy a robar el camión de mi padre delante de sus narices. Tengo que convencerle de que lo cogió otra persona y roció de gasolina Old Central.

Harlen resopló.

-¿Quién? Todos los sospechosos aparecen muertos. Ésta será la semana más endiablada de la historia de Elm Haven, y alguien se imaginará, más pronto o más tarde, que hemos tenido algo que ver con ello...

-No, si mantienes cerrada la bocaza -dijo Dale.

-¿Quién me la va a cerrar, Stewart? -se burló Harlen.

Los dos muchachos se abalanzaron el uno contra el otro, pero Mike los separó.

-Calmaos. -Tenía la voz muy fatigada-. Una cosa es segura: no vamos a dormir separados esta noche y dejar que esas cosas nos sorprendan de uno en uno.

-Está bien -dijo Harlen, apoyándose de espaldas en una gruesa rama-. Estaremos todos juntos para que puedan pillarnos de una vez.

Mike sacudió la cabeza.

-Dos equipos. Mis padres han dicho ya que podía quedarme con Dale y Lawrence esta noche. Creen que sólo quiero estar fuera de casa, por lo de la noche pasada.

Los chicos no dijeron nada.

-Harlen, ¿tú podrías pasar la noche en casa de Kev?

-Sí.

-Bien, así podremos estar en contacto toda la noche con los walkie-talkies.

Dale arrancó una hoja de una rama y empezó a partirla en trozos cada vez más pequeños.

-Me parece bien. Entonces cargaremos la cuba de gasolina por la mañana y rociaremos el colegio. Exactamente después de que amanezca.

Mike se volvió a Kevin.

-Grumbacher, ¿estás seguro de que podrás conducirlo?

Kev arqueó una ceja.

-Ya os dije que podía.

-Sí, pero no queremos tener sorpresas mañana por la mañana.

-No habrá ninguna sorpresa -dijo Kevin-. Mi padre me deja conducir de vez en cuando por caminos vecinales. Sé cambiar de marcha. Puedo alcanzar los pedales. Puedo llevar el camión hasta el patio del colegio.

-Pero hazlo sin ruido -dijo Dale-. No queremos que tus padres se despierten.

Kevin alzó y bajó lentamente el mentón.

-Su dormitorio está en el sótano, y tienen puesto el acondicionador de aire. Esto nos ayudará.

Lawrence había guardado silencio, pero ahora se inclinó hacia delante.

-¿Creéis realmente que lo que hay en el colegio se quedará sentado, esperando que hagamos algo? ¿Creéis que no va a contraatacar?

Mike rompió una rama.

-Ha estado contraatacando, pero me parece que se está quedando sin aliados.

-Nadie puede encontrar al doctor Roon -dijo Harlen.

Se rascó la escayola. Tenían que quitársela dentro de pocos días, y la picazón le volvía loco.

-La señora que le tiene alquilada la habitación dice que está de vacaciones en Minnesota -dijo Kevin.

-¡Oh! -exclamaron sarcásticamente los otros cuatro.

-Y el Soldado está todavía por ahí, en alguna parte -dijo Mike.

Esta vez, nadie lo tomó a broma.

-Y la vieja Double-Butt y su compañera -dijo Harlen-. Y esas cosas que excavan el suelo. Y Tubby.

-Menos su mano -dijo Dale-. No podrá hacernos una higa.

Nadie rió su broma.

-Quedan siete -dijo Lawrence, que había estado contando con los dedos-. Nosotros sólo somos cinco.

-Y Cordie -dijo Dale-. Algunas veces.

Lawrence hizo una mueca.

-Yo no cuento a las chicas. Ellos son siete, sin contar la campana, y nosotros sólo cinco.

-Sí -dijo Mike-, pero tenemos un arma secreta.

Sacó la pistola de agua del cinturón y roció la cara de Lawrence.

El chiquillo protestó.

-¡Eh, no la malgastes! -gritó Dale.

-No te preocupes -dijo Mike, guardando de nuevo la pistola-. Esta no es agua bendita. La guardo para más tarde.

-¿Tienes lo otro? -dijo Harlen-. Aquel pan.

-La Eucaristía -dijo Mike. Se mordió el labio-. No; no he podido. El padre Dinmen vino esta mañana de Oak Hill para decir la misa; pero después cerró la iglesia. No puedo entrar en ella. He tenido suerte al poder apoderarme de la poca agua bendita que quedaba, después de la misa.

-Tienes la mitad que dejaste en la habitación de tu abuela -le recordó Dale.

Mike movió lentamente la cabeza.

-No -dijo-, esto se quedará con Memo. Mi padre estará esta noche en casa, pero no quiero arriesgarme.

Dale iba a decir algo, pero en aquel instante oyeron el grito «Kev-INNN» resonando en Depot Street. Todos bajaron del roble.

-¡Nos veremos después de la cena! -gritó Dale a Mike al echar a correr con su hermano hacia su casa.

Mike volvió a la suya, deteniéndose junto al retrete exterior para observar las negras nubes que discurrían bajas encima de los campos. A pesar del visible movimiento de las nubes, no soplaba el viento. La luz tenía un resplandor amarillento.

Mike fue a lavarse y a empaquetar su saco de dormir y su pijama para pasar la noche en casa de sus amigos.

36

El señor Ashley-Montague estaba sentado en la parte de atrás de su limusina negra, contemplando los campos de maíz y los pueblos de la carretera durante el viaje de una hora hasta Elm Haven. Tyler, su mayordomo, chofer y guardaespaldas, permanecía callado, y el señor Ashley-Montague no veía razón alguna para romper el silencio. Los cristales oscuros de las ventanillas hacían que el paisaje tuviese un aspecto tormentoso, por lo que el señor Ashley-Montague no prestó demasiada atención al oscuro cielo y a la luz enfermiza que envolvía el bosque, los campos y los ríos como una cortina raída a punto de rasgarse.

La Main Street de Elm Haven estaba más desierta que de costumbre, incluso para una noche de sábado, y cuando el señor Ashley-Montague se apeó del automóvil en Bandstand Park, percibió inmediatamente la oscuridad del cielo. En vez de las acostumbradas docenas de familias esperando pacientemente sobre la hierba, sólo unas pocas caras observaron cómo transportaba Tyler el voluminoso proyector desde el portaequipajes del coche hasta el quiosco de música. Un puñado de vehículos llegaron y aparcaron en diagonal, mientras Tyler instalaba los altavoces y otros accesorios; pero en conjunto, la concurrencia era una de las menos numerosas en los diecinueve años en los que Ashley-Montague había ofrecido esta diversión gratuita los sábados por la noche al pequeño y moribundo pueblo.

Dennis Ashley-Montague volvió al asiento de atrás de la limusina, cerró las portezuelas y se sirvió un buen vaso de puro whisky escocés Glenlivet, del bar instalado en el tabique a prueba de ruidos de detrás del asiento del conductor. Había pensado no venir esta noche y acabar con el cine gratuito al aire libre; pero la tradición calaba hondo en el sentido de que ser el señor del pueblo para aquella serie de cabezotas y patanes innatos daba cierto objetivo perverso a su vida. Y quería hablar con los muchachos.

Les había visto en anteriores sesiones de cine a lo largo de los años, con sus caritas mugrientas observando la película como si fuese algún espléndido milagro, y las mejillas hinchadas de chicle y palomitas de maíz. Pero nunca les había mirado realmente hasta que aquel gordinflón, cuyo amigo decía que había sido asesinado, le había interrogado en el quiosco de música hacía aproximadamente un mes. Después, aquel sorprendente muchachito había llamado a la puerta del señor Ashley-Montague y había tenido la audacia de robar un ejemplar encuadernado en cuero de *El Libro de la Ley* traducido por Crowley. Él no veía nada en aquel libro que pudiese ayudar a los muchachos, si la Estela Reveladora de su abuelo estuviese realmente despertando de su largo sueño. El señor Ashley-Montague no conocía nada que pudiese ayudarles, si éste era el caso, ni siquiera él mismo.

El millonario apuró su vaso y volvió al quiosco de música, donde Tyler había hecho los últimos preparativos. Todavía no eran las ocho y media de la tarde; generalmente el crepúsculo se alargaba otra media hora en estas latitudes, pero las nubes habían hecho que anocheciese más temprano.

El señor Ashley-Montague sintió que se apoderaba de él una fuerte impresión de claustrofobia: desde donde se hallaba, el pueblo parecía cercado por unos muros de maíz de dos metros y medio de altura; hacia el sur, más allá de las ruinas de su mansión ancestral; hacia el norte, cuatro largas manzanas por el oscuro túnel de Braid Avenue; hacia el oeste, sólo unos cientos de metros hasta donde la Hard Road torcía al norte, y hacia el este, el callado desafío de Main Street, con sus oscuras tiendas. Todavía no se habían encendido los faroles.

El señor Ashley-Montague no vio a los chicos a quienes estaba buscando. Vio a Charles Sperling, el hijo maleducado de aquel Sperling que había tenido la desfachatez de pedirle un préstamo para algún negocio, y junto a él el musculoso Taylor, de cara de luna, cuyo abuelo había recibido inyecciones de capital por parte del abuelo de Dennis Ashley-Montague a cambio de olvidar algunas cosas en la época del Escándalo.

Pero esta noche había pocos chicos más y no muchas familias. Tal vez les preocupaba el anuncio de un tornado.

El señor Ashley-Montague observó el cielo amarillo y cada vez mas oscuro y se dio cuenta de que ningún pájaro armaba el jaleo acostumbrado en las copas de los altos árboles, al ponerse el sol. Tampoco se oían ruidos de insectos. Ninguna brisa movía las ramas, e incluso la oscuridad tenía un tono amarillo.

El millonario encendió un cigarrillo, se apoyó en la baranda del quiosco de música y consideró dónde podría buscar refugio, si las sirenas anunciaban de pronto la inminencia de un tornado. Aquí no había casas abiertas para él y no iría a las ruinas de la mansión, a pesar de que la bodega estaba intacta, porque los trabajadores que limpiaban la casa, el otoño pasado, habían descubierto túneles sospechosos en la sólida roca.

El señor Ashley-Montague decidió que si había algún aviso serio de tornado o de tormenta fuerte, volvería a la limusina y haría que Tyler le llevase a casa. Los tornados podían arrasar ciudades pequeñas como Elm Haven, pero no prestaban atención a los vehículos de lujo en la carretera, y no se sabía de ninguno que hubiese afectado a Gran View Drive.

Hizo una seña a Tyler con la cabeza, y éste puso la película de dibujos y encendió la lámpara del proyector. Hubo una salva de aplausos no muy entusiastas por parte de las pocas personas sentadas en los bancos o sobre mantas. Tom y Jerry empezaron a perseguirse alrededor de una casa pintada de colores primarios, mientras el señor Ashley-Montague fumaba otro cigarrillo y observaba el cielo al sur de la ciudad.

-¿Crees que tendremos un tornado? -dijo Dale.

Estaban de pie en el porche de su casa y miraban hacia la Segunda Avenida. Pocos coches pasaban por Hard Road, y los que lo hacían tenían las luces encendidas y circulaban despacio.

-No lo sé -dijo Mike.

Todos habían visto algún tornado con anterioridad; eran la plaga del Medio Oeste y el fenómeno atmosférico que más temían sus padres, pero aquellas nubes negras del sur parecían haberse estado acumulando durante días. Daba la impresión de que el cielo era la forma negativa del cielo diurno, con los árboles y los tejados iluminados por la última luz amarilla del crepúsculo, mientras la bóveda celeste era como la boca de un negro abismo. Un débil resplandor de luz verde a lo largo del horizonte de maizales era como de relámpagos, pero no eran realmente tales, no eran rayos visibles sino sólo una ocasional fosforescencia verde y blanca que hacía que los viejos hablasen en las tiendas de rayos en cadena, rayos esféricos y otros fenómenos de los que nada sabían.

Mike levantó el walkie-talkie y pulsó el botón de transmisión. Oyó dos chasquidos, que era la señal convenida para indicar que Kevin estaba a la escucha.

-¿Puedes hablar? -preguntó Mike en voz baja, sin preocuparse de claves ni de señales de llamada.

-Sí -respondió la voz de Kevin. Aunque el otro muchacho estaba a menos de treinta metros, en la casa contigua, la transmisión era interrumpida por silbidos y parásitos. Era como si la atmósfera estuviese hirviendo en algún plano invisible.

-Vamos a entrar y acostarnos -dijo Mike-. A menos de que queráis ir al cine gratuito.

-¡Ja, ja! -dijo la voz de Harlen, y Mike se imaginó al chico agarrando la radio.

-¿Os estáis dando un banquete ahí? -preguntó Dale, acercándose al walkie-talkie de Mike.

-Muy gracioso -dijo Harlen-. Estamos viendo la tele de Grumbelly en el sótano. Los hombres malos acaban de secuestrar a la señorita Kitty.

Dale sonrió.

-A la señorita Kitty la secuestran cada semana. Creo que Matt debería dejar que se quedaran con ella.

Volvió la voz de Kevin, grave y tensa.

-Tengo la llave para mañana por la mañana.

Mike suspiró.

-Recibido. Que tengáis sueños agradables esta noche..., pero aseguraos de que tenéis pilas nuevas y dejad la línea abierta.

-Recibido -fue la lacónica respuesta de Kev.

Sonaron unos parásitos y el aparato enmudeció.

Los tres muchachos subieron a la habitación de Dale y Lawrence. La señora Stewart había instalado un catre adicional debajo de la ventana del sur; había comprendido que Mike estuviese trastornado después del terrible accidente del padre Cavanaugh el día anterior. No le importaba que durmiese en su casa. Su marido regresaría a primeras horas de la tarde del domingo y tal vez podrían ir todos juntos a comer en el campo, cerca del Spoon o de otro río de Illinois.

Se pusieron los pijamas. Habrían preferido no desnudarse esta noche, pero seguramente la madre de Dale iría a echarles un vistazo y no querían problemas. Dejaron la ropa preparada y Dale puso el pequeño despertador a las cuatro cuarenta y cinco. Advirtió que la mano le temblaba ligeramente al dar cuerda al reloj. Se metieron en sus camas, Mike en su catre, y se pusieron a leer historietas y a hablar de todo, menos de lo que estaban pensando.

-Me habría gustado ir al cine al aire libre -dijo Lawrence durante una pausa en la charla sobre los Chicago Cubs-. Daban esa nueva película de Vincent Price: *La casa Usser*.

-*Casa Usher* -corrigió Dale-. Está tomada de un cuento de Edgar Allan Poe. ¿Recuerdas cuando te leí *La máscara de la muerte roja*, la última víspera de Todos los Santos?

Dale sintió una extraña punzada de dolor y tardó un momento en darse cuenta de que había sido Duane quien le había hablado de los maravillosos cuentos y poemas de Poe. Miró hacia la mesita de noche, donde estaban cuidadosamente atadas las libretas de Duane. Abajo, el teléfono sonó dos veces. Pudieron oír la voz amortiguada de la madre de Dale al contestar.

-Lo que sea -dijo Lawrence, cruzando las manos detrás de la cabeza y sobre la almohada. Su pijama mostraba pequeños cowboys a lomos de Palominos encabritados-. Pero siento no haber podido ver la película.

Mike dejó su historieta de Batman. Llevaba un pantalón de pijama de un azul desvaído, con su camiseta de manga corta.

-No habrías querido volver a casa en plena oscuridad, ¿verdad? Tu madre no quiso ir debido a la tormenta, y yo no creo que sea una noche muy buena para estar rondando por las calles.

Se oyó un ruido de pisadas en la escalera y Mike miró hacia su bolsa de lona, pero Dale dijo:

-Es mamá.

Su madre apareció en el umbral, muy atractiva en su ligero vestido blanco de verano.

-Era tía Lena. El tío Henry ha vuelto a hacerse daño en la espalda al quitar unos tocones de los pastos de atrás, y ahora no puede ponerse derecho. El doctor Viskes le ha recetado unos analgésicos, pero ya sabéis que a Lena no le gusta conducir. Me ha preguntado si podría ir yo a buscarle las píldoras.

Dale se incorporó en la cama.

-La farmacia está cerrada.

-He llamado al señor Aikins. Bajará y la abrirá para despachar la receta. -Miró por la ventana los relámpagos que seguían perfilando los árboles y las casas hacia el sur-. No me gusta dejaros aquí solos cuando se aproxima una tormenta. ¿Queréis venir conmigo?

Dale iba a contestar pero miró a Mike, el cual señaló con la cabeza el walkie-talkie que estaba en el suelo junto a él. Dale comprendió: si iban a casa del tío Henry dejarían de estar en contacto con Kevin y Harlen. Y habían prometido que lo estarían.

-No -dijo Dale-. Aquí estaremos bien.

Su madre miró la tormentosa oscuridad.

-¿Estás seguro?

Dale sonrió y le mostró un tebeo.

-Sí. Tenemos bocadillos, palomitas de maíz y tebeos... ¿Qué más podemos desear?

Ella sonrió.

-Muy bien. Sólo estaré fuera unos veinte minutos. Llamad a la casa de campo si me necesitáis. -Miró su reloj-. Son casi las once. Tendríais que apagar las luces dentro de unos minutos.

Los chicos oyeron que se ajetreaba en la planta baja; después, la puerta de atrás se cerró de golpe y el viejo automóvil se puso en marcha. Dale se plantó junto a la ventana para ver cómo se alejaba por la Segunda Avenida en dirección al centro de la ciudad.

-Esto no me gusta -dijo Mike.

Dale se encogió de hombros.

-¿Crees que la campana o lo que sea se ha disfrazado de tocón para que el tío Henry se haga daño en la espalda? ¿Crees que es todo parte de un plan?

-Simplemente, no me gusta. -Mike se levantó y se puso los zapatos-. Me parece que será mejor que cerremos las puertas de abajo.

Dale hizo una pausa. Era una idea extraña porque sólo cerraban las puertas cuando se iban de vacaciones o algo parecido.

-Sí -dijo al fin-. Ahora bajo y cierro.

-Quédate aquí -dijo Mike, señalando con la cabeza hacia Lawrence, que estaba demasiado enfrascado en un tebeo para darse cuenta de ello-. Volveré enseguida.

Cogió su bolsa, cruzó el rellano y bajó la escalera. Dale aguzó el oído y oyó que se cerraba la puerta principal, y después pisadas en el pasillo en dirección a la cocina. Tendría que vigilar el regreso de la madre para poder bajar y abrir de nuevo las puertas antes de que llegase ella a la de atrás.

Dale se tumbó en la cama, viendo los silenciosos relámpagos por la ventana del sur y las sombras de las hojas del alto olmo por la del norte, a su derecha.

-¡Eh, mira esto! -rió Lawrence.

Estaba leyendo una historieta de Tío Scrooge, su lectura predilecta, y algo referente al oro vikingo le había hecho reír. Sostuvo la hoja en dirección a Dale.

Dale se había adormilado; alargó un brazo para coger el tebeo pero no acertó. El tebeo cayó al suelo.

-Yo lo cogeré -dijo Lawrence, alargando un brazo entre las camas.

Un brazo y una mano blancos salieron de debajo de la cama y agarraron la muñeca de Lawrence.

-¡Eh! -gritó éste, y fue inmediatamente arrancado de la cama, con la sábana volando por el aire.

Cayó al suelo con un ruido sordo. El brazo blanco empezó a tirar de él hacia debajo de la cama.

Dale no tuvo tiempo de gritar. Agarró las piernas de su hermano y trató de sujetarle. Pero el tirón era inexorable; Dale estaba resbalando de su cama, con la sábana y la colcha envolviéndole las rodillas.

Lawrence gritó cuando su cabeza se metió debajo de la cama; después se introdujeron los hombros. Dale trataba de aguantar, de recuperar a su hermano, pero era como si cuatro o cinco adultos tirasen de él sin aflojar un instante la presión. Tuvo miedo de que si seguía tirando tan fuerte partirían a Lawrence por la mitad.

Respirando hondo, Dale saltó entre las dos camas, apartando la suya de una patada y levantando el guardapolvo que su madre había insistido en poner en la de Lawrence, a pesar de las protestas del muchacho de que esto era afeminado.

Había oscuridad abajo, pero no una oscuridad normal sino una negrura más intensa que la de las impenetrables nubes de tormenta en el horizonte meridional. Era una negrura como de tinta sobre terciopelo negro, y cubría las tablas del suelo y se agitaba como una niebla negra. Dos gruesos brazos blancos salieron de aquella negrura y metieron a Lawrence en el agujero, como un leñador poniendo un pequeño tronco en la sierra mecánica. Lawrence chilló de nuevo, pero el grito cesó de repente al desaparecer su cabeza en la redonda oscuridad dentro de la oscuridad. Le siguieron los hombros.

Dale agarró de nuevo los tobillos de su hermano, pero las blancas manos eran implacables. Lentamente, pataleando y retorciéndose pero en silencio, Lawrence fue arrastrado debajo de la cama.

-¡Mike! -gritó Dale, con voz estridente-. ¡Sube! ¡Deprisa!

Se maldecía por no haber agarrado su propia bolsa de lona que estaba al otro lado de la cama..., la escopeta, las pistolas de agua... No, no habría tenido tiempo, Lawrence habría desaparecido.

En realidad, casi había desaparecido. Sólo sus piernas sobresalían de la negrura.

«¡Dios mío, le están metiendo en el suelo! ¡Tal vez aquello se lo está comiendo!» Pero las piernas seguían pataleando; su hermano aún estaba Vivo.

-¡Mike!

Dale sintió que la negrura empezaba a envolverle, unos zarcillos y tentáculos de oscuridad más fríos que una niebla de invierno. Por todos los sitios donde le tocaban aquellos zarcillos, Dale sentía en las piernas y los tobillos una picazón como producida por pedazos de hielo seco.

-¡Mike!

Una de las manos blancas interrumpió su tarea de entregar a Lawrence a la oscuridad y se acercó a la cara de Dale. Los dedos tenían al menos veinticinco centímetros de largo.

Dale se echó atrás, se le escaparon los tobillos de Lawrence y observó que lo que quedaba de su hermano era engullido por la oscuridad. Después no hubo nada debajo de la cama, salvo aquella niebla negra que se encogía ahora sobre sí misma, y aquellos dedos increíblemente

largos que resbalaban atrás y hacia abajo como las manos de un limpiador de cloacas al deslizarse por una boca de acceso.

Dale se arrojó debajo de la cama, tanteando la oscuridad, buscando a tientas a su hermano, aunque sentía entumecidas las manos y los antebrazos por un frío terrible, incluso al plegarse la negrura sobre sí misma y encogerse los zarcillos como en la película de una flor cerrándose al anochecer proyectada en movimiento acelerado..., y entonces sólo quedó el círculo perfecto de oscuridad, ¡un agujero! Dale podía sentir el vacío donde hubiese debido estar el suelo sólido, y retiró las manos al contraerse aquel círculo con demasiada rapidez, cerrándose como una trampa de acero que habría pillado y cortado los dedos de Dale en un instante...

-¿Qué? -gritó Mike, entrando en la habitación con la bolsa en una mano y la escopeta de cañones recortados en la otra.

Dale estaba en pie, tratando de ahogar sus sollozos, señalando y farfullando.

Mike cayó de rodillas y golpeó las sólidas tablas con el cañón de la pequeña escopeta. Dale cayó también sobre las rodillas y los codos y empezó a dar puñetazos en el suelo.

-¡Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda!

Pero allí abajo no había más que tablas y motas de polvo, y el tebeo del Tío Scrooge que se le había caído a Lawrence.

Un grito resonó en el sótano.

-¡Lawrence! -exclamó Dale, corriendo hacia el rellano.

-¡Un momento! ¡Un momento! -gritó Mike, sujetándole hasta que pudo recobrar la bolsa y la radio de Dale-. Monta la Savage.

-No podemos esperar... Lawrence... -dijo Dale entre sollozos, tratando de soltarse.

Otro grito resonó en el sótano, esta vez más lejano.

Mike dejó caer la escopeta sobre la cama y sacudió a Dale con ambas manos.

-¡Monta... la... Savage! Ellos quieren que bajes allí desarmado. Quieren que te entre pánico. ¡Piénsalo!

Dale estaba temblando cuando montó la escopeta, ajustando el cañón al cargador. Mike se puso dos pistolas de agua cargadas debajo del cinturón, arrojó la caja de cartuchos 410 a Dale, se colgó el walkie-talkie del hombro y dijo:

-Muy bien, bajemos.

Los gritos habían cesado.

Bajaron corriendo la escalera, pasaron por el oscuro pasillo, y cruzaron la cocina y la puerta interior de la escalera del sótano.

37

-¿Queréis que vayamos? -preguntó Kevin por el walkie-talkie. Tanto él como Harlen estaban vestidos y preparados en el dormitorio de Kev.

-No; quedaos donde estáis, a menos que os llamemos -radió Mike desde lo alto de la escalera-. Pulsaremos dos veces el botón de transmisión Si OS necesitamos.

-Entendido.

En el momento en que Mike cortó la comunicación se apagaron las luces de la casa Stewart. Sacó la linterna de la bolsa y dejó ésta sobre el escalón más próximo a la cocina. Dale cogió la linterna que guardaba su padre en un estante cerca del principio de la escalera. La cocina y la casa, delante de la puerta abierta, estaban a oscuras; en el sótano había algo más que oscuridad.

Se oyó un ruido como de algo que escarbaba o se deslizaba.

Dale metió el cartucho del 410, dejó vacío el cañón del 22 y cerró la escopeta. Amartilló el arma. La luz de la linterna iluminó la pared en la curva de la escalera cerca del pie de ésta. Más ruidos como de arañazos sonaron detrás de la esquina.

-Vamos -dijo Dale, sujetando la linterna con una mano y la escopeta firmemente con la otra.

Librodot

Mike le siguió con su arma y linterna.

Bajaron de un salto los dos últimos y altos escalones, oliendo la humedad del lugar. Delante de ellos, el horno y el tragante proyectaban tuberías como cabellos de Gorgona. El ruido como de deslizamiento sobre piedra procedía de su derecha, a través de la pequeña abertura en la pared.

Sonaba en la carbonera.

Dale entró rápidamente en ella, iluminando con la linterna a la izquierda y a la derecha y después de nuevo atrás, el tragante, las paredes, el pequeño montón de carbón que había quedado del invierno, la pared del norte con su panel al exterior y la tolva del carbón en una esquina, las telarañas en la pared más próxima, y de nuevo el espacio abierto.

Brilló un débil resplandor en el hueco de debajo de la fachada de la casa y del porche: no una luz, no algo tan brillante como una luz, sino una pálida fosforescencia parecida a la de la esfera del reloj de Kevin. Dale se acercó más y proyectó la luz de la linterna en el bajo espacio cubierto de telarañas.

Ocho metros hacia dentro, donde normalmente hubiese debido terminar el hueco al final del porche, la luz de la linterna se reflejó en las estriadas paredes de un agujero de medio metro de diámetro, perfectamente redondo y que seguía emitiendo aquel resplandor verdoso que habían visto desde la carbonera.

Dale dejó sus cosas en la repisa y se metió en el hueco, haciendo caso omiso de las telarañas en su cara al empezar a moverse sobre el húmedo suelo en dirección al túnel.

Mike le agarró de los tobillos.

-Suéltame. Iré tras él.

Mike no discutió; tiró de Dale hacia atrás, hasta que la chaqueta del pijama se deslizó por encima de la repisa de ladrillos.

-¡Suéltame! -gritó Dale, tratando de liberarse-. ¡Voy a buscarle!

Mike sujetó la cara de su amigo y le impuso silencio, apretándole de espaldas contra la piedra fría.

-Todos iremos a buscarle. Pero esto es lo que ellos esperan que hagas, que te metas en el túnel. O que vayas directamente donde le llevan a él.

-¿Dónde es? -jadeó Dale, sacudiendo la cabeza, sintiendo todavía la marca de los fuertes dedos de Mike en la mandíbula inferior.

-Traza una línea -dijo Mike, señalando en dirección al túnel.

Dale volvió los ojos turbios hacia la oscuridad. Hacia el sudoeste, por debajo del patio de recreo del colegio...

-Old Central -dijo. Sacudió de nuevo la cabeza-. Lawrence puede estar todavía vivo.

-Tal vez sí. Que nosotros sepamos, nunca se habían llevado a nadie, los habían matado. Quizá le quieren vivo. Probablemente para que nosotros vayamos tras él. -Pulsó el botón de transmisión-. Kev, Harlen, tomad todas vuestras cosas y nos encontraremos delante del surtidor de gasolina dentro de unos tres minutos. Nosotros vamos a vestirnos y salimos para allá.

Dale se volvió en redondo, de manera que la linterna iluminó de nuevo el túnel.

-Está bien, está bien, pero yo iré a buscarle. Iremos al colegio.

-Sí -dijo Mike, iniciando la marcha escaleras arriba, iluminándola con la linterna-. Harlen y tú buscaréis la manera de entrar en la escuela mientras Kevin hace su trabajo. Yo iré por el túnel.

Llegaron al dormitorio y Dale se puso los tejanos, las bambas y un suéter, prescindiendo de sutilezas tales como los calzoncillos y los calcetines.

-Dijiste que ellos esperan que vayamos al colegio o que sigamos el túnel.

-Una cosa u otra -respondió Mike-. No creo que las dos.

-¿Por qué has de ir tú por el túnel? Él es mi hermano.

-Sí -dijo Mike. Respiró cansadamente-. Pero yo tengo más experiencia en estas cosas.

El señor Ashley-Montague echó un par de tragos más en la parte de atrás de su automóvil mientras se proyectaban las películas de dibujos y los reportajes, pero se apeó cuando empezó la película principal. Era un estreno reciente, muy popular en sus cines de Peoria: La casa Usher, de Roger Corman. La protagonizaba el inevitable villano Vincent Price en el papel de Roderick Usher, pero el filme de horror era mucho mejor que la mayoría de los de su clase. Al señor Ashley-Montague le gustaban sobre todo los rojos y negros predominantes, y los rayos amenazadores que parecían dar relieve a cada piedra de la antigua mansión Usher.

Había terminado el primer rollo cuando estalló la tormenta. El señor Ashley-Montague estaba apoyado en la barandilla del quiosco de música cuando las ramas empezaron a agitarse en lo alto, volaron papeles sobre la hierba del parque y los escasos espectadores se arrebujaron en sus mantas o comenzaron a marcharse para refugiarse en los coches y en sus casas. El millonario miró por encima del tejado del Parkside Café y se alarmó al ver lo bajas y rápidas que parecían las negras nubes al ser iluminadas por los silenciosos relámpagos. Era lo que su madre siempre llamaba «tormenta de brujas», más frecuentes a principios de primavera y finales de otoño que en pleno verano.

En la pantalla, Vincent Price, como Roderick Usher, y su joven visitante, llevaban el pesado ataúd de la hermana de Usher a la cripta familiar llena de telarañas. El señor Ashley-Montague sabía que la muchacha sólo padecía de un ataque de catalepsia, frecuente en la familia; el público también lo sabía, y Poe lo había sabido... ¿Por qué no lo sabía Usher? «Tal vez lo sabe -pensó el señor Ashley-Montague-. Tal vez participa deliberadamente en la acción de enterrar viva a su hermana.»

El primer trueno retumbó sobre los extensos campos del sur del pueblo, subiendo de un rumor subsónico a un repiqueteo como de dientes y terminando con una nota aguda.

-¿Interrumpimos la sesión, señor? -gritó Tyler desde el proyector.

El chofer-mayordomo se sujetaba la gorra contra el viento. Sólo cuatro o cinco personas permanecían en sus coches o debajo de los árboles del parque para ver la película.

El señor Ashley-Montague miró a la pantalla. El ataúd estaba vibrando; unas uñas arañaban el interior del féretro de bronce. Cuatro plantas más arriba, el oído casi sobrenatural de Roderick Usher captaba todos los sonidos. Vincent Price se estremeció y se tapó los oídos con las manos, gritando algo que se perdió bajo el estruendo de otro trueno.

-No -dijo el señor Ashley-Montague-. Casi ha terminado. Esperemos un poco.

Tyler asintió con la cabeza, visiblemente contrariado, y se levantó el cuello de la chaqueta al arreciar el viento.

-Denisssssss. -El susurro procedía de los arbustos de delante del quiosco de música-. Deniiiissssss...

El señor Ashley-Montague frunció el ceño y caminó hasta la barandilla opuesta. No pudo ver a nadie entre los arbustos, aunque el revuelo causado por el viento y la relativa oscuridad que allí reinaba hacía difícil saber si había alguien agazapado entre las altas plantas.

-¿Quién es? -gritó.

Nadie de Elm Haven se tomaba la libertad de llamarle por su nombre de pila, y pocas personas en otras partes gozaban de este honor.

-Deniiiiissssssss.

Era como si el viento y los arbustos estuviesen susurrando.

El señor Ashley-Montague no tenía intención de bajar allí. Se volvió y chascó los dedos a Tyler.

-Alguien quiere gastarme una broma. Vete a ver quiénes son, y échalos de allí.

Tyler asintió con la cabeza y bajó ágilmente la escalera. Era más viejo de lo que parecía; en realidad había pertenecido a un comando británico en la Segunda Guerra Mundial, al frente de una pequeña unidad especializada en saltar en paracaídas detrás de las líneas japonesas en Birmania y en cualquier otra parte para crear miedo y confusión. La familia de Tyler las había pasado moradas después de la guerra, pero la experiencia del hombre fue el factor principal

Librodot

que tuvo en cuenta el señor Dennis Ashley-Montague para contratarle como mayordomo y guardaespaldas.

En la pantalla, la ancha tela blanca que ondeaba furiosamente al introducirse el viento entre ella y la pared del Parkside café, Vicent Price gritaba que su hermana estaba viva, viva, ¡viva! El joven caballero agarró una linterna y corrió hacia la cripta.

Estalló el primer rayo, iluminando en un instante todo el pueblo con una claridad de estroboscopio y haciendo que el señor Ashley-Montague pestañease ciegamente durante varios segundos. El trueno fue ensordecedor. Los últimos que se habían quedado mirando la película corrieron hacia sus casas o se alejaron en coche para resguardarse de la tormenta. Sólo la limusina del millonario permanecía en la enarenada zona de aparcamiento de detrás del quiosco de música.

El señor Ashley-Montague caminó hasta la parte delantera del quiosco, sintiendo que las primeras gotas frías de lluvia tocaban sus mejillas como lágrimas de hielo.

-¡Déjelo, Tyler! Carguemos el equipo y...

Fue el reloj de pulsera lo que primero vio, el Rolex de oro de Tyler reflejando la luz del rayo siguiente. Estaba en la muñeca de Tyler, en el suelo, entre los arbustos y el quiosco de música. La muñeca no estaba sujeta a un brazo. Un gran agujero había sido abierto a patadas, a mordiscos, en el enrejado de madera de la base del quiosco. Salían ruidos de aquel agujero.

El señor Ashley-Montague retrocedió hasta la baranda posterior del quiosco de música. Abrió la boca para gritar pero se dio cuenta de que estaba solo: Main Street estaba tan desierta como si fuesen las tres de la madrugada y ni un coche solitario descendía por Hard Road. Sin embargo, quiso gritar; pero los truenos eran ahora casi continuos, superponiéndose los unos a los otros. El cielo parecía una locura de nubes negras iluminadas desde atrás, y el viento era el propio de una tormenta de brujas.

El señor Ashley-Montague miró hacia su limusina aparcada a menos de quince metros. Las ramas se agitaban sobre su cabeza y una de ellas se desgarró y cayó sobre un banco del parque.

«Eso quiere que corra hacia el coche.»

El señor Ashley-Montague sacudió la cabeza y se quedó donde estaba. Se mojaría un poco. Pero la tormenta cesaría en algún momento. Más pronto o más tarde el agente de policía del pueblo o el sheriff del condado o alguien se detendría allí y sentiría curiosidad por saber por qué se estaba proyectando todavía la película bajo la lluvia.

En la pantalla, una mujer de cara blanca, uñas ensangrentadas y una mortaja harapienta caminó por un pasadizo secreto. Vincent Price se puso a gritar.

Debajo del señor Ashley-Montague, el suelo de madera del quiosco de música de setenta y dos años se combó de pronto hacia arriba y se astilló con un ruido que rivalizó con el estampido de los truenos.

El señor Dennis Ashley-Montague tuvo tiempo de lanzar un solo grito antes de que la boca de lamprea, con dientes de quince centímetros, se cerrase sobre sus pantorrillas, debajo de las rodillas, y le arrastrase hacia abajo a través del agujero astillado.

En la pantalla, un plano de la Casa Usher era iluminado desde atrás por relámpagos mucho menos espectaculares que las explosiones reales sobre el Parkside Café.

-Éste es el plan -dijo Mike.

Estaban todos junto al surtidor próximo al cobertizo del camión de Kevin. Las puertas de éste estaban abiertas y también la bomba. Dale llenaba botellas de Coca cola, pero entonces miró hacia arriba.

-Dale y Harlen irán al colegio. ¿Sabéis la manera de entrar en él?

Dale sacudió la cabeza.

-Yo sí -dijo Harlen.

-Muy bien -dijo Mike-. Empezad en el sótano. Yo trataré de reunirme con vosotros allí. Si estoy en alguna otra parte del edificio, gritaré. Si no puedo hacerlo, registrad el lugar por vuestra cuenta.

-¿Quién tendrá las radios? -preguntó Harlen.

Se había quitado el cabestrillo y podía utilizar los dos brazos, aunque la ligera escayola hacía que el izquierdo se moviese todavía con torpeza.

Mike tendió su radio a Harlen.

-Tú y Kev. Kev, ¿sabes lo que tienes que hacer?

El delgado muchacho asintió con la cabeza, pero después la sacudió.

-En vez de los setecientos litros que habíamos planeado, ¿quieres bombearla toda?

Mike asintió con la cabeza. Estaba introduciendo pistolas de agua debajo del cinto, en la espalda, y llenándose los bolsillos de cartuchos del 410.

Kev cerró un puño.

-¿Por qué? Sólo dijiste de lanzar un poco sobre las puertas y las ventanas.

-Este plan no daría resultado -dijo Mike. Abrió el arma de su abuela, comprobó que el cartucho estuviese en su sitio y la cerró-. Lo quiero lleno. Si es necesario, entraremos el camión por la puerta de delante.

Señaló a través del patio de recreo del colegio. Se había levantado el viento, los relámpagos rasgaban el cielo, y los olmos centinelas agitaban las gruesas ramas como brazos levantados.

Kevin miró fijamente a Mike.

-¿Cómo vamos a hacerlo? Hay cuatro o cinco escalones en la entrada principal. Aunque el camión pueda pasar por la puerta, nunca podrá subir los escalones.

Mike señaló a Dale y a Harlen.

-¿Os acordáis que cuando el año pasado desmontaron el viejo pórtico del oeste, amontonaron unas gruesas tablas junto al depósito de desperdicios?

-Yo sí -dijo Harlen-. Estuve a punto de caer encima de ellas hace unas pocas semanas.

-Pues las colocaremos en la entrada principal de la escuela antes de que entréis. Como una especie de rampa.

-Como una especie... de rampa -le imitó Kevin, mirando el camión cisterna de cuatro toneladas de su padre. Cada vez que un relámpago rasgaba el cielo, lo cual era ahora casi continuo, la enorme cuba de acero inoxidable reflejaba el centelleo-. Debéis de estar tomándome el pelo -dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

-Vamos allá -dijo Dale. Empezaba ya a bajar la cuesta hacia el colegio, dejando a los otros atrás-. ¡Vamos!

No había señales del coche de su madre. Todas las luces estaban apagadas en esta parte del pueblo. Sólo Old Central parecía resplandecer con la misma luz enfermiza que iluminaba el interior de las nubes.

Mike dio una palmada en la espalda de Harlen, hizo lo propio con Kevin y trotó hacia la casa de Dale. Éste se había detenido en el otro lado de la calle, mirando a su amigo. Mike oyó que le gritaba algo, pero las palabras fueron ahogadas por el siguiente trueno. Podían haber sido «suerte». O posiblemente «Adiós».

Mike agitó una mano y bajó al sótano de los Stewart.

Dale esperó con impaciencia a Jim Harlen durante medio minuto y entonces subió corriendo por el camino enarenado.

-¿Vienes o no?

Harlen estaba buscando algo en el cobertizo del camión de Grumbacher.

-Kev dijo que había algunas cuerdas... ¡Oh!, aquí están. –Descolgó dos gruesos rollos de cuerda de unos clavos en los pares-. Apuesto cualquier cosa a que tienen ocho metros de largo cada una.

Se colgó en bandolera los voluminosos rollos sobre los hombros y el pecho.

Dale se volvió en redondo, disgustado. Empezó a correr a través del oscuro patio de recreo, sin preocuparse de que Harlen pudiese seguirle. Lawrence estaba allí, en alguna parte. Como Duane...

-¿Para qué diablos quieres las cuerdas? -preguntó a éste, Harlen al alcanzarle jadeando después de la corta carrera.

-Si vamos a entrar en ese maldito colegio, quiero tener una manera de salir de él menos violenta que la última vez.

Dale sacudió la cabeza.

El viento arrancaba ramas, que cayeron a su alrededor cuando pasaron por debajo de los olmos. La hierba corta del campo de juego estaba como aplastada por una mano enorme e invisible.

-Mira -murmuró Harlen.

Por todas partes se veían ahora las aristas levantadas por las criaturas excavadoras: abultamientos del suelo que serpenteaban y se cruzaban, tallando en las dos hectáreas y media del patio de recreo una loca geometría de ondas.

Dale metió la mano debajo del cinturón y sacó una pistola de agua, sintiendo al mismo tiempo lo tonto que era hacer eso. Pero se guardó la linterna de Boy Scout en el cinto y sostuvo la pistola de agua con la mano izquierda y la Savage con la derecha.

-¿Tienes agua mágica de Mike? -murmuró Harlen.

-Agua bendita.

-Lo que sea.

-Vamos -susurró Dale.

Se inclinaron contra el fuerte viento. El cielo era una masa de hirvientes nubes negras perfiladas por la luz verdosa de los relámpagos. Los truenos retumbaban como fuego de cañón.

-Si llueve, esto que Kevin piensa hacer se irá al carajo.

Dale no dijo nada. Pasaron por delante del porche del norte y se pusieron debajo de las ventanas cerradas con tablas. Dale advirtió que el viento había arrancado las de la ventana de vidrios de colores de encima de la entrada; pero estaba demasiado alta para que pudiesen alcanzarla, y doblaron la esquina noroeste pasando junto al depósito de basura donde Jim había permanecido inconsciente durante diez horas, y se internaron en la sombra del lado norte del enorme edificio.

-Aquí están las tablas -jadeó Harlen-. Coge una y la colocaremos sobre los peldaños de la entrada, como ha dicho Mike.

-Vaya tontería -dijo Dale-. Enséñame la entrada que has dicho que conocías.

Harlen se quedó helado.

-Oye, puede ser importante...

-¡Enséñamela!

Sin pensarlo, Dale había levantado la escopeta, de manera que el cañón apuntaba en la dirección de Jim Harlen.

Éste llevaba su pequeña pistola debajo del cinturón Y de los absurdos rollos de cuerda.

-Escucha, Dale... Sé que estás medio loco por lo de tu hermano, y yo generalmente no cumplo órdenes de nadie, pero Mike tendría algún motivo. Ayúdame con un par de esas tablas y te enseñaré la manera de entrar.

Dale tuvo ganas de gritar, decepcionado. Pero en lugar de eso bajó la escopeta, la dejó apoyada en la pared y levantó un extremo de la larga y pesada tabla. Habían amontonado varias docenas de estas viejas tablas cuando demolieron el porche occidental del colegio el pasado otoño; estaban todavía allí, empapadas en agua y pudriéndose.

Los muchachos tardaron cinco minutos en llevar ocho tablas al porche norte y tenderlas sobre los peldaños.

-Esas cosas no sostendrían una bicicleta, si han de servir de rampa -dijo Dale-. Mike está loco.

Harlen se encogió de hombros.

-Dijimos que lo haríamos. Ahora ya lo hemos hecho. Venga, vamos.

A Dale no le había gustado dejar la escopeta y se alegró al encontrarla todavía apoyada en la pared. Salvo cuando los relámpagos lo iluminaban todo con su brillo, reinaba una oscuridad completa junto a esta pared de la escuela. Todas las luces del patio de recreo y todos los faroles de la calle estaban apagados, pero los pisos altos del edificio parecían envueltos en un resplandor verdoso.

-Por aquí -dijo Harlen.

Todas las ventanas del sótano estaban cubiertas de tela metálica, así como los contrachapados. Harlen se detuvo ante la ventana más próxima a la esquina sudoeste del colegio, arrancó la larga tabla suelta y dio una patada a la herrumbrosa tela metálica. Ésta se soltó.

-Gerry Daysinger y yo pateamos esto durante un recreo aburrido en abril -dijo Harlen-. Échame una mano.

Dale apoyó la escopeta en la pared y ayudó a arrancar la tela metálica de la pared. Polvo de ladrillos y de metal oxidado cayeron a través de la ventana hasta un nivel más bajo que el de la acera.

-Sujétala -dijo Harlen, con su voz casi ahogada por el viento y un trueno.

Se sentó en el suelo, se apoyó en la pared, tiró de la tela metálica y rompió el cristal de una patada, con el zapato derecho, destrozando al mismo tiempo el marco de madera. Rompió un segundo cristal, y después un tercero. La mitad de la pequeña ventana quedó abierta en la oscuridad, con los trozos de cristal reflejando el enfurecido cielo.

Harlen se arrastró hacia atrás sobre el trasero y extendió un brazo, con la palma de la mano hacia arriba.

-Usted primero, mi querido Gastón.

Dale agarró la escopeta y se deslizó por la ventana, pataleando en la oscuridad; encontró una tubería con el pie izquierdo y arrojó el arma para poder apartar los cristales rotos con las dos manos. Saltó de la tubería al suelo, a un metro y medio debajo de él, encontró la escopeta y la sostuvo sobre el pecho.

Harlen bajó detrás de él. Un relámpago reveló un revoltijo de tuberías de hierro, codos macizos de unión entre ellas, las patas rojas de una mesa grande de trabajo, y mucha oscuridad. Dale desprendió la linterna de su cinturón y se colgó la escopeta del cinto.

-Enciéndela, por el amor de Dios -murmuró Harlen, con voz tensa.

Dale encendió la linterna. Estaban en la habitación de la caldera; el techo oscuro estaba lleno de tuberías y grandes depósitos de metal se alzaban como crematorios a ambos lados. Había sombras entre los hornos gigantescos, sombras debajo de las cañerías, sombras en los pares y una oscuridad todavía más intensa más allá de la puerta que daba al pasillo del sótano.

-Vamos -murmuró Dale, sosteniendo la linterna directamente encima del cañón de la Savage.

Lamentó no haber traído cartuchos del 22 además de los del 410.

Dale fue el primero en penetrar en la oscuridad.

-Hijo de puta -murmuró Kevin Grumbacher.

Casi nunca decía palabrotas, pero todo marchaba mal.

Los otros le habían dejado, y Kevin hacía todo lo posible para arruinar el camión y el medio de vida de su padre. Esto le ponía enfermo: forzar el surtidor y el depósito subterráneo de gasolina, utilizar la manguera de la leche para trasegar gasolina dentro de la cuba de acero inoxidable. Por mucho que limpiasen después la manguera de caucho, siempre quedaría un

poco de gasolina para contaminar la leche. Y estas mangueras costaban una pequeña fortuna. Kevin no quería ni pensar en lo que estaba haciendo a la cuba.

El problema estaba en que con la electricidad apagada, el acondicionador de aire de la casa dejaría de funcionar y esto haría que sus padres se despertasen pronto, y aún más pronto si arreciaba la tormenta. Su padre tenía fama de dormir profundamente, pero su madre paseaba con frecuencia por la casa durante las tormentas. Era una suerte que su dormitorio estuviese en la planta baja, junto al cuarto de la tele.

Pero Kevin había tenido que sacar el camión cuba del garaje sin poner en marcha el motor; tenía la llave, pero el ruido habría despertado a su padre aunque tuviese en marcha el acondicionador de aire. Arreciaba la tormenta, pero Kevin no podía contar con que no se oyese el motor del camión.

Afortunadamente el camino de entrada de la casa era cuesta abajo, y Kevin había puesto el vehículo en punto muerto y había dejado que se deslizase los tres metros necesarios para acercarlo al surtidor de gasolina. Conectaría el cordón de la bomba centrífuga con la toma de 230 voltios del garaje; pero entonces se acordó de que no había corriente. «Magnífico. Realmente magnífico.»

Su padre tenía un generador de gasolina Coleman en la parte de atrás del garaje, pero esto aún haría más ruido que el camión.

No había más remedio que intentarlo. Kevin pulsó los interruptores adecuados, puso las palancas convenientes, cebó una vez el carburador del generador con gasolina del bidón del camión y tiró con fuerza de la cuerda de arranque. El generador dio dos estampidos, tosió una vez y arrancó.

«No es tan fuerte. No más fuerte que el ruido de diez cochecitos en una cuba grande de aluminio.»

Pero la puerta de atrás de la casa no se abrió; su padre no salió corriendo, envuelto en su bata y con los ojos brillantes de furor. Todavía no.

Kevin conectó el cordón en la toma adecuada, cerró las puertas del cobertizo contra el viento que trataba de arrancarlas de sus manos y manipuló con las llaves para abrir la tapa de acceso al depósito subterráneo. Utilizó la varilla de dos metros y medio que guardaba su padre en un lado del cobertizo para comprobar la profundidad del carburante. Kevin abrió la puerta de atrás del camión, sacó la voluminosa manguera, la sujetó y se dirigió a la tapa de llenado. La manguera, al desenrollarse en la oscuridad de la cuba, le hizo pensar en cosas que prefería olvidar.

La tormenta estaba arreciando. El abedul y los álamos de delante de la casa de Grumbacher parecían querer desarraigarse, mientras los relámpagos iluminaban el mundo con falsos colores Kodachrome.

Kevin arrojó el palo y vio que la manguera se ondulaba al empezar a funcionar la bomba. Cerró los ojos al oír que la primera gasolina empezaba a borbotear y a verterse en la casi estéril cuba de acero inoxidable. «Lo siento, niños, pero vuestra leche va a tener saborcillo a Shell durante un tiempo.»

Su padre lo mataría, pasara lo que pasara. Raras veces se mostraba colérico, pero cuando lo hacía era con una furia teutónica que asustaba a la madre de Kevin y a todos los que se encontraban alrededor.

Kevin pestañeó cuando el viento le arrojó polvo y arena a la cara. Dale y Harlen ya no se veían en el patio de recreo del colegio, y Mike había desaparecido en el sótano de los Stewart. Kevin se sintió de pronto muy solo. «Doscientos ochenta litros por minuto. En el depósito subterráneo al menos debe de haber tres mil ochocientos litros: la mitad de la capacidad del camión cisterna. ¿Cómo...? ¿Quince minutos de bombeo? Papá no dormirá tanto tiempo.»

Kevin llevaba seis minutos en su tarea, con la bomba borboteando y dando sacudidas en sus manos, el generador zumbando en el resonante cobertizo y la tormenta arreciando furiosamente, cuando miró desde su altura y vio las ondulaciones de la tierra en el patio de recreo de Old Central.

Era como la estela de dos tiburones en el océano, con las aletas partiendo el agua como ondas en un túnel de viento. Salvo que aquello no era océano ni viento sino que lo que venía, fuera lo que fuese, se abría paso bajo el suelo sólido del campo de juegos y se dirigía hacia la carretera y el camión de la leche.

Dos estelas. Dos abultamientos en la tierra como si dos topos gigantescos avanzasen directamente hacia él.

Y avanzaban deprisa.

38

Después de los primeros diez metros, Mike encontró más fácil el paso por el túnel. Ahora éste era más ancho, de unos setenta o setenta y cinco centímetros, mientras que al principio se había tenido que esforzar para conseguir pasar los hombros. Los lados con aristas del túnel eran duros, de tierra compacta y de una materia gris con la consistencia de pegamento seco de avión, y le recordaron las huellas dejadas por un tractor oruga o un bulldozer en el suelo después de que el sol secara el barro durante días. Mike pensó que arrastrarse por el túnel no era más difícil que pasar por una de las pequeñas alcantarillas de acero ondulado que se construían debajo de las carreteras. Sólo que este túnel tenía cientos de metros, o kilómetros, en vez de unos pocos.

Olía mal, pero Mike prescindió de esto. La luz de la linterna se reflejaba roja en las aristas del agujero haciendo que Mike pensara de nuevo en un largo intestino infernal, aunque el muchacho trataba de borrar esta idea de su mente. El dolor en los codos y en las rodillas empeoraba por momentos, pero también trataba de no pensar en esto, recitando avemarías e intercalando ocasionalmente un padrenuestro. Lamentó no haber traído consigo el trozo de hostia que había dejado sobre la cama de Memo.

Mike siguió adelante, sintiendo que el túnel torcía a la izquierda y a la derecha, descendiendo unas veces y ascendiendo otras hasta el punto de que imaginó que había menos de un metro de tierra sobre su cabeza. En este momento sintió que se hallaba a un nivel profundo. Dos veces había llegado a una intersección con otros túneles -uno de los cuales descendía hacia la izquierda-, lo había iluminado con la linterna, manteniéndose a la escucha, y entonces había seguido adelante por el túnel que parecía más recientemente excavado. Al menos este túnel era el que olía peor.

En cada recodo esperaba tropezar con el cadáver de Lawrence Stewart, cerrándole el camino. Tal vez sólo quedarían unos huesos y unos tirones de carne..., tal vez aún sería peor. Pero si encontraba al niño de ocho años, al menos podría salir con honor del laberinto de túneles y decir a Dale y a los otros que ya no había motivo para que entrasen de noche en el colegio.

Sólo que nunca podría encontrar el camino de regreso. Había tenido que dar tantas vueltas y revueltas que se habría perdido para siempre.

Sin salir del túnel principal -creía que era el túnel principal- siguió adelante, con los tejanos rotos en las rodillas y la carne sangrando debajo de él. Era como si se arrastrase sobre un suelo de cemento con aristas. La linterna oscilaba sobre una tierra roja, iluminando veinte metros de túnel en un momento dado, y sólo cincuenta centímetros cuando el túnel descendía o daba otra vuelta. Mike esperaba un visitante en cada recodo.

Las pistolas de agua que llevaba en el cinto goteaban y le hacían sentirse como un maldito imbécil. Una cosa era luchar contra unos monstruos, pensó, y otra muy distinta hacerlo con los calzoncillos mojados. Desprendió del cinturón la que le molestaba más y se la puso entre los dientes; era mejor tener mojada la barbilla que dar la impresión de que necesitaba unos pañales.

El túnel torció de nuevo a la derecha e inició una pendiente muy pronunciada. Mike avanzó despacio, utilizando los codos como frenos y con la luz de la linterna oscilando contra el techo rojo. Mike siguió arrastrándose.

Lo sintió venir antes de verlo.

La tierra empezó a temblar ligeramente. Mike recordó una noche de verano, hacía tiempo, en que Dale y él habían estado viendo un partido de béisbol en Oak Hill y luego habían ido a dar un paseo a la luz de la luna por la vía del ferrocarril. Habían sentido una vibración en las suelas de los zapatos y después habían aplicado la oreja sobre los raíles sintiendo desde lejos que se acercaba el expreso diario entre Galesburg y Peoria.

Lo de ahora era parecido. Sólo que mucho más fuerte, con la vibración transmitiéndose por los huesos de las manos y las rodillas hasta la espina dorsal, y haciéndole castañetear los dientes. Y con el temblor llegó el hedor.

Mike pensó un momento en apagar la linterna pero decidió no hacerlo; aquellas cosas desde luego podían verle, ¿por qué no había de verlas él? Se tumbó de bruces, con la linterna debajo de la barbilla, la escopeta de Memo en la mano derecha y la pistola de agua en la izquierda. Entonces recordó que tendría que recargar el arma y se apresuró a sacar otros cuatro cartuchos, envolviéndolos en la manga corta de la camiseta, donde podría cogerlos más deprisa.

Por un segundo la vibración pareció extenderse a su alrededor, encima y detrás de él, y experimentó un instante de pánico al pensar en la cosa atacándole desde atrás, agarrándole antes de que pudiese darse la vuelta y apuntar el arma. Sintió crecer el pánico como una oleada de bilis, pero entonces se localizaron e intensificaron las vibraciones. «Está delante de mí.»

Continuó tumbado en el suelo, esperando.

La cosa apareció en un recodo del túnel, a unos seis metros delante de él. Era peor de lo que Mike podía haber imaginado.

Estuvo a punto de orinarse encima, pero dominó la vejiga y esto le ayudó a controlar su pensamiento. «No es tan malo, no es tan malo.»

Lo era.

Era la anguila que Mike había capturado desde una pequeña barca, y una lamprea con su boca devoradora e interminables hileras de dientes que desaparecían dentro del intestino que era su cuerpo, y era también un gusano del tamaño de una tubería grande de cloaca, con apéndices temblorosos que podían haber sido un millar de dedos diminutos alrededor de la boca, o tal vez zarcillos oscilantes, o quizá labios dentados... En aquel momento a Mike esto le importaba poco.

La linterna iluminó una carne gris y rosada, y venas pulsátiles, Visibles a través de la piel. Nada de ojos. Dientes. Más dientes. Un intestino rosa, no muy diferente del propio túnel.

Aquella cosa se detuvo, los labios como zarcillos se retorcieron, la boca de lamprea se agitó, y el monstruo se acercó a gran velocidad.

Mike disparó primero la pistola de agua «Santa María, Madre de Dios», vio que el agua describía un arco de tres metros y que la carne rosa chisporroteaba; se dio cuenta de que aquella cosa era demasiado grande para ser destruida o seriamente lesionada por el agua bendita o por un ácido; vio que seguía avanzando, comprendió que no podía retroceder a tiempo y disparó la escopeta.

La explosión le ensordeció y le cegó.

Abrió la recámara, expulsó el cartucho gastado, cogió otro de la manga, lo puso en su sitio y cerró el arma.

Disparó de nuevo y pestañeó para borrar ecos retinianos.

La cosa se había detenido..., tenía que haberse detenido... porque de no ser así se lo habría tragado la tierra. La linterna se había ladeado. Mike volvió a cargar el arma, apuntó y sujetó la linterna con la mano izquierda.

Sí, se había detenido. A menos de dos metros y medio. La mandíbula circular había sido destrozada en varios sitios. Trozos de túnel caían sobre ella. Un fluido gris verdoso goteaba del cuerpo gigantesco de gusano.

Pero éste parecía más perplejo que dañado, más curioso que asustado.

-¡Maldito seas! -gritó Mike entre sus avemarías.

Disparó de nuevo. Volvió a cargar. Acercó otro metro el arma, arrastrándose hacia delante, y disparó otra vez. Al menos le quedaban diez cartuchos. Se retorció para sacar alguno del bolsillo de la derecha.

Aquella cosa parecida a una lamprea se retiró detrás del recodo del túnel.

Sin dejar de gritar, sólo en parte coherente, y arrastrándose sobre las rodillas y los codos despellejados, Mike lo siguió lo más deprisa que pudo.

-¿Dónde estamos? -preguntó Dale. Habían salido del cuarto de la caldera a un estrecho pasillo, lo habían seguido, habían doblado varias esquinas a la izquierda, y habían llegado a un corredor más ancho. Ahora volvían a estar en otro más estrecho. Había tuberías gigantescas instaladas en el techo. Los pasillos del sótano estaban llenos de pupitres amontonados, cajas de cartón vacías, pizarras destrozadas. Y telarañas. Muchas, muchas telarañas.

-No sé dónde estamos -dijo Harlen a su vez. Los dos chicos tenían encendidas las linternas. Los rayos pasaban de una superficie a otra como insectos locos-. Este extremo del sótano era del dominio de Van Syke. Ninguno de nosotros entraba aquí.

Esto era bastante cierto. El pasillo era estrecho; el techo, bajo; había muchas pequeñas puertas y accesos en el hormigón inclinado y en las paredes de piedra. Las tuberías rezumaban humedad. Dale pensó que aquel lugar era un laberinto, que nunca encontrarían el camino hacia los pasillos que conocía después de años de bajar a los aseos del sótano. La escalera de éste se hallaba debajo de la principal del colegio.

Llegaron a otra esquina. El dedo pulgar de Dale había estado tenso sobre el percutor de la Savage durante bastante rato aunque tenía puesto el seguro. Estaba convencido de que se volaría una pierna en el momento menos pensado. Harlen tenía los dos brazos estirados, con la linterna en la mano de debajo de la escayola y la pistola del 38 en la otra. Harlen se movía como una veleta bajo un fuerte viento.

El sótano de Old Central no estaba en silencio. Dale oía crujidos, resbalones, arañazos -las cañerías transmitían ecos y temblores de gemidos, como si una boca enorme respirase dentro de ellas desde arriba-, mientras que las gruesas paredes de piedra parecían dilatarse y contraerse ligeramente, como si algo muy grande apretase y aflojase la presión desde el otro lado.

Dale dobló otra esquina, describiendo rápidos arcos de luz con la linterna y teniendo la Savage levantada hasta el hombro, a pesar del dolor del brazo derecho.

-¡Vaya mierda! -exclamó Harlen dando la vuelta detrás de él.

Se hallaban en el pasillo principal del sótano. Dale lo reconoció de años de bajar al lavabo, caminando hacia los salones de música y de arte en el extremo del largo corredor. Las escaleras, una para bajar y otra para subir, estarían a otros veinte metros a lo largo de este pasillo.

De las cañerías colgaban estalactitas grises de humedad. Las paredes estaban cubiertas de una especie de fina capa de aceite verdoso. Había montones de una materia gris en el pasillo, como estalagmitas en formación de velas gigantescas y fundidas.

Pero no fue esto lo que le hizo exclamar a Harlen: las paredes estaban llenas de agujeros, algunos de dos palmos de diámetro y otros abriéndose desde el suelo hasta el techo. Del corredor central partían túneles que desaparecían en el suelo y en la piedra del campo de fútbol. Una débil fosforescencia brotaba de estos túneles; Dale y Harlen hubiesen podido apagar sus linternas y ver con toda claridad en este sitio sin ventanas.

Pero no las apagaron.

-Mira -dijo Harlen.

Empujó una puerta en la que había una sola palabra pintada: CHICOS. Dentro de lo que había sido su lavabo, los tabiques de metal habían sido arrancados de sus soportes y retorcidos

como si hubiesen sido de hojalata. Los retretes y urinarios también habían sido desprendidos y empujados casi hasta el techo, con tubos y accesorios colgando de ellos.

La larga habitación estaba casi llena de estalactitas grises, montones de cera verdosa y suavemente pulsátil, y tiras de algo que parecía como una tela de araña hecha de piel lampiña. El agujero redondo de la pared de su izquierda tenía al menos dos metros y medio de diámetro. Dale percibió el olor a tierra mojada y a podredumbre que salía de él. Había otra docena de túneles, algunos en el suelo y en el techo.

-Vayámonos de aquí -murmuró Harlen.

-Mike dijo que se reuniría con nosotros aquí abajo.

-Es posible que Mike no venga -dijo Harlen-. Encontremos a tu hermano y larguémonos.

Dale vaciló sólo un segundo.

Las escaleras habían estado cerradas por puertas de batiente. Una de ellas, la del lado norte, había sido arrancada de sus goznes superiores y pendía torcida. Dale se apoyó en ella e iluminó la escalera con la linterna.

Un fluido oscuro descendió por los peldaños entre montículos grises y la cera escarchada de las paredes. Se deslizó por debajo de la puerta y se encharcó alrededor de las bambas de Dale y de Harlen.

Dale respiró tres veces hondo, apartó la puerta a un lado y empezó a subir la escalera hacia el primer descansillo, sintiendo y oyendo chapotear sus bambas a cada paso. El líquido era de un rojo parduzco mate, pero parecía demasiado espeso para ser agua o sangre. Más bien parecía aceite de motor o líquido de transmisión. Olía un poco a orines de gato. Dale se imaginó un gato gigantesco de tres pisos de alto agazapado encima de ellos, y casi se echó a reír. Harlen le dirigió una mirada de aviso.

-Mike subirá a buscarnos -murmuró Dale sin preocuparse de quién pudiese oírle.

Pero en aquel instante no creía que Mike estuviese todavía vivo.

A dos largas manzanas hacia el sur, al otro lado de la abandonada y oscurecida Main Street, el Bandstand Park estaba vacío, salvo por la limusina aparcada en la franja enarenada del lado oeste. El proyector todavía funcionaba porque había sido conectado con el circuito del departamento de bomberos voluntarios. El quiosco de música estaba en silencio, con el gran agujero del suelo sólo visible desde cierto ángulo. Una rama muy gruesa había caído sobre los altavoces, aplastándolos ~; enmudeciendo la película.

La pantalla había sido parcialmente arrancada de sus soportes en la pared del Parkside Café, y la lona de cuatro y medio por seis chasqueaba sobre aquélla, como un cañón de fuego rápido. En la pantalla, un hombre y una mujer luchaban en lo que parecía ser un calabozo. La cámara pasó a una habitación encima de ellos, donde un candelabro volcado encendía una cortina de terciopelo rojo. El fuego se extendía, elevándose hasta el techo.

Una mujer abrió la boca para gritar pero no se oyó más ruido que el chasquido de la lona y el estampido más fuerte de un rayo.

Un largo semirremolque pasó por Hard Road, con los lados metálicos azotados por el viento con fuerza de galerna y los limpiaparabrisas oscilando a pesar de que aquí no llovía. No redujo la marcha al pasar por la zona eléctricamente controlada de limitación de la velocidad a 40 kilómetros por hora.

Los relámpagos que brillaban hacia el sur revelaron una sólida pared negra que avanzaba sobre los campos en dirección a Elm Haven, a la velocidad que podría alcanzar un caballo a pleno galope; pero no había nadie que pudiese verle.

En la pantalla sacudida por el viento y en la pared blanca del café, las llamas parecían tridimensionales al devorar la Casa Usher.

Kevin saltó sobre el alto guardabarros del camión cisterna, agarró el walkie-talkie y pulsó tres veces el botón de transmisión. No hubo respuesta.

-¡Eh, Dale..., eh, algo viene hacia aquí! -gritó por radio.

Sólo recibió unos parásitos como respuesta y un chasquido que fue como el eco de un relámpago en lo alto.

Ciertamente, algo se estaba acercando. Las estelas gemelas que surcaban el suelo mojado del patio de recreo desaparecieron debajo del asfalto de Depot Street.

«Como tiburones sumergiéndose», pensó Kevin. Ahora tenía en sus manos la Colt 45, Modelo Oficial, de su padre, y metió una bala en la recámara, sosteniendo la culata de la semiautomática con la izquierda y manteniendo un dedo sobre la guarda del gatillo mientras deslizaba hacia atrás la tapa corrediza. Con el primer proyectil en la recámara y la pistola «amartillada y cerrada», como decía su padre, Kevin puso el pulgar en el percutor, esperando que aquella especie de lamprea emergiese en este lado de la calle.

Nada ocurrió durante un minuto o más. No sonaba ningún ruido, al menos ningún ruido audible, sobre el estruendo de la tormenta y el continuo barboteo de la bomba centrífuga. Kevin sostuvo con ambas manos la pistola y bajó suavemente el percutor para que una bala no le arrancase un pie. Miró hacia la bomba y la manguera, consideró que seguían funcionando perfectamente, y se quedó en el camión en vez de saltar de él.

Uno de los gusanos-lampreas surgió del suelo a dos metros a la derecha del camión, y el otro lanzó gravilla al aire al salir de debajo del camino de entrada. Sus cuerpos eran largos y segmentados. Kevin observó la boca móvil del primero de ellos al pasar, vio los zarcillos temblorosos y el intestino pulsátil bordeado de dientes.

Levantó la pistola al emerger y sumergirse de nuevo aquella cosa, pero no disparó. Mein Gott! Le temblaban los brazos.

La del camino de entrada se sumergió de nuevo hacia la derecha, desplazando más gravilla y pasando por debajo de la manguera al desaparecer su interminable espalda. «¿Qué pasará si golpea el depósito subterráneo?»

Kevin se encaramó más alto en el camión, mirando la tapa abierta de la cuba, llamando desesperadamente por el walkie-talkie:

-¡Dale...! ¡Harlen! ¡Todos! Ayudadme. Venid. ¡Cambio!

Un silencio cargado de parásitos.

Kevin avanzó hacia la cabina, se inclinó y abrió la portezuela del lado del pasajero, pensando en meterse allí contra el viento.

La cosa en forma de lamprea emergió a un metro y medio a la derecha de la cabina y se lanzó, abriendo una boca más grande que la anchura del propio cuerpo, temblando los lóbulos y los zarcillos pulsátiles al chocar contra la puerta con un ímpetu que hizo oscilar el vehículo de tres toneladas y media.

Kevin había soltado la puerta y rodaba sobre el techo de la cabina para alejarse de aquella cosa, con la boca abierta para gritar, pero emitiendo sólo rápidos jadeos. Se balanceó sobre el lado del conductor de la cabina, clavando las uñas en el liso metal del techo. Se abalanzó, pero consiguió agarrarse a la parte superior del marco de la ventanilla abierta y cayó pesadamente sobre los pies en el estribo mientras la radio salía despedida e iba a dar en la hierba del patio.

La segunda lamprea surgió a cinco metros de distancia y avanzó arqueando el cuerpo y levantando tierra hasta tres metros en el aire. Kevin la vio venir, vio que la radio se alejaba más, impulsada por la estela de aquella cosa, y entonces se lanzó sobre el capó del camión, tratando de afirmar allí las largas piernas.

La segunda lamprea se estrelló contra la portezuela del conductor con la misma furia ciega de que había hecho alarde la primera. Se echó atrás y levantó la temblorosa boca casi dos metros en el aire, como una cobra antes de atacar. Kevin extendió los miembros sobre el oscilante capó y miró hacia la izquierda; la primera cosa se había echado atrás, se había sumergido de nuevo debajo de la grava y surgió ahora con toda su fuerza para estrellarse una

vez más contra la portezuela de la derecha. Se rompieron cristales y la pesada puerta se combó hacia dentro.

Tres metros de lamprea se desenrollaron con temblorosos zarcillos en el suelo buscando sus piernas. Kevin percibió todo el olor a muerte que brotaba del interior pulsátil de la cosa, y entonces levantó las piernas como un jinete acróbata, impulsado completamente por la fuerza de sus brazos y con los tejanos azules resbalando sobre la cuba de acero.

-¡A por ellos! -dijo una voz, por encima del viento.

Kevin miró desde la cuba y vio a Cordie Cooke junto al cobertizo. El viento pegaba el vestido amorfo sobre su cuerpo y lo agitaba como una bandera parda detrás de ella. Los cortos y mal cortados cabellos eran echados atrás, dejando la cara al descubierto.

Cordie soltó el perrazo que sujetaba con una correa. Éste se arrojó contra el enorme gusano que estaba a diez metros de distancia, al otro lado del camión. Kevin levantó las piernas al erguirse aquella cosa segmentada y atacar de nuevo desde el lado del césped.

El monstruo cayó hacia atrás, dejando un rastro de lodo sobre el lado de la cisterna de acero. Ahora había una mella a menos de un palmo del pie de Kevin.

El perro saltó lanzando gruñidos sobre la primera lamprea, separando las fuertes patas delanteras al caer sobre la espalda segmentada de aquella cosa. La lamprea arqueó el cuerpo y se sumergió, con el perro mordiendo, gruñendo y saltando de su espalda para correr seis pasos y saltar de nuevo sobre ella al surgir más abajo en el camino.

-¡Ven! -gritó Kevin.

Cordie corrió cuesta abajo y saltó sobre el guardabarros. Se habría caído si Kevin no la hubiese agarrado de una muñeca y tirado de ella. La primera lamprea surgió y golpeó la cuba con la boca, a un palmo y medio por debajo de las piernas desnudas de la muchacha; después resbaló sobre el guardabarros de atrás y empezó de nuevo a dar la vuelta, con el perro aferrado locamente a su espalda. La segunda lamprea reptaba sobre el césped como para adquirir velocidad.

-Sube aquí -jadeó Kevin, tirando de Cordie desde encima de la cuba.

Y allí se quedaron los dos, balanceándose bajo el fuerte viento, con los brazos a horcajadas sobre la tapa levantada de la cuba.

De pronto, la primera lamprea se encogió sobre sí misma, abriendo la boca y atacando más deprisa de lo que podría hacer una serpiente. El perro sólo tuvo tiempo de aullar una vez antes de que la mayor parte de él desapareciese en las abiertas fauces. El cuerpo latió, la boca se ensanchó, y el perro se convirtió en un bulto cerca del extremo de delante del gigantesco gusano, y éste se sumergió de nuevo, desapareciendo debajo de la grava del terreno, próximo a la calle.

-¡Lucifer! -gritó Cordie.

Estaba sollozando sin ruido.

-¡Cuidado! -gritó Kevin.

Saltaron al lado derecho del camión al atacar de nuevo la segunda lamprea desde el patio, levantando la boca pulsátil dos metros y medio en el aire y golpeando la parte alta de la cuba, esta vez cerca de la tapa.

Kevin y Cordie miraron por encima del hombro al trazar un círculo y volver la primera cosa.

La bomba centrífuga seguía funcionando y la gasolina continuaba vertiéndose en la cisterna cuando las dos lampreas se alzaron al unísono.

39

Dale fue el primero en subir la escalera hacia el primer piso, deteniéndose en el descansillo para iluminar la esquina. Más fluido oscuro chorreaba en los peldaños. Los balaustres, las barandillas y la parte inferior de las verdes paredes estaban embadurnados con el material

ceroso y quitinoso que había visto en el sótano. Los dos muchachos permanecían cerca del centro de la escalera, con las armas levantadas.

Había habido dos puertas de batiente en lo alto de la escalera del norte, pero habían sido desprendidas de sus goznes. Dale se detuvo allí, observó el espeso fluido que se filtraba por debajo de la madera roja y entonces se inclinó hacia delante e iluminó con la linterna el vestíbulo principal de Old Central.

La luz rebotó en una masa confusa de pilares y paredes goteantes que Dale no recordaba que estuviesen allí. Harlen había murmurado algo. Dale volvió la cabeza.

-¿Qué?

-He dicho -repitió el muchacho más pequeño, pronunciando cuidadosamente las palabras- que algo se mueve en el sótano.

-Tal vez es Mike.

-No lo creo -murmuró Harlen. Dirigió hacia atrás la luz de la linterna-. Escucha.

Dale escuchó. Era un ruido de raspadura, de deslizamiento, como si algo grande y blando hubiese llenado todo el pasillo debajo de ellos y estuviese empujando pupitres, pizarras y todos los otros restos que había allá abajo.

-Vamos -dijo Dale, y cruzó la manchada y maltrecha puerta.

Sintió que Harlen entraba detrás de él y se le acercaba, pero no se volvió a mirar. Bastante trabajo tenía con observar lo que había delante de él.

El interior de Old Central no se parecía en nada al edificio que Dale había dejado por última vez hacía siete semanas. Primero dobló el cuello para captar el escenario y luego lo arqueó para mirar hacia arriba por la escalera central.

El suelo estaba inundado de espeso y casi seco fluido pardo que cubría las bambas de Dale, como si se hubiese derramado un gran depósito de melaza. Las paredes estaban revestidas de una fina capa de un material rosado y vagamente translúcido que a Dale le recordó la carne desnuda y temblorosa en un nido de ratas recién nacidas que había encontrado una vez. Aquella materia de aspecto orgánico goteaba de los balaustres y las barandillas, pendía en hilos como de grandes telarañas de los retratos de George Washington y Abraham Lincoln; goteaba también, pero más espesa, de los ganchos de los guardarropas; pendía de los tiradores, los dinteles de las puertas y las esquinas de las ventanas cerradas con tablas, como grandes marcos irregulares de cuadros, hechos de carne pulsátil, y se elevaba hacia el entresuelo y la oscura escalera de encima de él, en una enorme y horrible masa de fibras y riachuelos.

Pero fue encima de ellos donde la pesadilla se volvió obscena.

Dale se echó más atrás, viendo que la linterna de Harlen proyectaba su luz junto a la suya.

Los balcones del segundo y del tercer piso estaban casi cubiertos de hebras grises y de color rosa, filamentos que se hacían más gruesos al ascender hacia el campanario central, trazando arcos y entrecruzándose en el oscuro espacio de allá arriba, como contrafuertes voladizos y de color carne en una catedral diseñada por un lunático. Por todas partes había estalactitas y estalagmitas de un epóxido grisáceo, goteando de lámparas apagadas, elevándose sobre las barandillas y las balaustradas, colgando a través del gran espacio central como cuerdas de tender la ropa hechas de carne desgarrada y cartílagos acanalados.

Y de estas «cuerdas de tender la ropa» pendía una fétida multitud de lo que parecía pulsátiles bolsas rojas de huevos. Dale detuvo en una de ellas la luz de su linterna y vio docenas de oscuras sombras en el interior. Se estaban moviendo. Toda la bolsa latía y palpitaba como un corazón humano colgado de un hilo ensangrentado. Y había docenas de ellas. Se movieron sombras en el entresuelo. Goteó líquido de la oscura ventana de cristales de colores. Pero Dale no tenía ojos para nada de esto. Estaba mirando el campanario.

Encima del rellano del tercer piso, el «piso del instituto» que había estado cerrado durante tantos años, alguien había arrancado el suelo de tablas del campanario. Y de allí procedía el resplandor.

Librodot

«Resplandor» no era la palabra adecuada, pensó Dale al contemplar boquiabierto los destellos verde azulados, la falsa luz radiactiva de la red de tendones carnosos que llenaba el campanario, y la cosa rojiza y resplandeciente centrada allí.

Habría podido llamarla araña porque parecía tener muchas patas y más ojos; habría podido describirla como la bolsa de un huevo porque Dale había visto en la granja del tío Henry el corazón medio formado y el ojo rojizo de una de estas cosas en la yema de un huevo fecundado; habría podido decir que era una cara o un corazón gigantesco porque se parecía a ambas cosas de una manera asombrosa..., pero incluso viéndola desde una distancia de doce metros y con una creciente sensación de desesperación y mareo al mirar hacia arriba, Dale supo que no era ninguna de aquellas cosas.

Harlen le tiró del brazo. De mala gana, casi contra su voluntad, Dale Stewart apartó la mirada del centro de aquella red de carne en lo alto.

Aquí la primera planta, lejos del resplandor enfermizo del campanario, estaba muy oscura, era una complicada plegadura de sombras sobre sombras. Ahora una de aquellas sombras se movió, separándose del enredado túnel de un guardarropa de alumnos del primer curso, y avanzó sin ruido hacia los muchachos.

Al destacarse la cara pálida sobre la sombra de un cuerpo, Dale levantó la escopeta, con brazos temblorosos.

El doctor Roon se detuvo a tres metros de ellos. Su traje negro se confundía con la oscuridad; su cara y sus manos brillaron suavemente al ser enfocadas por la linterna de Harlen. Sonaban otros ruidos detrás de él, y ruidos más apagados en el sótano, detrás de los chicos.

El doctor Roon sonrió como Dale nunca le había visto sonreír.

-Bienvenidos -murmuró, pestañeando para protegerse de la luz. Sus dientes parecían lisos y húmedos-. ¿Por qué no miráis de nuevo hacia arriba?

Dale así lo hizo, pero apartando sólo un segundo la mirada de aquel hombre. Lo que vio hizo que se olvidase del doctor Roon y mirase de nuevo hacia arriba, bajando la escopeta para sostener con más firmeza la linterna.

Lawrence estaba allá arriba.

Mike pensó que seguir el túnel no había sido uno de sus mayores aciertos. Le sangraban copiosamente las manos y las rodillas, le dolía muchísimo la espalda, se había extraviado, tenía la impresión de que habían pasado varias horas y estaba casi seguro de perderse todo lo que debía de estar pasando en el colegio; las lampreas volverían, casi había agotado las municiones, la linterna se estaba debilitando y él acababa de descubrir que padecía claustrofobia. «Aparte de esto -pensó-, todo marcha bien.»

Había muchas ramificaciones y revueltas en el túnel, y estaba seguro de que se había perdido. Al principio había sido fácil distinguir la rama principal de las secundarias porque el túnel primario tenía las paredes mas compactas y olía todavía al enorme gusano que había pasado por él; pero ahora todos los túneles eran parecidos. Había tenido que decidir doce veces entre múltiples ramas durante los últimos quince minutos, y estaba convencido de que había elegido mal. Probablemente estaba en alguna parte de más allá del elevador de grano destruido por el fuego y seguía dirigiéndose hacia el norte.

«Joder!», exclamó Mike para sus adentros, y entonces añadió un acto de contrición a su rosario mental de padrenuestros y avemarías.

Dos veces había estado a punto de atraparle la lamprea. La primera la había oído acercarse desde atrás, y se había vuelto en el estrecho túnel para enfocarla con la debilitada linterna y apuntar con la escopeta de Memo en la dirección debida sin alcanzarse el pie o el tobillo. Había visto los zarcillos de la boca oscilando como pulposas algas blancas antes de disparar por primera vez, y no se había echado atrás con el ruido sino que había vuelto a cargar y disparar el arma. Aquella cosa se había hundido en el suelo del túnel, permitiendo a Mike

disparar un último tiro contra la espalda. Pero fue como arrojar piedras contra un objeto blindado.

Al cabo de un minuto aproximadamente, aquella lamprea o su gemela había aparecido a través del techo del túnel a menos de un metro y medio delante de su cara al arrastrarse él hacia delante, temblando y retorciéndose ciegamente, como buscándole. Mike se había olvidado de que aquellas cosas no tenían que permanecer en sus viejos túneles, y este descuido había estado a punto de costarle la vida

Había arrojado la ya inútil pistola de agua en las fauces de aquella cosa y había visto claramente el conducto revestido de dientes al tragársela, y entonces había disparado, cargado, disparado y cargado de nuevo.

La cosa se había ido cuando él se puso a pestañear.

Entonces se había lanzado desaforadamente hacia delante, presa de pánico, mirando al techo del túnel y abajo entre las manos, esperando que emergiese aquella boca y se apoderase de él.

Y había aparecido un momento después, a varios metros delante de él, pero se había hundido de nuevo, como aterrorizada a su vez por algo en la superficie. El túnel se había llenado de un olor a gasolina.

Mike se había detenido un momento, aturdido por las implicaciones de aquel olor. «Dios mío, ha llegado el camión cisterna de Kev.» Lamentó no tener una de las radios. «¿Funcionan las radios bajo tierra?» Kev o Duane lo sabrían. Entonces recordó: Duane estaba muerto; Kevin también podía estarlo.

Mike continuó arrastrándose, con el cuerpo reducido a un simple órgano destinado a transmitir el dolor de las extremidades al agotado cerebro. Aquí abajo se estaba fresco. Sería estupendo acurrucarse y echarse a dormir, dejar que se agotasen las baterías y se apagase la luz..., y dormir sin soñar en nada.

Siguió arrastrándose hacia delante, con la escopeta cargada pero introducida en el cinto y junto a la pierna derecha, con las palmas de las manos dejando huellas de sangre en el suelo ondulado del túnel.

El ruido que oyó entonces fue más fuerte que el que habían hecho las lampreas antes de sus anteriores ataques. Era como si ambas criaturas bajasen tras él por el túnel. Desde atrás. Muy rápidamente a juzgar por el súbito aumento de las vibraciones y el ruido.

Mike se arrastró más deprisa, con la linterna entre los dientes, golpeándose la cabeza con las piedras y el techo del túnel.

El ruido aumentó en intensidad detrás de él. Ahora podía oler aquellas cosas, el hedor a basura podrida y a carne muerta, y sobre todo aquel otro olor, fuerte y terrible. Miró hacia atrás y vio una potente luz que se acercaba en una revuelta del túnel detrás de él.

Mike se lanzó hacia delante, perdiendo una de las pistolas de agua sin darse cuenta. La linterna se apagó y él la arrojó a un lado; el túnel, ahora más ancho, estaba perfectamente iluminado por el resplandor del paso de la lamprea a su espalda.

Algo grande, ruidoso y brillante llenaba el espacio detrás de él. Sintió su calor, como si la boca y el intestino de la lamprea se hubiesen convertido en un horno.

El suelo del túnel se hundió de pronto debajo de él, y Mike rodó y resbaló sobre las piedras sueltas y una roca fría y lisa. Ahora se hallaba en una especie de cueva, oscura como el túnel pero mucho más ancha, y Mike sacó la escopeta de Memo y la amartilló, mientras andaba de lado e iba por fin a chocar contra un bloque de piedra vertical.

La luz del túnel se hizo más brillante, la tierra retembló y la lamprea apareció de pronto, con los zarcillos y las fauces pulsando furiosamente.

Pasó zumbando junto a Mike, como un tren de mercancías rápido que no iba a detenerse en una estación tan poco importante, con su carne resplandeciente y ardiente pasando a menos de tres palmos de los zapatos de Mike, cuando éste trató en vano de introducirse en la sólida pared a su espalda.

Librodot

La cosa había pasado, chocando con más piedras y hundiéndose en la oscuridad, dejando un rastro de lodo y de carne ardiente antes de que Mike se diese cuenta de dos cosas: la lamprea se estaba quemando y él no se hallaba ya en el túnel.

Estaba en los aseos de chicos de los sótanos de Old Central.

Kevin fue en una dirección y Cordie en la otra, balanceándose ambos en la línea curva de la cuba de acero. Las lampreas chocaron contra el centro donde habían estado Cordie y Kevin, golpeando el acero inoxidable y resbalando al suelo con un chirrido de dientes sobre metal. Una de aquellas cosas se enredó con la manguera al pasar, haciendo que se soltase del tubo de llenado. La gasolina fluyó cuesta abajo y mojó la hierba.

-¡Mierda! -exclamó Kevin.

Se abalanzó y miró hacia abajo y a través de la tapa abierta de la cuba: ésta se había llenado hasta más de la mitad, pero no lo bastante.

Las lampreas trazaban círculos en el blando suelo, con las espaldas grises y sonrosadas, formando arcos como caricaturas del monstruo de Loch Ness.

Kevin oyó que una puerta se cerraba de golpe y se preguntó si su padre o su madre se habrían asomado a la de la esquina sudeste de la casa para mirar la tormenta por encima de las agitadas copas de los árboles. Esperó que no fuese así. Si daban dos pasos sobre el césped verían aquellas cosas como lampreas dando vueltas; otros dos pasos y verían el camión encima del camino de entrada.

-Quédate aquí -gritó. Resbaló sobre el lado curvo de la cuba, y saltó lo más lejos que pudo desde el estribo metálico de encima del guardabarros izquierdo de atrás.

Al caer rodó cerca del extremo desprendido de la manguera. Ahora estaba absorbiendo aire, pues la bomba centrífuga seguía funcionando. Kevin empezó a introducirla de nuevo en el depósito subterráneo de gasolina.

-¡Cuidado!

Se volvió a la derecha y vio que las dos lampreas avanzaban en su dirección sobre el suelo, con la máxima velocidad que podría alcanzar un hombre al correr.

Kevin se metió detrás del camión, haciendo girar instintivamente la manguera.

Pero el movimiento de la mano derecha sobre la llave no fue instintivo sino simplemente una pura acción que pareció adelantarse a la orden del cerebro.

La primera lamprea estaba a dos metros de los pies de Kevin cuando se invirtió la bomba y la gasolina pasó de la cuba a la boca abierta de aquella cosa. Esta se hundió en el suelo. Kevin le roció la espalda y vertió más gasolina en el agujero cuando hubo pasado.

La segunda lamprea había torcido a la derecha y había trazado un círculo, y ahora avanzó. Cordie se puso a gritar en el momento en que Kevin alzaba el arco de gasolina hasta cinco metros sobre el césped, empapando la parte de delante de la criatura.

Un olor a gasolina le advirtió que la primera lamprea había surgido del suelo detrás de él. Kevin saltó hacia el guardabarros de atrás cuando aquélla pasó ciegamente, mordiendo los neumáticos traseros. El muchacho la empapó, y luego vertió más gasolina en el agujero que dejó en el suelo.

Envuelto en los vapores de la gasolina, Kevin saltó sobre la parte de atrás del camión, alargó un brazo para invertir de nuevo la succión y se arriesgó a correr hasta la abertura del depósito subterráneo e introducir de nuevo la manguera en ella. Empezó a fluir el carburante. «Otros tres o cuatro minutos. Tal vez menos.»

Saltó hacia el guardabarros desde un metro y medio de distancia sabiendo que era demasiado pero viendo que la espalda de la lamprea se alzaba debajo del camión. Sus pies chocaron con metal y resbalaron, recibió un fuerte golpe en las rodillas y clavó los dedos en la curva casi lisa de la cuba. Estaba cayendo hacia atrás, hacia la masa hirviente de carne de debajo de él.

Cordie se abalanzó, con la mano derecha todavía en la tapa levantada de la cuba, y agarró a Kevin por la muñeca con la izquierda. El peso de él casi la hizo caer.

-Vamos, Grumbelly -gruñó-, sube, ¡maldito seas!

Kevin pataleó. Encontró un sitio donde apoyar el pie en el neumático mordido y se encaramó en el momento mismo en que la lamprea se lanzaba de nuevo contra la rueda.

Se tumbó sobre la cisterna, jadeando y resoplando. Si aquellas criaturas se alzaban y atacaban de nuevo a esta altura, se apoderarían de él. Estaba demasiado cansado y aterrorizado para moverse enseguida.

-Están empapadas -farfulló-. Lo único que hemos de hacer es prenderles fuego.

Cordie estaba sentada con las piernas cruzadas, observando aquellas cosas que trazaban círculos debajo del césped.

-Magnífico -dijo-. ¿Tienes una cerilla?

Kevin se palpó los bolsillos en busca del encendedor de oro de su padre. Se encogió, todavía aferrado a la tapa de la cuba.

-Está en mi bolsa de gimnasio -dijo, señalando la pequeña bolsa de lona que había dejado cuidadosamente sobre la bomba de la gasolina, a tres metros de distancia.

La luz de la linterna de Harlen se juntó con la de Dale.

Casi a doce metros por encima de ellos, Lawrence estaba sentado en una silla de madera colocada sobre la barandilla del tercer piso, pero con dos patas balanceándose en el vacío. El hermano de Dale parecía estar atado a la silla, pero las «cuerdas» eran más bien gruesos cordones de aquel material parecido a carne que colgaba en todas partes como tendones arrancados. Uno de ellos pasaba alrededor de la boca de Lawrence y desaparecía detrás de su cabeza.

Otro cordón, todavía más grueso, formaba un nudo corredizo alrededor de su cuello y ascendía dentro del campanario... y de la roja bolsa pulsátil que allí había.

La silla se balanceaba sobre la barandilla cubierta de aquella materia extraña. Un personaje adulto sujetaba la silla con brazos blancos aunque no con demasiada firmeza.

-Dejad las armas en el suelo -ordenó el doctor Roon con una voz tan imperativa como un latigazo-. Ahora mismo.

-Nos mataría -dijo Dale entre los entumecidos labios.

Se obligó a enfocar con la linterna al doctor Roon. Había otras sombras del tamaño de hombres moviéndose en el guardarropa y en la pringosa clase de primero, detrás del director.

El doctor Roon sonrió de nuevo.

-Tal vez. Pero si no dejáis las armas ahora mismo, colgaremos a tu hermano en este mismo instante. El Maestro recibirá de buen grado otro sacrificio.

Dale miró hacia arriba. El rellano del tercer piso parecía estar a kilómetros de distancia. Lawrence se retorcía, como tratando de liberarse, con los ojos desorbitados. Bajo el rojo y verde resplandor del campanario, Dale pudo ver la chaqueta del pijama estampado con dibujos de cowboys. Quería gritarle que no se moviese.

-No lo hagas -murmuró Harlen, apuntando la 38 a la cara larga de Roon-. Matemos a este hijo de puta.

El corazón de Dale latía con tal fuerza en sus oídos que apenas oyó a su amigo.

-Le matará, Jim. Le matará.

-Nos matará a nosotros -silbó Harlen-. ¡No!

Pero Dale había dejado ya la Savage en el suelo.

Roon se acercó más, casi hasta poder tocarles con la mano.

-Tu arma -dijo a Harlen-. Ahora mismo.

Harlen hizo una pausa, lanzó una maldición, miró hacia arriba y dejó la pistola sobre el pegajoso suelo.

-Los juguetes -dijo Roon, señalando con impaciencia las pistolas de agua que llevaban en el cinturón.

Dale empezó a bajar el arma de plástico, levantó el cañón en el último segundo y lanzó un largo chorro de agua bendita a la cara del doctor Roon.

El ex director sacudió lentamente la cabeza, sacó un pañuelo del bolsillo superior de la americana, se secó la cara y se quitó las gafas para enjugarlas.

-Tonto, tonto. Sólo porque el Maestro pasó mil años en el centro de esta creencia y todavía reacciona a los antiguos hábitos, no todos nosotros nos criamos en la tierra del Pontificado. -Volvió a calarse las gafas-. A fin de cuentas, tú no crees en esa agua milagrosamente cambiada, ¿verdad?

Sonrió, y sin previo aviso dio una fuerte bofetada a Dale. Un anillo que llevaba el director le surcó la cara desde la mejilla hasta la mandíbula.

Harlen gritó algo y se agachó para coger su pistola, pero el hombre del traje negro fue más rápido y golpeó la cabeza del muchacho con tal fuerza que el ruido resonó en la caja de la escalera. Roon se inclinó y cogió la pistola cuando Harlen cayó de rodillas.

Dale se enjugó la sangre de la mejilla y vio que el Soldado se deslizaba en la oscuridad de detrás de la ventana de cristales de colores. Y otra cosa, algo más alto y más negro, se movía en la galería de arriba, donde estaba la biblioteca. Los truenos apenas eran audibles a través de las gruesas paredes y de las ventanas cerradas con tablas.

El doctor Roon llevó la manaza a la cara de Dale, hundiendo los dedos en la mejilla del muchacho, debajo mismo de los ojos.

-Deja el otro juguete, esa radio, en el suelo... Despacio..., así está bien.

Ahora agarró a Dale del cogote y le empujó hacia delante, encima de la escopeta, de la pistola de agua y del walkie-talkie, que permanecían en el espeso jarabe que había sido el suelo. Roon arrastró a Harlen con ellos, aplastando la pistola de agua al pasar y lanzando la radio al sótano, de una patada.

Tambaleándose para mantenerse en pie, sintiendo las manos de Roon como tornillos en el cuello, Dale y Harlen fueron empujados escalera arriba hasta el segundo piso.

40

-No llegaré a tiempo -gritó Kevin por encima del estruendo de la tormenta.

Sólo había cinco metros desde la parte de atrás del camión hasta la bomba de gasolina y la bolsa de gimnasia, pero las lampreas se acercaban más a cada vuelta que daban. Él se había dado cuenta de lo deprisa que podían moverse.

La cara pálida de Cordie era iluminada por cada relámpago. Sonreía, con la boquita fruncida.

-A menos de que tengas una... ¿cómo se llama? -dijo-. Una diversión.

Antes de que Kevin pudiese decir algo se deslizó por el otro lado de la cuba y saltó al camino enarenado, corriendo cuesta abajo tan rápido como pudo en dirección a la calle.

Las lampreas torcieron a la izquierda y se lanzaron tras ella, como tiburones percibiendo sangre en el agua.

Kevin se deslizó también y saltó desde el guardabarros izquierdo de atrás, agarrando la bolsa y volviendo rápidamente hacia el camión, en el momento en que la manguera empezaba a aspirar aire en el depósito subterráneo vacío. En vez de encaramarse en la parte de atrás del vehículo, Kevin corrió en círculo, cogió el walkie-talkie y saltó a la cabina.

Abajo, Cordie había llegado al asfalto de Depot Street, con dos metros de ventaja sobre la primera lamprea. Ésta se hundió profundamente al llegar tambaleándose la chica al centro de la calle y detenerse, saltando y agitando los brazos a Kevin. Éste no pudo oír lo que gritaba debido a los truenos.

«Muy lista», pensó, pero en aquel instante una de las lampreas rompió la superficie en el otro lado de la calle y aprovechó el impulso para deslizarse sobre el asfalto como una marsopa amaestrada que saltase de una piscina a un suelo mojado de cemento.

Cordie se arrojó a un lado, librándose por los pelos de aquella boca, y cayó violentamente, pataleando y taconeando para alejarse de la serpenteante criatura. Al menos seis metros del cuerpo de la lamprea estaban ahora fuera del agujero.

Kevin sacó de la bolsa de gimnasia el encendedor a que se había referido y las llaves del camión, de las que nada había dicho. El motor arrancó al primer intento. Kevin tuvo una fugaz idea de toda la gasolina que había derramado a su alrededor, de los cuatro mil o cuatro mil quinientos litros que se agitaban en la cuba sin cerrar detrás de él, y en la que todavía goteaba de la manguera... y de la chispa del encendido en medio de todos aquellos gases inflamables. «¡Qué más da! -pensó, sintiendo que la adrenalina llenaba su cuerpo como un elixir extraño-; si volamos por los aires, no me enteraré.»

Cordie se arrastraba hacia atrás sobre el oscuro pavimento, empujándose con los codos y los talones, dando patadas contra aquella cosa que se retorcía y seguía buscándola, dilatando la boca hasta tener el doble de diámetro que el cuerpo.

Kevin puso el camión en marcha y descendió por el camino enarenado, rodando sobre el cuerpo de aquella cosa, sintiendo la vibración a través de la carrocería, como si hubiese pasado por encima de un grueso cable del teléfono o algo parecido. Entonces se asomó a la portezuela y tiró de Cordie para ayudarla a subir mientras la lamprea empezaba a desenroscarse para meterse en su agujero, como una manguera en un carrete de tensión, derramando fluido al retroceder sobre el pavimento.

Kevin se mantuvo en la portezuela abierta, con el encendedor en la mano, observando cómo pasaba aquella cosa a un metro de distancia, pero sabiendo que la llama del encendedor no duraría lo bastante contra el viento para prender fuego a la lamprea.

Cordie rasgó una tira de cuatro palmos de su vestido y se la entregó a Kevin. Éste se agachó e hizo una bola con la vieja tela, utilizando la portezuela del vehículo como protección contra el viento. El vestido había estado medio empapado en gasolina, y la bola se inflamó a la segunda chispa del encendedor.

Kevin se apartó rápidamente de la cuba y arrojó el material inflamado sobre la lamprea, precisamente en el momento en que las fauces de ésta se escurrían del asfalto.

La criatura sintió venir aquello y cometió el error de atraparlo entre las mandíbulas de múltiples pliegues. La parte de delante del cuerpo se convirtió en un surtidor de llamas, la gasolina se extendió por los surcos del largo cuerpo segmentado, y una llama azul se propagó a lo largo de él a una gran velocidad.

La gasolina derramada en la calle se inflamó también con un chasquido, creando una larga mecha que ardió en dirección a la parte de atrás del camión cisterna.

Cordie no había esperado aquello. En cuanto Kevin saltó de la portezuela abierta, Cordie se puso detrás del volante, pisó el acelerador a fondo, dirigiéndose al norte por Depot y apartando el camión del círculo de gasolina derramada un segundo antes de que ésta se inflamase.

Kevin se puso a gritar y a correr al lado del vehículo, encaramándose junto al asiento del pasajero y, al encontrar la puerta abollada hacia dentro y atascada, se metió de cabeza por la ventanilla, agitando las piernas.

-Tuerce a la izquierda -jadeó.

Cordie apenas podía alcanzar los pedales y manejar el volante al mismo tiempo; en realidad estaba medio levantada detrás de aquél, estirando la punta del pie hacia el acelerador y subiendo y bajando los hombros al hacer girar el gran volante. El camión rugía y avanzaba en primera.

El walkie-talkie graznó en el asiento, entre los dos. Era la voz de Mike O'Rourke.

-¡Mike! -gritó Kevin, levantando el aparato-, ¿qué estás haciendo con el...?

Librodot

-¡Kev! -dijo la voz apremiante de Mike. Podía oírse un ruido de gritos y de disparos por encima de los parásitos que resonaban en el altavoz-. ¡Vuélala! ¡Ahora! ¡Vuela la maldita escuela!

-¡Tienes que salir de ahí! -gritó Kevin por el walkie-talkie mientras Cordie giraba el volante hacia la izquierda, dirigiendo el chirriante camión por el largo paseo lateral hacia la puerta norte de Old Central.

Saltaron sobre piedras y losas inclinadas de la acera. A quince metros de ellos, la segunda lamprea rompió la superficie para interceptarles el camino.

-¡Vuélala, Kev! -gritó Mike por el walkie-talkie. Su voz era más frenética de lo que jamás había oído Kevin-. ¡Vuélala ahora!

La radio enmudeció, como si el otro walkie-talkie hubiese sido destruido.

Cordie miró a Kev, y después hacia la izquierda, a aquella cosa que se arqueaba en el suelo delante de ella; asintió una vez con la cabeza, mostró los dientes grises en una mueca y pisó a fondo el acelerador.

El doctor Roon arrastró a Dale y a Harlen hacia arriba, por la escalera que parecía una cascada de cera fundida, por debajo de la ventana de cristales de colores que daba la impresión de estar cubierta por un tapiz de hongos, bajo grandes redes hechas al parecer de tendones, por delante de estalagmitas de hueso, por debajo de estalactitas de lo que parecía ser un barniz de uñas, más allá del rellano de la biblioteca, hasta el segundo piso y el interior de la que había sido su clase. La puerta tenía la mitad de su tamaño ordinario y estaba casi oculta por delgados filamentos de pelos negros que brotaban de los nudos de las paredes. Roon empujó a los muchachos a través de ella cuando estaban a punto de desmayarse a causa de la terrible presión de sus manos.

Las hileras de anticuados pupitres estaban en su sitio. La mesa de la maestra se hallaba donde la había dejado la señora Doubbet. El retrato de George Washington estaba igual que como lo recordaba Dale.

Todo lo demás era diferente.

Una gruesa alfombra de hongos había crecido en el suelo de tablas y cubría ahora los pupitres en pliegues ondulados de un verde azulado. Había bultos en la mayoría de los pupitres: curvas suaves como las cabezas de niños ocultos debajo de mantas, los ángulos rectos de los hombros, el brillo de huesos desnudos donde salían dedos de la alfombra de algas y moho. Dale sintió ahogo cuando el aire fétido llenó sus pulmones; trató de no respirar, pero finalmente tuvo que jadear en aquel miasma de podredumbre para no perder el conocimiento.

Apenas podía ver a través de la estancia debido a las redes colgantes que cubrían las ventanas, llenaban la mayor parte del espacio entre los pupitres y el alto techo y se aferraban a las paredes en grandes racimos bulbosos. Parecía un tejido de músculos vivos; Dale podía ver venas y arterias a través de la húmeda y translúcida superficie. De vez en cuando algo blando y fibroso se movía en las franjas más anchas de las redes de tendones, y unos ojos parecían pestañear, mirando a los visitantes.

La señora Doubbet y la señora Duggan se sentaban detrás de la mesa en la parte de delante de la estancia. Ambas estaban alerta, erguidas..., y muertas. La señora Duggan mostraba los efectos de meses en la tumba. Algo pequeño y furtivo se movía en la cuenca de su ojo izquierdo. La señora Doubbet parecía haber entrado viva en la habitación recientemente, pero ahora sus ojos estaban velados por las finas cataratas de la muerte, y algo parecido a ligamentos brotaba de su cuerpo en una docena de sitios, conectándola a la silla, a la mesa, a las paredes y a la red. Sus dedos se contrajeron al entrar Dale y Harlen.

La clase estaba reunida.

Harlen lanzó un gruñido y se volvió como para salir lanzado.

Librodot

Karl Van Syke entró a través de las tiras de filamentos del sitio donde había estado la puerta. Dale pensó por un instante que había vuelto el negro del relato de la señora Moon: Van Syke era absolutamente negro, salvo en el blanco de los ojos, pero la negrura era de piel y carne quemadas en una escamosa caricatura de hombre. La barbilla había desaparecido; la mayor parte de los músculos de los brazos y las piernas se habían quemado; los dedos se habían transformado en garras de hueso que parecían de una escultura semiabstracta de un hombre de carbón. Líquidos pálidos brotaban del interior de aquella cosa. Volvió la cabeza hacia los dos muchachos y pareció husmear el aire como un perro de caza.

Dale agarró a Harlen y se echó atrás hasta tocar la primera hilera de pupitres. Algo rebulló en el montón de hongos a su espalda.

Tubby Cooke se levantó de un pupitre en el fondo de la clase y se quedó allí de pie. Los hinchados dedos de su única mano se retorcían como gusanos blancos. El doctor Roon entró por la puerta.

-Sentaos, niños.

Mirando fijamente, deslizándose su conciencia como un coche sobre una capa de hielo no vista, Dale se dirigió a su pupitre acostumbrado y se sentó en él. Harlen ocupó el suyo cerca de la primera fila, donde pudiesen vigilarle los profesores.

-Como veis -murmuró el doctor Roon-, el Maestro recompensa a los que cumplen sus órdenes. -Abrió una pálida mano, señalando la figura de Karl Van Syke. Éste parecía estar todavía husmeando y palpando el aire con los dedos encorvados-. La muerte no existe para aquéllos que sirven al Maestro -dijo, colocándose cerca de la mesa de los profesores.

El Soldado y lo que pudo haber sido Mink Harper entraron en la estancia, llevando la silla a la que Lawrence seguía atado por hebras carnosas. Tenía echada la cabeza atrás y parpadeaba.

Dale inició un movimiento hacia delante pero se detuvo cuando la cosa Van Syke avanzó en su dirección, husmeando, palpando el aire como un ciego. La forma blanca que había sido Tubby se movió a través de las sombras de detrás de Dale.

-Ahora estamos todos dispuestos a empezar -dijo el doctor Roon, sacando un reloj de oro del chaleco. Miró a Dale y a Harlen y sonrió por última vez-. Supongo que podría explicaros... contároslo todo acerca de la Era maravillosa que ahora empieza..., hablaros de las pequeñas molestias que nos han causado vuestras aventurillas..., entrar en detalles sobre cómo vais a servir al Maestro en vuestras nuevas formas... -Cerró el reloj y volvió a meterlo en el bolsillo del chaleco-. Pero, ¿por qué preocuparnos? El juego ha terminado y es hora de que termine también vuestra participación en él. Adiós.

Hizo una señal con la cabeza y el Soldado empezó a deslizarse hacia delante, sin mover las piernas y levantando despacio los brazos.

Dale había tratado de no mirar la cara del Soldado y las otras cosas que había en la habitación, pero ahora abrió mucho los ojos. La cara ya no era siquiera un simulacro de humanidad: el largo hocico parecía el cráter que había quedado al brotar violentamente algo del alargado cráneo. Había otras aberturas más profundas en la carne blanda de la cara, y cosas más pequeñas se movían en aquellos orificios.

El Soldado se deslizó hacia Jim Harlen mientras el negro Van Syke lo hacía en dirección a Dale. El doctor Roon y la cosa harapienta que tenía parte de la cara de Mink Harper se movieron para bloquear la puerta. Dale oyó un crujido y un gemido que parecieron brotar de las paredes y del suelo, y la red de ligamentos y nudos adquirió un color rosa más fuerte. Goteó un líquido del techo formando hilos viscosos.

-¡Que se vaya a la porra todo esto! -dijo Harlen, levantándose de su pupitre y retrocediendo hasta juntarse con Dale. Sus labios temblaban al murmurar a su amigo-: Nunca me gustó el colegio.

Librodot

Salieron juntos de la primera hilera de pupitres, andando con dificultad entre montones de hongos y hacia el fondo de la estancia. El Soldado se deslizó sin esfuerzo hacia su derecha. El cadáver de Tubby Cooke bajó la cara hacia las algas y desapareció debajo de ellas como un niño arrebujándose en su manta predilecta.

Dale y Harlen saltaron sobre los pupitres contiguos, agachando la cabeza para esquivar las pálidas bolsas de encima de ellos. El moho se pegaba a sus tejanos y a su calzado en largos hilos.

El doctor Roon se impacientó y chascó los dedos. Todo el edificio pareció contener el aliento cuando Van Syke y el Soldado se arrastraron hacia la primera hilera de pupitres.

Abajo sonó un disparo.

Mike había llegado al pasillo central del sótano y calculó sus pérdidas: la linterna estaba rota; había perdido una de las pistolas llena de agua bendita y aplastado la segunda, rodando sobre ella al salir del túnel; tenía roto el pantalón en las rodillas, y en la parte de delante y de detrás lo tenía empapado a causa de las pistolas de agua. La única ventaja de ello, según pensó, era que nada parecido a un vampiro iba a morderle en la entrepierna mojada de agua bendita.

A pesar de que no había ventanas en el sótano, descubrió que podía ver al adaptarse sus ojos al resplandor de la fosforescencia que parecía brotar de las paredes como de la lamprea que ardía en el pasillo central, y que era un resplandor aún más intenso.

Mike supuso que la lamprea estaba muerta. Su carne estaba carbonizada en mil lugares, ardían brasas donde hubiesen debido hallarse las entrañas, y las fauces habían dejado de abrirse y de cerrarse. Imaginó que estaba muerta pero no se le acercó, pasando junto a la pared y mirando con cierto espanto la masa de escombros que aquella cosa moribunda había empujado a todo lo largo del pasillo del sótano. Espesas nubes de humo y un olor a carne quemada se desprendían del cadáver.

Mike decidió estudiar sus recursos mientras subía la pegajosa escalera del primer piso. Tenía la escopeta de Memo, cargada y con cuatro cartuchos adicionales; los otros habían sido disparados o los había perdido en la rápida salida de los túneles. Estaba magullado y sangrante y temblaba de la cabeza a los pies; pero por lo demás se hallaba en buen estado. Pasó sobre la puerta derribada del salón principal del primer piso de Old Central.

Mike tuvo sólo unos segundos para pestañear, captando los cambios que unas pocas semanas de verano habían ocasionado al viejo colegio, mirando hacia arriba el rojo saco pulsátil de piernas y ojos a doce metros encima de él, en el ahora abierto campanario. Había dado un paso y puesto el pie sobre la Savage de Dale Stewart cuando un movimiento en las sombras le paralizó en el momento de agacharse.

Algo estaba avanzando hacia él desde la clase de segundo de la señora Gessler, lanzando una especie de maullidos suaves. Este sonido casi se había perdido en los súbitos crujidos del edificio al zumbar y arreciar la tormenta en el exterior.

Mike hincó una rodilla en el suelo y levantó rápidamente la Savage, sujetándola bajo el brazo izquierdo, mientras sostenía la escopeta a punto de disparar, con el cañón hacia arriba.

El padre Cavanaugh salió de la sombra, emitiendo un ruido suave que podía ser un intento de hablar. Sus labios habían desaparecido e incluso bajo la débil luz Mike pudo ver las toscas puntadas del señor Taylor, el empresario de pompas fúnebres, al coser las encías. Tal vez había tratado de decir «Michael».

Mike esperó a que estuviese a unos dos o dos metros y medio de distancia, y entonces bajó el arma y le disparó a la cara.

La detonación y su eco fueron increíbles.

Los restos del sacerdote cayeron hacia atrás sobre el suelo resinoso; el cuerpo rodó hasta chocar con la baranda de la escalera, mientras partes del cráneo volaban en otras direcciones.

Prácticamente sin cabeza, aquello se puso a cuatro patas y empezó a arrastrarse de nuevo hacia Mike.

En un estado de calma perfecta, con el cuerpo realizando los movimientos mientras la mente se hallaba ocupada en otras cosas, Mike pasó la culata de la escopeta a la otra mano, abrió el cargador de la Savage, comprobó que la bala no había sido disparada, apoyó el cañón sobre la espalda de lo que había sido un sacerdote, en el momento en que los dedos de éste alcanzaban sus zapatos, y apretó el gatillo. Aquella cosa asquerosa que se parecía a su amigo se retorció sobre el pegajoso suelo, con la espina dorsal visiblemente partida, y Mike se echó atrás, sacó del bolsillo dos de los cuatro cartuchos que le quedaban e introdujo uno en el arma de Memo y el otro en la de Dale. Su pie tocó algo de plástico y vio la radio al mirar hacia abajo. La cogió, le quitó los hilos de sustancia pegajosa, apretó el botón de transmisión, oyó los esperados parásitos y gritó.

Kevin respondió a la tercera llamada.

«Gracias, Dios mío.»

-¡Kev! -dijo por la radio-. ¡Vuélala! ¡Ahora mismo! ¡Vuela la maldita escuela!

Repitió la orden y entonces dejó caer la radio al oír gritar a Dale en el segundo piso. Prefirió las armas al walkie-talkie y subió corriendo la escalera.

Las redes y racimos de nudos y las propias paredes se estremecían y temblaban a su alrededor, como si el colegio fuese una cosa viva a punto de despertar.

Mike estuvo a punto de perder pie y rodar por la pegajosa y sucia escalera, pero recobró el equilibrio y saltó al rellano del segundo piso. La luz roja de arriba se hacía más fuerte por momentos.

-¡Mike! ¡Aquí! -gritó Dale desde detrás de una cortina de fibras negras donde había estado un día la clase de la señorita Doubbet.

Se oyeron de pronto unos gruñidos, como si hubiesen soltado una jauría de perros hambrientos.

Mike comprendió que si vacilaba dos segundos nunca tendría valor para entrar allí. Amartilló las dos armas y entró agachado por la abertura.

41

La lamprea llegaría antes que ellos a la puerta principal.

Cordie Cooke hacía todo lo posible por conducir el camión cisterna en línea recta por los cuarenta metros de acera hasta la puerta principal. Uno de los neumáticos de atrás parecía destrozado y hacía que el extremo del cargado camión se inclinase y colease. Kevin alternaba entre golpear el tablero, tratar de hablar de nuevo con Mike por el walkie-talkie y dar prisa a Cordie.

La lamprea alcanzó el sitio enarenado cerca de la puerta norte, se hundió por última vez y se encabritó al bajar el camión los últimos quince metros de acera en dirección a ella.

Kevin vio las frágiles tablas que habían tendido Dale y Harlen sobre los peldaños; comprendió inmediatamente que no podrían sostener un solo instante el peso del camión, y entonces se dio cuenta de que tenía que largarse de aquí. El impacto sólo tardaría unos segundos en producirse.

Su portezuela estaba atascada.

Kevin sólo perdió un segundo en intentar abrirla antes de deslizarse sobre el asiento y empujar a Cordie contra la puerta del conductor, mientras buscaba sobre su falda el tirador de aquélla.

-¿Qué coño estás...?

-¡Salta! ¡Salta! ¡Salta! -gritó Kevin, golpeándola.

El camión se desvió a la izquierda, pero Cordie y él agarraron el volante y rectificaron la dirección, en el momento en que la lamprea surgía del suelo delante de ellos como un muñeco gigantesco de una caja sorpresa.

Librodot

Cordie abrió la portezuela y ambos saltaron y fueron a caer contra la gravilla con tanta fuerza que a Kevin se le rompió un diente y una muñeca. La muchacha rodó inconsciente sobre la hierba cuando el camión chocó con la lamprea a setenta kilómetros por hora. El parabrisas atravesó el hocico de aquella cosa como una jabalina.

Kevin se incorporó sobre la grava, torciendo el cuello de dolor al no sostenerle la muñeca derecha; se arrastró sobre las rodillas y con la otra mano empezó a tirar de Cordie hacia atrás, en el momento en que el camión y la lamprea que se desenroscaba se estrellaron contra el porche principal.

Después de todo no fue un impacto directo. El guardabarros delantero izquierdo del camión golpeó la baranda de cemento y la cabina chocó y se torció a un lado, al detener los dos primeros escalones el eje de delante, y se derrumbó lo que quedaba de ella sobre la lamprea, mientras la cuba de acero de cuatro toneladas era lanzada verticalmente contra el porche y atravesaba la entablada puerta principal.

Pero la cuba era demasiado ancha. Se arrugó como una lata gigantesca de cerveza al empujar la pared y el marco de la puerta hacia dentro, lanzando astillas de contrachapado y listones de ochenta años de antigüedad a veinte metros en el aire. El cuerpo de la lamprea fue sacado de su agujero como una serpiente con los dientes de un coyote, y Kevin tuvo una rápida visión del cuerpo segmentado al ser aplastado contra la puerta y su marco. El olor a gasolina llenó el aire al caminar Kevin, tambaleándose, hacia la hilera de olmos, con Cordie debajo del brazo derecho. No tenía idea de dónde estaban la pistola del 45 de su padre, ni el encendedor de oro.

«El encendedor.»

Kevin se detuvo, se volvió y se derrumbó sobre el césped, sin tener que preocuparse ya de la segunda lamprea.

La gasolina no había estallado. Podía ver los riachuelos que fluían de la cuba destrozada; podía ver la gasolina que había salpicado las paredes y se filtraba en el interior; podía oír el borboteo y oler los vapores. «No ha estallado.»

Maldita sea, esto no era justo. En las películas que él veía, un coche saltaba de un acantilado y estallaba en el aire sin más razón que las aficiones pirotécnicas del director. Aquí él había destruido algo que casi valía cincuenta mil dólares y que era el medio de vida de su padre, había lanzado cuatro toneladas y casi cuatro mil litros de gasolina contra un colegio que era un polvorín... ¡y nada Ni una maldita chispa!

Kevin arrastró a Cordie otros veinte metros, apartándola del lugar de la catástrofe, reclinó a la inconsciente y posiblemente muerta muchacha en el tronco de un olmo, rasgó una larga tira de tela de sus harapos y volvió atrás..., tambaleándose como un borracho, sin tener idea de dónde estaba el encendedor, ni de cómo podía producir una llama, ni de cómo escaparía con vida si la encendía. Ya se le ocurriría algo.

Dale y Harlen lanzaron gritos de advertencia al oír a Mike en la escalera. Los dos chicos saltaban de un pupitre a otro, tratando de mantenerse a una hilera de distancia del Soldado y de Van Syke. Los copiosos hongos y los cadáveres que ocupaban los asientos hacían que aquellas cosas se moviesen con dificultad entre los pupitres. Pero el bulto blanco que era Tubby surgió en forma de una mano blanca buscándoles a tientas, y de una cara blanca levantándose del moho a sus pies.

El doctor Roon y Mink Harper se colocaron a los lados de la puerta, esperando a Mike. Se echaron encima de él en el instante en que pasó por la abertura. Roon era demasiado rápido; de un manotazo apartó el cañón del arma en el instante en que Mike apretaba el gatillo. En vez de volarle la cabeza al director, el disparo cortó un trozo de red del techo, rompió una bolsa y saltó toda la masa de tendones y filamentos serpenteantes.

Mink Harper no fue tan rápido. Empleó lo que le quedaba de los dedos para agarrar la muñeca derecha de Mike y los restos de su cara se alargaron como un embudo, pero Mike

tuvo tiempo de amartillar el arma, aplicar el cañón de cuarenta y cinco centímetros contra el vientre de Mink y apretar el gatillo. El cuerpo pareció levitar, envolviéndose en los hilos que colgaban entre la lámpara y el retrato de Washington por Gilbert Stuart. Inmediatamente, la red de tendones empezó a desbordarse y a introducirse en la carne de Mink. Mike hurgó en su bolsillo, tocó los dos cartuchos que le quedaban, sacó uno de ellos, tiró el casquillo vacío del cargador de la Savage y metió el nuevo en él.

El doctor Roon hizo un ruido y le arrancó la escopeta casi sin el menor esfuerzo. Dio una patada a Mike en la cabeza, al tratar el muchacho de esquivar el golpe aunque no lo hizo con la suficiente rapidez, y bajó el punto de mira de la Savage hacia la cara inconsciente de Mike.

-¡No! -gritó Dale.

Él y Harlen estaban a sólo unos pocos pasos de Van Syke, saltando de un pupitre a otro hacia el Soldado que esperaba; pero ahora Dale saltó por encima de sus brazos estirados. Chocó con el hombro de Roon y después con el marco de la puerta, y se apartó rodando al desviarse la escopeta y disparar. El disparo alcanzó a la señora Duggan en mitad del pecho, destruyendo los últimos restos del vestido de difunta y lanzándola contra la pizarra. Poco a poco, los brazos crispados tiraron de la cosa hacia su mesa.

El cuerpo de la señora Doubbet empezó a ponerse en pie, separándose los hilos de la red carnosa con unos sonidos suaves. Sus párpados se agitaron furiosamente sobre las órbitas. Lawrence había vuelto en sí, en su silla, y empezó a tirar de sus ataduras al acercarse la maestra.

El doctor Roon levantó a Dale por la pechera de la camisa y lo sacudió.

-¡Maldito seas! -jadeó a la cara del chico.

Lo arrojó de cabeza a través de la puerta y salió tras él.

La negra forma de Karl Van Syke se inclinó sobre Mike.

Jim Harlen había saltado a la primera hilera de pupitres, tratando de acudir en auxilio de su amigo, pero los grandes rollos de cuerda pendían todavía de sus hombros y le hicieron perder un instante el equilibrio y caer, agarrándose a una fina red pero logrando sólo arrastrarla con él al caer sobre los hongos entre los pupitres. La red era cálida al tacto y rezumaba.

Harlen lanzó un grito desafiante cuando el Soldado se inclinó sobre la hilera de pupitres hacia él.

Ya en el rellano, Dale tuvo una última visión de su hermano tratando de librarse de las ataduras que le sujetaban a la silla, y entonces se lanzó de nuevo el doctor Roon sobre él, levantándolo por el cuello y llevándolo hacia la barandilla.

Dale sintió que sus tacones golpeaban la balaustrada cuando Roon lo levantó más alto, sosteniéndolo en el vacío de ocho metros, con los dedos clavados en el cuello. Dale pataleó, dio zarpazos y arañó la cara del hombre, pero Roon parecía insensible al dolor. Pestañeó para quitarse la sangre de los ojos y redobló la presión sobre el cuello del muchacho. Dale sintió que le envolvía la oscuridad, disminuyendo su campo visual hasta reducirse a un túnel, y entonces se sacudió todo el edificio, Roon se tambaleó hacia atrás con él, al vibrar todo el rellano como una balsa en un mar embravecido, y ambos rodaron sobre las viejas tablas al llenar el aire un olor a gasolina.

Aunque aturdido y con conmoción cerebral, Kevin trataba de portarse científicamente al avanzar tambaleándose hacia el destrozado camión. Era curioso que no hubiese llegado mucha gente después del tremendo ruido al estrellarse el camión contra el colegio. Kevin pestañeó al brillar un relámpago, se detuvo a escuchar el trueno y asintió sabiamente con la cabeza.

Volvió a pensar científicamente. Necesitaba una llama, una chispa..., algo que pudiese inflamar la gasolina. El encendedor de su padre habría servido, pero lo había perdido en alguna parte. Con acero y pedernal haría saltar una chispa. Se palpó tontamente los bolsillos pero no encontró pedernal ni acero. «¿Y si golpease la cuba de acero con una piedra hasta

obtener una chispa?» Algo parecía fallar en esta idea. Kevin la dejó a un lado como última posibilidad.

Se acercó otros seis metros, con los pies descalzos chapoteando ahora en charcos de gasolina. Pies descalzos. Bajó perplejo la mirada. De alguna manera había perdido los zapatos en aquel follón. La gasolina estaba fría contra la piel pero quemaba en las rascaduras. Su muñeca derecha empezaba a hincharse y la mano pendía fláccida e inútil de ella.

«Actúa científicamente», pensó Kevin Grumbacher. Retrocedió unos pasos y se sentó en un trozo de acera relativamente seco para reflexionar. Necesitaba una chispa o una llama. ¿Cómo podía conseguirla?

Miró la tormenta, entrecerrando los ojos, pero ningún rayo fue a caer sobre el camión cisterna en aquel momento, aunque las descargas eléctricas parecían muy intensas. «Tal vez más tarde.»

¿Y la electricidad? Podía meterse de nuevo en la cabina, hacer girar la llave en el encendido y ver si la batería quería darle una chispa. A juzgar por el olor, una sola chispa sería suficiente.

No, esto no servía. Incluso desde donde estaba, a veinte metros del vehículo, podía ver claramente la cabina aplastada y retorcida bajo el peso de la cuba. Y probablemente estaba llena de trozos de lamprea.

Kevin frunció el ceño. Tal vez si se tumbaba y descansaba unos minutos encontraría la solución. La acera parecía blanda y atractiva.

Apartó a un lado una piedra reluciente y bajó la cabeza sobre el cemento. Algo en aquella piedra no le había parecido normal.

Kevin se incorporó, esperó a que el próximo relámpago iluminase la noche y levantó del suelo la pistola semiautomática Colt 45 de su padre. La culata estaba rota. El acero estaba rayado y el punto de mira no parecía en su sitio.

Kevin enjugó la sangre que goteaba sobre sus ojos y miró de soslayo la cuba, que seguía perdiendo gasolina a veinte metros de distancia. «¿Por qué he hecho esto al camión de papá?» No parecía muy importante responder ahora a esta pregunta; tal vez más tarde. Primero tenía que producir una chispa o una llama.

Dio vueltas a la 45 en sus manos para asegurarse de que el cañón no estaba obstruido y quitar todo el polvo posible del acero. No podría volverla a meter en la caja de trofeos de su padre sin que éste advirtiese que algo le había ocurrido.

Kevin levantó la pistola y la bajó de nuevo. ¿Había introducido ya el primer cartucho? No lo creía; a su padre no le gustaba llevar un arma cargada y amartillada cuando iban a tirar al blanco junto al estanque de Hartley.

Kevin puso la pistola entre sus rodillas y deslizó la tapa corrediza. Un cartucho salió despedido y rodó sobre la acera, con la bala de plomo claramente visible. ¡Maldición! ¡Él había cargado una! ¿Cuántas quedaban? Veamos, un cargador de siete proyectiles menos éste... El cálculo era demasiado difícil para Kevin en aquel preciso instante. Tal vez más tarde.

Levantó la pistola con la mano izquierda y apuntó hacia la cuba. Los relámpagos hacían que la puntería fuese engañosa. «Si no puedes darle a algo más grande que la puerta de un granero, será mejor que no lo intentes.» Pero estaba bastante lejos.

Al ponerse en pie sintió que le daba vueltas la cabeza. Se sentó pesadamente. Muy bien, lo haría desde aquí.

Recordó que tenía que quitar el seguro y entonces apuntó mirando por la muesca de la mira de atrás. Al chocar una bala con algo, ¿producía una chispa o una llama? No podía recordarlo. Bueno, había una manera de saberlo.

El retroceso le produjo dolor en la muñeca ilesa. Bajó la pistola y contempló la cuba. Ninguna llama. Ninguna chispa. ¿No le había dado a aquella maldita cosa? Levantó el brazo tembloroso y disparó otras dos veces. Nada.

¿Cuántas balas le quedaban? Dos o tres como mínimo.

Apuntó cuidadosamente al círculo de acero inoxidable y apretó despacio el gatillo, tal como le había enseñado su padre. Sonó un ruido como de un martillo golpeando una caldera y Kevin esbozó una sonrisa triunfal. La sonrisa se convirtió en mueca.

Ningún fuego. Ninguna llama. Ningún fuerte estampido.

¿Cuantas balas más había allí dentro? Tal vez debería sacar el cargador, extraer los cartuchos y contarlos. No, sería mejor contar los casquillos que habían caído en el suelo. Vio dos o tres que reflejaban la luz de los relámpagos, pero ¿no había disparado más?

Bueno, al menos le quedaba uno. Tal vez dos.

Kevin levantó un brazo que ahora temblaba furiosamente y disparó de nuevo. En cuanto hubo apretado el gatillo se dio cuenta de que probablemente había disparado tan alto que no había dado en la fachada del colegio y mucho menos en el depósito de acero.

Trató de recordar por qué estaba haciendo esto. No encontraba la respuesta pero sabía que era algo importante. Algo relacionado con sus amigos.

Kevin se tumbó sobre el vientre, apoyó la pistola en la muñeca rota y apretó el gatillo, casi esperando que el percutor cayese sobre la recámara vacía.

Hubo un retroceso, un destello exactamente debajo de la tapa destrozada de la cuba, y se inflamaron tres mil litros de la gasolina restante.

El doctor Roon acababa de ponerse en pie cuando la explosión rompió la barandilla en mil pedazos y envió un hongo sólido de llamas a la caja abierta de la escalera. Roon se echó atrás contra la pared, casi tranquilamente, mirando con un interés que parecía casi académico la astilla de tres palmos de la balaustrada destrozada, que se había clavado en su pecho como una estaca. Llevó una mano indecisa al extremo de la astilla, pero no tiró de ella. En vez de esto se apoyó en la pared y se sentó despacio.

Dale había rodado contra la pared y se cubrió la cabeza con los brazos. Lo que quedaba de la barandilla estaba ardiendo, las llamas habían prendido en las estanterías de la galería inferior, los cristales de colores se habían fundido y se deslizaban por la pared norte, y todo el rellano del segundo piso humeaba y ardía debajo de él.

A dos metros de distancia, las perneras de los pantalones del doctor Roon empezaron a arder sin llama y las suelas de sus zapatos se ablandaron y deformaron.

En la caja de la escalera, a tres metros a la izquierda de Dale, las redes de carne rosa llameaban y se fundían como cuerdas de tender la ropa en unas casas de vecindad incendiadas. Los silbidos del blando material sonaban como gritos.

Dale cruzó tambaleándose la puerta humeante.

La clase estaba ardiendo. La explosión había derribado a todo el mundo, a los vivos y a los muertos, pero Harlen había ayudado a Mike a ponerse en pie y los dos chicos estaban tratando de librar a Lawrence de sus ligaduras. Dale recogió del suelo la escopeta de Mike y entonces se unió a ellos, tirando de las endurecidas hebras que sujetaban los brazos y el cuello de su hermano.

Dale puso a Lawrence en pie mientras Harlen apartaba la silla. Todavía quedaban algunos cordones, pero Lawrence pudo mantenerse en pie y hablar. Rodeó a Dale con un brazo y a Mike con el otro. Estaba llorando y riendo al mismo tiempo.

-Más tarde -gritó Dale, señalando hacia la ardiente masa de pupitres y la oscuridad donde el Soldado y Van Syke habían conseguido ponerse en pie. Tubby estaba allí, en alguna parte.

Mike se enjugó la sangre y el sudor de los ojos y sacó el último cartucho del bolsillo. Cogió la escopeta de Dale y la cargó.

-Marchaos -gritó a través del humo-. Andando. Yo os cubriré.

Dale fue llevando a su hermano hacia el rellano. Roon había desaparecido. El borde del rellano era como una pared de llamas, con pedazos de la red y de la bolsa cayendo en esferas fundidas desde lo alto.

Dale y Harlen se dirigieron tambaleándose a la escalera, con Lawrence entre ellos. La galería de la biblioteca y la escalera de debajo de ella se habían convertido en una hoguera de

diez metros. Parecía como si la escalera se hubiese derrumbado hasta el sótano. Los ladrillos relucían como calentados al rojo vivo.

-Arriba -dijo Dale.

Mike salió de la clase y se reunió con ellos cuando subían rápidamente la escalera hasta el siguiente rellano, y entonces siguieron hasta el tercer piso, que había estado cerrado durante tantos años.

Sonaron silbidos y gritos en las clases «vacías» del instituto..., unas clases que habían permanecido a oscuras y llenas de telarañas durante décadas. Los muchachos no perdieron tiempo en investigar.

-Arriba.

Ahora había sido Mike quien había dicho esto, señalando hacia la estrecha escalera del campanario. Las tablas humeaban y crujían bajo sus pies al subir. Dale oyó unos ruidos abajo que podían ser producidos por la escalera central al derrumbarse en aquel infierno.

Llegaron a la estrecha pasarela del interior del campanario. Las tablas eran estrechas y estaban podridas, y Dale miró una vez hacia abajo, Vio las llamas que subían hacia él desde quince metros más abajo y no volvió a mirar.

En cambio miró fijamente la cosa que colgaba de su red en el centro del campanario.

La bolsa translúcida y bulbosa podía haber tenido antaño una bella forma. Creyó ver los soportes y elementos de una campana donde había estado sujeta aquella cosa con sus redes y zarcillos. Pero esto no importaba.

Lo que vio le miró ahora a su vez..., a todos ellos..., con mil ojos y cien bocas pulsátiles. Dale percibió la cólera de aquella cosa, la total incredulidad de que diez mil años de silencioso dominio pudiesen terminar con aquella farsa..., pero, sobre todo, percibió su rabia y su poder.

«Todavía podéis servirme. Todavía puede empezar la Edad Oscura.»

Dale, Lawrence y Harlen miraban fijamente aquella cosa. Sentían su tremendo calor, no sólo el calor de las llamas sino el más profundo de saber que podían servir al Maestro, tal vez incluso salvarle si le servían.

Juntos, moviendo las piernas como una criatura con una sola mente los tres dieron dos pasos hacia el borde de la pasarela y el Maestro.

Mike levantó la escopeta de Memo y disparó contra la bolsa desde una distancia de dos metros. La bolsa se rompió y vertió su contenido, silbando, en las crecientes llamas.

Mike empujó a sus amigos hacia atrás y utilizó el arma como martillo para hacer saltar los listones podridos del lado del campanario.

Cordie se despertó a tiempo para arrastrar al inconsciente Grumbacher lejos de la conflagración. Él tenía la ropa ennegrecida, había perdido las cejas y parecía que la explosión le había lanzado hacia atrás, a cierta distancia.

Lo llevó hasta los olmos y le dio palmadas en la cara hasta que él abrió los ojos. Y los dos observaron a unas pequeñas figuras subiendo al tejado del colegio en llamas.

-¡Mierda! -dijo Harlen, deslizándose por la pendiente de un gablete hasta el borde del tejado-. Creo que vi esta escena en *Mighty Joe Young*.

Todos estaban en el borde sur del tejado del colegio, agarrándose a todo lo que podían encontrar. Había al menos una altura de cuatro pisos sobre el duro suelo enarenado y la acera de cemento del patio de recreo.

-Míralo de esta manera -resopló Dale, sujetando a Lawrence, mientras éste se agarraba a un agujero del tamaño de un puño en las tablillas del tejado-. Al menos podrás usar tus cuerdas.

Harlen había desenrollado el primero de los dos rollos de cuerda de ocho metros. Estaba chamuscado en parte y no parecía muy seguro.

-Sí -dijo, hablando consigo mismo-, pero, ¿cómo?

-¡Oh, oh! -dijo Mike.

Había estado agarrado a la esquina de una chimenea y mirando hacia atrás por encima de las juntas de los gabletes.

Detrás de ellos, una figura alta avanzaba entre los humeantes listones del campanario.

Dale sólo podía distinguir una silueta negra.

-¿Será el Soldado? ¿O Van Syke?

-No lo creo -dijo Mike-. Debe de ser Roon. No creo que las otras cosas puedan moverse o actuar después de muerto su Maestro. Eran parte de algo más grande. -Los muchachos observaron cómo desaparecía la oscura figura detrás de un gablete, moviéndose rápidamente hacia ellos. Mike se volvió y dijo a Harlen, a media voz-: Si vas a emplear esa cuerda, te aconsejo que te des prisa.

Harlen había hecho un nudo corredizo e hizo ahora un lazo.

-Si pudiese engancharlo en aquella rama, podríamos balancearnos y bajar.

Dale, Lawrence y Mike contemplaron las altas ramas del olmo. Estaban al menos a nueve metros de distancia y eran demasiado delgadas para sostener a uno solo de los muchachos. Detrás de ellos reapareció la figura en el centro del tejado y siguió el mismo camino que habían tomado ellos hacia el gablete del sur. Salía humo de entre las viejas tablillas, oscureciendo a medias aquella forma; pero Dale pensó que podía distinguir el traje negro y las ensangrentadas facciones del doctor Roon.

El calor del incendiado extremo norte del edificio era terrible. Los muchachos tuvieron que volver la cara al arder todo el campanario.

-¡Eh! -dijo Lawrence-. Mirad.

A tres o cuatro kilómetros de distancia, iluminado por el fulgor intermitente de los relámpagos, un tornado había descendido de las negras nubes y giraba hacia el sudoeste, con el embudo subiendo y bajando. Durante un largo segundo, los muchachos miraron simplemente. Dale descubrió que rogaba en silencio que avanzase el torbellino, que llegase hasta ellos y pusiese fin a todo con un remolino final de destrucción.

El tornado se elevó, se sumergió detrás de los árboles y los campos muy hacia el este, descargó en alguna parte, más allá del pueblo, y se alejó en la oscuridad hacia el norte. El viento arreció de pronto al pasar el frente tormentoso, azotando a los chicos con hojas y ramas y amenazando con desprenderles de sus asideros en el alero del tejado.

-Dame eso -dijo Mike a Harlen.

Cogió la cuerda, reforzó el nudo, la pasó por encima de la chimenea de más de un metro y ató su extremo a la otra cuerda con rápidos y seguros nudos. Cuando hubo terminado, tiró de la cuerda para asegurarse de su solidez, arrojó el extremo por encima del alero y dijo a Dale:

-Tú primero.

Pudieron oír que la oscura figura gateaba sobre las tablillas al otro lado del gablete de detrás de ellos.

Dale no discutió ni vaciló. Se deslizó sobre el borde del canalón, solo Vio aire debajo de él, cruzó las piernas alrededor de la cuerda y empezó a descender. Se balanceó ligeramente bajo el saliente del tejado, sintiendo lo frágil que era la cuerda.

Harlen ayudó a Lawrence a cogerse a la cuerda y los dos hermanos iniciaron el descenso, actuando Dale de freno para el chico más pequeño. Sintió que sus manos empezaban a irritarse y excoriarse.

-Ahora tú -dijo Mike.

Estaba mirando hacia arriba del inclinado tejado, en dirección al gablete; pero Roon no había aparecido aún.

-Mi brazo -dijo Harlen en voz baja.

Mike asintió con la cabeza y se acercó al borde del alero. Dale y su hermano estaban seis metros más abajo y seguían descendiendo lentamente. La cuerda no llegaba hasta el suelo, y Mike no sabía si era mucho lo que le faltaba.

-Bajaremos juntos -dijo. Se levantó y tiró de los brazos de Harlen, que estaba detrás de él-. Agárrate fuerte a mí. Yo me ocuparé de la cuerda.

Librodot

El doctor Roon salió de detrás del humeante gablete, andando a cuatro patas como una araña a la que le faltasen algunas. Un trozo de la rota barandilla sobresalía todavía de su pecho. Jadeaba y gruñía, con la boca muy abierta.

-Agárrate fuerte -dijo Mike, deslizándose con Harlen sobre el alero.

Todo el tejado ardía ahora y humeaba; el fuego había alcanzado el desván. Mike sabía que la propia chimenea debía de estar muy caliente contra la cuerda.

-No lo conseguiremos -murmuró Harlen a su oído.

-Claro que sí -dijo Mike, sabiendo que no tendrían tiempo de descender mucho antes de que Roon llegase al alero encima de ellos. «Lo único que tiene que hacer es cortar la cuerda.»

Debajo de ellos, Dale y Lawrence llegaron al extremo de aquélla. Todavía estaba a la altura de la ventana del primer piso, al menos a cuatro metros y medio del suelo.

-No es nada -murmuró Lawrence-. Suéltate.

Ambos soltaron la cuerda en el mismo instante, cayendo y rodando sobre la arena suelta del patio de recreo, cerca del tobogán. Ciertamente, no era nada.

Se pusieron en pie sobre las piernas temblorosas y corrieron para apartarse de las llamas que brotaban de las ventanas y de la puerta del sur. Dale hizo pantalla con la mano y miró hacia arriba, hacia la silueta de los dos muchachos sobre los brillantes ladrillos. Estaban a medio camino, a nueve metros del suelo, con Harlen agarrado con toda su fuerza a los hombros de Mike.

-¡Deprisa! ¡Deprisa! -gritaron los hermanos a Mike, al aparecer el oscuro personaje en el borde del tejado.

Mike miró hacia arriba, enlazó los brazos y las piernas en la cuerda, de manera que ésta pasara por debajo del brazo y entre los tobillos, murmuró de nuevo «Agárrate fuerte» a Harlen, y se deslizó, con la cuerda zumbando entre las palmas de sus manos.

Dale y Lawrence observaron horrorizados a Roon, que parecía vacilar en el borde del tejado, miraba atrás hacia las llamas que surgían ahora del propio gablete, y después pasaba rápidamente la cuerda alrededor de su muñeca. Roon se deslizó como una araña negra sobre el alero, por encima de Mike y Harlen y empezó a descender rápidamente.

-¡Oh, mierda! -murmuró Lawrence.

Dale señaló, y gritó a Mike. Por encima del saliente, donde no podían verlo Mike ni Roon, en su rápido descenso, el tejado estalló de pronto en mil pequeñas llamas, como un trozo de película que de pronto se fundiese y ardiese, y el alto gablete del sur se derrumbó hacia dentro, con un surtidor de chispas que llenó el cielo. La vieja chimenea se mantuvo durante un segundo, como una torre de ladrillos en un géiser de fuego, pero entonces se volcó hacia dentro.

-¡Saltad! -gritaron Dale y Lawrence al unísono.

Mike y Harlen cayeron desde una altura de seis u ocho metros, aterrizando y rodando sobre la gruesa capa de arena.

Encima de ellos, el cuerpo descendente del doctor Roon sufrió de pronto un tirón hacia arriba al tensarse la cuerda alrededor de su muñeca. Alargó el brazo libre en el último instante antes de chocar con el ardiente alero, ser arrastrado encima de él y desaparecer en la tormenta de fuego. Durante un momento pareció un insecto agarrado a un cordel y arrojado a las llamas de una fogata.

Dale y Lawrence corrieron hacia delante, con los brazos levantados para protegerse del calor, y arrastraron a Mike y a Harlen más allá del patio de recreo para meterse en la zanja de la orilla de School Street. Los cuatro observaron a Kevin y a Cordie, que describían un amplio círculo alrededor de la escuela que ardía y se derrumbaba, para reunirse allí con ellos.

De pronto, se encendieron los faroles y las luces de las casas de Elm Haven. Los muchachos se apretujaron, y Cordie rasgó en tiras lo que quedaba de su vestido y envolvió con ellas las manos sangrantes de Mike. Ninguno de los muchachos encontró raro que estuviese allí con sus bragas grises, ni que Kevin anduviese descalzo y sangrando, ni que los otros cuatro pareciesen deshollinadores envueltos en sucios harapos. De pronto Lawrence

Librodot

empezó a reír tontamente y todos los demás también se echaron a reír, saltándoles las lágrimas, abrazándose y dándose palmadas en la espalda.

Entonces, al extinguirse las risas antes de convertirse en llanto, Mike murmuró algo al oído de Kevin.

-Tú oíste que alguien había robado el camión de tu padre –dijo entre accesos de tos. Había aspirado demasiado humo-. Nos llamaste por el walkie-talkie de juguete, y todos intentamos atrapar al ladrón. Nos pareció ver que lo conducía el doctor Roon. Entonces el camión se estrelló contra el colegio y comenzó el incendio.

-No -dijo torpemente Kevin, frotándose la sien-, no sucedió así...

-¡Kevin! -gritó Mike agarrando la sucia camiseta del chico con una mano ensangrentada, y sacudiéndole.

Los ojos de Kevin se aclararon.

-Sí -dijo lentamente-. Alguien había robado el camión de papá, y salimos detrás de él.

-Y no pudimos alcanzarle -dijo Dale.

-Entonces empezó el fuego -dijo Lawrence. Miró de soslayo aquella hoguera. El tejado se había hundido completamente, el campanario había desaparecido, las ventanas se habían quemado y las paredes se estaban derrumbando-. ¡Y qué manera de empezar!

-No sabemos quién era ni por qué lo hizo -tosió Mike, tumbándose de espaldas sobre la hierba-. Tratamos de sacarle del camión y todos salimos pringados de esta manera. Pero no sabemos nada más.

Empezaron a sonar dos sirenas diferentes: la de defensa civil, en el banco, avisando de que el tornado había pasado, y la más aguda y estridente del departamento de bomberos voluntarios a media manzana hacia el sur. Brillaron faros en la Segunda Avenida y Depot Street, y los chicos oyeron que se acercaban vehículos pesados. Apareció gente en las aceras y en las esquinas de las calles.

Sosteniéndose mutuamente en grupos de dos y tres, con sus sombras proyectadas sobre el patio de recreo por las grandes llamas del edificio incendiado, los seis chiquillos volvieron hacia las luces acogedoras de las casas donde algunos de sus padres les estaban esperando.

42

El viernes 12 de agosto de 1960, el satélite de comunicaciones *Eco* fue lanzado con éxito desde Cabo Cañaveral.

Aquella tarde, Dale, Lawrence, Kevin, Harlen y Mike fueron en bicicleta a casa de tío Henry y tía Lena, y después se dirigieron andando a los pastos de atrás y pasaron horas cavando en busca de la perdida Cueva de los Contrabandistas junto al barranco. Hacía mucho calor.

Cordie Cooke compareció poco antes de cenar y observó cómo cavaban. Su familia había vuelto a su casa junto a la Dump Road, y los muchachos del pueblo habían comentado el mucho tiempo que pasaba con Mike y los otros en estos días.

La excavación era lenta. A Harlen le habían quitado la nueva escayola hacía casi dos semanas, y a Kevin la escayola más pequeña una semana después; pero los dos cuidaban bien de sus brazos, y todos los chicos, salvo Harlen, tenían costras en las palmas de las manos. Manejaban cautelosamente los picos y las palas.

Sorprendentemente, justo antes de la hora de la cena -el coche de los padres de Dale y Lawrence acababa de detenerse en el camino de entrada, a cuatrocientos metros de distancia, y había hecho sonar el claxon para llamarles-, la pala de Mike se hundió en un hueco oscuro.

Un aire fresco brotó del agujero de veinticinco centímetros que había abierto en la falda de la colina. Lawrence, siempre optimista, había traído consigo una linterna. Ensancharon un poco el agujero y lo alumbraron.

No era una simple madriguera de una ardilla terrestre. La entrada estaba llena de botellas polvorientas y otros recipientes y se abría a un espacio más amplio y profundo. Los chicos

pudieron ver una madera oscura que podía haber sido un cajón de embalaje o el borde de un mostrador. Una cosa curvada y oscura correspondía sin duda a un viejo neumático, posiblemente de un Modelo A enterrado allí, como había dicho siempre el tío Henry.

Los muchachos empezaron a cavar alrededor del agujero, ensanchándolo, arrojando terrones y piedras cuesta abajo, hacia el barranco; hasta que de pronto se detuvieron, como de mutuo y tácito acuerdo. Cordie, que estaba sentada a la sombra, al otro lado del barranco, levantó la mirada. Sus tejanos nuevos, de la Mercería Meyers, parecían atildados y rígidos sobre sus piernas. Se sacudió el polvo de los zapatos blancos con empeine marrón.

Mike retiró la pala y miró a los otros cuatro muchachos.

-Era verdad -dijo, soltando la pala y frotándose el labio inferior-. Pero no hay prisa, ¿eh?

Kevin se apoyó en su pico corto y se pasó una mano por los cabellos en cepillo. La cicatriz de la sien, pequeña y blanca, era casi invisible.

-No sé por qué tendría que haber prisa -dijo-. Han pasado más de treinta años. La cosa puede esperar.

Dale asintió con la cabeza.

-En realidad al tío Henry no le gustaría que los reporteros y los turistas y toda esa gente anduviesen rondando por aquí. Al menos por ahora. Con la espalda doliéndole aún y todo eso.

Harlen cruzó los brazos.

-No lo sé -dijo mirándoles uno a uno-. Tal vez podría haber algo valioso ahí.

Lawrence se encogió de hombros e hizo un guiño. Había estado cavando furiosamente para ensanchar el túnel de entrada. Ahora empujó parte de la tierra al sitio donde estaba antes.

-¿No lo comprendes, Jim? Siempre ha estado ahí. No va a cambiar de sitio. Si lo que hay dentro ahora vale algo, piensa en lo que valdrá cuando volvamos dentro de unos años. -Empezó a poner más tierra en el orificio de un palmo y medio-. Será nuestro secreto –dijo sonriendo y levantando un poco las gafas sobre la pequeña nariz-. Sólo nuestro.

Trabajaron para cerrar el túnel con el mismo esfuerzo y entusiasmo que habían puesto en encontrarlo. Lo llenaron, apisonaron la tierra, volvieron a colocar pesadas piedras en los sitios donde habían estado colocadas, arrastrándolas cuesta arriba, hicieron lo mismo con el césped y las matas, e incluso repusieron en su sitio una raíz que habían apartado trabajosamente a un lado. Se echaron atrás para admirar un momento su trabajo; ahora la tierra parecía removida, pero dentro de un par de semanas habría crecido de nuevo la hierba, y en otoño nadie podría darse cuenta de que habían estado cavando allí.

Entonces echaron a andar hacia la casa para cenar.

Mike se detuvo en el sendero de la cuesta y miró a Cordie, que estaba todavía sentada en la margen opuesta, arrancando hojas de una rama.

-¿Vienes? -dijo.

-Chicos -dijo ella sacudiendo la cabeza-. Cuando Dios terminó el material para los listos, hizo a los tontos.

Esperaron en las largas sombras de la vertiente, mientras ella cruzaba el riachuelo, pasando sobre un tronco, y subía para alcanzarles.

La investigación de los extraños sucesos del 10 al 16 de julio había durado semanas y todavía continuaba, aunque en otros sitios, no tan visible y con mucha menos urgencia.

El acontecimiento central resultó ser la desaparición del señor Dennis Ashley-Montague y su criado. Cuando la limusina fue encontrada abandonada en Bandstand Park, mucho después de las doce de la noche del incendio, con la máquina de cine proyectando todavía un rectángulo de luz blanca en la pared lateral del Parkside Café, la oficina del sheriff, la policía de Oak Hill y en definitiva el FBI, se habían lanzado a la caza del hombre. Durante semanas, hombres del FBI, de ceñidos trajes negros, brillantes corbatas negras y lustrados Florsheim negros, habían sido vistos caminando por las calles de Elm Haven, rondando alrededor del

café e incluso bebiendo Pepsis en la taberna de Carl y en el Arbol Negro, «compadreando» y recogiendo los chismes que se contaban.

Que no eran pocos.

Había un millón de teorías para explicar el robo del camión de Ken Grumbacher -cometido casi con toda certeza por el doctor Roon, el ex director del colegio-, el incendio, el robo de varios cadáveres de la funeraria del señor Taylor y la desaparición del mecenas millonario de Elm Haven. Según se rumoreaba, los expertos forenses habían encontrado entre las ruinas de Old Central no sólo los huesos del doctor Roon y de los cadáveres desaparecidos sino tantos huesos que inducían a pensar que el colegio estaba en plena actividad cuando ardió el edificio. Algunos días más tarde se rumoreó en las peluquerías y en los salones de belleza que los análisis habían demostrado que muchos de los huesos eran viejos, muy viejos, y se elaboraron otras teorías sobre el extraño comportamiento de Karl Van Syke, ex cuidador del cementerio del Calvario y celador del colegio. La señora Whittaker sabía de buena fuente, por un primo suyo que pertenecía a la policía de Oak Hill, que el diente de oro del señor Van Syke había sido encontrado en un cráneo carbonizado entre las ruinas.

Diez días después del incendio, el mismo día en que llegaron las grúas demoledoras para derribar lo que quedaba de las paredes quemadas y acudieron bulldozers para cargar los ladrillos en volquetes y llenar el sótano sorprendentemente profundo de Old Central, circuló en el Parkside Café y en las líneas telefónicas el rumor de que el FBI había hecho progresos en el caso. Parecía que el Chevrolet negro de 1957 del juez de paz Congden había sido visto en Grand View Drive, cerca de la mansión del señor Ashley-Montague, el día en que se rumoreaba que había sido muerto J. P., cuatro antes del incendio del elevador de grano y cinco antes del de Old Central y de la desaparición del millonario El señor Caspar Jonathan («C. J.») Congden tenía que ser interrogado por el FBI.

Jim Harlen fue tal vez la última persona que vio a C. J. en Elm Haven; en efecto, vio al muchacho de dieciséis años rodando a toda velocidad hacia Hard Road en su Chevy, poco después de las diez de la mañana en que cundió el rumor de que tenía que ser interrogado. Y no volvió.

Kevin dijo a la policía, a la oficina del sheriff, al FBI y a su padre que Harlen y él se habían despertado al oír el ruido del generador y que habían salido con el tiempo justo para ver alejarse el camión en el camino. Ninguno de los dos sabía con seguridad la causa de que el conductor se hubiese dirigido a Old Central.

Varios días después del incendio, el sheriff encontró trozos de metal entre las ruinas, con postas del calibre 45 en ellas. En vista de lo cual Kevin confesó que al ver que robaban el camión, corrió con la 45 de su padre y disparó varias veces contra el camión. No creía que ésta fuese la causa de que el conductor perdiese el control, pero no estaba seguro.

Ken Grumbacher reprendió a su hijo por su irresponsabilidad y le tuvo encerrado en casa durante una semana, pero parecía orgulloso de las acciones del muchacho cuando las comentaba con otros hombres durante el café de la mañana o mientras trasvasaba leche al nuevo camión cisterna. El viejo estaba debidamente asegurado.

Los demás muchachos, tal vez a excepción de Cordie Cooke, que aquella noche se confundió con la oscuridad mientras el pueblo observaba cómo luchaban los bomberos contra el fuego, y que no volvió a ser vista en más de una semana, fueron interrogados por los padres y por la policía.

Los padres de Mike, y los de Dale y Lawrence se impresionaron mucho al ver que sus hijos habían sufrido quemaduras y arañazos al tratar de abrir la puerta atascada del camión antes de que estallara, tratando de salvar al conductor, de cuya identidad no estaban seguros.

Jim Harlen se quedó con el sheriff aquel sábado por la noche, y su madre se emocionó al enterarse de las acciones de su hijo cuando volvió de Peoria a casa a la mañana siguiente.

Memo, la abuela de Mike, empezó a dar claras señales de mejoría y pudo murmurar algunas palabras y mover el brazo derecho en la segunda semana de agosto. «Algunas personas ancianas se defienden bien», fue el comentario del doctor Viskes. El señor y la

Librodot

señora O'Rourke hablaron con el doctor Staffney para buscar especialistas que dictasen la terapéutica necesaria para su plena recuperación.

La semana de después del incendio los muchachos empezaron de nuevo a jugar al béisbol, a veces hasta doce horas seguidas, y Mike acudió a la casa de Donna Lou Perry para disculparse y pedirle que volviese a jugar con ellos como pitcher. Ella le cerró la puerta en las narices, pero su amiga Sandy Whittaker empezó a jugar con ellos el día siguiente, y muy pronto otras de las muchachas más atléticas se presentaron por la mañana para elegir su equipo. Michelle Staffney resultó ser una tercera base muy aceptable.

Cordie Cooke no jugaba al béisbol pero iba de excursión con los muchachos y a menudo se sentaba en silencio con ellos mientras jugaban al Monopolio los días de lluvia o se quedaba rondando por el gallinero. Su hermano Terence fue declarado fugitivo por la oficina del sheriff del condado y por la Patrulla de Carreteras. La señora Grumbacher ayudó a la familia Cooke cuando se tuvo la seguridad de que el señor Cooke se había largado definitivamente, y algunas damas de la Sociedad Benéfica Luterana visitaron la casa Cooke, llevando comida y otras cosas. El padre Dinmen venía de Oak Hill a decir misa sólo los miércoles y los domingos, en San Malaquías, y Mike continuó haciendo de monaguillo, aunque pensaba dejarlo en octubre, que era cuando la diócesis debía designar un nuevo sacerdote.

Pasaron los días y creció el maíz. Las pesadillas de los muchachos no desaparecieron del todo pero se hicieron menos inquietantes.

Las noches se alargaban un poco cada día, pero parecían mucho más cortas.

El señor y la señora Stewart habían venido a la casa del tío Henry para cenar y habían traído consigo a los O'Rourke y a los Grumbacher. La madre de Harlen llegó más tarde con un caballero amigo, con quien ahora se veía «regularmente». El hombre, llamado Cooper, era alto y tranquilo, y en realidad se parecía un poco al actor Gary Cooper, pero sus dientes de delante estaban un poco torcidos. Tal vez por esto sonreía raras veces. Regaló a Harlen un guante Mikey Mantle en su visita del último fin de semana, y le sonrió tímidamente al estrecharle la mano. Harlen no estaba todavía seguro de él.

Los muchachos comieron en el suelo, encima del garaje del tío Henry, consumiendo sus bistecs en platos de papel y bebiendo leche fresca y limonada. Después de cenar, mientras los mayores hablaban en el patio de atrás, los chicos se dirigieron a las hamacas instaladas en el extremo sur del terrado y contemplaron las estrellas.

Durante una pausa en su conversación sobre la vida extraterrestre y si los niños de otros planetas, que giraban alrededor de otras estrellas, tendrían o no maestros, Dale dijo:

-Ayer quise ir a ver al señor McBride.

Mike cruzó las manos detrás de la cabeza y se sentó en su hamaca encima de la baranda.

-Creía que iba a trasladarse a Chicago o a alguna otra parte

-Sí -dijo Dale-, para vivir con su hermana. Y ya se ha ido. Le vi el martes, cuando estaba a punto de marcharse. Ahora la casa está vacía.

Los cinco muchachos y la niña guardaron silencio durante un momento. Cerca del horizonte, un meteorito surcó silenciosamente el cielo.

-¿De qué hablasteis? -preguntó Mike al cabo de un rato.

Dale le miró.

-De todo.

Harlen se estaba atando el zapato, sin dejar de meterse en su hamaca.

-¿Te creyó?

-Sí -dijo Dale-. Me dio todas las libretas de Duane. Las viejas libretas en las que había estado escribiendo.

Volvieron a guardar silencio. La conversación apagada de los adultos se mezclaba con el canto de los grillos y el ruido de las ranas en el estanque del tío Henry.

-De una cosa estoy seguro -dijo Mike-. Nunca me dedicaré a cultivar el campo cuando sea mayor. Demasiado trabajo. Tal vez la construcción; trabajar al aire libre es agradable, pero no en el campo.

-Yo tampoco -dijo Kevin. Aún estaba masticando un rábano-. Estudiaré para ingeniero. Ingeniería nuclear. Tal vez serviré en un submarino.

Harlen balanceó las piernas sobre la baranda y se meció en su hamaca.

-Yo voy a hacer algo con lo que ganar mucho dinero. Compraventa de fincas. O banca. Bill es banquero.

-¿Bill? -preguntó Mike.

-Bill Cooper -dijo Harlen-. O tal vez seré contrabandista.

-El whisky es legal -dijo Kevin.

Harlen hizo un guiño:

-Sí, pero hay otras cosas que no lo son. La gente siempre paga mucho dinero por esas cosas.

-Yo voy a ser profesional de béisbol -dijo Lawrence, que estaba sentado sobre la baranda-. Probablemente catcher. Como Yoghi Berra.

-¡Ah! -dijeron los otros cuatro chicos al unísono-. Seguro.

Cordie también se hallaba sentada en la baranda. Había estado contemplando el cielo, pero ahora miró a Dale.

-¿Y tú, qué vas a ser?

-Escritor -dijo Dale a media voz.

Los otros lo miraron fijamente. Dale no había sugerido nunca nada como esto. Sacó confuso una de las libretas de Duane que llevaba en el bolsillo.

-Deberíais leer esto. De veras. Duane se pasó horas... años... escribiendo sobre el aspecto de las personas, lo que dicen y cómo andan... -Hizo una pausa, dándose cuenta de lo tonto que sonaba esto pero sin que le importase-. Bueno, es como si supiese exactamente lo que iba a ser y el tiempo que tardaría en prepararse para serlo..., años de trabajo y de práctica antes de que incluso pudiese intentar algo tan difícil como un cuento... -Dale tocó la libreta-. Todo está aquí. En todas sus libretas.

Harlen le miró de soslayo, dubitativo.

-¿Y tú vas a escribir los libros de Duane? ¿Los libros que él habría escrito?

-No -dijo suavemente Dale, sacudiendo la cabeza-. Escribiré mis propios relatos. Pero me acordaré de Duane. Y trataré de aprender de lo que él estaba haciendo, de lo que se estaba enseñando él mismo...

Lawrence pareció excitado.

-¿Vas a escribir sobre todas las cosas reales? ¿Sobre lo que ha sucedido?

Dale pareció confuso, dispuesto a poner fin a este tema de conversación.

-Si lo hago, tonto, voy a describir lo grandes y móviles que son tus orejas. Y lo pequeño que es tu cerebro...

-¡Mirad! -le interrumpió Cordie, señalando al cielo.

Todos levantaron la mirada para observar cómo se deslizaba silenciosamente *Eco* por el cielo. Incluso los adultos interrumpieron su conversación para mirar cómo se movía entre las estrellas aquel satélite que parecía una pequeña ascua.

-¡Caramba! -exclamó Lawrence.

-Está allá arriba, ¿no? -susurró Cordie, con una cara extrañamente dulce y resplandeciente a la luz de las estrellas.

-Exactamente donde y cuando Duane dijo que estaría -comentó Mike.

Dale bajó en silencio la cabeza, sabiendo que el satélite, como la Cueva de los Contrabandistas, como tantas otras cosas, estaría allí mañana por la noche y pasado mañana, pero que este momento, con los amigos a su alrededor y la noche suave, con sus sonidos y brisas de verano y las voces de sus padres y de los amigos de éstos más allá de la casa, y con

la sensación de los interminables días de verano que agosto traía consigo..., que este momento era sólo para ahora y debía ser conservado.

Y mientras Mike, Lawrence, Kevin, Harlen y Cordie observaban el paso del satélite, con las caras levantadas y maravillándose de la brillante y nueva era que empezaba, Dale los observaba a ellos, pensando en su amigo Duane y viendo las cosas a través de las palabras que hubiese podido emplear Duane para describirlas.

Y entonces, sabiendo instintivamente que tales momentos debían ser observados pero no destruidos por la observación, Dale se unió a sus amigos para mirar cómo alcanzaba *Eco* su cenit y empezaba a desvanecerse. Un minuto más tarde estaban discutiendo sobre béisbol y gritando sobre si los Cubs volverían a ganar alguna vez un banderín. Dale apenas estaba atento a la discusión, mientras una templada brisa soplaba sobre los interminables campos, agitando las sedosas borlas de un millón de tallos de maíz, como prometiendo muchas más semanas de verano y otro día cálido y brillante después del breve interludio de la noche.

FIN